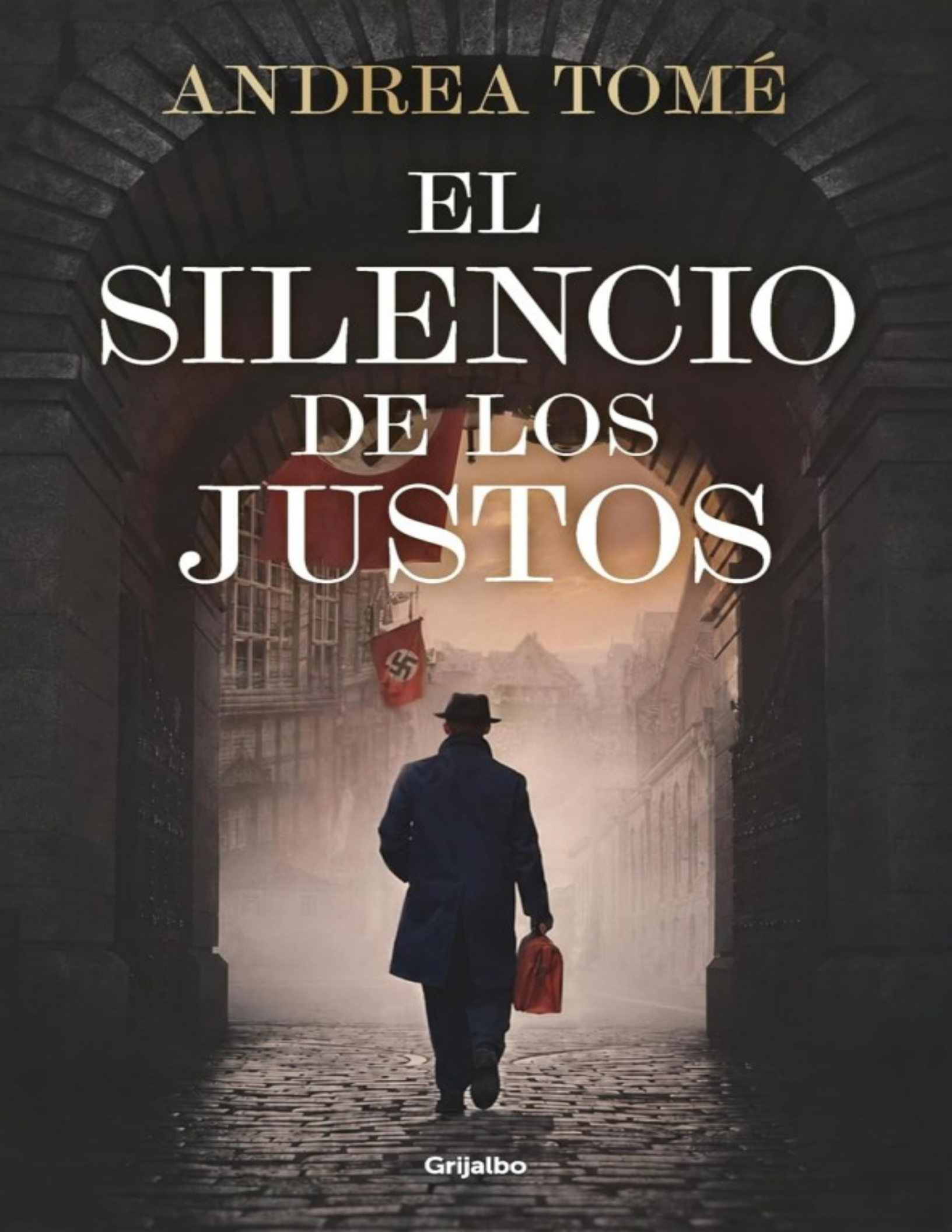
ANDREA TOMÉ

EL SILENCIO DE LOS JUSTOS



Grijalbo

ANDREA TOMÉ

El silencio de los justos

Grijalbo

A los que no pudieron ser salvados

Vosotros, a quienes no pude salvar,
escuchadme.
Intentad entender estas simples palabras,
ya que de otras me avergonzaría.
Os juro que en ellas no hay hechicería.
Os hablo en silencio como una nube, como un árbol.
[…]
¿Qué clase de poesía es aquella que no salva
Naciones o pueblos?

CZESŁAW MIŁOSZ, «Dedicatoria»

Budapest, 1941-1944

La legación

- **Ángel Sanz Briz (Zaragoza, 1910):** Secretario de segunda de la legación española de Budapest desde marzo de 1942 hasta junio de 1944. Desde junio de 1944, encargado de negocios. Extendió pasaportes y cartas de protección que salvaron la vida de, aproximadamente, 5.000 judíos. Por sus labores durante la guerra se le conoce por el sobrenombre de «Ángel de Budapest».
- **Miguel Ángel de Muguiro (Madrid, 1880):** Encargado de negocios de la legación española de Budapest desde mayo de 1938 hasta junio de 1944. Crítico de las leyes antijudías húngaras, fue crucial a la hora de iniciar las labores de salvamento de judíos que continuó Ángel Sanz Briz.
- **Giorgio Perlasca (Como, 1910):** Veterano de la Guerra Civil española. Tras desligarse del fascismo, se dedicó a los negocios, actividad que lo llevó a Budapest en la década de los cuarenta. Colaborador de la legación española en sus labores de salvamento, asumió el título de cónsul en funciones durante el asedio a Budapest.
- **Zoltán Farkas (Budapest, 1900):** Abogado honorífico de la legación española desde 1940. De origen judío, se convirtió al

catolicismo tras contraer matrimonio.

- **Elisabeth Tournée (Francia, 1889):** Canciller de la legación española, de origen judío.

Los magiares

- **Ádám Farkas de Batthyány (Budapest, 1919):** Primogénito del matrimonio Farkas de Batthyány. Capitán del Ejército Real Húngaro y miembro del Comité Húngaro-Polaco de Refugiados.
- **Erika Farkas de Batthyány (Budapest, 1922):** Hija menor del matrimonio Farkas de Batthyány. Enfermera y miembro del Comité Húngaro-Polaco de Refugiados.
- **Sándor Rozenfeld (Budapest, 1923):** Hermano menor de Jonatán Rozenfeld. Un inocente.
- **Klára Andrássy (Budapest, 1898):** Aristócrata húngara de ideas anglófilas. Miembro del Comité Húngaro-Polaco de Refugiados, organizó tertulias literarias antinazis en su residencia, el Palacio Andrássy. Prima de Ádám y Erika.

Los paracaidistas

- **Jonatán Rozenfeld (Budapest, 1919):** Mejor amigo de Ádám y doctorando en Lingüística. Emigra al Mandato Británico en Palestina, tras lo cual es reclutado por el Servicio de Inteligencia Británico para una misión especial en la Europa ocupada.

• **Ibolya Szabó, alias Dinah (Budapest, 1921):** Judía húngara de origen eslovaco. Paracaidista del Mandato Británico en Palestina.

• **David Virág, alias Bloomsbury (Bratislava, 1917):** Judío eslovaco de origen húngaro. Paracaidista del Mandato Británico en Palestina.

Los embajadores

• **Nuncio Angelo Rotta (Milán, 1872):** Nuncio del Vaticano en Budapest. Figura en torno a la cual se organizaron los embajadores de países neutrales para salvar a los judíos de Budapest.

• **Carl Lutz (Walzenhausen, 1895):** Vicecónsul de la embajada de Suiza en Budapest. En la Casa de Cristal, uno de los edificios anejos a la embajada, encontraron asilo alrededor de 3.000 judíos.

La resistencia

• **Walter Rosenberg, alias Rudolf Vrba (Topoľčany, 1924):** Judío eslovaco deportado a Auschwitz en 1942. En 1944 escapó junto con su camarada Alfréd (Fredo) Wetzler. Coautor del «Informe de Auschwitz», uno de los primeros testimonios sobre el genocidio nazi que fue publicado y distribuido mientras el Holocausto seguía su curso.

• **Friedl Richárd (Kolozsvár, 1920)**: Uno de los miembros principales del grupo de resistencia judía Hashomer Hatzair.

- **Iván Boldizsár (Budapest, 1912):** Periodista y veterano del Don.
- **Pál Széchenyi (Budapest, 1918):** Aristócrata y alférez del Ejército Real Húngaro.
- **János Messik (Budapest, 1915):** Teniente primero del Ejército Real Húngaro. Amigo de Pál Széchenyi y de Erika Farkas de Batthyány.
- **János Kiss (Erdőszentgyörgy, 1883):** Teniente general del Ejército Real Húngaro, retirado en 1939 en protesta contra la germanización de Hungría.
- **Vilmos Tartsay (Nové Zámky, 1901):** Comandante del Regimiento de Húsares en Nagyvárad. Se retiró en 1940, tras la entrada de Hungría en el conflicto armado.
- **Endre Bajcsy-Zsilinszky (Szarvas, 1886):** Político nacionalista y periodista. Eje de la resistencia antinazi.
- **Jenő Nagy (Németújvár, 1898):** Oficial húngaro. Por su ideología antigermana, fue sometido a consejo de guerra en 1942 y condenado a dos años de prisión. Acabó siendo indultado.

El Consejo Judío

- **Rudolf Kasztner (Kolozsvár, 1906):** Abogado y periodista sionista. Infame por sus negociaciones con Eichmann durante el Holocausto.
- **Ottó Komoly (Budapest, 1892):** Miembro destacado de la comunidad judía de Budapest, rechazó emigrar al Mandato en 1939 para poder ayudar a su pueblo. Colaboró con la Cruz Roja

Internacional y con varias embajadas neutrales, entre ellas la de España.

Prólogo

Budapest, 7 de diciembre de 1944

En el invierno aquincense de 1944, el tabaco dejaba un regusto amargo en el paladar. La sinfonía de ruidos de la guerra, acordes mortales a los que se habían acostumbrado desde la ocupación alemana del último marzo, no interrumpió la calma serena con la que Ángel Sanz Briz recogía su escritorio de la embajada de España. Únicamente el cigarrillo, que sostenía entre dos dedos y que de vez en cuando observaba extrañado, como si se preguntase cómo había llegado ahí o si habían sido sus manos las que lo habían encendido, lo traicionaba. El ansia con la que fumaba abría una ventana a través de la cual se vislumbraba la turbación que lo consumía.

Rayaba el alba (un amanecer rosa y blanco que hacía refulgir la nieve que cubría la calle Eötvös), un coche iría a buscarlo pronto y él pensaba en sus hijas. Adelita, nacida en aquella misma ciudad cuando los ecos del conflicto aún no ensombrecían la dulce ilusión de un matrimonio de recién casados, y Paloma, su Paloma, que había venido al mundo con los fríos madrileños del otoño y cuya piel todavía no había recibido las caricias del padre. De no haber sido por ellas, quizá en la naturaleza comedida, siempre diplomática, de Ángel habría brotado un deje de temeridad.

Pero se marchaba. El día anterior, las autoridades húngaras habían recomendado a los embajadores extranjeros que abandonasen la ciudad ante el avance inexorable de las tropas soviéticas. Sanz Briz, el diplomático a cargo de la embajada de España, apenas se permitió un instante de duda antes de dejarlo todo dispuesto: las instrucciones al abogado Zoltán Farkas y a la canciller Elisabeth Tournée, que no solo se encargarían del edificio de la legación en su ausencia, sino también de los miles de judíos a los que, sin previa autorización de Madrid, habían provisto de pasaportes y cartas de protección que evitarían su deportación a los campos de exterminio, y de los veinticinco mil pengős[1] con los que sobornarían a la Cruz Flechada, el partido nazi húngaro, para que no registrase los edificios que él había alquilado y cuya bandera española otorgaba inmunidad diplomática a los refugiados escondidos en su interior.

Un acto de humanidad que por momentos hacía flaquear su decisión. Nada importaba. Aunque España había abandonado la no beligerancia en favor de la neutralidad, Sanz Briz sabía que para los soviéticos el suyo era un país fascista, enemigo, que para más inri había desplegado tropas voluntarias que combatieron en la Wehrmacht en el Frente del Este.

El claxon del automóvil disipó sus pesadas ensoñaciones. Tomó el maletín, cuidadosamente preparado la tarde anterior. Sobre la mesa había dejado firmados unos documentos en blanco para que ese trazo personalísimo sobre el papel pudiese seguir protegiendo, en su ausencia, a aquellos judíos que cada mañana hacían cola frente a la embajada. Un paso más, firme. La puerta, que se cerró tras él, lo estremeció.

Los magiares
Abril de 1941 — enero de 1943

Temetni, tudunk.
[Sabemos cómo enterrar a las personas.]

Dicho popular húngaro

I

Budapest, 3 de abril de 1941

En el palacio Andrássy, todas las noches se habían convertido en las de los martes. Ese día de la semana, elegido sin estrategia alguna por la aristócrata Klára Andrássy tras su regreso del frente de España, se había alargado infinitamente con los avances de la guerra. Las reuniones, en las que los jóvenes progresistas de la capital voceaban sus convicciones antinazis entre los sándwiches y las tazas de té, habían migrado del día asignado de la misma manera que la presencia radiante y sugerente de Klára había mutado en una expresión agria.

La noticia que esperaban, y que había transformado esa noche de jueves en un martes anticipado, había llegado con el paso firme y el porte atlético de Ádám Farkas de Batthyány, primo segundo de la anfitriona. Al entrar en la sala, el joven apenas detuvo su mirada en ella, con quien lo unía la ideología, aun cuando los separaba la diferencia de edad: los cuarenta y tres años de experiencia de ella frente a la rabiosa juventud de los veintiún de él. Sus ojos, de un castaño rojizo, muy distinto también del pálido azul de los de Klára, cayeron instintivamente sobre el hombre que fingía leer en el sillón del fondo.

Simulaba que leía porque no había pasado la página en la hora y media que llevaban de reunión. No había participado tampoco en las conversaciones, y solo cambió de postura al introducir el índice entre las páginas de la novela; Ádám la reconoció de inmediato. En cualquier habitación, su mirada recaía de manera inconsciente sobre Jonatán: en los rizos caoba, que solo bajo el sol del verano brillaban rojizos; en los iris grises, que parecían rehuir el color, y en la constelación de pecas sobre el puente griego de la nariz. A fuerza de haber estudiado juntos en el internado, estaban hechos de la misma materia, Ádám y Jonatán tenían el mismo sentido del humor y empleaban las mismas expresiones, escuchaban la misma música y, sí, leían los mismos libros.

—*Los hermanos Karamázov* —susurró Ádám, sin detenerse a leer el lomo, y se dejó caer sobre el reposabrazos—. Eres igualito que ese tipo, ese Mitya, siempre besuqueando al personal cuando te emborrachas.

Jonatán arqueó una ceja.

—¿Acaso te he besado a ti?

No se volvió hacia su amigo de inmediato, sino que observó un instante más al resto de los compañeros. En murmullos cada vez más quedos, matizaban los preparativos del próximo viaje a Polonia, que no sabían si podrían realizar. Desde la ocupación alemana del país vecino, aquellos miembros privilegiados de la sociedad húngara se habían dirigido en coche hasta la frontera para rescatar a los opositores políticos que buscaban asilo. El papel de Jonatán en tales misiones era sencillo: él, tan judío como muchos de los refugiados, pero perteneciente a un país en el que su estirpe todavía no pagaba el hecho de serlo con la deportación, se limitaba a conseguirles

hospedaje en el Eötvös Collegium, la residencia de la universidad en la que estaba doctorándose en Lingüística.

Ádám, con un oído también puesto en la marchita discusión, no le siguió la broma. En su lugar, se inclinó más ante él y le comunicó la noticia antes que a los demás.

—Los alemanes han cruzado la frontera. —Acompañó la aseveración con un movimiento rápido para acortar aún más la distancia que separaba ambos cuerpos, a fin de que la intimidad arropara la tragedia anunciada—. El ministro de Asuntos Exteriores se lo acaba de comunicar al primer ministro. La ocupación de Yugoslavia es inminente.

Se lo dijo como un secreto, como una confesión. Sin moverse más que para estirar la espalda, aguardó el momento preciso para irrumpir en el debate antes de compartir con el resto de los compañeros la condena que se cernía sobre ellos. Utilizó idénticas palabras para ello, pero, al no estar ya empañadas por la familiaridad de la amistad, sonaron clínicas, analíticas, más propias del uniforme militar que vestía que del hombre que Jonatán sabía que se escondía bajo él, que leía sus mismos libros y escuchaba su misma música.

Hubo un estremecimiento colectivo. En el tablero de ajedrez en el que se había convertido Europa, la siguiente jugada supondría una soga al cuello. Sabían que, por su traición, Gran Bretaña no tardaría en declararles la guerra.

En la noche más larga, el firmamento cuajado de estrellas caía sobre ellos como un manto. Sin ganas ni paciencia para escuchar el parte

de una guerra que les mordía los talones, Jonatán y Ádám salieron al balcón del palacio, que se abría ante las aguas azul cobalto del Danubio. Buscaban la intimidad del tabaco compartido y de la terraza que los mantenía próximos a la reunión que continuaba en el interior, aunque no participaran de ella. Al otro lado, el Parlamento, aún iluminado, se alzaba dorado como un gran dios ciego, mudo e indiferente.

En más de un sentido, Ádám Farkas de Batthyány llevaba toda la vida esperando la guerra. Eran viejos amigos, le gustaba pensar; tenía con ella una relación de segunda mano, transmitida de padre a hijo a través de anécdotas y de noches en vela. Las noticias del combate emocionaban a Ádám, lo estimulaban con sus giros y sus bordes afilados. Cuando este tocó a su puerta, él ya tenía una soga al cuello.

Y podía llamar esa soga por su nombre: Jonatán Rozenfeld, su mejor amigo, con quien lo unió el hastío del internado primero, y todo lo demás mucho después. Por él, Ádám habría caminado descalzo sobre el fuego y hasta de tragarse las cenizas habría sido capaz; en cambio, le tendió el cheque en blanco que acababa de firmar. Quizá, en el Budapest que se asomaba al precipicio del conflicto armado, no había tanta diferencia entre lo uno y lo otro.

—Escribe la cifra que te pidan los británicos para emigrar y sal de aquí antes de que te llegue una citación —le dijo.

Cuanto Jonatán sabía sobre la guerra lo había leído en los libros: Atenas y Esparta, Aquiles y Héctor. Él era místico en la misma medida en la que Ádám era corpóreo. Por un instante efímero que se estaba agotando, sus vidas habían convergido.

—No sé —masculló—. Deja que me lo piense.

Por hacer algo, tamborileó los dedos en la baranda de forja del balcón, en la que había apoyado (no sin cierta temeridad) la última copa de vino.

—¿El qué? El primer ministro nos ha vendido. Cuando entremos en guerra, cosa que ocurrirá más pronto que tarde, nos movilizarán a todos, incluidos los judíos de los batallones disciplinarios. Pero tú tienes una escapatoria.

Al abrir la pitillera de plata, sus dedos rozaron la muñeca de Jonatán. Con el inesperado contacto humano, la copa se escurrió, cayó y se hizo pedazos sobre los adoquines del muelle Bem.

Ádám fue incapaz de contener una carcajada sacrílega.

—Tienes suerte de que no pasara nadie por debajo en este momento, de lo contrario, no solo tendría que sacarte del país, sino también encubrir tu crimen.

El pequeño estruendo que causaron los cristales rotos reverberó en la inmensidad de la noche y apenas logró amordazar el debate acalorado que les llegaba desde el otro lado de la puerta acristalada.

Como Jonatán no contestó, Ádám le colocó un cigarrillo entre el anular y el corazón.

—El último, ¿lo compartimos? No sería la primera vez.

—Ni la última —rio su amigo. Con la primera calada, el humo y la verdad se le atragantaron—. O sí. Dios mío. A mi padre lo destinaron a la frontera. Supongo que no se quedará allí mucho más tiempo.

Ádám no le respondió de inmediato. Observó el reflejo añil de la madrugada en el tabique recto de la nariz de su amigo y en los ojos que brillaban, húmedos a causa de las lágrimas que por orgullo y terquedad se negaban a brotar. En ese momento, por primera vez, los veintiún años le parecieron muy pocos.

—Puede que no —concedió, y tomó el pitillo que Jonatán le ofrecía—. Mira, me duele tener que despedirme de ti, pero… es algo que habría ocurrido de todos modos. Acabo de graduarme como oficial, me mandarán al meollo antes que a nadie. Y tú…, a los judíos de tu edad ya los han empezado a llamar a trabajos forzados, no hace falta que te dé unas noticias que conoces mejor que yo. Tus tíos llevan bastante tiempo en el Mandato. Tienes una oportunidad.

Se detuvo para crear un anillo de humo antes de devolverle el cigarrillo a Jonatán. Un momento brevísimo, incapaz de contener el pavor que los atravesaba.

—Eres el mejor amigo que tengo en el mundo y te aprecio —insistió—. Sería un desperdicio sin motivo que acabases en un batallón disciplinario cuando podías haber salvado la vida y adquirido la libertad. No te lo pienses.

Jonatán le dio un toquecito a la punta del cigarrillo antes de responder. Con el viento, la ceniza flotó un instante en el aire y desapareció en la inmensidad oscura del Danubio.

—*Et tu, Brutus?* ¿Tu vida no será un desperdicio sin motivo? Has hecho méritos en la academia de oficiales, y tu familia… Si de verdad entramos en guerra, puedes pedir el traslado al Ministerio de Defensa.

Ádám le dirigió una leve sonrisa, tintada del granate del vino agrio de la reunión.

—Tu fe en mí resulta enternecedora. Ya me conoces, ¿no te acuerdas de todas las veces que tuviste que sacarme las castañas del fuego en el instituto? O, más recientemente, en todas esas partidas de cartas que me negaba a terminar. Bien mirado, ese dinero que te doy es tan tuyo como mío.

Jonatán se demoró en contestarle. Su rostro moreno se contrajo con un último escalofrío.

—Sé serio —le pidió.

—Tú ya lo eres por los dos, Mitya Karamázov. No te preocupes por mí.

Aprovechó que su camarada le devolvía el cigarrillo para alargar, aunque fuese solo por unos segundos, la ternura de aquella caricia improvisada. Conocía tan bien aquella piel que podría haber leído en braille los años que la atravesaban: los partidos de fútbol que habían compartido en la infancia primero, las borracheras en la adolescencia después y, por último, aquellos permisos de la Academia Militar en los que el jazz del Cotton Club amortiguaba las voces de ambos al tratar de ponerse al día sobre sus respectivas vidas. Ádám no veía diferencias significativas entre ambos, ni siquiera en ese momento.

Para evitar pensar en ello, alzó la vista al firmamento, cuajado de estrellas.

—Parece que los ángeles están fumando tanto como nosotros.

—¿Cómo?

—Mira —prosiguió Ádám, al tiempo que le levantaba la barbilla con dos dedos—. La noche es clarísima. No me digas que todas esas estrellas no parecen las colillas de los cigarrillos de los ángeles.

El muchacho sacudió la cabeza, pero no mutó su postura. Todavía miraba aquel punto que Ádám le señalaba.

—Creo que el vino se te ha subido a la cabeza.

—Tú piensa que, allá arriba, quizá hay centenares de chicos como nosotros apurando los últimos pitillos mientras nos ven a nosotros fumar. También nosotros estamos fumando y observando el vacío, y

a lo mejor allá abajo hay otra civilización, invisible a nuestros ojos, de muchachos que fuman y conversan.

Su voz, grave, fue disminuyendo de volumen hasta confundirse con las discusiones ahogadas al otro lado de la puerta. Tras volverse, extendió la mano para que Jonatán la tomase. Este la observó, quedo, un momento más, como si quisiese grabarse en la memoria la disposición de cada vena y cada lunar de su piel.

—Nos volveremos a encontrar, camarada.

Jonatán no aceptó la mano. En su lugar, se inclinó ante el cuerpo de su amigo, más bajo que el suyo y también más fuerte, y lo abrazó.

—Cuando el mundo sea libre —le prometió.

Solo Dios sabía qué otras primaveras les aguardaban.

Para evitar sentir un luto prematuro y porque la ciudad era todavía una fiesta, se refugiaron en el Cabaret Arizona.

Con su plataforma giratoria, el humillo del tabaco que hacía lagrimear los ojos, la música swing y la belleza de las mujeres de Budapest, el Arizona los trasladó por un momento al otoño de sus dieciocho años, el de 1937. El primer año de universidad de Jonatán y el ingreso de Ádám en la Academia de Oficiales Ludovika. La partida de Klára Andrássy, santa patrona de la sensualidad a sus ojos adolescentes, al frente de España. Las noches de jarana que se convertían en amaneceres de pitillo compartido en la isla Margarita, el punto en el que los caminos de Ádám, que vivía en el lado Buda de la ciudad, y Jonatán, que residía en Pest, se separaban.

En ese abril agónico se despertaron en una postura idéntica a la de aquel año. En la habitación de Ádám en Villa Batthyány, uno tumbado en la cama (con frecuencia, el anfitrión llegaba demasiado borracho para tener grandes arranques de generosidad) y el otro recostado en el diván contra la estantería. Se despertaron de golpe, no con la luz rosada del amanecer, sino con el ruido de unos nudillos que llamaban a la puerta.

Un chirrido. El pomo giró y en el umbral, con la disposición de quien no acostumbra a aguardar a que le den permiso antes de hacer acto de presencia, emergió la figura esbelta de Erika Farkas de Batthyány. En la primavera de sus diecinueve años, la hija menor de la familia era casi un reflejo de la juventud de su prima Klára. Había heredado de ella la barbilla picuda, la nariz fina, de puente recto, las cejas arqueadas y los labios bien definidos; aparte de la edad, solo se distinguían por los ojos, que en Erika refulgían de un verde luminoso, sin mezcla alguna de marrón.

Esa mañana, por costumbre o por urgencia, no reaccionó al ver el cuerpo de Jonatán, que se desperezaba en el diván, ni el pecho descubierto de su hermano, pues la instrucción militar lo obligaba a quitarse y doblar el uniforme incluso bajo los efectos de la bebida. Tomó aire. Con voz clara, que no se rompió con la emoción, anunció:

—El primer ministro ha muerto.

II

El cortejo fúnebre avanzaba a paso firme por la calle Alkótmany. La luz inclinada de aquella primavera insurrecta se reflejaba con violencia en las ropas negras de los vecinos y los uniformes de los oficiales que acompañaban el féretro de Pál Teleki. Cuatro días antes, el primer ministro, ante la decisión imposible de permitir que los alemanes cruzasen el país para ocupar Yugoslavia o negarse a ello y enfrentarse a los que eran sus aliados, se había quitado la vida en su habitación del palacio Sándor. La nota de suicidio, que muy pocos en aquel enjambre de personas de luto habían leído, rezaba: «Por cobardía hemos mancillado el honor de Hungría. Nos hemos aliado con sabandijas y nos convertiremos en verdugos. Una nación tirada a la basura. No pude evitarlo. Soy culpable».

El aullido de la alarma antiaérea interrumpió momentáneamente el recogimiento del funeral. Miguel Ángel de Muguiro, encargado de negocios que había acudido en representación de la embajada española, alzó la vista al cielo resquebrajado de nubes. Con los recuerdos de la Guerra Civil aún a flor de piel, la entrada de Hungría en el conflicto armado lo inquietaba. Como representante de otro país, sus opiniones políticas rara vez abandonaban la intimidad de la casa familiar o los oídos de sus confidentes más fieles. Monárquico de pura cepa, en 1936, más que lealtad hacia el general Franco,

había sentido hacia aquella República herida de muerte una desconfianza que le había llevado a simpatizar con el bando sublevado. Como todos los monárquicos, sus esperanzas silenciosas recaían en don Juan, y recelaba de los militares y del germanismo que en ese momento hacía mella también en Hungría.

El nerviosismo de las gentes contrastaba con el paso aún sereno de Miklós Horthy, regente de aquel país sin rey, que siguió caminando detrás del féretro con su porte majestuoso y sus rasgos severos, como si la posibilidad de un bombardeo no tuviese la potestad de alterarlo.

Un poco más atrás, en el tumulto de aristócratas que daban el último adiós al conde Teleki, Ádám Farkas de Batthyány aprovechó la confusión de la alarma antiaérea para inclinarse ante su prima Klára y susurrarle al oído:

—¿Vas a abandonar el país?

Klára bajó los párpados. En la cuarentena, la delicadeza de las facciones, matizada por los rizos castaños, cortados al estilo Bob, y los sesgados ojos azules, resultaba tan arrebatadora como lo había sido en la primera juventud.

—Sí. El regente me ha comunicado, en total confidencia, que estoy en el punto de mira de los alemanes. Solo he retrasado el viaje para rendir los últimos respetos a nuestro primer ministro. —Miró al joven a través de la rejilla de la boina negra—. Quizá tú debieras hacer lo mismo. Es lo que les estoy recomendando a todos los que asistíais a mis reuniones de los martes.

Ádám rechazó su sugerencia con un movimiento rápido de la cabeza. Unos rasgos oscuros, casi hoscos, pero dotados de cierta belleza noble que hacía acto de aparición cuando su dueño requería

algo de los demás, traicionaban sus veintiún años. Con el pelo negro engominado, la tez morena y los ojos castaños y penetrantes, no habría desentonado en el grupito que conformaban los representantes de la legación española.

—Yo no lo tengo tan fácil, Kaja.[2] Si intento salir del país, tendré que enfrentarme a un tribunal militar por deserción. A quien sí estoy ayudando a emigrar es a Jonatán.

—Si no quiere acabar como su padre, debería hacerlo. Y tú habrías de reconsiderar tu postura. El regente respeta el apellido de tu madre y yo, que lo conozco bien, podría interceder por ti. Si solicitas que te den de baja…, con tu apellido y tu formación, podrían reubicarte. Quizá serías útil en Gran Bretaña.

—¿La Gran Bretaña que nos va a declarar la guerra? Sería un acto de cobardía. No puedo abandonar a mis hermanos de armas. Creo en ellos aunque no crea en este gobierno.

La mujer le sonrió del modo dócil y casi parco de quienes no se ven capaces de doblegar el ímpetu de la juventud. Mientras marchaban, con el ruido agudo de la sirena aún marcando el ritmo, le dirigió un último reproche:

—Más te vale que ni se intuyan las ideas que tienes. Con lo feliz que vas a hacer tú un día a una mujer cuando se te ocurra sentar la cabeza…

—Pero si solo tengo ojos para ti, condenada…

Primera carta de Jonatán a Ádám

Haifa, Mandato Británico en Palestina,
6 de junio de 1941

Querido compañero:

He llegado sano y salvo a casa de mis tíos. No quiero aburrirte con los detalles de mi viaje. Hace calor en el Mandato, y las playas son muy bonitas, al igual que las mujeres (no he tenido suerte encontrándote novia… ¿Quizá debería dejar de enseñar tu fotografía?).

Mi hebreo es macarrónico. Tengo un acento tan espeso que casi nadie me entiende, y con el inglés no me defiendo mucho mejor. La pequeña colonia húngara está formada, como cabía de esperar, por sionistas. Tras explicarles los motivos de mi situación actual, y que no tengo interés alguno en su activismo político ni en asentarme en el Mandato una vez que finalice la guerra, acabaron conmigo. No me consideran ni judío ni digno de pisar estas calles, ni de que se me queme la piel bajo este sol. Puesto que a los demás no les caemos particularmente bien los húngaros, pasaré los próximos meses hincando codos hasta aprender el idioma. Los idiomas, supongo. Ni el latín ni el griego van a ayudarme mucho, me temo, ya ni hablemos del eslovaco cuyas clases nuestros padres tanto desdeñaron…

Echo de menos Budapest, y a ti más que a nadie en el mundo. Echo de menos mi calle y el olor a *kürtőskalács*[3] y las vistas desde la colina del castillo. ¿Y sabes qué más? Echo de menos ese zepelín, ¿te acuerdas? El que vuela todas las noches para anunciar el betún Schmoll.

Cuídate mucho, que vales lo que el oro.

Hasta que nos volvamos a encontrar.

Ciao ciao,

J. R.

Primera carta de Ádám a Jonatán

Academia Ludovika, Budapest VIII,
1 de julio de 1941

Querido camarada:

Le he arrancado de las manos tu carta al portero, sin decoro alguno, que pese para siempre en tu conciencia. Me alegra saber que estás bien, sano y salvo, rodeado de mujeres bellísimas y de compatriotas que te derrotan con la indiferencia. Sobre el primer punto, me reservo el derecho a preguntar qué fotografía mía has estado enseñando por ahí. Para solventar tan embarazoso problema, adjunto los últimos retratos que me han hecho en el ejército. Si con estos tampoco hay suerte, las aguas del Danubio llamarán por mí.

Bromeo, por supuesto. En otras palabras, estoy llenando el papel de tonterías para no poner por escrito las noticias que debo comunicarte. Mi prima Klára ha muerto. Cayó víctima de las bombas, de cuya arbitrariedad tanto había escrito desde España, mientras emprendía su marcha a Gran Bretaña. Deja a su hijo Pál y a todos los amigos que tanto lamentamos su pérdida.

No tengo palabras para describir el dolor que siento, de modo que no voy a hacerlo. Sé que apreciabas a Kaja y que ella también agradecía tu presencia en sus veladas y la ayuda que le ofreciste en su momento. Cuando le comuniqué que emigrabas, se alegró de corazón de que te alejases del destino que la vida se empeñaba en reservarte.

Resulta extraño que estemos de luto. A pesar de los años tan interesantes que nos ha tocado vivir (¿recuerdas esa maldición china?: «Te condeno a vivir tiempos interesantes»), Budapest es una fiesta. Los cafés, los bares y los

cabarets están de bote en bote (aunque yo veo siempre esa mesa vacía, invisible a los ojos de los demás, que has dejado tú). Las gentes se han enardecido ahora que hemos entrado en guerra con la Unión Soviética, vuelve a entonarse el «*Nem, nem, soha!*»[4] y en el informativo que precede a las películas del cine nos mantienen al día sobre los territorios recuperados.

Por lo demás, mi hermano se ha alistado en el regimiento de los húsares al que perteneció papá, y en el que aún estaría dando guerra si las discapacidades que arrastra desde la anterior no se lo impidiesen. Al tutor de esgrima de Erika lo han destinado a trabajos forzados debido a su situación racial, por lo que está buscando otro, ya que mantiene la atención fija en los próximos Juegos Olímpicos. Sobre mi propio destino no puedo contarte más que, por el momento, permanezco en Budapest, adiestrando a los nuevos cadetes que llegan a Ludovika. Por supuesto, esto puede cambiar en cualquier momento, así que te pido que no dejes de escribir, incluso si no recibes respuesta. Los míos me harán llegar noticias tuyas allá donde vaya, y confío en que mis palabras sepan encontrarte a ti también.

Con cariño y trepidación,

alférez Á. FARKAS DE BATTHYÁNY

Segunda carta de Jonatán a Ádám

Haifa, Mandato Británico en Palestina,
17 de julio de 1941

Querido Ádám:

Lamento tener que empañar mi segunda carta con el peso de las malas noticias. Que una mujer de la categoría de Klára, con el coraje orgulloso que ya solo se encuentra en los libros y en los mitos, haya visto su vida cortada de raíz por las bombas me resulta inadmisible.

Espero que sientas el abrazo que te mando y que me gustaría ser capaz de darte en persona. Ádám, yo a tu prima la adoraba y la veneraba por las mismas cualidades por las que te adoro y te venero a ti: el temple, el heroísmo desinteresado y la sinceridad que no se acobarda al llamar a las cosas por su nombre. Espero que la herida que te ha abierto esta pérdida cicatrice con el tiempo.

Deseo lo mejor para tu hermano, que la maldición china que mencionas no le toque ni un pelo de la cabeza. Reservo los mismos sentimientos para ti. El espacio de tiempo entre una carta y otra me espanta y, para sobrellevarlo, leo siempre las noticias que me llegan de Hungría.

Gracias por adjuntar fotografías nuevas. ¿Cómo te atreves a pensar que he estado enseñando por ahí alguna que te deje mal parado? Puesto que has incluido dos en tu carta, asumo que una es para mí, ¿no? A no ser que tus sentimientos respecto a la monogamia se salten las lecciones que tan amorosamente nos inculcaron en el internado y decidas apuntar tan alto para que yo te busque no una, sino dos novias. ¡Veré cómo me las arreglo!

Aquí sigue haciendo calor. Casi todo mi abundante tiempo libre lo empleo en tomar el sol en la playa y practicar deporte, así que, con toda probabilidad, cuando vuelvas a verme seré bastante más tonto de lo que me dejaste.

Mantente a salvo. Lee alguno de mis libros, que sé que te has olvidado hábilmente de devolverme unos cuantos.

Un abrazo,

Tu Mitya Karamázov

Segunda carta de Ádám a Jonatán

Academia Ludovika, Budapest VIII,
27 de julio de 1941

A mi muy querido y pretencioso compañero:

Nuevamente he perdido todo decoro al arrancar (esta vez de las zarpas del cartero) esta misiva. Gracias por las fotos que adjuntas. Al contrario de lo que esperabas, en la postura y en la expresión se te nota que estás perdiendo tus capacidades intelectuales a un ritmo vertiginoso. No te preocupes, tu mesa y yo estaremos esperándote, y si llegas a un extremo en el que ya solo puedas comunicarte mediante gestos y gruñidos, echaré mano de todo lo que aprendí en nuestras noches de borrachera y te comprenderé perfectamente.

Con toda seriedad, te agradezco en lo más profundo las palabras que le has dedicado a Klára. No paliaré ningún dolor explayándome más sobre el asunto, de modo que no lo haré. Mi señora madre, santa patrona del oportunismo, esperaba que el luto acercase a Erika al pobre Pál O., el hijo de Klára. Si ha cesado en su cometido no es debido a la vergüenza que podría sentir por su insensibilidad, sino por el interés que mi hermana ha suscitado en otro Pál, Pál Széchenyi, una cara conocida en sus fiestas y cuyo apellido mamá aprecia incluso más.

Gracias por tus buenos deseos hacia Tibor. Los húsares han sido de los primeros en ser movilizados a Rusia. En contra de todo pronóstico, mi hermano pequeño se me ha adelantado. Cuando fuimos a despedirlo a la estación, coincidí con tu hermano, quien también tuvo el detalle de venir. Está muy bien. Como Erika, lamenta la escasez de tutores de esgrima. En su caso, claro, esta escasez se ve exacerbada por la cantidad comparativamente

inferior de gimnasios abiertos a atletas de vuestra condición racial. Por supuesto, le aseguré que le echaría un cable si alguna vez lo necesitaba.

Siempre tuyo,

alférez Á. FARKAS DE BATTHYÁNY

Tercera carta de Ádám a Jonatán

Academia Ludovika, Budapest VIII,
1 de septiembre de 1941

Querido Jonatán:

El 15 de agosto, bajo un sol de ecos infernales, a temperaturas que acariciaban los cincuenta grados, el Cuarto Regimiento de Húsares cargó contra el Ejército Rojo en la remota ciudad ucraniana de Nikolayev. Según ha trascendido, la infantería alemana, acorralada tras un terraplén ferroviario, intentó atacar en cuatro ocasiones, en todas ellas fue repelida por las fuerzas soviéticas. Los germanos, que habían solicitado una descarga de artillería para derrotar al enemigo, se sorprendieron al ver a los húsares húngaros en el horizonte. A sus ojos, aquella carga de caballería (el sonido de las herraduras contra la tierra ardiente, el silbido de los sables) debió de parecer un delirio febril causado por la sed y la fatiga. Una imagen absurda, sacada de una novela de Tolstói o de uno de los cuadros de la Galería Nacional; solo los tanques que flanqueaban a los húsares revelaban que no habían viajado en el tiempo, a través de una ensoñación. Quizá lo consideraron bello y terrible, del mismo modo en que los días de verano también pueden matar.

Tras dos jornadas de batalla, el Cuarto Regimiento tuvo que lamentar la pérdida de un oficial y hombres de otros seis rangos más, entre los cuales se encontraba el cabo Tibor Farkas de Batthyány.

No sé qué sentir al respecto, excepto un vacío inconmensurable. Todavía no he reaccionado a la noticia, que nos comunicaron hace un par de días. Quizá, como los alemanes, la percibo como un espejismo, algo imposible, propio de las novelas o de las obras de arte.

Mi madre está desconsolada, como cabía esperar. El médico ha recomendado reposo para ella y para Erika en nuestra villa de Balatonfüred. Mi hermana, dado lo repentino de la noticia, tampoco reaccionó de inmediato. Se sentó con la carta en la mano y no pronunció palabra. Tibor y ella lo compartieron todo, desde el vientre materno, y, por lacerante que sea mi herida, temo que jamás llegue a comprender la suya, que resulta cruel en un grado especial.

No sé qué más decir. Tenía que contártelo, ya que de todos modos lo habrías sabido por tu hermano. Por favor, no hagas referencia a ese asunto en tu respuesta. Sé perfectamente que cuento con tu apoyo, aun en la distancia, y ya siento en la piel el abrazo que me darías, de tener la capacidad física de hacerlo. No quiero leer nada más sobre esto, que ya bastante es sufrirlo.

Supongo que, en el fondo, lamento no haber conocido mejor a Tibor. Nunca me interesé ni por la esgrima ni por ninguna otra de sus pasiones; ni siquiera en la experiencia militar coincidimos. Mientras vivía, no lo consideré más que mi hermano pequeño, una persona a medio formar, cuyos chistes y conversación no me emocionaban tanto como los del grupo de amigos. Nunca más podré hablar con él ni descubrir qué pensaba o qué opiniones se estaba formando. Una pérdida absoluta y despiadada. Nadie debería morir a los diecinueve años.

Siempre tuyo,

ÁDÁM

Cuarta carta de Jonatán a Ádám

Haifa, Mandato Británico en Palestina,
18 de septiembre de 1941

Querido Ádám:

No escribiré de nada de lo que tú no quieras que hablemos. Ten presente tan solo que eres mi amigo más preciado, que incluso más que despedirme de mi madre me dolió el tener que separarme de ti. Te quiero como a mí mismo; pienso de veras que hay una parte de mí que aún pisa las baldosas de Budapest, y eres tú. No tienes nada de qué arrepentirte; sean los dioses o los hombres los causantes de esta guerra, son ellos quienes deberían pedirnos perdón a nosotros, y de rodillas.

El *Talmud de Babilonia* dice que «quien salva una vida salva al mundo entero». Solo el tiempo dirá si tú has salvado únicamente mi libertad o mi vida entera. En lo que a mí respecta, tienes el mundo a tus pies.

Te mando el más grande de los abrazos, camarada, aunque sé que hace mucho que ya lo has recibido.

Tu J. R.

Undécima carta de Jonatán a Ádám

Haifa, Mandato Británico en Palestina,
8 de enero de 1942

Querido compañero:

¿Cómo es esa antigua maldición china que me contaste? «Te condeno a vivir tiempos interesantes». Pues bien, amigo mío, los tiempos que nos han tocado vivir son interesantísimos. Intento estar al día de las noticias que pasan ahí fuera, en Europa. Aquí también se oyen muchas cosas. Aunque cada vez es más difícil emigrar al Mandato, todavía siguen apareciendo refugiados del continente europeo. No sabes lo afortunados que son los judíos de Hungría, teniendo en cuenta las atrocidades que están llegando a mis oídos.

Trato de mantenerme al tanto de los avances del Ejército Real Húngaro. Espero que estés a salvo. Si se pudiese cumplir mi voluntad, seguirías en la Academia Ludovika, aunque leyendo entre líneas me atrevería a pensar que no será así.

Hasta que nos volvamos a encontrar, compañero.

Un abrazo,

J. R.

Séptima carta de Ádám a Jonatán

29 de marzo de 1942

Jonatán, amigo mío:

Gracias por seguir escribiendo y perdóname por una carta más que llega demasiado tarde. Las tuyas se me acumulan (agradecimiento, no reproche). No puedo darte más detalles sobre mi ubicación ni mi rutina, no esperes tampoco recibir correspondencia regular por mi parte. Aun así, escribe, escribe, escribe.

Espero que estés bien. Por mí no te preocupes, estoy rodeado de unos camaradas de primera, en quienes confiaría mi vida. Los míos también están muy bien. Erika sigue al pie del cañón entre la esgrima, las clases de enfermería y los eventos sociales. Sobre este último punto, me escribe que tenemos un nuevo vecino, secretario de la embajada de España y bastante joven. Su esposa, de hecho, no es mucho mayor que ella. ¡A ver cómo quedan las relaciones entre países, si mi santa hermana los empieza a invitar a todas sus fiestas!

Con cariño y añoranza,

teniente Á. FARKAS DE BATTHYÁNY

III

En el otoño de 1942, el Ejército Real Húngaro, debilitado y mermado en contingentes y material, se encontraba a orillas del Don, frente a un adversario superior en todos los aspectos. Los refuerzos se retrasaban y las provisiones escaseaban. Los alemanes, con la atención fija en Stalingrado, la gran joya de la corona soviética, los utilizaban como carne de cañón en su avance. En casa, la actitud ante aquella retahíla de derrotas era cada vez más escéptica, y ni siquiera la propaganda del régimen podía borrar la vergüenza de aquella patria que parecía haberlos abandonado. El invierno llamaba a sus puertas, anunciaba nieve y heladas, pero los soldados del Segundo Ejército seguían aguardando una ayuda que jamás acudiría.

El capitán Ádám Farkas de Batthyány introdujo la mano que tenía libre en uno de los mitones de lana que había recibido de casa, y prosiguió la carta que tenía empezada. Las noches en Rusia llegaban como una emboscada. La luz anaranjada de aquel ocaso gélido entraba por las ventanas de la cabaña en la que se encontraba; de haber podido mirarse en un espejo, habría dictaminado que aquella última claridad no resultaba amable con él, pues iluminaba la dureza de sus rasgos y revelaba los estragos de las condiciones en el frente, que lo hacían parecer mucho mayor que sus casi veintitrés años.

Debido al sistema de rotaciones, llevaba dos semanas en la retaguardia, tiempo más que suficiente para sentir en los huesos y en la boca del estómago la ansiedad de las trincheras. Lo que había visto, en aquel periodo de inactividad, no le había gustado. Si tomar la mano de un reemplazo mientras agonizaba era la bala, ser testigo de la crueldad de su propio ejército constituía la mano que apretaba el gatillo.

El frente eran los hombres que tenía a su cargo, obreros y aldeanos a los que les había tocado el peor número en la lotería mortal de la guerra. Asediados por la gangrena, sus estómagos se encogían de hambre sin que sus mentes comprendiesen qué hacían allí, en el fin del mundo y de la humanidad, ni por qué el resto de sus compatriotas vivía como si Budapest fuese un jolgorio. La retaguardia eran los oficiales que, cansados de morder el polvo, torturaban a los judíos y a los opositores de los batallones disciplinarios, en busca de un único consuelo: a ellos podía haberlos abandonado la patria, pero, al menos, conservaban cierta dignidad de la que desnudaban a los trabajadores forzados.

Óblast de Vorónezh,
21 de octubre de 1942

Querido compañero:

Espero que puedas perdonarme la caligrafía. En Rusia el invierno llega temprano y ni siquiera la ropa de abrigo que nos tejen las mujeres húngaras es capaz de paliarlo. Pienso en ti constantemente y en las playas de arena tan blanca del Mandato. Podría usar la máquina de escribir que me ha prestado el sargento Boldizsár (Iván, ¿lo recuerdas de las reuniones de los martes?), pero

entonces, al acariciar el papel, tus dedos no tocarían nada que hubiese trazado mi pluma.

Escribo consciente de que, quizá, esta sea la última carta mía que recibas. Pronto me movilizarán de nuevo y, aunque no puedo darte detalles, la esperanza que tengo en mi supervivencia es relativa. Te confieso esta certeza, que les he ocultado a los míos, porque te respeto y sé que mereces saber la verdad. Me han ofrecido un permiso por Navidad, que he rechazado, así como la posibilidad de trasladarme de manera definitiva a la retaguardia. Espero que puedas perdonarme.

Tengo más de cien hombres a mi cargo. A los reemplazos nos los traen con cuatro semanas de entrenamiento a las espaldas, sin armas y sin ropa de abrigo, pues se espera que los soldados que se repliegan les cedan las suyas. Hablan de la Navidad como si fuese la segunda venida de Cristo, puesto que saben que no la catarán. ¿Cómo puedo aceptar una salvación que se me ofrece por mi apellido o por mi clase, cuando ellos están entregando su juventud y su talento a cambio de la tierra yerma de Rusia, que no les importa nada? No odian a los soviéticos, quienes, según nos enseñan, son el enemigo que nos aborrece. Solo los altos cargos, que desconocen el olor a pólvora, podredumbre y sangre seca de las trincheras, hablan de cruzadas contra el bolchevismo; para los obreros y los campesinos que dan su vida por esa patria que parece que nos ha olvidado, ese odio no significa nada. Puesto que yo no puedo compartir mi gloria con ellos, ellos tendrán que compartir su ataúd conmigo.

Jonatán, eres el mejor amigo que tengo en el mundo y te quiero más que a nadie. Cuando mi hermano murió, me devoró un sentimiento ponzoñoso, lacerante, que no he compartido jamás con nadie. Fui consciente de que aquel dolor que me consumía, mayor que cualquier otro, habría palidecido frente al que me habría azotado si hubieras sido tú. Creo que fueron los árabes los que hicieron la distinción entre «hermanos de leche», amamantados por la misma mujer que los trajo al mundo, y «hermanos de sangre», unidos por una alianza mucho más fuerte que la arbitrariedad de la naturaleza. En mi experiencia, esta teoría es correcta. Te quiero como aún no he querido a ninguna mujer y daría mi mano derecha por tu seguridad.

En una carta te preguntabas si yo era el salvador de tu vida o de tu libertad. Tras pasar el suficiente tiempo en la retaguardia, y sin poder ahondar más sobre esto, te aseguro que, sí, soy el responsable de tu vida. Aunque la mía llegase a los cien años, jamás haría nada más valioso con ella. Si me voy, lo haré con esa tranquilidad.

¿Quieres más pruebas? Aquí me he topado, por casualidad, con el antiguo tutor de esgrima de mis hermanos. Un campeón olímpico, que hace años apareció en las portadas de todos los periódicos y que hoy desactiva minas con las manos desnudas sobre la nieve, como el resto de los judíos del batallón disciplinario. Al verlo, traté de mantener el rostro impasible, cuando, en realidad, me invadió un susto repentino, como el que cualquiera experimentaría tras observar a un condenado a muerte o a un enfermo contagioso grave. Me resultó casi sacrílego encontrar a un hombre de su categoría en el escalafón más bajo del infierno. ¡Pero qué digo! El infierno no existe y Vorónezh sí.

No te angusties por mí. No siento miedo alguno. Me ha hecho falta despojarme de todo para darme cuenta de que no tengo necesidad de nada. Mi vida, que a algunos les parecerá muy pequeña, ha sido una fiesta, y sabes que siempre he sabido cuándo llega el momento de irse. Que seas muy feliz, Jonatán, que leas muchos libros, que aprendas tantos idiomas que tu lengua materna recele de ellos. Siempre fuiste mejor hombre que yo.

Tuyo,

capitán A. FARKAS DE BATTHYÁNY

El golpe en la puerta, ahogado debido al pasadizo de nieve, lo sorprendió en mitad de un movimiento, al ir a tomar el sobre para guardar la misiva. Se aclaró la garganta, seguro de que el autor de aquel ruido era también el dueño de la máquina de escribir.

—Iván, amigo mío —dijo—, pasa.

Mientras garabateaba la dirección, el sargento Iván Boldizsár entró. Más alto y también más delgado que Ádám (un detalle que

quedaba oculto bajo las gruesas capas de ropa del uniforme), demoró un par de segundos en sacudirse la nieve de las botas y del sobretodo.

En el corazón de Rusia, cada acto era pausado, casi ritual, y requería una fuerza hercúlea. Al tomar asiento frente a su anfitrión, señaló la botella abierta de vodka que yacía sobre la mesa.

—¿Puedo?

—Por favor —respondió Ádám mientras retiraba el informe que había mecanografiado aquella misma mañana—. Vienes a recuperar tu máquina de escribir, supongo.

Iván Boldizsár esbozó una sonrisa. Tenía un rostro redondo, casi simple, de mejillas amoratadas por el frío y una nariz pequeña cuya piel, quemada por el sol, empezaba a escamarse. Los ojos, rasgados y brillantes, casi desaparecían bajo unas arrugas prematuras.

—Y a despedirme de ti, compañero. Me han concedido un permiso de Navidad anticipado. Parto mañana. En unas semanas estaré caminando de nuevo por las calles de Budapest. Según los rumores, a ti te ofrecieron algo parecido y lo rechazaste.

—Parece que los rumores, por una vez, son ciertos. —Para entrar en calor, se sirvió también un vaso de vodka—. No soportaba la idea de volver a casa sabiendo que no iba a ser definitivo. Que mis padres y mi hermana me abrazasen locos de alegría y, unas semanas después, tener que despedirme de ellos de nuevo. Habría sido cruel.

Ante la crítica velada, el sargento alzó las cejas poco pobladas, que se confundían con el moreno impostado de aquel invierno que se les había echado encima. Ádám, lejos de disculparse, resopló. Se

había sacado la última cajetilla de tabaco del bolsillo y peleaba con los dedos adormilados para abrirla.

—En tu caso, es distinto. Tienes una mujer y un hijo que te esperan y estás destinado aquí, en suministros. Vorónezh no es la cumbre de la diversión para nadie, pero en la retaguardia estáis más seguros. Nosotros… —Chascó la lengua—. Va a ser una masacre. Tenemos menos de cien mil hombres para defender una línea de doscientos kilómetros. La contraofensiva soviética es inminente. Cuando llegue…, vamos a pintar la nieve de Rusia del rojo de nuestra sangre. Sin provisiones…

—Confidencialmente, dudo que recibamos más antes de enero.

—Los bolches no van a esperar a enero. Esto es un sacrificio, Iván. Para nada y a cambio de nada, excepto tiempo para los alemanes. Hungría nos ha desechado.

Boldizsár bajó la cabeza.

—Eso dicen también mis hombres. Eso pienso yo, cuando me abandono a la desesperanza. Pero cavilar demasiado sobre ese asunto solo puede llevar a la locura, condesito.

Ádám arqueó las comisuras ante aquel apodo, relegado en un rincón tan recóndito de su cerebro que ya casi lo había olvidado. Sin mutar el gesto, le tendió a su camarada uno de los dos últimos cigarrillos Nikotex que Erika le había mandado por su santo.

Al observarlo, suspendido entre dos dedos, el sargento se echó hacia atrás. Después, con un movimiento brusco de las manos, lo rechazó.

—Regalar tus últimos cigarrillos es un acto de derrota que no voy a permitirte —dijo mientras tanteaba su uniforme hasta dar con la lata en la que guardaba el tabaco y el papel de liar—. Resérvalos

para cuando vuelvas a casa. Uno para ti y otro para la pobre chica a la que conquistes.

Ádám rio. Nikotex. Él no prefería esa marca por su sabor, sino por el menor contenido en nicotina, lo que acallaba las protestas de sus hermanos cuando se encendía uno… Erika, la autora del regalo, desconocía ese detalle, quizá nunca llegaría a saberlo. En deferencia a aquella ternura, que parecía imposible en un lugar como ese, y a la ingenuidad de su compañero, se guardó la cajetilla de nuevo.

—Cómo sois los periodistas, amigo mío. Espero que aproveches tu merecido permiso para escribir sobre mí en el *Pester Lloyd*.

Boldizsár, ocupado en liar los pitillos, evitaba mirarlo. Al tenderle el primero, los iris oleosos estaban fijos en la mano y no en el hombre al que pertenecía.

—Eso mismo haré, puesto que ni escribo necrológicas ni ambiciono hacerlo nunca. Historias de guerra, en cambio… —Prendió la cerilla con la que encendió el cigarrillo de Ádám primero y el suyo después. Tras la primera calada, su rostro se tornó serio—. Eres más joven que yo. Ahora que estamos entre amigos de Budapest, olvidémonos por un instante de que eres mi superior y acepta el consejo que voy a darte. Si te ofrecen un traslado a retaguardia…, tómalo. Somos hombres de materia e intelecto y sabemos que no hay nada al otro lado. Perder para siempre todo lo que eres, todo lo que has pensado y sentido…, no merece la pena.

La sonrisa de Ádám no mermó.

—¿Y vivir toda la vida sabiendo que mi apellido y mi clase me apartaron de las garras del infierno, cuando hombres mejores que yo fueron sacrificados en una guerra que no les importaba nada?

Podría ser peor. Supongo que has visto las condiciones en las que tienen a los trabajadores forzados.

—Intento no pensar en ello a menudo, pero sí. Entre nosotros, es inhumano.

—Es una vergüenza para el uniforme que portamos —precisó Ádám—. A los húngaros indeseables, que no tienen derecho a armas ni a vestir los colores nacionales, los envían al frente en mangas de camisa para efectuar, en teoría, tareas auxiliares. Lo que he visto, sin embargo, es un puñado de oficiales fanáticos que los torturan hasta dejarlos lisiados y deformes. O hasta matarlos. ¿Por qué? Porque son judíos o serbios o comunistas. —Tomó con dos dedos la barbilla del sargento y se la levantó—. Opositores políticos. Lo que nos diferencia de ellos es la clase y el cuidado que tuvimos de no militar en ningún partido.

Iván Boldizsár tragó saliva. Aunque estaban solos en aquella cabaña insonorizada por las paredes de nieve, bajó la voz.

—El partido comunista nunca aceptaría a un hombre como tú, aunque se lo pidieses de rodillas. Ahora tú estás aquí y ellos ahí, o peor. Ya sabes lo que dicen: empieza pronto y acabarás muy alto. —Acompañó su afirmación con un gesto: el de la soga invisible alrededor del cuello. Después, como espantado por la imagen que había creado, agregó—: El trato que reciben es despiadado, estoy de acuerdo. Un crimen con todas las letras.

Un asentimiento corto. Ádám tiró las colillas sobre el cenicero que había improvisado con papeles viejos y añadió:

—Por eso necesitaba la máquina de escribir. También yo parto mañana, a Alekséyevka, al cuartel general. El alto mando quiere que me reúna con el comandante Jány para entregarle un informe sobre

las condiciones de las tropas. Confidencialmente, y leyendo entre líneas, están presionando a los alemanes para que nos proporcionen los suministros prometidos. He aprovechado para denunciar también los abusos que se infligen a los batallones disciplinarios. Si esos hombres están aquí para desactivar minas, construir fortines y cavar trincheras, no veo en qué nos beneficia torturarlos hasta que queden inútiles mientras los bolches nos masacran a diez kilómetros.

—Parece que tu apellido aún tiene cierto peso —aseveró Boldizsár —. Si te requieren en persona…, me imagino que te recomendarán para un puesto en el Ministerio de Defensa. Si me permites que te dé de nuevo el mismo consejo…

Ádám extendió los brazos e inclinó el pecho hacia delante, como quien lo muestra a su ejecutor.

—Te lo permito. La respuesta, sin embargo, es la misma, y lamento decepcionarte. Quizá recibir un mensaje de ultratumba sea lo que el comandante Jány necesite para comprender la gravedad de nuestra situación. Los alemanes nos están haciendo tragar mierda por un tubo. Su fe en el heroísmo legendario de los magiares flaquea, pero lo cierto es que ni los hunos de Atila podrían detener esta derrota. Si la patria todavía nos tiene en su estima, la única opción es un repliegue que, en vista de la alternativa, no resultaría deshonroso. Si, en cambio, lo que quieren de nosotros es en efecto ganar tiempo para los alemanes…, estás hablando con un hombre muerto.

La cara de Boldizsár se contrajo al leer un segundo significado en aquella profecía.

—Esa muerte anunciada penderá sobre la conciencia del comandante Jány todos los días de su vida.

Ante ese certero análisis, Ádám alzó el vaso de vodka.
—Hurra.

Ejercicios de desaparición
Enero — abril de 1944

> Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros? Y le dije: «¡Aquí estoy! ¡Mándame a mí!».
>
> Isaías 6,8

I

Enero de 1944

En la estación de trenes de Hendaya, Ángel Sanz Briz se aferró a su esposa no para ahuyentar el frío de finales de enero, sino para que su piel, las yemas de sus dedos y hasta sus costillas memorizasen el tacto exacto del cuerpo amado. La abrazó con la intensidad de los acercamientos en su noche de bodas o del primer encuentro en aquella fiesta, tras la guerra de España, en la que él quedó prendado de ella.

Desde que habían contraído matrimonio no se habían separado. Su destino en Budapest, como secretario de segunda en la embajada, les había servido de luna de miel.

Mientras se apartaba, sin un ápice de vergüenza ante el público inesperado, ni por la presencia de su suegro, le dio un beso en la mejilla a la niña de meses que Adela sostenía en brazos.

—Cómo te voy a echar de menos, Ángel —susurró la mujer con la voz abotargada por el cansancio y el luto prematuro por esa separación—. ¿Qué voy a hacer yo sin ti?

El joven diplomático sacudió la cabeza. Con el pañuelo, que tomó del bolsillo de su chaleco, le secó las lágrimas.

—Más bien dirás que qué voy a hacer yo sin vosotras. Y más en aquella casa tan grande, que se me va a caer encima.

Los rizos de Adela, del color del carbón, cortados a la altura de la mandíbula, aportaban cierta severidad a su rostro ovalado, elegante, de mejillas redondeadas y ojos dulces, de cervatillo, bajo unas cejas finas de estrella de cine. Ella se había fijado en aquel hombre alto, de porte atlético, nada más verlo entrar en el salón de fiestas; sin embargo, como suele ocurrir, había sido él quien se había enamorado con más intensidad.

—Escribidme en cuanto lleguéis a Madrid —se adelantó Ángel, antes de que ella pudiese añadir nada más y, tras leer su expresión, agregó—: Sabes que esta es la decisión correcta, aunque nos duela. —Bajó la voz—. Los rumores de una posible ocupación alemana ya no pueden ignorarse, y es preferible que Adelita y tú os pongáis a salvo antes de que sea demasiado tarde. Si ocupan Hungría y atacan la ciudad…, jamás podría perdonarme el pecado de haberos puesto en riesgo a la niña y a ti. —Con el pulgar, le acarició el pómulo, que volvía a humedecerse por las lágrimas—. Sobre todo, con lo delicada que has estado estas últimas semanas…

Adela forzó una sonrisa.

—Pero si solo han sido un par de mareos, exagerado… —Se llevó una mano al vientre—. Aunque a ver si puedo darte buenas noticias en las próximas cartas.

Una sonrisa grande, luminosa, cuajó de arrugas joviales el rostro redondo de Sanz Briz.

—Pues qué feliz me harías, Adela, qué feliz. Y más tranquilo que me quedo con la decisión tan difícil que hemos tomado.

Antes de que ella pudiese agregar algo más, o de que sus propios deseos lo traicionasen, se volvió hacia su suegro, que ya se había hecho cargo del abultado equipaje de Adela y de la niña. La nueva vida que habían empezado con ilusión dos años atrás se interrumpía abruptamente por los fantasmas de la guerra.

—Muchas gracias por venir a recogerlas —le dijo—. Se lleva usted lo que más quiero en el mundo.

El suegro, cuya complexión deportiva camuflaba los años que ya calzaba, le dio una palmada en la espalda.

—Y lo que yo más quiero también, Ángel, lo que yo más quiero también. Mucho cuidado en el viaje de vuelta, ¿eh?

—Sí, descuide. Aprovecharé para tomar algo en el vagón restaurante…, para leer la prensa y ver qué se rumorea.

—Que no creo que sea nada bueno.

—No, me temo que no…, pero en plazas muy malas toreé también en nuestra guerra. Con fe y trabajo…, pronto nos reuniremos todos otra vez.

Se lo repitió a sí mismo como un eco, como una oración. En aquella estación, en la que cuatro años atrás se habían reunido el caudillo y Hitler para negociar la entrada de España en el conflicto armado, dejaba atrás a lo más valioso que tenía. Lo que le esperaba a él, tras las largas horas de viaje en tren, era la incertidumbre más oscura. Según se comentaba, el regente Horthy tenía la intención de firmar la paz de manera independiente con los aliados occidentales. Eso los alemanes no lo iban a permitir ni a perdonar.

En enero de 1943, Ádám Farkas de Batthyány estaba seguro de que iba a morir. Recibir una herida en el Frente del Este suponía una sentencia; si había afectado al cráneo, de muerte para casi todos, pero no para él. Según le habían comunicado cada uno de los doctores que lo habían tratado, había resultado afortunado, dentro de su mala suerte, ya que el recorrido de la bala había sido amable con él: como guiada por un ángel de la guarda, únicamente le había dejado secuelas en el habla y la coordinación. La nieve, gólem blanco causante de tantas bajas, había hecho lo demás: el frío había prevenido la inflamación del órgano vital que encapsulaba todo cuanto era.

Había tardado casi tres meses en pronunciar palabra. La boca y la garganta eran incapaces de hacer el esfuerzo necesario para convertir en sonidos los significados que aún fluían libres en su mente; más adelante, esos sonidos por los que sudó y se frustró quisieron resistirse a formar grupos, ideas, frases que otro ser humano pudiese comprender. Tras un año de terapia, el habla había regresado, pero él era incapaz de reconocer aquella voz (pastosa, casi adormilada, que arrastraba las palabras) como suya propia.

Del Don se había llevado consigo un timbre amodorrado, una cojera de la que no se desharía jamás y suficientes recuerdos que lo acecharían cuantas noches albergase su futuro. El frío. Los bolches. Los refuerzos que no llegaban. Los suministros que tuvieron que quemar antes de que el enemigo se apoderase de ellos. Los alemanes que los utilizaban como carne de cañón. El correo que se retrasaba o se extraviaba. El hambre, que corroía desde dentro hasta que ya solo podía pensar en una cosa: aquel vacío cada vez más grande que demandaba ser atendido a toda costa.

Tenía aún clavada la traición del comandante Jány. Desoyendo toda recomendación, el hombre con el que se había reunido en Alekséyevka había prohibido repliegues como los efectuados por sus aliados alemanes e italianos. Ante la masacre anunciada de las tropas, proclamó que el Segundo Ejército había perdido su honor; calificó de cobardes a aquellos soldados que en otra época habrían bautizado como mártires, y a los oficiales les dio la orden última de disparar a cualquiera que desobedeciese la máxima velada de defender la posición hasta la última bala.

Tras dos años en Rusia y uno de hospital en hospital, a Ádám ya le quedaban muy pocas cosas que lo ligasen a su yo de 1941: sus ideas, que en el ejército había tenido que guardar bajo llave, el sentido del humor que se resistía a morir y no mucho más. La mayoría de sus amigos habían emigrado, se habían exiliado o habían caído en el mismo frente infértil que lo había escupido a él. Su carrera había muerto en el Don, de la resistencia antigermana que antaño se reunía en el palacio de su prima Klára no sabía nada, y hasta el reflejo que le devolvía el espejo le resultaba extraño.

Cuando los médicos le dijeron que el cerebro era un órgano delicado y que siempre correría el riesgo de sufrir una hemorragia o un ataque convulsivo fatal, se resignó. Su vida en Budapest, en enero de 1944, valía exactamente lo mismo que en Vorónezh: muy poco.

En la última parada de su largo viaje hacia la libertad (el hospital de la capital en el que le harían un último reconocimiento hasta darle el alta definitiva), las sábanas eran ásperas, y la radio, que mantenía con el volumen al mínimo para ahuyentar las migrañas, solo retransmitía las noticias de una guerra que ya a todos les habría

gustado poder olvidar. La cacofonía de sonidos era idéntica a la de todos los centros en los que había estado ingresado, y en el aire flotaba el olor de los medicamentos que camuflaba mal el de unos cigarrillos de una marca que no reconocía.

—¿Han llamado ya a mi familia?

—Estoy aquí, Ádám. Madre y padre también llegarán pronto.

Aún tardó un par de segundos en identificar aquella voz como la de su hermana. Era más seca de lo que la recordaba, más de mujer y menos de adolescente.

Con mano titubeante logró retirar la toalla que le cubría los ojos para que la claridad del día no le molestase. Sonrió.

—¿Y desde cuándo fumas tú, reina de Saba?

—Desde nunca. Quedé para comer con Pál Széchenyi y su amigo János Messik. Es un tipo fenomenal, ese Messik, pero le da al vicio como si tuviese acciones en una tabacalera.

—¡Pál S.! Madre estará contenta.

—No le mencioné su presencia. Ya sabes lo mucho que me gusta empezar las mañanas discutiendo, así que le dije que había recibido una invitación del teniente primero János Messik y que, naturalmente, la había aceptado porque considero que tiene una conversación muy interesante.

—¿Y qué dijo ella?

Erika le devolvió la sonrisa.

—Que así empezó nuestra prima Katinka Andrássy cuando su marido le pidió relaciones y que mírala ahora, en el exilio. Por supuesto, le respondí que estaba siendo injusta. La pobre Katinka ya cojeaba del pie izquierdo mucho antes de casarse.

Estaba sentada en la butaca junto a la camilla, lo suficientemente cerca para que Ádám notase el calorcito que emanaba de su cuerpo, pero sin que llegara a producirse el contacto físico. La rigidez de la postura y la confección exquisita del uniforme de enfermera que llevaba daban testimonio de su clase tanto como los rasgos aristocráticos de un rostro que, al contrario que la voz, no había cambiado apenas desde la última vez que la vio. Tan solo las líneas afiladas de los pómulos y la mandíbula revelaban el tiempo que los había separado.

Con un movimiento vago, poco preciso, Ádám le tomó la mano. Fría al tacto, la palma que él apretaba estaba cuajada de callos poco usuales en su clase social, que delataban su afición a la esgrima.

—Dime —la apremió, con extrema suavidad—, ¿así es como se recibe en Budapest a los hombres que regresan de la muerte? ¿Tanto miedo da mi aspecto?

—No, claro que no. Es que…

Erika se llevó el puño que tenía libre a la boca, como si quisiese amordazar un sentimiento que se negaba a dejar salir.

—No quería despertarte, y también me preocupaba hacerte daño.

—¿Y yo? ¿Te hago daño a ti?

La respuesta de ella fue física, no verbal. Lo estrechó con fuerza. Mediante el olfato, trataba de regresar al hogar de la infancia, antes incluso del ingreso de Ádám en la academia de cadetes, cuando volvía del internado todos los viernes y los pasillos de Villa Batthyány se llenaban de la cacofonía de tres voces: Erika, Tibor y Ádám.

—Una vez sí que te hice daño sin proponérmelo, ¿te acuerdas?

Mientras hablaba, Ádám pellizcaba la cicatriz que le bajaba por la muñeca.

Erika rio.

—Sí, durante la fiesta nacional me tiraste a la piscina de la villa de Balatonfüred con la ropa puesta, pero calculaste mal y me abrí la muñeca al golpearme con el bordillo. Jonatán me hizo las curas a escondidas para que padre no te colgase —dijo. Luego añadió, mientras se separaba de él—: Tengo las cartas que te escribió desde Haifa. Su hermano Sándor me las entregó cuando supimos que volvías a casa.

Un estremecimiento contrajo la expresión de Ádám.

—¿Sabe…?

—Lo sabe todo. Sándor le ha mantenido informado. Está bien. Vive…, no me acuerdo de la palabra exacta, pero es una especie de comuna agrícola. Adquirió tierras… ¿Recuerdas lo que nos decías cuando visitábamos a la familia en el campo?, que aquella era la vida de verdad, la de los campesinos. La vida sencilla. Alimentarse del fruto directo de tu trabajo, estar en contacto con la naturaleza…

Ádám, que se había recostado de nuevo, asintió.

—Me acuerdo.

—Creo que ese es el tipo de vida que lleva. Se casó el año pasado.

—¿De verdad?

—Eso me dijo su madre.

—Me alegro por él. —Desvió la mirada—. Siempre fue el mejor de los dos.

La lata en la que Erika conservaba las cartas de Jonatán había guardado, en su día, té de violetas. Cuando la abrió para entregarle a Ádám los sobres, los resquicios de aquel aroma floral lo atravesaron.

Con mano temblorosa tomó una de las misivas. Reconoció al instante la letra afilada y desordenada, el trazo firme que en los años de escuela le había valido muchas reprimendas, cuando, inevitablemente, la pluma acababa por traspasar el papel. Las ordenó de manera cronológica. Al llegar a la última, que alzó contra la luz, como si tratase de convencerse de que era real, frunció el cejo.

—¿No habéis recibido nada más desde marzo del año pasado?

—No… Sándor Rozenfeld dice que a ellos también les llegan noticias suyas a cuentagotas. La censura…, y Gran Bretaña es nuestro enemigo, claro.

—Claro —accedió él mientras depositaba el fajo sobre la camilla.

Se acostó de nuevo, como exhausto tras un esfuerzo titánico, y volvió a colocarse la toalla sobre los ojos.

—Las leeré mañana, cuando haya más luz —aclaró—. Mientras tanto, ¿podrás escribir una carta si te la dicto? La caligrafía todavía me cuesta y no quiero que Jonatán se preocupe.

—Sí, lo que tú me pidas. ¿Algo más?

—Sí. Entrégasela a Sándor cuanto antes, para que pueda mandársela, y… creo recordar que trabaja de talabartero, ¿no?

—Sí, en un taller en la calle Váci.

Ádám forzó una sonrisa ojerosa.

—Bien, porque tengo un encargo para él. Ahora que me han dado de baja con honores, tendré que ayudar a padre en la fábrica. Voy a

necesitar un maletín, granate, a poder ser, con mis iniciales grabadas. Sabes cómo imitar mi firma, ¿verdad?

Un movimiento quedo, casi imperceptible, que Ádám supo leer a la perfección.

—Buena chica. Firma un cheque por mí, entonces, y que Sándor escriba la cantidad que le parezca más conveniente. Dile que me pasaré a recogerlo en su casa directamente en cuanto lo haya terminado y me den el alta, que será…

—En un par de días. Una semana, máximo. En cuanto el equipo médico haya dado el visto bueno.

II

—Este es el recorrido de la bala, ¿ves? —le explicaba Erika, y con el dedo trazaba un camino invisible sobre la radiografía que alzaba contra la ventana—. Un pequeño milagro, incluso para un ateo como tú. Un milímetro de diferencia y las secuelas podrían haber resultado desastrosas.

A Ádám su propio cráneo se le presentaba como un recipiente abombado en el que flotaba, cual cuerpo celestial, una única bala con forma de lágrima.

—Pues mira qué recuerdo me he traído de Rusia. Al parecer, no interesaba entregármelo en mano.

Su hermana sacudió la cabeza. Tras haber solicitado no recibir visitas, él la había hecho llamar a primera hora de la mañana, aludiendo a los dolores que no remitían. Los asuntos que quería tratar con ella requerían intimidad. Cuando partió al frente, ella apenas salía de la adolescencia, sin embargo, a los veintidós años ya cumplidos, se había convertido para él en el primer punto de contacto con el viejo grupo de los martes.

—Habría supuesto un riesgo injustificable —le explicaba ella—. Teniendo en cuenta que no hay peligro de infección…, retirarte la bala habría sido homicida y estúpido. Habría podido producirte una hemorragia y dejarte secuelas irreversibles. Podrías haber perdido el

habla por completo, la movilidad o la vida entera. El cerebro es un órgano delicado.

Ádám le sonrió.

—Eso me han dicho. Tampoco creo que a mí me hubiese gustado tenerla en mis manos. ¿Te imaginas descubrir que el plomo que creías enemigo pertenecía en realidad a una bala húngara?

Con esa pregunta, el rostro de Erika, de líneas suaves, se tornó serio. Ádám no quiso torturarla con la incertidumbre.

—Mis recuerdos de ese día son borrosos, así que podrían formar parte de una pesadilla febril. Si las imágenes que conservo son ciertas…, desobedecí las órdenes del comandante Jány y organicé a mis hombres para la retirada. La batalla estaba perdida independientemente de nuestros esfuerzos, pero sus vidas aún podían conservarse. Entonces recibí el disparo. No sé si fue un soldado de ideas exaltadas o un superior que siguió las directrices del comandante de castigar con la vida los intentos de repliegue. No importa. Ese hombre o está muerto o se arrepintió lo suficiente para asegurarse de que me evacuasen a casa cuando la mayoría de los oficiales en mi situación perecieron en hospitales de campaña o en el propio campo de batalla. —Suspiró—. Te agradezco la radiografía, pero no te he pedido que vinieras como mi enfermera.

—¿Qué? ¿Quieres regañarme? Sé que antes de partir me encomendaste que destrozase mi reputación, pero entre el hospital y las clases de esgrima lo mejor que puedo hacer es asistir a las veladas de literatas del Café Centrál y darle coba al teniente primero Messik.

La mirada de Ádám se enterneció.

—Tranquila, mujer, que no te reprocho nada. Mira, he aprovechado este año que he estado convaleciente para pensar. Si estoy aquí, no quiero que sea en vano. —Pese a las jaquecas, le subió el volumen a la radio, que emitía el habitual concierto de música clásica—. Llevo mucho tiempo fuera. Cuéntame…, cuéntame todo lo que ha pasado en mi ausencia.

Un arqueamiento de ceja como punto y aparte. Los ojos sesgados de Erika se posaron, durante un instante brevísimo, en la puerta cerrada de la habitación.

—¿Por dónde quieres que empiece? —inquirió en voz muy baja.

—Por el principio. ¿Y los compañeros del grupo de los martes? ¿Y el Comité de Refugiados?

—Sobreviviendo, como pueden.

Comenzó, pues, por el principio, por la reducción de las actividades del grupo de salvación de polacos tras la muerte de Klára y la declaración de la guerra a Gran Bretaña. En la cuerda floja en la que se sostenía Hungría, los viajes a la frontera se espaciaron cada vez más en el tiempo hasta casi desaparecer. En 1944, las responsabilidades de la organización se centraban sobre todo en amparar a los refugiados que llevaban años en el país.

—Las mujeres somos las que más nos estamos involucrando —afirmó—. ¿Quién sospecharía de la caridad de las aristócratas? Las fiestas que organizo, por ejemplo. Con una mano recaudo fondos para las tropas y, con la otra, para mantener a flote los hospitales polacos. Éva Bársony, la prima política de madre, también se está significando mucho.

Las noticias del grupo de los martes no resultaban alentadoras. Erika le habló del exilio: el literal, físico, y el figurado de aquellos

intelectuales que habían optado por esconderse en cuanto su ideología les valió una citación para realizar trabajos forzados.

—Tu amigo Iván Boldizsár sobrevivió al Don y al tifus que contrajo allí, pero no te imaginas cómo vive —prosiguió—. Dudo que nadie, ni siquiera él, pueda describirte como afortunado por tus lesiones, pero por deferencia a ellas te han concedido la baja con honores. Él, al ingresar en el hospital de Esztergom…[5] tenía miedo de que lo mandasen de vuelta al frente en cuanto se recuperase, de modo que huyó. Ahora anda medio escondido, asustado hasta de su sombra, contando los días para el armisticio…

Ádám resopló.

—Ojalá pudiese ayudarlo. Si todavía tuviese influencia en el ejército, lo haría. Es un buen amigo, agradecí poder conversar con él cuando estuve en la retaguardia. ¿Estás en contacto?

Erika bajó la cabeza.

—No. Todo lo que sé es por Pál Széchenyi y János Messik.

—Dos amistades que atesorar, entonces. Por lo que veo, no solo has heredado los vicios de Klára, también las virtudes.

Erika tomó aire. Con el mismo esfuerzo se repantigó en la silla, cualquier recuerdo de la clase a la que pertenecían y de la educación que recibieron quedó olvidado en pos de la intimidad que los envolvía.

—Hay una librería francesa en la calle Váci —dijo ella—. No muy lejos de la talabartería donde trabaja Sándor Rozenfeld, de hecho. Es un buen sitio para retomar el contacto con los amigos de Klára.

—Lo tendré en cuenta. ¿Fuiste ayer a hacer el encargo que te pedí, entonces?

—Sí. Se niega a cobrarte más de lo que le cobraría a cualquier otro cliente. Le insistí en que se lo pensase y escribiese la cifra que creyese conveniente, pero la idea casi lo ofendió.

—No sé por qué no me sorprende. Mira, a Sándor lo quiero como a un hermano. Me recuerda a Jonatán a su edad. Cree en las personas, es afable y templado en unos años en los que serlo es la peor condena de todas, y tiene tanta fe en el mundo que no es capaz de ver los peligros que se ciernen sobre nosotros y sobre su pueblo.

—Eso último podría describir a cualquiera. De todas maneras, Sándor ha cambiado mucho desde que te fuiste.

Una arruga se dibujó en la frente de Ádám, que, debido a la medicación, se perlaba de sudor.

—¿Qué quieres decir?

—No creo que conserve esa fe en el mundo, lo cual, por otro lado, es perfectamente comprensible. Su padre no regresó del frente.

—No lo sabía. ¿Cuándo ocurrió?

—Más o menos por las mismas fechas en las que te hirieron —repuso ella, con la cabeza también gacha, como si se avergonzase de un crimen que le era ajeno—. Por eso no te lo comunicamos.

—¿Un accidente?

—Eso decía en el informe militar.

—Un accidente mientras cumplía con sus deberes en el batallón disciplinario —precisó él y, sin dar oportunidad a una respuesta, se llevó la mano a los ojos—. En fin, quizá es mejor que no lo haya sabido. Le habría escrito unas líneas al respecto a Jonatán, y a mí, de estar en su lugar, no me habría apetecido leerlas. Me imagino que Sándor piensa, correctamente, que el accidente no fue tal.

—Esa es la impresión que me dio, sí. ¿No se equivoca, entonces? ¿Los batallones disciplinarios…?

—No quiero hablar de lo que vi —la interrumpió Ádám—. Pero no, no se equivoca. ¿Te acuerdas de tu antiguo instructor de esgrima?

Erika contuvo la respiración.

—Sí, por supuesto. Lo… mandaron a trabajos forzados al empezar la guerra.

—Coincidí con él en Vorónezh, en la retaguardia. —Ádám contrajo el gesto—. El trato que recibía un hombre de su categoría, un campeón olímpico…, ni te imaginas el tipo de abusos y torturas que sufrían los demás judíos. —Sacudió la cabeza, como si quisiese borrar físicamente los recuerdos que lo acechaban—. Es por eso por lo que quiero ofrecerle a Sándor un contrato de trabajo en la fábrica. El coque es un material indispensable para la industria militar. Con esa exención, no podrán llamarlo a filas. La situación de los judíos en el frente es de bárbaros. Alguien tiene que hacer algo para ayudarlos.

Los hombros de Erika cayeron con el peso combinado de la camaradería y la comprensión.

—Estoy de acuerdo, pero que sepas que padre y tú no seréis los únicos en hacer algo. No te lo vas a creer, pero… he mantenido una conversación muy larga con padre al respecto, ya sabes cómo es, necesita un segundo al mando. Tras la muerte de Tibor y con tu convalecencia…, hablamos mucho, y de tú a tú. Madre está que trina, dice que me trata como si fuese otro hijo varón.

—Nada ha cambiado. Siempre fuiste la favorita de padre. —Forzó una sonrisa triste—. ¿Recuerdas cómo te llamábamos Tibor y yo?

«La Generala». Si hubieses sido un chico, habrías alcanzado el rango de capitán antes que yo.

—Eso no importa —resopló—. En fin, me ha contado, con la mayor confidencialidad, que la embajada española está al tanto del trato que reciben los judíos en Europa y envía religiosamente informes a Madrid quejándose de la situación.

Ádám emitió un sonidito explosivo por la nariz.

—¿La embajada española?, pero si será un nido de fascistas.

—No creas. El secretario de segunda es un buen tipo; congenio más con su mujer, claro, pero él es agradable. Su superior y padre se llevan bastante bien, por lo que sé, es el que está haciendo más presión sobre el ministerio y el que informa a Madrid de las leyes antijudías que se han promulgado.

Ádám separó los labios para decir algo, pero ella fue más rápida.

—A Madrid le conviene alejarse de los alemanes, sobre todo ahora que España es neutral y el Eje está perdiendo la guerra. Mira, cuando te den el alta puedo organizar una fiesta de bienvenida. Será la excusa perfecta para que hables con los dos.

Una única arruga se dibujó en la frente de Ádám.

—Confío en tu juicio, pero no sé. Se habrán pasado a la neutralidad, pero los españoles desplegaron tropas voluntarias en el frente del Este. Combatían en la Wehrmacht, con sus uniformes y sus armas, mientras nosotros nos congelábamos de frío en Vorónezh con harapos y los cacharros que usaban nuestros viejos en la Gran Guerra.

—Soy consciente de ello. A mí tampoco me gustan sus políticas, pero de todas las embajadas neutrales, la española es quizá la que

más respeta nuestro país. Y ya sabes que no están las cosas para rechazar manos tendidas.

III

A los veintiún años, las similitudes físicas entre Sándor Rozenfeld y su hermano mayor se apreciaban, sobre todo, en la penumbra. La nariz de puente griego, espolvoreada de unas pecas que parecían bailar con el movimiento. Los ojos grandes, redondeados, que solo se sesgaban al tratar de reprimir una carcajada. Los labios gruesos que apenas lograban contener la enormidad de su sonrisa. Ante la ausencia de luz, los mechones castaños de Sándor casi desaparecían; si fijaba la vista en los lugares correctos, a Ádám le daba la impresión de estar de nuevo, después de tantos años, ante su mejor amigo.

Era el tercer día después de recibir el alta médica y volvía a pisar, tras una larga ausencia, las tablillas de caoba del elegante apartamento de los Rozenfeld en la plaza Bethlen Gábor. El suyo era el último enclave que ofrecía cierta dignidad *polgári*[6] en el distrito VII. De estilo ecléctico, además de un cine, el edificio albergaba la residencia de médicos, dramaturgos, artistas y familias pequeñoburguesas. Detrás de él se abrían las calles asfixiantes, caóticas y estrechas de Csikágó, centro neurálgico del proletariado judío de la capital. Al frente, después de un corto trayecto (el mismo que Ádám había realizado), comenzaba la elegancia del distrito V.

Él, cuya vida valía tan poco, se había pasado las dos jornadas anteriores poniendo sus asuntos en orden. Enseguida había asumido la gerencia de la fábrica. Con la misma resolución se había sentado delante de su padre para hablarle de tú a tú de lo que había visto en Vorónezh, primero, y de lo que se proponía hacer con la vida que le había sido devuelta, después.

Si la política lo separaba de su progenitor, el rechazo que ambos sentían hacia los alemanes y todo cuanto significaban era la soga al cuello que los unía. En cualquier otro momento se habrían encontrado en las antípodas ideológicas, pero en 1944 se habían convertido en aliados con un objetivo común.

—La producción de coque es esencial para la industria militar —explicaba a Sándor suavemente, con cariño, ante las tazas humeantes de *családi kávépótló*[7]*—.* Debido a la extensión de mis lesiones, me han dado de baja y he asumido la gerencia de la fábrica de mi padre. Puesto que la situación internacional me impide ayudarte como hice con tu hermano, me gustaría ofrecerte un contrato de trabajo. Los obreros en puestos esenciales están exentos de ser llamados a filas, ¿comprendes lo que te digo?

El joven asintió en silencio. Solo al observarlo con más detenimiento, Ádám percibió las diferencias que había mencionado Erika. El rostro de Sándor era más delgado, más adulto, y su mirada más ácida, pero no se trataba de eso. La esencia de su ser había mutado. Había abandonado los trajes confeccionados por su madre en favor del mono de trabajo y los sombreros tipo Fedora por la gorra de obrero, que llevaba ligeramente ladeada al estilo de los *vagány*[8] de Csikágó. Las manos, antaño callosas de sostener el

sable de esgrima, estaban tintadas de los productos químicos de la talabartería, de cuyo olor dulzón tampoco podía desprenderse.

Para poner las cartas sobre la mesa, y que la verdadera razón de ser de aquella cita saliese a la luz, Ádám encendió la radio sin previo permiso de su anfitrión. Haciendo caso omiso de los dolores que lo agarrotaban, subió el volumen. Debido al frío, tanto las ventanas como la puerta acristalada que conducía al balcón estaban cerradas; solo los jilgueros, en sus jaulas de pie, podían oírlos.

—Los trabajos forzados son, para muchos, una sentencia de muerte —prosiguió—. No hace falta que te lo diga y tampoco cuánto lamento la muerte de tu padre. Era un hombre bueno, honrado, y merecía más dignidad de la que supo darle este país.

Sándor se volvió hacia la ventana. La luz dorada del atardecer, que entraba a chorretones desde la plaza, le iluminaba el perfil.

—Gracias. Mira, sé que quieres mucho a Jonatán. Mi madre, en particular, te agradece el capote que le echaste en su día. —Silbó a uno de los pájaros, que se adormilaba y, sin volverse, continuó—: Ahora mismo, solo nos permiten enviar y recibir cartas de veinticinco líneas por medio de la Cruz Roja. La misiva tuya que me dio Erika para mi hermano…, bueno, conozco a algunas personas que pueden establecer contacto con el Mandato por otros medios, si es muy importante para ti.

Ádám lo señaló con la punta de su cigarrillo.

—Sionistas.

—Tienen sus trucos para hacer llegar la correspondencia.

—No te preocupes por la carta. No era nada urgente, solo… me angustia pensar que pueda estar preocupado por mí. Si en una de esas veinticinco líneas podéis mencionar mi estado de salud…

—Claro. —Se llevó la taza a los labios—. No te prometo gran cosa. Incluso a través de la Cruz Roja nos está costando mucho recibir noticias suyas. Nuestros tíos dicen que está bien, pero… la vida en el kibutz es distinta. Es dura. La mayor parte del día no tienen electricidad. Ni siquiera disponen de baño propio.

Ádám alzó las cejas.

—¿Tu hermano se las apaña sin baño? Me sorprende en él, que se atrincheraba en el nuestro del internado. Una vez tuve que ir a una cita con la ropa de deporte porque el muy canalla no salía. Estamos hablando de un hombre que tiene mesa fija en al menos tres cafeterías distintas de la ciudad y que manda todas sus camisas a la tintorería.

—Entonces supongo que ha cambiado las copas y los manuales de lingüística por la hoz y la caña de pescar. Salió de las revoluciones de cafetería para ir derechito a la comuna socialista. —Se echó hacia atrás en la silla, como azotado por la ironía de sus circunstancias—. Ya ves que, para catar la vida del obrero, no le habría hecho falta irse muy lejos.

Ádám desvió la mirada. No lo guiaba la vergüenza, sino una rabia que no sabía cómo canalizar. Jamás le habría permitido a otro hombre hablar de Jonatán con el desdén y casi la burla de los que Sándor hacía gala; en esa ocasión, sin embargo, debía conceder que quizá la suya era la mano ejecutora de aquella ruptura. El pánico por conservar la vida de su amigo, mientras su propio tiempo se agotaba, lo había empujado a organizar su escape sin preocuparse por el hermano que dejaba atrás.

Para eludir la culpa, señaló con un gesto la tira de fotomatón que alguien (con toda probabilidad, la señora Rozenfeld) había colocado

sobre el retrato de graduación de Jonatán.

—¿Esa es la mujer?

—Sí.

Ádám hizo el amago de tomar la instantánea.

—¿Puedo?

—Por favor.

Sándor se la entregó en mano. Nada especial destacaba en ella; podría ser de una de sus muchas noches de borrachera, tras haber escogido a la joven favorita del local (Ádám, con entusiasmo; Jonatán, tras un momento de deliberación). El aspecto de su mejor amigo no distaba del que presentaba en el último retrato que le había mandado: la tez bronceada, que contrastaba con el brillo níveo de los prominentes dientes; el cabello rizado, aclarado por el sol. La mujer sentada sobre sus muslos era portadora de cierta belleza anodina y salvaje, tenía una melena negra, ondulada, que enmarcaba como una nube oscura el rostro alargado y cuajado de pecas. La suya era una cara que llamaba la atención no por la sensualidad que desprendía, sino por la dureza inusual de los rasgos.

Al estudiarla, lo invadió un sentimiento pegajoso, lacerante e inútil. La vida de Jonatán, que había protegido con tanto recelo, continuaba sin él y por derroteros que jamás habría sospechado. Lo conocía íntimamente, hasta la médula. En Budapest, podía adelantarse a sus frases e incluso habría sido capaz de distinguir su presencia en una multitud a oscuras. Estaban hechos de una misma materia, que ahora le resultaba intraducible.

—Nunca me habría imaginado que llegaría el día en que viese a tu hermano con una alianza en el dedo —repuso mientras le devolvía la

instantánea a Sándor.

—Bueno, ya te imaginarás el tipo de boda que habrá tenido. —Estrechó los ojos—. Vive en una tienda de campaña y esto es lo más parecido que tenemos a un retrato de boda.

—Tu hermano vive en una tienda de campaña —repitió Ádám—. Tu hermano, que tenía problemas con el brasero de nuestra villa en el campo y que se aburría de las chicas antes de la tercera cita, está casado y vive en una tienda de campaña.

Sándor afiló los labios.

—Todos hemos cambiado. Tres años es mucho tiempo.

—Sí —concedió Ádám—. Una cantidad de tiempo horrorosa. Bueno, me consuelo con saber que está a salvo, pese a todo, y que tú ahora también lo estarás.

Enlazó aquella promesa con el empujón que le propinó al folio en blanco.

—Quiero que escribas los nombres y las direcciones de cinco muchachos que estén próximos a recibir una citación como tú —le dijo—. Ya tenemos a los alemanes pisándonos los talones. Mi padre se ha visto en la obligación de presentarles sus respetos, y su cartera, con más frecuencia de lo que le gustaría, solo para mantener en plantilla a los judíos que ya trabajan para nosotros. De momento, os podemos meter a cinco o seis de aprendices. Después, ya veremos. Debemos ir con pies de plomo para no poner en riesgo a nadie.

Sándor dejó a un lado la fotografía y sostuvo la hoja entre dos dedos. La estudió con cuidado, como si pudiese leer significados ocultos al ojo humano en los bordes, en los distintos tonos de blanco

que la conformaban. La mano que tenía libre, aún enrojecida por haber agarrado la taza de achicoria, tembló.

—Me estás pidiendo que elija entre mis amigos, entre mis vecinos… ¿Qué soy, Dios, para decidir a quién mandarán a trabajos forzados y quién gozará de libertad?

Ádám se pasó una mano por el pelo, que le quedó húmedo de sudor.

—Escribe…, escribe los nombres de los muchachos con los que estés más unido. O los de aquellos que no tengan otros medios para alejarse de su destino.

Sándor dejó caer la pluma sobre el papel. El instante de duda se materializó en una mancha de tinta que se extendía como un tumor.

—¿Lo haces porque te importamos los judíos? —inquirió—. ¿O por tu amistad con Jonatán?

—Lo hago porque no quiero que acabes desactivando minas en Ucrania o algo peor. Sé cómo es. Intenté mejorar la situación de los trabajadores forzados en la retaguardia, me creas o no. Ahora…, estas son las herramientas de que dispongo —resopló—. Y, sí, es por tu hermano. Y por ti, Tibor te apreciaba. ¿Cómo iba a permitir que a su amigo lo enviasen al frente en el que él murió, pero sin armas y sin ropa adecuada para el invierno?

Sándor alzó la barbilla. Los ojos, acuosos y enrojecidos, jamás le habían brillado tan melosos.

—Lo que viste en Vorónezh te perturbó más porque te hizo pensar en Jonatán y en mí. Ahora quieres que escriba los nombres de cinco amigos para que puedas librarlos de los trabajos forzados. ¿Pero quién va a luchar por los que no tienen a nadie? ¿Quién va a escribir

sus nombres? —Apartó la hoja de un manotazo—. Sé que crees que el batallón disciplinario es una sentencia de muerte.

Ádám se acercó más a él.

—No lo creo, lo sé. Lo he visto.

—Y, aun así, los húngaros tenemos suerte. Al otro lado de la frontera se están llevando a los judíos a *lagers* alemanes. Sé lo que está pasando. —Arqueó las comisuras—. Yo también tengo mis trucos.

Ádám suspiró.

—No hay ninguna garantía de que eso no vaya a pasar aquí también. Por eso mismo, deja que te ayude. Quiero extender la protección que ofrece la fábrica al mayor número de personas posible, pero debemos ser inteligentes. Los alemanes no pueden sospechar. Me doy cuenta de que la posición en la que te estoy poniendo es injusta, si pudiese elegir por ti, lo haría.

Sándor ya no lo miraba. Los ojos estaban fijos en su sobretodo, que, debido al frío de enero y a la familiaridad que aún los unía, no se había quitado al entrar. Aunque carecía de las insignias cuyo rango anterior le había obligado a portar, el corte y la calidad aún desvelaban su origen militar.

—Ayudaste a mi hermano a emigrar al Mandato. Ahora quieres ayudarme a mí al conseguirme una exención —repuso. La gracilidad de la sala de armas que una vez caracterizó sus movimientos había sido reemplazada por una alerta casi animal que lo empujó a bajar la voz—. Al otro lado de la frontera hay familias como la nuestra que están siendo deportadas por los mismos aliados que abandonaron a tu ejército en la nieve de Rusia.

Ádám apretó los labios, hierático. Se aproximaba a la conversación que Sándor quería iniciar, como habría hecho ante un combate de esgrima. Su talento para ese deporte noble era relativo, quedaba confinado a cuanto le habían enseñado en la academia de oficiales, pero a fuerza de haberse criado con Erika y con Tibor era capaz de interpretar los elementos que lo caracterizaban. Cada palabra de Sándor parecía calculada, estratégica, y formaba parte de una maniobra mucho mayor.

—¿Cómo quieres que acepte que me salves mientras en Eslovaquia deportan a chicos como yo? —insistía—. Familias enteras. ¡Niños! ¿Valen menos sus vidas porque no son húngaros? ¿Porque no tienen una amistad como la que te une a mi hermano?

Ádám tomó aire. Ante el efecto de los analgésicos que se disipaba, notaba su propio cuerpo y las prendas que lo cubrían como algo muy pesado de lo que le habría gustado poder deshacerse.

—¿Qué me quieres pedir, Sándor?

—Dijiste que, en la retaguardia, intentaste mejorar la situación de los trabajadores forzados.

—No quiero hablar de ello, y mucho menos contigo, pero sí.

—Ahora vienes para protegerme no solo a mí, sino también a otros cinco muchachos que yo crea convenientes.

—¿Qué quieres?

Sándor apartó las dos tazas, cuyos contenidos ya se templaban, de modo que las distancias entre ambos se redujesen aún más. Con esa aproximación, Ádám casi podía encontrar, en aquel rostro crispado y prematuramente envejecido, al muchacho que conocía.

—¿Recuerdas a los refugiados polacos que mi hermano y tú ayudabais a meter en el país, antes de la guerra?

Las pupilas, febriles debido al apasionado discurso, estaban fijas en Ádám. Una conversación silenciosa, digna de unos nuevos camaradas que tenían mucho que esconder y más aún que callar.

—¿En qué andas metido?

—Estamos ayudando a judíos eslovacos a cruzar la frontera.

—¿Quiénes?

—*Jalutzim*, la resistencia judía.

Ádám ladeó la cabeza.

—Los sionistas que mentaste antes, imagino.

—¿Es que eso importa, cuando están masacrando a nuestro pueblo en el país de al lado? —Chascó la lengua—. Mira, Ádám, aquí la mayoría se obliga a creer que lo que está pasando en el resto de Europa no nos va a suceder a nosotros. Los *jalutzim* somos de otra opinión, y tú la compartes, por lo que veo.

Para concederse más tiempo antes de responder, Ádám se sacó la pitillera del bolsillo. Sándor interrumpió sus gestos, vagos y lentos debido a las lesiones en el Don, al prenderle el nuevo cigarrillo que tenía entre los dientes.

—No nos está siendo fácil —le explicaba—. Los papeles falsos ya se cobran a sesenta pengős, y no contamos con la ayuda que los británicos os ofrecían a vosotros. La situación es desesperada. Los alemanes están más nerviosos que nunca y el tipo de permisos que hacen falta para salir del país…

—Necesitáis salvoconductos —lo cortó Ádám—. Mi padre cruza la frontera a menudo, sobre todo desde que los alemanes están metiendo la zarpa en la industria húngara. Es un suicidio.

Sándor le tomó la mano, un acercamiento poco común entre hombres de su clase, pero la severidad de la conversación lo

permitía.

—No para un hombre como tú. Un veterano condecorado del Don viajaría en primera clase, donde los controles son más laxos. Con tu uniforme y tus heridas… nadie se atrevería a dudar de ti. Serías el caballo de Troya perfecto. No puedo aceptar la ayuda que me ofreces si no tengo la conciencia tranquila. He de saber que he hecho todo lo posible para…

Ádám le mostró la palma en un movimiento impaciente, casi colérico, y le impidió continuar. Sus ojos estaban volcados de nuevo en las fotografías del aparador: el retrato de la graduación, tan próximo al recuerdo de Jonatán que guardaba, y la tira de fotomatón que le mostraba ese nuevo rostro que todavía no había tenido la oportunidad de observar de cerca.

—¿Qué clase de favor crees que le haces a tu hermano, al ponerte en peligro de esta manera? Le prometí que velaría por tu seguridad.

—Eso fue hace años. Ahora él está en el Mandato, eligió la tienda de campaña, la mujer y la comuna. Si su nueva vida se le hace demasiado dura, puede volver a Haifa con los tíos y, cuando acabe la guerra, regresar a casa a ver cuánto ha sobrevivido del mundo que dejó atrás. Yo estoy atrapado aquí, la exención que me ofreces puede salvarme la vida, pero no va a arrancarme ni de la situación en la que vivo ni de la angustia que siento al conocer el destino que le depara a mi pueblo. No me pidas que piense en Jonatán y me sienta culpable de mis decisiones. Quizá él se arrepienta de las suyas, pero yo no de las mías.

Ádám apartó el puño.

—Comprendo tu enfado, pero te equivocas de hombre. Tu hermano no eligió emigrar, yo lo convencí. Debí haber hecho más

para conseguir papeles para ti también, pero eso ya no puedo cambiarlo. Te ayudaré en lo que necesites y, a cambio, tú aceptarás el contrato de trabajo que te ofrezco. Volveré mañana con el papeleo y los permisos pertinentes; tú me entregarás entonces esos cinco nombres que te pido. Sobre lo demás…, veremos en qué os puedo ser útil.

IV

Desde que su mujer se había marchado, a Ángel Sanz Briz le costaba participar en los eventos sociales, en los de obligada asistencia debido a su trabajo y también en los puramente personales como la fiesta de bienvenida de Ádám en Villa Batthyány, a la que lo habían invitado. Miraba una y otra vez a su derecha en busca de Adela, de una mirada cómplice o un gesto que interpretar, pero a su derecha ya solo percibía silencio.

Esa no era la primera vez que iba a casa de sus vecinos, tan parecida a la suya en tamaño y disposición, pero sí su primer encuentro con el primogénito del matrimonio, ya destinado al frente cuando él llegó a Budapest. A las citas anteriores habían asistido también las mujeres (Adela y la esposa de De Muguiro, puesto que la señora de Farkas se había retirado de la vida pública tras la muerte de su hijo Tibor).

Observando a Ádám Farkas de Batthyány, a Ángel le costaba encontrar la similitud física con su hermana. La joven, alta, de belleza aséptica de hada o de bailarina, que no invitaba a la seducción sino a la contemplación, se paseaba entre las mesas de los comensales con una sonrisa radiante en el rostro; su elegancia delataba la cuna. En cambio, su hermano mayor, que acababa de tomar asiento frente a De Muguiro y a él, llamaba la atención por la

dureza oscura de los rasgos, herencia paterna, y la seguridad de los gestos que, pese a sus lesiones evidentes, no lograba ocultar su experiencia castrense. Al hablar, sin embargo, se revelaba el embrujo: aunque sus ojos eran mucho más oscuros, Ádám Farkas de Batthyány poseía la misma mirada envolvente que Erika, capaz de fijarse en su interlocutor y comunicarle que, en aquellos momentos, no existía persona más importante en el mundo.

«Buena mirada para un diplomático», pensó Ángel, no sin cierta ironía. Un juicio que se tornó certero cuando el joven capitán aseveró:

—Sabía que los encontraría aquí, caballeros, y que serían ustedes unos buenos compañeros de mesa.

Acompañó el saludo con un gesto tembloroso al ofrecerles un par de puros, que los españoles aceptaron. Acto seguido, y sin interrumpir el contacto visual, les tendió la mano para que se la estrechasen. El suyo fue un apretón enérgico de la izquierda, no por dominante, sino porque era la que aún conservaba toda la fuerza.

—Cuánto me alegro de coincidir de nuevo con usted, De Muguiro —prosiguió, sin dar oportunidad a que ninguno de los dos invitados metiese baza—. A usted, don Ángel, me temo que no he tenido ocasión de conocerlo, aunque sé que mi hermana los aprecia mucho, a usted y a su mujer.

—Mucho gusto en conocerle —dijo Sanz Briz mientras prendía su encendedor de plata—. Yo también aprecio la amistad que su hermana le brindó a mi Adela, quien, le aseguro, lamenta mucho tener que perderse esta velada.

Ádám sacudió la cabeza. En aquel instante efímero, iluminado por la llama naranja, la asimetría causada por la parálisis facial se

acentuaba y adoptaba la forma de una máscara que le cubría el rostro aún atractivo.

—No lo lamente. Ha hecho bien en volver a Madrid. Mal que me pese, y sin ánimo de agriar la fiesta, mucho me temo que los que se avecinan son tiempos oscuros.

—Eso me temo yo también —confesó Sanz Briz a la par que encendía el puro de su superior—. Si no es indiscreción, ¿cómo ha sabido que nos encontraría aquí?

Ádám sonrió. En eso, pensó Ángel, también se parecía a su hermana. Un gesto grandioso y jovial con hoyuelos en las mejillas que lo contenía todo y lo contemplaba todo.

—Resultó fácil: la suya es la mesa más alejada del jolgorio y el ruido. Erika me comentó que hace un par de meses usted se sometió a una pequeña intervención…

Un asentimiento fugaz.

—Sí, una trepanación de oído. Fíjese usted, con el trabajo que tengo… y las molestias me impiden disfrutar de los eventos sociales como antaño.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Ádám, que se volvió hacia De Muguiro—. ¿Quién le habría dicho a usted que el incorregible hijo de los vecinos se sentaría una vez a la mesa menos animada de la fiesta? Una fiesta en su honor, que tiene más pecado. Es una feliz coincidencia, sin embargo. Quería hablar con ustedes de temas que requieren cierta intimidad.

La sentencia tiñó su voz, pastosa y amodorrada, cuyo cariz amargo disimuló con el sonidito que emitió al tamborilear los dedos sobre la mesa. Los iris, clavados en De Muguiro, ya no recordaban a

los de su hermana, sino a los de un perro de caza inteligente y astuto.

—Si son ustedes tan amables de acompañarme un momento a mi despacho…

La estancia, que Ángel también reconoció por la gemela que había en su casa, traicionaba la edad de su dueño. El joven capitán había abandonado la vivienda familiar en beneficio de la academia de cadetes primero y el frente de guerra después. En las estanterías todavía se acumulaban los diccionarios de latín y griego junto con los libros de lectura obligatoria en el instituto y fotografías de los viajes de juventud. Solo el mapa de Europa colgado en la pared, cuyos alfileres marcaban con precisión el avance del conflicto armado, y el papeleo de la fábrica, que se amontonaba sobre la mesa y que Ádám apartó para servir tres copas de coñac, confirmaban que el despacho seguía cumpliendo su cometido.

—Les he llamado porque quería agradecerles lo que están haciendo por mi país —dijo, manteniendo el vaso en alto como una especie de brindis interrumpido—. Sobre todo a usted, don Miguel Ángel. Mi padre me ha hecho saber, en la más estricta confidencialidad, que usted ha informado a su gobierno sobre la masacre de Újvídek… o Novi Sad,[9] como quizá usted la conozca. La preocupación que muestra por unos hombres que, a fin de cuentas, no son compatriotas suyos le honra.

De Muguiro guardó silencio un instante más, deliberación que camufló con el acto de llevarse a los labios el licor. Daba la impresión de que estudiaba al hijo de su vecino, ataviado con un traje que no lograba ocultar la totalidad de sus cicatrices, testimonio de las

batallas en las que había combatido, y trataba de discernir cuánto podía hundir el dedo en la herida.

—Todos somos de Dios.

—Usted es católico, claro, como casi todos los españoles. —Ádám se inclinó más sobre la mesa, de modo que las distancias entre él y los diplomáticos se estrecharon—. Yo no soy un hombre de fe, me temo, pero sí un hombre de honor, y la conducta de nuestras tropas en Újvídek fue deshonrosa. Yo mismo informé a mis superiores del trato inhumano que los judíos reciben en el frente. Me imagino que ustedes saben que los israelitas no tienen derecho a portar armas y deben, en cambio, realizar trabajos forzados en el ejército.

Ángel, que intentaba ocultar la tensión de sus hombros, asintió.

—Sí, naturalmente, hemos sido informados al respecto. Han llegado también a nuestros oídos…, bueno, los rumores que corren respecto a la suerte de esos hombres.

—Rumores que, le garantizo, son ciertos —confirmó Ádám—. Me siento avergonzado del comportamiento de algunos de mis soldados en el frente, una vergüenza exacerbada por las leyes antijudías que se han promulgado en el país en mi ausencia. Creo que es nuestro deber moral ayudar a ese pueblo que tantas vejaciones está sufriendo.

—Estoy de acuerdo —accedió De Muguiro—. Algunos de los empleados de nuestra legación pertenecen al pueblo hebreo y, le aseguro, se incluyen en la mejor categoría de personas que podría usted encontrar. Nuestra canciller, madame Tournée, ha toreado en plazas muy difíciles…, figúrese, lleva más de una década trabajando para nosotros. Y nuestro abogado, el señor…

Ádám le sonrió.

—Farkas, ¿verdad? Mi mismo apellido. En Hungría es tan común como López en su país, pero ¿quién sabe?, quizá nos una cierto parentesco lejano. Aunque he perdido la fe, me he criado en la iglesia católica, como ustedes dos. Si retrocedemos, a través de los milenios, la primera piedra fue levantada por un judío de nacimiento.

Tras intercambiar una corta mirada con Sanz Briz, De Muguiro le dirigió el mismo gesto parco a su anfitrión.

—«Mas yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del reino de la muerte no prevalecerán contra ella» —recitó de memoria.

Ádám se acercó la copa a los labios, cuyas comisuras permanecían arqueadas, como si guardasen un secreto del que ahora los tres eran conocedores.

—Amén. Todavía recuerdo mis oraciones. Es agradable poder conversar con personas que comparten un mismo parecer. —Bajó la voz, aunque la puerta cerrada y la música de la fiesta amordazaban la conversación—. Y unos mismos objetivos, espero. No se me escapa que su embajada está entre las más importantes de cuantas neutrales hay en Budapest. Mi gobierno admira y respeta el suyo. En la más estricta confidencia, le agradecería que continuase informando a Madrid del tratamiento que reciben los judíos en Hungría. Si hay algo, a cambio, que nosotros podamos hacer por ustedes…, no duden en pedirnos ayuda. Haremos por ustedes cuanto esté en nuestra mano en agradecimiento.

Los diplomáticos abandonaron la fiesta dos horas después, habiendo llegado ya el momento de la noche en el que podían retirarse sin arriesgarse a ofender la hospitalidad de sus anfitriones. Al salir al jardín, a Sanz Briz lo azotaron, por orden de aparición, el

frío de la noche, el humo del tabaco y el verdor de la mirada de la muchacha que fumaba.

Tras sonreírle, le tomó la mano de inmediato para besársela, un vestigio anticuado que, según había aprendido, en Hungría se resistía a morir.

—Ah, señorita Farkas de Batthyány, menos mal que la encuentro. Habría lamentado retirarme sin despedirme de usted. No sabía que fumase.

Erika sostenía el pitillo entre dos dedos.

—Y no lo hago. No a menudo, por lo menos. Este lo tomé de la habitación de mi hermano Tibor. Ya ve usted qué tontería, al fumar sus cigarrillos me parece que está aquí conmigo. Como en una sesión de espiritismo.

Dio una calada. Las clavículas, que se adivinaban bajo el tul celadón del vestido, no conferían fragilidad a su figura, le aportaban ese aire etéreo de las grandes bellezas.

—Lo más gracioso de todo es que Tibor apenas fumaba. No se imagina cómo discutíamos con Ádám porque este estaba siempre con el pitillo en la boca, pero ya saben lo que dicen del frente y del tabaco que engaña al hambre, así que procuró adoptar el vicio antes de tener un destino asignado. —Mordió la punta, tintada del bermellón del carmín—. No le dio tiempo a poner fin a sus reservas.

Ángel asintió en silencio. Bajo la luz plateada de las estrellas, los pómulos humedecidos de la aristócrata parecían centellear.

—No puedo imaginarme cuán profundo es el dolor de perder a un mellizo. A mí me faltó mi madre, murió muy joven de una leucemia galopante. Sé que no es lo mismo, pero…

Erika le sonrió.

—Hay un espacio vacío con la forma de su cuerpo que no se va jamás.

—Jamás.

—Y esa ausencia escuece más en los momentos de felicidad. —Tiró al suelo el cigarrillo, que él apagó de un pisotón—. Muchas gracias a los dos por venir. Debido a sus lesiones, a mi hermano todavía se le hacen un poco cuesta arriba los eventos sociales, pero sé que tenía muchas ganas de conversar con ustedes.

Miguel Ángel de Muguiro, que había asistido a la conversación con el semblante sereno de quien no quiere echar sal a una herida aún abierta, se acercó para besarle también la mano.

—No se preocupe. Ambos hemos mantenido una conversación de lo más agradable con su hermano.

—Cuánto me alegro. Le veré en la iglesia, espero.

—Como cada domingo, señorita. Buenas noches.

En el corto trayecto de vuelta a casa, antes de que sus caminos se bifurcasen, los diplomáticos tuvieron la oportunidad de compartir impresiones. A los oídos de ambos habían llegado los rumores acerca de los batallones disciplinarios de judíos. Desvelos de madres, sobre todo, que cesaban de recibir las dos cartas al mes a las que sus hijos tenían derecho. Esas les parecieron pequeñas tragedias en mitad de una mayor: casi ningún húngaro, cristiano o judío, regresaba del frente. Hasta el primogénito del regente Horthy, el joven István, había fallecido dos años atrás mientras pilotaba un avión sobre Rusia.

—Acudí a su funeral en representación de España —recordó De Muguiro mientras caminaban—. En nuestros círculos ya se decía entonces que el hijo de Horthy desaprobaba la existencia de los

batallones de judíos, pero nunca quise perturbar al regente sacando el tema. La de István fue una gran pérdida. Me alegro de que aún haya húngaros, del rango y de la posición social del capitán Farkas, dispuestos a denunciar lo que parece una atroz injusticia.

—En El Cairo tuve ocasión de conocer a varias familias sefardíes —agregó Ángel con expresión suavizada al recordar a aquellas personas que se agolpaban en la embajada de su primer destino diplomático en busca de ayuda—. Fue muy curioso. El idioma que hablan… Conservaban una lengua que se asemejaba al castellano viejo, de modo que no precisé de intérprete alguno para comunicarme con ellas. Algunas incluso afirmaban poseer la llave de la que había sido su casa en España antes de la expulsión.

El superior se detuvo. Habían llegado al pie de la colina que debía verlos marchar a sus respectivas viviendas, más vacías de lo que ellos habrían deseado. Después de la partida de Adela, y tras las encarecidas recomendaciones de su círculo, la esposa de De Muguiro también había regresado a España.

—Dudo que en Hungría haya muchos sefardíes. De todos modos, continuaré informando a Madrid acerca del penoso destino que está sufriendo el pueblo judío. Le veré mañana en la embajada, Ángel.

V

Miguel Ángel de Muguiro,
encargado de negocios de la embajada de España en Budapest
Al ministro de Asuntos Exteriores Jordana

Budapest, 12 de febrero de 1944

ASUNTO: Preparación para la evacuación del cuerpo diplomático de la capital.

Debido a la amenaza de bombardeo que la prensa, en especial las emisoras de radio aliadas, anuncia obstinadamente casi a diario, el gobierno húngaro y el cuerpo diplomático pretenden usar los castillos de los nobles que viven a las afueras de Budapest o apropiarse de ellos.

En este plan, que a fecha del presente informe está solo en su fase preliminar, se designó la pequeña ciudad de Siófok como sitio donde se ubicaría el gobierno húngaro, o al menos una representación de este. Se trata de un lugar de veraneo en la orilla sur
del lago Balatón; tiene buenas villas hoteleras que podrían y deberían emplearse para albergar las oficinas de los diversos departamentos ministeriales y algunas misiones extranjeras.

Dado que nuestra embajada no es numerosa y que tengo amplios contactos con muchos de los propietarios de los mencionados castillos, no creo que haya dificultades en obtener uno en las mejores condiciones posibles.

En una conversación que mantuvimos sobre este tema hace pocos días, el jefe de Protocolo me aseguró que el gobierno está decidido a no abandonar Budapest, y que estos preparativos constituirían, en todo caso, un último recurso.

Tras redactar el informe, Miguel Ángel de Muguiro abrió la ventana de su despacho, con vistas a la calle Eötvös. Era una tarde gris, desapacible, en la que los ecos de los meses más crudos del invierno se pegaban a los adoquines. A través de la BBC, que escuchaba con la misma religiosidad con la que rezaba el rosario, las últimas indicaciones y los significados ocultos que él sabía leer en las noticias de la guerra caían sobre sus hombros como un pesado abrigo del que era incapaz de desprenderse. En aquella ciudad en la que los cafés y los cabarets seguían llenos de bote en bote, en la que los judíos adinerados aún lograban las mejores butacas en la ópera y en el teatro, los ciudadanos contaban los días para el final de la guerra. Pero a él, al contrario que a muchos, esa nueva estacada no lo cogería por sorpresa.

De manera involuntaria, como los resquicios de un sueño que quiere aparecer nada más apoyar la cabeza en la almohada, pensó en la conversación que había mantenido con el primogénito de los Farkas de Batthyány, en las familias atemorizadas, en los rumores que también habían llegado a la legación. Elisabeth Tournée, la canciller, profesaba la fe judía; el abogado Farkas, en cuyos servicios confiaban desde hacía años, pertenecía asimismo a la estirpe de David, aunque se había convertido al catolicismo tras contraer matrimonio con su hermosísima esposa Mária Terézia, cuyo corte del cabello a la moda y perspicaces ojos claros rivalizaban con los de las mayores beldades de Hollywood. A los oídos de ambos habían llegado historias sombrías que Miguel Ángel se veía incapaz de ignorar.

En Budapest, en febrero de 1944, había comenzado una cuenta atrás sin retorno.

Mucho más al sur, en El Cairo, un judío con las oportunidades quemadas apuraba el cóctel que los oficiales británicos ya habían bautizado como «hijoputa sufriente». Treinta mililitros de coñac, treinta de ginebra, quince de zumo de lima, amargo de Angostura y cerveza de jengibre. Suficiente, decían, para curar la resaca, también para que un hombre se olvidase de los arrepentimientos y del fantasma de los recuerdos.

A Jonatán, la sensación ardiente que le subía por la garganta y le humedecía los ojos no lo perturbaba. Tampoco cambiaba la figura menuda, casi seca, de la compañera que interpretaba una canción ladina[10] en el escenario del bar americano del hotel Shepheard. Rizos negros, iris que bailaban entre el ocre y el musgo, una explosión de pecas sobre una tez pálida como la luna. Ibolya de nacimiento, había adoptado el nombre de Dinah tras emigrar al Mandato. Como todas las mujeres que merecían la pena, se enfadaba rápido, y consideraba un arte quejarse y discutir, de política más que de ninguna otra cosa. De no haberse tratado de una de las camaradas que había acudido, como él, a la llamada del Ejército Británico la primavera anterior, habría intentado enamorarse de ella, aunque no habría podido hacerla feliz. Ambos querían cosas distintas, de la vida y del amor. De Europa ella solo buscaba venganza; él, además, el futuro al que se negaba a renunciar.

¿Por qué no cantáis, mi bien?
¿Por qué no cantáis, la bella?
Ni canto ni cantaré,

Que mi amor está en la guerra,
Y una carta escribiré,
De mi puño y letra[11]

El Ejército Británico buscaba a un puñado de voluntarios judíos para infiltrarlos en la Europa ocupada, quienes, con sus conocimientos del idioma y el territorio podrían establecer comunicaciones de radio y telegrafía, participar en acciones de sabotaje, auxiliar a pilotos aliados derribados y salvar a sus compatriotas del exterminio. El orden de los factores alteraba el producto. En el Shepheard, las decenas de hombres y mujeres que habían pasado la instrucción (en la base aérea de la RAF de Ramat David primero, en El Cairo después) bebían y bailaban con el ansia de los locos y de los condenados a muerte. Sabían que, en cuanto les asignasen una misión, el corto vuelo desde la base en Bari a sus países de origen podría suponer sus últimos minutos de existencia. Muchos morirían sin volver a pisar la tierra que habían abandonado y de cuyas garras febriles querían salvar a los suyos.

Un precio enorme, inconmensurable, para detener la que, a ojos de los británicos, era una masacre entre masacres, una tragedia más en el tapiz de luto que el país sajón hilaba desde 1940. Cuando Jonatán alzaba la vista de la copa para dirigirla al escenario no veía a Dinah, sino las aguas centelleantes del lago Balatón. Escasas horas antes, se había reunido con su superior, el mayor Buchan, para tratar de convencerlo de emprender una incursión en Hungría.

¿No veía que él, aunque hablaba eslovaco a la perfección y además sabía suficientes palabras de alemán y serbocroata para defenderse, era húngaro? Conocía el mapa y el territorio. Desde el

avión, en la negrura de la noche, la luz de la luna bailaría sobre las tranquilas aguas del lago y le mostraría el camino. Tihany, pueblo cercano a Budapest que en verano se vestía del violeta imperial de los campos de lavanda, en febrero resultaba provinciano y anodino, lo suficientemente remoto para facilitar un salto en paracaídas sin caer en las zarpas de la guardia montada.

—Si le damos el visto bueno, saltará a ciegas —le había asegurado Buchan.

Su voz era pomposa, cargada de una emoción que Jonatán no supo identificar. Aunque a él, como a los demás, le habían enseñado a hablar inglés de modo que el acento quedase enterrado bajo aquella musicalidad impostada, Buchan arrastraba las palabras para facilitar la comprensión. Sobre el papel, ya no era Jonatán Rozenfeld, doctorando en Lingüística de Budapest, sino James Redford, de Maida Vale, Londres. Junto a su nueva identidad le habían otorgado una historia familiar que debía memorizar: los padres, los hermanos, el internado en la capital británica, la prometida que trabajaba en una fábrica de armamento y esperaba su vuelta, quizá con la esperanza de que la seda del paracaídas se convirtiera en su vestido de novia.

Para Buchan, sin embargo, seguía siendo un voluntario palestino. Una boca que pedía más de comer y no se saciaba porque no luchaba por una idea ni por un país, sino por una familia que podría no existir más.

—No tenemos contacto con los grupos de resistencia —había proseguido el mayor—. Una incursión en un país con movimientos partisanos afines a los Aliados, sin embargo…

—Con todo respeto, no los conocería como conozco mi tierra. Su pueblo no es mi pueblo. Por otro lado, ya le he explicado que yo mismo, antes de emigrar, estaba infiltrado en un grupo probritánico. La condesa Klára Andrássy era una muy buena amiga. Su primo, Ádám, es como un hermano para mí, y también tengo confianza con el resto de los miembros del grupo. Si me permitiese saltar sobre Tihany, encontraría la manera de regresar a Budapest y ponerme en contacto con ellos.

—No me preocupan sus contactos, sino el tiempo. Ha transcurrido mucho y, con todo lo que ha sucedido, la resistencia en Hungría es prácticamente nula.

Jonatán había recurrido a todas sus armas, a toda lógica y razón a su alcance excepto la piedad. La suya era una pena entre muchas otras, que Buchan podía llamar por su nombre. En febrero de 1944 ya quedaban muy pocos que no hubiesen leído «Let My People Go», el folleto publicado el año anterior en el que se detallaba el genocidio judío por medio de gas en la Europa ocupada, pero los santos a los que ellos rezaban eran otros. Dunkerque, el Blitz, aquella noche infernal en la que Londres ardió hasta atragantarse con las cenizas. Las madres británicas enfundadas de luto, los pechos secos por no tener a quién amamantar, el consuelo que no llegaba porque ni un hijo les quedaba contra cuyo pecho acurrucarse.

Una tragedia entre muchas otras, perdida en la infinidad de una guerra interminable. Los ecos de la voz de Buchan, que retumbaban en su cabeza a pesar del alcohol, se confundían con la melodía suave que entonaba su compañera. A la mañana siguiente, quizá, habrían recibido ya una misión.

Les habían permitido enviar una última carta a casa. Con «casa» se refería al Mandato, por supuesto, ya que, excepto para aquellos pocos provenientes de Gran Bretaña, el contacto con sus países de origen, que eran enemigos, estaba prohibido. En aquellas misivas escasas, ellos, que ya respondían a nombres ingleses y cuyos dientes y lenguas se amoldaban a ese idioma ajeno, habían adoptado una identidad más.

A sus tíos, Jonatán les escribió sobre el kibutz que no pisaba en meses. Sobre la esposa cuya alianza no portaba, pues no existía. Se excusaba de antemano por las posibles interrupciones en la comunicación. En el kibutz había tanto que hacer, y ellos, que eran jóvenes y estaban llenos de promesas, soñaban con formar una familia.

> He cambiado mucho en estos últimos meses. Si me vieseis, no sé si me ibais a reconocer. Pero aún leo a los clásicos, la *Ilíada* y la *Odisea* sobre todo, y *Los hermanos Karamázov* sigue en mi mesilla de noche.

Ese apunte final, confiaba, acabaría llegando a su casa verdadera, la de Budapest, aunque fuese tras una espera de semanas o meses. Claro que él, a aquellas alturas, podría haber abrazado ya la inexistencia.

En la mención a la novela de Dostoievski, Ádám sabría leer un significado adicional, oculto a los demás: que lo echaba de menos más que a nadie y que pensaba en él a cada momento. A las noticias de Hungría, que recibía a cuentagotas, Jonatán se aproximaba con los escalofríos de los reos condenados a muerte. Consciente de que el apellido de su amigo más querido garantizaba la publicación en todos los diarios de su caída, leía los periódicos

(con frecuencia, atrasados) con voracidad canina. Puesto que todavía no se había topado con su nombre impreso, se permitió creer que Ádám continuaba con vida, esperándolo.

Distraídamente, y tras firmar una misiva más corta que las de la mayoría, comenzó a garabatear en su servilleta de papel. El lago, al que los magiares se referían de manera cariñosa como «el mar de Hungría». En el verano de su primer curso en la universidad, Ádám lo había invitado a la villa de su familia en Balatonfüred.

No se habían quedado en ella demasiado tiempo, puesto que los hoteles del lago estaban llenos de vejestorios y de pacientes del hospital cardiaco. Ádám había insistido en hacer el trayecto a Tihany a pie. Allí, decía, conocía a unos cadetes de la academia a los que, por descontado, acabó camelando hasta que les ofrecieron alojamiento.

Solo en el campo salían a la luz nuevas facetas de aquel camarada al que conocía tan bien como a sí mismo. A los campesinos les hablaba de tú a tú. Enseguida, se despojaba del traje de tres piezas que había traído de Budapest y lo cambiaba por una camisa y unos pantalones sencillos, como los de ellos. En la negrura de una noche más profunda que la de la capital, bailaba las *csárdás*[12] como poseído por unos versos mudos, hasta caer agotado ante la mesa en la que Jonatán bebía.

—Camarada, ¿no te sientes más vivo aquí que en Pest? —le dijo entre jadeos.

Al cabo de seis años, aquella voz jovial aún retumbaba en sus oídos con un eco fantasmagórico.

Entonces, él, ya embriagado por el alcohol, arqueó una ceja y dejó su libro a un lado.

—Se te ha subido a la cabeza la buenaventura que esa gitana te ha leído en la mano.

—No caeré en ninguna de las batallas en las que combata —recitó de memoria—. ¿A ti qué te ha dicho?

—Lo mismo.

Ádám, con la frente aún perlada por el sudor, irrumpió en una carcajada majestuosa.

—¡Chico, que nos han estafado! Ha debido de pensar que tú también eras un cadete de la academia.

Jonatán sonrió y, tomando la copa antes de que su amigo se pudiese adelantar, exclamó:

—*L'chaim!* ¡Por la vida!

—Por la vida y las mujeres.

Sacudió la cabeza.

—No sé, ¿eh? Según la gitana, no me casaré nunca.

Ádám no premió su aseveración con una gran respuesta. Tras encogerse de hombros, alcanzó la copa que Jonatán había posado y apuró hasta la última gota.

—¡Ja! Nos ha leído la misma fortuna. En tu caso, no me extraña. Todavía no he conocido a una mujer que pase tu tupida criba.

—Ninguna mujer de las que tú me robas, quieres decir.

—De las que tú rechazas —precisó Ádám—. Tienes suerte de ser un compañero de copas excelente, porque otro se habría cansado ya de tener que seducir a tus sobras.

—Pues, según la gitana, no te va a servir de mucho…

Ádám ya no le hacía caso. Con un movimiento brusco, se levantó y extendió la mano para tomar la de Jonatán.

—¡Ven! ¡Vamos al lago! ¿A que nunca te has bañado bajo tantas estrellas?

Jonatán desaprovechó la oportunidad de contestar con su sorna habitual. Lo siguió, envuelto en el embrujo de la lavanda, al abrigo de aquel firmamento que sangraba constelaciones blancas. Allí fue consciente por primera vez del cambio físico de su amigo, que había ignorado pese a verlo semana sí y semana también. Tras un año en la academia, el cuerpo, ya atlético en el internado, se había fortalecido. Los músculos, duros e imponentes, la piel morena que en verano adoptaba un cariz rojizo y los gestos precisos le recordaron a las ilustraciones de los libros de anatomía.

En febrero de 1944, en El Cairo, se preguntaba si Ádám, de poder verlo entonces, habría llegado a la misma conclusión, pues él también había mutado con los años y la dureza de la instrucción.

«Cuando nos volvamos a encontrar», pensó. En unos días, quizá haya recibido un destino. En unos días, tal vez esté muerto.

—¿Un amigo de casa?

Una voz, melosa y grave, lo sobresaltó. La presencia de un camarada cuyo porte descartaba la embriaguez significaba una sola cosa: rumores. En una base militar, a la espera de recibir una misión, esa promesa oculta se valoraba más que el alcohol o el tabaco. Jonatán alzó la barbilla para dirigirse al muchacho delgado y de rasgos afilados al que ya todos llamaban Bloomsbury. A diferencia de la mayoría, él provenía de la lejana Inglaterra y pertenecía a los judíos que se contaban en las filas del Ejército Británico antes de la creación del cuerpo de voluntarios del Yishuv.[13] Sus ojos (enormes, oleosos, oscuros) estaban fijos en el retrato de Ádám que Jonatán había garabateado entre ensoñaciones.

—El mejor —respondió, tras un corto asentimiento, y para que Bloomsbury dejase de quitarle la luz le indicó que se sentase frente a él—. No estaría aquí de no haber sido por él. Fue quien me ayudó a conseguir los visados.

Bloomsbury, que rara vez bebía, se palpó la camisa hasta dar con el tabaco que buscaba. Sus movimientos al liarlo eran lentos, casi vagos. Como todo en él, contrastaba con el uniforme que portaba y el rango al que respondía.

—Ah. Cree en el sionismo, ¿entonces?

—Cree en mí —lo corrigió Jonatán—. Y cree en su juicio. Pensó que, debido a las citaciones a trabajos forzados, los judíos ya no estábamos a salvo en Hungría.

Solo para mantener las manos ocupadas, y sin entretenerse en pedir permiso, se lio él también un cigarrillo. El dueño, lejos de enfadarse, lo observó con los ojos entornados.

—Parece que tenía razón.

—Sí.

—Dinah me contó lo de tu padre. Lo lamento de veras.

Al prender la cerilla, Jonatán se concedió un instante de silencio antes de responder. ¿Qué podía decir él de su padre? El miedo infantil se había transformado en la lástima que le había inspirado al partir; solo en el luto divisaba, por primera vez, un sentimiento parecido al amor.

—Dinah habla demasiado —masculló al fin, e ilustró su afirmación señalando el póster en la pared, que aseguraba: «La cháchara despreocupada cuesta vidas».

Bloomsbury le dirigió una sonrisa acartonada, casi ojerosa.

—A estas alturas, todos lo hacemos.

Si hubiese tenido que dibujarlo a él, pensó Jonatán, habría utilizado tan solo tonos ocres. Del moreno de la piel al castaño del pelo y los ojos, el cuerpo de su compañero parecía empaparse del café que bebía a todas horas y cuyo aroma aún permanecía entre sus dedos.

Como no respondió a la apreciación, Bloomsbury apoyó el pitillo (tan delgado y alargado como él) en el cenicero y agregó:

—Los rumores dicen que nos darán una misión pronto.

—Pues no me los creo. Los británicos nos tienen esperando desde hace casi un año.

—Esto es distinto —susurró, de modo que Jonatán hubo de inclinarse para poder oírlo entre la música y el zumbido de las conversaciones ajenas—. Nuestra inteligencia ha establecido comunicaciones con la resistencia eslovaca. Según se ha podido confirmar, están completamente organizados.

—Ya.

—No voy de farol. Es posible que nos movilicen muy pronto, en cuanto el ejército y el Yishuv concreten las prioridades de la misión. Te he recomendado a la comandancia, de ser así.

Jonatán, que se entretenía doblando y desdoblando la servilleta hasta que sus dibujos se difuminaron, clavó las pupilas en él.

—¿Y se puede saber por qué hiciste algo así?

Bloomsbury no premió el tono cortante con una gran reacción.

—Hablas eslovaco a la perfección y quieres que te asignen una misión tanto como yo. Además, me he fijado en ti en la instrucción. En la Haganá[14] os entrenaron bien, no te acobardaste ni con el primer salto.

—Bueno, no me presenté voluntario para pillar una curda en un bar de El Cairo, eso te lo aseguro. —Chascó la lengua—. ¿No podías haber recomendado a cualquier otro idiota? Le he estado proponiendo a Buchan una incursión en Hungría. Incluso a ciegas, en una noche de luna llena, el Balatón podrá guiar el camino. Solo necesito ingeniármelas para llegar a Budapest…

Bloomsbury emitió un ruidito lo más próximo a una carcajada que se permitió.

—¿Acaso hay resistencia en Hungría? Los británicos jamás van a autorizar esa insensatez, sobre todo teniendo en cuenta que es posible que el país caiga pronto. Tu única posibilidad de ir a Hungría sería cruzando la frontera a pie desde Yugoslavia o Eslovaquia, pero se me ocurren maneras más rápidas de suicidarte, si eso es lo que quieres.

Jonatán resopló. De un manotazo, aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Eres un cínico.

—Soy realista. Una cosa más…

La respuesta de Jonatán no fue verbal, sino física: un movimiento rápido de muñeca con el que le pidió que dijese lo que creyese conveniente, y pronto.

—Si te asignan una misión, el ejército te va a preguntar si te envían al frente como espía o como emisario. La mayoría están escogiendo lo segundo, pero lo primero está mejor recompensado.

Jonatán se pasó la lengua por los dientes. Aún bastante sobrio, el regusto del alcohol se le antojó nauseabundo.

—Me imagino que tú eres la excepción que confirma la regla —tanteó—. Te reclutaron de las filas del ejército, ¿no? ¿Por qué te ibas

a registrar como emisario por una paga menor?

Bloomsbury desvió la mirada. Con la mano, de dedos largos y finos, se acariciaba el mentón lampiño.

—Eso habría hecho si no nos hubiesen tenido aquí, mano sobre mano, un año, mientras el ejército y el Yishuv se peleaban por decidir si la nuestra sería una misión británica o judía.

—Mi misión es que los alemanes pierdan la guerra cuanto antes —lo interrumpió Jonatán—. Tanto me da que me pidan que establezca líneas de comunicación, que sabotee vías de tren, que me alce en armas con la resistencia o que le pegue un tiro a Hitler en la frente.

Ese discurso tampoco enterneció a Bloomsbury. Con la parsimonia de la que siempre hacía gala, se lio otro pitillo. No lo encendió, sin embargo, sino que se dispuso a colocarlo en la latita como si fuera el soldado único de un ejército derrotado.

—A los británicos les preocupa que la instrucción que hemos recibido la empleemos después para garantizarnos el control del Mandato.

—¿Todavía no han ganado la guerra y ya planean la administración del Mandato en la paz?

Bloomsbury le mostró las palmas de las manos como concesión. Cuarteadas por manchas del sol, a primera vista parecían teñidas también por esa bebida amarga que adoraba.

—No seas ingenuo. El Yishuv también espera que nosotros…

Jonatán no le dejó seguir.

—Si los líderes del Yishuv creen que me he presentado voluntario para que construyan su estado, les cederé de buena gana mis armas, mi paracaídas y mi asiento en el avión.

—Pero hombre…

—¿Qué pasa? ¿A ti no te queda familia en Europa? Porque yo sacrificaría tres Palestinas por un solo pelo de la cabeza de mi hermano. —Bajó la voz, todo él temblaba—. Si los líderes del Yishuv quieren que vayamos a Europa a luchar por su proyecto y no por los nuestros (¡por vidas humanas!), que manden a sus hijos a la boca del lobo.

—Regístrate como espía, entonces —terció Bloomsbury—. Estás en tu derecho, como los demás en el nuestro de rechazarlo.

Antes de contestar, Jonatán le dio un último sorbo a la copa. Con dos dedos alzados instaba a Bloomsbury a aguardar.

—Si me dan luz verde para infiltrarme en Hungría, sí. Si no… —Ladeó la cabeza, tenía el rostro crispado por el alcohol y la desesperación—. Me ha entrenado el ejército, no el Yishuv, y el ejército me ha tenido esperando un año. ¿Ahora qué? Tú mismo lo has dicho: mi país va a caer más pronto que tarde y mi familia con él. ¿Cómo voy a perdonar que no me desplegasen cuando aún no era tarde? Como espía, oficialmente estaría representando intereses británicos. Para que acepte, ellos tienen que demostrarme antes que la destrucción de mi pueblo no es una nota a pie de página en sus libros.

La ceja derecha de Bloomsbury se elevó. Un cambio muy leve, casi nimio, pero suponía una diferencia notable en aquel rostro desapasionado que a los casi treinta años aún no atravesaban ni el vello facial ni las arrugas.

—¿Estás con nosotros, entonces?

Jonatán no le respondió. Se limitó a trazar líneas difusas, alargadas, en la servilleta hasta que, en la embriaguez que ya lo acariciaba, se asemejaron a los campos de lavanda de Tihany.

Ante su mutismo, Bloomsbury se levantó. Al arrimar la silla de nuevo a la mesa, le susurró al oído:

—Si estás con nosotros, pide al menos una cosa, que te concedan un rango de oficial, aunque te destinen a Europa como emisario. Que tu cabeza no esté nunca más baja que la de un británico.

VI

Hungría se resquebrajaba a su paso. Tintada del blanco luminoso de la nieve, las vías del ferrocarril semejaban cicatrices negruzcas que daban cuenta del camino recorrido. De haber podido elegir, Ádám no se habría decantado por jugar al póker con un grupo de soldados alemanes. Pero ahí estaba, envuelto en una nube de humo de puro, molestando al revisor y al resto de los pasajeros cada vez que uno de los germanos regresaba del vagón restaurante con cervezas para todos.

A fin de no levantar sospechas, no llevaba consigo más que el maletín con papeleo de la fábrica y, escondidos con cuidado entre las facturas y los albaranes, los documentos falsos que los *jalutzim* habían conseguido para el refugiado eslovaco. En el bolsillo más pequeño, a modo de talismán, el libro de oraciones a la Virgen de Loreto, santa patrona de los viajeros, bajo cuyas tapas se encontraba el contacto de su enlace en Eslovaquia.

—Húngaro de mierda —rio uno de sus acompañantes cuando él se agenció unos cuantos billetes más.

Alzó las manos.

—Eh, compañero, que combatimos del mismo lado…, excepto en asuntos de dinero y de mujeres.

No le gustaban los alemanes. Su aversión inicial quedaba relegada a un ámbito puramente ideológico: odiaba a los nazis, cuyas ideas consideraba brutas e inhumanas. Al partir al frente, no había esperado encontrar en las tropas germanas más que a iguales, unos muchachos que, como él, habían nacido en un país específico para acabar siendo peones en una partida de ajedrez que muy poco tenía que ver con ellos. En Vorónezh, sin embargo, no había más piezas descartadas que los soldados magiares, cuya valentía Hitler, que los consideraba «asiáticos débiles», tanto cuestionaba.

No habían sido iguales, pues, en el altar de la destrucción, y a Ádám ya no le quedaban pensamientos amables para aquellos hombres con quienes brindaba y cuyo tabaco apuraba.

—¿Es eso lo que te trae aquí? —le preguntó otro, tan mancebo y lampiño como el anterior—. ¿Asuntos de mujeres?

—Extraoficialmente —concedió Ádám, sin separar la mirada de las cartas—. ¿Oficialmente? Estoy al frente del negocio familiar. Soy un hombre de armas, pero… —Golpeó el bastón, que reposaba contra el asiento, a modo de justificación.

Como un cuchillo, atravesaron las fronteras invisibles, cubiertas por aquel manto marfil, entre Hungría y las que habían sido tierras eslovacas. Felvidék, la Alta Hungría, devuelta a la patria en pacto de sangre con el *Tausendjähriges Reich.*[15] Ádám apoyó la frente en la ventanilla. Si amusgaba los ojos, la claridad al otro lado lo transportaba al trayecto entre hospitales de campaña. En las sílabas, que debía repetir hasta que la garganta agarrotada se rendía y accedía a pronunciarlas, encontraba a su mejor amigo. Se imaginaba que él, que se emocionaba con las lecciones aprendidas en la universidad y se las contaba como si fueran el argumento de una

película, era el que le enseñaba a hablar. Con los progresos, y los poemas que debía leer en voz alta para despertar su lengua dormida, viajaba a las sesiones de estudio que transcurrían más entre discos y carcajadas que acariciando los lomos de los libros. Dios, qué solo se sentía.

Ninguno de los muchachos con los que compartía vagón había pisado el frente. Algunos, más jóvenes que Erika, con un pie todavía en la adolescencia, eran inexpertos en las cartas y en la guerra. Incluso dentro de su mala suerte, de nuevo, había sido afortunado.

En Italia, el vino se extendía sobre el mantel blanco de celebración como una hemorragia terminal. Bloomsbury, profeta de los voluntarios que roían la carne hasta el hueso, no había errado en ninguna de sus predicciones. Habiendo mantenido contacto con la resistencia eslovaca, el Ejército Británico y el Yishuv llegaron a un acuerdo justo para ambas partes. Un grupo de paracaidistas partiría de El Cairo a la base de Bari, conquistada a sangre y fuego tras la invasión de Sicilia el año anterior. Tras un corto vuelo nocturno, serían arrojados a la negrura de los bosques eslovacos, donde los recibirían enlaces de la resistencia.

Su objetivo sería, en primer lugar, establecer líneas de comunicación con el ejército y auxiliar a pilotos derribados. En segundo lugar, cometer actos de sabotaje e infiltrarse en los movimientos de resistencia local. Por último, como ardiente nota a pie de página, tratar de liberar a su pueblo del destino mortal que aguardaba al acecho cual animal de caza.

Según lo anticipado, el oficial británico a su cargo en Bari presentó a Jonatán la posibilidad de elegir entre ser enviado a Europa en calidad de espía o de emisario. Ante su respuesta, idéntica a la de sus hermanos de armas, el británico reaccionó con un leve temblor y una expresión a medio camino entre la sorpresa y la decepción por el hecho de que aquel muchacho, arrancado de la Haganá pero menos político que los demás, rechazase la que él consideraba la oferta más ventajosa.

—Solicito que se me otorgue el rango de oficial, señor, según lo acordado con el Yishuv —precisó.

Las suyas eran, a grandes rasgos, las palabras que habían pronunciado sus compañeros antes que él. Carecían, sin embargo, del fervor desafiante de los demás voluntarios; eran todo orgullo y resignación, los mismos que Jonatán empleó para inquirir:

—¿No quiere saber el porqué de mi rechazo?

El hombre ladeó la mano velluda.

—El mismo, imagino, que el de sus compañeros. No constituye el primer grupo de voluntarios que comparece ante mí. De momento, ninguno me ha dado una respuesta distinta, aunque esperaba que usted fuese el primero. Si me hubiesen dicho hace un año que un grupo de judíos iba a rechazar la oportunidad de percibir un sueldo mayor…

Jonatán no le concedió la satisfacción de responder con agresividad al ataque verbal. En su lugar, y mientras se levantaba, siseó:

—No seré el primero porque he esperado un año a tener una misión mientras mi pueblo era masacrado. Porque, mientras el ejército y el Yishuv debatían qué hacer con nosotros, oficiales

británicos con los mismos galones que usted aseguraban que los judíos no éramos de fiar y que nos amedrentaríamos antes de volver a pisar suelo europeo. Si mañana muero, no lo haré en representación suya, sino por los que dejé atrás en Hungría.

Sobre el mantel había una mancha larga como una daga. Habiendo recibido la llamada del Señor y de la Historia, los voluntarios lo celebraban, conscientes de que aquel vino que se vertía bien podría ser tanto el de la victoria como el de su funeral. Bebían y comían, como desafiando los sudarios que querían envolverlos. Desoyendo toda norma, hombres y mujeres buscaban carne ajena, una última cata antes de que la vida se les escapase.

Desde la larga mesa, la hemorragia de la vid goteaba hasta dejar marcas, como de mordeduras, en el suelo conquistado.

Hacía escasos minutos que Dinah había depositado en las manos de Jonatán un periódico húngaro atrasado, abierto en las páginas de sociedad.

—Ya no estás atado a Budapest —dijo con el desaire de Salomé al sostener la cabeza del Bautista mientras con el índice señalaba a la joven del centro de la instantánea, enfundada en tules y sedas, cuyos rizos decoraba una diadema que simulaba flores de laurel.

Los ojos de Jonatán no se detuvieron en ella, sin embargo, tampoco en el conde Pál Széchenyi, que la abrazaba por detrás, sino en el hombre que sonreía junto a ambos. Cierto, aquel rictus alegre difería del que recordaba: la mitad del rostro permanecía congelada, casi incapaz de contagiarse de la felicidad de su gemela, el cuerpo era más delgado, más seco, y la ausencia de color no lograba camuflar

las cicatrices que le cuarteaban la piel. Pero era él, su Ádám, vivo y en Budapest como había prometido, Jonatán habría sabido reconocerlo incluso en lo más oscuro del abismo.

En aquel instante, coronado por el sonido explosivo con el que Dinah descorchó el vino, regresaron a él todas las historias que se había ido contando a lo largo de los meses y los años para conciliar el sueño. Ádám, regresando a casa del frente en un tren de la Cruz Roja para poder encandilar a las mujeres con el humor y la galantería primero, y con la fuerza de su apellido después. Ádám, herido al final de una batalla sentenciada desde la primera bala, puesto que cualquier otra alternativa no lo habría satisfecho. ¿Se habría vuelto hacia él, entonces, ese dios al que ambos llamaban con nombres distintos? Con una sola mirada, lo habría librado de la muerte, porque, ¿qué deidad cortaría de raíz tanta juventud, tanto talento?

Una parte de la historia, al menos, era cierta. Ádám vivía, y él, en la víspera de su gran salto sobre Europa, se encontraba más cerca de la inexistencia que nunca. Había guardado en su lata de tabaco recortes de todas las apariciones en sociedad de Erika Farkas de Batthyány, y en ese momento sus ojos se bañaban de lágrimas: tenía la confirmación de que su amigo más querido no había desaparecido.

Al romperse una botella y derramar a borbotones su contenido bermellón, los paracaidistas del Mandato se apartaron y contuvieron el aliento. Al día siguiente, el miedo no cataría su carne trémula, pero en aquella noche de noches se tapaban los ojos ante lo que interpretaban como una señal profética que los condenaba.

Jonatán, aún abotargado por la emoción, se guardó el periódico en el bolsillo interior de la chaqueta y se levantó para estrechar a Dinah contra su pecho.

—¡Mira! —bramó—. La mancha… parece el Danubio en el trecho que divide Budapest y se abraza a la isla Margarita. —Sonrió—. Se asemeja a mi casa. ¡Vamos a sobrevivir!

VII

Ádám llegó al edificio de oficinas con la luz anaranjada de la tarde y el aguanieve pegada a los zapatos. Su enlace era una mujer relativamente joven, de rizos entrecanos, figura esbelta y rasgos serenos que no habría podido identificar en una multitud. Tras cederle el paso tomó su abrigo, y mientras le indicaba las escaleras se dirigió a él con voz grave, casi masculina.

—Señor Farkas de Batthyány, ¿no es así? Permítame que le acompañe al despacho del señor Nagy…

La arquitectura de aquella operación residía en la amalgama perfecta de mentiras y verdades. Al igual que resultaba preferible no actuar de noche para evitar levantar sospechas, recurrir a un pseudónimo habría supuesto una pérdida de tiempo. En caso de que los contactos eslovacos fuesen apresados y, bajo tortura, lo denunciasen, la protección de su apellido le aseguraría el poder dar una estacada más grande. En la intersección entre el miedo y los objetivos comunes, por tanto, crecía la camaradería.

El ascenso, tortuoso debido a su discapacidad, los condujo a una habitación anodina, tan típica de las oficinas de las pequeñas ciudades que él habría podido sentirse a salvo en su cotidianidad. Al tomar asiento frente a la mesa, sobre la que depositó el maletín,

Ádám no pudo evitar pensar que, por desgracia, Bálint Nagy tenía todo el aspecto de lo que era, en persona más que en la fotografía.

Bálint Nagy así se llamaba porque lo afirmaba la nueva documentación; su nombre anterior, el verdadero, ya no importaba y, en consecuencia, Ádám no se había molestado en aprenderlo.

—Mucho gusto en conocerle, señor Farkas de Batthyány. Estoy muy emocionado por… hacer negocios con ustedes. Espero de corazón que mi experiencia les resulte valiosa.

Mientras hablaba, con la pierna derecha, cruzada sobre la izquierda, temblando bajo la mesa, dirigía miradas de soslayo al enlace, que respondía al nombre en clave de «Kitty». Sonreía con timidez, casi con temor, y, a pesar de las arrugas que le cuajaban el rostro moreno, Ádám se figuró que debían de tener más o menos la misma edad.

Con el acento, denso y casi indescifrable, había poco que hacer.

—Hay que joderse —bufó, y tiró sobre la mesa un paquete nuevo de cigarrillos.

Esperaba que el judío tomase uno, pero no lo hizo. Tampoco Kitty, cuyos ojos estrechos, de un azul glacial, estaban fijos en Ádám.

—¿Estás borracho?

—He tomado un par de cervezas en el tren.

Kitty masculló algo en eslovaco que Ádám no llegó a descifrar.

—Un puñado de alemanes me invitaron —explicó—. Tenía que guardar las apariencias. —Chascó los dedos en dirección a Bálint Nagy—. Tienes documentación húngara. Por mucho que tu lugar de residencia esté en el Felvidék, con ese acento no vas a engañar a nadie.

Las pupilas oleosas del hombre temblaron.

—Señor Farkas…, si me permite…

—Era una afirmación, no una pregunta —aseveró, y volcó toda su atención en Kitty, que no había roto el contacto visual—. Nos estamos jugando el pellejo.

—Todos. —Señaló a Bálint Nagy con un movimiento rápido de barbilla—. Él más que nadie.

—Precisamente.

La noche los envolvía como el abrazo de una madre. Los tres voluntarios que hablaban eslovaco con fluidez —Jonatán, Dinah y Bloomsbury— apoyaban la espalda en la pared metálica, vibrante, del avión que los conduciría al corazón de Europa. Estaban rezando.

—*Adonai ish milchama. Adonai Yah shemo. Markevot paro ve'chilo Yarah ba'yam u'mevchar shalishav, tub'eu ba'yam suf…*[16]

Una canción más que una plegaria. Jonatán la identificó enseguida, en cuanto Dinah, con su voz almibarada que no se quebraba con el terror, entonó la primera nota. Se trataba de la «Canción del mar», incluso él la conocía, la composición de Miriam, hermana de Moisés, que celebraba la liberación de los hebreos de Egipto. Aquellos versos, que antaño no habían significado nada para él, en la armonía de tres improvisada lo conmovieron hasta arrancarle las lágrimas.

—En nuestras manos, los fusiles serán como la espada de Aod —decía ella—. Como Moisés, liberaremos a nuestro pueblo.

Jonatán oyó a Bloomsbury tragar saliva. Aunque sus ojos oscuros seguían fijos en su compañera, carentes de sentimiento.

—Estaremos bien —le dijo, más para calmarse a sí mismo que para calmarlo a él.

Bloomsbury asintió.

—Sí, estaremos bien.

Jonatán se concentró en la instrucción. La noche anterior no había sido capaz de dormir. Lo que lo mantenía en vela no eran los labios dormidos por el vino, los oídos sordos de la música o las piernas pesadas por el baile, sino la fotografía, en blanco y negro y de mala calidad, de Ádám. La desdoblaba con cuidado, casi con cariño, y la estudiaba a la luz de la vela hasta memorizar su nuevo aspecto, que adoraba tanto como aquel con el que estaba familiarizado. En la quietud nerviosa de la madrugada, se abandonó al mismo ejercicio: puso toda su atención en cuanto lo rodeaba, por si no podía verlo más. El olor del sur de Italia, donde los inviernos se disfrazaban de primaveras y el viento llevaba consigo recuerdos de flores y limones. Aun a sabiendas de que la misiva acabaría siendo devorada por las llamas, escribió:

> Esto es Italia, ¿recuerdas cuándo soñábamos con pasar el verano aquí juntos? Tres meses de estío a cambio de nuestra juventud sacrificada en el altar de la academia y el ejército… ¡Qué poco nos quedaba y qué ingenuos éramos! ¿Cuánto tiempo me quedará a mí…? ¡Basta! Sé que vives y es suficiente. Mañana, en el avión, no tendré miedo. Mañana, en el avión, pensaré en ti, que siempre has sabido mucho más que yo de la guerra, de los hombres y de la vida. Cada paso que dé será tuyo; tu mano me guiará aunque yo no pueda verla. Nos volveremos a encontrar…

Se oía el castañeteo de unos dientes que ninguno de los tres quiso identificar, por dignidad y por respeto. Al alzar la barbilla al ventanuco de la puerta, el mundo al otro lado, al que aún

pertenecían, era negro como la tinta. Solo la luna llena y las estrellas que goteaban, plateadas, del firmamento se atrevían a traicionar aquella penumbra que los sostenía.

—*Yemincha Adonai ne'edari ba'koach. Yemincha Adonai tir'atz oiyev…*[17] —recitó, en voz tan baja que se ahogó bajo el motor del avión.

Sería la mano y la espada, el profeta y el ejecutor.

Naranja sobre negro. Tres cruces que brillaban, fervorosas, y rompían la noche más negra. El oficial británico que los acompañaba se asomó para mirar.

—¡Fijaos! ¡Es la señal! —bramó.

Según lo acordado, el comité de la resistencia que los recibiría encendería linternas o faroles de bici en la dirección en la que soplaba el viento. El comandante sostendría una cuarta luz y, tras oír el rugido de la nave, indicaría en morse la contraseña.

—¡Todo correcto! —confirmó el oficial, tras abrir la puerta—. ¡Moveos, moveos, moveos! ¡Vamos! ¡Comprobación del equipo!

Regresaron a los meses de instrucción en Palestina y en El Cairo, al primer salto que los había devuelto a la tierra blanda. Volvieron a los que los siguieron después, hasta cristalizar en el momento presente, que se agotaba.

—¡Uno listo!

—¡Dos listo!

—¡Tres listo!

Un día como cualquier otro. Si los disponían todos en fila, ¿qué lo distinguía de sus hermanos?

Dinah, la primera en salir, dio un paso adelante. El vaho flotaba frente a su rostro como una máscara. Su mirada, terrible, estaba fija

en la señal luminosa. De sus dientes salía una última oración.

—Y entonces oí la voz del Señor diciendo: «¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros?». Y le dije: «¡Aquí estoy! ¡Mándame a mí!». [18]

Un segundo, y quedó sumida en la negrura. Otro más, y Jonatán vio el paracaídas que se abría como una flor blanquecina. Otro, y eran sus pies los que se aproximaban a la puerta, su olfato el que luchaba por conservar los fragmentos de aquella noche, por si era la última.

El gran salto. Flotando sobre el continente que lo había desechado, no pensó en las velas romanas (los paracaídas que no se abrían según lo previsto) ni en Ádám ni en su misión. Recordó su casa, el piar de los jilgueros de Sándor que lo recibía como un «Buenos días» y lo silenciosa que le había parecido la residencia de sus tíos en comparación.

Diez segundos. Negro sobre negro.

VIII

—Tienes fatiga de combate —le explicó Ádám a Bálint Nagy antes de salir—. No hables con nadie. Ni en húngaro ni en eslovaco, ¿de acuerdo? Cuantas menos razones demos para levantar sospechas, mejor.

Si era una mentira, se acercaba bastante a la realidad. En Eslovaquia, en febrero de 1944, no resultaba necesario haber pisado un campo de batalla para que el conflicto vistiese la piel de fatigas.

El tren. El corto trayecto desde las oficinas hasta la estación había caído sobre los hombros de ambos con una pesadez imposible, cada segundo más peligroso que el anterior. En el silencio, interrumpido únicamente por el ulular del viento al anochecer, las miradas de los transeúntes parecían cargadas de preguntas. Cada movimiento, por pequeño que fuese, se antojaba casi como la antesala de una delación.

Puesto que la suerte no acostumbra a viajar sola, tres soldados alemanes, más maduros y experimentados que los jugadores de póker, se sentaron frente a ellos.

—¿Los húngaros fuman? —les preguntó uno, tras sacar la pitillera del bolsillo y apoyar el cuerpo, delgado y atlético, contra la ventanilla.

—Gracias —respondió Ádám, en alemán, mientras tomaba dos cigarrillos.

Le entregó uno a su compañero, que se mantuvo callado según lo acordado, aferrado al periódico del día que Kitty le había entregado antes de partir.

—¿Le pasa algo a tu amigo?

Ádám observó a Bálint por el rabillo del ojo. Temblaba como un niño.

—Le hirieron en Rusia —aclaró—. Un balazo en la cabeza.

—¿Vorónezh?

Asintió.

—Svoboda.

—¿Y sigue vivo?

—Ya lo ves. Dios no le dejó morir.

—Dios tiene sentido del humor.

El soldado sentado más próximo al pasillo le propinó una patada para llamar su atención.

—Te defiendes bien en alemán, húngaro.

—Ádám. Mi madre es austriaca.

Una simplificación de la realidad y de los lazos familiares en la que los germanos no indagaron.

—Como nuestro Führer —apreció el soldado del medio, y Ádám fue incapaz de discernir si había algo de sarcasmo en el comentario.

Ante la duda, optó por forzar una sonrisa.

—Un país noble.

El primer alemán, que jugueteaba con el encendedor, chascó la lengua.

—Sin ánimo de convertirme en persona *non grata*, me gustaría poder decir lo mismo del tuyo. —Ádám tensó la espalda—. Horthy empaña la que un día fue una fuerte alianza. Regente de un país sin rey y almirante de una nación sin mar. Los desplantes que le está haciendo al Reich…

—Me gustan tan poco como a ti —lo interrumpió Ádám. La camisa, empapada de sudor frío, se le pegaba a la columna como una nueva piel—. Conozco bien a los bolches —dijo acariciando las cicatrices de la cara—. Ya ves que no volví a casa de una pieza. No me olvido de la alianza entre nuestros pueblos, tampoco del frente que compartimos ni del enemigo contra el que combatimos.

—¿Vorónezh también?

Ádám arqueó las comisuras en una parca sonrisa.

—Nikolayev.

—¡Un húsar!

—Los últimos de Hungría. Los primeros en portar las armas.

Un ejercicio de engaño, de desaparición. Ádám se había imaginado tantas veces Nikolayev (el calor abrasador, la obsoleta carga de caballería, los últimos segundos de vida que se extendían hasta el cielo como queriendo abrazar la eternidad) que casi podía evocar olores y sonidos que no había experimentado nunca. Una especie de ejercicio de espiritismo, de comunicación con los muertos que no respondían a las llamadas.

El alemán sonrió en reconocimiento de la respuesta correcta. Porque su pueblo, que menospreciaba las operaciones del Segundo Ejército en el Don, no olvidaba el capote que les habían echado aquellos húsares que parecían provenir de un pasado de fábula.

—¿Y tú qué piensas, amigo? —insistió volviéndose hacia Bálint, cuya respiración, cada vez más pesada, evocaba las notas agrias de un acordeón.

—No habla alemán —lo excusó Ádám y, cuando el hombre repitió la pregunta en húngaro, agregó—: No habla. No desde Vorónezh.

El alemán alzó las cejas.

—¿Y qué hacen dos húngaros, uno de ellos mudo, en Eslovaquia?

—Negocios, principalmente. Estoy al frente de la empresa familiar desde que volví del frente. —Levantó el bastón—. No es la vida que hubiese preferido, pero…

—¿Y tu amigo?

—Está conmigo. Me ayuda.

—No parece muy útil.

—El trabajo le da dignidad. —Ladeó la cabeza—. Todos tenemos derecho a ganarnos la vida de alguna manera.

Su interlocutor irrumpió en una risotada baja y glacial.

—Cuidado ahí, compañero, a ver si te van a acusar de comunista.

Ádám tomó aire. Trataba de encontrar las palabras adecuadas, el tono seco con el que alegaría que él, cuyo linaje materno procedía de los *grófs*[19] de Vas y Güssing, no habría podido encontrar asilo en las ideas de los que habían sido sus enemigos en el frente. Ante su silencio, el hombre rezongó.

—Como me temía, los húngaros no tenéis sentido del humor. Cambia esa cara, hombre, que estaba de guasa. Aunque ahora que lo pienso… —Chascó los dedos para señalar a Bálint—. Tu amigo no tiene mucho aspecto de húngaro. —Se volvió hacia sus compañeros —. ¿Os parece que el mudito tiene pinta de húngaro?

Ambos negaron entre risas, y la ceniza del cigarrillo de Ádám se desplomó sobre la mesita.

Era una suerte, desde luego, que Bálint no comprendiese el alemán.

—No puedo dejar de pensar en ello, os lo juro. —Chascó los dedos de nuevo, dos veces, esta vez en dirección a Ádám—. ¿Puedo ver sus papeles, por favor?

—Por supuesto.

Se los cogió del bolsillo izquierdo, donde él mismo los había depositado, sin decirle nada. Le pareció que Bálint ahogaba un gritito, que dejaba escapar al fin el aire de su cuerpo, pero fue una interjección tan inaudible, tan mínima, que los soldados, atentos a la documentación, no reaccionaron a ella.

Durante un segundo, Ádám contempló la idea de presentarles también su pasaporte, pero en el último momento optó por no hacerlo. Quizá serían capaces de percibir alguna diferencia entre sus papeles y los del muchacho, aunque con toda probabilidad jamás habían visto un pasaporte húngaro.

—Lo que me temía —siseó el de la ventanilla tras pasar las páginas sin tener cuidado de no rasgar el papel, y les hizo un gesto a los otros dos para que se inclinasen a mirar—. ¿No os parece…?

—Sin lugar a dudas.

El primero cerró el pasaporte (no lo devolvió) y torció los labios en una mueca ilegible.

—Estás metido en un lío, chico —dijo en húngaro.

Las pupilas de Bálint se sacudieron y volcó los ojos, aún más enormes y febriles que antes, en Ádám. Separó los labios, incluso,

quizá preparándose ya para un último pretexto, una última explicación.

Los alemanes rieron. Tres carcajadas enormes, abismales.

—Se le parece tanto que da miedo, el muy capullo —comentó el del centro mientras su compañero le tendía los papeles a Ádám.

—Es la viva imagen de un sargento de nuestra compañía —explicó —. Poppa, lo llamábamos. Murió hará tres o cuatro semanas.

—Lo lamento.

—Es la naturaleza de la guerra. —Les hizo gestos a los otros dos para que se levantasen—. ¿Qué tal si atacamos el vagón restaurante? ¡Por Poppa! —Se volvió de nuevo hacia los húngaros—. ¿Os podemos invitar a algo?

Ádám negó con un movimiento seco de la mano.

—Es mejor que Bálint no beba mucho —dijo—. El alcohol lo altera sobremanera, a causa de sus secuelas.

—Ya —respondió el alemán con brusquedad.

—Es una auténtica pena el estado en el que acaban algunos —insistió uno de sus camaradas.

Ádám tuvo que darle la razón.

—La naturaleza de la guerra, desde luego.

No recibió respuesta. Hartos de la conversación que arrojaba luz sobre las derrotas recibidas, se alejaron. El vagón apenas contuvo un instante más el fantasma de sus risas y sus vapuleos, antes de sumirse de nuevo en el silencio.

Cayó al abrigo de la noche, envuelto por la niebla y el rocío. Trató de identificar el piar de los pájaros en aquella sinfonía de ruidos de la

naturaleza, pero fue incapaz. No habitaban aves en aquellos bosques de Eslovaquia, al menos, no habían ido a su encuentro.

El aterrizaje de Jonatán en la Europa continental fue acompañado de un dolor sordo que se catapultó del tobillo a la rodilla. Cayó sobre la hierba, aún húmeda y blanquecina de aguanieve. De manera instintiva, se llevó una mano a la cabeza; la otra, al miembro herido.

—*Ben Zona!*[20] —masculló mientras se deshacía del arnés.

A su lado yacía el paracaídas, cual sudario, y como pudo, de una patada con la pierna sana, lo escondió entre los arbustos.

Las hojas se movían. Primero las oyó, un crepitar bajo, y solo después las vio, cuando sus ojos se habituaron a aquella penumbra que lo sostenía. Acarició su revólver y lo bajó enseguida al reconocer la figura delgada, casi felina, de Bloomsbury que se le aproximaba.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Sus ojos, anaranjados en la negrura, evocaban los de los búhos. Incluso su voz, más aguda de lo que Jonatán recordaba, aludía a aquellos majestuosos animales.

—Sí —jadeó mientras tomaba la mano que su compañero le tendía.

Al incorporarse, sin embargo, aquella punzada regresó y se extendió hasta la cadera. Para evitar desplomarse, apoyó la espalda en el árbol bajo el que se parapetaban.

—¿Está rota?

Jonatán negó con un gesto.

—No, no creo. Putos británicos… ¿De dónde sacan los pilotos de la RAF? Darnos la orden de saltar cuando el avión estaba demasiado bajo…

En la perfección objetiva de las matemáticas, los ciento ochenta y tres metros se consideraban la cifra idónea. Concedía a un hombre el tiempo suficiente para abrir el paracaídas y evitaba someterlo a más de diez segundos de caída en picado. Si saltaran desde una distancia mayor, el viento arrastraría al paracaidista más allá de su objetivo; desde una demasiado corta se arriesgaban a un aterrizaje aparatoso y a las secuelas físicas que podía conllevar.

Jonatán, el segundo en saltar pero el más corpulento, había tenido la oportunidad de comprobar esa teoría en sus carnes.

Bloomsbury ya no lo miraba. Ante la ausencia de los contactos de la resistencia, había escondido su paracaídas con la misma celeridad que Jonatán y se estaba desabrochando el mono para alcanzar el mapa de escape. La ligereza de la seda con la que estaba confeccionado facilitaba el escondite, en su caso, como en muchos otros, entre la espalda y la ropa.

—El tiempo no ha estado de nuestro lado —rezongó con voz pastosa, al sujetar la linterna entre los dientes—. El viento nos ha empujado…, calculo que a uno o dos kilómetros de nuestra posición.

Jonatán, que lo cubría con su cuerpo, resopló.

—*Cagüen* la puta. ¿Y Dinah? ¿Dónde está?

Las pupilas de Bloomsbury temblaron.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No lo sé. Vi cómo el viento la empujaba hacia el norte…, es la que menos pesa de los tres. Entre eso y las cagadas de los británicos…

—Tenemos que encontrarla.

Por vez primera, Bloomsbury separó los ojos del mapa para volcarlos en Jonatán. Humedecidos y brillantes, refulgían con un fuego helado que recordaba a los santos y a los héroes míticos de los cuadros.

—Tenemos que encontrar a los enlaces —terció en un susurro apenas audible.

Jonatán se inclinó más hacia él.

—Es nuestra compañera.

—Sí, dotada de las mismas armas que nosotros, instruida por los mismos oficiales y asignada a la misma misión. —Se pasó la lengua por los labios. Con el puño agarraba la linterna, ya apagada, cual animal herido—. Estamos en territorio enemigo y el tiempo corre en nuestra contra. ¿Cuánto crees que tardará alguien en dar con los paracaídas? Debemos reunirnos con la resistencia, acompañarlos a lugar seguro y establecer las líneas de comunicación por radio con los británicos antes de que…

Jonatán dio un paso atrás, casi abofeteado por la brusquedad de su respuesta y la verdad que se escondía en ella.

—Es una de los nuestros. No me asusta arriesgar el pellejo por ella.

—No es tu pellejo lo que me angustia, sino la misión. Si nos capturan a los tres…, todos esos meses de espera no habrán servido de nada. —Apartó la mirada—. Fui el único de mi familia que pudo emigrar a Inglaterra. Dejé a todos los demás atrás. Tengo que creer…, tengo que creer que están aún con vida, en casa o en los campos del Este. Si me encuentro aquí es por ellos y por todos los que son como ellos. HaShem[21] no abandonará a Dinah.

—¿No abandonó HaShem a nuestras familias?

Bloomsbury tragó saliva.

—Ya no. Ahora estamos nosotros aquí.

Guardó el mapa en el bolsillo. No esperó réplica alguna, y, en efecto, no llegó. Ninguno de los dos pensó en las posibilidades, terribles, ni en las cápsulas de cianuro que llevaban escondidas por si los prendían y el miedo y el dolor resultaban más fuertes que la lealtad. No pensaron en nada, salvo en su misión y en el silencio… interrumpido por el crujido de una rama que se rompía. Se agacharon para ocultarse tras los troncos gruesos de dos árboles. Jonatán palpó su Enfield N.º 2 mientras Bloomsbury consultaba la brújula.

—¿Quién va? —bramó una voz, en eslovaco.

Los paracaidistas se agazaparon más entre los árboles. Un bosque podía ser una cárcel o un paredón o un cementerio.

Pasos. La luz de una linterna. La figura del hombre que la portaba los iluminó con ella.

—¿Quién va? —repitió.

Bloomsbury y Jonatán alzaron los brazos. ¿Estaría también HaShem entonces de su lado, o sería otra la espada que les asestase la estacada última?

—Amigos —balbuceó Bloomsbury en inglés, para no desvelar su coartada—. Somos amigos, *tovarish*.[22]

El joven que estaba ante ellos, fusil en mano, arqueó una ceja poblada. De rasgos simples, casi feos, y con una cabellera caoba que se le rizaba bajo la boina, no aparentaba tener más de dieciocho o diecinueve años.

—*Tovarish rusky?*[23]

—*Nie rusky, anglicky.*[24] Soldados británicos. Somos amigos.

El muchacho frunció el cejo. Entre gritos, sin bajar el arma con la que los apuntaba, arguyó que el idioma que les había oído hablar antes de hacer notar su presencia no era inglés.

—*Nie anglicky! Nie anglicky!*

Jonatán intercambió una mirada fugaz con su compañero.

—*Walesky*[25] —tanteó—. Somos de Swansea —dijo señalándose a sí mismo primero y después a Bloomsbury—. Swansea. *Walesky.*

IX

Richárd Friedl no era un hombre que acostumbrase a esperar. Cuando Ádám y el refugiado se sentaron a su lado en el banco de la iglesia, según lo acordado, apenas se movió para dirigirles un velado saludo. Con los ojos, hundidos y sesgados, fijos en el altar, se santiguó y aprovechó que los dedos le cubrían la boca para preguntar:

—¿Algún contratiempo?

—No estaríamos hablando de ser así —le susurró Ádám.

Richárd, un año menor que él y de rasgos toscos, casi nórdicos, que no desentonaban en ningún barrio de la capital, era la piedra angular de Hashomer Hatzair, la organización socialista y sionista a la que pertenecía. Oriundo de Kolozsvár, se había mudado a Bratislava en su infancia. Los años de estancia en el país vecino y su servicio en el Ejército Eslovaco le proporcionaban los contactos y los conocimientos esenciales para la supervivencia en la clandestinidad. Habían sido los del propio Hashomer Hatzair quienes, en su magnanimidad, habían pensado que sus habilidades resultarían más útiles en Hungría, motivo por el cual había regresado el año anterior.

—¿La frontera?

—Con más presencia alemana de la que me habría gustado…, pero no nos han dado problemas.

—Están bastante nerviosos —afirmó Richárd. Bálint Nagy, junto a ellos, mantenía el tipo como buenamente podía, cual monaguillo que vuelve a misa tras atracar la bandeja de la colecta—. Por lo que sé, la resistencia podría estar reorganizándose.

—Dios te oiga. Por aquí todo bien, espero.

Richárd lo miró de reojo.

—Sí, todo normal.

Balbuceó una última oración y luego se santiguó de nuevo. Ante la señal acordada, el refugiado lo imitó y se levantó de modo que ambos desaparecieron entre el incienso y el olor a cera de las velas.

Eslovaquia amanecía rosada como un pomelo abierto. Al abrigo de los montes Tatras, al que el enlace los había conducido durante la noche, la precariedad de su situación era evidente. Aunque su fidelidad se dirigía en primer lugar a los británicos, eran partisanos entre partisanos, y las leyes mudas de la camaradería en la Europa ocupada les exigía colaborar en las labores de sabotaje y guerrilla. El grupo al que pertenecían destacaba por su heterogeneidad. Excepto los desertores del Ejército Eslovaco y los prisioneros de guerra fugados, cuanto aquellos hombres y mujeres habían aprendido de tácticas de combate se lo debían a la montaña.

Quizá HaShem estaba con ellos. Tal vez fue su mano la que reblandeció el corazón del muchacho del bosque, que decidió creerlos. Tras aceptar que ellos provenían de Swansea, el partisano bajó el arma y se abalanzó sobre sus cuellos para besarlos mientras repetía *tovarish, tovarish* como una oración. Con la misma determinación, los condujo al campamento, montaña arriba, a través

de caminos tortuosos en los que la nieve no había llegado a descongelarse.

Después de lo que parecieron horas, en la cima de la pendiente los recibieron las llamas hogareñas de una fogata junto a la cual se congregaba un curioso grupo de personas. Algunos portaban uniformes eslovacos; otros, italianos y alemanes; los había con atuendos tradicionales, ya harapientos, y uno asustó a Jonatán por el simbolismo que su uniforme gris ocultaba: era, sin duda, indumentaria robada a un miembro de la Gestapo.

—*Anglicky tovarish* —los presentó el partisano y luego, con una risita, precisó—. *Walesky tovarish!*

Los camaradas se volvieron para observarlos. A pesar de sus diferencias en lo concerniente al vestido, resultaba evidente que pertenecían a la misma organización por la manera en que estaban sentados, con las piernas cruzadas y los fusiles entre ellas, apoyados en el hombro derecho. Después, cuando se adentraron en la cabaña, escondida por la vegetación, comprobaron que también los que dormían estaban aferrados a sus armas.

—*Smrť fašizmu!*[26] —exclamó Jonatán, como le habían instruido, consciente de que los partisanos lo escudriñaban sin tratar de ocultar su escepticismo.

—*Sloboda pre l'ud!*[27] —agregó Bloomsbury.

—*Sloboda pre l'ud!* —corearon los demás.

Les hicieron un hueco para que se sentasen frente al fuego. Estando ya entre amigos (no, algo más profundo: camaradas), Jonatán se desabrochó el mono para sacar de él su equipo. Enseguida ofreció cigarrillos, conocida moneda de cambio entre la resistencia, a sus nuevos compañeros de armas.

—El fusil primero, galés —repuso el que portaba el uniforme de la Gestapo—. Los cigarrillos levantan la moral, pero sin las armas no podemos combatir.

La espalda de Jonatán se crispó de manera instintiva e intercambió una mirada con Bloomsbury, quien preguntó con cuidado:

—¿Hablas inglés?

—¿No me oyes? Desde que era niño. Mis padres tienen…, tenían un cine en Bratislava. Aprendí viendo las películas de Hollywood. Uno de nuestros vecinos, que había pasado un par de años haciendo fortuna en América, me dejaba practicar con él.

Jonatán le sonrió y, con la misma dulzura, le depositó el arma en las manos.

—Mis tíos también tienen un cine…, allá en Swansea. Es un oficio bonito.

—Si no lo destruye la guerra.

Jonatán apartó la vista.

—Ya…, mira, camarada, nosotros éramos tres. Uno de los nuestros todavía no ha aparecido. Si podéis organizar una partida…

El hombre, que ya le pasaba el fusil a su vecino, le mostró las palmas de las manos.

—No os preocupéis por eso. En cuanto divisamos el avión, mandamos a varios hombres a rastrear los bosques. Encontraremos a su amigo.

—Amiga —lo corrigió Bloomsbury.

Una arruga se dibujó entre las cejas frondosas del partisano.

—¿Una mujer? Ignoraba que el Ejército Británico admitiese a mujeres en sus filas.

Jonatán se humedeció los labios.

—Para misiones como esta, sí. Es la mejor preparada de los tres. Nos conviene tenerla entre nosotros.

En la cabaña, calmada la emoción del recibimiento y el sentimiento de comunidad que proporciona el tabaco compartido, fue incapaz de conciliar el sueño. Las promesas de los partisanos, que tan esperanzadoras se le habían antojado en torno al fuego, se debilitaban con cada hora que pasaba. No podía dejar de pensar que los alemanes, dotados de los manuales extraídos a pilotos derribados, sabían que el Ejército Británico prohibía a las mujeres cruzar fronteras enemigas. Si la capturaban antes de que los guerrilleros la encontrasen, la colgarían por espía.

—HaShem la protegerá —repetía Bloomsbury, en voz cada vez más débil—. Como nos ha protegido a nosotros.

El amanecer en la montaña era temprano y, sí, sangraba rosa. Aquellos que no habían logrado pegar ojo, a pesar del cansancio que el miedo y la expectación traían consigo, se desperezaban con los ruidos que acabarían por convertirse en su padrenuestro: el crepitar de la fogata que se encendía para el temprano desayuno; el frufrú de los uniformes de los camaradas que se vestían; los pasos de los compañeros que habían hecho guardia durante la noche y se retiraban a la cabaña, y los de los que regresaban tras peinar el bosque.

A su llegada, olvidándose momentáneamente de la rodilla dolorida, Jonatán se levantó del catre y se acercó a ellos cojeando.

—¿Habéis encontrado a nuestra compañera? —inquirió mientras buscaba con la mirada al partisano del uniforme de la Gestapo para que lo tradujese.

Los muchachos, de su misma edad y constitución, ladearon la cabeza, movimiento que acompañaron del gesto vacilante con las manos.

—Mucho me temo que no, galés… —respondió uno de ellos—. ¡Nos ha encontrado ella a nosotros primero!

Jonatán trató, en vano, de que la expresión no delatase que los había comprendido antes de que su amigo pudiese repetirle lo mismo en inglés.

Bloomsbury, convocado por el reencuentro que aquella afirmación auguraba, saltó también del catre. Al salir, uno con más dificultad que el otro, el fresco despertar de los Tatras no les resultó tan molesto como el olor a sucedáneo de café y cigarrillos, el desayuno por antonomasia de la resistencia, que no logró seducirlos.

—¡Irene! —la llamó Jonatán, procurando que la emoción no lo empujase a utilizar su nombre de nacimiento o el que había adoptado en Palestina, sino el de su nueva identidad británica—. ¡Irene! —Se volvió hacia los partisanos—. ¿Dónde está? Habéis dicho que os había encontrado ella antes de que vosotros dieseis con su paradero.

El de la Gestapo irrumpió en una risotada grave, sonora, que reverberó por el campamento como una sinfonía burlona.

—No nos habéis dado tiempo a explicaros lo que ha pasado —aclaró—. Tenías razón en que es la mejor preparada: se os ha adelantado y ha caminado toda la noche para ponerse en contacto con la célula que se esconde en el pueblo. Llenad un poco el estómago y os llevaremos con ella. —Arqueó una ceja en dirección a Jonatán—. ¿Podrás?

El supuesto galés se sentó para aceptar el tabaco que el partisano le ofrecía, proveniente, como había previsto, de la cajetilla que él mismo había repartido el día anterior.

—¿No pude subir la pendiente hasta llegar al campamento? Ten más fe en mí.

Sus conceptos de lo que era un pueblo diferían. El lugar al que los condujeron, al pie de la ladera, era una pequeña localidad decadente y olvidada, que por su tamaño y número de habitantes solo podía calificarse de aldea o caserío. Un grupo de partisanos vigilaba un edificio bajo, también destartalado, que hacía las veces de almacén y de cuartel general.

Una de las milicianas, de cabello pajizo y rasgos redondeados que delataban su juventud, los acompañó al interior. Jonatán reparó en Dinah de inmediato. Repantigada contra la pared del fondo, subfusil en mano, con la misma pose desairada en la que la había visto tantas veces durante la instrucción, sonrió ampliamente al reconocerlos y los llamó por sus nombres ingleses.

—¡Siempre un paso por delante! —exclamó Jonatán entre carcajadas, y la estrechó contra su pecho.

—Vosotros, que vais siempre un paso por detrás. —Señaló con la cabeza la venda de la rodilla—. ¿Y eso? ¿Qué te ha pasado ahí?

—El chófer de la RAF que nos asignaron, eso es lo que me ha pasado.

El reencuentro fue breve. Con la sequedad y casi brusquedad con que se comunicaban en la montaña, Gestapo tradujo las indicaciones de sus anfitriones. Los llevarían a la taberna local; allí, entre el vino

y la copiosa comida, tendrían ocasión de familiarizarse con el grupo al que ya pertenecían. Solo entonces, en cuanto hubiesen recuperado fuerzas y estrechado lazos fraternos, les encontrarían alojamiento en el pueblo.

Caía una tarde febril y naranja, tan típica de los últimos días de invierno, cuando se retiraron al fin al alojamiento prometido: la casa desvencijada y polvorienta de un tendero con un interés particular en los caballos, a juzgar por los cuadros que adornaban las paredes de las escaleras. La primera planta, habilitada para ellos, era en realidad un negocio cerrado. Sin dependiente ni mercancía, la estancia, de aire espartano, no ofrecía más lujos que unas literas, dos sillas de cuyos respaldos colgaban toallas limpias y una jarra con agua caliente.

Sus anfitriones, un matrimonio sin hijos, ambos más cerca de los sesenta que de los cincuenta, los recibieron con el saludo habitual.

—*Smrť fašizmu.*

—*Sloboda pre ľud!* —respondieron ellos.

Los tres paracaidistas se presentaron con sus nombres ingleses, necesarios tanto para mantener las identidades que les había proporcionado el Ejército Británico como para ocultar su judaísmo. A sus supuestas nacionalidades, el matrimonio respondió con la extrañeza de quien intenta en vano descifrar la naturaleza de quienes están ante sí. Resultaba evidente que nunca habían tratado con extranjeros de tierras tan lejanas, cuyos idiomas desconocían.

Debido a la imposibilidad de comunicarse en eslovaco, pues ello habría tirado por la borda su coartada, probaron suerte y la encontraron en la lengua de sus enemigos, el alemán.

—Sentíos como en casa, por favor —indicó el tendero—. Y si la señorita prefiriese que le preparásemos una habitación en el piso superior…

—No se preocupe, que a estos dos bellacos los conozco bien.

El cielo ya era de un azul cobalto cuando se acostaron. Incapaces de rendirse al sueño a pesar del cansancio, tuvieron ocasión de valorar el momento de sus vidas en el que se encontraban.

Jonatán y Dinah compartían catre no por atisbo alguno de sensualidad, ingrediente necesario y constante de la existencia clandestina, sino por dos motivos mucho más primitivos: la búsqueda del calor de otro cuerpo humano y la posibilidad de mantener una conversación sin que llegara a oídos indiscretos. Eran desposeídos en una tierra de desposeídos. Aunque sabían de algunos judíos infiltrados en la resistencia, su estirpe podía suponer un problema incluso allí, entre camaradas con un objetivo común.

—Tenemos que llegar a Hungría —susurró Jonatán debajo de la manta que los cubría—. Dar con un enlace que nos ayude a cruzar la frontera…

Ella sacudió la cabeza.

—Nos arriesgaríamos a ser traicionados y la misión resultaría un fracaso. Los alemanes están nerviosos, ya has oído a los partisanos, están desplegando más tropas en lugares vulnerables del país. Hungría pende de un hilo.

—Por eso mismo debemos cruzar antes de que sea demasiado tarde. Tú también tienes familia allí. Si…

—Si nos capturan, ellos también pagarán. Es un precio demasiado alto. —Inspiró—. Debemos ponernos en contacto con la comunidad judía de aquí más pronto que tarde. ¿Has mirado el mapa? Liptovský

Svätý Mikuláš no queda tan lejos; a pie, será cosa de una noche de travesía. Tienen… o tenían una comunidad judía lo suficientemente importante. Hemos de empezar por ahí e infiltrarnos en su resistencia.

X

Budapest, domingo 19 de marzo de 1944

Una hermosa mañana de primavera. Clarísima, brillante, de las que solo se dan, como por intervención divina, tras el más crudo de los inviernos. Cuando las tropas alemanas entraron en Budapest, Ángel Sanz Briz disfrutaba de su taza de *espresso* y del periódico del día en una de las terrazas soleadas del lado Buda de la ciudad. Él, que debido a su trabajo trasnochaba más de lo que hubiera deseado y no acostumbraba a llegar a la legación hasta cerca de las once, se había dejado seducir por la delicia de aquel cielo tan azul y de los primeros vientos cálidos del año.

Raro en él, había ocupado la mesa temprano, lo suficiente para permitirse tomar algo y, aun así, cumplir con la obligatoria hora de ayuno antes de recibir la sagrada forma en la misa de doce.

Qué traición tan grande, mancillar la belleza de aquel domingo de marzo con el bramido de los tanques y el rugido de los motores.

Las multitudes que se habían congregado en las cafeterías y las terrazas, tan atraídas por aquella primavera gloriosa como el diplomático, se asomaron en masa a las ventanas y llenaron los bordillos de las aceras para observar la procesión galante que se desplegaba ante sus ojos. Por un instante, incluso Ángel, que debido

a su puesto había sido de los pocos en ver acercarse el lobo, se contagió de la sorpresa imperante. ¿Quién podía aniquilar de una sola estacada tanta paz, tanta felicidad? La de Budapest sería, sin duda, la ejecución de los inocentes.

Ángel no percibió miedo en sus compañeros de terraza, sin embargo; tan solo el pasmo y la incomprensión de una nación soberana derrotada. Las tropas, que marchaban ceremoniosas por la capital magiar, estaban formadas por hombres jóvenes, atractivos, atléticos y bien educados, poseedores del tipo de intelectualidad que empapa también el cuerpo: la flor y la nata del Reich de los Mil Años. De no haber sido por los uniformes que portaban, a Ángel casi le habrían parecido invitados a cualquiera de las reuniones de diplomáticos o, incluso, a las cenas de gala que ocupaban tantas de sus noches. Eran tan similares a él, y a los hombres como él, que casi olvidó el rechazo que sus ideas le inspiraban.

Al depositar distraídamente los pengős sobre la mesa para pagar la consumición, los recuerdos de la década anterior lo atravesaron como una daga. En el agosto de sus veintidós años había realizado un viaje de estudios por Europa Central junto con sus compañeros, los que serían la primera promoción diplomática de la República. Si se esforzaba, todavía podía evocar los olores y los sonidos exactos de la Alemania de 1932, que más adelante había descrito como «erizada de notas hirientes y contradictorias».

Potsdam, hija del imperialismo prusiano, había sido una fiesta para muchos, pero no para él. ¡Y Berlín! En la joya de la corona del Reich tuvieron la ocasión de ver una revista marcial en el Teatro de la Radio. Flanqueado por la imponente arquitectura de aquel edificio icónico, que casi se alzaba como una catedral secular, sentado en su

butaca de terciopelo rojo, no fue capaz de caer rendido al hechizo del espectáculo. Para él, aquella no había sido más que una demostración absurda y nostálgica de poder, un ejercicio inútil de recuerdo de un pasado de grandeza.

Ante la recreación de las tripulaciones heroicas de los submarinos de la Gran Guerra, el público germano se exaltó, pero el entonces futuro diplomático no logró compartir sus clamorosas ovaciones. Le daba la impresión de que ellos también, desde la tribuna, formaban parte de un espectáculo grotesco cuyo clímax llegó con el saludo romano a las milicias hitlerianas que tomaban el escenario. Como apoteosis, la totalidad del teatro (artistas, músicos, público, todos) entonó el himno, aquel cántico que hablaba de revancha, expansión imperial y cesárea hegemonía sobre el mundo.

Entonces, desde el fondo de su asiento, cuatro años antes de que estallase la guerra civil en España, Sanz Briz le vio las negras fauces al conflicto armado. Le resultaba imposible reconocer, en los hombres y mujeres que lo rodeaban, a la pacífica burguesía germana de la que tanto había leído en las novelas de su juventud. Una sombría profecía lo fulminó con los acentos bárbaros de aquellos *Heil Hitler* que reverberaban en el teatro. Ni siquiera más tarde, cuando esa misma Alemania auxilió al Ejército Nacional al que él apoyaba, se despojó del sentimiento de sospecha que el nazismo le inspiraba.

La procesión ominosa que se adueñaba de las calles de Budapest habría podido ser la imagen en negativo de aquella revista marcial cuya memoria todavía lo obsesionaba.

No se demoró más. Si se apuraba, quizá tendría ocasión de cruzar el puente y llegar a la legación, aquel domingo robado al Señor.

Cuando los alemanes tomaron Budapest, Miguel Ángel de Muguiro se preparaba para ir a misa. Un domingo como otro cualquiera, bañado por una luz prodigiosa que parecía llevar consigo la despreocupación de las estaciones más cálidas. Él, veterano, que en otras plazas muy malas había tenido ya el infortunio de torear, no demoró un instante en acercarse a la legación, abriéndose paso entre el caos de vecinos y curiosos que se detenían para observar de cerca la procesión triunfal.

Más que ninguna otra cosa, le sorprendió la crueldad de la capital. Esta no residía en la fuerza bruta, puesto que las escenas que sucedían ante él transcurrían con la más absoluta calma, sino en la indiferencia. Lejos de horrorizarse, los viandantes estudiaban la situación con la pasividad con la que alguien se maravilla de los fenómenos de la naturaleza, reacios o incapaces de admitir la gravedad del golpe encajado.

El edificio de la calle Eötvös lo recibió con los timbres estridentes de los teléfonos que sonaban con una única interrupción: el momento en el que la canciller Elisabeth Tournée descolgaba el auricular para tomar recado, una tarea interminable, puesto que, en cuanto colgaba, el aparato volvía a sonar. Tanto ella como el abogado Zoltán Farkas habían tenido la misma idea que él. Debido a su situación racial, en sus expresiones y hasta en sus movimientos se percibía el nerviosismo que De Muguiro había buscado sin éxito entre los aquincenses.

Los dedos de la mujer temblaban al teclear, un instante de duda que no se reflejaba en los documentos que escribía, dotados del

estilo analítico, casi clínico, del que siempre hacía gala.

Cuando Ángel Sanz Briz cruzó el umbral de la puerta, ya reinaba en la sala un silencio mucho más terrible que la sinfonía de timbrazos anterior, y De Muguiro estaba redactando un comunicado a Madrid en el que exponía cuanto había trascendido de la situación.

> Una serie de divisiones motorizadas alemanas, que han salido de Viena a las tres de la madrugada, han ocupado Budapest a las siete. Las tropas alemanas han efectuado numerosas detenciones, entre ellas las del ministro del Interior, algunos políticos, judíos y subversivos. La legación del Reino de Italia ha sido, asimismo, ocupada y sus empleados detenidos. La ciudad mantiene la calma, aunque las líneas telefónicas se han interrumpido. Mucho me temo que este mensaje pueda demorarse.

Todavía no había terminado el borrador cuando Sanz Briz, ceroso y jadeante, ignoró por una vez el trato profesional entre subordinado y superior, y entró en el despacho sin pedir permiso. La bufanda desatada y el abrigo abierto destacaban en aquel hombre tan admirado en los círculos sociales por su elegancia, porte y estilo.

—Se rumorea que han tomado prisionero al regente —soltó, a modo de saludo.

De Muguiro apenas levantó la vista de la mesa.

—Me temo que los rumores son ciertos. Según me han comunicado antes de que se cortasen las líneas, muchos amigos nuestros han sido detenidos —dijo.

Sanz Briz contuvo la respiración. La mano con la que sostenía la bufanda, que iba a colgar en el respaldo de la silla, quedó suspendida en el aire como un miembro enfermo. Cada uno de sus movimientos era lento, la antesala de un desasosiego que por dignidad se negaba a exteriorizar.

—¿Sabe por qué motivo?

—Anglofilia, por lo que sé. Se están llevando a los opositores políticos, inclusive los conservadores, y a los aristócratas de los que se sospechan sentimientos antigermanos, para interrogarlos. También a algunos judíos importantes: periodistas, médicos, poseedores de las grandes fortunas…

Ángel se secó el sudor de la frente.

—Es una debacle —masculló—. Quizá debiera…, si me lo permite, quizá debiera hacer un par de visitas, asegurarme de que ninguno de nuestros conocidos precisa nuestra ayuda.

«O nuestra protección». Esa apreciación, que no se convirtió en sonido, flotó entre ambos, tan visible y afilada como una espada. Porque España podía ser un país neutral, pero su lealtad al Reich no se cuestionaba. Aunque se habían retirado las tropas de la División Azul, el gobierno seguía proveyendo a los alemanes el valioso wolframio, la Abwehr[28] operaba en Madrid como en Berlín y a los submarinos germanos se les proporcionaba el mantenimiento que requerían en el puerto de Ferrol. Sin ápice de duda, no existía en Budapest una embajada neutral tan segura como la suya.

Y Ángel había permanecido en su puesto tras el estallido de la Guerra Civil. Confiando en los consejos de quienes conocían sus ideales políticos, aceptó que lo destinaran a Gran Bretaña, donde desarrolló su gran farsa. Hasta marzo de 1937, sin romper jamás las apariencias de diplomático fiel a la República, había colaborado clandestinamente con el gobierno de Burgos. En los primeros días del Alzamiento, cuando aún estaba en Madrid, se había arriesgado al facilitar la salida de varias personalidades afines a la causa sublevada.

Sabía jugar a ambos lados del tablero. Con su mujer y su hija lejos de Budapest y a salvo, no tenía miedo.

XI

Las noticias de la ocupación alemana de Hungría llegaron a la radio por la vía habitual: el silencio. Más que silencio, los espacios vacíos entre unas palabras que diferían de las usuales. Un lenguaje nuevo, mucho más espinoso que el cotidiano, se escondía en aquellas cadencias entre sonido y sonido, y en las inspiraciones que se confundían con el ruido estático del aparato. Eso lo había aprendido Jonatán por la fuerza de la costumbre.

La tarde del domingo 19 de marzo, Radio Budapest no emitió ningún comunicado sobre la situación que atravesaba el país. A la noche ya transmitía noticias de origen alemán, en agudo contraste con aquellas cuya fuente era la radio británica, a las que los oyentes estaban acostumbrados. El lunes, Ferenc Schaub, nuevo dueño y señor de la radio húngara, dictó por vez primera el noticiario; su tono, de acentuado antisemitismo, no pasó desapercibido.

Ese mismo día, el Comité Judío de Liptovský Svätý Mikuláš recibió, por medio de Radio Ankara y del corresponsal en Bucarest de la Agence Anatolique, la confirmación de la primicia que llevaba horas esperando y semanas temiendo. Como una hemorragia, el informe sobre Hungría se extendió por toda Europa: las líneas de teléfono y telegrama con el país magiar habían sido cortadas.

La presencia de los dos paracaidistas en la ciudad formaba parte del complicado tapiz que Bloomsbury había tejido. Tras escuchar el apasionado plan de Dinah, sus habituales reservas hacia cualquier desviación de las órdenes británicas quedaron mudas bajo una presión mucho más acentuada. Él, soldado antes incluso de emigrar al Mandato, era tan judío como ellos y también había dejado familia en Europa. En Bari se había reído con los demás ante los comentarios que aseguraban que la misión del DOE no era más que su «viaje de ida» al viejo continente, de cuyas garras salvarían a su pueblo.

Bloomsbury, oriundo de Eslovaquia y con una instrucción más exhaustiva que le impediría desvelar su coartada, permanecería junto a los partisanos entre las montañas y el valle Demänovská. Su cometido para con los británicos, además de servir como enlace militar, sería rastrear la red de ferrocarril Košice-Bohumín, yugular del transporte alemán, para identificar puntos en los que ejecutar operaciones de saboteo. Dinah y Jonatán, cuyo aspecto resultaba menos sospechoso que el suyo, se infiltrarían en la comunidad judía de Liptovský Svätý Mikuláš, desde donde establecerían comunicaciones con los británicos.

La de los tres sería una tensa existencia doble, dos ficciones que se entrelazaban y que resultaban peligrosas, ya que podrían darles caza con facilidad. Si en el consejo Dinah y Jonatán podían emplear el eslovaco y dar detalles sobre sus objetivos para el Yishuv, ante los partisanos debían mantener sus identidades galesas o arriesgarse a ser acusados de espionaje por sus propios camaradas.

Bloomsbury, de fría disciplina, sería la cara de la operación frente a los partisanos, el encargado de explicar la presencia de Dinah y

Jonatán en el pueblo como algo esencial para la inteligencia británica. Los eslovacos, que dependían de la radio para conseguir suministros aliados, no harían más preguntas.

Jonatán alzó una mano. Quiso apagar el aparato, puesto que ya no toleraba la sentencia que proclamaba, pero se había quedado en un mero deseo. Su cuerpo pesaba, era más bien hierro y hueso que carne blanda. Se sentía tan amoratado que apenas consiguió aprovechar ese movimiento para taparse los ojos, ya húmedos.

—¿Qué he hecho? —jadeó, y notó la mano cálida de Dinah en el cuello—. Debería haber sabido que…

—¿En 1941? —repuso ella.

Si Jonatán la oyó, fingió muy bien que no lo había hecho.

—No debería haber dejado a mi familia atrás. ¿Qué clase de persona deja a su familia atrás?

—Alguien que quiere sobrevivir —repuso el secretario del comité.

De nariz romana y mirada ambarina, casi hosca, tras unas gafas estilo Quevedo, pertenecía, como muchos jóvenes, a uno de tantos movimientos sionistas: el Hashomer Hatzair, que, debido a su corte ideológico (el socialismo), ya había pasado a la clandestinidad. A pesar de sus ideas políticas, no había recibido a los paracaidistas del Mandato con los brazos abiertos. Su confianza, al escuchar la historia que ellos le contaron a su llegada a las oficinas del comité semanas atrás, despojados del peligro de revelar su verdadera identidad, fue relativa.

—¿Y para qué habéis venido? —les reprochó, embriagado por el alcohol, días después, una vez que los recién llegados se hubieron infiltrado en el grupo—. ¿Os pensáis que esto es un juego de niños? ¿Qué queréis, ser héroes? Ya sé con qué me vais a venir: que

queréis ayudar, que representáis al Yishuv de Eretz Israel. Vais a hablarme de conciencia, de solidaridad. ¡Y una mierda! ¡Paparruchas! ¿Quién os necesita? ¿Quién os ha llamado?

En ese momento observaba con suavidad, casi con ternura, a Jonatán y a Dinah, ambos doctos en la lengua eslovaca, aunque con familia al otro lado de la frontera. Sin decir nada, puesto que no había palabras capaces de sostener la congoja, se sacó la cajetilla de tabaco del bolsillo y les ofreció un cigarrillo a cada uno. Un gesto sencillo, rebosante de cotidiana humanidad.

Jonatán crispó la espalda. Reconoció el olor enseguida, sin necesidad de darse la vuelta y estudiar los motivos granates y beis de la ilustración de la caja. ¿Cuántas veces había consumido aquella misma marca, siempre en compañía, en el Arizona y en la cafetería Pilvax y en la habitación del internado y en el puente de la isla Margarita?

—¿De dónde has sacado este tabaco?

El secretario Mirosław, que también se encendía uno, se encogió de hombros.

—Un enlace se lo dejó en uno de los pisos de la organización hace un par de semanas. —Agitó la cerilla para que se apagase—. Saben a rayos, pero son los únicos que me quedan. Lo lamento.

—No lo lamentes —le pidió Jonatán, sin saber con exactitud a qué le respondía. Sostenía entre dos dedos el pitillo prendido, que estudiaba con detenimiento y cariño—. En casa…, en casa mi mejor amigo también fumaba estos. Con los años, los acabé apreciando.

Lo dijo por aproximarse a la verdad, por no verbalizar que cada calada era un ejercicio doloroso e inútil de nostalgia. El humo se rizaba en su interior e iba hacia atrás, como si viviese una vida al

revés, del presente al pasado en lugar de al futuro. El último pitillo en la estación de tren, que llevaba consigo el olor exacto del perfume de Ádám. La noche estrellada sobre el balcón del Palacio Andrássy. Las luces de Budapest y el cricrí de los grillos en la villa. Las mañanas de domingo en el parque Városliget y el polvillo que flotaba, dorado, en la biblioteca Ervin Szabó. El primer cigarrillo de todos, encendido con desgana en el dormitorio del internado que compartían, y acompañado de la aseveración: «Dicen que estos son populares con las chicas». Y él, que leía sentado en la repisa de la ventana, no se entretuvo en ocultar la risotada. «La verdad, Ádám, si alguna vez hago algo pensando en la opinión de las mujeres, te doy mi consentimiento para que me tires al Danubio».

Era el otoño de sus diecisiete años y de los dieciséis de Ádám. Nacidos en el mismo año, y por tanto pertenecientes al mismo curso escolar, los separaban once meses. Un alumbramiento un par de semanas antes o después y su amistad, más férrea que los lazos fraternales, quizá no habría sido como era. El idioma húngaro, en todo caso, distinguía entre el amor platónico, el *szeretet,* y el pasional, el *szerelem*. Para describir cuanto lo unía con Ádám, sin embargo, Jonatán habría precisado una acepción completamente nueva, más profunda aún que la *philia* del griego antiguo.

—Nunca perdonaré a los británicos que no hayan aprobado mi misión —le susurró a Dinah, en hebreo—. Y nunca me perdonaré a mí mismo no haber intentado cruzar la frontera cuando tenía la oportunidad.

Su camarada, que fumaba con los ojos fijos en la radio, torció la boca.

—Habrías desperdiciado tu vida sin motivo.

—Debí conseguir el visado para mi hermano Sándor, y no para mí —insistió—. Debí aceptar mi destino. Si Dios me lo tenía reservado, quizá me pertenecía, pese a todo.

Dinah extendió la mano. Por un instante, dio la impresión de que se disponía a acariciarlo, a reconfortarlo con el tacto de otra piel humana, pero en última instancia se limitó a bajar el volumen del aparato.

—Quizá el destino que te ha reservado HaShem sea este —musitó, sin mirarlo—. Que te conviertas en uno de los hilos del tapiz que libere a nuestro pueblo.

También ella podía comunicarse en silencios. Con cada respiración, con los gestos con los que se sacaba el pitillo de los labios para depositarlo sobre el cenicero, le recordaba que ambos llevaban el mismo tiempo en la Eslovaquia nazi. Conocían la resistencia a la perfección y sus planes no les eran ajenos. Sabían que se estaban organizando, que cada día que pasaba y seguían vivos los acercaba más a la estocada que darían a sus opresores.

Los conocimientos que Jonatán había aprendido en la Haganá (tácticas de guerrilla, infiltración y vigilancia) resultarían cruciales. Pensó en la raíz latina del término «resistencia»: al prefijo intensivo *re* se le añade el verbo *sistere*, la forma altamente irregular de *stare*, mantenerse firme. Resistir, por lo tanto, significa mantenerse firme, con ahínco, en una postura o principio. No desistir, aunque la carne, mucho más débil que el intelecto, lo pida.

En Csepel, la reunión espontánea se camufló de simple conversación entre el joven gerente y uno de los nuevos obreros especializados.

En la hora más desesperada del país, ante cambios que ponían en primera línea la naturaleza misma de la empresa, ¿qué sospecha podía caer sobre una llamada como aquella? Pese a todo, Ádám no cambió de tema hasta el momento exacto en el que dejó de escuchar el ruido rítmico de los tacones de la secretaria al alejarse. Un instante más, brevísimo, de un silencio atravesado por la mirada terrosa de Sándor Rozenfeld.

Encendió la radio. Sin noticias. Las ondas transmitían, de manera ininterrumpida, los conciertos de música clásica habituales. Por costumbre y por prudencia, haciendo caso omiso de las jaquecas que no lo abandonaban, subió el volumen. Una mordaza de sinfonías, de sonidos, que ahogó la urgencia de sus preguntas.

—¿Cómo están las cosas en el barrio?

Las referencias veladas como una capa más de protección, por si hasta a las paredes y a las ventanas cerradas les nacían ojos para observar y oídos para escuchar. Sándor, repantigado frente a él, cambió el peso de una pierna a la otra.

—Normales…, tensas…, ya te puedes imaginar. Los hay que ni con estas pierden la esperanza. —Se inclinó hacia Ádám, de modo que pudo bajar la voz—. Según los rumores, los alemanes están organizando un Consejo Judío. Al parecer, quieren tenernos calmados y que pensemos que, si obedecemos las órdenes que nos den, no correremos peligro. —Expulsó aire por la boca—. No necesitan un consejo para eso. Ya muchos se están obligando a pensar así para mantener la cordura.

Ádám asintió. Con la mano izquierda, la más hábil, tomaba dos cigarrillos, mientras que la derecha seguía trasteando con la radio

para que la orquesta, que le hacía lagrimear de dolor, enterrase por completo sus palabras.

—¿Sabes algo de Richárd Friedl?

—Está bien. Por lo que parece, se ha pasado todo el día destruyendo documentos que puedan comprometernos y buscando escondites para los líderes y los *jalutzim* que más se han significado.

—¿Tú…? —tanteó Ádám, que lo señaló con el pitillo antes de tendérselo.

Sándor aceptó, mas no lo encendió de inmediato. Lo sostuvo entre dos dedos, como si se tratase de un objeto frágil y valioso.

—Estoy a salvo. Solo soy un enlace. Nadie sospecha de mí —precisó mientras lo observaba.

—No te confíes. Nuestro piso de la plaza Batthyány está vacío. Puedes utilizarlo hasta que las cosas se calmen un poco, al menos.

Sándor sacudió la cabeza.

—Estoy bien, Ádám. ¿Y vosotros? Por lo que se cuenta, han hecho muchas detenciones, y a gente de tu clase.

—Ya ves que la noble cuna no lo es todo. —Desvió la vista hacia la ventana. La luz, que entraba a raudales, recordaba con su belleza la agonía del día anterior—. Estamos bien, a Dios gracias. Unos familiares, primos de mi madre, han tenido que esconderse, pero nada más. —Suspiró y, con el mismo ímpetu, se volvió de nuevo y dejó reposar el cigarrillo sobre el cenicero—. Mantenme informado de cualquier cosa que ocurra, por favor. Me imagino que la ocupación lo cambiará todo. Si necesitáis dinero, exenciones o cualquier otra cosa…, me tenéis a vuestra entera disposición.

Sin romper la camaradería del contacto visual, abrió el primer cajón del escritorio para extraer un juego de llaves que entregó en

mano a Sándor.

—El piso de la plaza Batthyány —le explicó—. Les he dicho a los míos que me gustaría adaptarlo a mis necesidades, ya que subir la colina hasta Istenhegyi con la pierna como la tengo no es exactamente la cumbre de la diversión, y tampoco me apetece utilizar el automóvil a diario estando la gasolina racionada. En otras palabras, nadie accederá al apartamento durante el transcurso de estas supuestas reformas, y los vecinos no sospecharán de que entren y salgan desconocidos con ropa de obrero.

XII

23 de marzo de 1944

Mi queridísima Adela:

La conmoción que ha tenido lugar aquí es incalculable. La Gestapo ha tomado como rehenes a más de quinientas personas, casi la mitad de ellas judíos enriquecidos, y la otra mitad, una mezcla de políticos y aristócratas. La legación de Italia ha sido ocupada, y sus directores, detenidos. He visitado a Gyula y a Éva por si acaso precisaban algo. Él permanecerá en el campo hasta que la situación se calme, mientras que Éva ha decidido, por el momento, quedarse en Budapest.

He de confesar que Éva me ha dado una impresión francamente desagradable. Cuando una mujer se vuelve histérica es incapaz de comportarse con elegancia y dignidad, incluso en las circunstancias más apremiantes. En mi opinión, la situación aquí guarda ciertas similitudes con lo que ocurrió en Madrid el 18 de julio, exceptuando, claro está, la barbaridad y la vulgaridad que tuvieron lugar en nuestro país.

El éxodo al campo de todos los que tienen villas o propiedades ha comenzado, sobre todo el de quienes son más visibles para las autoridades. Abandonar la capital, sin embargo, no resulta tan sencillo, puesto que tanto los trenes como las carreteras se hallan bajo un control estricto. Las comunicaciones telefónicas internacionales se han interrumpido y no sabemos si los telegramas oficiales que hemos estado enviando estos días habrán llegado a sus destinatarios. Te mandé uno el otro día que decía, y cito: «Carta con fotos recibida. Todavía sigo muy bien. A la luz de las circunstancias, creo que debieras posponer tu viaje. Te quiero».

Como decía, la gente está horrorizada por lo que se les ha caído encima. Has de recordar que aquí viven un millón de judíos húngaros, 180.000 refugiados polacos, judíos extranjeros, franceses, italianos, etcétera. Bien sabes, también, que la mayoría, y en especial las clases altas, profesan sentimientos antigermanos. Te será fácil comprender que su situación no es halagüeña, y sus perspectivas de futuro, oscuras e inciertas. Por otro lado, las noticias que nos llegan desde el frente ruso tampoco son muy alentadoras.

Algunas patrullas bolcheviques se han adentrado ya en Rumanía. Tras la caída de Vinitza, el Ejército Rojo se halla a apenas cincuenta kilómetros de la frontera con Hungría. En todo caso, los asesores militares estiman que, incluso en las peores circunstancias, quedan aún meses para que los rusos supongan una amenaza para este país, puesto que consideran que su objetivo principal son los campos de petróleo de Ploesti. Solo el tiempo lo dirá.

Yo me encuentro muy bien y me las apaño perfectamente con las reservas de comida que me quedan y a las que quizá deba recurrir en el futuro, aunque insisto en que, hoy en día, todo está en orden. Me gustaron mucho las fotografías de nuestra hija, en especial las dos en las que se le ve la carita con tanta claridad. Lamento que continúes indispuesta, espero de veras que se trate de una dolencia temporal.

Siempre tuyo,

ÁNGEL

Se asomó a la ventana al terminar de leer la misiva. En los años que llevaba en Budapest, los cambios efectuados en Villa Széchenyi eran mínimos: las fotografías de Adela y de él en las colinas Gellért, los retratos oficiales, las instantáneas en las que Adelita crecía, del bebé de cuna bautizado por el nuncio de Roma a la niñita alegre que le sonreía desde Madrid. Los trofeos de caza del aristócrata, que habían intrigado y asustado a la pequeña a partes iguales, todavía decoraban, en ostentoso barroquismo, cada rincón del domicilio. Sin la presencia dulce y alentadora de Adela, pensó Sanz Briz, la casa se tornaba salvaje.

Al otro lado, en la carretera que separaba ambas viviendas, reconoció la figura esbelta de Erika Farkas de Batthyány. Si el llanto de Éva Dessewffy lo había perturbado, de su vecina, que alzaba la mano para saludarlo antes de subirse al automóvil, admiraba el temple orgulloso. Le devolvió el gesto antes de encenderse un cigarrillo y regresar al escritorio. Si apuraba, quizá aún tendría tiempo para tomar una taza de café más y realizar una última lectura de la carta antes de meterla en su sobre y dirigirse a la legación.

Con la ocupación, la embajada se sumió en un ajetreo nervioso, casi maniaco, que alteró el ritmo de vida habitual. Atrás quedaban las semanas en las que los diplomáticos desayunaban en casa con calma, y no hacían acto de presencia en la calle Eötvös antes de las once de la mañana. Cada día, decenas de personas atemorizadas se agolpaban a los muros del edificio en busca de respuestas, esperanza o una mano amiga. De sus bocas les llegaban las noticias de la gente de a pie, que en los despachos oficiales solo podían leerse entre líneas. Cada cambio en el día a día de la ciudad pasaba también por el filtro de la canciller madame Tournée y del abogado Zoltán Farkas. Ella, la francesa que no había abandonado la fe; él, el húngaro acomodado que había renunciado a ella por amor, pero qué importaba. Bajo la ley, ambos eran una misma cosa: judíos, israelitas, indeseables.

El cambio de gobierno se había anunciado con la levedad de una noticia sin relevancia alguna, como un mero trámite carente de importancia: «Para auxiliar a Hungría en la guerra contra un enemigo común y, en particular, para combatir el bolchevismo,

tropas alemanas han cruzado la frontera previo mutuo acuerdo. Los dos gobiernos aliados han acordado que las medidas tomadas resultarán en la contribución de todos los recursos húngaros necesarios para la victoria de la causa que nos hermana».

Los periódicos hablaban de camaradería, de una amistad eterna de la que los veteranos del Don se reían a mandíbula batiente. Era mejor eso, que el hipido de los llantos se transformase en carcajada. Lo que Zoltán Farkas y madame Tournée compartían era una verdad paralela, mucho más oscura, que asfixiaba.

Siguiendo el modelo impuesto por el Reich y otros países ocupados, se había establecido un Consejo Judío en Budapest. El teniente coronel de las SS Adolf Eichmann, que había llegado el mismo día de la ocupación, le encomendó su primera tarea: preparar un informe sobre la estructura, organización, propiedades y asociaciones de la comunidad judía de la capital.

—Según dicen, la Gestapo será la única encargada de los asuntos judíos —explicó el abogado Farkas, entre tazas de café agriado a causa de los nervios—. No tendremos nada que temer mientras cumplamos las órdenes. Y, aunque habrá ciertas restricciones, se respetarán tanto la propiedad privada como las vidas humanas y no habrá deportaciones… —Al escucharse a sí mismo, movió la cabeza con mucha pena—. Con los rumores que se oyen…, ¿quién podría creerlo?

Madame Tournée, cuya voz aflautada rara vez se alzaba por motivos que no fuesen estrictamente profesionales, golpeó la taza con su sortija de oro.

—Demasiados. Nadie quiere pensar que lo que pasa en el resto de Europa podría ser también nuestro futuro. Dicen que es un bulo, que

no hay que perder la esperanza —repuso.

—¡La esperanza! —boqueó Zoltán.

Por el color, que le volvía a la tez olivácea, daba la impresión de que se preparaba para una perorata que, sin embargo, no tuvo lugar. De Muguiro depositó su taza sobre el platito.

—Ustedes, por el momento, no deben perderla. Haré cuanto esté en mi mano para garantizarles la protección de España…, en esto, madame, incluyo también a su hijo Gaston. No dejen de mantenerme informado de los rumores que lleguen a sus oídos, por favor, para que yo pueda incluirlos en mi correspondencia con Madrid —sentenció, como punto y aparte.

XIII

Las primeras bombas cayeron sobre Budapest el lunes 3 de abril, a plena luz del día. La jornada anterior, los católicos celebraban la entrada triunfal del Nazareno en Jerusalén, con palmas le daban la bienvenida, sobre la tierra tendían sus mantos para que ni el asno al que iba montado se ensuciase las patas. No habían pasado siquiera veinticuatro horas cuando el cielo se abría en una hemorragia negra de pólvora. Una mañana de primavera.

Comenzó pasadas las diez y media, y duró casi dos horas que les parecieron veinte a quienes las sufrieron. El objetivo militar, estratégico, era la estación de tren del barrio de Ferencváros. Más adelante, con la intensificación de los ataques (los estadounidenses, a las diez de la mañana; los británicos, a las nueve de la noche), los vecinos bromearon diciendo que los aliados tendrían el detalle de no atacar fuera de horario, pero que, en cuestiones de puntería, su éxito era relativo. Las bombas, ambiciosas, alcanzaron el hospital para enfermos infecciosos de Szent László, cuyas ruinas enterraron a más de doscientas personas, y varios complejos residenciales de la calle Soroksári. Novecientas treinta y tres almas no vivirían para celebrar el Domingo de Resurrección.

Al otro lado del río, en la fábrica de coque, ya no había patrones ni obreros. En la guerra, ni la muerte ni los bombardeos son grandes

igualadores; eran los barrios humildes, industriales, los que se alzaban como víctimas colaterales del ataque, mientras que solo el rugido de las sirenas perturbaba, de momento, la tranquilidad de los vecinos de Buda. Entre aquellas cuatro paredes, sin embargo, solo existía una cosa: la supervivencia.

En la ciudad, que se definía a sí misma por la separación del Danubio, la isla de Csepel, en la que se encontraban, suponía una rareza: era el único lugar que no pertenecía ni a Pest ni a Buda; de manera oficial, no figuraba en las fronteras administrativas de la capital. Centro neurálgico de la industria aquincense, era también el objetivo del azote aliado. Ellos, que aún no sabían nada de la puntería estadounidense, temblaban y se azoraban a causa del miedo, que había llegado sin pedir permiso. Como una máquina bien engrasada, descendieron al sótano, adaptado como refugio antiaéreo a toda prisa. Se amontonaron unos junto a otros, mezclados, los trabajadores y los señoritos, los cristianos y los judíos, los sindicalistas y los que no conocían otro poder que el pan de cada día y el hambre cuando este faltaba.

En los edificios particulares, los vecinos cristianos tenían preferencia de uso de los refugios antiaéreos. Ádám, responsable de organizar la evacuación, no pensó siquiera en detalles semejantes. Con el ruido agudo, que le levantaba un dolor de cabeza que casi le nublaba la vista, regresó mentalmente a la retirada del Don. El caos. La adrenalina, diosa y señora del tiempo, capaz de acelerarlo o ralentizarlo. La muerte, que casi deseaba hasta que esta le tiraba de las mangas del uniforme.

Solo cuando se vio abajo, a salvo junto a los demás, con las rodillas apretadas contra las sienes, percibió el sudor frío que le

pegaba la camisa a la piel, las sacudidas de las manos, que se le antojaban demasiado grandes, demasiado engorrosas, y el castañeteo de los dientes por un frío que no existía, en aquella marea de cuerpos humanos contra cuerpos humanos, pero que él llevaba dentro.

Lo peor de Rusia, les dijo a los adolescentes judíos que se congregaban a su alrededor, no eran el frío ni la nieve ni el hambre ni la sed, mucho más peligrosa. Tampoco los bolches, aquel enemigo mejor equipado que parecía no menguar jamás, pues Stalin podía sacrificar a un millón de soviéticos por un millón de húngaros sin que el Ejército Rojo se quedase sin almas que enviar a la picadora de carne. Lo peor de Rusia era el descanso o, para ser más precisos, la ausencia de él.

—¿Habéis leído a los clásicos? —les preguntó.

Ellos, ojazos enormes, febriles, asintieron. Eran burgueses como él, sin más diferencia que aquella que, en dos días, les obligaría a portar la estrella amarilla. Ádám les habló del arte de la guerra en el mundo grecorromano; el oficio, casi noble, de combatir de día para descansar de noche. Solo entonces se podía comprender la composición de obras como la *Ilíada*; no se escribiría poesía épica sobre el Don. Los que habían sobrevivido, a uno y otro lado del río, solo querían hacer una cosa con su experiencia: olvidarla.

—El problema no era la posibilidad de un ataque nocturno, sino el ruido constante —siseó—. La alerta constante. No poder bajar la guardia nunca.

Al ruido era imposible acostumbrarse, había que tolerarlo y punto. De la misma manera, debían soportar las alarmas, el rugido de las bombas, el runrún del cerebro al intentar dictaminar si se acercaban

o se alejaban, las sacudidas que hacían temblar los muros que los rodeaban.

Ellos, al menos, no tenían nada que relacionar con el ruido. A él lo devolvía a aquel invierno eterno, a los cuerpos congelados de los camaradas muertos, al terror. De noche, una inyección de morfina bastaba para, con suerte, ahuyentar las pesadillas; en el refugio no había escapatoria.

—*Madarka, madarka, csácsogó madarka…* —canturreó para enterrar el bramido de las bombas con su voz.

Sándor Rozenfeld, frente a él, tan pálido como los demás, sonrió. Se le unió con su voz jovial, casi infantil en contraste con el rostro ya adulto.

—*Vidd el a levelem, vidd el a levelem.* Jonatán también la cantaba.

Ádám apoyó la cabeza, empapada de sudor, contra la pared. Emitió un suspiro largo, cansado, más propio de un anciano que de un joven al que aún le quedaban años para entrar en la treintena.

—Sí, se la enseñé yo.

Madarka, madarka, csácsogó madarka…, vidd el a levelem, vidd el a levelem… szép magyar hazámba…[29]

Olvidado y relegado el frente oriental, el hospital militar Szent János abrió sus puertas para recibir a sus compañeros del Szent László. Un enjambre de voces. Una marea de piernas que corrían, de manos que se extendían para alcanzar otras manos humanas. Las alarmas, que aún sonaban y casi parecían reverberar en los pasillos, se unían en tenebrosa sinfonía con el crujir de las camillas y los gritos

primarios de los heridos. Los labios, resecos y cenicientos, se abrían para llamar a sus madres, pero los ojos ya se alzaban al cielo, como si quisiesen buscar a Dios.

Erika Farkas creía conocer la guerra. Sus nociones eran de segunda mano, pasadas primero a través de cartas cuyos horrores se evidenciaban también en las heridas y discapacidades de los pacientes a los que atendían. Las secuelas mentales, invisibles a los ojos pero mucho más profundas, le hablaban también de manera directa del conflicto. Había visto a hombres adultos llorar como niños debido a las trampas que les tendían sus propias mentes; hombres que habían perdido el habla no por daños físicos en la anatomía del cerebro, sino por el shock que les produjeron las trincheras; hombres que habían retrocedido en el comportamiento a los años felices y despreocupados de la infancia. Había tomado muchas manos de soldados que se negaban a dormir para que las pesadillas no los acechasen; había aguardado, asimismo, muchas horas frente a la puerta de Ádám hasta que cesaba de hablar en sueños. Esa era la primera vez que tenía la guerra frente a ella como un depredador que agacha la cabeza avergonzado de su propia voracidad.

Muchachas como ella vistiendo uniformes como el de ella. En algunos casos, solo los jirones de la cofia permitían distinguirlas de las pacientes que guardaban cama en el momento exacto en el que el cielo de abril se partió en dos mitades grotescas. La miraban con ojos cristalinos que se desenfocaban en cuanto llegaba la muerte. El olor a piel quemada, que lo impregnaba todo, despertaba en ellas el mismo pudor que las empujaba a cubrirse ante la presencia de los doctores.

—¿Me estoy muriendo? No me mienta, por favor. Sé que nosotras siempre mentimos.

El cuerpo de la joven ante ella era una amalgama de blanco, rojo y negro. Más allá de la mitad del muslo, nada permitía identificar la carne abultada, una especie de pulpa bermellón, como humana. La ausencia de dolor sugería el daño de las terminaciones nerviosas, un gesto muy pequeño de misericordia para una vida que se consumía. Con toda probabilidad, aquella chica tan parecida a ella no aguantaría el trayecto al quirófano.

Erika tomó aquella mano delgada que ya empezaba a enfriarse. Se arrodilló ante ella, pupila sobre pupila, mientras el doctor trataba, en vano, de detener la hemorragia, de ignorar las normas del triaje que dictaminaban no priorizar aquellas vidas que por la naturaleza de sus heridas no podrían salvar.

—Vamos a hacer todo lo posible para que te recuperes —dijo mientras se acercaba los dedos de la paciente a sus propias mejillas, cálidas por el esfuerzo—. Eso no es una mentira. Me llamo Erika, Erika Farkas.

Las cejas de la muchacha temblaron. El rostro, ya ceroso y demacrado, se volvía hacia la voz que le hablaba en el tono bajo de los arrullos de cuna.

—Erzsébet —balbuceó—, pero todos me llaman Bözsi.

Erika le sonrió. El doctor, derrotado y abrumado por la oleada de pacientes que requería su atención, ya se alejaba.

—Es un buen nombre. A mí también me gustaría tener un diminutivo…, bueno, supongo que sí tengo uno, pero no es muy bonito. Desde que era pequeña, mis hermanos me llaman «La

Generala» porque siempre intento poner orden y no tolero no salirme con la mía.

—¿Cómo… cómo se llaman? ¿Tus… hermanos?

—El mayor es Ádám. Era capitán del Segundo Ejército, pero le dieron de baja con honores a su regreso del Don. No se toma la vida en serio hasta que no es absolutamente necesario. Baila muy bien y también se emborracha la mar de bien…, o al menos lo hacía antes de volver de Rusia. Lee constantemente, los clásicos sobre todo, aunque su autor favorito es Gyula Krúdy. Es el mejor amigo que podrías tener, no solo porque conoce todos los lugares de moda de Budapest, sino también porque daría su vida por los suyos…, pero no te lo recomiendo, porque nunca ha tenido la decencia de traer a una chica a casa…

Bözsi la escuchaba como si sus palabras tendiesen un puente entre lo físico y lo eterno. Las manos, azuladas, ya perdían la fuerza, y las facciones del rostro empezaban a mutar y a perfilarse.

—¿Y… y el…?

—Mi otro hermano se llamaba Tibor. Era… era muy distinto de Ádám y muy distinto también de mí, aunque compartimos útero durante nueve meses. Era el favorito de mi madre y de la criada, Rózsa, lo que significa que era el favorito de las dos mujeres que nos criaron, pero no me importaba porque yo también lo prefería a él. Era paciente y lo comprendía todo sin necesidad de palabras. Y… y los dos practicábamos esgrima, pero solo yo tenía que quedarme hasta tarde entrenando, porque él hacía que lo difícil pareciese fácil… y con seguridad era así para él, porque hasta la vida lo quería. Tanto que lo cuidamos y bastó un día de verano para matarlo.

Las palabras, cada vez más débiles, desaparecieron en la bruma enfermiza del hospital. Se confundieron con el resto de las voces, que aún clamaban y rezaban, y el crujido de nuevas camillas que querían abrirse paso. La enfermera frente a ella ya no existía.

Erika se llevó el puño a la boca para reprimir el llanto. En lo que tomó a los celadores llevarse el cuerpo, trató de grabar en la memoria los rasgos específicos de la cara de Bözsi, su timbre personalísimo, el tacto de las yemas de sus dedos contra las suyas. Había sido la última persona en escuchar su nombre, en hablar con ella, en mirarla con fijeza a los ojos, en proporcionarle su propio calor humano. Bözsi, en cambio, había dedicado sus segundos finales de consciencia al recuerdo de Tibor. Para Erika, en ese momento, no había nada más importante que eso.

De haber ido a pie, el trayecto desde la legación a la calle Soroksári habría tomado más de una hora. Con los nervios exaltados por la incertidumbre, sin embargo, daba la impresión de que las bombas caían directamente sobre la cabeza de los miembros del cuerpo diplomático. Nada más sonar la alarma, la escasa plantilla descendió al subterráneo. Para los dos españoles, el zumbido de la aviación traía consigo imágenes de un pasado que creían haber dejado atrás, pero que siempre volvía para morderles los talones. Congelados por un instante en los recuerdos, ninguno de los dos tuvo la sensatez de madame Tournée. Siempre al pie del cañón, la canciller recogió los documentos más importantes a su alcance antes de reunirse con los demás en el subterráneo.

Casi dos horas de suspensión, de un miedo que para Sanz Briz y De Muguiro resultaba añejo. Por hacer algo, el secretario se unió al rezo del rosario de su superior; la voz, clara, brotaba solo por memoria muscular, por todas las veces que, desde su infancia, se había visto en esa misma tesitura. Pensaba en Adelita. Siempre Adelita, como una canción, como una plegaria. La noche anterior a su despedida, la niña se aferraba a él, dispuesta a aprovechar el calor del abrazo paterno el mayor tiempo posible. La recordaba aún con suficiente claridad para sentir todavía las manitas en el brazo y en el vientre. Los animales disecados del conde le daban tanto miedo que él se había inventado una historia para ella. No se trataba de bestias salvajes, sino de recuerdos; sus almas, pacíficas, vivían en un lugar especial, en un bosque encantado al que solo se podía acceder mediante la imaginación, y allí ella, que era la soberana, no tenía nada que temer.

«Podemos encontrarnos en el bosque encantado siempre que quieras —le dijo entonces mientras la besaba—. Solo tienes que cerrar los ojos y viajar a él con la imaginación. Yo sabré que me estás esperando porque me dará un vuelco el corazón, como cuando en el cine sabes que va a aparecer la bruja porque suben la música. Cerraré también los ojos y me reuniré contigo».

Por una vez, él, que siempre era tan recto, se abandonó a aquella fábula hasta que consiguió ignorar las detonaciones. No viajó lejos, sino a las colinas de Gellért en una primavera dorada como aquella, pero perteneciente a un tiempo pasado en el que el único ruido que percibía eran las risas de Adela y de su hija. Se había enamorado de Budapest, del sol más amarillo que bañaba el Parlamento, del olor de las flores de cerezo que teñían los muelles de un color rosado, de

la pequeña familia que había empezado en ella y de los días que les depararía.

Ese lunes de abril, la voz de De Muguiro lo devolvió a la más espinosa de las realidades.

—Estoy preparando un informe para Madrid sobre los decretos firmados el 31 de marzo —le susurró, cada palabra se ahogaba bajo el rugir de los motores—. Quiero esperar a que entren en vigor las nuevas restricciones y la ley que obliga a portar la estrella amarilla, para dar un balance más detallado de la situación y de cómo afecta a los judíos. —Se pasó la lengua por los labios. En la penumbra del sótano, como en un retrato al claroscuro, se evidenciaban sus finas arrugas—. Sobre el papel…, sobre el papel es inhumano. Es que ni los propios alemanes tratan a los hebreos con este rigor. He estado pensando…, no como diplomático, sino como hombre, como cristiano, qué podemos hacer para ayudar a esas pobres gentes.

Ángel dirigió una mirada furtiva, involuntaria, a Zoltán Farkas y madame Tournée. Sentados al otro extremo de la sala, repasaban documentos que, de tanto leerlos, debían de saberse ya de memoria, pero al menos les calmaba la angustia. Tras tragar saliva, se inclinó ante su superior.

—Eso es algo que a mí también me quita el sueño. Por lo que comenta usted, claro, pero también por madame y por su hijo. ¿Usted cree que podemos hacer algo?

De Muguiro amusgó la mirada.

—Más allá de informar a Madrid y hacer presión constante para que se tomen en serio nuestras denuncias…, me ha dado por recordar mi misión en Bucarest. Allí hay una importante colonia sefardí, más que la de aquí. Pasé largas horas en el despacho,

tramitando las solicitudes de aquellas familias que deseaban acogerse al decreto de Primo de Rivera para obtener la nacionalidad española que les fue negada a sus antepasados tras la expulsión.

Un asentimiento quedo. Con cada temblor que hacía crepitar el edificio, la bombilla que pendía del techo titilaba como si también ella, asustada, amenazase con abandonar su puesto de trabajo. Con los ojos fijos en ese cuadradito de luz que bailaba, y no en su interlocutor, Sanz Briz tanteó:

—Ese decreto…, ese decreto hace años que no está en vigor, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca. Sin previa autorización de Madrid, no podremos extender ningún pasaporte español que permita a un solo sefardí cruzar la frontera. Pero… en caso de que la situación se agravase…, si hubiese deportaciones como en Polonia…, quizá algún tipo de documento español podría otorgar inmunidad diplomática a quien lo portase. El gobierno húngaro no estará al corriente de la vigencia del decreto de Primo de Rivera.

Sanz Briz se mordió las mejillas.

—No, supongo que no.

—Y por salvar una vida…, por salvar una vida prima el hombre por encima del diplomático. Son solo conjeturas, claro. Dios quiera que no tengamos que vernos nunca en semejante encrucijada, Ángel.

—Dios lo quiera, sí. Dios lo quiera…

No mencionó el detalle que ya flotaba entre ellos, invisible a los ojos pero ponzoñoso en el alma. El decreto de Primo de Rivera, además de no encontrarse ya vigente, requería una documentación exhaustiva sobre el pasado español de quienes quisiesen acogerse a ella. En Budapest apenas vivían sefardíes, la inmensa mayoría de la

comunidad hebraica la formaban askenazíes como Zoltán Farkas y madame Tournée. De los pocos que había, ¿cuántos conservarían aún pruebas que los ligasen con España?

Por salvar una vida… ¿Cuánto podía pesar un engaño más, una mentira sobre otra más pequeña?

XIV

Miguel Ángel de Muguiro,
encargado de negocios de la embajada de España en Budapest
Al ministro de Asuntos Exteriores Jordana

Budapest, 5 de abril de 1944

ASUNTO: Sobre los decretos antijudíos.

El día 31 del pasado mes, la prensa publicó las medidas adoptadas por el gobierno húngaro respecto a la población judía. Adjunto una traducción del decreto en cuestión y otra publicada con posterioridad sobre el mismo tema.

La aparición de los decretos antijudíos ha tenido un enorme impacto en este país, donde, se estima, viven un millón de personas de esta raza.

Según he podido observar, el decreto del 31 de marzo trata a los judíos con mayor severidad que la propia legislación alemana. Esta severidad, sin embargo, se está viendo mitigada por la publicación de nuevas medidas, en las que se hacen numerosas excepciones a favor de ciertas personas que estarían exentas de la obligación de exhibir la estrella amarilla, de carácter despectivo. Entre los exentos se encuentran los ministros de denominaciones cristianas, clérigos de ambos sexos dedicados al cuidado de pobres y enfermos, personas casadas con correligionarios cristianos y extranjeros.

Esta flexibilización de la ley antisemita se debe ante todo a la enérgica intervención del clero católico húngaro, que llamó la atención del gobierno local sobre las graves consecuencias de tales medidas, que amenazan la vida familiar cristiana.

Aunque las excepciones afectan a muchos, desde ayer la ciudad se ha llenado de individuos que portan la estrella amarilla. La población no judía ha reaccionado con compasión ante la inusual imagen. Hasta el momento, no he

tenido noticias de ningún acto de violencia cometido por la población.

Lamentablemente, no puede decirse lo mismo de las fuerzas alemanas que ocupan Hungría. Desde su llegada, muchas casas judías han sido saqueadas por la Gestapo, y sus habitantes han sido maltratados por esta notoria fuerza policial, que sigue gozando de total libertad de acción y movimiento.

En varias ocasiones, el saqueo y el pillaje se han extendido también a los hogares de húngaros no judíos considerados antialemanes. El gobierno húngaro ha enviado un memorando de protesta contra los excesos, pero en realidad es por completo incapaz de impedirlos.

Una de las consecuencias peculiares de las medidas antijudías es que han tenido un efecto perjudicial sobre unos 65.000 cristianos de ambos sexos que eran empleados por judíos (por ejemplo, servían en hogares de judíos) y que ahora se encuentran en situación de desempleo.

No fue directamente a casa al finalizar la jornada. Aprovechó el estado de ansiedad y la excusa de precisar el ejercicio físico para detenerse un momento en la iglesia. Buscaba la compañía invisible de los santos, con sus ojos ciegos, de piedra, pero también otra más real, física, la del nuncio Angelo Rotta. En muchos sentidos, aquel hombre regio, de nariz aguileña y pobladas cejas que se arqueaban en forma de uve, resultaba un colega de profesión: su cometido no era solo eclesiástico, sino también diplomático, al representar a la ciudad estado del Vaticano en Hungría. Con el nuncio lo unían Dios, el deber y algo más: ese espanto involuntario hacia el dolor ajeno que le impedía cerrar los ojos ante las penurias de los judíos de Budapest.

Mientras esperaba, volcó los ojos en la figura de la Virgen. Quizá contagiado por la Semana Santa, por aquella exposición amarga del sufrimiento que ofrecía, no pudo evitar ver en el rostro de esa madre muchos de aquellos que cada mañana se agolpaban a las puertas de la legación en busca de esperanza. ¿Qué diferencia había? Una

madre judía llorando por su hijo judío. Lo que había muerto en la cruz no había sido lo divino, a fin de cuentas, sino lo humano: el carpintero, pobre entre los pobres, amigo de pescadores, defensor de los humildes.

Al bajar la vista, casi humillado por ese luto anticipado, reparó en la otra persona que aguardaba y rezaba. Era la figura esbelta de Erika Farkas de Batthyány, la reconoció enseguida. Sobre la palma extendida de la mano tenía un broche dorado con forma de hoja, con el que De Muguiro también estaba familiarizado. Desde que se había promulgado la ley sobre la obligatoriedad de portar estrellas amarillas, había visto ese mismo adorno en muchas feligresas de su parroquia. Si a los judíos el gobierno les arrebataba la individualidad a la fuerza, ellas entregaban la suya voluntariamente. De lejos, el brillo de aquella joya, colocada con cuidado sobre el pecho, evocaba los tonos canarios de la estrella de David.

—Debería llevarla —susurró ella al reparar en la presencia del español—. Si dependiese de mi voluntad, habría sido la primera en ponérmela en el abrigo, pero pienso en mi familia y…

De Muguiro la apaciguó con un gesto: alzó las manos y después las dejó caer sobre sus hombros descarnados.

—No tiene que darme explicaciones. Ángel me ha puesto al corriente de la situación de su primo Gyula y su esposa, Éva. ¿Quién podría reprocharle nada? —Bajó la voz—. De no ser por las exigencias de mi puesto, quizá yo también habría accedido a portar esa hoja, en solidaridad.

La joven le sonrió. En los claroscuros que dibujaban la mantilla y las velas encendidas, sus iris, de un verde casi imposible, refulgían.

—Seguro que usted puede hacer algo más que un gesto simbólico, don Miguel Ángel.

—Por eso precisamente estoy aquí rezando.

Auschwitz-Birkenau, 7 de abril de 1944

En el fin del mundo y de la humanidad, la libertad olía a tabaco y gasolina. «Repelente para los perros», le había dicho su camarada Dmitri Vólkov, capitán soviético y, como él, miembro de la resistencia interna de Auschwitz.

Los instantes anteriores a su gran desaparición, Walter Rosenberg y su compañero Fredo Wetzler habían rociado la tierra situada entre las verjas internas y externas del campo. A las dos de la tarde, ellos, que ya eran muertos en vida, se tumbaron en la fosa que habían preparado. Otros dos prisioneros, polacos, cubrieron el escondite con las tablas de madera que servirían de base para una nueva rampa.

En la primavera de 1944, Walter Rosenberg tenía tres certezas:

• Que la camaradería, en Auschwitz, podía salvarle la vida a un hombre.

• Que aquella madera, cuyo cometido final sería conducir a más prisioneros a la fábrica de la muerte, podía convertirse también en su vía de escape hacia la libertad.

• Que el motivo por el cual se precisaba esa nueva rampa era el aluvión de judíos húngaros que llegarían al *lager* más pronto que tarde.

Un judío en Auschwitz no era un ser humano, perdía su condición en el momento exacto en que bajaba (o, con más frecuencia, lo empujaban) del vagón para ganado en el que su dignidad había ido mermando durante días. Tras unos minutos de espera, la breve selección: a la izquierda, el exterminio por medio de gas («convertirse en humo», lo llamaban los prisioneros), a la derecha, los trabajos forzados y la oportunidad de existir, al menos, un poco más. En ambos casos, los recién llegados eran despojados de sus pertenencias: la ropa, los zapatos, las alianzas, las joyas, los pequeños objetos que se las habían ingeniado para esconder durante el viaje, todo.

Walter conocía muy bien el proceso. No en vano, una de las primeras misiones de su destacamento en el campo había consistido en sacar a los nuevos deportados del tren para organizarlos con cuidado en filas (los varones, a un lado; las mujeres y los niños pequeños, al otro), en las rampas.

—Aquí todos trabajan y nadie se enferma, ¿entendido? —órdenes claras y precisas. A los adolescentes, les indicaba—: Cuando os lo pregunten, decid que tenéis dieciséis años. *Sechzehn*, dieciséis, *sech-zehn.*

Él cumpliría los veinte en septiembre, si llegaba. Tenía diecisiete a su ingreso en el *lager*. Los casi dos años de supervivencia, casi un milagro estadístico para un judío en Auschwitz, se los debía a sus camaradas de la resistencia y a los puestos privilegiados para los que había sido seleccionado.

Tras la rampa, la siguiente misión de su destacamento fue en los almacenes que se conocían con el apodo de *Kanada*. Canadá, para los prisioneros, simbolizaba una tierra de riquezas; en consecuencia,

aquel era el lugar en el que se guardaba cuanto era arrebatado a quienes se habían convertido en gas. La ropa, los zapatos, las alianzas, las joyas.

Si era rápido y no conocía el miedo, un trabajador de *Kanada* podía complementar sus raciones paupérrimas con alimentos que los fallecidos habían escondido en los bolsillos. Con frecuencia, sin embargo, aquellas delicias acababan en las manos de los guardias. Por eso, Walter sabía que Hungría había sido ocupada y que los judíos no tardarían en ser deportados. «Muy pronto comeremos salami húngaro», oyó decir a los alemanes.

Antes, había sido el *baklava* griego; antes aún, el pescado en conserva francés. Los judíos en Auschwitz no eran seres humanos y los guardias no hablaban de ellos, sino de los alimentos con los que viajaban.

Tras veintidós meses fantaseando con escapar (en un principio, por su propia libertad; más adelante, para poder contarle al mundo qué era Auschwitz y qué ardía en sus hornos), Walter Rosenberg tenía una razón imperativa para arriesgarse. No iba a huir para denunciar una masacre, sino para detener una mayor.

Esperaba, sentía la ropa áspera contra la piel y el cuerpo cálido de Fredo junto al suyo. Contaban su vida en segundos, puesto que un solo segundo podía marcar la diferencia entre la huida y la aniquilación.

«No habrá más recuentos —se dijo—. No tendré que enfrentarme a más jornadas de trabajo ni a los cerdos de las SS. ¡Pronto seré libre!».

Como punto y final, como oración, se llevó el filo gélido del cuchillo a los labios. Si descubrían su escondite, se prometió, ningún

alemán podría colgarse la medalla de su muerte; él mismo sería el artífice de su propio destino.

Era la víspera de la Pascua judía. Al igual que Moisés había liberado a su pueblo de la esclavitud en Egipto, ellos escaparían para liberarlo del exterminio de Auschwitz.

XV

Auschwitz-Birkenau

En el mundo de las matemáticas desnudas, ochenta horas están formadas por 4.800 minutos o 288.000 segundos. Walter Rosenberg y Fredo Wetzler, agazapados en el silencio infernal de su escondite, impregnado del olor nauseabundo de los cigarrillos y la gasolina, contaron cada uno de ellos. Su *seder*,[30] más que amargo, había sido el hambre engañado por el miedo.

Como habían previsto, su ausencia no había tardado en ser notificada. Dos judíos, el escalafón más bajo del sistema de castas diabólico del campo. Un par de parias entre parias que, para más inri, pertenecían a destacamentos comparativamente ventajosos. Eso, tanto para la resistencia interna de la que formaban parte como para los guardias, significaba una sola cosa: conocimientos peligrosos.

Si los descubrían, los ejecutarían y sentarían sus cadáveres en sillas en el centro de la plaza donde se efectuaba el recuento; para aniquilar cualquier intento futuro de fuga, colgarían sobre sus cuellos carteles con un mensaje de ultratumba: *Hurrah, ich bin wieder da!* [31]

Su supervivencia no era personal, sino colectiva: la de los compañeros a los que habían dejado atrás y la de los judíos húngaros cuyo exterminio querían detener.

Entumecidos por el frío, con jirones de tela entre los dientes para evitar que la tos los delatase, esperaron y contaron. Walter se aferró a su cuchillo, todos los sentidos volcados en la cacofonía de ruidos mortales que se oían al otro lado: las botas que caminaban sobre las maderas que los ocultaban, los perros que olfateaban en busca de un indicio humano.

—¡Buscad detrás de esos tablones! ¡Dios bendito, usad la cabeza además de los ojos!

Fredo apretó los dientes. En la penumbra, a la que los ojos de ambos ya se habían acostumbrado, el brillo que emitía sobre ellos el delgadísimo haz de luz lunar era el mismo que el del metal del cuchillo.

Un segundo tras otro. Si los dividían, de manera matemática, en sus partes más pequeñas, podrían haber alcanzado el infinito hasta…

… el silencio. El ahogamiento progresivo de la sinfonía diabólica de la búsqueda hasta que esta desapareció. El tiempo podía ser el verdugo y el libertador. Si pasaban las horas suficientes y no los descubrían, los alemanes creerían que se hallaban ya a kilómetros de allí.

Desde el ático del piso situado en Liptovský Svätý Mikuláš, el humo del cigarrillo de Jonatán se abrazaba a la lluvia de estrellas peregrina que iluminaba la ventana. Era el último Nikotex que le quedaba; el característico sabor se le agarrotaba en la garganta con aires de

nostalgia. Esa era, en todo caso, una trampa que se había puesto él mismo. En la instrucción les habían instado a olvidar su vida anterior, a dejarla aparcada mientras durase la guerra para que esa debilidad no los traicionase en la hora más urgente. No solo les habían obligado a adoptar identidades británicas, más seguras en la resistencia, donde cierto antisemitismo latente pervivía incluso sobre la ideología; debían responder a un nuevo nombre en hebreo, también, para que ni sus instructores estuviesen familiarizados con las personas que habían sido antes de convertirse en soldados.

Él, que apenas había comenzado a estudiar a fondo su propia religión, se había decantado por el nombre en clave Shiloh; la misma inicial de su hermano, para no flaquear en situaciones espinosas, y un nombre cuyo significado se le clavaba en el pecho: «El que ha de ser enviado». Por la misma lógica absurda, guardaba en su lata de tabaco el recorte de periódico de la fiesta de Erika Farkas; para no levantar sospechas en caso de captura, lo había escondido entre otras páginas de sociedad
de varios periódicos. Si le daban caza, podría alegar un excéntrico interés en la aristocracia europea.

Si en las montañas había sido James Redford, de Swansea, para el comité y la incipiente resistencia judía de Liptovský Svätý Mikuláš era Shiloh Hermesh (del hebreo «guadaña»). En su fuero interno, respondía solo a Jonatán; no lograba olvidarse ni de su nombre ni del amigo que le había salvado la vida. Fumaba aquella marca de cigarrillos, y no otra, con la esperanza de regresar al pasado. Incluso el código que utilizaba para comunicarse con el alto mando británico resultaba un ejercicio engorroso de morriña. Para burlar a la inteligencia nazi, los paracaidistas utilizaban un sistema de doble

cifrado que podía ejecutarse con papel y lápiz al proporcionar una clave de un solo uso para cada mensaje. Puesto que urgía recordar la clave sin problemas, se recurría a poemas fáciles de memorizar. *Now is the winter of our discontent*, el inicio de *Ricardo III* de Shakespeare, había sido una de las opciones que barajaban hasta que repararon en que los alemanes, a menudo educados en la literatura inglesa, lograban descifrar el código. A partir de entonces, se habían aprovechado las nociones de idiomas eslavos de los voluntarios y se había optado por utilizar canciones populares y refranes en aquellas lenguas desconocidas para sus enemigos como base. *Madarka madarka, Röpülj Páva, Röpülj*, *Tavaszi szél vizet áraszt*… Los códigos de Jonatán siempre arrastraban consigo ecos de los veranos en la villa de los Farkas de Batthyány, de las sesiones de estudio compartidas en el internado y de los trayectos de vuelta a casa, ambos borrachos como cubas, tras una noche de baile y de copas en el Arizona o en el Ka-Ku.

Ádám era una parte crucial de sí mismo, formado por idéntica materia prima. Separarse de él habría resultado tan arduo como arrancarse la piel con las uñas, e igual de doloroso. Podía responder a nombres ajenos, adoptar el pasado y la identidad de los alféreces James Redford y Shiloh Hermesh, leer a Shakespeare y a Yeats por las noches hasta que cualquier acento residual pudiese explicarse por un origen galés o dominar el humor y el argot del hebreo como un *sabra*,[32] pero la esencia de su ser seguía perteneciendo a Ádám Farkas de Batthyány, que lo comprendía mejor que nadie.

—¿No sabías que mirar al cielo la noche de Pascua da mal fario?

Jonatán, alertado por la sombra que se cernía sobre la pared a la que estaba apoyado, se había vuelto hacia Dinah antes de que ella

separase los labios, que ya se curvaban en una sonrisa retadora.

Era el segundo día del *Pésaj,* la madrugada en la que el domingo de Resurrección daba paso al lunes de Pascua. En casa, en Budapest, los muchachos rociaban a las mujeres a las que querían cortejar con agua o perfume, de acuerdo con la tradición. En la comunidad judía de Liptovský Svätý Mikuláš no guardaban festividades cristianas. En los dientes y en la garganta aún conservaban el sabor de las hierbas amargas y el *jaroset*,[33] las manos todavía se enrojecían tras haberse pasado la semana instruyendo a la incipiente resistencia hebrea en tácticas de sabotaje y guerrilla.

—Ignoraba que fueses una experta en supersticiones cristianas —rio Jonatán, que le entregó un cigarrillo (de los británicos, carentes de nostalgia) como muestra de camaradería.

—Estudié en un liceo para señoritas protestantes —repuso ella mientras se sentaba en la repisa, de espaldas al firmamento que aún sangraba—. Pagar el doble de tasas por ser judía me dio el privilegio de recibir su misma educación y empaparme de sus supersticiones. La noche de Pascua evitaban mirar al cielo a riesgo de presenciar una lluvia de estrellas, señal inequívoca de que perderían a su enamorado.

—Me decepcionas. ¡Y yo que te tenía por la más sesuda del grupo!

—Te transmito una información que creo que te podría ser útil. Me reservo el derecho a creer en ella o no. —Señaló el recorte de periódico con un gesto—. Debes de estar muy enamorado de esa chica, si te has traído la fotografía aquí.

Jonatán sacudió la cabeza. Sostenía el pitillo entre los dientes, de modo que ambas manos pudiesen sujetar y doblar con cuidado el

recorte antes de introducirlo de nuevo en la lata junto a lo demás.

—Es la hermana de mi mejor amigo.

—Debes de ser el único hombre en el mundo que deja que eso lo detenga. Es una belleza.

—Una de las mayores de Budapest. Puedo presentártela después de la guerra, si quieres.

Desde su posición, estratégica aunque no premeditada, Dinah le propinó un puntapié. La paz, para ellos, adoptaba las dimensiones de las grandes leyendas épicas de la infancia. Eran enemigos entre enemigos; en el corazón de la Europa ocupada, si los descubrían penderían sobre ellos dos crímenes gemelos: el pertenecer al mismo tiempo a un ejército aliado y a la estirpe de David. Sus vidas no se contaban en años ni en meses, sino en semanas. El suyo era el filo de la navaja más delgada.

—Erika Farkas nunca ha guardado misterios para mí —prosiguió.

Dinah inclinó la barbilla. Los ojos, que bailaban en tonos musgosos y miel, estaban volcados sobre él.

—¿Por eso buscabas religiosamente su nombre en las páginas de sociedad de todos los periódicos húngaros que nos llegaban?

—No era a ella a la que buscaba —dijo, en un murmullo quedo—. No sé si te has fijado, pero en la fotografía hay dos hombres junto a ella.

—Sí, el que la abraza es el conde Széchenyi.

—El otro es su hermano, Ádám. Es el mejor amigo que tengo en el mundo. Es… más que un hermano para mí, más que un camarada o un compañero de copas. Ningún amorío podría compararse con lo que me une a él. —Apoyó la frente a la ventana—. Hasta hace poco, ni siquiera sabía si seguía con vida.

Dinah se humedeció los labios. Con un temblor, su mano, apoyada en la repisa para mantener el equilibrio, rozó la piel templada de Jonatán. Aunque la baja calidad de la instantánea no permitía identificar rangos o galones, el corte del uniforme de Ádám disipaba cualquier duda.

—No estabas buscando una noticia de sociedad, sino una necrológica.

Jonatán hizo un leve gesto de asentimiento que podría haberse confundido con una ligera convulsión.

—Él fue quien me ayudó a emigrar al Mandato. De no haber sido por sus esfuerzos, no habría sido capaz de librarme de los trabajos forzados y de todo cuanto conllevan. —Dio una última calada. El humo del tabaco se le rizó en los pulmones con ecos de muerte—. Antes que al Ejército Británico o al Yishuv, mi vida pertenece a Ádám Farkas de Batthyány, que la salvó.

—Y ahora estás aquí.

—Sí. Intento que no me consuma la culpa de poner en riesgo la oportunidad que me dieron y por la que otros habrían matado…

Los dedos de Dinah, que se entrelazaban con los suyos, detuvieron el pensamiento agónico que recorría su mente. El gesto, que rezumaba una intimidad carente de sensualidad, lo conmovió por su ternura.

—No podemos pensar así. Hemos venido a liberar a nuestro pueblo, a luchar por los olvidados. Ese es el valor de nuestra existencia. —Bajó los párpados—. Espero que HaShem la conserve. Hay muchas cosas que quiero hacer después de la guerra: libros que leer, gente que conocer, vidas que quiero probarme como si fuesen vestidos…, pero no puedo pensar en ello o me volveré loca. He de

centrarme en la misión. Si quieres un consejo, tú deberías hacer lo mismo.

Jonatán exhaló. Sobre el cristal, el fantasma de su respiración adoptaba una forma alargada como una pluma.

—Temo olvidarme de mí mismo —confesó, y con la mano que tenía libre le acariciaba la rodilla—. ¿Sabes qué? En cierto modo, Ádám y yo nos movíamos como si careciésemos de futuro. En la compañía del otro, todavía podíamos ser muchachos. Incluso después del internado, cuando él ingresó en la academia de oficiales y yo en la universidad, aún podíamos refugiarnos en nuestras novelas y en nuestros discos y en nuestras cafeterías y nuestros bares favoritos. La vida resultaba una broma estupenda para nosotros. —Forzó una sonrisa triste—. Mis ideas del futuro eran muy infantiles, entonces. Pensaba que mi existencia podría ser siempre como en aquellos días, que no tendría que preocuparme por el matrimonio ni por seguir las normas de la sociedad, que podría convertirme en uno de esos escritores que se sientan a la mesa junto a la ventana del Kis-Gerbeaud. Ádám hablaba de mudarse al campo tras el servicio militar para vivir como el personaje de una novela de Tolstói. —Aplastó el cigarrillo, ya próximo a morir, contra el marco de madera—. Es como si, de alguna manera, intuyésemos que ese futuro no nos pertenecía.

Dinah torció la boca. Al descruzar las piernas, atrajo a Jonatán más hacia ella, de modo que ambos quedaron envueltos por la fraternidad de aquella confesión compartida.

—Si sobrevivimos, la vida en el Mandato será distinta para nosotros. Las reglas y las expectativas del mundo anterior no nos molestarán.

Jonatán le sostuvo la mirada un instante más. Después se atragantó con una risotada seca, como la de los maestros ante un discípulo demasiado entusiasta, y volvió la atención de nuevo al haz lechoso de las estrellas.

—Si sobrevivimos, no quiero luchar más. Los británicos nos desprecian, Dinah, lo sabes tan bien como yo. Aun cuando, por algún milagro, abandonen el Mandato, tendremos que pelear contra los árabes por el territorio.

—¿Crees que no tendrás que luchar por lo mismo en Budapest? El odio que nos tienen en casa no desaparecerá con la derrota alemana. Las primeras leyes antijudías se promulgaron hace décadas.

—Ya. Me doy perfecta cuenta de ello —resopló—. Aun así, es la tierra de mi lengua materna, de mi infancia y de mi adolescencia. Si me rechaza de nuevo… —La palma de su mano se detuvo y apretó la rodilla de Dinah una última vez antes de apartarse—. Ah, ¿y qué más da? Ese futuro me parece tan improbable como el Kis-Gerbeaud o el sueño bucólico de Ádám. Estamos aquí, tenemos una misión y eso es todo lo que importa.

XVI

Auschwitz-Birkenau

La noche del 9 de abril, el escondite subterráneo de Walter Rosenberg y Fredo Wetzler tembló no de pavor, sino por un motivo mucho más tangible: la aviación aliada. El rugido de los motores, pesado y voraz como el de un depredador, les llegaba sin obstrucción alguna. En los años de cautiverio, ninguno de los dos se había enfrentado a nada similar.

La sencilla ironía de su situación los azotó. ¿Iban a bombardear el campo? Su escapada, entonces, se vería truncada, y toda posibilidad de supervivencia individual, aniquilada. Sin Auschwitz, sin embargo, el objetivo último (la salvación de los judíos húngaros) se cumpliría. De no haber temido alertar a los guardias con el ruido, Walter casi habría podido soltar una risotada ante la indiferencia del destino.

Las explosiones sonaban cada vez más cerca. Un par de segundos después, un nuevo ruido, más corto, intermitente, los golpeó. Fuego antiaéreo: la respuesta del *lager* al ataque aliado. Los tablones se sacudían encima de ellos con cada embestida.

—¿Y si aprovechamos para salir? —musitó Walter, en un susurro apenas perceptible—. En mitad del caos ni se les pasará por la cabeza buscarnos.

Fredo, tumbado junto a él, empapado de sudor y rocío, evitó cambiar de postura.

—No —respondió—. Esperemos a la señal acordada. Los guardias no dejan de ser soldados, no lo olvides. El personal de las torres de vigilancia no abandonará sus puestos, con bombas o sin ellas.

Walter tuvo que admitir que su camarada llevaba razón. Un nuevo pensamiento, tan irónico como el anterior, lo azotó: debía agradecerle a la aviación que causara suficiente alboroto para permitirles, al menos, la comunicación susurrada sin miedo a ser descubiertos. Tras días de mutismo e inactividad, ese gesto tan humano dejaba un gusto dulcísimo en el paladar.

La residencia de los Rozenfeld en la plaza Bethlen Gábor siempre se erigía ante Ádám como un fantasma del pasado. En esa ocasión, no lo acongojaron las fotografías que le sonreían desde la chimenea apagada ni los libros que esperaban a su dueño en las estanterías, sino los metros de tela amarilla sobre la mesita. La señora Rozenfeld (más joven que su madre y también más moderna, en cuyo cabello entrecano aún se distinguían mechones del mismo caoba de Jonatán) la cortaba cuidadosamente con las tijeras de costura. En la cabecera de la mesa, donde acostumbraba a sentarse el marido, Sándor disponía las estrellas de David recién confeccionadas en dos montañitas. «Ya ves que hay un nuevo negocio —había dicho la señora Rozenfeld, sin despegar los ojos de la labor—. Al menos puedo dedicarme a lo mío, y con que algo más de dinero nos entre en casa…».

La imagen macabra lo transportó sin querer a los años del internado. Ocurría siempre de la misma manera; desde las sombras en las que habitaba, y sin pedir permiso, Jonatán lo tomaba de la mano y se lo llevaba consigo. Ádám había codiciado los trajes y las camisas de su amigo; el corte impecable y la calidad de la tela podían apreciarse a simple vista incluso en aquella percha desgarbada. Su descuido (los faldones que caían sobre los muslos, los botones desabrochados sin orden alguno, las mangas arrugadas y las corbatas anudadas de cualquier manera) despertaba en Ádám un sentimiento fuerte, incómodo, que él asociaba al desdén. Un día, Jonatán, cansado de escucharlo, le permitió utilizar su ropa, y no hubo vuelta atrás. Desde entonces Ádám atracaba su armario sin deferencia alguna por las diferencias de altura y constitución; quería demostrarle con el ejemplo el tesoro que poseía y el provecho que podía sacarle si tenía el detalle de ponerse un cinturón o colgar bien las camisas para que no se le arrugasen.

Más adelante, cuando Jonatán ingresó en la universidad y él en la Academia Ludovika, tomó la costumbre de ponerse las prendas que había requisado y aún tenía en su poder. La sensación era distinta, agradable, difícil de definir. La tela aún conservaba los olores del internado; en los bolsillos encontraba todavía notitas escritas, recibos olvidados y todo tipo de papelitos que luego devolvía, entre risas, a su dueño.

Tantas horas se había pasado observando a la señora Rozenfeld mientras trabajaba…, y en ese momento aquellas manos elegantes, delgadas, eran artífices del distintivo que los marcaba como al ganado.

—¿Tenéis que pagar por las estrellas? —siseó.

—Y una multa si la que has conseguido es demasiado grande o demasiado pequeña o está torcida… —dijo Sándor—. Por eso las caseras no son recomendables, a no ser que sepas lo que estás haciendo.

—Los nazis no nos regalan el privilegio —terció su madre.

A Ádám lo embriagó una vergüenza pegajosa, pesada, que no podía asociar a nada. Quizá al hecho de no tener que portar aquella estrella. Al salir, regresaría a casa sin preocuparse por los toques de queda; si se cansaba, se subiría al tranvía y nadie le reclamaría nada. Debería haber hecho más en el Don, en la retaguardia, al ser testigo de las vejaciones y los abusos que sufrían los trabajadores forzados, y antes, en casa, también. Su rango y las amistades de su familia deberían haber sido suficientes para hacerle comprender que la situación de los judíos era la crónica de una muerte anunciada. Haber salvado a Jonatán y no a los demás se había convertido en una culpa sin posibilidad de expiación.

—El mundo se ha vuelto loco —musitó.

Sándor dejó a un lado el trozo de tela con el que estaban trabajando. Para no tener que mirar a su invitado a la cara, se volvió hacia la jaula de los jilgueros.

—*Nuestro* mundo, sí —susurró, casi humillado por tener que precisarlo, y les silbó a los pajarillos.

Ádám se quedó callado, como abofeteado, no por el tono seco de Sándor, sino por las circunstancias en las que ambos se hallaban. Recordó los discos que Jonatán compraba en los puestos ambulantes de los muelles, cómo los ponía a todo volumen mientras estudiaba y cómo su hermano protestaba, entre carcajadas, porque los jilgueros piaban al ritmo de Benny Goodman y no del «Nessun dorma».

—Estoy a vuestra disposición para cualquier cosa que necesitéis —alcanzó a balbucear—. Jonatán es el mejor amigo que tengo en el mundo. Me cortaría la mano derecha por él, y por vosotros también. Si tenéis, por ejemplo, algún objeto de valor que queréis que os guarde…

—Es ilegal —le recordó la señora—. Mira que si sospechan de ti porque vienes mucho al barrio… Con la que está cayendo, no deberías haberte ni acercado. Yo ya… ya me hago cargo, la ayuda que le prestaste a Jonatán en su momento no te la vamos a poder pagar nunca.

—Eso no me molesta. No me ofenda, que usted es como una madre para mí, y entre amigos y familia no hay deudas que valgan. Y por las habladurías no se preocupe. Mi neurólogo tiene consulta en el edificio. ¿Qué sospechas puede haber, si las lesiones del frente se me ven a simple vista?

Con el dorso de la mano se señaló la cicatriz de la cabeza y las zonas del rostro que permanecían hieráticas, incapaces de contagiarse de la emoción que era capaz de expresar el lado gemelo. Aprovechando ese movimiento vago, se dirigió también al hijo.

—Estando ya en el barrio, tampoco resultará muy extraño que acuda a la casa de uno de mis obreros a recoger unos documentos importantes para la fábrica. —Señaló el pasillo—. Sándor, ya que me he traído el maletín, ¿por qué no vamos y me entregas lo que consideres necesario?

El muchacho asintió. Dejó a un lado la labor y lo condujo a la habitación que había compartido con su hermano. Por costumbre o sensatez, cerró ambas puertas, tanto la acristalada que conectaba

con el corredor como la del propio dormitorio, de madera maciza. Puesto que las ventanas, cuyas cortinas estaban corridas, daban al patio interior, tuvo también la precaución de encender el gramófono de maleta.

Por su procedencia, a Ádám tanto el aparato como la música que reproducía le resultaban familiares. Abatido por los recuerdos, y cansado tras el paseo y la conversación, se dejó caer en la cama.

—¿Tienes noticias de Richárd? —le preguntó a Sándor antes de que la preocupación que le crispaba el rostro se transformase en palabras.

El joven se sentó en el catre opuesto. Dispuesto de esa manera, la suya sería la única figura discernible, una sombra a través de la cortina, desde los otros pisos.

—El laboratorio está en pleno funcionamiento.

Tras esconder a los *jalutzim* que más se habían significado, y a aquellos miembros en activo cuyo aspecto no les permitiría esconder su origen, la prioridad del Hashomer Hatzair había consistido en establecer un centro de falsificación en continua operación. Sin permisos o papeles arios de calidad suficiente, ningún judío tendría la potestad de moverse libremente por la capital ni de viajar en la red de transporte público.

—Bien —asintió Ádám—. Si precisáis más fondos, ven a buscarme mañana al despacho. Pon como excusa que una mercancía no llega, y yo te facilitaré el dinero necesario. —Se agachó para tomar el maletín, del que extrajo una carpeta de cartón—. Los albaranes de la última semana. Entre ellos encontrarás las exenciones que me pedisteis. —Se inclinó más hacia él, de modo que las rodillas de ambos chocaron—. Es muy importante que se utilicen solo en caso

de emergencia. En la fábrica no podemos contratar a más judíos sin que los alemanes sospechen. Las exenciones permiten la salida de las fronteras administrativas de Budapest, pero no están asociadas a un contrato de trabajo. Son un último recurso.

Sándor meneó la cabeza.

—Entendido. No te preocupes, las distribuiré según lo acordado. Hay algo más: se está tanteando la posibilidad de cambiar el sentido del *tiyul.*[34] Nos pasamos años sacando a los nuestros de Eslovaquia para que gozasen de la seguridad que teníamos aquí y ahora resulta que Hungría es el país más peligroso de todos.

Ádám se echó atrás.

—Pero eso es una locura —jadeó—. Las fronteras están más vigiladas que nunca. Ya eran un hervidero de alemanes y de guardias Hlinka cuando crucé yo, mucho más ahora que nos han ocupado. No seáis incautos.

Sándor le clavó la mirada. Enmarcada por unas ojeras oscuras como posos de café, había perdido la cualidad casi animal y primitiva que tanto lo había asustado la última vez que lo vio. Los iris que tenía ante él, de color ocre y ámbar, resultaban casi acuosos.

—Es solo un plan. Eslovaquia o Rumanía…, todavía hay zonas vulnerables en las fronteras.

—Es un suicidio, Sándor. El lado húngaro es un hervidero de gendarmes que han recibido con los brazos abiertos a los alemanes. No sabes la miseria que hay en el campo; mucha gente que en otros tiempos habría sido honrada está dispuesta a delatar a cualquiera por tener un plato de lentejas caliente en la mesa.

—Es solo un plan —repitió Sándor—. El Consejo Judío insiste en que, mientras obedezcamos las órdenes, no debemos preocuparnos

ni por nuestras vidas ni por nuestras propiedades. —Bajó el mentón —. Los alemanes quieren tenernos tranquilos, pero nosotros sabemos que el destino que nos deparan no es tan halagüeño. Por mucho que lo niegue el consejo, tarde o temprano nos deportarán a nosotros también. Hemos de estar preparados para cuando llegue ese momento. Richárd tiene algunos contactos…, está hablando con la embajada suiza. Quizá puedan extender cartas de protección.

—Conozco a los diplomáticos españoles —musitó Ádám, con cierta distracción—. El secretario es nuestro vecino, está escondiendo a nuestra prima Éva y mi hermana se llevaba bastante bien con su mujer. El encargado de negocios también congenia con mi padre. No tengo la suficiente confianza con ellos para presentar a bocajarro un asunto tan delicado, pero puedo tantear el terreno. Ya conversé con ellos sobre mi experiencia en el Don. Por lo que sé, llevan meses informando a su gobierno de las medidas antijudías.

Sándor chascó la lengua.

—¡A su gobierno! ¿Un gobierno que no existiría si Alemania no les hubiese ayudado a ganar su guerra civil?

—Sí, el mismo —concedió Ádám—. Pero no te olvides de que Alemania está perdiendo esta guerra. Franco será un fascista, pero le guía el oportunismo. Tras la victoria aliada, ¿crees que los soviéticos van a ser amables con ellos? De ahí el viraje a la neutralidad. —Se apretó los párpados—. Por otro lado, los diplomáticos de los que te hablo distan mucho de ser fanáticos. Su postura es antigermana, a pesar del gobierno al que representan. No puedo prometerte nada pero, si la conseguimos, su ayuda podría ser aún más útil que la suiza precisamente por su antigua alianza con el Reich.

XVII

Auschwitz-Birkenau, 10 de abril de 1944

Las últimas veinticuatro horas fueron tranquilas. Tras el ataque aéreo de la noche anterior, la búsqueda de los dos prisioneros fugados se había restablecido, pero incluso desde sus escondites, bajo tierra, ocultos por los tablones, Walter y Fredo percibieron la falta de entusiasmo de sus captores. La aritmética silenciosa prosiguió, cifra a cifra y segundo a segundo. El sonido que esperaban, mucho más dulce que el de la aviación aliada o el del reguero del orín del compañero Adamek en la segunda mañana (signo de que el plan marchaba sin fisuras) sería la señal de *Postenkette abziehen!*[35]

En la penumbra en la que llevaban sumidos tres días enteros, Walter y Fredo vieron flotar, como fantasmas, la escena que sucedía al otro lado y que, a fuerza de imaginarla, podían reproducir sin problemas en su mente.

La orden, de ecos prusianos, se repetiría de torre de vigilancia a torre de vigilancia. Los guardias, habiendo transcurrido el tiempo necesario antes de admitir la derrota, abandonarían sus puestos y regresarían al campo. No habría moros en la costa. Mejor dicho, habría menos moros en la costa de los habituales. En abril de 1944,

para dos judíos con las posibilidades quemadas, aquella era casi una promesa de libertad.

Seis y media de la tarde del día 10. El sonido de los pasos, que se alejaban sobre ellos, les llegaba con la belleza elegante de un concierto sinfónico. Después, el silencio o, en otras palabras, el ruido estático de los tormentos rutinarios de Birkenau.

Oficialmente libres, los fugados buscaron asilo en la quietud un instante trémulo más.

—¿Y si esperamos un poquito? —le susurró Walter a su camarada —. Podría ser una trampa. Podrían estar esperándonos.

Tres días con sus tres noches en los que no se habían llevado alimento a la boca; las lenguas, resecas, no habían catado otra fuente de hidratación que no fuese el mismo rocío que les atería los huesos a través de las prendas empapadas. 288.000 segundos sin más compañía que la del otro, sin más palabras que las pocas que se atrevían a susurrar en momentos de caos, al estilo seco y monótono del campo. El aislamiento había alimentado sus sospechas y sus pavores más profundos.

Aguardaron. Las seis y media se convirtieron en las siete, las ocho. A las nueve, sin haber pronunciado una sola sílaba, pues ya podían adelantarse a los movimientos y los pensamientos del camarada, se irguieron.

Gimiendo, gruñendo, sudando, aquellos dos cuerpos desnutridos, a los que habían castigado hasta casi alcanzar la extenuación, exprimieron la última gota de vigor que les quedaba. Con el peso conjunto de los dos empujaron los tablones, que, como dioses pícaros, se deslizaron milímetro a milímetro, como si también debieran hacer un esfuerzo hercúleo.

Un segundo parto traumático. Walter y Fredo regresaban a la vida que los había desechado empapados y enrojecidos. Los ojos, ardientes y febriles, se alzaban hacia la negrura de aquel firmamento sin luna de principios de la primavera.

Aprovecharon los pasos iniciales, vagos, para despertar las piernas que hormigueaban debido al repentino flujo sanguíneo que las recorría tras aquella prolongada postración. Se alejaron unos metros, casi dubitativos, borrachos de la libertad que gracias a la solidaridad y el coraje habían alcanzado. Se dieron la vuelta. La metrópolis de la muerte no había logrado despojarlos de la esencia de su ser. Al igual que la mujer de Lot desobedeció las órdenes del Señor para contemplar la destrucción de Sodoma, ellos se volvieron para estudiar el *lager*.

Por primera vez, contemplaban Auschwitz desde fuera, como espectadores ajenos a los tormentos que se llevaban a cabo en el interior. Los abofeteó aquella belleza terrible: la pálida luz amarillenta de los focos, que bañaba el recinto con un aura de oro. En los barracones, que su vista no alcanzaba, sus camaradas perecían por inanición, a causa de enfermedades infecciosas o por las secuelas de las palizas recibidas. Al toque de diana de las cinco, comenzaría el recuento y, con él, el levantamiento deshonroso de los cuerpos de quienes eran incapaces de resistir una sola jornada más.

Un instante nada más. Fredo, temblando de miedo y de frío, tiró de la manga de la chaqueta de Walter.

—Vámonos ya —murmuró en un susurro que apenas él mismo pudo oír—. Recuerda lo que te dijo Vólkov: la verdadera lucha por sobrevivir empieza ahora.

Se agacharon y reptaron por la tierra fangosa. Avanzaron despacio, sin hacer ruido, más allá de las torres de vigilancia, a través del bosque de abedules en el que se escondían las fosas de incineración.

El mapa que habían extraído de los almacenes *Kanada*, arrancado de un atlas infantil, les guiaría en la huida. Caminarían durante días en paralelo al río Sola hasta alcanzar su Eslovaquia natal. Antes, sin embargo, debían salir de una Polonia germanizada que los odiaba; aunque la resistencia interna les había conseguido ropa civil, gruesa y de buena calidad, sus cuerpos escuálidos, descarnados, y sus cabezas rapadas pronto delatarían su origen.

La camaradería y su propio temple los habían arrancado de las garras de Auschwitz. Para regresar a su hogar, además de los consejos recibidos, el instinto y la solidaridad de los aldeanos, necesitarían el milagro de un dios en el que ya no se permitían creer. Pero eran libres, aunque fuese por un momento efímero, y eso era lo que importaba.

Budapest, 17 de abril de 1944

Mi queridísima Adela:

Las calles de Budapest están llenas de estrellas amarillas. Casi parece que no viven más que israelitas en la ciudad. Cada día se publican nuevas normativas que les conciernen. Les han quitado los automóviles, las radios, los teléfonos. Han bloqueado, además, sus cuentas bancarias. Las familias cristianas que hayan sido afectadas por los bombardeos tienen derecho a ocupar sus viviendas, que los judíos deben abandonar en un periodo de tres

horas, en muchas ocasiones dejando gran parte de sus prendas, muebles y otros efectos personales.

Sanz Briz se detuvo en mitad de un pensamiento; para evitar que la tinta atravesase el papel, había apoyado la pluma sobre el platito del café que bebía a sorbos lentos. Aunque todavía le quedaban reservas suficientes de aquella bebida de la que, como buen español, no podía prescindir, prefería racionarla antes de verse obligado a recurrir al sabor aguado y terroso de la achicoria. Sus cartas a casa eran cada vez más frecuentes, más desesperadas; le mandaba misivas a su esposa antes de recibir respuesta de la anterior, con la misma celeridad voraz con la que su superior informaba a Madrid (muchas veces, sin contestación alguna) sobre los cambios que se producían en la capital.

La escritura prolífica de Ángel se debía, además de a aquella añoranza que por las noches le pesaba en el pecho como una enfermedad, a los bombardeos continuos que azotaban la capital. Transcurridos tres meses desde la última vez que había visto a Adela, se sentía más aliviado que nunca por la difícil decisión que ambos habían tomado a principios de año. Las dolencias de las que su mujer se quejaba, lejos de desaparecer, la acompañarían hasta el otoño. Con la llegada de los fríos a Madrid, la joven familia aumentaría con un niño o una niña engendrado en aquella ciudad antaño pacífica y en ese momento asolada por los ataques aliados.

La ausencia de Adela y de Adelita lo torturaba más que nunca, en especial cuando se abandonaba a las preocupaciones más oscuras que lo acechaban sin tregua. ¿Dónde estaría él cuando esa criatura llegase al mundo? ¿Tendría la oportunidad de verle la carita, de acunarla y acariciarla como había hecho con su primogénita? Quizá,

cuando al fin la conociera, no lo miraría con la confianza que despierta el padre, sino con el miedo de quien debe acostumbrarse a la presencia de un desconocido.

Encendió un cigarrillo. Con el dorso de la mano, teniendo cuidado de no volcar el tintero, apartó el papel de carta. Temía que la desesperanza que hacía mella en él traspasase aquellas líneas y que Adela, que debía cuidar de su salud más que nunca, se angustiase sin motivo.

En el despacho contiguo, Miguel Ángel de Muguiro terminaba de redactar su último despacho a Madrid. A veces, le parecía que podría pasarse el día entero tecleando, pues los cambios se sucedían con tal velocidad demoniaca que cada informe quedaba obsoleto antes incluso de llegar a su destino.

> La destrucción de obras literarias firmadas por judíos ha dado el pistoletazo de salida y a toda prisa se han construido piras para este propósito. En el taller de una fábrica de cartón, la quema fue presenciada por el señor Koloszvary, secretario del Estado, y otras figuras destacadas del ministerio y de la prensa. Koloszvary pronunció un corto discurso antes de arrojar a las llamas el primer volumen, que resultó ser un poemario de József Kiss.

Tomó aire. Por una vez, no mantenía la atención fija en los abusos y atropellos de los que daba testimonio, sino en su último encuentro con *monsignore* Angelo Rotta. El nuncio, que no había tardado en denunciar la precaria situación de los judíos, en particular la de aquellos que se habían convertido a la fe cristiana y que por su sangre sufrían el mismo destino que el resto de los hebreos, se alzaba como la figura central en torno a la cual se congregaban los

diplomáticos de las embajadas neutrales. En Hungría, país mayormente católico, la suya era una opinión que se temía y se respetaba, pero no se trataba tan solo de eso. Rotta, pese a ese rictus severo que solo los allegados sabían que no suponía más que una máscara, poseía el coraje suficiente y la determinación necesaria para remar en aquellos mares revueltos en los que se encontraban. Hasta de caminar sobre las aguas habría sido capaz, de ser preciso.

En estricta confidencialidad, Rotta le había confesado que Carl Lutz, el embajador suizo y uno de los más veteranos en el puesto, había comenzado a expedir cartas de protección para los judíos de Budapest. Familiares, no personales, pues los rumores de una posible oleada de deportaciones se extendían, a pesar de las promesas del gobierno y del propio Consejo Judío.

De Muguiro mordió la patilla de sus gafas de montura fina. Pensaba en el decreto de Primo de Rivera que le había mentado a Sanz Briz. Más que recurrir a él sin autorización, en vistas de la tardanza con la que recibía comunicaciones de Madrid, temía los motivos que podrían empujarlo a seguir la estela de su compañero diplomático.

XVIII

Ádám Farkas de Batthyány, hijo pródigo, retomó el viejo hábito de la misa semanal antes de que abril llegase a su fin. Ni la Pasión de la Semana Santa lo había conmovido ni los bombardeos, que llegaban certeros a las diez de la mañana y las nueve de la noche, le habían hecho temer a Dios. El motivo de su reconversión, mucho más humano, radicaba en los dos diplomáticos españoles, caras habituales de la congregación de *monsignore* Angelo Rotta.

Confiaba en ellos aunque no lo hiciese en el gobierno al que representaban; esa fe se remontaba a la conversación que habían tenido los tres en enero, pero también le venía de segunda mano, a través de las relaciones más estrechas que tanto su padre como su hermana mantenían con ambos. A pesar de ello, aunque los hubiese citado a puerta cerrada, con el secretismo que el tema exigía, habría sido incapaz de comunicarles todo lo que sabía acerca de la precaria situación de los judíos sin comprometer a Sándor Rozenfeld, a Richárd Friedl y al Hashomer Hatzair. Ni el uniforme que portaba ni los lazos que aún lo unían con el ejército podían explicar la información de que disponía, que distaba de la que difundía el Consejo Judío.

Cada domingo entraba en la iglesia, se sentaba junto a su familia en un banco próximo a los españoles y se metía lo mejor que podía

en el papel. Dios era el camino, la verdad y la vida; Ádám, tan ateo como lo había sido en las noches más crudas del Don, sabía que Él suponía la vía más directa para estremecer a De Muguiro y a Sanz Briz. Por las tardes, compartía la misma mesa del Centrál o el Kis-Gerbeaud de *les trois mousquetaires* (como había acabado apodando al trío formado por Erika, Pál Széchenyi y János Messik). Por las noches, redactaba el borrador de una carta anónima que, llegado el momento, enviaría a la embajada española para detallar la tragedia que se cernía sobre los judíos de Hungría.

A Jonatán le escribía constantemente. Cartas larguísimas, que jamás pasarían la criba del censor, ya que no habría podido resumir en las veinticinco líneas que admitía la Cruz Roja ni aunque se pasase la noche en vela corrigiéndolas. Cartas que se tragaban las llamas cuando la tinta estaba aún fresca, que garabateaba en el dorso de albaranes viejos y de facturas vencidas para burlar el racionamiento de papel. Hacía meses que ni los Rozenfeld ni él recibían noticias de su amigo más querido. Había desaparecido en la niebla como Petőfi.[36]

En algún lugar de la frontera polaco-eslovaca,
25 de abril de 1944

Caminaron durante días, siguiendo el cauce del río y las indicaciones del mapa. Avanzaban al abrigo de la noche, para que la penumbra ocultase sus cabezas rapadas y los huesos que se adivinaban, finísimos, bajo los trajes holandeses que los camaradas les habían conseguido. Hasta que las agotaron, su sustento habían sido las

reservas de pan que habían apartado, con extrema diligencia, en Auschwitz. Entonces, y solo entonces, se atrevieron a pedir ayuda a los lugareños que se encontraron durante la penosa travesía.

Quizá el hambre reconocía al hambre y la solidaridad de quienes menos tienen les había salvado la vida. O, quizá, existía pese a todo cierta deidad que los observaba y, con su mano, apartaba todas las trampas: los colaboradores, la debilidad que arrastraban desde el campo, las balas de los gendarmes que los habían divisado el sexto día. Aun así, ellos no podían creer en la providencia, hacerlo habría supuesto admitir que aquellos ojos que velaban por ellos habían presenciado también, impasibles, las torturas y los crematorios del *lager*.

—¿Veis ese bosque ahí enfrente? —les dijo su guía—. Es Eslovaquia. Los alemanes patrullan esta zona cada tres horas. Por la cuenta que os trae, esperad hasta que veáis al siguiente grupo. Solo entonces tendréis la oportunidad de cruzar la frontera sin que os descubran.

La arbitrariedad del destino, por una vez, había sido amable con ellos. Tras huir de los gendarmes, habían ido a parar a la cabaña de un viejo matrimonio de campesinos con más dignidad que miedo. Los habían alimentado y alojado mientras recuperaban fuerzas. Las zapatillas que Walter Rosenberg calzaba se las había entregado el marido, pues los pies se le habían hinchado hasta el punto de impedirle calzar las botas.

Como última muestra de humanidad, el polaco los acompañó, a través de la espesa vegetación, hasta el punto exacto en el que se encontraban. A cincuenta metros de distancia los esperaba la patria que no pisaban en años.

—Muchas gracias —tanteó Fredo, que le tendió la mano para que se la estrechase—. No existen las palabras para agradecer lo que has hecho por nosotros.

—No hay necesidad de pronunciarlas, entonces —terció el viejo—. Me conformo con haberos sido de ayuda. —Dejó caer con fuerza la palma sobre el hombro de Walter—. ¡A ver si aguantan las zapatillas!

Apartó la mano, y su tacto permaneció en la piel del joven unos instantes más, como un fantasma. Sin ánimo de alargar la inevitable despedida, desapareció entre los mismos árboles que los habían protegido durante la caminata. Luego los fugados se agazaparon tras los arbustos y aguardaron. Contaron en silencio, más por nostalgia o costumbre que por necesidad, hasta que percibieron las regias figuras de la patrulla alemana.

Una procesión firme, pintada en tonos de negro y gris. Cuando desaparecieron, y el eco de sus pisadas se perdió en la enormidad del bosque, Walter y Fredo corrieron en dirección a Eslovaquia. La gran huida, plasmada en cincuenta metros. Setenta pasos o sesenta zancadas. El equivalente, en el juego de niños, al último esfuerzo en el pillapilla, cuando la mano se extiende hasta rozar la «casa», el lugar seguro.

Eslovaquia. A simple vista, nada había cambiado. El firmamento sobre ellos era el mismo de siempre, un manto infinito, recortado por las copas oscuras de los abetos; la hierba, perlada de rocío, se aplastaba de idéntica manera bajo sus pies, e incluso los sonidos y el piar de los pájaros eran gemelos a los que habían encontrado al otro lado. Para ellos, sin embargo, solo existían dos libertades: la que experimentaron al salir de su escondrijo en Auschwitz y aquella.

Se abrazaron, durante un momento efímero, conscientes de que su misión aún estaba incompleta. Debían ponerse en contacto con los miembros de la resistencia judía y los líderes del consejo, mirarlos a los ojos y obligarlos a creer que lo que les decían era verdad: solo había dos destinos para los deportados, los barracones de trabajos forzados o las cámaras de gas, y el primero bien podía ser antesala del segundo.

Dos ángeles
Mayo — julio de 1944

Bendita sea la cerilla consumida al encender la llama
Bendita sea la llama que arde en la intimidad del corazón
Bendito sea el corazón con la fuerza para detener su latido por honor
Bendita sea la cerilla consumida al encender la llama

HANNAH SZENES,
«Bendita sea la cerilla»

I

Miguel Ángel de Muguiro,
encargado de negocios de la embajada de España en Budapest
Al ministro de Asuntos Exteriores Jordana

Budapest, 22 de mayo de 1944

ASUNTO: Sobre el trato cruel a los judíos en Hungría.

Les hago llegar la carta que adjunto a continuación, que hemos recibido directamente en la cancillería a través de un «húngaro cristiano», en la que se detallan el tratamiento cruel y los constantes saqueos a los que se ve sometida la población israelita del país. En deferencia a la naturaleza urgente de los atropellos que describe, les ruego no desestimen el contenido expreso en esta misiva.

A pesar de la identidad anónima del autor, les aseguro que cada punto coincide con los rumores que han llegado a esta legación, tanto de boca de la propia comunidad judía como a través de medios diplomáticos.

> En Kassa se convocó a los judíos a una reunión y, después de despojarlos de cuanto tenían, fueron aposentados en un horno de ladrillería. Allí tienen encerrados desde varios niños pequeños hasta ancianos de noventa años. Poco a poco se les está trasladando a vagones de carga, hacia Polonia, con toda probabilidad para matarlos.
>
> En Ungvár y en Munkács ocurre lo mismo. Se les ha constreñido a vivir alojados también en el mismo tipo de hornos ladrilleros. Como alimentación reciben cincuenta gramos de pan y tres decilitros de agua por día. Los habitantes del gueto acuden con sus quejas a los cristianos en busca de

artículos de primera necesidad. En Nagyvárad, exactamente lo mismo. En Kolozsvár se les obliga a vivir a la intemperie. En Nagykanizsa y en Topolya también se les embarca en vagones cerrados con destino a la muerte en Polonia.

Es imposible describir los horrores a los que se les somete. En el gueto de Újpest se les destinan dos metros cuadrados de espacio por persona. Todo esto es demasiado terrible para nosotros, los cristianos. ¿Para qué sirve la Cruz Roja, si no puede evitar todos estos horrores? ¿Por qué no protestan contra este estado de cosas los gobiernos de los países neutrales civilizados? ¿Dónde queda la cultura del cristianismo? ¿Y el amor a Cristo?

Ustedes saben muy bien que el gobierno actual se ha vendido al maligno, y estas cosas no deberían ocurrir sin suscitar protestas.

Levanto mi voz para defender la honradez de la nación contra todas estas persecuciones y me dirijo a ustedes para que tengan a bien presentar su protesta por todo lo que está pasando.

Un hombre particular y cristiano

Les ruego excusen el tono apasionado de la carta, sin duda fruto de la consternación por los crímenes denunciados. Reitero que, cuanto enumera, ha llegado también a nuestros oídos, en mayor o menor medida, a través de otras fuentes. El rumor público sobre la suerte que espera a los judíos en caso de deportación es, ciertamente, poco alentador.

A los hechos me remito al declarar que este país, hasta ahora tan ponderado, está atravesando una verdadera crisis de crueldad.

La nota, manuscrita, les había llegado hacía dos días. Debido al idioma en el que estaba redactada, el húngaro, habían tenido que recurrir al abogado Zoltán Farkas para que la tradujera. La demora al remitirla a Madrid no residía en ese pequeño trámite ni tampoco en los siguientes, destinados a corroborar al menos la plausibilidad de aquellos datos bárbaros, sino en el dolor. Tanto él como Sanz Briz lo habían percibido en el rostro de su empleado, bajo la máscara de

serenidad noble que siempre lucía. Farkas tenía un niño pequeño, apenas unos meses mayor que Adelita; católico, como su madre, y como él mismo tras su conversión, pero, testigo de la persecución del pueblo en cuya cuna había nacido, su fe flaqueaba. ¿Sería suficiente? Ante la masacre en ciernes que los acechaba, ¿arrojarían también su cuerpo a la pira?

En el silencio trémulo, en los minutos que el abogado se permitió antes de entregarles la traducción pasada a máquina, De Muguiro leyó un significado más profundo. Él no contaba solo con la protección que le brindaban su matrimonio y la fe de bautismo obtenida décadas atrás, sino también con la que le conferían su trabajo en la legación y la amistad con los diplomáticos. ¿Quién pelearía por los que carecían de tales privilegios, y quién salvaguardaría sus vidas, tan valiosas e irremplazables como la suya propia?

Con esa pregunta muda aún latiéndole en el pecho, De Muguiro se levantó, tomó el informe y lo dejó en la mesa de madame Tournée para su envío urgente.

—Mantenga mi agenda cerrada el resto del día, por favor —le indicó—, y remita a don Ángel cualquier asunto que no pueda posponerse. Tengo una reunión con el señor Ottó Komoly, el representante del Consejo Judío, y mucho que temo que pueda alargarse.

La canciller apenas alzó la mirada del teclado. Sus ojos claros centellearon tras las gafas de montura fina, pero no dijo nada. Se limitó a asentir con un gesto también comedido, y a dirigirle a De Muguiro una parca sonrisa.

—Por supuesto, don Miguel Ángel. Quédese tranquilo, que no se le molestará.

—Muchas gracias, madame.

Permaneció en el umbral un momento más. En la estricta jerarquía diplomática, él, como miembro de mayor veteranía, no habría tenido más que llamarla para que ella acudiese a su despacho y tomase el informe. Había obrado de otro modo, desoyendo aquella etiqueta que en tan raras ocasiones abandonaba, con la excusa de estirar las piernas y aprovechar ese poco ejercicio para poner sus ideas en orden. En el momento en que se hallaba cara a cara con aquella mujer discreta, de cuya vida personal tan poco conocía a pesar de los años de colaboración estrecha, se sorprendió a sí mismo deseando preguntarle por ella, por su hijo Gaston y por la manera en que las nuevas medidas los afectaban.

No pronunció palabra. Hacerlo le habría parecido un ejercicio casi egoísta, el equivalente a hundir el dedo en la llaga para comprobar, por su propia tranquilidad, que la herida no resultaba tan grave como temía. En su lugar, y antes de excusarse, sentenció:

—Su hijo es un conductor competente. ¿No es así, madame?

La mujer, desarmada por lo inesperado de la pregunta, tomó aire antes de contestar.

—En efecto, don Miguel Ángel.

—En vista de la situación en que nos encontramos y del incremento de la actividad diplomática que esta conlleva, don Ángel y yo precisaremos los servicios de otro chófer en la legación. Preferiría tener la tranquilidad de que la persona elegida sea alguien de total confianza. ¿Cree que a su hijo le interesaría la oferta que le hago?

La sonrisa de madame Tournée, que había menguado con la incertidumbre, creció de nuevo.

—No me cabe ninguna duda. Hablaré con él esta noche y, si usted no tiene inconveniente, se incorporará a su puesto esta misma semana. Es un muchacho estupendo, ya verá, a pesar de su juventud.

—Con que haya heredado solo la mitad de sus virtudes ya me doy por satisfecho. No la entretengo más, madame. En cuanto llegue, haga usted el favor de acompañar al señor Komoly a mi despacho.

—No guarde cuidado, don Miguel Ángel. Y gracias a usted, de verdad, por todo.

Al abrigo de la intimidad, De Muguiro se encendió uno de los cigarrillos que aún le quedaban de España. Una decisión melancólica, cargada de significado, que había tomado no por preferencia, sino por añoranza. Se imaginó que su esposa, con la que casi nunca trataba asuntos de trabajo, estaba allí y lo apaciguaba con sus caricias; que paseaban por aquellas avenidas que un día habían admirado por la elegancia del viejo mundo que desprendían, en los tiempos ya muertos en los que ella figuraba en las páginas de sociedad como la dama mejor vestida de las veladas a las que lo acompañaba.

Aquella paz, que se disipaba como el humo del tabaco, jamás regresaría. En su fuero interno, De Muguiro sabía que Komoly llegaría con noticias tan espeluznantes como aquellas a las que hacía referencia el anónimo. Con el representante del Consejo Judío había coincidido en una única ocasión, a través del círculo de embajadores neutrales con el que pasaba cada vez más tiempo. No muy alto, de cabello ralo, tez bronceada y complexión algo gruesa, Ottó Komoly

inspiraba cierta confianza ilustre debido a la limpieza de su mirada y a la expresión bonachona de los labios; esta primera impresión se veía afianzada por el modo pausado, casi comedido, en el que hablaba.

Bajo el mayor secretismo, Ottó Komoly lo había puesto al corriente de la existencia de quinientos niños judíos cuya emigración, quizá al Tánger español, si su gobierno y él lo consentían, apremiaba. Huérfanos presentes o futuros, pues sus padres habían sido seleccionados para las deportaciones que habían comenzado en las provincias la semana anterior, no tenían a nadie en el mundo que velase por ellos. En la reunión prevista, con toda probabilidad, le brindarían más información sobre tan penoso caso.

Apoyó el cigarrillo en el cenicero de mármol. Al otro lado de la ventana, en la calle cicatrizada por los bombardeos, ya divisaba la figura compacta de Komoly, distinguida a pesar de la estrella amarilla que llevaba cosida a la gabardina. Se preparó para el que sería un encuentro ceniciento. Antes de que acabase el mes, el Ministerio de Asuntos Exteriores les remitiría la solicitud de auxilio de la comunidad israelita de Tánger, que se prestaba a intercambiar a los menores por adultos judíos residentes en el protectorado y a correr con los gastos de esa gestión. La Cruz Roja Internacional, con la que el propio Komoly cooperaba, se haría cargo del traslado, previa autorización de Madrid y del gobierno húngaro.

II

En la biblioteca del piso de la plaza Batthyány, Jonatán había dejado un espacio cada vez más vacío con la forma exacta de su cuerpo. A Ádám, la ausencia de su mejor amigo le escocía; tan tangible era que casi sentía su tacto en el hombro y no lograba ignorarla ni con la música de la radio ni jugueteando con la pipa apagada. A pesar de la compañía que le brindaban *les trois mousquetaires* y de las noticias de Iván Boldizsár que le llegaban a cuentagotas, se sentía solo. Decepcionado y abrumado por su propia existencia, solo hallaba cierta satisfacción en la ayuda que prestaba a los *jalutzim*. El sentimiento de culpa, que no lo abandonaba jamás, lo carcomía por dentro.

Mientras aguardaba a Sándor, se entretenía haciendo girar la bola del mundo, que no consultaba desde los lejanos años del instituto. Las yemas de sus dedos acariciaban, distraídas, la frontera entre Hungría y Eslovaquia; como obedeciendo las órdenes de un director de orquesta firme y severo, se detuvieron en los puntos vulnerables, peor vigilados, que dictaminaban el éxito del *tiyul*. Desde el estante, la mirada gris de aquel par de ojos que conocía tan bien daba la impresión de querer recriminarle algo, no sabía qué.

Se irguió al escuchar el ruidito metálico de las llaves y el crujido de la puerta principal al abrirse. Sus actividades clandestinas habían

agudizado el talento adquirido en el ejército de reconocer de inmediato y a oscuras a alguien solo por la cadencia de sus pasos. Por eso, se dirigió a Sándor antes aun de ver su figura, que también le traía recuerdos agridulces, en el umbral.

—Te esperaba —le dijo, y dada la familiaridad que había entre ambos no le ofreció nada, sino que le sirvió directamente una taza de té negro—. ¿Alguna novedad?

—Rumores de todo tipo, sí —respondió Sándor, al cerrar la puerta tras de sí—. Pero no, no hay nada importante que comunicar.

Tomó asiento frente a Ádám, quien ya le tendía el documento que hasta ese momento había reposado bajo la lámpara de escritorio.

—Sobre el papel, todo está dispuesto para que tu madre y tú os mudéis aquí —explicaba el anfitrión—. Yo seré el casero y, vosotros, los inquilinos. Estaréis más seguros que en Pest.

Semanas atrás, se había publicado un decreto que legalizaba la posibilidad de reubicar a la población judía de la capital. Solo los neuróticos y los que habían oído suficientes rumores, como ellos, desestimaban las explicaciones del Consejo Judío. Nadie tenía estómago para creer en la posibilidad de la deportación o de la creación de guetos.

Siguiendo la lógica de sus enemigos, Ádám suponía que, en caso de redadas, las primeras víctimas pertenecerían al proletariado judío de Csikágó. Las citaciones se extenderían, después, de distrito a distrito, como había ocurrido con los llamamientos a trabajos forzados. Debido a su ubicación, intuía que la plaza Bethlen Gábor no tardaría en convertirse en un objetivo. El piso de Buda, al otro lado del Danubio, les otorgaría, al menos, algo de tiempo.

—¿Mandaste la carta a la embajada?

Ádám, que daba un sorbo a su bebida, asintió con la cabeza.

—Hace un par de días que Richárd se reunió con un tal Komoly —prosiguió Sándor—. Para ser miembro del consejo, el cabrón parece decente. Por lo visto está empezando a hacer presión a las embajadas neutrales.

—¿Uno calvo y ancho de hombros, no muy alto?

—No lo sé. No me implico tanto con el grupo como para asistir a ese tipo de reuniones.

Ádám lo señaló con la cucharita.

—Bien.

—¿Por qué lo preguntas?

—Vi entrar a un tipo así en la embajada esta mañana. Tardó bastante en salir.

Las cejas de Sándor temblaron.

—¿Viste? ¿Cómo que viste?

Ádám le sonrió.

—Hay una barbería estupenda en la esquina entre las calles Andrássy y Eötvös. El mejor afeitado que me han hecho nunca. Casualmente, desde las ventanas se ve muy bien el edificio de la legación.

Sándor torció la boca en una mueca a medio camino entre la sorna y la aprobación.

—¿Por qué no entregaste la nota en persona? El secretario de la embajada es tu vecino y conoce a tu familia muy bien. Escondió a la prima de tu madre durante algún tiempo, ¿no?

—Ajá. ¿Cómo crees que iba a explicarle que un hombre como yo tenga acceso al tipo de información que me proporcionasteis?

Sándor musitó algo entre dientes, casi masticando el significado de unas palabras que no se atrevía a formular en voz más alta.

—¿Y eso qué importa?

—Importa y mucho. La embajada de España tiene una carta muy buena en su baraja: nuestro gobierno admira y respeta al suyo. Al mismo tiempo, debido a su antigua alianza, es menos probable que actúe en contra de los alemanes. Cada paso que dé debe contar con la autorización previa de Madrid, y no sé el miedo que les da la derrota del Eje. No voy a poner en riesgo la confianza que los diplomáticos depositan en mí pidiéndoles a bocajarro que tomen medidas que podrían ir en contra de las órdenes de su gobierno.

Sándor estrechó los ojos.

—Tenemos razones para creer que están empezando a deportar a los judíos del campo. Tú mismo redactaste la carta.

—Sí, en nuestro idioma, una lengua que ni el secretario ni el encargado de negocios hablan. Para traducirla, necesitarían la ayuda de sus empleados húngaros, que se da el caso de que son judíos. Los diplomáticos oyeron las noticias de boca de alguien a quien aprecian, a quien conocen desde hace años, alguien que en unas semanas o en unos meses se enfrentará a ese mismo destino si nadie hace nada. —La mano con la que sujetaba la cucharilla osciló antes de posarla en el platito—. Son buenas personas a pesar del gobierno al que representan. No actuarán por política, sino por piedad. Yo puedo conmoverlos relatándoles lo que vi en el frente, pero no con esto.

—¿Y si no hacen nada? Ya han pasado dos días desde que escribiste la carta.

—Ten paciencia.

—¡¿Con qué tiempo, si se nos agota?!

Azotado de golpe por la gravedad de su situación, se llevó ambas manos a las sienes y, antes de que Ádám se le adelantase, agregó:

—Te estás jugando el pellejo por nosotros y yo te lo agradezco, de verdad, pero es mi pueblo el que están masacrando. —Se golpeó el pecho—. ¡*Mi* pueblo! Y me pides que sea paciente cuando tú no lo fuiste para sacar a mi hermano de Hungría.

Ádám separó los labios, pero Sándor fue más rápido de nuevo.

—Te lo agradezco mucho y nunca te lo podré pagar, pero a veces… —dijo—, a veces me da la impresión de que estás jugando a los clandestinos igual que Jonatán está en el Mandato jugando a los pioneros. Y los que nos quedamos aquí… —Dejó caer el índice sobre la mesa, con violencia—. Los que nos quedamos aquí somos los que estamos con el fango hasta las rodillas.

Ádám inspiró. Había hecho amago de levantarse tras la mención a Jonatán, pero ese movimiento instintivo, brusco, quedó reducido al manotazo que le propinó al bastón, que con un ruido sordo cayó al suelo. Al alzar el mentón para dirigirse a Sándor, sus ojos refulgían casi rojizos, con el ardor colérico de las grandes pinturas.

—Sé justo —repuso, gélido.

—No tengo el privilegio de serlo.

—Debemos actuar con inteligencia —insistió Ádám, tras otra exhalación, como un nadador enfrentado a aguas turbulentas—. Cualquier paso en falso puede condenarnos. No me perdonaría verme obligado a deshacer el camino andado por haberme enardecido. Tu madre y tú estaréis más seguros aquí, eso es lo importante. Sé de buena tinta que el encargado de negocios de la legación española se está quejando a su gobierno de la situación.

Por lo que parece, además de haber recibido la carta, ha entablado conversaciones con un representante del consejo. Y no un representante cualquiera, sino uno que cuenta con la rara aprobación de Richárd, que no es poca cosa. Sé que lo que te pido es difícil…

Alterado, Sándor se separó de la mesa. Sin preocuparse por el ruido penetrante que hizo la silla al apartarse ni por el respingo que dio su interlocutor ante el latigazo de dolor, precisó:

—Es imposible. No estamos hablando de salvarnos a mí o a mi madre o a Richárd. Estamos hablando de los desconocidos, de los que no nos son nada, de aquellos a los que, si las informaciones son ciertas, están deportando y masacrando en las provincias. ¿Cómo podemos tener paciencia cuando un día, un solo día, podría marcar la diferencia entre quién vive y quién muere?

III

—¿Puedo hablar contigo un momento?

El secretario Mirosław abordó a Jonatán mientras comían, entre las tazas de sucedáneo de café y un azúcar que, más que endulzar, mantenía alta la moral. A pesar de los papeles falsos, bastante buenos, que les había conseguido el Hashomer Hatzair y que les permitían desplazarse por el pueblo, Dinah y Jonatán carecían de cartillas de racionamiento. El sustento del grupo lo repartían entre todos, como Bloomsbury y los partisanos hacían en la montaña. El hambre se burlaba con cigarrillos, cada vez de peor calidad, y el sentimiento comunitario que nacía entre camaradas.

Jonatán se volvió hacia Mirosław, que tomaba asiento frente a él. En deferencia a esa solidaridad, le entregó el pitillo que acababa de liar.

—Tú dirás —repuso, mientras se preparaba otro para sí mismo.

Mirosław echó un vistazo en derredor antes de responder, costumbre adquirida en las operaciones clandestinas que no lo abandonaba siquiera entonces, cuando estaban los dos solos en la cocina del piso que habían conseguido para los paracaidistas. Siguiendo la misma lógica, se inclinó más hacia su compañero y le habló en voz muy baja.

—Se trata de un tema de máxima importancia que comparto contigo no en nombre del consejo, sino como *jalutz*.

Jonatán, a su vez, se acercó más a él. En la intimidad de la cama compartida y también en las montañas, cuando se reunían con Bloomsbury para intercambiar información, Dinah y él se lamentaban de la actitud del consejo, cuya reticencia a la resistencia armada los había empujado a colaborar con organizaciones clandestinas como el Hashomer Hatzair. El alzamiento, sabían, era cuestión de meses.

—Un vecino, un hombre de mi total confianza, está alojando en su casa, bajo identidades falsas, a dos refugiados que nos envía el Consejo Judío de Bratislava.

Jonatán estrechó los ojos.

—Acabas de decirme que no vienes en nombre del consejo, sino como *jalutz*.

—Precisamente. Estos dos refugiados de los que te hablo son de aquí, eslovacos, pero han cruzado la frontera desde Polonia.

—¿Polonia?

—Auschwitz. Un campo de exterminio.

Jonatán se detuvo en mitad de una inspiración. Notaba la ropa muy cerca de la piel, una capa más de la que no podía deshacerse; el sudor frío le adhería la camisa a la espalda.

—Ambos trabajaban en la administración del campo, donde adquirieron información privilegiada que otros prisioneros no habrían podido obtener —prosiguió Mirosław—. Sus experiencias allí y su escape han sido verificados por varios miembros del Consejo de Bratislava. Es más, ambos han escrito un informe que detalla los crímenes cometidos en los campos y… y las subsecuentes masacres que los alemanes planean. Según he podido comprobar, se ha

entregado una copia del informe al Consejo Judío de Budapest. No sé qué gestiones…, qué negociaciones están haciendo ahí, pero yo creo que no podemos esperar. En el campo ya están empezando a deportar a la gente…

Jonatán lo hizo callar alzando una mano. Él también había oído aquellos rumores, confirmados por los pocos que habían logrado huir y cruzar la frontera. Las ojeras que le acartonaban la mirada daban testimonio de la desazón que lo devoraba por dentro y de la culpa, ardiente como una llama, de la que no podía desprenderse.

—¿Cuánto tiempo hace que se remitió el informe a Budapest?

Mirosław bajó los párpados. Un instante de congoja, de desesperación.

—Según Boby, el vecino del que te hablo, los refugiados ya llevan en su casa dos semanas.

—¡Dos semanas! —bramó Jonatán, y golpeó la mesa como signo de exclamación—. ¿Cómo que dos semanas? ¿Pero tú te das cuenta de la de transportes…, la de vidas humanas que hemos condenado en esas dos semanas? ¿Por qué no se nos ha puesto al corriente de inmediato? Podríamos… —Bajó la voz—. Podríamos haber informado a los británicos en el tiempo que llevamos mano sobre mano. ¡Me cago en la puta, Mirosław!

—Estoy de acuerdo contigo, ¿entiendes? Estoy de acuerdo contigo —jadeó el secretario, tras intentar en vano meter baza e interrumpirlo—. No sé por qué no os han dicho nada. Ni yo mismo he estado enterado hasta ahora y por eso, porque sé que el informe es cierto y urge que se difunda entre los aliados, he venido aquí.

Jonatán no dijo nada. Todo su cuerpo se echó hacia delante, en posición de oración, cubrió los ojos con los dedos, impregnados del

olor a nicotina, y se forzó a creer que ese era el motivo del picor ardiente que lo invadía.

—¿Puedes conseguirme una copia de ese informe? —le preguntó a Mirosław, tras recobrar el aliento.

El joven lo miró por encima de las gafas estilo Quevedo.

—Puedo hacer algo mejor: os llevaré a Dinah y a ti con los refugiados.

«He de mostrarte algo», le había dicho De Muguiro. «He de mostrarte algo», como un maestro que guía al alumno en la oscuridad. Lo que Sanz Briz vio con sus propios ojos era una serie de inmuebles desperdigados por la capital. En ellos, centenares de muchachos judíos, huérfanos, aguardaban el destino que la vida se empeñaba en ponerles delante.

Les entregaron pan y mermelada (mermelada auténtica, no aquella mezcolanza a base de pulpa de raíz de remolacha que ya habían apodado «mermelada de Hitler»). El consuelo de que existía una mano amiga tendida hacia ellos también, a falta, de momento, de una fuente de esperanza más tangible. En aquellos rostros cerosos y amarillentos, de ojazos enormes y mejillas que se hundían por el hambre que ya empezaba a causar el racionamiento, Sanz Briz solo veía a sus hijos; a Adelita, cuyas fotografías atestiguaban lo mucho que había cambiado en su ausencia, y al bebé que Adela llevaba en su vientre.

—En la escuela tuve un profesor de religión al que apreciaba mucho —le dijo a su superior más adelante, en la privacidad del

despacho de la legación—. Decía que las personas somos la respuesta a las oraciones de los demás.

De Muguiro asintió quedo, con las pupilas fijas en sus propias manos, y no en Sanz Briz.

—Esa es también mi opinión. Llevo días enzarzado en negociaciones…, quebrándome la cabeza por esos muchachos que no tienen a nadie que vele por ellos… En vista de que el coste monetario y la logística correrían a cargo de la Comunidad de Israelitas de Tánger y de la Cruz Roja Internacional, he conseguido autorización de Madrid para su desplazamiento al protectorado. Ahora falta la pieza clave del rompecabezas, el visto bueno del gobierno húngaro, y eso es harina de otro costal.

—¿Un hueso duro de roer?

De Muguiro emitió un suspiro asmático, fatigoso, semejante al sonido de un acordeón.

—Es una cosa terrible. En toda mi carrera diplomática… jamás, hasta ahora, temí perder los estribos y la compostura. La situación es insostenible, Ángel. El anónimo que recibimos no puede desestimarse. Las conversaciones que he mantenido con el señor Komoly y las reuniones de embajadas neutrales que lideran *monsignore* Rotta y don Carl Lutz tampoco son alentadoras. Estoy siendo tajante en mis despachos a Madrid, pero, que esto quede entre tú y yo, mucho me temo que el gobierno húngaro también está informando a España sobre mí.

Ángel se echó hacia atrás en la silla de manera instintiva. Por primera vez en los años que llevaba en Budapest percibía a simple vista el peso de los años en la tez olivácea de su superior.

—¿Por qué piensa usted eso? Si lleva al timón de la embajada desde hace años, y con un tesón encomiable.

De Muguiro ladeó la mano.

—Intuición de lobo viejo, supongo…, el trato frío con el que me reciben en los ministerios…, nuestra embajada carece del poder de la suiza o de la influencia de la Santa Sede. Los húngaros, que nos consideran un país afín, se están tomando nuestra actitud moderada tras la ocupación como un desplante. Por eso quería que vieses la situación en la que se encuentran esos huérfanos y que estuvieses plenamente al tanto de mis negociaciones con la Comunidad Israelita de Tánger. En el caso de que me quiten de en medio…

—No piense usted eso, don Miguel Ángel.

El hombre, que trataba de calmarse haciendo girar los pulgares sobre sí mismos, negó con la cabeza.

—No puedo evitarlo. Me preocupa lo ardua que pueda ser la tarea que nos queda por delante, pero no la posibilidad de tener que cederte el testigo. ¿En qué mejores manos estaría la legación que en las tuyas?

Sanz Briz esbozó una sonrisa casi fantasmal.

—En las suyas. Pero no se preocupe, si, Dios no lo quiera, sus temores se cumplen, continuaré con la labor que usted ha empezado.

—De eso no me cabe ninguna duda. Llevo días dándole vueltas al decreto de Primo de Rivera. Don Carl Lutz está empezando a extender pasaportes y cartas de protección no solo a personas particulares, sino a familias enteras. Tal es la necesidad.

Una arruga muy fina se dibujó en el entrecejo de Sanz Briz.

—¿Cree usted que deberíamos pedir autorización a Madrid para hacer lo mismo?

—Quizá en el futuro. Primero quiero solucionar el asunto de esos muchachos que han de emigrar al protectorado. Después, garantizar la protección de Farkas, de madame Tournée y de sus respectivas familias. Pero si los crímenes que denunciaba el anónimo son ciertos y se extienden también a la capital…, nuestro deber cristiano y humano es actuar.

IV

Dinah y Jonatán leyeron el informe ahí mismo, en la estrecha cocina de Boby Reich, antes de sentarse a hablar con los refugiados. La copia, mecanografiada en eslovaco, estaba escondida detrás de un retrato de la Virgen María. Mirosław, con movimientos pausados, no carentes de cierta ceremonia, la retiró y se la entregó antes de dejarlos solos.

Iniciaron la lectura sentados uno junto a otro, al estilo de los niños de escuela que comparten el libro de texto indicado por el maestro. Debido a su naturaleza, las treinta y tres páginas les tomaron horas. Aprendieron a adelantarse a las emociones del otro, a las lágrimas que por orgullo y rabia no dejaban salir, a la congoja que los empujaba a detenerse un instante para recobrar el aliento o caminar por la sala para calmar los nervios.

> El 13 de abril de 1942, cargaron a nuestro grupo, compuesto por mil hombres, en vagones de ganado en el campo de tránsito de Sered. Se cerraron las puertas para que nada revelase la dirección del viaje. Cuando se abrieron, tras un largo rato, nos dimos cuenta de que habíamos cruzado la frontera eslovaca y nos hallábamos en Zwardon.
>
> Hasta entonces el tren había sido custodiado por guardias Hlinka, pero a partir de ese momento fue tomado por las SS. Tras desenganchar un par de vagones de nuestro convoy, proseguimos el trayecto hasta llegar, entrada la noche, a Auschwitz…

Mientras Jonatán se lamentaba de la impotencia que hacía mella en él en el Mandato, cuando el hebreo se le enredaba todavía en la lengua al hablar, cuando solo pensaba y contaba en húngaro y su nombre aún le pertenecía, a un adolescente más joven que su hermano lo destinaban a Auschwitz. No existían diferencias entre ambos, salvo las amistades y el lugar de nacimiento. Mientras uno colaboraba con la Haganá para meter a judíos clandestinos en Palestina, el otro trabajaba hasta la extenuación con tan solo un litro de sopa y trescientos gramos de pan al día para sostener sus fatigas.

Según el informe, en la primavera de 1942, a los judíos eslovacos que llegaban a Auschwitz les tatuaban en la piel una cifra a partir de 28.000. El *lager* albergaba, de acuerdo con la estimación proporcionada, 15.000 prisioneros. Puesto que los números, en particular aquellos que habían identificado a prisioneros soviéticos fallecidos, se reciclaban, resultaba imposible delimitar la cantidad de personas que habían estado hacinadas en el campo hasta la fecha.

A la semana, solo en el bloque al que pertenecían los autores del informe, los finados ascendían a las 2.000 personas, de las cuales unas 1.200 habían sucumbido debido a las condiciones infrahumanas de Auschwitz; las 800 restantes habían caído víctimas de la selección o, en otras palabras, de la ejecución por medio de gas.

> Una puerta y unos cuantos escalones conducen a una cámara larga y estrecha. Para engañar a las víctimas, las paredes se camuflan de modo que parezcan la entrada de una ducha. En el techo se sitúan tres escotillas que pueden cerrarse herméticamente desde fuera. Un camino conecta la cámara de gas con el crematorio. El gaseamiento transcurre de la siguiente manera:
>
> Se acompaña a las desafortunadas víctimas a un vestíbulo, donde se les

indica que se desvistan. Para completar la ficción de que van a recibir un baño, dos hombres con bata blanca entregan a cada persona una toalla y un trocito de jabón. A continuación, se las hacina en la cámara de gas, en la que, debido a sus proporciones, deben esperar de pie.

Para comprimir a semejante multitud, a menudo se recurre a disparos al aire, que empujan a los situados en los extremos a apretarse más contra los cuerpos de sus compañeros. Una vez que se encuentran todos dentro, las puertas se cierran. Sigue una pausa breve, suponemos que para permitir que la habitación alcance la temperatura correcta. Cuando la consigue, 55 hombres con máscaras de gas suben al tejado, abren las escotillas y agitan el producto en polvo que contienen unas latas etiquetadas con el nombre de CYCLONE, «Para uso como pesticida».

Se presupone que es una mezcla de cianuro de algún tipo que se transforma en gas a cierta temperatura. Al cabo de tres minutos, todos los que han entrado en la cámara están muertos. Hasta la fecha, no se tiene constancia de que nadie haya sobrevivido al gaseamiento.

Terminada la ejecución, se abren las puertas y se airea la sala. Los cuerpos se retiran en carretas especiales para después apilarlos en camiones con destino al crematorio. La capacidad total de los cuatro complejos de crematorio y cámara de gas en Birkenau es de 6.000 personas al día.

Entre los propios prisioneros se seleccionaba un *sonderkommando* encargado de llevar a cabo las ejecuciones en las cámaras de gas. Trabajaban en turnos de noche y día, de modo que, en el momento de la huida de los refugiados, centenares de miles de personas ya habían sido gaseadas. El documento detallaba los transportes continuos, cuyos orígenes se encontraban en casi toda la Europa ocupada; el exterminio sistemático de los guetos de Polonia, las epidemias de tifus y las infecciones constantes que, junto con la inanición y el cansancio, aniquilaban a los reclusos a puñados.

No existía, que ellos supiesen, precedente de su fuga.

Jonatán y Dinah se concedieron unos instantes más de soledad antes de reunirse con los refugiados. Ninguno de los dos hizo ni dijo

nada. Se quedaron muy quietos, la espalda contra la pared como condenados ante el paredón de fusilamiento.

Jonatán tomó asiento frente al muchacho en la misma cocina en la que Dinah y él se habían enfrentado al informe; al otro lado de la pared, en la salita, ella hacía lo mismo con el otro prisionero fugado. El plan, forjado tras una corta deliberación, consistía en interrogarlos de manera paralela para comparar ambas versiones de la historia antes de informar por radio a los británicos. En cuanto se encontró cara a cara con el chico, casi se avergonzó de su decisión. Una procesión de culpas lo asediaba: la emigración al Mandato, la familia que había dejado atrás, los meses de espera en El Cairo, la salud que exhibía su cuerpo…, incluso el destino, contenido en un documento de treinta y tres páginas, que había burlado.

—Si queréis comprobar que no mentimos —repuso el refugiado—, ya nos tomaron declaración en Bratislava. Jozef le contará a tu compañera lo mismo que yo a ti, que a su vez es justo lo que acabas de leer en el informe.

El tono era frío, desapasionado y casi aburrido. Las frases, que parecía que escupiera, secas, despojadas de toda artificiosidad. A Jonatán, algo en él le recordaba a Sándor. Las similitudes no residían en el terreno de la corporeidad; nada en aquel rostro anguloso, descarnado y prematuramente envejecido evocaba el aspecto de su hermano. Debía de tratarse de algo más profundo, de algún gesto o movimiento o, tal vez…, tal vez, sí, radicaba en la postura, aún segura a pesar de las penurias. Cierta chispa en la mirada, en los ojos oscuros y sesgados, le inducía a pensar también en Ádám. Allá

donde fuera buscaba indicios de que la vida que había abandonado le esperaba aún, contra todo pronóstico. Incluso en el infierno que reflejaban los iris de Rudi Vrba.

Era un ser humano mirando a otro ser humano.

—Lo siento —tanteó.

Su propia insuficiencia lo humillaba. Se abochornaba de no tener nada que ofrecerle, excepto un par de cigarrillos y dos oídos para escuchar una historia que a Rudi ya se le atragantaba de tanto repetirla. Ni siquiera las promesas de hacer llegar el informe a los aliados podrían borrar las torturas sufridas.

Empezó, pues, por su nombre.

—Me llamo Jonatán —dijo—. Jonatán Rozenfeld. Nací el 16 de enero de 1919 en Budapest, el primogénito de László Rozenfeld e Ilona Czitrom.

Un temblor muy ligero, casi imperceptible, atravesó el labio superior de Rudi Vrba.

—Boby Reich te presentó como Shiloh.

—Es el nombre que adopté en el Mandato —aclaró, sin entretenerse en explicar el contexto en el que adquirió aquella identidad—. Shiloh Hermesh. Hermesh, en hebreo «guadaña», y Shiloh, que puede significar tanto «El regalo del Señor» como el adjetivo «tranquilo, sereno».

El juego de palabras no impresionó a Rudi. Cambió de postura en la silla; al cruzar y descruzar las piernas sus ojos, inescrutables, no rompieron la pesadez del contacto visual.

—No sé si es muy seguro utilizar un nombre hebreo por aquí.

Jonatán le sonrió.

—Pues no, la verdad. Según los papeles que llevo encima, soy Oliver Horvát, de Kassa, en el Felvidék. Un alias ario que, además, explica el acento.

Rudi alzó una ceja poblada. Con dos dedos se acariciaba distraídamente el extremo, que se rizaba.

—Muchos nombres para una sola persona.

—Sí. Quizá me hayan salvado de que mi próxima identidad no sea una cifra tatuada en la piel.

Las comisuras de Rudi se curvaron. Puesto que no se había movido, aquellos cinco números en el antebrazo (44070) quedaban a la vista, testigos mudos de la barbarie de la que había huido.

—Antes de la guerra, era doctorando en Lingüística —continuó Jonatán—. Respeto las palabras y los significados que se encierran en su interior. Puesto que no soy capaz de contener en ellas el impacto que me ha producido tu informe, no diré nada. Mi padre murió en Ucrania, mientras realizaba trabajos forzados, pero creo que todavía tengo familia en Budapest. Una madre. Si no ha recibido una citación, un hermano más joven que yo. —Se mordió las mejillas para amordazar el llanto que quería salir—. Si lo han destinado a un batallón disciplinario en la frontera, quizá se encuentre entre los primeros transportes a Auschwitz. Tal vez lo llamaron pronto y, como mi padre, hace tiempo que dejó de existir.

Clavó ambos codos en la mesa de manera que el cuerpo, trémulo, casi rozaba el de Rudi.

—Mi compañera y yo vinimos desde el Mandato para luchar por nuestro pueblo. Podemos comunicarnos por radio con el Ejército Británico. Transmitir la totalidad del informe es imposible, pero les haremos conocedores de su existencia, de los métodos de ejecución

y del número estimado de víctimas. Eso para empezar. Después, encontraremos la manera de mandarles una copia física del mismo a los aliados. —Se inclinó más hacia él—. Ahora sabes cuánto me urge a mí, en lo personal, que estos crímenes se conozcan. Podría detener la deportación, al menos, de mi madre. Y de mi hermano también, si continúa con vida y en Budapest.

Siguió un silencio largo y oscuro. El rostro frente a él, impasible, no dio signos de conmoverse ni ante la confesión ni ante la proximidad a otra persona. Con la voz clara, estéril, que lo caracterizaba, siseó:

—Walter Rosenberg. Ese es mi nombre de nacimiento. Según me han contado, Rudolf Vrba era un vecino de Eslovaquia cuyo certificado de defunción nunca se firmó. Ahora vivo con su nombre. Quizá en Auschwitz alguien muera con el mío.

V

Junio entró de golpe en la capital derramando aires de verano. El calor en Budapest, tan asfixiante y agónico como el de Madrid, parecía quemar el asfalto con una extraña crueldad. Las ventanas de la legación permanecían abiertas de par en par, excepto en las habituales horas de los bombardeos, que, de no ser por las víctimas, los ciudadanos se habrían tomado ya como un trámite más de la ocupación. Los viandantes se movían con mayor parsimonia, como abrumados por el aumento de las temperaturas que había llegado como una emboscada, sin pedir permiso ni rendir cuentas a nadie.

De Muguiro, contagiado por el abrazo mortal del estío, cruzó el umbral de la embajada despacio. Cada gesto (la gabardina y el sombrero que colgó en el perchero, el saludo a la canciller, los pasos en dirección al despacho) era calculado, sombrío y muy pesado; daba la impresión de que, para aunar el esfuerzo que cada actividad requería, tuviera que recurrir a un poder sobrehumano.

—Me las he ingeniado para extender visados españoles a los quinientos muchachos y a los setenta adultos que debieran acompañarlos a Tánger —explicó mientras se sentaba, ante la mirada inquisitiva de Sanz Briz—. Su partida está fijada para el día 13 de este mes. La fecha se acerca, pero el Reich no ha dado aún su

consentimiento, sin el cual esos pobres huérfanos no podrán abandonar el país.

Ángel dejó a un lado la estilográfica para volcar toda su atención en De Muguiro. Los últimos tres meses no habían sido amables con él. En su rostro regio, imponente, cuajaban unas arrugas que ni el sol ni la edad podían justificar; en el pelo engominado, antaño negro azabache, se hilaban unos mechones plateados que refulgían bajo la luz de aquel mediodía.

—Tenemos tiempo —le aseguró como un sacerdote al dispensar la absolución—. La Comunidad de Israelitas de Tánger y la Cruz Roja Internacional están ejerciendo mucha presión. Madrid ha autorizado el desplazamiento de los menores y parece que el gobierno húngaro está dando su brazo a torcer.

De Muguiro exhaló. A medida que abría el maletín y sacaba de él una serie de documentos que depositó con mimo sobre el escritorio, repuso:

—Parece, pero sin el consentimiento explícito del Reich están atados de pies y manos. No es eso lo que me angustia. —Extrajo de la carpeta una carta mecanografiada y se la entregó a Sanz Briz en mano—. Mucho me temo que esta será una batalla que tengas que librar tú. He tenido una larga conversación con el nuevo subsecretario de negocios extranjeros. En ella, me ha acusado de hacerme eco de la propaganda aliada y de influenciar a nuestro gobierno en contra de Hungría. Mis actividades diplomáticas me han convertido en una persona *non grata*, como atestigua el despacho oficial que el subsecretario ha tenido el detalle de remitirme.

Un temblor recorrió el rostro de Ángel. Entre el índice y el pulgar sostenía aquel documento brevísimo.

En verdad, no podemos entender la posición de España, cuando Hungría sigue siendo el mismo país, con el mismo jefe de Estado que continúa gozando de todos sus derechos soberanos, en virtud de los cuales ha constituido el nuevo gobierno. Por otra parte, nuestro gobierno rige el país con plenas facultades y sin intervención alguna de las autoridades alemanas. La ocupación de nuestro territorio por las fuerzas del Reich es una medida simplemente militar, realizada de común acuerdo entre ambas potencias soberanas, para la defensa del país y la lucha contra el bolchevismo.

La propaganda con que la radio y la prensa aliadas bombardean los países neutrales no debe ser tomada en consideración, y el gobierno español debería tener como única fuente de información los comunicados que reciba de su representación en Budapest.

Arrojó el papel sobre la carpeta, un arrebato de apasionamiento poco común en él.

—Pero… esto es una afrenta. No creo que a España, precisamente, se la pueda acusar de dar la espalda a la cruzada contra el bolchevismo. Que duden de usted, cuando sus acciones a lo largo de su carrera dejan muy clara cuál es su posición… ¿Le han permitido, al menos, defenderse de esta sarta de acusaciones veladas?

—En efecto, me han concedido el privilegio. —Tomó aire, como un actor solitario que se dirige al público al terminar la función—. He asegurado que, desde el día de la ocupación, he dado cuenta exacta a Madrid de cuanto ha acaecido en este país. He hecho hincapié, además, en que la apreciación de los hechos que he expuesto en mis informes no depende de mí, sino del juicio que ellos mismos puedan provocar.

El vello de la nuca de Sanz Briz se erizó. En el tablero de ajedrez que a menudo constituía su oficio, esa no había sido una jugada

maestra, sino la retirada justa y dignificada de un participante al que ya poco le interesan las reglas. Una victoria pírrica que no coronaba a su superior con laureles, sino con espinas.

—He disfrutado de una larga carrera y no tengo nada de qué arrepentirme —prosiguió De Muguiro, tras interpretar de manera correcta el silencio de Sanz Briz—. La prioridad es el éxito de nuestra actividad diplomática en los momentos tan oscuros en que nos encontramos. Sin ánimo de desmerecer tus logros profesionales, tienes un gran corazón, Ángel, y un temple encomiable del que yo, quizá, he carecido. Abandonar Hungría no será una derrota porque sé que tú vas a continuar el trabajo que he empezado, mejor de lo que podría hacerlo yo.

Sanz Briz inclinó el mentón.

—De ser así, el mérito residirá en el camino que usted ha allanado y en cuanto he aprendido de su ejemplo en los dos últimos años. Pierda cuidado. Me doy perfecta cuenta del puñal que nos han lanzado al hacer referencia a las embajadas neutrales. Si lo relegan de su puesto, me encargaré de continuar su labor justo donde usted la ha dejado.

—Nunca he dudado de ello, Ángel. Eres un diplomático brillante. Por tu juventud, muchos te infravalorarán, creerán que pueden doblegar tu voluntad, pero si algo ha demostrado tu servicio durante nuestra guerra es que eres capaz de mantener el tipo y no renunciar a tus convicciones.

DE: IRENE [AGENTE]
A: FORA [CAIRO]
MENSAJE URGENTE PARA EL CUARTEL GENERAL. SE HA OBTENIDO

DOCUMENTO DE TESTIGO OCULAR SOBRE
OŚWIĘCIM. EXTERMINIO EN MASA CONFIRMADO. EJECUCIONES POR MEDIO DE GAS. VÍCTIMAS MORTALES PODRÍAN ASCENDER A 50.000. SOLICITO PROTOCOLO DE EXTRACCIÓN PARA EL TEXTO ÍNTEGRO. FIN.

DE: IRENE [AGENTE]
A: FORA [CAIRO]
DATOS A CONTINUACIÓN. CUATRO CREMATORIOS OPERATIVOS EN BIRKENAU. CAPACIDAD 12.000 CUERPOS/DÍA. MÉTODO GAS «CYCLONE». VÍCTIMAS EN SU MAYORÍA JUDÍOS EUROPEOS. ÚLTIMOS TRANSPORTES DE HUNGRÍA LIQUIDADOS MASIVAMENTE. FIN.

La verdad desnuda, reducida a las cifras y los hechos clave, azotó a Dinah y a Jonatán con su sencillez atroz. El exterminio de todo un pueblo (su pueblo) convertido en los dos mensajes cortos que transmitieron al DOE por medio de una clave de un solo uso. La primera comunicación exponía la naturaleza de la masacre; la segunda, detallaba los datos clínicos, contrastados tras las preguntas del Consejo Judío y las que ellos mismos habían efectuado.

Ambos informes que habían enviado recibieron sendas respuestas. De esa manera, el DOE se aseguraba de que ninguna línea de comunicación se perdiese.

DE: FORA [CAIRO]
A: IRENE [AGENTE]
ASUNTO: INFORME DEL 02/06
INSTRUCCIÓN: CLASIFICA MATERIAL COMO SECRETO. NO LO REPITAS. NO LO TRANSMITAS EN SU TOTALIDAD POR RADIO. RIESGO MUY ALTO DE SER INTERCEPTADO. ACUSA RECIBO.

DE: FORA [CAIRO]

A: IRENE [AGENTE]
INSTRUCCIÓN: PRODUCE 3 COPIAS. UNA PARA RESISTENCIA LOCAL. UNA PARA DEPÓSITO. UNA PARA SER TRANSPORTADA POR MENSAJERO. DESTRUYE ORIGINAL Y EL PAPEL CARBÓN INMEDIATAMENTE DESPUÉS. RECUERDA A TODO EL PERSONAL LA ORDEN 14. AGENTES DEBEN LLEVAR ENCIMA SUS L-PIL EN TODO MOMENTO. USO OBLIGATORIO EN CASO DE INFORMACIÓN COMPROMETIDA. ACUSE RECIBO.

Jonatán intercambió una mirada efímera con Dinah. Había sido ella, durante la preparación, la que había preguntado cuál sería el protocolo a seguir en caso de captura. Bloomsbury, con su voz pausada, casi ululante, masculló antes incluso de que el instructor británico pudiese adelantársele:

—Una cápsula de cianuro. Ni el agente más preparado es inmune a la tortura. Es esencial no poner en riesgo ni la misión ni a los compañeros.

Él, entonces, no había querido oírlo. Se había puesto en pie, colérico, y a punto estuvo de golpear con la palma de la mano abierta la silla en la que Bloomsbury estaba sentado.

—¡No seas cenizo! —le había reprochado—. ¿De qué nos sirve ahora angustiarnos por algo que todavía no ha pasado?

—Tenemos que estar preparados. Es una posibilidad muy real.

—Cierra el pico. Si tú eres capaz de saltar pensando que mañana podría ser el día de tu suicidio, adelante, pero no me amargues la última noche de libertad que nos queda.

DE: IRENE [AGENTE]
A: FORA [CAIRO]
ASUNTO: ÓRDENES RECIBIDAS EL 03/06
MENSAJE RECIBIDO Y COMPRENDIDO. COPIAS FINALIZADAS. UNA

ENTERRADA. UNA CON RESISTENCIA. UNA EN POSESIÓN DE AGENTES IRENE Y JAMES. L-PIL VIABLE. FIN.

VI

En la inmensidad negra de los Tatras, el bosque y la noche los recibían con ecos de muerte. Con la excusa de un cambio de objetivo comunicado por el DOE, Dinah y Jonatán se reunieron con Bloomsbury, quien debía confirmar las coordenadas exactas de un puente que los británicos querían sabotear. La consulta privada entre expertos (camaradas de los que los partisanos dependían para obtener provisiones) proporcionaba la intimidad necesaria para hablar del Informe de Auschwitz en secreto.

A pesar de la naturaleza trágica de la información de que disponían, la conversación fue breve, susurrada en hebreo por si algún partisano sospechase de ellos y los estuviese espiando. «Nosotros, que nos criamos en los valles de Gales, no respetamos el inglés —habían explicado una vez, entre risas y tabaco compartido —. Si podemos, renunciamos a ese idioma primitivo y vulgar. Vamos, es que ni punto de comparación con la poesía celta de nuestra lengua materna».

De aquella efervescencia entusiasta, fruto de haber sobrevivido al vuelo y de saberse cercanos a su destino, ya no quedaba casi nada. El coraje, quizá, y el brillo desafiante que les incendiaba las miradas.

—Tenemos que cruzar la frontera y entregar una copia del informe a las embajadas neutrales y a la resistencia judía de Budapest —

siseó Jonatán.

Bloomsbury masticó saliva, había perdido peso en las últimas semanas. En la penumbra, la voracidad de los ojos y los dientes níveos dominaban un rostro que se contraía por la tensión. La barba que, como Jonatán, se había dejado crecer (afeitarla resultaba más rápido que esperar a que naciera, en caso de precisar un cambio físico), otorgaba a su aspecto cierta crueldad salvaje, como si todo él proviniese del interior de las montañas.

—Negativo —masculló—. Es demasiado arriesgado. No podemos poner en peligro el informe y la vida de un agente siquiera. Las fronteras están más vigiladas que nunca.

—Esto no puede esperar —le aseguró Dinah, antes de que Jonatán, que ya separaba los labios, hablase.

Bloomsbury asintió con un gesto impaciente. En el uniforme harapiento, la sombra del parche que identificaba su procedencia como PALESTINA, y que él se había arrancado con los dientes para no revelar su religión, resultaba más evidente que nunca.

—Ya. Por eso mismo no podemos arriesgarnos a que el informe acabe en manos de los alemanes. No hay garantías de que quien cruce la frontera sea capaz de destruirlo a tiempo en caso de captura. Tenemos que conseguir un mensajero, alguien que pueda viajar entre Eslovaquia y Hungría, y que tenga la confianza de la resistencia judía, al menos.

Dinah se mordió una uña.

—No sé. Por una vez, creo que estoy de acuerdo con Shiloh. Según tenemos entendido, el Consejo Judío de Budapest recibió el informe por medio de contactos en Bratislava hace semanas. Pese a ello, ya han empezado las deportaciones en el campo.

Bloomsbury, agazapado como estaba, se acercó más a ella.

—Eso puede significar varias cosas: o el consejo no ha sido capaz de alertar a la población o no tiene influencia alguna sobre las embajadas neutrales o…

—O, por algún motivo, no ha comunicado su contenido. —Jonatán acabó la frase por él—. Eso explicaría también la tardanza con la que nosotros recibimos la información. —Resopló—. Mira, Bloomsbury, no siempre hemos compartido la misma opinión, pero, de los tres, tú eres el que mejor sabe mantener la cabeza fría. Lo importante es que el informe se distribuya al mayor número de personas posible y con la mayor celeridad posible. —Se volvió hacia Dinah—. Cuando Mirosław me puso al corriente de los refugiados, me aseguró que venía como *jalutz*.

Bloomsbury estrechó los ojos.

—Pertenece al Hashomer Hatzair, ¿no es así?

—Sí.

—Si tenemos suerte, estará en contacto con la célula de Budapest. Hemos de procurar que ellos seleccionen a un mensajero para que cruce la frontera, reciba el informe y lo distribuya a su regreso. —Bajó los párpados—. El éxito de esta misión también es muy importante para mí. Ese informe da testimonio del exterminio de mi familia.

Jonatán le puso una mano en el hombro, donde la piel, enrojecida de cargar la cinta de la metralleta, ardía al contacto humano.

—Ten fe, hombre.

—Ya no me queda —confesó, cada palabra una puñalada—. Hemos recibido a un grupo de partisanos que huían de Bratislava. Uno de ellos vivía en mi barrio y recordaba a mis padres y a mis

hermanos…, así como la redada tras la que fueron deportados. —Afiló los labios en una mueca lúgubre, cercana a una sonrisa pero sin la alegría que esta mostraría—. Ahora ya sé lo que hay al otro lado. Soy el único de los míos que queda en pie.

Recostado en el sillón de la salita más pequeña de la casa, con todas las persianas corridas y una toalla sobre los ojos, Ádám reconoció a su madre por la cadencia tan personal de sus pasos, de suave alpargata, y la fragancia envolvente de su perfume floral. A pesar de las diferencias que los enfrentaban, la mujer coincidía con su hija en un aspecto: su preferencia por las entradas verbales además de físicas. Ádám no tuvo ocasión de girarse para decirle nada antes de que ella preguntase:

—¿Duermes?

Como respuesta, él agitó el cigarrillo que sostenía entre los dedos, que no estaba próximo a consumirse.

—¿Alguna vez me ha visto fumar dormido, madre?

—Pues mira, cariño, es que yo de ti me espero cualquier cosa.

Lo besó en la frente, templada y húmeda por el sudor. Tras un instante de duda, en el que le acarició también el hombro, tomó asiento en la butaca junto a él.

—¿Tienes mucho dolor?

—Qué va, es que ya sabe cómo disfruto fumando a oscuras. —Le sonrió antes de que ella cometiese el error de tomar su respuesta como un ataque—. Se puede soportar. Supongo que querrá regañarme por lo del piso.

—Hijo, no te pongas tan a la defensiva, que no. Es de tu propiedad y puedes hacer con él lo que creas conveniente. Entiendo que quieras ayudar a la familia de tu amigo, que con nosotros siempre se ha portado muy bien, y, mira, me alegro de que se te haya pasado esa perra de irte a vivir solo. Además, eso es a lo que deberías dedicarte: administrar tus fincas, llevar una vida más pausada…, que sé que a tu padre le gusta mucho tenerte en la fábrica, pero no a costa de tu salud.

—No empiece, madre —resopló—. De todas maneras, lamento tener que decepcionarla. No solo no se me ha pasado la perra de irme a vivir solo, sino que además acabo de apalabrar con el teniente primero Messik un piso en la plaza Szabadság.

A cada palabra, la tez rosada de la madre fue perdiendo el color habitual hasta adquirir un tono cetrino. Cuando su hijo terminó, se llevó el índice al pómulo en gesto de derrota.

—Estás empeñado en matarme a disgustos. ¿Qué se te ha perdido a ti en Pest? ¿Qué quieres, que me maten a otro hijo? Porque con el tino que han demostrado los aliados y cómo tienes tú la pierna para bajar al refugio… ¡Y solo, claro, porque Dios te libre de que alguien se preocupe por ti!

Ádám forzó una sonrisa y, con el mismo ánimo, se llevó la mano de la mujer a los labios para besarla.

—No se angustie, madre. Pest está mejor comunicado con la fábrica. Piense además que estaré más cerca de la consulta del neurólogo. —Le dio un pellizco pícaro—. ¿Y quién le dice a usted que no tengo yo una querida que me cuide y me ayude a bajar al refugio?

La madre lo despachó con un gesto impaciente.

—Anda, anda, no te metas más conmigo. A Rózsa, por lo menos, te la llevas, que siempre se ha encargado muy bien de esta casa y así me quedo yo más tranquila.

—¡Madre! Me sorprende. Con lo mayor que es Rózsa… ¡Y de otra clase! Yo creía que usted me estaba buscando otro tipo de pretendientas.

—No seas fresco, que el disgusto que acabas de darme no tiene perdón de Dios. Ya verás cuando se lo cuente a tu padre.

—Puedo hacerlo yo mismo.

—Ahora no. Ha ido a tomar un café con el señor De Muguiro, que se vuelve a España.

—¿Que se vuelve a España? —balbuceó su hijo, tras reincorporarse—. ¿Y eso?

—Pues no lo sé, yo en esos asuntos no me meto. La edad, el avance de los rusos…, a saber. A ti te hemos excusado, claro, porque tal y como estabas…

—Pues, la verdad, me habría gustado despedirme de él. O que hubiesen tenido el detalle de consultármelo, que estoy lisiado, no completamente inválido.

—No seas terco. Lo que tienes que hacer es tomarte la medicación que te ha preparado tu hermana, echarte un rato en la cama y…

El timbre del teléfono interrumpió aquella enumeración cada vez más neurótica. Ante el ruido, estridente e inesperado, Ádám alzó las manos para hacer presión con ellas en las sienes.

—Vaya por Dios —bufó la madre mientras se levantaba para colocarle una compresa húmeda en la frente—. Anda, cariño, voy a pedirle a Rózsa que te prepare una valeriana para que te la tomes con el comprimido.

Ádám no tuvo ocasión de rogarle que no se molestase. La mujer ya se había levantado y después de besarlo, esta vez en la cabeza, en el lado opuesto de la cicatriz, abrió la puerta en el preciso momento en que la criada se disponía a hacer lo mismo.

—Ay, Rózsa, me vienes como caída del cielo. Prepárale una valeriana al niño, por favor, que las jaquecas no se le pasan.

—Por supuesto, señora. —Dio un paso más para poder dirigirse también a Ádám—. Señorito, han llamado del Ministerio de Comercio…

—¡A este número! —exclamó la madre, pero sus protestas no tardaron en verse amordazadas por la mano que Ádám alzó.

—Gracias, Rózsa —dijo y, luego, volviéndose hacia su madre—: No diga nada, le pedí a Rózsa expresamente que me pasase esa llamada en cualquier circunstancia. ¿Les ha dicho que los atenderé enseguida?

La anciana hizo oscilar la cabeza.

—Sí, señorito, pero es que tenían mucha prisa.

—¿Le habrán dejado un recado, al menos?

—Sí, eso sí. Le requieren a usted en el almacén en una hora, si es posible. No me han querido decir de qué se trata, solo que es muy urgente.

Ádám ya no la escuchaba. Se había puesto en pie, desoyendo las quejas cada vez más enérgicas de su madre, y se estiró para alcanzar el bastón.

—Tengo que ir, madre —le dijo, tras devolverle el beso, casi a modo de disculpa.

Se marchó sin dar pie a una nueva discusión. El «Ministerio de Comercio» era la clave que le había entregado a Richárd, junto con

el número de teléfono de Villa Batthyány, para casos de extrema necesidad. Que su camarada no hubiese aguardado a recibir una respuesta daba testimonio de la gravedad de la situación.

VII

En junio de 1944, Richárd Friedl y el resto de los miembros del Hashomer Hatzair preferían las reuniones en lugares abiertos, multitudinarios, en los que podían perderse entre el gentío. El parque Városliget, por ejemplo, a escasos veinte minutos andando desde Csikágó; la isla Margarita, que para Ádám todavía conservaba el sabor del último cigarrillo compartido con Jonatán, o una de tantas cafeterías en las que los escritores garabateaban sin preocuparse por la censura ya que, de todos modos, no tenían dónde publicar sus obras.

Que Richárd lo hubiese citado, y de manera urgente, en uno de los pisos francos que alquilaban bajo falsas identidades arias era significativo. Por ello, y porque sabía tan bien como su camarada que en cada doce hombres siempre hay un Judas, salió de inmediato. Iba armado solo por precaución, por si se trataba de una trampa, un trámite que no resultó necesario.

Al entrar no se topó con una emboscada, sino con el propio Richárd, sentado a la mesa, bebiendo. Aunque pálido y ojeroso, nada más en su aspecto físico o su postura delataba su turbación interior. Con un gesto le indicó a Ádám que tomase asiento frente a él y, mientras este lo hacía, le sirvió un vaso de agua.

—No sabía si vendrías —sentenció—. Primero llamé a la fábrica, pero cuando la secretaria me comunicó que no estabas le dije que volvería a hacerlo en otro momento. Al intentarlo en tu casa, me tomó el recado la criada.

—Una mujer de mi total confianza. Lleva trabajando para nosotros desde que yo era un niño de teta y, te lo aseguro, no habrá sospechado nada. La tuya no es la primera ni será la última llamada de trabajo que atiendo en nuestra residencia privada. —Con mano temblorosa aceptó el agua que el compañero le ofrecía—. Quien no sabía muy bien con qué iba a encontrarse era yo. Temía que fuese una trampa de la Gestapo.

Richárd sacudió la cabeza.

—No temas, estamos seguros. Utilicé el teléfono de una taberna, también de nuestra absoluta confianza, por eso no quise perder tiempo. Muchas gracias por venir tan rápido. —Lo observó con más detenimiento—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, es este maldito calor, que me da unas jaquecas terribles. Pero no te preocupes, de esta no me muero. —Se puso serio. Sus manos, extendidas sobre la mesa, casi tocaban los antebrazos de Richárd—. Debe de ser un asunto de extrema urgencia, si me citas aquí y con tanta premura.

Su compañero no se entretuvo con grandes preámbulos. Sus ojos, estrechos, estaban fijos en Ádám, solo las comisuras de los labios se sacudían con un tic poco usual en él, testimonio del nerviosismo que tanto procuraba ocultar.

—Quizá sea lo más urgente que voy a pedirte jamás. A través de un enlace de la frontera, nos han hecho saber que en Eslovaquia hay un documento que nos deben entregar a nosotros y también a las

embajadas de los países neutrales de la ciudad. Debido a su importancia, y a los crímenes que se exponen en él, no podemos arriesgarnos a que uno de los enlaces habituales cruce la frontera con él y acabe en manos de la Gestapo. El mensajero debe ser alguien con papeles arios, auténticos o una falsificación casi perfecta, que no despierte sospechas y que ni los Hlinka ni los gendarmes cacheen.

—Un hombre como yo —resumió Ádám ofreciéndose a fin de que su compañero no tuviese que pasar por el trago de tener que pedírselo—. La fábrica es esencial para la industria militar, ya tenemos preparados permisos y salvoconductos para cruzar la frontera y papeleo que atestigua nuestros negocios con el Reich. Ser veterano del Don todavía inspira algo, no sé si respeto o lástima, pero una cosa muy rara tendrá que pasar para que interroguen de manera exhaustiva a un héroe de Hungría lisiado. —Se inclinó hacia Richárd—. ¿Qué es este documento tan urgente que no puede caer en manos de los alemanes?

La respuesta de Richárd fue inmediata, una bala en la recámara que no admitía contemplación alguna.

—Pruebas de la masacre sistemática de los judíos en Polonia. Según nos han comunicado, hace unas semanas dos prisioneros se fugaron de un campo de concentración. Han escrito un informe en el que dan datos de los métodos de ejecución, planos del recinto, número de víctimas y su procedencia, todo. Ya se está distribuyendo en Eslovaquia, pero es muy importante que llegue a Hungría lo antes posible. Podría ser clave para paralizar las deportaciones. —Recortó la distancia que lo separaba de su camarada—. Tengo confianza en el embajador suizo, Carl Lutz; trabajó en el Mandato antes de ser

destinado a Budapest y es consciente de nuestra situación. Está empezando a extender cartas de protección a familias judías. Si ese documento llega a su poder, sé que podrá ejercer presión sobre el gobierno. Probablemente lo compartirá también con otras embajadas neutrales. Creo que conoces un poco a los españoles, ¿no?

Tras un gesto de asentimiento voraz, Ádám repuso:

—Sí, pero justo hoy me he enterado de que el encargado de negocios regresa a España. Es él quien ha estado informando a su país sobre las medidas antijudías; yo mismo le confirmé los abusos que reciben los trabajadores forzados a manos del ejército.

Richárd bajó las cejas.

—¿Crees que se lo han quitado de en medio por protestar? Me imagino que España, en lo político, es bastante afín a nuestro gobierno.

—En teoría, sí. En la práctica, todavía no han reconocido el nuevo gobierno. Desde la caída de Stalingrado, España está intentando ganarse el favor de Gran Bretaña; la supervivencia del régimen pesa más que la ideología. —Suspiró—. De todos modos, no sé qué va a pasar. En el peor de los casos, mandarán a alguien a cubrir el puesto; en el mejor, el actual secretario asumirá las responsabilidades de la legación.

—¿Confías en él?

—No lo sé. Es mi vecino y parece un buen tipo. Estaba presente en la conversación que tuve con el encargado de negocios acerca de los batallones disciplinarios. También ha refugiado a una prima nuestra que andaba en el punto de mira de la Gestapo, pero no sé. Quizá le metan el miedo en el cuerpo o quizá continúe la labor que

estaba haciendo su superior. No sé, no tengo ni idea. De momento, parece que Lutz es nuestra mejor baza. —Colocó una mano sobre el hombro de Richárd—. En ti sí que confío. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Has de cruzar la frontera y dirigirte a una pequeña localidad de los Tatras, Liptovský Svätý Mikuláš. El enlace te esperará en la estación, lo reconocerás porque estará leyendo un periódico deportivo. Para confirmar su identidad, le comentarás los resultados de la liga del ŠK Žilina y él te responderá que solo está pendiente del AC Považská Bystrica. Entonces, y solo entonces, le preguntarás si es el chófer de la compañía Pálka, con la que tienes una reunión. Te conducirá a las oficinas, donde te reunirás con el director. Para confirmar su identidad y que todo marcha según lo planeado, le preguntarás por la salud de su esposa; él te responderá que mejor, que le darán el alta del sanatorio en un par de semanas. Te hará entrega de dos paquetes: el informe, oculto entre documentos oficiales de la empresa, y una cápsula de cianuro.

Llegado a ese punto de la explicación, Richárd se detuvo. Clavó la mirada en Ádám en busca de confirmación, del acuerdo tácito entre dos partes muy distintas con un objetivo en común.

—Entendido —accedió él—. ¿Qué más?

—Deberás pasar la noche en Liptovský Svätý Mikuláš; nuestros contactos se harán cargo del alojamiento. Debido a la distancia, resultaría sospechoso que fueses y volvieses en un solo día pero, como he dicho, debemos hacernos con el informe lo antes posible. —Bajó los párpados—. Será peligroso…

Ádám afiló los labios.

—Para mí menos que para otro. Podéis contar conmigo.

VIII

En el edificio de oficinas —propiedad de uno de los contactos del Hashomer Hatzair, que lo había arianizado—, Dinah miraba la hora en el reloj de pulsera a intervalos de dos minutos. La suya era la oración de quienes están demasiado asustados y desesperados para dirigir sus plegarias a Dios. Conocía la hora de llegada del tren procedente de Hungría en el que viajaba el mensajero, un hombre de negocios con los papeles en regla y una coartada sin fisuras, que llevaba meses colaborando con la célula de Budapest. Había calculado el tiempo que supondría el trayecto en coche desde la estación, donde Mirosław se reuniría con él, más los minutos necesarios para que ambos hombres comprobasen la identidad del otro. Según las manillas, aún no había motivos para preocuparse, pero a Dinah le gustaba refugiarse en la falsa sensación de control que le otorgaba adelantarse a los problemas.

Para guardar las apariencias ante los vecinos y los viandantes, ella, en su papel de secretaria, recibiría al mensajero (nombre en clave: Gyula Kóvacs), tomaría su sombrero y su gabardina y lo acompañaría al despacho del director. Allí, Jonatán le haría entrega de una copia del informe, mecanografiada en papel vegetal, y de una cápsula de cianuro para su ingesta en caso de captura. A puerta y ventanas cerradas, le repetiría las instrucciones que el mensajero

ya habría recibido en Budapest, y haría hincapié en la importancia y la urgencia de la operación. A primera hora de la mañana, tras pasar la noche en uno de los pisos francos del grupo, emprendería el viaje de vuelta en tren a la capital magiar. En otras palabras, ese sería el momento álgido, y más frágil, de la misión. Si fallaba, habrían perdido un tiempo valiosísimo, contado ya no en los segundos del reloj, sino en vidas humanas irremplazables; en el peor de los casos, el informe acabaría en manos de los alemanes y ninguno de sus esfuerzos habría tenido sentido.

Mientras organizaba la correspondencia, en un intento desesperado por calmar los nervios, Dinah llevaba la cuenta de cada imprevisto que pudiese retrasar la llegada del señor Kóvacs.

El control fronterizo rutinario, que podía paralizar la ruta durante horas si encontraban algún individuo sospechoso. La presencia de aviación aliada, con la consecuente parada obligatoria de los trenes en el valle del Váh. El paso prioritario de los transportes militares, tanto aquellos que trasladaban las tropas de la Wehrmacht como los destinados a la deportación de los judíos europeos.

Dinah acercó dos dedos a los labios. Por una broma irónica del destino, la operación podría retrasarse debido al transporte de las propias víctimas que debían salvar.

«Estaré contigo», le había dicho el Señor a Moisés. Para conservar la cordura, ella también debía creer que alguien, una deidad sagrada o uno de los profetas laicos con los que trabajaba, guiaría su mano, sacaría el tren de Hungría sin sobresaltos y llevaría al mensajero ante ellos. Custodiaría a ese hombre como un padre a un hijo y no permitiría que le tocasen un solo pelo de la cabeza. El informe se distribuiría entre los miembros de la resistencia y las embajadas

neutrales de la capital. En cierto modo, creer aquello no resultaba más temerario que tener la seguridad de que viviría un día más en el corazón de la Europa ocupada.

La puerta se abrió pasadas las once y media de la mañana, una hora y quince minutos más tarde de la llegada prevista del tren. Dadas las circunstancias, no había lugar para alarmarse; la expresión serena, casi alegre, de Mirosław al hacer pasar al señor Kóvacs al recibidor disipó toda duda.

El mensajero era un hombre joven, impecablemente vestido, ni muy alto ni muy bajo, ancho de hombros y bronceado de piel. De no ser por el bastón que portaba, de aspecto aristocrático más que terapéutico, y la parálisis facial que se hizo evidente en cuanto se presentó, podría camuflarse sin problemas en una multitud. Que se hubiese recurrido a un sujeto fácil de recordar, en lugar de personas anónimas y por lo tanto invisibles, solo podía significar una cosa: poseía una coartada y unos permisos espléndidos.

Pese a eso, o quizá por eso, Dinah creía leer algo más en él. Una sospecha a la que no podía poner nombre crepitaba en su interior y crecía ante los ojos del señor Kóvacs, cuya mirada envolvente también estaba clavada en ella. Tras un instante de reconocimiento mutuo, él sonrió.

—Lamento haberla hecho esperar —dijo en un eslovaco de acento espeso que ella no logró identificar por completo—. Mucho me temo que cruzamos la frontera de madrugada y los guardias se tomaron su tiempo al comprobar que todos teníamos los papeles en regla. Aproveché el incidente para estudiar su empresa, pero lo que no sabía era que iba a encontrarme aquí a una mujer tan hermosa. —Se volvió hacia Mirosław—. Por fortuna, claro, puesto que, de haber

llegado a mi conocimiento, habría insistido en refrescarme un poco antes de salir de la estación y la habría hecho esperar incluso más.

Su sonrisa, pese a la parálisis parcial, era bonita, segura, de las que se dibujan a sabiendas del poder que tienen. Por ella Dinah, que ya se acercaba para tomarle el sombrero y la gabardina, pudo identificar el origen de su sospecha. Había visto a ese hombre antes, en un recorte de periódico que ella misma había conseguido y que estaba guardado en una lata de tabaco en el piso de arriba.

—No se preocupe, le agradecemos la molestia de venir desde Budapest. —Con el dorso de la mano le señaló el servicio—. Si quiere, puede refrescarse aquí mismo mientras yo aviso al señor Horvát de su llegada. Le prometo que solo recordaré su mejor aspecto.

—Además de guapa, maja. Si corriesen otros tiempos, me aficionaría a hacer negocios con ustedes.

En cuanto cerró la puerta, Dinah se encaminó hacia las escaleras. Mirosław, alertado por aquella oferta amable, típica de una reunión de negocios pero que se desviaba del plan, la detuvo antes de subir al primer escalón. No formuló la pregunta, sus iris, que centelleaban tras las gafas estilo Quevedo, lo dijeron todo.

—Creo que quizá debería encargarme yo de entregarle el informe al enlace —masculló ella, en un susurro tan bajo que Mirosław tuvo que acercarse más para oírla.

—Eso no es lo que acordamos —le recordó él—. Según las instrucciones que le han dado, el director se lo entregará en mano. Si lo haces tú, saltarán todas las alarmas, sospechará que se trata de una emboscada y todos nuestros esfuerzos habrán sido en balde.

Dinah dirigió una mirada furtiva al piso superior primero, en el que Jonatán esperaba, y a la puerta cerrada del servicio después. Tragó saliva.

—Tengo motivos para creer que el señor Kóvacs es un amigo de la infancia de Shiloh.

La confesión no impresionó a Mirosław.

—Eso solo puede jugar a nuestro favor —masculló mientras tiraba de ella de vuelta al recibidor—. Cuenta con el visto bueno tanto de la célula de Budapest como de uno de nosotros.

Dinah estrechó los ojos.

—¿Le entregarías tú una cápsula de cianuro a tu mejor amigo?

Mirosław le sostuvo la mirada.

—Si con ello fuese a salvarle la vida a mi familia, sí.

IX

Ádám se lavó la cara con un chorro de agua fría. Le temblaban las manos, una molestia habitual que, lejos de remitir tras meses de rehabilitación, lo acechaba de manera especial a causa del cansancio. Apenas había cabeceado durante el viaje nocturno de ida, que resultaría infinitamente más sencillo que el de vuelta. Al riesgo del control fronterizo, más exhaustivo que en febrero, se le sumaba la parada obligatoria en Žilina, a hora y media de distancia de su destino. Allí, la revisión de los papeles era menos detallada, pero no contaba con una poderosa carta en la baraja: la mezcla casi exacta de lástima y admiración que las lesiones contraídas en el Don inspiraban a los gendarmes húngaros.

La fatiga se le pegaba a los huesos. Debido a ella, renunció a tomar la dosis de Gynergen que llevaba encima. Aunque el fármaco no producía la modorra de la morfina, prefería contar con la agudeza mental que el dolor le confería. Porque, por un momento fugaz, le había parecido reconocer en la secretaria el rostro pecoso de la esposa de Jonatán, una mujer a la que no conocía en persona y que se hallaba a miles de kilómetros de él.

Sin cerrar el grifo, se sacó del bolsillo el pañuelo impregnado de aceite de menta y se lo llevó a la nariz para desperezarse. No podía

permitir que las mismas heridas que lo habían protegido durante el trayecto pusiesen en riesgo el éxito de aquella misión.

El director Horvát los esperaba apoyado en la ventana del despacho, de espaldas a la puerta que se abrió con un crujido.

—El señor Kóvacs está aquí.

—Hágalo pasar, señorita Nowak, por favor —ordenó él, antes de volverse.

La voz, el deje cantarín que no quería despegarse del eslovaco que empleaba, transportó a Ádám a ensoñaciones de su juventud. No habría resultado necesario. Habría reconocido a Jonatán en cualquier momento, en cualquier lugar; hasta dormido habría sido capaz de identificarlo. Y aunque otras veces su anhelo le había jugado malas pasadas (al ver salir a un pelirrojo de las librerías de viejo de Pest, por ejemplo, o en la fábrica, al observar a Sándor a lo lejos), en esa ocasión no tuvo duda alguna. ¿Cómo no iba a saber que era él, si tenía el alma tejida a la suya?

Al volverse, Jonatán se agarró a la repisa de la ventana, como herido de muerte. Hubo un instante fugaz de reconocimiento, de humanidad, que abandonó enseguida al dar dos pasos hacia él. La espalda estirada, la mano derecha extendida hacia Ádám; ante un observador ajeno, el terror de aquella fracción de segundo no habría existido jamás.

—Muchas gracias por venir, señor Kóvacs.

El apretón fue corto, enérgico, puramente transaccional; no dio cabida a un momento de aprecio a la piel amada.

—Gracias a usted por recibirme y esperarme —le respondió Ádám a la vez que la secretaria le retiraba la silla—. Sobre todo dadas las circunstancias. ¿Cómo se encuentra su esposa?

Jonatán se sentó frente a él. Mientras sacaba una carpeta del primer cajón del escritorio, le indicó con un gesto a la mujer que se retirase.

—Mejor, mucho mejor. El director del sanatorio nos ha asegurado que, ahora que ya ha recobrado el apetito, le darán el alta pronto.

—Eso está muy bien.

Los pasos de la secretaria, que se alejaban, y el clic de la puerta que cerraba tras de sí les confirmaron que estaban solos. Jonatán suspiró. Tenía dos dedos apoyados en la carpeta y por el rabillo del ojo observaba la pared que los separaba del pasillo, no había señal alguna de movimiento al otro lado.

Golpeó la carpeta para deslizarla hacia las manos de Ádám, que la aguardaban. Su mirada, y toda su atención, estaban ya volcadas en él.

—El documento que tienes ante ti, como te habrán informado en Budapest, es de máxima importancia. Se trata del testimonio directo de dos testigos oculares del campo de concentración de Auschwitz, en Polonia. En otras palabras, es una prueba de la masacre del pueblo judío. Las vidas de los judíos de Budapest, en particular, podrían depender de su distribución.

Le comunicó las pautas de manera desapasionada, casi clínica, como si el hecho de repetir el discurso memorizado le restase su poder. Sus ojos, húmedos y enrojecidos, no se despegaban de Ádám.

—Lo comprendo. Descuidad, me aseguraré de que el informe llegue a las personas adecuadas.

—Gracias. Está… —Tomó aire—. Está impreso en papel vegetal e insertado entre planos comerciales. Teniendo los debidos permisos y

sin motivos para levantar sospechas, los guardias no suelen leer documentos empresariales. Una vez que los identifican, pasan a otra cosa. Por eso no recomendamos recurrir a un sistema de ocultación doble, como un fondo falso en el maletín, ya que, en caso de ser descubierto justificaría una búsqueda más exhaustiva.

Nada en la voz, en el tono que se rizaba con el deje húngaro, podría indicar a unos oídos indiscretos la emoción que le perturbaba la expresión.

Ádám le sonrió.

—Muy bien, confío en vosotros.

Aguardó un momento más al segundo intercambio de aquella reunión, que ambas partes habían ensayado con tanta avidez sin saber a quién se encontrarían al otro lado. Como esta no se daba, agregó:

—Tengo entendido que debíais entregarme un… una muestra comercial de vuestro negocio.

Un temblor recorrió el rostro de Jonatán. Al contrario que el cuerpo, significativamente más musculoso de lo que recordaba, poco habían cambiado aquellas facciones que tan bien conocía. Unas arruguitas muy finas, causadas quizá por la exposición a la luz solar, se abrazaban a los párpados y sobre los labios se rizaba un bigote al estilo de Errol Flynn que jamás había portado en Budapest.

Ádám ensanchó la sonrisa.

—Sin ella, no puedo volver a Hungría. Me temo que mis superiores no lo aprobarían; esperan la mercancía al completo.

Jonatán no interrumpió el contacto visual. Los dedos, que rozaban el cajón sin llegar a abrirlo, temblaban. Todo él estaba bañado en el terror y la resignación que Ádám identificaba por sus aproximaciones

más cercanas, que palidecían en comparación: el requerimiento a trabajos forzados del padre, el estallido de la guerra y la despedida en la estación de tren.

—Por supuesto —accedió, y cada palabra parecía un eco de sí misma.

Con movimientos pausados, como de ultratumba, extrajo una cajita pequeña que, en su día, había guardado tornillos. La depositó en la palma abierta de Ádám, sobre la cual cerró la suya.

—En el doble fondo de esta caja encontrarás una cápsula de cianuro —le explicó, con el mismo tono lejano. Con el índice repasaba los huesos de la mano de Ádám como si quisiese contarlos todos—. En caso de captura debes destruir el informe e ingerir la cápsula. Al morderla para evacuar el veneno, la muerte sucede en unos minutos y es indolora. Me temo que no puedo asegurar la veracidad de esto último; de haberlo experimentado, no estaría aquí contigo.

Ádám irrumpió en una carcajada improbable, casi sacrílega. Mientras hablaba, Jonatán le acariciaba los nudillos; la caja, que contenía la cápsula mortal, parecía latir entre las manos de ambos.

—Es… muy importante que sigas ese orden —prosiguió—. Primero, destruye el informe. Te recomiendo que lleves la cápsula encima, sobre tu persona, en caso de que no te dé tiempo a ingerirla antes de ser capturado. Debido a su tamaño y a su rápido efecto, puedes recurrir a ella más adelante, justo antes de ser interrogado. —Afiló los labios, que palidecían—. Nadie es inmune a la tortura. Confesar el contenido y el origen del informe sería casi tan nefasto como permitir que el documento impreso llegase a los alemanes.

—Comprendido. Esas son, a grandes rasgos, las instrucciones que me dieron también en Budapest.

Jonatán, que no lo soltaba, asintió, atravesado por escalofríos nerviosos.

—Bien, pues…, ya te lo he contado y ya lo sabes…, espero que no tengas que verte en la tesitura de tener que utilizar esta información. —Bajó la voz—. Por favor.

Del otro lado de la puerta les llegó, ahogada, la cadencia de unos pasos que se alejaban y el crujido de los escalones. Jonatán inspiró con ansia, como un nadador de fondo que emergía, tras un duro esfuerzo, del interior de aguas tempestuosas.

—Está bien —le susurró Ádám, que observaba aquella mano inmóvil—. Procuraré no tener que usarla. —Le apretó el hombro con la mano derecha, la torpe, que se despertó con la añoranza de aquel contacto físico—. Cuando has tenido cerca la muerte, tratas de conservar la vida que te regalaron. —Esbozó otra sonrisa—. De eso sí tienes experiencia. Vamos.

La cara de Jonatán, que enrojecía, se contrajo. Los dedos, víctimas de una convulsión inesperada, se relajaron el tiempo suficiente para que Ádám pudiera agarrar la caja y guardársela en el bolsillo interior del traje.

—Dios mío —jadeó Jonatán en húngaro mientras estiraba la mano que había apartado de golpe, como si quemase—. No sabía… Dios. No puedo creerme que estés aquí.

—A mí me lo vas a decir. Te… te imaginaba en Palestina.

Su amigo se encogió de hombros, tras estudiar el traje que llevaba, como diciendo: «Heme aquí».

—¿Estás muy decepcionado?

Ádám torció la boca.

—No te niego que me consolaba pensar que estabas a salvo en el Mandato, pero… está claro que, de encontrarme en tu posición, yo habría actuado igual que tú.

Ayudándose del bastón se puso en pie para recibir como merecía a aquel camarada por el que tanto había esperado. No pudo dar un paso más, Jonatán se abalanzó sobre él para abrazarlo. Sus músculos eran más fuertes, sí, y más duros, pero el tacto de su piel era el mismo. De ponerlos el uno junto al otro, nada lo habría distinguido del último abrazo que se habían dado en la estación del Oeste hacía tres años ya. Embriagado por la emoción, Jonatán le dio un beso en la mejilla, algo que solo había hecho en otra ocasión, en una fiesta universitaria en la que Ádám, con todo descaro, se había colado.

Agotadas las reservas de alcohol, y con los músculos entumecidos de tanto bailar, había acabado la noche ligeramente más sobrio que su amigo, motivo por el cual había tenido que arrastrarlo hasta el piso de la plaza Batthyány. Borracho como una cuba, y quizá confundiéndolo con una de las chicas del Ka-Ku, Jonatán se había precipitado sobre él para besarlo. Ádám había tardado varios segundos en ser consciente de lo que ambos estaban haciendo.

«Tienes suerte de haber pillado esa curda y de ser un amigo tan bueno —le había dicho, tras apartarlo con un gesto brusco—. Otro hombre te habría dado una paliza por menos». Tras examinar la expresión en el rostro de su compañero, que no podía interpretar mejor que el arrepentimiento que lo invadía, repuso: «Anda, túmbate tú en mi cama, que te hace bastante más falta que a mí». Recostado por una vez en el diván, no había sido capaz de conciliar

el sueño. Con la temprana resaca, aquel sentimiento pegajoso se dividió en dos: la culpa por el rechazo violento y el remordimiento por no haber sabido aprovechar aquel acercamiento que, en el fondo, le había resultado agradable.

Años después, ese recuerdo, que había relegado a un rincón casi olvidado de la mente, lo anegó de nostalgia. La vida que creía haber salvado podría estar, como la suya propia, condenada. Solo Dios sabía si volverían a verse algún día.

—Te he echado de menos lo indecible —le dijo a Jonatán.

Con los dedos acariciaba la espalda que se crispaba, los brazos que lo estrechaban y que se resistían a apartarse de él. Quería comprobar que no faltaba nada, que el tiempo y la ausencia no le habían causado daño alguno.

—Tu madre y tu hermano están bien —le aseguró mientras se separaban.

—Por favor, no me mientas.

—Ya sabes que no podría. Aunque quisiese, te darías cuenta.

Se sentó de nuevo, ayudado por Jonatán. Antes de continuar, esperó a que este arrastrase la silla para quedar más cerca de él, frente a frente.

—Viven en el piso de la plaza Batthyány, me pareció que allí estarían más seguros que en el barrio judío. Tu madre sigue cosiendo, como siempre, y tu hermano es operario en la fábrica de mi padre. Así nos asegurábamos de que no recibiese ninguna citación. —Le pasó la mano por detrás de la nuca—. Están muy bien, de verdad, y procuraré que continúe siendo así. En cuanto vuelva a Budapest, les conseguiré identidades falsas y los esconderé, si hace falta. Tienes mi palabra.

—¿Sándor trabaja en la fábrica, entonces? ¿Y practica aún esgrima? ¿Y los jilgueros? ¿Te acuerdas de cómo se enfadaba con nosotros cuando poníamos discos de Benny Goodman en el salón?

Sus ojos, enormes, brillaban con una sombra melancólica, casi triste, que Ádám reconoció de inmediato. Había cierto sentimiento de culpa en ellos porque Dios, desde su trono, lo había mirado con agrado a él, mas no a su hermano. A él lo había colmado de privilegios (la universidad, cuando los judíos todavía tenían cierta posibilidad de acceder a ella; la emigración al Mandato, y la potestad de elegir por sí mismo si aceptaba esa segunda oportunidad que le daba la vida o no); a Sándor, en cambio, lo había despachado con las manos vacías.

—¿Y le va bien, en la fábrica? —insistió Jonatán, antes de que su amigo pudiese contestar las preguntas anteriores—. No es como nosotros. Es…, no sé, más afable, más confiado. Siempre anda preocupándose por los demás y nunca se le ocurre cuidar de sí mismo; alguien tiene que hacerlo por él.

Ádám, que no podía desprenderse del embrujo de aquella mirada que tanto había añorado, se forzó para sonreír. Le mintió. ¿Cómo no iba a hacerlo, cuando a él mismo lo consumía la pena, conocedor de que, tras la alegría del encuentro, lo acecharía el miedo de saber que la persona a la que más apreciaba en el mundo corría peligro? No podía dejarlo solo en Eslovaquia con el arrepentimiento de que su hermano hubiese salvado la vida, sí, pero a cambio de que todo su ser se hubiese agriado sin remedio.

—Le va muy bien. Ha crecido mucho desde que no estás, pero no te preocupes, que por lo demás sigue tal y como lo recuerdas. Eso

sí, cuando acabe todo esto y le cuentes lo que has estado haciendo durante la guerra, no te va a creer…

Jonatán le devolvió la misma sonrisa melancólica. ¿Qué otra cosa podía hacer? Quizá entonces ninguno de los dos estaría ahí para contar la historia. La verdad se evaporaría entre la niebla.

X

Jonatán comprendió que Santo Tomás no había introducido los dedos en las llagas del Resucitado por incredulidad, sino porque era su amigo Jesús, a quien quería, que le había sido devuelto de la muerte. En cierto modo, él mismo miraba a Ádám como si fuese Dios. Porque durante años había habitado en aquella penumbra entre la vida y la inexistencia, y en ese momento, contra todo pronóstico, lo tenía frente a él, tan físico como su propia mano, que se estiraba para tocarlo.

Tras reparar en la intensidad con la que lo observaba, Ádám bajó los párpados.

—Ya sé qué aspecto tengo —rezongó.

Jonatán no le permitió seguir.

—De fábula.

—Tú, que me ves con los ojos de la imaginación.

—No, con mis ojos.

Era cierto que, al darse la vuelta y verlo por primera vez, no solo lo había golpeado la sorpresa, sino también otro sentimiento más lacerante. La extensión de las heridas de guerra, que no se apreciaba en las fotografías, lo había acongojado. Por un momento, lo invadió de nuevo la culpa por no haberse quedado; por no haberlo acompañado en sus ingresos en el hospital; por no haber cargado la

pala cuando él sufría en la trinchera. Sumido en aquel chispazo de dolor compartido, había olvidado las diferencias por las que sus destinos eran opuestos.

Le acarició la mejilla, lampiña, en la que se apreciaban las muescas de la metralla. En aquel reencuentro, que se interrumpiría con la madrugada, las viejas normas de la virilidad no tenían vigencia alguna.

—¿Cómo fue?

Ádám alzó las cejas al oír la pregunta, íntima para cualquier otra persona, pero no para Jonatán.

—Una herida de bala en Rósosh, cuando desintegraron el Segundo Ejército, en enero de 1943. Suerte que tengo la cabeza muy dura, y que la nieve evitó que se me inflamase el cerebro. —Se le atragantó una risotada seca, casi triunfal—. ¿Sabes? Me pasé todo el invierno pensando que, si no me mataban los bolches, lo haría el frío, porque helaba a rabiar, y al final resultó que, de no haber sido por las temperaturas, no habría aguantado hasta llegar al hospital de campaña. —Encogió un hombro—. Y supongo que el apellido también ayudó a que me evacuasen cuando a otros los habrían dado por perdidos. Así se tiraban los dados por aquellos lares.

—Hay peores cosas por las que sentirse agradecido, y jugadas más traicioneras.

Ádám asintió. Estaban sentados frente a frente, tan cerca que podían sentir el calorcito agradable que desprendía el otro.

—Sí. Erika me enseñó una radiografía de mi cerebro. Parece ser que fui afortunado, dentro de mi mala suerte. A todo lo anterior hay que añadir que la bala, en su magnanimidad, tuvo el detalle de no dañar zonas esenciales para la vida. Tuve que aprender a hablar de

nuevo, como los niños. Primero las sílabas, y no veas lo que sudé, me pasé meses sin que nadie me entendiese. Después los poemas, que tenía que recitar en voz alta. —Alzó la vista para sonreír a Jonatán—. Todo el tiempo, cada vez que me obcecaba o tartamudeaba…, incluso al principio, cuando no podía transformar los pensamientos en sonidos, me imaginaba que estabas ahí para ayudarme, que me repetías una y otra vez todas esas teorías tan sesudas que yo solo escuchaba porque me las contabas tú.

Los dedos de Jonatán bajaron al hombro de Ádám y se lo apretaron. Él también sonreía.

—Ojalá hubiese podido. Me habría gustado cuidar de ti.

—No fue bonito, te lo aseguro. Tenía un humor de perros. Era duro y frustrante y, por suerte, no guardo muchos recuerdos de aquello. El órgano herido era el cerebro, pero solo la mente trabajaba como debía, todo lo demás me fallaba. Tuve que aprender a caminar, a hablar, a sostener los cubiertos…, hasta para ir al baño necesitaba ayuda.

—No me habría importado. —Se acomodó en la silla, de modo que sus rodillas chocaron contra las de su camarada—. ¿Te acuerdas de aquello que me dijiste por carta? ¿Que, si llegaba un momento en el que me volvía tan tonto que solo pudiese comunicarme por gruñidos y gestos, tú me entenderías? Yo habría sido tu intérprete.

—No me cabe duda. Si hubieses estado ahí, me habrían dado el alta en cuanto hubiese llegado a Hungría el tren de la Cruz Roja.

—¿Te hicieron cantar?

—¡Cantar! No, a Dios gracias, pero sí me enseñaron a hacer punto de cruz, para trabajar la coordinación de las manos.

—Yo te habría hecho cantar —dijo Jonatán, que inclinaba la cabeza hacia él—. Porque cada idioma, ¿sabes?, tiene su propia melodía interna. ¿Nunca te has dado cuenta de lo mal que hablan los españoles el inglés? Incluso cuando logran dominarlo, son incapaces de dejar el acento atrás. El español, claro, es un idioma plano; si lo dibujases sobre el papel, trazarías una línea casi recta. —Ilustró su afirmación con los gestos, como si escribiese a vuelapluma —. El inglés, en cambio, es una lengua cantarina. Por ese motivo, conforme vas hacia el norte de la península Ibérica, la pronunciación del inglés es comparativamente mejor. No es *buena*, ni mucho menos, pero el choque de melodías no se interpone en el camino.

—El inglés es un idioma primitivo, podrías enseñárselo a una cabra. —Guiñó un ojo—. Apuesto a que ya lo hablas como todo un *gentleman*. ¿Y el húngaro?

—Pues ya ves, ese lo sigo hablando como un canalla. —Mostró las palmas de las manos en señal de derrota, antes de que Ádám pudiese replicarle—. El húngaro es la peor trampa que te podían haber puesto. Es un idioma aglutinante, de palabras largas que no admiten descanso para respirar y con una melodía interna tan endiablada como la música de Liszt. Que lo hayas vuelto a dominar dice mucho del tipo de hombre que eres.

Todavía lo contemplaba como si pudiese leer significados ocultos en él. La partida que echaban contra el dueño del tiempo no les era ventajosa, les robaba los segundos a dentelladas. Pronto tendrían que salir del despacho, incapaces de justificar una conversación más larga. Pronto almorzarían en la escuela judía, donde acostumbraba a reunirse la célula de resistencia. Pronto se retirarían al piso franco. Pronto caería la madrugada.

Con extrema ternura, Jonatán acarició la cicatriz curvada del cráneo, ahí donde el pelo, corto y oscuro, se tornaba ralo. Ádám cerró los ojos al sentir el contacto físico, repentino, en aquella zona vulnerable. Se inclinó hacia atrás, de modo que la palma de su amigo pudiese cubrir la totalidad de la piel desnuda.

—¿Te duele?

Una inspiración pausada, adormecida.

—No, ya no.

Anochecía ya. Tras la reunión, que interrumpieron por prudencia, y la austera comida en la escuela judía, se vistieron de nuevo los disfraces de hombres de negocios. Para continuar con la farsa, brindaron en el Kriváň, local de parada obligatoria para la resistencia debido a su ambiente ajetreado, que facilitaba el escondite entre la multitud. En aquella ficción de ficciones, se conocían por primera vez, dos hombres cortados por un mismo patrón, a quienes la vida había querido colocar en caminos muy distintos. La suya era una alegría amarga. Si Dios se lo hubiese concedido, por supuesto, habrían aceptado dar todos los pasos de nuevo desde el día en que les asignaron el mismo dormitorio en el internado.

A la única a la que no podían engañar era a Dinah. Claro, ella misma había conseguido el recorte de periódico; aunque la viva imagen distaba mucho de aquella foto tan pequeña y de mala calidad, con su instrucción y un estudio más detallado había sido capaz de identificar las similitudes. Jonatán, además, lo había leído en sus ojos en el momento en que llevó a Ádám a su despacho. Por ese mismo motivo, se había quedado en el pasillo hasta comprobar

que él le entregaba tanto el informe como la píldora suicida; bajo otras circunstancias, ni siquiera ella, tan entusiasta que le costaba delegar en los demás, habría dudado de él durante una operación tan importante.

Tras la temprana retirada, se refugiaron en el piso franco, bastante más sobrios de lo que lo habrían estado en tiempos de paz. En la intimidad de la diminuta cocina, iluminados por una única bombilla titilante, las horas pendían sobre ellos cual espada.

—Una mujer de bandera —dijo Ádám, en cuanto Dinah los dejó solos—. Y valiente, que es lo que más importa. ¿Te hace feliz?

—Tiene un talento sublime para sacarme de mis casillas, pero le confiaría mi vida. Es una buena camarada.

Ádám, que estaba sacando un cigarrillo de la pitillera (uno solo que compartirían, para no romper la tradición), frunció el cejo.

—¿No estáis casados?

—Eso les dijimos a nuestras familias —explicó Jonatán mientras prendía el pitillo en los labios de su amigo—. Nos aconsejaron dar con una buena coartada antes de embarcarnos en la misión, una fantasía que justificase el cese completo de las comunicaciones. El matrimonio nos pareció la opción más plausible. La vida en los kibutzim es dura, primitiva; muchos se asientan en ellos y se casan jóvenes para empezar pronto una familia.

Ádám le tendió el pitillo tras una corta calada que acompañó con un gesto contrariado.

—No, si la historia con la que me vinieron en tu casa ya me resultó peculiar en su momento —aseveró.

—Por eso a ti no te escribí al respecto. Me conoces como a ti mismo y te habrías percatado enseguida de que mentía. —Lo señaló

con el encendedor con el que jugueteaba—. ¡A las pruebas me remito!

—Tuve mis sospechas, no te lo niego, pero me obligué a pensar que te echaba tanto de menos que veía fantasmas. Con tu entrega y tu facilidad para los idiomas, te imaginaba trabajando en algún despacho para los británicos, pero esto… —El semblante se le tornó serio—. ¿Cuál es esta misión?

Jonatán le sostuvo la mirada. Los ojos de Ádám eran tan oscuros que reflejaban la punta encendida del cigarrillo; casi creía ser capaz de leer su futuro en el fuego, al estilo de los cíngaros que habían conocido a orillas del Balatón.

—No puedo decírtelo. Solo que nos envían los británicos y que hemos sido seleccionados gracias a la instrucción que hemos recibido y a esos idiomas de los que hablabas. No ibas tan mal encaminado. —Estiró los dedos sobre la mesa, de modo que las yemas rozasen la muñeca de su amigo—. Los míos no pueden saber nada de todo esto. Aunque lo mantuviesen en secreto, se morirían de pena; creen que estoy a salvo en el Mandato.

Ádám dio una calada más breve aún que la anterior. De inmediato, y sin ofrecer el pitillo, dejó caer la mano con la que lo sujetaba.

—Ya, pues yo también te necesito vivo.

—No tienes que preocuparte por mí —dijo Jonatán mientras con la palma le acariciaba la nuca—. ¿No te acuerdas de la fortuna que nos leyó la gitana? Ninguno de los dos se casará ni caerá en batalla alguna. Mírate: volviste de la muerte.

Ádám ya no lo miraba. Con las pupilas fijas en un sitio indeterminado de la habitación, se acercó el cigarrillo a la boca con un ansia animal.

—Sé serio —le pidió con los dientes apretados—. No arriesgues más de lo que debes. No quiero que esta sea la última vez que nos veamos. Te necesito de vuelta con vida.

—No me falta seriedad. Por eso mismo he de cumplir las órdenes que he recibido.

—Jonatán…

—Ya sabes cómo es. No puedo…, no puedo dar la espalda a… ¡Es mi pueblo! ¡Al que están masacrando es mi pueblo! Tú también rechazaste un puesto ministerial por acompañar a tus hombres al frente y, en todo este tiempo que he pasado buscando tu nombre en los diarios primero y en las esquelas después, no te lo he reprochado.

Ádám se volvió hacia él con un gesto brusco, violento, que lo hizo lagrimear.

—No sabía cómo era, y tú tampoco. Aunque quisiese explicártelo, no podría, porque no hay palabras en los diccionarios que lo contengan, ni filosofías ni teorías que lo desentrañen. Y, si vuelves, tu casa no será tu casa porque no moriste cuando debías y tienes enredados el alma y el intelecto. —Apretó los párpados. Jonatán intentó tomarle la mano, pero él la apartó—. Me dijiste en una carta que, por habértela salvado, tu vida me pertenecía. Bien, como dueño de ella, te pido que no la desperdicies. Cualquier soldado es reemplazable, pero las vidas humanas no.

Jonatán no desistió. Aunque Ádám trataba de zafarse, no dejó de acariciarlo. Cuando, al fin, se rindió, cansado por el esfuerzo, Jonatán lo atrajo hacia sí y lo abrazó con fuerza. Quería contar cada hueso de su cuerpo, cada lunar; quería que en la piel le quedase impregnado el recuerdo de aquel tacto que añoraba.

—Lo siento —susurró, y lo besó de nuevo en la mejilla—. Nos hicimos una promesa, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo de todo.

—Solo hemos cumplido una parte. Hemos vuelto a encontrarnos, pero el mundo aún no es libre. La Historia con mayúscula no va a acabar aquí para ninguno de los dos.

Ádám, que inspiraba con pesadez, le devolvió el gesto. Después permanecieron en la misma postura, carne contra carne, la barbilla apoyada en el hombro de Jonatán.

—Yo también te necesito vivo —dijo Jonatán con infinita ternura—. Llegó la madrugada, deberías descansar antes del viaje.

—No sería la primera vez que trasnochamos juntos —terció Ádám, a la desesperada.

Sabía tan bien como su compañero que de su alerta y su pericia dependería el éxito de aquella misión crucial. Ni siquiera la nostalgia tenía el poder de sacrificarlo todo por unas horas más inundado por aquella amistad.

—Tienes que cuidarte —le sugirió Jonatán—. Descansa. Me quedaré contigo hasta el amanecer. Puedo hablarte mientras duermes; quizá, al despertar, tengas la sensación de que esos tres años separados se han llenado con algo.

XI

—A ver, que se bajen todos los que llevan la estrella amarilla.

Era una orden escueta, casi desanimada, un punto más en la larga lista de tareas de un país en el que ningún día se parecía al anterior. Los susurros fueron pasando de boca en boca, de vagón en vagón, hasta llegar a las últimas filas de asientos, que pronto quedaron desnudas.

Desde la ventanilla, Erika Farkas de Batthyány vio las cabezas de los hombres que se apeaban (todos ellos obreros que se dirigían a las fábricas de Csepel): rubios, morenos y pelirrojos; con cabellos lacios y rizados u ocultos por las gorras de trabajo.

Cuando el gendarme hizo un gesto al conductor para que prosiguiese, ella se bajó también. Con los brazos cruzados sobre el pecho y la ceja alzada, más que una mujer era un signo de interrogación humano.

—¿Puedo preguntar qué está pasando? —inquirió.

El gendarme parpadeó ante su atrevimiento. Tras detener su mirada en el traje, entallado y caro, carente de la estrella color canario, suspiró.

—No se preocupe, señorita. Se trata tan solo de un control rutinario de pasaportes. Vuelva al tranvía para no seguir interrumpiendo su viaje y el del resto de los pasajeros…

—No es mi intención interrumpir a nadie, así que el tranvía puede irse sin mí —replicó ella copiando su mismo gesto—. Conozco a estos hombres, la mayoría trabajan en la planta de coque de mi familia; el resto lo hace en otras fábricas de Csepel. Son mano de obra indispensable para la industria militar, así que no entiendo por qué retrasa su marcha.

—Súbase de nuevo al tranvía, señorita…

—No.

Repitió el movimiento de muñeca una última vez. Aprovechando el gesto, introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, del que extrajo su propio pasaporte.

—Si es tan amable de comprobar también que está todo en regla…

El chirrido del tranvía, que aceleraba, ahogó los cuchicheos del resto de los pasajeros y los murmullos confusos de los obreros que se habían quedado fuera.

—Qué voy a hacer ahora con usted, ¿eh? —se preguntó el gendarme, y le devolvió el pasaporte tras un rápido vistazo, sin detenerse a examinarlo.

—Lo mismo que con los demás. Estando todo en orden, no sé a quién beneficia privar a una industria esencial de su mano de obra.

No obtuvo respuesta.

Aguardaron en el terraplén, bajo el sol febril del verano aquincense. El gendarme, con la misma resolución cansina de antes, fue parando los tranvías que cruzaban las fronteras administrativas de la capital, luego ordenaba que se apeasen los pasajeros con estrella amarilla.

Como actores en una obra de teatro decadente, los susodichos bajaban y se unían a los compañeros que esperaban contra el muro, algunos con el cuello estirado para aprovechar los rayos de sol; otros con mayor descaro exigían explicaciones.

—Tenemos la documentación y los permisos en regla —decían—. Si nos dejas ir, todavía llegaremos a tiempo al trabajo.

Como única respuesta, el gendarme se limitó a señalar el terraplén con un movimiento tosco de la mano.

Permanecieron en sus puestos unos momentos más. Cuando el servicio se volvió menos regular, y cada vez viajaban menos estrellas amarillas, el hombre se golpeó los muslos, suspiró de nuevo, y les dijo que no tenía intención de seguir esperando. Los condujo a las oficinas de las aduanas, a cinco minutos andando, con el aburrimiento y la resignación de quien ha de cumplir un trámite ineludible.

Sándor abordó a Erika en cuanto llegaron al edificio feo y polvoriento.

—Tenía entendido que solo detenían a los que llevamos la estrella amarilla.

La joven, que se había sentado a leer el periódico, con la espalda recta y la leve sonrisa de quien se sabe conocedor de un secreto crucial, se detuvo para observarlo.

—Sí, pero vi el percal y bajé yo también. Ese gendarme no se atreverá a sacaros de aquí estando yo con vosotros. Ha comprobado mi documentación, sabe perfectamente a qué familia pertenezco.

Sándor sacudió la cabeza. Bajo la luz de la mañana, que entraba a chorretones a través de la ventana, los rizos castaños se le iluminaban como el halo de los santos.

—Siempre pensé que estabas loca, pero supongo que ahora tengo la confirmación. ¿Cómo es que ibas a Csepel?

—Tengo los permisos pertinentes —dijo, y complementó su escueta respuesta con el movimiento con el que dobló el periódico —. Mi hermano está de viaje de negocios. Quería aprovechar la ocasión para hablar a solas con mi padre.

Sándor no indagó más en busca de detalles. En su lugar resopló, se secó las manos en los pantalones y se dejó caer junto a ella.

—Deberías volver a casa, o continuar el trayecto a la fábrica para explicarle a tu padre en persona la situación.

—No. Está claro que el gendarme está siguiendo órdenes deprisa y mal. Si me ocurriese algo, tendría mucho que explicar y más aún que lamentar.

A excepción de los retenidos, la sala se hallaba desierta. Los únicos muebles eran los bancos de madera en los que estaban sentados y la mesa, anticuada y maltratada, en la que los adolescentes del grupo *levente*[37] habían empezado a comer sus sándwiches y fumar sus cigarrillos. El humo del tabaco, unido a la suciedad que cubría los cristales de las ventanas, consumía cada pequeño rayo de sol, de modo que era imposible adivinar en qué hora del día se encontraban.

—Ve a la fábrica y cuéntaselo todo a tu padre —insistió Sándor mientras se pasaba la mano, húmeda de sudor, por el cabello.

Erika, que tenía la mirada fija en la puerta del despacho en el que se había encerrado el policía, alzó una mano. Tan inclinada como podía contra la pared, trataba de escuchar retazos de la conversación telefónica que mantenía el gendarme, más allá de expresiones vagas como «nuevas órdenes» o «procedimientos».

Cuando la puerta se abrió, Sándor se había puesto a caminar para aplacar los nervios y los muchachitos del *levente* cabeceaban unos sobre otros. Solo Erika, con el diario cuidadosamente doblado sobre el regazo, permanecía en la misma postura en la que la habían dejado.

—Nada, hay que seguir esperando —dijo el policía, cuya atención se volcaba en ella, y no en los demás—. Ya ve que se trata de un trámite rutinario, señorita —continuó diciendo, y se metió las manos en los bolsillos para sacar el manojo de llaves con el que había abierto las oficinas aduaneras—. Con la guerra, y los elevados permisos para cruzar la frontera en Csepel…, hay que asegurarse de que la documentación está en regla. —Se agachó para quedar a su altura—. Ahora que está más calmada, ¿me permitiría acompañarla a la estación para que pueda volver a casa?

El ruido agudo que emitieron las llaves al chocar entre sí fue el punto y final. Erika le sonrió.

—Ya veo. En ese caso, y si no es inconveniente, ¿sería usted tan amable de permitirme realizar una llamada? —Con el dorso de la mano señaló la puerta entornada del despacho.

El propio hombre, divertido por unas fórmulas obsoletas, inadecuadas para el momento y el lugar, golpeó el pomo de modo que el despacho, amueblado con una alfombra granate y un escritorio de madera gastada, quedó a la vista de todos.

—¡Estas mujeres! Primero todas esas chaladas cristianas que querían ponerse una hoja amarilla en el pecho por solidaridad y ahora esto. ¡Bah!

Erika no honró el comentario con una réplica. Su única victoria, debido a la acústica del edificio, consistió en mantener la puerta

abierta como estaba. Teniendo cuidado de cruzar las piernas, se sentó sobre la mesa y, con la misma deferencia con la que habría respondido a una invitación por compromiso, descolgó el teléfono.

Tras conectar con la centralita, la voz serena de la secretaria, que reconoció enseguida, la saludó.

—Erika Farkas de Batthyány al aparato —respondió.

—Buenos días, señorita. Quiere usted hablar con su padre, me imagino.

—Eso me temo, se trata de un asunto de extrema urgencia. Es imprescindible que atienda a esta llamada de inmediato.

—Por supuesto, señorita. Aguarde unos instantes, que se lo hago saber.

Los segundos pasaron a cuentagotas, espesísimos y enrarecidos. Ni siquiera el oxígeno podría atravesar tantas capas de desesperación.

—¿Qué pasa? —inquirió el padre, al otro lado de la línea—. ¿Es tu hermano? ¿Os ha mandado recado desde Eslovaquia?

—No, padre, no se preocupe, no se trata de eso —le aseguró tras pasar al alemán, y se permitió una corta sonrisa cuando el policía, alertado por el idioma, se volvió hacia ella—. Imagino que, a estas alturas, en la fábrica ya estaréis echando en falta a los obreros judíos.

El señor Farkas soltó una exhalación pesada, ronca, la de quien precisa unos instantes para poner sus pensamientos en orden.

—¿Cómo estás tú al corriente de eso?

—Porque me encuentro con ellos, en las oficinas de la aduana de Csepel. Al cruzar la frontera, un gendarme detuvo el tranvía en el que viajábamos e hizo bajar a todos los pasajeros que tenían la

estrella amarilla. Naturalmente, yo no podía permitir semejante atropello.

El padre hizo una inspiración más larga como antesala de la respuesta.

—¿Bajo qué pretexto se ha retenido a los obreros?

—Un control rutinario de los documentos y los permisos. Algo que, por supuesto, ni tomaría horas ni requeriría una detención en la aduana.

—Comprendo. Voy para allá de inmediato.

—Gracias, le espero.

Tras colgar aún se permitió un par de momentos para alisarse la falda antes de regresar junto al gendarme.

—Ha sido usted muy amable.

—Me limito a cumplir órdenes, señorita.

—De eso no me cabe la menor duda —apostilló ella.

Aprovechó que él se daba la vuelta para poner un pie sobre el banco, junto a Sándor Rozenfeld, y se ató mejor la hebilla de las sandalias.

—Mi padre va a venir —susurró de manera que el gendarme no pudiese oírla.

El joven asintió. Aquella luz obraba un efecto maravilloso sobre él; le cubría la piel, amarillenta, de un leve dorado, y le acariciaba con mimo el puente recto de la nariz y los contornos suaves de los labios.

—Bien. —Se pasó la lengua por los dientes—. Mira, hay un hombre que debe saber dónde estoy y qué ha pasado con nosotros. Se llama Richárd Friedl. Si avisas a tu hermano, sabrá a qué me refiero y podrá ponerse en contacto con él.

—A Ádám no lo esperamos hasta el atardecer. Tal y como están las cosas, su tren podría retrasarse hasta la noche.

Sándor forzó una sonrisa.

—Malo será que nos quedemos sin tiempo tan pronto, ¿no?

La llegada del señor Farkas fue sonora, marcada por un agresivo golpeteo a la puerta principal. Una decena de cabezas se alzó para identificar la fuente de aquel estruendo mientras el gendarme, tras soltar un corto gruñido, se acercó para retirar el pestillo.

—¡Así que es verdad! —bramó Farkas, que entró sin pedir permiso ni disculpas.

Con toda su furia, bajo la luz decadente de la aduana, aparentaba menos edad. Enérgicas como las botas de combate que antaño había calzado, las suelas de los mocasines hacían eco al pisar el suelo de madera. Las cejas espesas, divididas por una pronunciada arruga, y el bigote a lo Clark Gable le proporcionaban la autoridad y la elegancia de las que abusaba.

—He recibido una llamada de mi hija en la que me ha comunicado que la guardia montada húngara ha detenido a los judíos de mi plantilla —explicó mientras se paseaba por la habitación, con las manos entrelazadas en la espalda como un viejo coronel exasperado —. No, no puede ser, es evidente que la autoridad en este país no sabe hacer las cosas, pero incluso el más incompetente de los gendarmes puede ver que no hay justificación para detener una fábrica de cuya producción depende la propia Wehrmacht.

A la tercera vuelta se detuvo junto a su hija, que se levantó como un soldado ante su general.

—Eso mismo llevo intentando explicarle toda la mañana.

El señor Farkas se pasó una mano por el pelo, perfectamente brillante, perfectamente engominado. Se dirigió al gendarme.

—Ya ve usted que mi propia hija, una mujer de veintidós años, tiene más sentido común que los inconscientes que representan la ley aquí.

Ante el ataque verbal, el hombre recordó quién era y qué uniforme portaba.

—Señor, le recomiendo…

Farkas le ignoró.

—Estos trabajadores están bajo mi tutela. ¡Algunos de ellos son menores de edad, como puede ver! Son operarios muy cualificados que desempeñan labores esenciales para la guerra. Le exijo que los deje salir de inmediato. ¿No ve que no podemos perder todo un día de producción? Los soviéticos se encuentran a cuatrocientos kilómetros de nuestras fronteras. ¿No tiene usted al menos la decencia de saber en qué mundo vive?

—Señor, le ruego que se calme. ¿Cree que retengo a sus obreros por gusto? Me limito a cumplir órdenes.

Farkas esbozó una sonrisa lenta, glacial y desagradable.

—Salta a la vista que tenemos un sentido del honor y del deber muy distintos. ¡Deje salir a mis hombres!

—Me temo, señor, que carezco de la autoridad para dar esa orden.

—Autoridad ya veo que no tiene ninguna.

El gendarme dio un paso al frente.

—¡Ya está bien de tanta insubordinación! Déjeme ver sus papeles.

—¡Anda y que le zurzan, Iscariote!

Sin aguardar respuesta, tomó a su hija, salió con ella enganchada del brazo y cerró la puerta tras ellos. Los acechaba ya el mediodía.

La documentación de Ádám sería revisada en tres ocasiones: al partir de Liptovský Svätý Mikuláš, durante el trasbordo en Žilina y (el momento más peligroso del viaje) al cruzar la frontera entre Eslovaquia y Hungría.

Las preguntas, en los dos primeros puestos, se limitaron al ámbito de lo profesional. A qué se debía su viaje, la naturaleza de su empresa y de aquella con la que se había reunido, la duración de su estancia en Liptovský Svätý Mikuláš, dónde había pernoctado y qué lugares había frecuentado. El alojamiento en una residencia particular no levantó sospechas debido a sus heridas de guerra, mucho menos después de que Ádám entregase los recibos del bar del hotel al que habían ido los dos amigos a beber después, como buenos hombres de negocios dispuestos a celebrar su nueva alianza.

Cuando el tren se detuvo en la frontera, algo más tarde de lo esperado, a causa de la presencia de aviación aliada, aguardó tranquilo la llegada del oficial al cargo. En las manos sostenía el periódico del día; sobre la mesita junto a la ventanilla, la caja de Gynergen, que no había ingerido pero cuya presencia, esperaba, pudiese explicar cualquier acto nervioso involuntario.

El guardia responsable del paso fronterizo no era mucho mayor que él. Bajo, fuerte, con un rostro de rasgos juveniles que traicionaban las arrugas y las manchas del sol. Procedió con el interrogatorio como si fuese portador de un guion que hubiese memorizado de antemano.

—¿Duración y motivo de su viaje a Eslovaquia?

Ádám esbozó una sonrisa segura. El tono del guardia era monótono, casi aburrido, pero no se confió. Un pequeño descuido podía costarle la vida a un hombre.

—Un breve viaje de negocios. Como puede ver en mi billete, tomé el servicio nocturno desde Budapest el jueves y he emprendido el viaje de vuelta hoy mismo, en el tren de las seis y media con transbordo en Žilina.

El guardia apenas lo miró; sus dedos, gruesos y peludos, se deslizaban sobre la documentación de Ádám como si quisiesen leerla en braille.

—¿No tiene la factura del hotel?

—Pasé la noche en la residencia privada de mi socio comercial. —Ensanchó la sonrisa—. El buen servicio ya no es tan fácil de encontrar en la hostelería. Con las lesiones que acarreo desde el Don… me figuré que estaría más cómodo entre conocidos.

—Comprendo. ¿A qué tipo de industria se dedica?

—Coque. Tenemos una planta en la isla de Csepel.

—¿No le resulta un trabajo arduo, teniendo en cuenta sus secuelas físicas?

Ádám no mutó el gesto. Sin separar sus ojos del guardia, todavía absorto en los documentos de identidad, terció:

—No crea. El puesto de director rara vez me saca del despacho; cuando salgo, ya ve el motivo. Mi padre es quien lidia más de cerca con los obreros, mientras que yo me hago cargo del papeleo, de los números y las negociaciones. A él esa parte del trabajo nunca lo ha estimulado.

—Ya veo. ¿Podría hacer el favor de abrir su equipaje, si no es inconveniente?

—Faltaría más.

Comenzó por la bolsa de viaje, aunque hubiese preferido quitarse de encima la tensión y mostrar el maletín por un motivo muy sencillo: la mayoría habría alcanzado primero el bulto de mayor tamaño. Tras apartar la muda y el pijama, el guardia abrió el neceser. Colocó los artículos de aseo y los medicamentos sobre la mesita, como soldados cuadrándose ante su general. No perdió el tiempo en recogerlos de nuevo. Con un gesto, indicó que ya había terminado ahí, que le tocaba el turno al maletín.

Ádám le quitó el seguro con un gesto rápido, casi desairado. Puesto que lo llevaba sujeto a la muñeca, al estilo diplomático, al guardia no le quedó otro remedio que sentarse frente a él, en la butaca vacía del vagón privado, para proceder a la inspección. Como había hecho con la bolsa, se desenvolvió con extrema diligencia. Tomaba cada uno de los documentos entre los dedos y con la mano opuesta los abría para comprobar su contenido.

Los contratos falsos que Jonatán le había extendido y que ambos, entre risas, como estudiantes que falsifican el expediente académico, habían firmado. El acta, también inventada, de la reunión que no había tenido lugar. Al llegar a los planos entre los que se escondía el Informe de Auschwitz, Ádám fingió hastío. Apoyado en la ventana, estudiaba la escena por el rabillo del ojo. Si el guardia daba con una de las páginas de papel vegetal, sería el fin.

La prioridad, según las instrucciones recibidas, residía en la destrucción de las pruebas. La pistola, sujeta al antebrazo con una correa elástica, oculta bajo la chaqueta, le ardía contra la piel. Sabía que, en caso de urgencia, era su única posibilidad: reduciría al guardia con ella y antes de que llegasen sus compañeros, alertados

por el disparo, quemaría aquel papel valiosísimo, tal vez tras haberlo rociado con la botellita de alcohol que habían sacado del neceser.

—¿Dijo que su industria es el coque?

—Así es —confirmó Ádám, cuyos músculos se tensaban con anticipación.

El guardia no apartó la mirada de la carpeta.

—¿Y estos son los planos de la maquinaria que utilizan?

—Un prototipo que estamos barajando para acelerar el ritmo de producción.

No obtuvo respuesta. Su interlocutor, ensimismado en la lectura, se limitó a pasar un par de páginas más antes de descartar el documento, que dejó aparcado a su lado. Retomó la búsqueda mientras Ádám regulaba la respiración con la mayor sutileza posible. La estilográfica de oro. El sello oficial de la empresa. El talonario.

—¿Y esto? —preguntó el guardia, al tiempo que sacudía la cajita de tornillos.

—Una muestra comercial. Estamos intentando abaratar los costes sin poner en riesgo la seguridad de los operarios. Estas piezas resultan más económicas, pero queremos probar su resistencia antes de comprometernos a realizar un pedido.

Un instante de silencio. El guardia, que ya había perdido el interés en todo lo referente a la planta de coque y sus entresijos, se levantó. Sin preocuparse por el caos que dejaba atrás, deseó a Ádám un buen final de trayecto y abandonó el vagón.

XII

Según le habían informado sus contactos alemanes, a los trabajadores judíos de Csepel, con independencia de sus puestos, se los estaba reubicando en Transilvania para el desempeño de labores militares esenciales. Así mismo se lo comunicó el señor Farkas a su hija en el trayecto de vuelta.

—¡Al frente de guerra! ¡Qué disparate es ese, si hay menores en plantilla!

—Soy muy consciente de ello. Me han asegurado que recibiremos reemplazos de inmediato, pero no daré mi brazo a torcer. Tú no te signifiques más, que ya ves el susto que le dieron a la pobre Éva. No te preocupes, esta irregularidad no la voy a dejar pasar.

Erika no fue directa a casa después de que su padre la dejase en el puente en el que sus caminos se bifurcaron, sino que paró antes en el Ministerio de Defensa. No fue en modo alguno un acto premeditado. En lugar de subir la colina como debía, sus pies la llevaron a la plaza Szent György. Como si un dios caprichoso guiase sus pasos, acabó ante la fachada neoclásica de aquel edificio que, por motivos familiares, no le resultaba desconocido.

En el coche le había dado tiempo de peinarse, secarse el sudor de la frente con un pañuelo y retocarse el maquillaje. Con la espalda recta, herencia de su maestría en esgrima, se presentó con nombre

y apellidos. Explicó a grandes rasgos la situación en la que se encontraba, que su padre se hallaba en aquellos momentos reunido con sus contactos germanos y que ella exigía, mientras tanto, una explicación.

Consciente del efecto que provocaba su belleza, y reacia a admitir la magnitud del golpe recibido, una sonrisa y una bajada de párpados bastaron para colocarla frente a un alto cargo que le sonaba vagamente de alguna velada celebrada tiempo atrás.

El hombre, de facciones alargadas y dóciles, la invitó a sentarse junto a él. De manera tajante, le repitió la misma versión de la historia: según lo dispuesto y acorde a los avances de la guerra, los trabajadores judíos serían destinados a Transilvania.

—Comprendo —accedió ella—. Como usted bien sabe, el compromiso que tenemos en mi familia con la causa de la guerra es indudable. Debido a la urgencia de la situación, puesto que mi padre está tratando de rectificarla y mi hermano, el capitán Ádám Farkas de Batthyány, se encuentra en un viaje de negocios, me he tomado la libertad de venir. Sé que es poco ortodoxo, pero prescindir de una parte clave de la plantilla sin previo aviso pone en riesgo la producción.

—Lamento una falta de comunicación que, le aseguro, investigaré de inmediato. No se preocupe, señorita, se trata de una mera reubicación del personal esencial. Como ya habrán informado a su padre, se les proporcionarán, con la mayor celeridad, obreros para reemplazar a los afectados por las nuevas disposiciones.

Erika le sostuvo la mirada. No había modificado la postura ni el rictus desde que había tomado asiento frente a él. El único cambio,

apenas perceptible, radicaba en la sonrisa, que se tensaba por una cólera que se negaba a salir a la superficie.

—Gracias por la aclaración. Si me permite abusar de su amabilidad, me gustaría saber para qué tipo de trabajo han sido seleccionados los obreros reubicados.

—Me temo que no puedo ayudarla —replicó el oficial, que también sonreía—. Desconozco esa información, y no veo motivos para indagar en ella. Son obreros reemplazables, señorita Farkas de Batthyány. Su padre recibirá nuevo personal y, como empresario fiel al régimen, se le recompensará.

Erika asintió y puso el bolso de manera que el asa ocultase las manos temblorosas.

—Si me perdona el atrevimiento —comenzó tras aclararse la garganta—, considero que no todos los obreros son fácilmente sustituibles. Algunos de ellos están muy cualificados, y entrenar a los nuevos requerirá un tiempo valiosísimo para la industria militar. —Ante la mirada inquisitiva del oficial, prosiguió—: Los operarios afectados están muy preparados, su pericia resulta esencial para el correcto mantenimiento de la maquinaria.

La sonrisa, afilada y cruel, creció en los labios finos de su interlocutor.

—Me temo que sus destinos están sellados y es demasiado tarde para cambiarlos. No se angustie; tiene mi palabra de que se les asignarán los mejores obreros para cubrir sus puestos. —Se levantó —. Lo lamento, pero no dispongo de más tiempo que ofrecerle. ¿Me permite un consejo? Olvídese de esos judíos y yo, a cambio, me olvidaré de un apasionamiento impropio de su familia, a la que tengo en alta estima.

Erika se puso en pie. Sus ojos, desafiantes, centellearon al entregarle la mano al oficial para que la besase.

—Lamento haberle hecho perder el tiempo. Espero que ese apasionamiento mío no enfríe las relaciones con mi familia. He actuado al dictado de mi deber cívico, que quizá haya sido errado.

—Es usted una mujer a pesar de la educación que sé que ha recibido y, por tanto, propicia a perder los nervios sin motivo. No tema, olvidaré que esta conversación ha tenido lugar si usted olvida también a los obreros perdidos.

Tras el gesto de cortesía, obligatorio en personas de su clase, la acompañó a la puerta. Mientras se la abría, Erika terció:

—Se lo agradezco. Por fortuna para los dos, estaré demasiado ocupada para dar otro traspié. Mis labores en el hospital me reclaman, además, pronto se cumplirán tres años de la caída en el frente de Nikolayev de mi hermano Tibor. Como sabe, en la familia acostumbramos a organizar una velada en su honor para recaudar fondos para la causa. Espero verle allí, si no le he ofendido tanto para verse obligado a rechazar la invitación.

El hombre le dirigió una última parca sonrisa.

—Está todo olvidado. Tenga usted un buen día, señorita Farkas de Batthyány.

—Lo mismo le digo. Dios salve a Hungría y lo guarde a usted muchos años.

El grotesco ruido que hizo la puerta al cerrarse la sobrecogió.

Nada más apearse del tren en la estación del Oeste, Ádám realizó el corto trayecto al piso franco en el que Richárd Friedl lo había citado.

Se llevaba las palpitaciones y la sensación de vacío en el estómago como recuerdo de la inspección en la frontera, y en la piel, húmeda y brillante de sudor, todavía conservaba el fantasma del tacto de Jonatán. Su olor permanecía en su ropa tras la angustia de la temprana separación: el abrazo devoto, ansioso, que ninguno de los dos quería interrumpir; la promesa que se repitieron como una oración.

—Nos volveremos a encontrar cuando el mundo sea libre.

No se trataba de un adiós, sino de una interrupción; al igual que una melodía desciende en intensidad, hasta casi desaparecer, antes del gran clímax, su amistad quedaría suspendida en la vorágine de la guerra.

Al llegar, dispuso los falsos planos sobre la mesa en la que Richárd fumaba. Sin ceremonia alguna, pero con una diligencia profesional, fue retirando los insertos en papel vegetal hasta que estos conformaron el informe de treinta y tres páginas.

—Como ves, la copia que nos han entregado es la traducción al alemán —explicó Ádám—. Los *jalutzim* supusieron, de manera correcta, que sería el idioma con el que más familiarizados están los embajadores.

—El francés también —repuso Richárd.

Había apoyado el pitillo, casi consumido, sobre el cenicero que había improvisado con la tapa de un frasco de Vitapric. Seguía los caracteres mecanografiados con un dedo que no llegaba a posar sobre el papel, como si temiese que aquel contacto abrasador fuese a dañarlo.

—Si necesitáis ayuda con las traducciones, puedo echaros un cable —dijo Ádám—. Supongo que precisaríamos una copia en

húngaro también.

—Sí, pero no te preocupes, ya has hecho bastante. Con las traducciones podemos arreglárnoslas nosotros y, por fortuna, tenemos acceso a una imprenta clandestina que trabaja noche y día. Mañana mismo pondremos el informe en circulación. Carl Lutz, de la embajada suiza, será una de las primeras personas en recibirlo. Si todo sale bien, a través de él el documento llegará al resto de las legaciones neutrales. Si, ya que es tu vecino, pudieses tener al español vigilado…

—No será ningún problema. Mi familia y yo tenemos trato con él y le estamos muy agradecidos por la ayuda que le prestó a nuestra prima Éva. Con un poco de suerte, lo pondrán al cargo de la legación y cojeará del mismo pie que De Muguiro.

Richárd, que se había levantado para servir dos copas de vino *kosher*, el único del que disponía, lo señaló con un chasquido de dedos.

—Dios te oiga. Ha ido todo bien en el viaje, me imagino. ¿No te dieron la lata en el control fronterizo?

—No demasiado. Me tocó un guardia un tanto… diligente. Examinó con cuidado todos mis artículos personales.

Richárd, que le tendía su copa, bajó las cejas.

—¿Crees que sospechaba algo?

—No. Más bien me dio la impresión de que se trataba de uno de esos tipos detestables que se vienen arriba en cuanto consiguen algo de poder. Conocí a muchos así en el ejército: disfrutan humillando a las personas sobre las que, en otras circunstancias, jamás ejercerían autoridad alguna —resopló—. Podría habernos dado problemas si hubiese visto algo que no debía, pero se ve que

los eslovacos hicieron bien su trabajo. ¿Recibirán recado de que hemos distribuido el informe sin problemas?

Richárd se sentó frente a Ádám de nuevo y esbozó una leve sonrisa.

—Mandaremos a un mensajero a la frontera para que dé la contraseña acordada, una vez que hayamos hecho copias y entregado el informe a las embajadas neutrales. Esa es nuestra prioridad, claro, debido a la urgencia de la situación.

Sin aguardar la réplica, alzó el vino, dulzón y abrumador, para llevárselo a los labios.

—*L'chaim!* —exclamó—. ¡Por la vida!

—¡Por la vida! —coreó Ádám.

El fruto de la vid, en su lengua, llevaba consigo ensoñaciones de vidas pasadas.

XIII

El gendarme comunicó a los judíos retenidos en el edificio aduanero de Csepel la existencia de «nuevas órdenes». Este cambio en su situación, que les explicó mientras los colocaba en filas de a tres, consistía en que iban a presentarse ante la «autoridad suprema». No proporcionó más explicaciones.

Susurros. Dudas. Manos que se acercaban, temblorosas, a los bolsillos.

—¡Es un simple trámite para certificar vuestros papeles! —bramó después, alzando los brazos—. No hay nada de qué preocuparse si tenéis todos los documentos en orden.

Utilizó esa misma explicación para guiar los movimientos, bastante torpes, con los que fue adecentando las filas antes de abrir la puerta. Puñados y puñados de luz…

Calor. Cansancio. Aburrimiento. Al grupo de judíos de las oficinas de la aduana pronto se le unieron otros más, formados no ya por obreros, sino también por mujeres, niños y ancianos, todos ellos acompañados y vigilados por gendarmes.

Una nube de estrellas amarillas paseaba por las calles tranquilas de Budapest, lo que llamaba la atención del resto de los transeúntes, que, entre pasmados e indiferentes, preferían leer los carteles de los

comercios o los periódicos en los quioscos a mirar a aquel grupo de desposeídos a la cara.

Sándor estiró el cuello en un intento fútil por adquirir más información, mas cuanto vieron sus ojos fue una marea multicolor de chaquetas y gabardinas ajenas. Inspiró.

—Dios mío, debemos de ser centenares. ¿Adónde nos llevan?

El joven que estaba a su lado, compañero de la planta de coque, se puso de puntillas y alzó el mentón para obtener idénticos y decepcionantes resultados. Frente a ellos solo había personas caminando hacia un mismo destino, carentes de información.

—A lo mejor nos separan más adelante… —tanteó Sándor, cuya voz disminuía en volumen con cada sonido, como si quisiese descartar aquella posibilidad enseguida.

El compañero torció la boca.

—Pues no quiero quedarme para comprobarlo.

Se habían detenido para ceder el paso a un tranvía. Tras comprobar las posiciones de los policías, y que ninguno de ellos miraba en su dirección, el chico saltó al vacío.

La gran evasión fue un vuelo corto. Un simple movimiento, y la chaqueta parda del muchacho se perdió entre el amarillo de los tranvías y el negro de los pocos coches que aún circulaban por la capital. Dudosas, un par de personas más lo imitaron: aprovechando la confusión, saltaron entre el tráfico para escapar.

Sándor agarró de las manos a los dos adolescentes que aguardaban a su lado.

—Vamos —les susurró al oído.

El más inexperto, de rasgos suaves e infantiles, volcó la mirada sobre los gendarmes.

—No sé…

—Vamos, solo tenemos que hacer como Bandi. —Le apretó más la mano—. Estoy con vosotros, ¿vale? No nos va a pasar nada. A nosotros no.

Las arrugas en la frente del muchacho se relajaron. Toda su expresión se dulcificó, como si el simple tono de la voz de Sándor tuviese el poder de ahuyentar el miedo. Tras una última mirada furtiva a los policías, confirmó con un discreto golpe de cabeza. Los tres dieron un paso adelante, se colocaron en el filo de la acera…

Interrupción. El disparo, lejano, como interrupción. El grito que le siguió les hizo contener la respiración.

—¡Eh, tú!

Desde su posición, en mitad de aquella marabunta sudorosa y asustada, no podían discernir a quién habían apuntado, o cuál había sido el desenlace.

El grupo retomó la marcha. Volvían a ser una masa conducida a su siguiente destino.

Ádám regresó a casa con la luz anaranjada del atardecer en la espalda. Al ruidito discordante de las llaves, que dejó caer de cualquier manera sobre el aparador, le siguieron enseguida los pasos ansiosos de su hermana, que se abalanzó sobre él.

—¡Menudo recibimiento triunfal! —Rio—. ¡Ni que fuese el Nazareno entrando en Jerusalén!

Erika tomó aire antes de formular una réplica que no tuvo lugar. La expresión agria, de angustia en lugar de alegría, comunicó unos sentimientos que las palabras no podían contener.

Ádám arrojó la bolsa de viaje al suelo. Con la mano izquierda, que todavía conservaba el tacto de la piel de Jonatán, le acarició la mejilla húmeda.

—Eh, pero si tú no lloras nunca. ¿Qué ha pasado?

Lo condujo a la sala. Mientras él se volvía hacia el minibar y servía dos copas, repitió una serie de frases inconexas, incomprensibles, que Ádám no lograba enlazar en una narración lógica.

—He recurrido a todo. Me he humillado en el Ministerio de Defensa y hasta he tenido el atrevimiento de dirigirme al cuartel general de la Gestapo, y padre está tirando de contactos, pero nos estamos quedando sin tiempo y no sé…, no sé cómo arreglar esta situación.

—Puedes empezar explicándome de qué se trata —le susurró él, más tierno de lo que se sentía—. ¿Por qué dices que nos estamos quedando sin tiempo? ¿Qué se te ha perdido a ti en el Ministerio de Defensa? ¡Y en la Gestapo! Después del susto que tuvimos en marzo con lo de Éva…

Se había sentado junto a ella en el sofá, rodilla con rodilla, para tenderle la copa. Erika aceptó pero no llegó a acercársela a los labios. Sus ojos, húmedos y brillantes, estaban fijos en un punto indeterminado de la habitación.

—Siempre has sido la más lógica de todos —insistió Ádám y, para calmarla, le propinó un codazo juguetón—. ¿Te acuerdas de cómo te llamábamos Tibor y yo? La Generala —se puso serio—. ¿Qué ha pasado?

—Han detenido a los obreros judíos de la fábrica —aseveró ella con voz pastosa.

Como alcanzado por un rayo, Ádám se apartó de manera instintiva.

—¿La Gestapo? ¿Y con qué autoridad ha entrado en la fábrica?

—No fue la Gestapo, sino la guardia montada húngara. Y no les hizo falta ir a la fábrica: mandaron bajar del tranvía a todos los pasajeros con estrella amarilla.

Un estremecimiento atravesó el rostro de Ádám.

—¿Cómo?

—Tenía el día libre en el hospital, así que aproveché para ir a visitar a padre. Es algo que solemos hacer en tu ausencia: hablamos de la guerra, de la situación política…, de esas cosas que madre prefiere ignorar. En fin, que, en cuanto atravesamos las fronteras administrativas, un gendarme detuvo el tranvía y mandó bajar a todos los judíos. Yo me apeé también, por supuesto, para averiguar de qué se trataba aquella pantomima.

—¿Y bien? —murmuró Ádám.

De nuevo arrimado a ella, la acariciaba con movimientos cada vez más distraídos. Erika apretó los párpados.

—Pues eso, que era una pantomima. Con la excusa de comprobar la documentación y los permisos de los obreros, nos tuvo retenidos en el edificio de la aduana durante horas. Padre acudió en nuestra ayuda y trató de cambiar la situación por todos los medios, pero tuvimos que irnos cuando las cosas se pusieron tensas entre el policía y él. Desde esta mañana estamos tratando de solucionar este problema y devolver a los obreros a sus casas, sin éxito.

Ádám apretó los dientes.

—Padre es demasiado diplomático. Ahora mismo me presento en la aduana y si no convenzo a ese gendarme con la razón o con el

dinero, lo haré con la fuerza.

Hizo el amago de levantarse, pero Erika, que lo tomó del antebrazo, lo detuvo.

—¿Crees que no lo he intentado? Primero fui al Ministerio de Defensa, me deshice en alabanzas con ese repugnante capitán Varga y lo único que obtuve de él es saber que a los obreros van a reubicarlos en Transilvania, que sus destinos están sellados y que a nosotros nos recompensarán con nuevo personal.

Ádám negó con rotundidad.

—No me lo creo ni por un minuto. ¡Es mentira! Lo que hacen…, lo que hacen en realidad con los judíos…

—¡Sé que es mentira! —chilló—. Por eso me he engalanado y he ido al cuartel general de la Gestapo. Les he explicado por todos los medios que esos obreros nos pertenecen, que son irremplazables, me he ofrecido a pagar el precio que hiciera falta por su libertad y…, y nada, me han repetido la misma historia y se han reído en mi cara. Prácticamente me han amenazado: me han dicho que si me dejaban ir sin abrirme una ficha era porque admiran la locura en las mujeres y que eso es lo que debo de estar, loca, para presentarme allí exigiendo comprar con oro a los judíos retenidos. —Suspiró—. Ahí es cuando he decidido volver a la aduana, pensando que el gendarme sí que aceptaría un soborno, pero era demasiado tarde.

—¿Cómo que demasiado tarde?

—La aduana estaba vacía y no sé qué más hacer. Estaba…, cuando has llegado estaba buscando en tu agenda… Sándor me ha pedido que te avisase cuando llegaras, que tú debías informar de lo ocurrido a un tal Richárd Friedl, pero no he encontrado ni su número

ni su dirección entre tus cosas. Lo siento, he abierto con la llave de repuesto y te he dejado el despacho hecho una leonera.

—No tiene importancia. No habrías podido encontrar las señas de Richárd ni aunque lo hubieses desvalijado todo…

Sus palabras resonaban con un eco espectral. Atacado por una tremenda turbación, los balbuceos habían regresado, echando por tierra los meses de ardua terapia. Una pantalla de sudor frío, pegajoso, se le adhería a la piel, en todos aquellos lugares que Jonatán había tocado.

—¿Sándor estaba allí? —preguntó con la voz quebrada.

Las pupilas de Erika se sacudieron. Separó los labios, pero de ellos no salió más que una exhalación. Sin atreverse a verbalizar ese «sí», afilado como una daga, trató de tomar la mano de Ádám, pero él ya se apartaba. Con las palmas se atusaba el pelo; sus ojos, fijos en la alfombra, ardían con un sentimiento profundo, crudísimo y asfixiante, que le aceleraba la respiración.

—Los han detenido en Csepel, fuera de las fronteras de Budapest… —repetía, entre jadeos—. El tranvía… Dios mío, ¿qué he hecho? ¿Qué he hecho?

XIV

¿Qué decir después? Tras medio día esperando en las oficinas de la aduana, condujeron a Sándor y al resto de los retenidos a un cuartel. Allí, hacinados en las cuadras, con los ladridos de fondo de la policía militar, que los odiaba, esperaron otro día entero.

¿Qué más? Aquella noche los americanos bombardearon la ciudad. Aunque todo estaba en silencio en las cuadras, a excepción de las oraciones sibilantes, y aunque la única luz que los iluminaba era la de las detonaciones, los policías los acusaron de hacer señales con velas a los aviones aliados.

—¡Perros judíos! ¡Queréis que nos maten a todos!

Una noche terrible tras un día terrible. La mañana siguiente, cuando un representante del Consejo Judío les comunicó que se estaban organizando transportes para ir a trabajar a Alemania, y que se aconsejaba unirse a ellos antes de que las condiciones empeorasen, la mayoría, Sándor entre ellos, se apuntó. ¿Qué podía haber peor, en aquellos momentos, que sufrir el maltrato de la policía militar del cuartel y los ataques aéreos sin acceso al refugio?

¿Y después? Todos conocemos el final de la historia. Los vagones de ganado; los pasajeros hacinados, incapaces de sentarse o tumbarse. Un único cubo de agua para sesenta personas; un cubo idéntico, pero vacío, para que hiciesen también sus necesidades.

Tres días de viaje. A través del calor, a través del frío. Sin comida, sin agua, acallando el hambre con rumores y miedo.

Tras una espera infinita, moteada por el olor a sudor, la sed árida y el dolor de las articulaciones, el tren que se detuvo.

—¿Puedes leer dónde estamos? —preguntó alguien.

Sándor, que seguía apoyado en la pared, se puso de puntillas para mirar al otro lado a través del angosto ventanuco.

—Ausch… Auschwitz-Birkenau.

Los portones de madera se abrieron. Tras tantas penurias, los pasajeros eran fantasmas aturdidos por la descarada claridad del sol. Los recibieron, a gritos y a golpes, unos prisioneros de uniforme de rayas que los instaban a bajar. A la entrada del campo, en la puerta de forja, una inscripción en letras góticas les prometía que el trabajo les haría libres.

El infierno. Sin palabras ni idiomas que lo contengan, solo los que han estado en él podrían describirlo y, en todo caso, no se referirían a él como el infierno.

Aceptado su nuevo cargo, sin más aliados que los empleados de la delegación y los diplomáticos neutrales, Sanz Briz percibía la soledad como un manto que se le pegaba a la ropa. Lo perseguía allá donde fuera, y si no permitía que el rostro o la postura revelasen su turbación interior era por el delicado momento en el que se encontraban.

En junio, la capital magiar ardió con un fuego imperceptible al ojo humano pero cuyas consecuencias difícilmente se podían ignorar. Transcurrido el día 13 sin cambios, a pesar de las gestiones de De

Muguiro antes de irse y de Sanz Briz después, los quinientos niños permanecieron hacinados y a la espera. Con la correspondencia entre Tánger, España y la embajada como única protección, Ángel los iba a visitar al hospicio, del que siempre salía con el corazón encogido. En sus ojos seguía viendo los pícaros de Adelita; en sus manos, las de la criatura que Adela llevaba en el vientre y a la cual solo Dios sabía cuándo abrazaría.

Escribía, escribía sin parar. Informaba a Madrid casi a diario, tales eran los escalofriantes cambios que se sucedían. Releía cada documento hasta casi memorizarlo y lo pulía de modo que la urgencia que comunicaba no se tiñese de ímpetu. Era un desconocido y no había carta en su baraja mejor que esa; los húngaros, que creían poder doblegar su voluntad, harían presión para quitarlo de en medio si sospechaban en él una posición tan crítica como la de su antecesor.

> Acorde con la última legislación, a los israelitas se les prohíbe recibir invitados, hablar desde las ventanas y frecuentar jardines. A la ya implementada ordenanza de portar la estrella amarilla se le suma un estricto toque de queda: salvo permisos explícitos, no se les permite salir de sus casas más que a las horas comprendidas entre las 14:00 y las 17:00. Los baños públicos y las tiendas regentadas por cristianos les están vetados. En el transporte público, deben viajar en el último vagón, designado para ellos.

Envió el despacho el mismo día en que finalizó el desalojo de la población judía. Desposeídos entre los desposeídos, se los hacinó en edificios marcados con la estrella de David, varias familias en cada apartamento, sin intimidad ni orgullo.

—Veo esa marea de estrellas amarillas en la ropa y en los edificios, y no puedo evitar pensar en el Éxodo y en la plaga de los

primogénitos —le confesó a Angelo Rotta en el recogimiento de su despacho de Buda.

Al nuncio recurría con cada vez más frecuencia, no solo para el alivio espiritual que tanto precisaba, sino también animado por la camaradería de un objetivo compartido: ambos pertenecían a las dos embajadas neutrales que con mayor ahínco podían ejercer su influencia en Hungría; en el Vaticano, los magiares veían la máxima autoridad de la religión principal del país, que guiaba a tantos en el camino, mientras que a España la reconocían como un estado políticamente afín, aliado en su cruzada contra el bolchevismo.

Rotta ladeó la cabeza. Tenía en común con Sanz Briz no solo el nombre y la diplomacia, también el carácter, en apariencia frío y cerebral, aunque afable para los allegados.

—Eso me temo, aunque en este caso las marcas en las puertas no vienen a salvarlos, sino a condenarlos. Y quien asesta el golpe no es el ángel del Señor, lo hace la propia crueldad humana. ¿En qué lugar nos deja a nosotros, los católicos, el ser testigos de estos crímenes? Temo por la vida de esas personas, Ángel —resopló—. Como le ocurrió al faraón en el relato bíblico, al regente se le ha endurecido el corazón y hace caso omiso de mis ruegos.

—¿Cree usted que los rumores que corren son ciertos? El anónimo que recibimos en la legación hace unas semanas denunciaba las deportaciones masivas en el campo. Sé también que a varios obreros judíos de la planta de coque de mi vecino los detuvieron y los enviaron a Transilvania, para ser empleados como mano de obra. Dios me perdone, pero de inmediato pensé si la información que ha recibido mi vecino no sería incorrecta.

Los labios finos de Rotta se torcieron en una mueca de dolor.

—Quiero pensar que esos obreros se encuentran de verdad en Transilvania. Lo que sí puedo asegurarle, con tremenda congoja, es que no solo son ciertos esos rumores, sino que la maldad humana los supera. Hoy mismo mandé telegrama al Vaticano para denunciar las continuadas deportaciones desde el campo, guiado no ya por sospechas, sino por hechos confirmados.

Tomó aire, pausa que aprovechó para alzar la mirada al encargado de negocios español. Los dos pares de ojos, tan distintos en forma y color, se sacudían con el terror a la verdad.

—Ha llegado a mis manos, por medios del todo fiables, un documento desesperanzador, el más terrible que he leído en mi vida. Al parecer, lo han escrito dos jóvenes judíos eslovacos que lograron escapar de un campo de concentración en Polonia. Lo que describen… —Contrajo el gesto—. No encuentro las palabras, quizá no las haya. En esos lugares los hombres trabajan hasta la extenuación y sin apenas recibir alimento, pero lo más alarmante de todo es…, es…, a todas las personas no aptas para el trabajo, por edad o condición física, las ejecutan de manera masiva por medio de gas. ¡Mujeres, niños, ancianos! Es inhumano.

Sanz Briz, cuya faz palidecía con cada palabra que oía, se aferró a los reposabrazos de la silla en la que estaba sentado. Una manera de mantenerse anclado al momento presente, aunque fuese espantoso.

—¿Cómo… cómo dice? ¿Cómo es posible? ¡Mujeres y niños! ¿Está usted seguro?

—A falta de confirmación visual, he de creer en la palabra de esos desdichados y en las vías diplomáticas por las cuales el informe ha

llegado a mis manos. Si ignoro estas voces de alarma, ¿no seré culpable por omisión del gran crimen que se está cometiendo?

—Dios mío… ¿Y dicen llamarse hombres? ¿En qué cabeza cabe…?

Herido por el horror del que el nuncio le hacía partícipe, Sanz Briz se levantó. Caminaba entre temblores, sin hallar consuelo alguno. Sus propias manos en ese momento se le antojaban muy pequeñas, inadecuadas para la enormidad de la labor que había que realizar. Su relativa inexperiencia y su juventud, que jamás había lamentado, se alzaban ante él y le impedían pensar con claridad.

—Solicitaré autorización para auxiliar a los judíos, en vista de los últimos avances —logró balbucear, todavía de pie y en movimiento —. Teniendo el terreno ya algo allanado tras las negociaciones en curso respecto a esos muchachos que debían haber partido a Tánger…, pediré permiso para extender pasaportes españoles a todo sefardí que los solicite.

En los iris oscuros de Rotta, que refulgían como el cobre al sol, leyó el mismo comentario que él le había hecho a De Muguiro en su día. En Hungría apenas había presencia sefardí. Ante la barbarie, ¿qué pecado era más grande? ¿La obediencia que condenaba vidas o la mentira que las salvaba?

Por la expresión de su amigo, casi dulce pese al desasosiego, supo que comprendía bien sus intenciones y que no las juzgaba.

—Solicitaré protección también para nuestros empleados judíos, que con España no tienen otros lazos que los laborales y la lealtad que nos han prestado todos estos años. Eso podría sentar un precedente… ¿Podría hacerme usted llegar una copia de ese informe? Su palabra merece toda mi confianza, pero en la profesión que compartimos…

—Los datos clínicos y objetivos son esenciales —terminó el nuncio por él—. Me temo que no me proporcionaron una copia física, tan solo el ejercicio dolorosísimo de la lectura, pero haré las gestiones necesarias para que el informe llegue a sus manos y usted pueda remitirlo a Madrid. En la más estricta confidencialidad, por supuesto…

—Y con la mayor urgencia.

XV

Ádám se pasó días postrado en la cama, víctima de un llanto atroz. Había experimentado esa emoción antes: tras las muertes de Klára y de su hermano, a puerta cerrada, como buen varón de su clase; en el frente, cuando caía un camarada y se le anegaban los ojos en lágrimas en los instantes previos a obligarse a olvidarlo. No había llorado tras la partida de Jonatán, aunque sí experimentado una sensación de vacío, de gran pérdida, como si le hubiesen quitado un peso esencial de las manos.

La profusión de lágrimas (incontrolables, rabiosas, casi infantiles) que lo asediaba en ese momento no nacía de la pena, pues ni tiempo le daba a conjurarla. Lo invadía una culpa que notaba líquida, que ardía en su interior y lo consumía desde dentro, porque había tratado de apartar a un hombre de su destino y cuanto había conseguido era empujarlo a uno peor.

Los *jalutzim* habían pasado a la acción de inmediato. Hicieron investigaciones, tiraron de contactos, se arriesgaron en la medida en que quienes carecen de futuro pueden hacerlo. Tras una búsqueda intensa dieron con una pista clave: una fábrica de ladrillos en Budakalász, a las afueras, donde retenían a los judíos detenidos antes de deportarlos.

Ádám se había presentado con su mejor traje, la documentación de la fábrica que atestiguaba el empleo de los obreros retenidos y suficiente dinero para sobornar a cuanto guardia se cruzase en su camino. Recurriendo a la influencia de su apellido, al rango militar, a la experiencia en el Don, a todo, logró que lo dejasen pasar para buscar, en persona, aquello que le habían robado. Los llamó por su nombre, cojeó de cuadra en cuadra haciendo bocina con las manos, gritando.

Un par de ellos salieron a su encuentro, dudosos. Luego unos cuantos más. De Sándor no había rastro. Cuando preguntó por él, los compañeros le indicaron que había aceptado la oferta de trabajo en Alemania.

—¿Cómo se le ocurrió?

La mayoría, por su propia tranquilidad, habría creído a pies juntillas las promesas de los alemanes, pero no Sándor. Él, como *jalutz*, había oído los rumores; podía traducir los términos vagos, interpretar sus significados más violentos. ¿Qué había en Hungría que hubiese podido arrojarlo a una condena semejante?

Los obreros, todos mayores que él, le hablaron de las torturas a manos de los gendarmes, de las noches y los días soportando los ataques aéreos en el patio, sin protección alguna. Casi todos los operarios jóvenes se habían apuntado a los trenes, arguyendo que, según las amenazas, aquellos que no lo hiciesen de manera voluntaria serían deportados a la fuerza más adelante y en peores condiciones. Resultaba mucho más humillante, además, encajar los golpes de un compatriota que de un alemán. ¿No veía que ellos habían recibido su misma educación? Habían coreado el *Nem, nem soha* y celebrado las tierras que les habían sido devueltas; en la

escuela, se habían rasgado las vestiduras con el pacto de Trianon, y ensalzado la majestuosidad de Hungría y la gallardía del pueblo magiar. Y ese país y ese pueblo los rechazaban, les escupían al pasar. ¿Qué cuajo había que tener para soportar esa traición?

Incapaz de asumir el golpe recibido, Ádám repasaba mentalmente todos los pasos que había dado hasta llegar a aquella situación. Si no hubiese empleado a Sándor…, o si le hubiese extendido un contrato simbólico…, si hubiese tomado el tren nocturno desde Liptovský Svätý Mikuláš, aunque hubiese suscitado más preguntas en el control fronterizo…

Gracias a la farsa del alquiler y a la documentación falsa, la señora Rozenfeld permanecía a salvo en el piso de la plaza Batthyány, y no hacinada en una de las casas de Pest con una estrella amarilla. Ese era su único consuelo. Incapaz de mirarla a la cara, sin embargo, dependía de Erika para cualquier gestión que tuviese que ver con ella.

El teléfono lo abrumaba. Antes de despedirse en Eslovaquia, le había dado a Jonatán la misma contraseña que utilizaba con Richárd Friedl y los *jalutzim*. Si, por algún casual, su misión lo llevaba a Hungría y precisaba de su ayuda…, en ese momento temía esa llamada que, en otras circunstancias, habría acariciado. Una cosa le había pedido su amigo más querido y en esta cosa le había fallado. ¿Cómo iba a sobreponerse a su propio crimen?

En la legación, el trabajo se acumulaba. Algunos judíos, los que ya no se creían las promesas de los diarios y habían empezado a temer las deportaciones que habían tenido lugar en Csepel, hacían cola en

la puerta. Pedían una ayuda que Sanz Briz, que mandaba despachos a diario, todavía no podía ofrecerles.

Con los embajadores neutrales se reunía con tanta frecuencia como podía. Con el nuncio, en particular, hablaba casi cada día y sus conversaciones pasaban del embarazo de Adela y las aventuras madrileñas de Adelita a la consternación por el mundo en el que se encontraban. El Santo Padre había mandado un telegrama urgente a Horthy rogándole que abriese los ojos a la barbarie cometida en su propio territorio. Al silencio del regente le siguió una oleada de ataques aéreos más violenta que las anteriores. Los bombardeos, que buscaban cortar la cabeza de Hungría al arremeter contra las refinerías y las estaciones de tren, golpearon la embajada a finales de mes. La estación del Oeste, a apenas unos minutos a pie, había sido alcanzada por la aviación estadounidense; Sanz Briz y el resto de los empleados, agazapados en el refugio, habían sentido aquella embestida como si ellos hubiesen sido el objetivo.

Ángel todavía tenía el miedo metido en el cuerpo cuando madame Tournée entró en su despacho a las diez y media exactas de la mañana. No se presentó por el terror a las bombas, sino con un requerimiento sorprendente: la señorita Erika Farkas de Batthyány se había presentado en la legación y le gustaría hablar con él de un tema que no admitía demora alguna.

Él, que todavía se estaba peleando con la redacción del último comunicado con Madrid, dejó los papeles a un lado y se dirigió a la canciller.

—Hágala pasar, madame Tournée, por favor. Conozco muy bien a su familia y sé que no habría venido de no tratarse de un tema en verdad importante.

La vecina debía de haberse desplazado hasta la calle Eötvös directamente desde el hospital, puesto que aún llevaba el uniforme de enfermera, aunque no la cofia. La melena castaña, peinada en un recogido trenzado, y la postura de bailarina delataban su clase tanto como el gesto mediante el cual le tendió la mano a Ángel para que se la besara, según dictaba la tradición.

Al sentarse y hablar con él, sin embargo, desplegó aquel talante diplomático que él había percibido en tantas ocasiones.

—Lamento molestarlo justo ahora, cuando debe de tener tanta carga de trabajo… —tanteó, pero Sanz Briz no le permitió continuar.

—No se preocupe. Aprecio mucho a su familia y, por supuesto, su amistad con mi Adela. Estoy a su disposición, si está en mi mano ayudarla.

—Espero que sí. Como usted sabrá, hace unas semanas que varios de nuestros obreros, todos ellos judíos, fueron detenidos.

—Tengo constancia de ello, sí. ¿Cómo van las cosas en la fábrica? Los últimos ataques se cebaron de manera especial con Csepel…

—En efecto. Por fortuna, el objetivo principal fue la refinería Shell; en nuestro caso, los daños fueron materiales y no podemos hablar de pérdidas humanas. —Entornó los ojos—. Los obreros que le mencioné es lo que más nos preocupa. Según nos informaron, los trasladaron a Transilvania para suplir puestos esenciales, pero tenemos motivos para dudar de la veracidad de esta información. A uno de los trabajadores afectados lo conozco desde niña, practicábamos esgrima juntos y su madre es inquilina nuestra. Si estoy aquí, es por ella.

Mientras se explicaba, abría el maletín que llevaba consigo y extrajo de él una serie de documentos que depositó sobre el

escritorio de Sanz Briz. Un libro de familia, una cartilla de identidad, un volumen ajado, antiquísimo, cuyo idioma él entendía a la perfección. Pruebas de una vida atravesada por la crueldad arbitraria de la guerra.

—Ilona Rozenfeld —dijo ella—. De soltera, Czitrom. Los orígenes de su familia paterna, según me explicó, se remontan al norte de la península Ibérica. Carece de documentación específica que la ligue con España, pero sí tiene este libro en ladino además de cartas de sus abuelos y bisabuelos escritas en este idioma. Sé que le pido mucho, pero teniendo en cuenta la situación actual… ¿cree que su país podría proporcionarle algún tipo de protección?

Sanz Briz tomó el libro de familia para acercárselo a la cara. La mujer en cuestión era hermosa, elegante, de cabello rizado cortado al estilo Bob y penetrantes ojos claros. Los dos hijos habían heredado sus rasgos, mientras que el marido, delgado y moreno, exhibía una apariencia levítica.

—¿Es ella la única que necesita protección? —inquirió, temiendo la respuesta—. Comprendo que uno de los muchachos pertenece al grupo de obreros deportados…

—Sí, Sándor, el más joven. El mayor, Jonatán, emigró al Mandato en el 41. Si tuviésemos la oportunidad de solicitar visados palestinos para la señora Rozenfeld, lo haríamos, pero nuestros países ya no mantienen relaciones diplomáticas.

—Por supuesto. ¿Qué me dice del marido?

—Murió el año pasado, en el frente. Era un trabajador forzado.

—Dios mío.

—Esta mujer está sola en el mundo. Su único consuelo es su primogénito, del que no recibe noticias desde la primavera pasada,

debido al cese de comunicaciones con los aliados. ¿Usted cree que hay alguna posibilidad de ayudarla? Se lo pido no solo por la amistad que mantenemos con su familia ni por la repugnancia que me causa la legislación antijudía, sino también por un motivo más egoísta.

Un instante de silencio. Las palabras, que se le pegaban a las paredes de la garganta, rehusaban salir.

—Es por Ádám —terció, al fin—. Se siente responsable de la suerte del hermano pequeño. Verá, lo que observó en el frente le causó una gran conmoción, fue testigo de las vejaciones y los abusos que reciben los trabajadores forzados y, al regresar, le ofreció un contrato de trabajo a Sándor. La nuestra es una industria esencial, por lo que los obreros están exentos de ser llamados a filas…

Sanz Briz se acarició el mentón.

—Recuerdo haber mantenido una conversación con él al respecto.

—Los rumores que corren lo están afectando mucho. Comprenda que un hombre con las secuelas físicas de Ádám no debería exponerse a los niveles de estrés que lo están asediando. Su salud se ve resentida y temo… —Desvió la mirada hacia la ventana—. Temo perder a otro hermano. Si algo le ocurre a esta mujer, Ádám no podrá perdonárselo jamás.

Ángel le tomó la mano, enguantada, de manera instintiva. Mientras la apretaba, le aseguró:

—Tengo a su hermano en alta estima. No puedo prometerle nada, señorita, pero haré todo lo posible para extenderle un pasaporte o una carta de protección a su inquilina. Confidencialmente, llevo semanas haciendo gestiones con mi gobierno para que me autorice a conceder inmunidad diplomática a, al menos, nuestros empleados

y a la comunidad sefardí. Si permite que me quede con este libro y me entrega usted las cartas de las que me ha hablado y una copia del libro de familia…, haré todo lo que esté en mi mano.

Erika le dirigió una sonrisa magnífica, luminosa y llena de esperanza.

—Se lo agradezco en lo más profundo, don Ángel, de verdad. Si hay algo que nosotros podamos hacer por ustedes…, no sería un pago, sino una mano amiga que aprecia sus desvelos.

Sanz Briz le devolvió el gesto.

—No se preocupe, señorita. Estas cosas se hacen con el corazón. Cuide de su hermano y mándele un abrazo muy fuerte de mi parte.

XVI

Llegó julio y, con él, las deportaciones masivas de los judíos de Budapest. De un modo ordenado, como un tumor que se extiende por los órganos enfermos, todos los distritos de la ciudad se vieron afectados. Los vecinos, hacinados en las casas con la estrella amarilla, recibieron citaciones urgentes. Con frecuencia, y a medida que los días se convertían en semanas, los detenían en la misma calle; como a los obreros de la planta de coque, los hacían bajar del tranvía o del autobús, cuando no interrumpían la monotonía de su rutina. Siendo víctimas marcadas, solo aquellos de aspecto ario, que por un golpe de suerte pudiesen evitar que les pidiesen la identificación, se atrevían a salir sin el distintivo de color canario cosido a la ropa; de ser pillados, el castigo por su crimen salvador sería mayúsculo.

Los arrancaban de sus domicilios, de las tiendas a las que aún tenían acceso, de las calzadas…, de la legación.

Para ser más precisos, de la acera frente a la legación. Si hubiesen subido el primer escalón, perteneciente por pleno derecho al edificio flanqueado por la rojigualda, se habrían hallado en territorio español y nadie habría tenido la potestad de tocarles un solo pelo de la cabeza. Así mismo se lo había explicado madame Tournée a Ángel Sanz Briz.

La policía húngara llegó en la noche, como los ladrones. Quizá merodeaban el barrio y habían percibido el momento exacto en el que el encargado de negocios se marchaba a casa; quizá alguien les había dado, por treinta monedas, el soplo de que en la embajada española trabajaban judíos; quizá en sus patrullas habían adquirido un ojo privilegiado para identificar las estrellas de David en el pecho. Se llevaron al abogado Zoltán Farkas, al médico y a dos mecánicos. Madame y Gaston se habían salvado por aquella sutileza diplomática, por el hecho de encontrarse aún *dentro* del edificio, pues la canciller era la encargada de cerrar con llave. El pasaporte francés, tal vez, les sirvió también de ayuda.

Los afectados trataron de explicarse por todos los medios. Arguyeron que eran empleados de la legación española; que España era un país soberano (un país, además, con el que Hungría quería aliarse) y que no podían agredir la inmunidad diplomática tan alegremente. Los policías, con bastante más orgullo que vergüenza, precisaron que no se encontraban en territorio español, como la «puta francesa», sino en el pavimento de la calle Eötvös, dentro de las fronteras administrativas de Budapest (y, por tanto, de su jurisdicción). Y que, según sus papeles, no eran españoles por mucho que trabajasen en la legación de su Estado; que tampoco pretendiesen ser húngaros, por supuesto, ya que la «decoración» que llevaban en la gabardina y en las chaquetas hablaba por sí sola.

Así mismo lo explicó madame Tournée, todavía alterada, entre jadeos, al llamar a Sanz Briz desde el teléfono de la embajada. No había tenido el coraje de salir, sabiendo por experiencia lo que podría ocurrirle de hacerlo. Levantar el aparato para marcar aquel número que se sabía de memoria, pero que no había tenido la

necesidad de utilizar nunca, le tomó el mismo tiempo que regular la respiración y aceptar el vaso de agua que su hijo le tendía.

—¿Cómo se han atrevido? ¡España es un país soberano! —bramó Ángel, que con el terror abandonaba la mesura de la que siempre hacía gala.

—Le aseguro que traté de explicarles, don Ángel…, el señor Farkas y yo les explicamos los años de servicio, pero insistieron en que la inmunidad diplomática de la legación empieza y termina en el mismo edificio. Si Gaston no hubiese estado conmigo…

—No se angustie, madame, que no me cabe duda de que usted ha hecho cuanto estaba en su mano, como tampoco de que esos canallas aguardaron a que yo me ausentase para cometer semejante atropello. ¿Gaston y usted se encuentran bien?

—Sí, don Ángel. Un poco nerviosos, pero por fortuna no habíamos salido aún y no tenían excusa alguna para arrestarnos.

—Bien, no salgan bajo ningún concepto. Ahora mismo voy para allá y mando un telegrama urgente a Madrid. Comunicaré lo sucedido y me encargaré de obtener autorización para liberar al señor Farkas y a los demás. ¿No le han dicho adónde los llevaban?

—Mucho me temo que no. Lo pregunté, pero, evidentemente, no me hicieron el menor caso. Se estaban poniendo muy violentos y, la verdad, yo tenía mucho miedo, no por mí, sino por Gaston.

—No se preocupe, madame, yo también soy padre y sé cuánto duele un hijo. Si Adelita siguiese aquí, no sería capaz de mantener el tipo.

Se metió en el coche enseguida, nada más colgar y sin dar explicaciones a la criada, que observaba con ojos enormes cómo introducía mantas, cojines y algo de comida en una bolsa. El toque

de queda no lo detuvo; confiaba en que su pasaporte español y su documentación de la embajada le ofreciesen la protección que precisaba.

Al llegar, la canciller y su hijo lo esperaban de pie junto a la puerta, como si montasen guardia.

—Les he traído mantas, artículos de aseo y algo para cenar —explicó Ángel mientras le entregaba a Gaston el macuto que había preparado a toda prisa—. Lo mejor será que ninguno de ustedes abandone el edificio hasta que se solucione esta situación y yo consiga extenderles documentos que les protejan.

—Se lo agradezco en el alma, don Ángel. Espero que no haya tenido ningún problema, a estas horas…

—No tiene nada que temer. Voy a mandar ese telegrama enseguida, el tiempo apremia.

Por una vez, no se entretuvo corrigiendo el lenguaje ni se preocupó de que la alerta que empañaba sus palabras pudiese confundirse con apasionamiento. Solicitó, con la mayor urgencia, autorización para extender pasaportes españoles a los trabajadores detenidos para que estos les otorgasen, de manera retroactiva, la inmunidad diplomática que salvaría sus vidas y garantizaría su libertad.

—Volveré mañana a primera hora —le indicó la madame al terminar—. Si sucediera algo mientras tanto, no dude en llamarme de nuevo. Dejaré a la criada sobre aviso para que me pase cualquier llamada telefónica, sin importar la hora.

Jamás había aguardado correspondencia de Madrid con el ansia que caracterizó aquellas horas. Por la noche se entregó rápido al sueño, en cuanto posó la cabeza en la almohada, pero este fue ligero, empañado por pesadillas que lo cubrieron de sudor al despertar. Por los ojos cerrados pasaban aquellas imágenes que él no había presenciado, pero que tras escuchar el relato de la canciller era capaz de evocar sin problema alguno. Estas visiones se intercalaban con recuerdos reales de las sacudidas en el refugio durante el ataque aéreo y del estallido de la guerra civil, e imaginarios, en los que tanto su esposa como Adelita se consumían en unas llamas eternas.

En el despacho, apenas lograba centrar la atención en el trabajo que debía realizar. La mente siempre vagaba al destino incierto de aquellos hombres con los que estaba acostumbrado a tratar a diario, al Informe de Auschwitz que aún no había recibido pero cuyo contenido lo atormentaba y al reloj, el gran igualador cuyas agujas no se detenían ante nadie.

Cuando, al fin, tuvo la respuesta de Madrid en sus manos, lo invadió una sensación opresiva y apremiante: el miedo de no haber llegado a tiempo pese a todos sus esfuerzos. Sus superiores le autorizaban a emplear cualquier medio a su disposición para liberar a los trabajadores, así como para extender pasaportes españoles que garantizasen su seguridad en caso de verse expuestos a otra detención. Le recordaban, sin embargo, la delicada situación del abogado Farkas: aunque llevaba años jurando lealtad a la legación, no se trataba de un empleado propiamente dicho, sino de un mero colaborador que solo prestaba servicios, al menos sobre el papel, de manera ocasional.

—El señor Farkas ha sabido estar a la altura de las circunstancias —le aseguró a la canciller—. Desde la ocupación, no ha habido día en que se haya ausentado del puesto de trabajo; es más, ha asumido responsabilidades que no le correspondían. Los húngaros no tienen por qué estar al tanto de su situación laboral, que, en todo caso, rectificaré en cuanto esté de vuelta con nosotros.

Sin demora alguna, salió para reunirse con el subsecretario László Baky, hombre repugnante según las habladurías, antisemita redomado por ideología y propia convicción, y arquitecto de las deportaciones llevadas a cabo por la guardia montada. Sanz Briz contaba con suficientes balas en la recámara: la autorización directa de España, cuyo reconocimiento Hungría ambicionaba; los lazos que habían unido a su país con Alemania y que, pese a la neutralidad y a la tibieza de las relaciones, conservaban; su juventud y su relativa inexperiencia. Nada sabían de él y, por tanto, nada esperaban. Les ganaría en su propio terreno de juego: la diplomacia, el papeleo y, de ser necesario, las amenazas vestidas de galantería.

XVII

El inicio de las deportaciones en Budapest tuvo sobre Ádám el efecto de una sacudida que nos arranca de golpe del sueño. Al acostarse, todavía sentía el cuerpo de Jonatán junto al suyo; observaba el teléfono con la inquietud de quien espera una llamada decisiva y devoraba las noticias de Eslovaquia cada mañana entre temblores, pues en ellas leía significados adicionales, ocultos para los demás.

«¡No vas a morir! —le había espetado en Liptovský Svätý Mikuláš al salir el sol, cuando la separación se cernía sobre ellos».

Si Jonatán no podía prometer mantenerse lejos del peligro, él, dueño de su vida por haberla salvado en otra ocasión, obligaría al destino y al guardián del tiempo a conservarla.

Con la misma determinación tomó la copia del Informe de Auschwitz que guardaba detrás de una fotografía de su promoción en la academia Ludovika. Después de haber agotado todas las posibilidades de rescatar a los obreros perdidos, Richárd se la había entregado como último recurso, como una bala vieja y oxidada que ya era el momento de utilizar. Porque había llegado a manos de Lutz, del Vaticano y de los británicos, y ni las presiones que estos ejercían ni el aumento y la severidad de los ataques aéreos habían detenido aquella matanza mecanizada. Porque habían distribuido copias entre

su propia comunidad y, al no contar con el apoyo del Consejo Judío, casi nadie quería creer que la muerte aguardaba en sus puertas.

Ádám desempolvó la máquina de escribir portátil, pasó el pestillo y se sentó al escritorio del dormitorio, que no utilizaba para su cometido original desde que el despacho más pequeño de la casa se convirtiera en el suyo. Con el piar de los pájaros, que se desperezaban en el jardín, comenzó a traducir al francés aquellas sentencias bárbaras. Su última bala, disparada a ciegas y con relativa esperanza.

László Baky, subsecretario del Estado, era un hombre de mediana edad, rostro redondo de rasgos simples, casi feos, y penetrante mirada oscura. Al dirigirse a Sanz Briz, lo hizo con la sonrisa suficiente y voraz de quien se cree en posesión de la baraja ganadora de la partida.

—Comprendo que a esos hombres los detuvieron en la calle Eötvös, en territorio húngaro —le explicaba, con calma extrema, el encargado de negocios español—, y no en el propio edificio de la legación, que cuenta con inmunidad diplomática.

Baky no se conmovió con la explicación. No cambió de postura, excepto para cruzar y descruzar las piernas; su cara rechoncha, casi juvenil, exhibía la misma mueca orgullosa y taimada.

—¿Profesan la fe judía los trabajadores afectados?

—Nuestro abogado, el señor Zoltán Farkas, se convirtió al catolicismo hace años, al contraer matrimonio con su esposa, Mária Terézia, que pertenece a una de las familias más ejemplares de su país. Ambos asisten los domingos a la misma misa que yo, oficiada

por el nuncio Angelo Rotta. Sobre el médico y los mecánicos, no sabría decirle, el tema jamás salió a colación.

—Pero pertenecen a la raza israelita, ¿me equivoco?

Sanz Briz arqueó las comisuras.

—Según tengo entendido, el distintivo que llevan en la ropa, debido al cual se efectuó su detención, está ahí para disipar toda duda al respecto. —Se acercó más al escritorio que lo separaba del subsecretario—. Señor Baky, soy católico de cuna y por profunda convicción, la fe es un pilar indispensable en mi vida familiar. En lo profesional, mi propia religión me empuja a valorar la lealtad, una virtud que mis trabajadores han desplegado incluso en los momentos más difíciles de mi país. Durante el gobierno rojo y durante los años convulsos de la guerra, se mantuvieron en sus puestos de trabajo, fieles a España y al servicio de los intereses españoles. Por eso, como atestiguan estos documentos, gozan de la plena protección del Estado; una protección que, me temo, ha sido violada.

László Baky, sorprendido por una jugada maestra que no había tenido la clarividencia de prevenir, se echó hacia atrás en la silla. Con un dedo rechoncho, blanquísimo, se acariciaba unos labios que, pese a todo, no habían abandonado la mueca anterior.

—De ser así, ¿cómo es que no enseñaron los documentos que usted me está mostrando?

—Lamentablemente, yo no me encontraba presente en el momento de su detención, aunque, como le he dicho, tuvo lugar justo enfrente de nuestra embajada. No sé si los trabajadores mostraron sus documentos, si no los llevaban encima o si fueron ignorados. Solo tengo constancia de que se ha detenido a cuatro

hombres que cuentan con la protección de España y de que he recibido órdenes expresas de Madrid de hacer cuanto esté en mi mano para devolverlos a sus puestos de trabajo.

Hubo un instante de silencio, que aprovechó para estudiar con más detenimiento la expresión de Baky, paralizada en idéntico rictus del que hizo gala durante toda la conversación.

—Me encuentro ante usted porque, según testigos oculares, la detención fue llevada a cabo por la policía húngara —precisó—. De tratarse de la Gestapo, mucho me temo que la situación sería bien distinta. Usted ya sabe las buenas relaciones que mi país mantiene con el Reich; nos auxiliaron en nuestra guerra y nosotros hemos sabido devolverles el favor al desplegar tropas voluntarias en la Unión Soviética, un frente cuya crudeza ustedes también tuvieron el infortunio de catar. España considera Hungría un país políticamente afín; si me lo permite, me atrevería a decir incluso que nuestra historia reciente ha transcurrido por derroteros similares. En el momento de la guerra en el que nos encontramos, lamentaría mucho que este desagradable incidente dañase los lazos que unen a nuestras naciones.

Dio un paso crucial al mover la pieza con temeridad sobre el tablero. ¿Quién saldría victorioso en aquella partida de ajedrez atroz? El tono amable, sereno, robaba agresividad a aquella amenaza velada, a la sombra de las fuerzas ocupantes cuya ideología Baky tanto apreciaba. La mención de la guerra de España era un arma de doble filo: escondía el desdén que Ángel sentía hacia los alemanes y arrojaba, en cambio, luz sobre la gran vergüenza de Hungría. Aunque su gobierno entonces se había posicionado a favor de los sublevados, no les había prestado la misma ayuda directa que

los camaradas germanos e italianos; es más, la presencia magiar en las Brigadas Internacionales había sido suficiente para crear su propio batallón, el Rákosi, bautizado en honor al líder comunista Mátyás Rákosi.

Ante la duda de Baky, que traspasaba los límites de la piel hasta aniquilar, al fin, el fantasma de aquella sonrisa, insistió.

—Confío en que nosotros, que velamos por un objetivo común, seamos capaces de llegar a una resolución. De no ser así, sin embargo, y debido a la gravedad del asunto, me veré obligado a actuar en contra de mis principios y acudir a la superioridad.

El subsecretario torció la boca. Desde aquella distancia, iluminado, como lo estaba la sala, por los rayos dorados de la mañana, a Ángel le parecía ver el debate que aquel hombre mantenía en su interior. Si daba un paso en falso, podría ser víctima de las mismas presiones que habían culminado en el relevo de De Muguiro de su puesto. Por otro lado, si su intuición no le fallaba, salvaría cuatro vidas y abriría la vereda para auxiliar a muchas más.

—Eso no será necesario, señor Sanz Briz —repuso Baky con voz carente de la petulancia anterior—. Comprendo el interés de su gobierno por esos hombres. Por mi parte, le aseguro que ningún policía húngaro los habría detenido de poseer la información de la que usted me ha hecho partícipe. —Se humedeció los labios—. Haré todas las gestiones necesarias para que la legación recupere a sus trabajadores. Si, a cambio, usted hiciera el favor de olvidar un desliz, por otro lado, perfectamente comprensible en los tiempos que corren…

Ángel asintió.

—Por mi parte, queda ya olvidado.

—Se lo agradezco. Confío en su juicio y en el de su país, señor Sanz Briz. Desde nuestro punto de vista, sin embargo, quiero recalcar que del judío nadie puede fiarse, por muy nobles que sus actos parezcan. Sus manos son las que están detrás de la propaganda aliada que envenena a países neutrales contra nosotros y que ha intoxicado, incluso, a su antecesor en el cargo. Tengo constancia, además, de la influencia que ejercen organizaciones judías extranjeras; una influencia que toma la forma de la aviación estadounidense que tantas vidas se ha cobrado en esta ciudad.

El español le respondió con una parca sonrisa que ni negaba ni confirmaba nada.

—Lo tendré en cuenta, señor Baky. Muchas gracias de nuevo por su comprensión y su colaboración.

XVIII

Sanz Briz llegó a la legación con el sol de julio en la frente enrojecida y la buena nueva del retorno de los trabajadores. Se la comunicó a madame Tournée de inmediato, junto a la promesa de que pronto ni Gaston ni ella tendrían que pasar más noches en aquel edificio de la calle Eötvös.

—Aguarde a que el señor Farkas y los demás estén con nosotros —le indicó mientras tomaba asiento en su despacho para leer el periódico del día, que con las prisas no había consultado—. Entonces, con la prueba de que la protección se respeta como se debe, su hijo y usted tendrán la garantía de volver a su casa sin riesgos.

—Lo importante es que ellos estén bien. ¿Le han dicho dónde los tienen retenidos y cuándo podremos esperar su regreso?

—Deberían estar con nosotros en uno o dos días. De lo contrario, tomaré serias medidas. Según me han informado, su paradero actual es una fábrica de ladrillos en Budakalász; desde allí se efectúan las deportaciones —resopló y dejó el diario a un lado, incapaz de concentrarse en las noticias de aquel frente que se cerraba paulatinamente en torno a ellos—. No quiero ni pensar en lo que habría podido ocurrir si desde Madrid no hubiesen reaccionado con tanta urgencia. ¿Ha pasado algo importante durante mi ausencia?

—No, don Ángel, solo que el capitán Ádám Farkas de Batthyány insiste en reunirse con usted, está esperando en la sala.

Una leve arruga creció en el ceño de Sanz Briz.

—¿Le ha dicho el motivo?

—Me temo que no, tan solo ha expresado que se trataba de un asunto que no debía demorarse más.

—Me imagino que, con las deportaciones, le urgirá la resolución del caso de su inquilina. —Suspiró—. Lamento no tener buenas noticias que darle aún, aunque espero que eso cambie pronto. Pese a ello, por amistad, se lo haré saber en persona. No lo haga esperar más, madame.

Sanz Briz procuró que nada, ni en su expresión ni en su postura, revelase el susto que le había causado el deterioro físico de su vecino. Había perdido peso desde la última vez que lo vio, algo que se evidenciaba a pesar del (o tal vez debido al) traje que llevaba y que le habían tenido que arreglar para que volviese a sentarle como un guante. Los ojos, brillantes y perspicaces, dominaban el rostro alargado, de pómulos prominentes y nariz fuerte. Al sonreír, sin embargo, desplegaba la simpatía calculada y segura que ya había notado en él durante su fiesta de bienvenida.

—Muchas gracias por esperarme —le dijo Ángel, tras indicarle con un gesto que tomase asiento frente a él.

Pese al periodo de convalecencia, los movimientos de Ádám eran rápidos y aplomados; tan solo lo traicionaba el temblor de la mano al apoyar el bastón contra la mesa.

—Gracias a usted por recibirme —respondió. Su voz era también enérgica, vivaz, como si nada hubiese pasado—. Ha tenido que

hacerse cargo de sus nuevas funciones en los momentos más convulsos de la ciudad.

—No voy a negárselo. Suerte que don Miguel Ángel lo dejó todo atado y bien atado antes de partir. Yo solo he de seguir sus pasos.

—Que no es poca cosa. En la familia ya lo echamos de menos. Y, en lo profesional, no olvido todo el bien que hizo, sobre todo en lo tocante a los judíos. —Al ensanchar la sonrisa, las mejillas se le hundieron formando dos hoyuelos como dos puntos y aparte—. Una labor que, según tengo entendido, usted está continuando.

Sanz Briz asintió con un gesto.

—Esa es mi intención, desde luego. Me figuro que, con avances tan preocupantes, estará angustiado por la situación de su inquilina. Me temo que todavía no he logrado expedirle un pasaporte español, pero confío en que pueda hacerlo muy pronto. Confidencialmente, he recibido autorización desde Madrid para entregar documentos de protección a los judíos en nuestra plantilla; protección que espero poder extender, al menos, a la población sefardí de la ciudad.

Ádám ladeó la cabeza. La fiereza de la mirada, enmarcada por unas ojeras oscuras como posos de café, contrastaba con la sonrisa que todavía no había abandonado sus labios.

—Y yo que se lo agradezco, don Ángel. En realidad, ese era solo uno de los motivos por los que estoy aquí.

A medida que hablaba, y mientras Sanz Briz apoyaba el codo en el escritorio para inclinarse más hacia él, abrió el maletín que llevaba consigo, del que sacó un documento extenso. Lo dispuso sobre la mesa sin mayor ceremonia. La primera página, mecanografiada con esmero, rezaba: *Rapports sur les camps de «travail» de Birkenau et d'Auschwitz.*

Los ojos agrisados del español refulgieron al identificar, de manera correcta, el contenido del informe que tenía ante él. Aquellos horrores, que conocía tan solo de oídas, lo golpeaban con la sencillez de la palabra escrita. Lo invadió de inmediato el terror: por responsabilidad y dignidad debía efectuar una lectura de la que no podría recuperarse jamás.

—A través de mis obreros y de ciertas amistades he entrado en contacto con un grupo de las juventudes sionistas —le explicó Ádám, tras ver en los iris del diplomático las preguntas que lo plagaban—. Pese a sus ideas políticas, le aseguro que son ciertas cuantas barbaridades detalla este informe. Yo mismo me he encargado de su traducción, así como de comprobar la veracidad de sus fuentes.

Con una mano, Sanz Briz se acariciaba el mentón para apaciguarse; con la otra, pasaba las hojas de aquel documento cuya existencia el nuncio ya le había informado. A pesar del esmero de la portada, en el interior abundaban los tachones y las anotaciones posteriores a estilográfica; ambas características, más que restar credibilidad, arrojaban luz sobre la urgencia de transmitir aquel mensaje apremiante.

—Estaba al tanto de este informe —musitó, más para sí que para el hombre que se lo había entregado—. Los diplomáticos de las embajadas neutrales nos reunimos a menudo. El representante suizo dispone ya de una copia. El nuncio Angelo Rotta también y la ha remitido al Vaticano; por lo que tengo entendido, los crímenes narrados turbaron sobremanera al Santo Padre.

—No le culpo. Yo mismo… —Torció la boca—. Creía que después del frente ya nada me estremecería; me temo que me equivocaba. La lectura no me resultó fácil, eso se lo aseguro, más teniendo en

cuenta… En fin, pienso en los obreros que perdimos y se me quitan las ganas de vivir.

Sanz Briz contrajo el gesto de manera instintiva. Pensaba en el abogado Farkas, en el médico y en los mecánicos; en la impotencia y la culpa que lo habrían asediado hasta el hueso de haber llegado tarde a salvarlos. Y a los niños que aguardaban traslado en los hospicios de la capital jamás lograba tampoco arrancárselos de la mente.

—Gracias a mi amistad con el nuncio ya había tenido ocasión de poner a mi gobierno sobre aviso de los rumores tan desesperanzadores que corren por la ciudad. Con este documento en mi posesión… espero poder hacer mucho más. Gracias por confiármelo, le aseguro que está en buenas manos y que emprenderé los trámites necesarios para proteger al mayor número de personas posible.

Ádám afiló los labios. Librado del peso de aquella verdad, su cara reflejaba de nuevo la juventud robada por la guerra y la ocupación.

—Es usted un buen hombre, don Ángel —le aseguró.

—En compañía de otro buen hombre. Si nosotros no hacemos nada, ¿quién peleará por esas gentes ultrajadas?

XIX

Ángel Sanz Briz,
encargado de negocios en Budapest
Al ministro de Asuntos Exteriores Jordana

Budapest, 16 de julio de 1944

Con el tiempo, el fuerte impacto que sufrió el país con la invasión alemana del 19 de marzo se ha manifestado en una serie de situaciones que se han agravado de manera gradual, hasta llegar a una situación verdaderamente revolucionaria.

Tras la formación del gobierno presidido por Sztójay, los diversos grupos políticos que hasta ese momento no habían podido desarrollar su actividad reagruparon sus fuerzas y comenzaron a operar. Existe una organización liderada por el ministro sin cartera Imrédy, quien pretende derrocar al regente Horthy y ser nombrado gobernador. Al frente de esta organización se encuentran los dos subsecretarios del Ministerio del Interior: Endre y Baky. Este último se distingue por su carácter sanguinario y su feroz persecución de los judíos.

He de destacar además una importantísima organización encabezada por Szálasi, líder del partido Cruz Flechada.

Estas y otras organizaciones que luchan por el poder poseen armas y operan de manera independiente, incluso enfrentándose entre sí, hasta el punto de que una de ellas ha entrado en conflicto con la propia Gestapo.

En cuanto a los judíos, recalcar que siguen siendo una víctima fácil. Me han informado con certeza de que el número de hebreos deportados ya se acerca a los 500.000. Circulan noticias alarmantes en la capital acerca de su destino. Uno de estos rumores persistentes afirma que la gran mayoría de los judíos (que se transportan en vagones de ganado, cada uno con 80 personas, literalmente

apiladas unas encima de otras) son llevados a un campo de concentración en las inmediaciones de Kattowitz, donde son gaseados y sus cuerpos se utilizan como grasa para ciertos productos industriales.

Para proteger a ciertos judíos de la persecución, el Ministerio de Defensa ha decidido crear una fuerza laboral compuesta por personas de esta etnia. Unos 80.000 hombres han sido movilizados; se los utiliza para el rescate tras bombardeos y para otras labores públicas. Es cierto que esta organización tampoco goza de respeto, y un número considerable de trabajadores ya han sido arrestados y deportados.

Como se desprende de lo expuesto, la autoridad del gobierno no podría ser menor, puesto que ha sido completamente marginada por elementos extremistas leales a los alemanes.

El Informe de Auschwitz, guardado en el cajón superior del escritorio, que cerraba con llave, le sirvió a Sanz Briz de guía para hacer hincapié en aquellos crímenes a los que ya había hecho referencia, aunque con menor detalle, tras su conversación con el nuncio. La lectura le había tomado varios días, los mismos que los trabajadores de la embajada habían tardado en regresar a sus puestos tras la detención. La decisión de no enviar una copia del documento había sido consciente. Temeroso de que sus superiores en Madrid no confiasen en la procedencia de aquellas hojas mecanografiadas, había preferido ir remitiendo los detalles despacho a despacho. De manera paralela, insistía en obtener autorización para extender pasaportes españoles a los sefardíes de Budapest.

«Siendo creativos, por supuesto, en el significado de la palabra "sefardí"», pensó Sanz Briz mientras se levantaba para entregarle su último informe a la canciller. Una vez que obtuviese permiso, extendería la mano y protegería con ella a cuantos judíos pudiese. Les pediría que detallasen cualquier lazo que los pudiese unir con

España; en caso de carecer de pasado y linaje ibéricos, cualquier negocio, cualquier familiar emigrante, cualquier viaje bastaría.

Cualquier coartada, cualquier excusa, sería suficiente para salvar, aunque fuera, una vida humana de la destrucción.

En Liptovský Svätý Mikuláš, Jonatán aguardaba las noticias de Hungría como el reo que espera la pena capital. No había logrado conciliar el sueño hasta que el mensajero de la frontera les confirmó que el Informe de Auschwitz había sido entregado a la resistencia judía y a las embajadas neutrales de Budapest sin problemas. Para él, aquel había sido un alivio doble: la salvación de su madre y de su hermano, y la seguridad de Ádám, que había cumplido su misión sin que le tocasen un solo pelo de la cabeza.

Las nuevas que recibían a través de las vías habituales y de Radio Kossuth, la emisora clandestina que transmitía desde Rusia, lo perturbaban. Pese a todos sus esfuerzos, pese a las protestas de los diplomáticos y del propio papa de Roma, las deportaciones desde su ciudad de nacimiento persistían. Miles, millones de vidas humanas arrojadas sin contemplación al fuego del odio y de la indiferencia.

Para Rudi Vrba, más que para nadie, aquella era una píldora muy amarga que le agarrotaba la garganta. Olvidado su nombre de nacimiento, cansado de esperar e incapaz de disfrutar de la libertad que había adquirido a pulso, aprovechó el restablecimiento de su salud para presentarse a las células clandestinas a las que Jonatán y Dinah instruían.

La reacción instintiva inicial fue despacharlo. ¿Cómo iba a arriesgarse él, que se había rescatado a sí mismo, sin aguardar a

unos libertadores que aún desconocían la gravedad del pecado cometido? No le dijeron nada. Ellos también habían renunciado voluntariamente a la seguridad del Mandato. ¿Qué podían reprocharle, de todas maneras? No conocían las torturas como él, no habían olido el aroma dulzón de los cuerpos quemados como él, no sabían lo que era el hambre ni atreverse a perderlo todo por un mendrugo más de pan.

—Aquí a los hombres como tú no les confiamos revólveres —le aseguró Jonatán, entre risas.

Seguía viendo en Rudi un reflejo de su hermano, sobre todo en ese momento en que había ganado peso y recuperado, por tanto, los rasgos personalísimos que lo caracterizaban. Ya no tenía ante él a un cadáver andante del *lager*, sino a un joven moreno, fanfarrón y carente de miedo.

Ante su colérica expresión irrumpió en una carcajada mayor aún que la anterior.

—Pero metralletas sí que os damos —agregó, y le pasó el brazo por detrás de la espalda en señal de camaradería.

Ya no los dividían la edad, la nacionalidad ni las circunstancias. Eran dos judíos al borde del abismo que no se acobardarían ante nada. Jonatán sabía lo que Rudi apenas intuía: el cuartel general del ejército ilegal ultimaba los preparativos para un alzamiento armado contra los opresores. La fecha y la hora, que aún ignoraban, se cernían ante los partisanos y los paracaidistas palestinos como un enorme reloj de arena que no corría a su favor.

Vivían aquel verano pensando que sería, con toda seguridad, el último.

XX

¡¡¡ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL!!!

Ángel Sanz Briz,
encargado de negocios en Budapest
Al ministro de Asuntos Exteriores Jordana

Budapest, 22 de julio de 1944

El 19 de este mes, uno de los hombres leales del jefe del Estado me informó de que, en los últimos días, el regente Horthy había recibido con mucha cordialidad a los representantes de los países neutrales acreditados en esta capital. Interpreté esta noticia como una invitación de Su Excelencia a reunirnos, así que solicité una audiencia, que se fijó para la jornada siguiente.

Resumiré los puntos más importantes que abordamos el regente y yo en nuestra larga conversación:

- Su firme oposición a la ocupación alemana de Hungría.
- Su enérgica condena de las atrocidades cometidas contra los judíos y la anarquía de la que fueron víctimas figuras prominentes de la vida húngara.
- La firme determinación de exigir que Alemania cumpliese sus promesas.
- Su aprobación incondicional de la conducta que España muestra hacia el gobierno actual.

Sanz Briz no sabía qué opinión le valía el regente. Más cabal que el subsecretario Baky y que cualquier otro político del gobierno del momento, no parecía ser plenamente consciente, en cambio, de la gravedad del golpe recibido. Se movía con la cautela de quien habita

aún un mundo ya obsoleto, el de la *noblesse oblige* que poca cabida tenía bajo el yugo de la ocupación. Incluso en esas circunstancias, tras ver su patria invadida, se veía incapaz de traicionar la vieja alianza que lo unía al Reich.

«Su fe en el mundo está manchada con la sangre de los judíos», pensó Sanz Briz, una apreciación que no se permitió trasladar al papel. La reunión con Horthy, pese a todo, no le había resultado desagradable. Sentía que con él al menos podía coincidir en algunos puntos; admiraba su actitud antigermana, pese a la extrema reserva que le impedía actuar abiertamente en contra de las fuerzas de ocupación. Apreciaba, además, la fluidez en castellano del viejo almirante, ya que hablar su lengua materna, en lugar de recurrir al francés o, en última instancia, al alemán, que no acababa de dominar, le permitía valorar la verdad sin el engorroso filtro del idioma extranjero.

En Horthy, en todo caso, no percibía maldad alguna, tan solo una suerte de impotencia trágica ante la que se resignaba. Esa conciencia tranquila, aunque errada, arrojaría a su propio país al abismo y destruiría, antes que a nadie, a los judíos.

Sanz Briz mordió la punta de la estilográfica. Ante él había dispuesto una lista de cuarenta sefardíes que habían acudido a la legación en busca de una mano amiga. Si la situación de los hebreos no mejoraba, algo que dudaba pese a las esperanzas del regente, se vería obligado a tomar cartas en el asunto por humanidad, con autorización de Madrid o sin ella.

En los montes Tatras, las conversaciones privadas entre los tres paracaidistas guardaban el mismo sentimiento comunitario de las celebraciones religiosas. Entre el tabaco y los rumores, que ahuyentaban mejor el hambre que el alimento, Bloomsbury ponía a los otros dos al tanto de los últimos avances.

El guardián del tiempo les daría caza pronto. Armados y organizados los grupos de resistencia, era solo cuestión de eso, de tiempo, que estallase el alzamiento contra los opresores.

—Esa será vuestra única ventana para cruzar la frontera con Hungría de manera más o menos segura —les indicó Bloomsbury.

En la penumbra del bosque, los ojos, redondos y oscuros, refulgían como si estuviesen en llamas. Hacía un par de días que habían recibido confirmación por radio de que el DOE estaba entrenando a sus refuerzos en El Cairo. Se les uniría un grupo formado por dos o tres voluntarios que se incorporarían a las filas de los partisanos. Bloomsbury, el emisario de más veteranía, sería el encargado de acogerlos e instruirlos; Jonatán y Dinah, tras una larga espera, recibirían la misión de desplazarse al país vecino.

—¿Quedarán judíos que salvar, entonces? —siseó ella.

Ninguno de los dos le contestó. Con la cabeza gacha y los cabellos iluminados por la luz de la luna, contemplaban la misma conclusión a la que había llegado su compañera. Lenta pero inexorablemente, el frente oriental se cerraba sobre el territorio magiar. Su prioridad, de nuevo, serían los intereses británicos; la libertad de su propio pueblo, si es que este aún existía, no constituiría más que un pie de página en la historia.

—No permitas que Rudi Vrba muera —le susurró Jonatán a Bloomsbury.

Había arriesgado demasiado y perdido incluso más, empezando por la identidad asociada a su nombre de nacimiento. Jonatán podía comprender la sed de justicia que empujaba a Rudi a tomar, tras incontables torturas, las armas; la destrucción de su vida, sin embargo, era incapaz de tolerarla. Cuando pensaba en él ya no se le venía solo a la cabeza la imagen de su hermano, sino también la de Ádám, cuyo tacto aún conservaba en las yemas de los dedos.

XXI

Ángel Sanz Briz,
encargado de negocios en Budapest
Al ministro de Asuntos Exteriores Jordana

Budapest, 29 de julio de 1944

Las injusticias y crueldades de las que son víctimas los habitantes judíos de este país han motivado la intervención de los representantes acreditados aquí del Santo Padre y del rey de Suecia. El nuncio, quien ha protestado repetidamente por los métodos violentos usados contra los israelitas, envió el otro día una enérgica carta en nombre de Su Santidad el Papa a las autoridades locales. Elevó su voz de protesta por las vejaciones sufridas por el gran número de católicos de origen hebreo y por los procedimientos inhumanos utilizados contra los judíos en general.

El rey de Suecia también mandó hace poco un mensaje personal a Horthy en el que sugiere que ejerza toda su influencia para impedir el constante maltrato a los miembros de esta raza.

Tengo constancia de que ambos mensajes afectaron profundamente al estado de ánimo del regente. Quizá por ello decidió emplear toda su energía y autoridad para prohibir nuevas deportaciones.

Sanz Briz cerró el despacho con la certeza de haber movido una pieza clave en la partida de ajedrez de la que había empezado a hacerse cargo. Parecía que el Informe de Auschwitz ardiera en el primer cajón del escritorio para reclamar su atención; a su lado, la lista de cuarenta sefardíes le inspiraba idéntica premura.

El reloj, colgado en la pared, no se detenía.

Los salvados y los condenados
Agosto — noviembre de 1944

Quien salva una vida salva al mundo entero.

Mishná 4,5

I

Tierra de nadie, frontera eslovaco-húngara,
20 de agosto de 1944

La noche era madre de los ladrones y los fugitivos. Para evitar levantar sospechas, Jonatán y Dinah emprendieron la fase crítica de su viaje con la luz tenue y purpúrea del ocaso. El alzamiento armado burbujeaba bajo la tierra seca que pisaban. Ya no era cuestión de semanas y meses, sino de horas y días, que estallase y la estrecha ventana para cruzar la frontera se cerrase para siempre.

A mediados de agosto, las circunstancias eran idóneas para la incursión. El trayecto desde Liptovský Svätý Mikuláš los había conducido al sur, a través de los Tatras, que controlaba el grupo Stalin; uno de los partisanos, que previamente había pasado por la dura criba de Bloomsbury, les había hecho de guía a través de aquel territorio que se extendía ante ellos y los devolvería a su patria. Desde el valle del Hron avanzaron hacia Tisovec. La orografía, caracterizada por cuevas que de lejos recordaban a panales de abejas, proporcionaba una protección natural que podía salvar la vida a un hombre en aquellos lares, ya bajo jurisdicción del Ejército Eslovaco. Aquel había sido el punto de despedida. Los paracaidistas tenían en su poder la documentación, bastante buena, que les había

proporcionado la resistencia y que debían entregar en caso de que un guardia Hlinka los detuviese.

—Debéis dirigiros al valle Sajó —les había indicado el partisano, agazapado contra una roca, con el mapa de seda extendido en el suelo como un manto—. Vuestro objetivo es este —dijo señalándolo con el índice—, el área entre Plešivec y Tornal'a. ¿Veis esta cueva?, es Domica. Debéis cruzar a través de los bosques que la rodean. La frontera está atravesada por el sistema de cuevas, lo que dificulta la vigilancia. Si esperáis a que pase la patrulla, tendréis la oportunidad de cruzar al otro lado antes de que se presente la siguiente. Si lo conseguís, tendréis por delante uno o dos kilómetros de tierra de nadie hasta alcanzar Hungría.

Jonatán y Dinah asintieron. En el interior de las camisas típicas de los montañeros por los que querían hacerse pasar, habían cosido un bolsillito con papeles húngaros de la mayor calidad que todavía podían conseguirse. Tener que usarlos era tan azaroso como jugar a la ruleta rusa; si HaShem los acompañaba, serían capaces de llegar a la patria que los había rechazado sin necesidad de enseñárselos a algún gendarme que pudiese detectar su falsedad.

—Si queréis un consejo —continuó diciendo el partisano en voz más baja—, aprended a ignorar la sed. No os confiéis, no entréis en ninguna aldea en busca de un pozo, aunque ya estéis en zona húngara, hasta que os hayáis alejado lo suficiente de la frontera. El mayor peligro no es que os detengan en los bosques, sino que deis con un gendarme que no se trague vuestra coartada. De ser así, os devolverán al remitente enseguida, pero no os entregarán a la guardia Hlinka, sino directamente a las autoridades alemanas.

En agosto de 1944, la tierra de nadie olía a hojarasca y a sudor. Las gargantas, secas, se agarrotaban sin alivio, pues no catarían agua hasta alcanzar Aggtelek. La población, pequeña y humilde, se había convertido en eje del mercado negro durante la guerra. Allí se desprenderían de su disfraz de montañeros y adoptarían una nueva identidad, otra más, la de mercaderes, como avalaba el permiso, también falso, que llevaban consigo y del que preferían no tener que echar mano. Desde Aggtelek accederían al valle Bódva, cuya estación de tren conectaba con la ciudad de Miskolc, y en los vagones de tercera clase se esconderían sin problemas entre los campesinos y los mineros que viajaban a aquella urbe en el norte del país. Si sobrevivían a todo aquello, les quedaría aún la conexión Miskolc-Budapest, en la que debían sortear a toda costa los interrogatorios de los gendarmes y de los comandos de transporte militar alemanes.

Pero aún estaban en tierra de nadie. Los pasos (firmes, confiados) levantaban arenisca roja que les humedecía los ojos. Centímetro a centímetro. Salto de fe a salto de fe. Cuando se produjo el gran cambio, no notaron nada en las suelas de los zapatos que les indicase que se encontraban en la patria que los había visto nacer. No había ninguna diferencia perceptible, ningún vestigio de aquello que habían abandonado y que clamaba de nuevo por ellos. La vegetación continuaba siendo espesa, envolvente; el viento, árido; las mismas nubes se rizaban en el mismo cielo que sangraba naranja y violeta; los insectos y los pájaros, ajenos a las delimitaciones políticas, volaban sin consideración alguna por los territorios y sus dueños.

—Aggtelek está a veinte minutos —le susurró Jonatán a Dinah.

La mano, en la suya, estaba cálida y mojada; palpitaba por la temperatura veraniega, un órgano vivo en sí mismo. Contaban el tiempo en segundos, en movimientos, en capas de sonido que desgranaban entre los dedos en busca de una zancadilla que les impidiese continuar en el mundo: el ulular agudo del viento, las alas de las aves al emprender el vuelo, sus delicadas y felinas pisadas, el frufrú de los pantalones, la respiración pesada, casi asmática, por la fatiga y la incertidumbre.

Si sobrevivían, en unos días estarían en Budapest. Si sobrevivían, en unos días estarían en casa. Llevarían consigo la libertad y la venganza; los nombres de los desaparecidos, cosidos en las mangas en hilo invisible, los acompañarían y les infundirían fuerzas.

Una rama que se partía. Pisadas ajenas, un conjunto de ellas. Otras respiraciones, agitadas por motivos muy distintos.

Dinah se abalanzó sobre Jonatán antes de que las voces, también desconocidas, se alzasen. Interpretando el lenguaje mudo, físico, de la más profunda camaradería, él la besó (en los labios, en la mandíbula, en el cuello hasta bajar a las clavículas moteadas de pecas) mientras, con las manos, luchaba para desabrocharse el pantalón.

—¿Quién va?

El tono era juvenil, casi irreal, imposible, en circunstancias como aquellas. Jonatán no alzó la cabeza para comprobar quién iba hacia ellos; las manos, ya libres, se introducían por debajo de la ropa de Dinah para acariciarle los senos, aquella anatomía que ya había catado antes, en El Cairo y en Liptovský Svätý Mikuláš, para entrar en calor o ahuyentar la soledad, no para salvar la vida.

—¿Quién está ahí?

Cerró los ojos. Dinah se había deshecho también del pantalón y Jonatán sentía el sexo cálido contra su entrepierna. Posó los labios en el espacio vacío entre los pechos, donde podía palpar con la barbilla el fantasma de las costillas. Había besado a Ádám una vez, años atrás; borracho hasta casi perder el conocimiento, no había sido consciente de la existencia ni del tamaño de su deseo hasta que este lo poseyó entero, en cuerpo y alma. No recordaba siquiera si se encontraban en el bar o ya en casa, pero sí el sabor exacto de la boca de su amigo, el tacto de aquella piel que conocía tan bien contra la suya y las inspiraciones que le erizaban los pelillos de la nuca. Por un instante, el que necesitó para comprender la magnitud de lo que hacían, Ádám, ligeramente más sobrio que él, le había correspondido. Entendió de golpe por qué era tan popular entre las mujeres, por qué ellas aguardaban a su compañero después de que él mismo las hubiese rechazado. A la mañana siguiente, con el dolor de cabeza como desayuno, ninguno de los dos dijo nada; la amistad siguió su curso como si nada la hubiese alterado.

La mañana siguiente…, quizá no habría un amanecer.

—¡Hemos dicho que quién…!

La voz, a medio camino entre la adolescencia y la edad adulta, bajó en intensidad hasta desaparecer. Al volverse hacia ella, Jonatán se dio de bruces con un grupo de muchachos de catorce o quince años. Los uniformes, estilo *boy scout*, le indicaron que pertenecían al grupo paramilitar *levente*; las caras, que enrojecían, esperaban encontrarse con muchas cosas, pero no con la que estaban presenciando.

—¡Se… separaos! —bramó uno de ellos, el más alto, el que tenía pinta de cabecilla.

Dinah, que fingió una vergüenza que no sentía, trató de tapar su intimidad con las dos manos. Jonatán, aún sobre ella, se giró de modo que su desnudez quedase al descubierto. Con cuidado, con movimientos pequeños y tenues, alzó una mano en señal de paz; con la otra, hurgó en el bolsillo hasta dar con los cigarrillos que había liado antes de partir.

—Os los doy todos si guardáis el secreto, ¿eh? —les dijo imitando el acento del Felvidék que le salía a Dinah al emplear su lengua materna—. ¡Anda, cogedlos y largo!

Los muchachos se miraron unos a otros. Donde estaban los chiquillos del *levente*, la gendarmería no podía andar lejos. Si daban una voz de alarma, Dinah y él estaban perdidos; los papeles eran lo suficientemente buenos para salir del paso, pero un ojo avezado, alertado por lo sospechoso de la situación, no tardaría en dudar de su origen.

El líder dio un paso al frente.

—Tenemos orden de revisar la documentación de los individuos que frecuentan esta zona.

Jonatán trató de hallar una estratagema para convencer a los chicuelos más allá del soborno con tabaco y de la vergüenza ante el cuerpo desnudo de otro hombre, pero Dinah se le adelantó. Se puso en pie, de modo que la ropa interior le resbaló hasta los tobillos.

—¿De qué dudáis, de que seamos húngaros o de que seamos arios? Porque no sé qué me ofende más.

La tez de los adolescentes se tornó carmesí. Ellos, que desviaban la mirada para evitar posarla en aquel pene al descubierto y que los demás dudasen de su hombría, se debatían en ese momento entre

guardar las apariencias o dejarse arrastrar por la curiosidad hacia las formas femeninas.

Jonatán esbozó una sonrisa. En aquellos momentos, el riesgo palidecía ante la posibilidad de pisar, después de tantos años, el asfalto de Pest.

—¡No me jodas! ¿Creéis que soy un puto judío? —Se sujetó el miembro—. ¡Porque os puedo demostrar ahora mismo que no!

Ninguno de los muchachos miró. Los más cobardes mantenían los ojos fijos en sus propios zapatos, mientras que los avispados estudiaban a Dinah por el rabillo del ojo. El cabecilla, que ya se daba la vuelta, exclamó:

—¡Adecentaos y volved a vuestras casas! Anda, no sé cómo no se os cae la cara de vergüenza… ¡En un momento de emergencia nacional!

Con gestos grandes, de actor o de domador de circo, reunió a los demás para continuar la patrulla como si nada la hubiese interrumpido. Jonatán aguardó a que desapareciesen entre la vegetación. Cuando ya no pudo verlos ni oír el sonido de sus zapatos sobre la hierba, hundió la cara en el hombro de Dinah y rio.

—Anda que no has tenido suerte de que ninguno de esos fuese un mirón —bufó ella mientras se cubría de nuevo.

—¿Y arriesgarse a que uno de sus camaradas pensase que es marica? Yo también fui un chavalín…

Ella lo ignoró.

—Deberíamos apurarnos. Los gendarmes no pueden andar lejos y no sé si esa lógica de cabeza de chorlito funcionará también con ellos.

Jonatán se vistió en silencio. Si lo lograban y alcanzaban Miskolc, su plan para librarse de la comprobación de los documentos seguía idénticos derroteros: encerrarse en el lavabo y confiar en que, también entonces, la vergüenza pesase más que el deber.

II

Ángel Sanz Briz,
encargado de negocios en Budapest
Al ministro de Asuntos Exteriores Lequerica

¡¡¡CONFIDENCIAL!!!

Budapest, 22 de agosto de 1944

Ayer por la mañana, por invitación de Su Santidad el nuncio del papa en esta capital, nosotros, los representantes diplomáticos de los países neutrales, celebramos una reunión bajo su presidencia.

En dicha reunión, que versó sobre la grave situación de los judíos que aún permanecen en este país, además del nuncio, también estuvieron presentes el embajador de Suecia, el encargado de negocios de Portugal, el encargado de negocios de Suiza y el abajo firmante en representación de España.

El nuncio nos informó de que más de medio millón de judíos habían sido deportados de Hungría, casi dos tercios de los cuales habían sido asesinados, y que se han reanudado las deportaciones tras un breve periodo en el que habían cesado. El nuncio añadió que había constatado que el regente Horthy se oponía a la ejecución de las mencionadas deportaciones, una opinión que comparte la mayoría del gobierno húngaro.

La deportación de los judíos, por tanto, es simplemente una imposición de los alemanes. Para dar peso a la postura del regente y del gobierno, el nuncio redactó una carta de protesta. Todos los participantes estuvieron de acuerdo con el contenido y declararon estar dispuestos a firmarla. En consecuencia, el abajo firmante consideró oportuno hacer lo mismo, aunque no disponía de las instrucciones de Su Excelencia al respecto.

La carta, firmada por todos los presentes, fue entregada por el nuncio y el

embajador suizo al ministro de Economía, el señor Reményi-Schneller, quien ejerce como primer ministro interino debido a la enfermedad del señor Sztójay.

A título posterior, me informaron de que el señor Reményi-Schneller recibió la nota con gran interés y declaró que haría todo lo posible para evitar nuevas deportaciones…

Sanz Briz puso a un lado el despacho para que madame Tournée lo remitiese con la mayor urgencia posible. En los tiempos convulsos en los que vivían, las semanas se convertían en años enteros. Si él no perdía la noción del tiempo era gracias a las cartas en las que Adela lo ponía al corriente de su embarazo, que sufría bajo los calores madrileños. A él, aquel proyecto de vida lo devolvía de golpe a la realidad; en otoño, sería padre de nuevo. En otoño…, le angustiaba pensar qué habría sucedido con la ciudad entonces y si aún quedarían judíos a los que proteger.

Su misiva, en cierto modo, funcionaba también como escudo. El estado de emergencia en el que estaba sumido lo había empujado a firmar aquella protesta organizada por *monsignore* Angelo Rotta y Carl Lutz, pero también a expedir pasaportes a un grupo de sefardíes (menos de cincuenta, la inquilina de los Farkas de Batthyány entre ellos) que a él se le antojaba pequeño. Menos de cien almas en una capital que había albergado a cientos de miles, cuyo destino era la deportación y la muerte.

Sabía que debía hilar muy fino para poder proteger a más. A principios de mes, el ministro de Asuntos Exteriores Jordana había fallecido de un infarto fulminante; su puesto lo había asumido, de inmediato, José Félix de Lequerica y Erquiza. Del nuevo ministro, Sanz Briz conocía un par de detalles, ninguno demasiado esperanzador para la misión que pretendía llevar a cabo. Desde 1939

hasta la muerte de Jordana, Lequerica había sido embajador de España en Francia. De él se decía que apoyaba la causa del Reich, una teoría que tomaba fuerza si se tenían en cuenta sus informes antisemitas sobre el primer ministro Daladier y su sucesor, Reynaud. Si Sanz Briz quería extender más pasaportes sin autorización expresa, debía jugar muy bien sus cartas en Hungría para que nadie en Madrid sospechase de sus actividades.

No ponía en riesgo únicamente su carrera, aún incipiente si se la comparaba con la veteranía de otros diplomáticos, sino también su reputación y la de su familia en España. Si cerraba los ojos a la barbarie, sin embargo, tendría las manos tan manchadas de sangre como Horthy, Baky y el mismo Eichmann, a quien Alemania había enviado en calidad de arquitecto de las deportaciones.

«Si doy un paso en falso y me quitan del medio como a De Muguiro, ¿qué garantías tengo de que mi sucesor vaya a velar por estas pobres gentes?», pensó. No tuvo ocasión de sumergirse en aquella pregunta que lo asfixiaba. La llamada a la puerta de la canciller lo arrancó de cuajo de su turbación interior.

—Pase, madame.

La mujer obedeció. Ni el susto por la detención de sus compañeros, que había presenciado, ni el peligro que se cernería sobre ella al no contar con la protección de la embajada la habían acobardado. Mantenía aún la postura firme, elegante, y la fiereza cauta en la mirada.

—Don Ángel, el señor Ottó Komoly está aquí y desea hablar con usted.

Sanz Briz asintió.

—Muy bien, hágalo pasar.

Komoly, bajo y nervioso, tomó asiento antes aún de que Ángel tuviese la oportunidad de ofrecérselo. Por su antecesor sabía que el hombre con el que se había citado poseía una educación privilegiada y los modales que la acompañaban, que se tambaleaban en ese momento, ante las amenazas que atenazaban a su pueblo. El representante del Consejo Judío ya había acudido el día anterior, en vano, pues Sanz Briz se encontraba en la reunión de diplomáticos neutrales. Su ausencia no lo había acobardado; según madame Tournée, se había quedado sentado durante horas, un ejercicio obstinado que tampoco había tenido éxito, pues Ángel regresó a casa directamente sin pasar por la legación.

Eso mismo le explicó a Komoly al tiempo que le agradecía que tuviera la suficiente confianza en él para haber regresado.

—No, don Ángel, gracias a usted por recibirme —le respondió, en su francés salpicado de los tonos cantarines del húngaro, y dispuso un documento mecanografiado sobre la mesa—. En caso de no poder reunirme hoy con usted, me he tomado la libertad de presentar mi solicitud también por escrito. Si carece de tiempo para que se lo explique en persona, me quedo tranquilo con la mera constancia de que le ha llegado mi mensaje.

Sanz Briz tomó el papel, escrito por ambas caras, que Komoly le tendía. También en francés, estaba fechado el día 12, prueba más que fehaciente de los esfuerzos que había hecho por hacérselo llegar en mano. En deferencia a esa insistencia, y casi avergonzado por su ajetreo, el español se negó a dejarlo marchar.

—Lamento de nuevo la demora, señor Komoly. Por fortuna, dispongo de algo de tiempo esta mañana y será un placer conversar con usted. ¿A qué se debe el motivo de su visita?

El hombre no se entretuvo con fórmulas de cortesía. Fue directo y al grano, y en su expresión algo tensa Ángel percibió los mismos temores que a él le inspiraba Lequerica: la posibilidad de que el nuevo ministro no resultase tan benévolo como el anterior.

—Tal y como dispone la carta que le he entregado, el señor Rudolf Kasztner y yo mismo, presidentes de la Federación Húngara de Sionistas, llevamos meses enzarzados en sendas negociaciones con las fuerzas de ocupación para la reubicación de los judíos húngaros como alternativa a la deportación. Aunque hemos obtenido avances esperanzadores, hasta la fecha no hemos tenido éxito. Al mismo tiempo, sin embargo, nuestra organización central, la Jewish Agency, se ha estado comunicando con el gobierno español, que, en principio, ha accedido a permitir el tránsito de mil quinientos israelitas a través de su territorio.

Sanz Briz alzó una ceja. Con los ojos fijos en su interlocutor, trataba, por todos los medios, de ocultar su sorpresa al recibir esa información que desconocía. Por supuesto, tendría que confirmarla; temía que ese permiso se hubiese acordado cuando Jordana aún seguía en el poder. En todo caso, de ser cierta, dispondría de una carta en su baraja tan o más poderosa aún que la autorización para proteger a los empleados judíos de la embajada.

—Como usted bien sabe —continuó Komoly—, la situación de mi pueblo es insostenible. Por eso estamos trabajando también con la Cruz Roja Internacional, que se encargaría de proveer a los judíos de pasaportes suizos colectivos y de costear el viaje a España. Me imagino que a usted estos trámites le resultarán familiares.

A Sanz Briz se le vinieron a la cabeza los muchachos del hospicio. En un mundo más justo, llevarían ya dos meses en Tánger, a salvo y

con la dignidad más intacta de lo que sus circunstancias actuales permitían. Afiló los labios.

—Eso me temo. Aprovecho para asegurarle que no me olvido de esos menores y que garantizar su protección, aunque sea en Budapest, y no en el protectorado, como hubiésemos preferido, es mi prioridad.

—Se lo agradezco, don Ángel. Volviendo al tema que nos incumbe…, el pasaporte suizo solo protegería a los refugiados hasta llegar a la frontera entre Francia y su país. Para garantizar el tránsito por España sería necesario obtener algún tipo de visado o documento de protección español. Sé que a usted le duele el sufrimiento de mi pueblo, de no ser así, no habría firmado la carta de protesta de la que me habló. Le pido de rodillas que haga las gestiones necesarias con su gobierno para autorizar la expedición de los pasaportes y los visados de los que le estoy hablando. Si los dos tenemos éxito, las vidas que podrían salvarse ascenderían a decenas de miles. ¡Vidas inocentes, don Ángel!

Sanz Briz, que extendía las manos hacia él, lo apaciguó con gestos.

—Señor Komoly, le aseguro que haré cuanto esté en mi mano. Usted tiene razón: los crímenes contra su pueblo no me resultan indiferentes. Si de mí dependiese, le daría una respuesta favorable hoy mismo. Debido a lo delicado de la situación (para ustedes más que para nadie, soy muy consciente de ello), le pido paciencia. Hoy mismo he escrito a mi gobierno para hacerle saber nuestro repudio a las deportaciones; les remitiré, además, el documento que usted tan amablemente ha preparado. En cuanto sepa algo, se lo comunicaré.

Komoly no insistió. Resignado a no alargar más una reunión que ya había dado algunos frutos, le tendió la mano a Sanz Briz para despedirse.

En la carta, los hechos se exponían tal y como Komoly los había descrito en persona. Mencionaba, además, la existencia de 1.691 judíos húngaros que se hallaban, en ese momento, en el campo de trabajo de Bergen-Belsen, en Alemania; su traslado resultaba, por el momento, imposible, aunque en el futuro les gustaría poder proporcionarles documentos españoles.

En el último párrafo, que se alzaba como un grito desesperado, Kasztner y él se comprometían a «conservar la humanidad y la filantropía del noble pueblo español» no solo en su propia memoria, sino también en las páginas de la historia.

Con aquellos soldados de papel ya dispuestos, y mientras observaba la figura compacta de Komoly, que desaparecía en la distancia de la calle Eötvös, Sanz Briz se dispuso a utilizar la bala más preciada. Sin mayor dilación, escribió una nota que enviaría en los próximos días junto a la copia del Informe de Auschwitz que Ádám Farkas de Batthyány le había confiado.

R/ informe s/. trato a los judíos en los campos de concentración alemanes.

Excmo. Señor:

Adjunto elevo a manos de V. E. un informe sobre el trato al que se condena a los judíos en los campos de concentración alemanes.

Dicho informe proviene de la junta directiva de la organización sionista de esta capital. Su origen, pues, le hace sospechoso de apasionamiento. Sin embargo, de los informes que he podido obtener de personas no directamente interesadas en la cuestión y de mis colegas del cuerpo diplomático aquí acreditado, resulta que una gran parte de los hechos que en él se describen

son, desgraciadamente, auténticos.

Le comunico a V. E. para su debida información.

Dios guarde a V. E. muchos años.

El encargado de negocios
ÁNGEL SANZ BRIZ

III

El 1 de septiembre, los periódicos húngaros publicaron las primeras noticias sobre el alzamiento que había estallado en Eslovaquia dos días antes. El número matutino del *Pester Lloyd*, el único diario moderado todavía en circulación, hablaba de disturbios en la región de Banská Bystrica y de la entrada en el país de las fuerzas de seguridad alemanas con el objetivo de liquidar a los grupos insurgentes.

A Ádám, que se había llevado el diario a la mesita del Kis-Gerbeaud, la nota le produjo un efecto similar a un golpe de calor. Lo dejó junto a la taza con mano tan temblorosa y poco hábil que chocó con el antebrazo del teniente primero János Messik al volver a su posición inicial.

Erika, que estaba sentada frente a ellos y junto a Pál Széchenyi, frunció el ceño.

—¿Te encuentras bien?

Ádám se abanicó con la servilleta.

—Sí, no te preocupes.

Al fijarse más en el *Pester Lloyd*, que Pál recogía, y detenerse en la noticia que su hermano había dejado a medias, resopló.

—La censura ha debido de cebarse de lo lindo —repuso en voz tan baja que los tres hombres tuvieron que inclinarse hacia ella para

oírla—. Radio Kossuth lleva días haciendo referencias al respecto.

—Sí —accedió Messik—. Si la prensa húngara se hace eco ahora, me imagino que es porque, tras cierto éxito inicial, a los insurgentes se les están empezando a complicar las cosas. —Propinó un suave codazo a Ádám—. ¿Seguro que estás bien? Te has puesto pálido.

—Sí, es que había llegado a la misma conclusión que tú…, qué pena —confesó tras un breve asentimiento.

—Si estáis en lo cierto —terció Pál Széchenyi, cuya voz llegaba a Ádám como un eco lejano—, los alemanes debían de temer que la insurgencia se contagiase también a Hungría. Rumanía ya ha cambiado de bando y si ahora cae Eslovaquia…, vamos a ser el único bastión verdaderamente fiel al Reich en Europa.

La conversación continuó en torno a los cafés, ya casi consumidos, y a las colillas de los cigarrillos, pero Ádám hacía ya un buen rato que había dejado de escucharla. En el mapa invisible que se desplegaba en su cabeza, Banská Bystrica no estaba, a fin de cuentas, tan lejos de Liptovský Svätý Mikuláš. Y la piel aún le ardía por las caricias de Jonatán; sus dedos habían impreso en él unas cicatrices más indelebles que las causadas por la metralla.

«¡No vas a morir!». Escuchaba su propia voz como una letanía, una plegaria dirigida a santos ciegos, sordos e impasibles.

Había comprado con oro la libertad de Jonatán y este, por nobleza y dignidad, había regresado a la boca del lobo. Con papeleo había apartado a Sándor de su destino y, sin saberlo, había terminado arrojándolo a una condena aún peor. El Señor, en su sabiduría, lo había salvado de la muerte en el Don, quizá como castigo. Ni las discapacidades ni los dolores ni las pesadillas que lo asediaban cada noche podrían expiar jamás la culpa que le roía los huesos.

Cuando Erika se levantó, arguyendo que se le hacía tarde para regresar al hospital, a Ádám le dio la impresión de que, como la mesa con el movimiento, su vida se tambaleaba.

—Espera, te acompaño —decía Pál, cuyas palabras aún reverberaban como si proviniesen del interior de la Tierra.

—¿Crees que no me sé el camino o temes quedarte a solas con mi hermano y con Messik?

—Ni lo uno ni lo otro, reina de Saba. Seré más moderno que nuestros padres, pero también un caballero y a ninguno de los dos nos han criado en la jungla.

Ádám apenas oyó las despedidas, ni sintió el beso en la mejilla que le dio su hermana al marcharse. A la campanilla de la puerta, que sonó, estridente, cuando esta se cerró, respondió con un estremecimiento. Al abrir los ojos, húmedos a causa de la preocupación y de la migraña que comenzaba a aparecer, vio el rostro pícaro de Messik tan cerca del suyo que hubiera podido contar los distintos colores que conformaban su iris.

—Estoy bien, Jancsi[38] —insistió, antes de que volviese a preguntárselo—. Pensando en el país que nos han dejado y deseando que vuelva a ser invierno. Estoy hecho un *ecce homo* con este puto calor.

Messik torció la boca, de labios finos y bien definidos. En susurros en deferencia a Ádám, pero también debido al tema que trataban, aseveró:

—Ya. No puedo ayudarte con lo segundo, pero en cuanto a lo primero… —Miró a un lado y otro y, tras comprobar que nadie estaba atento a ellos, agregó—: Mira, no queríamos decir nada delante de tu hermana, no porque no confiemos en ella, todo lo

contrario, sino porque Széchenyi tiene razón: aún conservamos algo de la educación que nos inculcaron y nos negamos a tolerar que una mujer se ponga en peligro por la política.

Ádám bajó las cejas. Oteó por detrás de Messik y, aunque los camareros estaban lejos y el resto de los comensales atentos a sus propias mesas, echó mano del servilletero para aproximarse aún más a su camarada.

—También coincido con Széchenyi en el análisis de la situación actual —prosiguió este—. En pocas palabras, es insostenible y no existe justificación alguna para que nos quedemos de brazos cruzados mientras los alemanes hacen con nuestro país lo que les viene en gana. —Se pasó la lengua por los dientes—. No somos los únicos que hemos llegado a esta conclusión; otros compañeros de armas, muchos de ellos ya alejados del ejército precisamente por el viraje político que ha tomado Hungría, piensan lo mismo y nos hemos empezado a reunir.

—Contad conmigo —masculló Ádám, antes de que su amigo pudiese proponérselo—. Y no os preocupéis, he conocido y admirado a muchas mujeres hundidas en política hasta el cuello, mi prima Klára entre ellas, pero por mucho que admire también a Erika, no deja de ser mi hermana. Bastante se arriesga ella sola para que yo le dé más oportunidades —inspiró—. ¿Con quién más estáis hablando? ¿Alguien que conozca?

—El capitán Vilmos Tartsay…

Ádám sonrió.

—Húsar, como mi padre. Un buen hombre.

—El teniente general János Kiss, el coronel Jenő Nagy… —Messik estiró el brazo para apretar el hombro de Ádám—. Cierto tipejo cuyo

nombre quizá te resulte familiar… ¿Iván Boldizsár?

—¡No! ¿Iván? Le hacía…

—Viviendo como una rata, sí. Sus circunstancias no han cambiado mucho, pero ya sabes cómo es. —Ladeó la cabeza—. O cómo sois, que cojeáis del mismo pie.

—No debería jugar con su vida. Tiene un hijo pequeño, y carece de las condecoraciones y del apellido que a mí todavía me protegen.

La mirada de Messik se dulcificó.

—¿Y tú crees que él aceptaría esa vida, sabiendo que pudo luchar por sus ideas y se acobardó? Bastante le duele ya tener que esconder la cabeza como un avestruz…

—Supongo que tienes razón. A fin de cuentas, como has dicho, de ese pie también cojeo yo.

A principios de septiembre, Ádám Farkas de Batthyány, cuya vida valía tan poco, regresó a la militancia. La militancia por ideología. La militancia como bálsamo para aliviar los remordimientos que hacían mella en él. La militancia como *fatum* compartido: si la misión de Jonatán lo había empujado a los partisanos a los que el Reich daba caza en Eslovaquia, él aceptaría mansa y humildemente el riesgo de resistir a los ocupadores desde dentro.

En Nyékládháza, dos voluntarios palestinos aguardaban a que el tren de Miskolc con destino a Budapest se detuviese. Con el estallido del alzamiento al otro lado de la frontera y la intensificación de los interrogatorios, la travesía les había tomado más días de los planeados. Dependían de los trenes y, en particular, de poder eludir las obligatorias comprobaciones de documentos en las estaciones.

Disponiendo de pengős suficientes en el bolsillo, su coartada como joven pareja de enamorados que se había fugado de casa resultaba más segura que probar suerte con papeles falsos en uno de los momentos de mayor tensión a causa de la guerra. Por eso habían estudiado las rutas y barajado las distintas posibilidades. De viajar solo, Jonatán habría podido camuflarse entre la marea de obreros y campesinos que se amontonaban en los llamados «trenes negros», tan abarrotados que los gendarmes eran físicamente incapaces de pedir la documentación a todos los pasajeros, por lo que solo molestaban a aquellos que resultasen sospechosos o que llevasen consigo equipaje abultado. Disfrazarse de celador y enfermera, y acceder así a un tren de la Cruz Roja habría supuesto un suicidio, mientras que aguardar al caos de un ataque aéreo sobre las vías los habría retrasado incluso más.

Su plan, por tanto, era una mezcla de ingenio y oportunidad. En cuanto el ferrocarril parase para reponer agua, ellos se montarían en él como polizones. Según habían observado, los gendarmes patrullaban los vehículos desde el primero hasta el último vagón, por ese orden; para sortearlos, se moverían de coche en coche. Si esa estratagema fallaba, se encerrarían en el servicio hasta que el peligro hubiese pasado.

Vieron una luz a lo lejos. Jonatán se agazapó más entre los arbustos que los ocultaban. En la penumbra del escondite, apretó la mano de Dinah.

—HaShem estará con nosotros —aseguró ella en una oración sin destinatario—. No nos abandonará.

IV

El nuevo mes llegó a la legación sin haber obtenido respuesta a los últimos despachos ni acuse de recibo del Informe de Auschwitz. Incapaz de mantenerse inmóvil, Sanz Briz se había presentado ante el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Gusztáv Hennyey. De pelo ralo, nariz aquilina y gafas de montura fina, al español le recordó a un águila o alguna otra ave majestuosa. Su pasado militar se reflejaba en la postura, correctísima, en el tono seco de la voz y en las frases cortas y tajantes con las que se expresaba.

Su opinión política, más moderada que la de su antecesor, le permitió a Sanz Briz deshacerse de la galantería que habría empleado con Baky. Le habló de tú a tú, ambos hombres prácticos que no buscaban más que una postura favorable para sus respectivos países y un desenlace de la guerra lo más pacífico posible.

Con la mente fría, los avances occidentales tras el desembarco de Normandía y las ya continuas victorias soviéticas en el Este solo daban pie a una resolución: una derrota germana que llegaría más pronto que tarde y que pondría fin a la contienda en Europa. Desde el corazón de Budapest, asediado por los bombardeos constantes y la persecución a la población judía, daba la impresión de que el

conflicto jamás terminaría; si lo hacía, no quedarían testigos en pie para dejar constancia escrita en los anales de la historia.

Tras rendir sus respetos, Sanz Briz dispuso las cartas sobre la mesa sin hacer referencia al destino probable de las fuerzas de ocupación. Como Hennyey debía de estar al corriente, él, en representación de España, había unido su firma a las del resto de los embajadores neutrales en protesta por las vejaciones que sufrían los judíos.

—Los sefardíes provienen de nuestro país —se explayó—. Por decreto de Primo de Rivera, tienen derecho a solicitar pasaporte español, y nosotros a extendérselo. El cese de las deportaciones, semanas atrás, dio fin a un periodo de crisis que, por desgracia, se ha reanudado ahora que vuelven a producirse transportes de judíos. Entiéndame, mi deber es velar por los españoles en Hungría, y los sefardíes lo son.

Hennyey, que había escuchado las súplicas veladas en silencio, asintió. Sus ojos, detrás de los cristales, resultaban limpísimos; a Sanz Briz, al menos, la suya se le antojó una mirada sincera.

—Comprendo su preocupación por los sefardíes y, sí, soy consciente de la opinión de las embajadas neutrales respecto a la comunidad israelita. En lo que a mí respecta, puedo asegurarle, señor Sanz Briz, que no tendrán lugar más deportaciones de judíos, ni en esta ciudad ni en ninguna otra del territorio húngaro.

—Gracias por hacérmelo saber, señor Hennyey. Resulta, desde luego, un avance mucho más esperanzador que los anteriores.

Con su mirada intentaba comunicar también aquello que no se atrevía a verbalizar. ¿Qué diferenciaba aquel cese del que había tenido lugar con anterioridad? Sin garantías de que ese periodo de

calma relativa se tornase permanente y sin querer hacer más presión en el primer encuentro, no ante el silencio de Madrid, se despidió.

No confesó que, pese a las simpatías iniciales, la reunión no había logrado apaciguarlo. Tampoco que, mientras aguardaba instrucciones de sus superiores, había extendido pasaportes a cuantos judíos sefardíes se habían presentado en la legación.

Ciento ochenta y tres kilómetros separaban Miskolc de Budapest. En el servicio exprés, incluso teniendo en cuenta los imprevistos de la guerra, el trayecto no tomaría más de tres horas y media. El tren ordinario al que Jonatán y Dinah se habían subido, mucho más concurrido (y, por tanto, víctima de chequeos menos extensos), tardaría al menos siete en alcanzar la capital.

Contaban el tiempo en las paradas, efectuadas en cada pueblo del camino, y en los indicios silenciosos que les indicaban que el gendarme a bordo se acercaba. Los cambios de vagón en vagón eran rápidos, sutiles, llevados a cabo con la aburrida distracción de un pasajero que se enfrenta a un largo viaje en mitad de un verano infinito.

A medida que avanzaban y más personas se montaban en el tren, el baile de coche en coche se fue simplificando. La multitud era tal que, al no quedar asientos libres, los usuarios se veían obligados a esperar de pie en los pasillos. Ante la imposibilidad de solicitar documentación a todos los presentes, Dinah y Jonatán, apoyados en la pared abrazados, fingían dormir hasta que el riesgo pasaba.

—Veo campos…, flores… —susurraba él, parapetado contra la ventana.

Por los mareos causados por el calor, casi podía transportarse a los agostos eternos a orillas del lago Balatón. La música de los campesinos, que despertaba a un nuevo Ádám que bailaba *csárdás* como poseído por una fuerza superior. El agua fresca sobre la piel, que reflejaba las estrellas como diamantes cortados. El olor intenso y relajante a lavanda, del que uno no podía desprenderse…

Una sacudida tiró a Dinah a sus brazos. La parada, una más entre tantas, no les preocupó. Se mantuvieron donde estaban, la frente de ella contra el hombro de él, las manos entrelazadas sobre el asa del maletín en el que guardaban las piezas de la radio. Contaron el tiempo en respiraciones, en caricias cada vez más cansadas…, en puertas que ya no se abrían.

Un temblor recorrió el rostro de Dinah. Mientras se desperezaba, se inclinó ante la madre que se tambaleaba a su lado y que rebuscaba algo en el interior de su bolso.

—¿No se suben pasajeros? ¿Es que ha habido una alarma aérea?

La mujer sujetó su documentación en la boca para congregar a sus dos hijos pequeños a su alrededor. Una vez que lo logró, tomó el pasaporte.

—Hatvan —dijo tan solo.

Ante las expresiones inquisitivas de la pareja, agregó:

—La última parada antes de llegar a Budapest. Deberíais ir buscando la documentación para el registro obligatorio.

Una breve mirada de pánico.

—¿Hatvan, ha dicho? —preguntó Jonatán, procurando que la voz no revelase el miedo que lo atenazaba.

—Sí, señor, Hatvan.

—¡Hatvan! —repitió él, y acompañó su exclamación con un golpecito en el hombro de Dinah—. ¡Boba, que esta es nuestra estación! Ya verás qué gracia le hará a mi hermano seguir esperando como un pasmarote si nos la pasamos. —Mientras tiraba de ella, alzó el brazo en dirección a la madre—. ¡Muchas gracias, señora! ¡Nos ha salvado la vida!

Serpentearon entre los cuerpos que se levantaban, que golpeaban con los pies el suelo para despertarlos, que hurgaban en los bolsillos hasta dar con los papeles requeridos. Si se bajaban, tendrían por delante una caminata de casi un día hasta llegar a Budapest. El ejercicio físico no les preocupaba, pero sí los guardias que habría al otro lado, ya que difícilmente podrían sortearlos.

El tren era un ataúd de metal, y ellos, ratones que huían de unos gatos dispuestos a darles caza. Fuera se convertirían en blancos visibles contra los que disparar y acertar.

—¡Vamos! —masculló Dinah.

Tiró de él con violencia, casi con desdén. Con la misma ansia, cerró tras ellos la puerta del servicio. Un ataúd dentro de un ataúd. En el mar de posibilidades quemadas en el que se ahogaban, el plan inicial, conocido, resultaba más atractivo que los peligros que los acechaban al otro lado.

Voces ahogadas. Pasos. El ruido de la tela, de las solapas de las carteras al abrocharse y desabrocharse. Ciegos a lo que ocurría en el vagón, se aferraron de nuevo uno al otro no como coartada, sino guiados por un instinto mucho más primario: la seguridad que inspiraba la piel de otro ser humano.

Dos golpes. Dinah introdujo la mano en el interior del pantalón de Jonatán y palpó hasta dar con el miembro más delicado, que sujetó entre los dedos. Si los gendarmes echaban la puerta abajo, debían tener alguna prueba que justificaba su engaño. Dos golpes más.

—¡Guardia montada húngara! ¡Comprobación obligatoria de los documentos!

Gimieron con una pasión que no sentían. Con la espalda contra el marco, de modo que su cuerpo ofreciese cierta resistencia, Jonatán besó a Dinah en las mejillas y en el cuello. El sonido de las bocas que se buscaban, de las lenguas que se encontraban, de las caderas y las pelvis que batían contra la pared en alocado desenfreno.

Tres golpes.

—¡Guardia montada húngara!

Jonatán apretó los párpados. Sin detenerse, repasó mentalmente sus opciones. La pistola amarrada al tobillo a la que podía acceder con facilidad en el tiempo que le tomaría al gendarme entrar en el servicio por la fuerza. La cápsula de cianuro que ambos guardaban en el bolsillo interno de la camisa: él, en una cajetilla de tabaco; ella, en un estuche de carmín. Si morían antes de ser torturados, tanto daba que las autoridades húngaras entregasen la radio a los alemanes; incluso si lograban armarla, resultaba inútil sin el código que desaparecería junto con ellos.

Un golpe.

—¡Abran!

Jadeos. Suspiros. Corazones que latían con fuerza, guiados por el pánico y no por la pasión.

—¡Abran a la guardia…!

Dinah acarició el revólver que ocultaba en el antebrazo. Jonatán, con las palmas de las manos contra la pared, la protegió con su propio cuerpo. Al otro lado, una nueva voz se alzó sobre la anterior.

—Déjalo estar. ¿No los oyes? Aún nos quedan cuatro vagones más. Cuanto antes acabemos, antes podremos volver a casa.

Un gemido más, hijo del alivio que se disfrazaba de sensualidad. Los pasos de las botas, rápidos y altaneros, se alzaron sobre el conjunto de ruidos a los que los paracaidistas ya se habían acostumbrado. Sin dejar de abrazarse, dispuestos a no abandonar su escondite hasta que el tren entrase en movimiento, Jonatán besó a Dinah en la frente. Un sentimiento genuino, sincero, que brotaba con la certeza de haber salvado la vida una vez más.

—No puedo creerme que haya dado resultado —masculló—. Dios mío.

V

Jonatán Rozenfeld regresó, tras tres años de ausencia, a la ciudad que había abandonado. La brújula interna, que funcionaba como si el tiempo no hubiese transcurrido, no coincidía, sin embargo, con el esqueleto de edificios destartalados, vapuleados por las bombas, que se extendía a través de Csikágó.

—Ahí está la calle Nefelejcs —le decía a Dinah. Con un brazo sobre su hombro para guardar las apariencias, la atraía hacia sí—, la calle Nomeolvides…, y por ahí se va a la calle Hernád, donde estaba mi escuela…

Las gentes, más delgadas y harapientas de lo que él recordaba, lo observaban todo con ojos brillantes y ansiosos que a Jonatán le recordaron a los de un roedor. Cuando se cruzaban con aquellos viandantes que portaban la estrella amarilla, él bajaba la barbilla. La proximidad con su propio barrio no le preocupaba. A los cambios físicos que había experimentado en el Mandato se sumaban las gafas sin graduación que portaba y la barba que se había dejado crecer y que, mediante agua oxigenada, había teñido del mismo rubio pálido que el cabello y las cejas; solo alguien muy allegado que lo estudiase con suficiente detenimiento sería capaz de reconocerlo como el universitario que había emigrado a Palestina. No, el

sentimiento doloroso e inútil que lo atenazaba era otro mucho más humano: la vergüenza.

Su propia camisa, carente de estrella, lo abochornaba, así como el miedo que su aspecto más que ario despertaba en su propio pueblo y que él leía en aquellas miradas nerviosas.

—Deja de soñar —le instó Dinah con dientes apretados, y tiró de él para apremiarlo.

A través de aquellas avenidas cuya disposición él recordaba a la perfección aunque la imagen no se correspondiese a las reminiscencias, lo condujo hasta el parque Városliget. Perdidos entre el gentío que paseaba aprovechando los últimos rayos de sol de aquel día de finales de verano, le susurró:

—Tenemos que ponernos en contacto con la resistencia cuanto antes, montar la radio y mandar confirmación al DOE de que lo hemos logrado. El único enlace húngaro con el que hemos estado en contacto es el mensajero al que le entregamos el informe.

Evitó, aunque lo conocía, pronunciar el nombre de Ádám; ni el original, el verdadero, ni el alias que le habían otorgado para cruzar la frontera. Los iris de la mujer, fijos en Jonatán, centelleaban con un sentimiento difícil de describir y una súplica silenciosa.

—Si tenemos otra opción, preferiría no tener que comprometerlo —apretó la mano de Dinah—. ¿La tenemos?

Ella inspiró y se llevó a los labios los dedos de Jonatán, que se entrelazaban con los suyos, un disfraz como cualquier otro que, además, le dio la oportunidad de comprobar que nadie los oía ni los miraba.

—Tal vez —siseó—. Antes de emigrar, era vecina de un abogado, el doctor Rudolf Kasztner, bastante activo en la militancia sionista.

De hecho, fue él quien me ayudó a preparar los visados pertinentes para Palestina. Por Mirosław sé que sigue con vida y está en Budapest; según parece, fue quien remitió el informe al Consejo Judío.

Jonatán se mordió el labio inferior. Sin noticias de los suyos en Eslovaquia, mentar al secretario se le antojaba como una sesión de espiritismo. En el caos que habían dejado atrás, tanto Bloomsbury como él podían no existir ya.

—No sé —tanteó—. ¿Podemos confiar en él? Si el consejo hubiese respondido a tiempo, nosotros no habríamos tenido que buscar otra manera de distribuir el informe.

—Por lo que sabemos, el doctor Kasztner fue un mensajero, exactamente igual que Ádám. —En ese momento sí, el nombre, en sus labios, sonaba espinoso—. Lo dejo en tus manos. Yo… —Exhaló —. Mira, yo no soy como tú. Soy demasiado intensa, demasiado apasionada, antepongo mis ideales a todo lo demás y no se me da bien caer en gracia ni trabar amistad, pero comprendo a la perfección lo que te une con Ádám. Si yo tuviese un lazo así con alguien, no querría poner en riesgo a esa persona por nada del mundo. Tú decides, ¿a quién debemos acudir?

Jonatán sacudió la cabeza. Parpadeaba de manera incesante para que los ojos, ya húmedos, no enrojeciesen más.

—No me pidas eso.

Dinah le tomó la barbilla y lo obligó a mirarla. Pupila con pupila.

—En Eslovaquia no tuviste alternativa. No conocíamos la identidad del mensajero; para seguir el plan y cumplir nuestra misión, debiste entregarle una cápsula de cianuro al amigo que te salvó la vida.

Ahora puedes decidir, ¿te atreves a confiar en Kasztner o acudimos a Ádám?

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Jonatán. Ella, que no lo soltaba, le frotó los brazos con la mano que tenía libre para disfrazar así el miedo de frío.

—Dinah…, joder. Joder, no puedo, no puedo tener su vida en mis manos otra vez. ¿Estás por completo segura de que ese Kasztner es de fiar?

—No lo habría puesto sobre la mesa de no ser así —le aseguró ella.

Todavía lo tocaba, lo acariciaba, por ternura y lealtad más que para salvaguardar la coartada que los protegía.

—¿Y sabes cómo localizarlo? No nos conviene estar dando tumbos por ahí, menos aún en el barrio judío y cuando se acerca el toque de queda.

—Si las señas que Mirosław me dio no han cambiado, sí.

Un último temblor. Una duda que corroía hasta la médula.

Jonatán tomó aire.

—De acuerdo, confío en tu criterio. Vamos con Kasztner.

Los paracaidistas palestinos llegaron a la pensión en la que se hospedaba el doctor Kasztner veinte minutos antes del toque de queda. Los recibió su esposa, a quien Dinah conocía de los años de adolescencia, en los que había entrado en contacto con el abogado. La mujer, aún hermosa, se detuvo primero en los pechos de los dos, desprovistos de la estrella color canario, antes de dirigir la mirada a sus rostros.

Dinah tragó saliva. ¿La reconocería o no? Aquella sería la prueba definitiva de la eficacia de su disfraz. Había perdido las redondeces infantiles que aún conservaba a los dieciocho años; la figura, entonces voluptuosa, se había afinado y endurecido durante los meses de instrucción. Como Jonatán, llevaba unas gafas que no necesitaba y se había aclarado el cabello; se había cortado los rizos, teñidos de pelirrojo, a la altura de la mandíbula y se los había peinado a la moda dictada por las revistas alemanas.

La mujer les preguntó sus nombres. Dinah, que recobraba el aliento, le dio las identidades falsas que habían adoptado al regresar a su patria: dos nombres húngaros comunes, tan fáciles de recordar para ellos como de olvidar para los demás.

—Podría tardar —les indicó la mujer—. Mi marido está muy ocupado y, teniendo en cuenta la hora…, quizá sería más prudente que regresasen mañana.

—No se preocupe, señora, disponemos de los permisos necesarios para circular pasado el toque de queda —mintió Jonatán—. El asunto que debemos tratar con su marido no admite demora, no nos importa esperar.

La esposa los estudió un instante más. Sus ojos, cansados, bordeados por un sinfín de arruguitas, no se entretuvieron en Dinah, sino en el hombre que la acompañaba. Suspiró.

—De acuerdo, entonces. Le diré a Rudolf que están aquí y que desean hablar con él. Si son tan amables de tomar asiento en la sala… —dijo, y señaló la puerta a su izquierda con el dorso de la mano.

En la habitación, pequeña, aguardaban aún, pese al riesgo, un par de personas portadoras del distintivo amarillo. Al entrar la pareja, los

ojos inquietos que consultaban los relojes se sacudieron con el mismo miedo que Jonatán ya había percibido en la calle. Su aspecto y la ausencia de la marca amarilla en la ropa actuaban como escudo, pero también los separaban de manera irremediable de la comunidad a la que pertenecían. Sentados, como ellos, pero con un destino muy distinto, se convertían en enemigos, en el otro, en una amenaza más sobre aquellos que ya habían perdido hasta la esperanza.

Tras un par de minutos de angustia, y sin haber tenido la oportunidad de reunirse con Kasztner según lo previsto, primero uno, después el otro, se levantaron y se marcharon. A Jonatán le habría gustado darse la vuelta y gritarles que volviesen, que era como ellos, que estaba ahí precisamente para ayudarlos, para arrancarlos de las garras del abismo al que se precipitaban. Se quedó callado. Hacer lo contrario habría supuesto un paso en falso letal.

Un cuarto de hora más tarde, Kasztner asomó la cabeza a la puerta y los llamó por su nombre.

La piel, tan bronceada como Dinah la recordaba, estaba cuajada de arrugas; en el pelo, que comenzaba a escasear, ya se encontraban algunos mechones plateados. Por lo demás, al contrario que ella, no había cambiado.

Los invitó a entrar al despacho. Tras cerrar la puerta, les indicó que tomasen asiento.

—Mi esposa me ha comentado que querían hablar conmigo y que se trata de un asunto urgente —les dijo.

Los observaba a través de las lentes de montura de carey, sin que su expresión cambiase. El disfraz había surtido su efecto incluso en

él, con quien tantas horas Dinah había compartido.

—Soy Ibolya, doctor Kasztner. Ibolya Szabó, ¿no se acuerda de mí? Usted me ayudó a emigrar al Mandato en 1939, poco antes de la restricción sobre la inmigración judía del Libro Blanco de MacDonald.

Las cejas pobladas de Kasztner se sacudieron cuando este se acercó más a la muchacha. ¿De verdad había cambiado tanto? Los iris seguían siendo los mismos, a medio camino entre el verde y el miel; bajo el maquillaje, que se había retocado al salir de la estación, todavía se adivinaba la constelación de pecas que bajaba hasta las clavículas.

—¡Ibolya Szabó! —repitió él en un grito asfixiado—. Por supuesto que te recuerdo. Pero, niña, ¿qué estás haciendo aquí?

Mientras Jonatán escudriñaba a Kasztner, Dinah le contó toda la historia, de principio a fin, sin omitir más que un detalle: el informe, para que no pareciese que lo juzgaban por la inactividad del comité. Las constantes tensiones entre los británicos y el Yishuv. La instrucción para la que habían sido seleccionados y que tan pocos habían pasado. Los meses de espera en El Cairo. La operación en Eslovaquia. El tortuoso viaje hasta Budapest. La misión de contactar con la resistencia húngara y de entrenarla en tácticas de guerrilla si el alzamiento al otro lado de la frontera no fracasaba. El cometido que ellos mismos se habían propuesto de salvar al mayor número posible de judíos.

Kasztner la escuchó, pero lo que le dijo no le gustó. Jonatán lo percibió en las arrugas, más evidentes, fruto no ya de las décadas que no pasaban en balde, sino de una turbación interior a la que él no pudo poner nombre hasta que el abogado les contó, a cambio, su propia historia.

Él, junto con otros líderes sionistas, había entrado en negociaciones con las mismas personas que habían orquestado la destrucción de su pueblo: los alemanes. Con el mayor aplomo, había puesto las cartas sobre la mesa: a esas alturas de la guerra, el exterminio de los judíos húngaros no supondría para el Reich más que otro crimen a una lista larguísima que los civiles germanos tendrían que expiar en sus propias carnes. Arguyó, además, que tanto las organizaciones judías internacionales como los aliados estarían dispuestos a grandes sacrificios si con ello lograban rescatar a los hebreos, algo de lo que Alemania también se beneficiaría. Eichmann, sobre cuya autoridad pesaban millones de vidas aniquiladas, aceptó; intercambiarían, según sus propias palabras, «mercancía valiosa por judíos sin valor alguno».

Animado por la respuesta afirmativa, Kasztner había mandado a un emisario a Estambul para iniciar los trámites necesarios. Lo que el Reich de los Mil Años quería era un trueque de proporciones bíblicas: oro a cambio de una sangre que ya no sería derramada. Mientras ambos, nazis y sionistas, esperaban su regreso, Eichmann había sellado el pacto con un pago simbólico: 1.691 judíos húngaros, seleccionados por Kasztner y otros líderes sionistas, habían sido enviados a un campo especial de manera provisional. Si las negociaciones daban su fruto, se los trasladaría a un país neutral, España o Suiza, donde sus vidas ya no corriesen peligro.

—Si esta operación sale bien, salvaremos a cientos de miles —aseveró Kasztner, triunfal.

Jonatán se removió en su asiento. Aunque había bebido agua mientras aguardaba en la sala, notaba la garganta seca, árida, un desierto en el que las palabras encallaban, temerosas de salir.

—¿Crees de verdad que los aliados van a aceptar negociar con los alemanes? —tanteó, en voz muy baja—. ¿No has oído a Ibolya? Son sus hijos los que están cayendo en el frente de una guerra iniciada por el Reich o víctimas de los ataques aéreos de la Luftwaffe. No van a arriesgarse por los judíos cuando su prioridad es ganar una guerra que se cobra miles de vidas al día. Nuestra propia misión se demoró meses precisamente porque los británicos y el Yishuv no lograban ponerse de acuerdo. ¡Y crees que van a proveer a su enemigo del armamento que usará contra ellos!

Kasztner, que palidecía, separó los labios para responderle, pero Jonatán no le dio oportunidad. Todo él temblaba, poseído por un pánico que lo devoraba desde dentro; a pesar de los gestos con los que Dinah trataba de calmarlo y acallarlo, continuó hablando.

—¿Y los alemanes? ¿Creen ellos en esta operación? ¿Ellos, que nos acusan de una conspiración mundial de la que Stalin, Churchill y Roosevelt son agentes?

—Tras el desembarco de Normandía, la situación de los alemanes en la guerra es delicada —terció Kasztner aprovechando un instante en el que Jonatán se detuvo para recobrar el aliento—. En cuanto a los aliados… ¿Cómo podrían negarse a ayudarnos, siendo conscientes como son de lo que suponen lugares como Auschwitz?

—No así. Sería un suicidio. Los soldados en el frente no aceptarían que sus países suministrasen material al Reich por muy nobles que fuesen las causas. ¿Cómo se lo explicarían a las madres que lloran a sus hijos en el cementerio? —Torció la boca—. Además, te olvidas de un detalle crucial: los aliados no son solo Estados Unidos y Gran Bretaña. Hasta hace poco, los soviéticos luchaban contra los alemanes prácticamente solos. Ellos son los que han perdido a

millones de hombres; sus ciudades, las que han asediado y sus habitantes, a los que han matado de hambre durante meses. Jamás aceptarán colaborar con sus enemigos ni tolerarán que lo hagan las fuerzas occidentales. Ni los británicos ni los americanos se arriesgarían a cortar relaciones con los soviéticos cuando la victoria está tan cerca.

Kasztner ignoró sus palabras. Una sonrisa altiva, típica del maestro que entrega al alumno un examen suspenso, le deformaba el rostro. Despacio, sin decir nada, dispuso sobre la mesa varios telegramas procedentes de Turquía en los que le garantizaban que las negociaciones seguían su curso y que los aliados se mostraban interesados.

—En ese caso —repuso Dinah con voz quebrada—, ¿por qué no ha regresado el emisario? Decenas de miles de húngaros han sido deportados. Mi compañero tiene razón, aunque el acaloramiento le impida expresarse con mayor moderación. Nosotros conocemos muy bien a los británicos, no dejamos de pertenecer a su ejército. No debiéramos confiar en que acepten la propuesta, aunque, para ganar tiempo, sí espero que los alemanes mantengan viva esa fe.

La mirada de Kasztner, al posarse sobre Dinah, se enterneció. Con un grito gutural, ahogado, inquirió:

—Dime, ¿tenéis la certeza de que los aliados ganarán la guerra?

Algo frío se agitó en la boca del estómago de Jonatán. Lo azotaba una realidad que no había contemplado hasta ese momento: el hombre que tenía ante él temía aún una victoria del Eje y era ese pánico el que empañaba su operación. No negociaba con una nación enloquecida por una derrota inminente, sino con los posibles vencedores del mañana.

Dinah, que quizá había llegado a la misma conclusión que él, inclinó la barbilla con timidez.

—Sí, sin duda alguna, y quizá antes de que acabe el año. No hay ningún escenario plausible en el que los alemanes puedan ganar la guerra.

—Comprendo —musitó Kasztner acariciándose el mentón.

Permaneció un par de minutos más en silencio y sin cambiar de postura. Llevaba meses enzarzado en negociaciones con los alemanes que habían ocupado su país y condenado a millones de sus compatriotas a la deportación. Y en ese momento tenía ante sí a dos jóvenes tan judíos como él, que representaban intereses británicos; dos jóvenes que solicitaban su ayuda en la ciudad que los había visto nacer y que, durante su ausencia, se había convertido en territorio enemigo. Si tirase una moneda para echar a suertes las posibilidades que se abrían ante él, se hallaba ante el mayor bache de su operación o ante la pieza que faltaba en el rompecabezas.

Tomó aire. Sin permitir que la duda empapase sus palabras, les sugirió que se presentasen ante Eichmann como emisarios de la Jewish Agency con un único objetivo: apaciguar el recelo de los aliados, que desconfiaban de las promesas de los alemanes. ¿Estarían realmente dispuestos a liberar a los judíos a cambio de armamento?

—Si la Gestapo os detiene, os juzgarán por espionaje —siseó—. Si os presentáis ante Eichmann de manera voluntaria, gozaréis de la inmunidad que os garantiza actuar en nombre de la Jewish Agency.

VI

—No puedes estar dispuesta a aceptar esa locura de plan —le dijo Jonatán a Dinah cuando se acostaban.

Hablaba en susurros, pues temía que Kasztner pudiese oírlos. Debido al toque de queda, les había conseguido una habitación en la misma pensión en la que su esposa y él se hospedaban, como favor y siempre y cuando ellos encontrasen un hotel en el que pernoctar las noches siguientes.

Dinah, que doblaba la ropa y la dejaba sobre la silla antes de meterse en la cama, no se acobardó.

—Debemos intentarlo. No tiene ningún sentido habernos arriesgado tanto para llegar hasta aquí si no quemamos todas las posibilidades.

—Eichmann es el responsable de millones de deportaciones, de muertes. ¡Es el hombre que ha dado la orden de aniquilar a nuestro propio pueblo!

Dinah apretó los labios. Sus pies, desnudos, estaban gélidos contra la piel de Jonatán.

—Sé perfectamente quién es Eichmann. No le mentí a Kasztner. Soy de tu misma opinión: los aliados no darán su brazo a torcer, la operación no funcionará. Pero también tengo otra certeza: si los alemanes creen que pueden conseguir armamento a cambio de

judíos, las negociaciones solo pueden darnos tiempo. Y el tiempo, ahora mismo, es vida.

Sus ojos, enrojecidos por el cansancio y el llanto que quería aflorar, refulgían con una llamarada que contrastaba con el frío de la carne. Sin pensarlo, mientras meneaba la cabeza, Jonatán le tomó un pie y lo frotó con los dedos para que entrase en calor.

—*Timeo Danaos et dona ferentes* —masculló de memoria—. «No me fío de los griegos ni cuando vienen con obsequios». Si vamos, caeremos en una trampa. No sé si Kasztner nos considera un obstáculo en su camino y quiere librarse de nosotros o si en realidad intenta ayudarnos y es tan ingenuo que confía en el Reich, pero yo no me fío. Piensa en ello un momento: somos judíos, representamos a un ejército aliado y estamos solos en Budapest. Los alemanes están nerviosos: si triunfa el alzamiento en Eslovaquia, Hungría será su único apoyo en el continente.

—Tenemos que intentarlo. Las deportaciones se han paralizado, quizá es una muestra de que Eichmann tiene la intención de pactar con Kasztner.

Jonatán echó vaho sobre las palmas de las manos, que se habían enfriado, antes de tomar el otro pie de Dinah.

—O quizá el motivo es otro y Eichmann aprovechó esa eventualidad para meterse a Kasztner en el bolsillo.

Dinah negó con un gesto.

—No tienes por qué ir; estás en tu derecho de no confiar y yo en el mío de intentarlo. Eichmann no sabe nada de nosotros, iré mañana, sola. Le haré creer que me han confiado esta misión solo a mí, soy una mujer y, por lo tanto, levanto menos sospechas.

Jonatán se detuvo. La observaba con cuidado, casi con cautela, de la manera en la que alguien se aproximaría a los condenados a muerte o a los enfermos terminales. Tragó saliva. Incluso ese fluido corporal quemaba.

—No lo hagas —le pidió, en un murmullo lastimero—. No tires tu vida a la basura.

Dinah evitó el contacto visual. Acurrucada contra él, su cuerpo parecía aún el de una adolescente; su rostro, que se crispaba a causa de la determinación, pertenecía, en cambio, a una mujer adulta.

—Mi vida ya está condenada —susurró—. Si no lo hago, me pasaré el resto de los días culpándome por todos aquellos que se pudieron salvar y murieron. He recibido la misma instrucción que tú, me he enfrentado a los mismos peligros que tú hasta ahora y porto idénticas armas, más la cápsula de cianuro. Déjame ir.

Jonatán la estudió un momento más. En la penumbra del dormitorio, el disfraz que habían adoptado desaparecía, y ella volvía a ser la muchacha obstinada, brillante y casi huraña que había conocido en la oficina de reclutamiento.

—Te dejo —musitó—. Como camaradas, somos iguales. Como amigo, te pido que lo reconsideres. Tu existencia es valiosa y la aprecio. Si…

Incapaz de escucharlo un instante más, ella se dio la vuelta. El cabello, espeso y abundante pese al corte, le cubría la cara.

—Somos compañeros de trabajo —precisó—. Cuando todo esto termine, no nos unirá nada.

—La amistad, sí. Crees que no le importas a nadie en el mundo, que los muros que tú misma levantas son suficientes para mantener

alejados a los demás, pero no es así. —Le apretó el hombro, sin llegar a moverla—. Te aprecio de veras, me creas o no y, si caes, lloraré tu muerte. Quizá no de inmediato, para no perder la cordura, pero cuando llegue la paz, sí. —Apoyó la barbilla en aquella misma piel que había rozado—. Admiro tu valor. Porque te respeto, consiento que obres según tu parecer, pero no me quedo tranquilo. No vayas, por favor.

—Estamos luchando por nuestro pueblo —le recordó ella—, por nuestras familias, nuestros seres queridos…, he de hacerlo.

Jonatán inspiró. Agotado por el viaje, la falta de sueño, el hambre y la sed, se abrazó a ella con más fuerza. Cerró los ojos.

—Me quedaré con la radio —terció, derrotado.

—Sí, es lo más sensato —accedió ella. No había cambiado de postura pero los pies, fríos de nuevo, se introducían entre los muslos de Jonatán en busca de una fuente de calor—. Espérame en un lugar seguro. El cine, quizá. Si al terminar la sesión doble no estoy de vuelta, sabrás que me encuentro en una situación problemática y podrás alertar al DOE.

Jonatán suspiró contra su espalda. Iluminada por la delgada franja de luz lunar que entraba a través de las cortinas, las pecas que bajaban por su columna vertebral parecían puntos en un mapa que, quizá, jamás podría volver a consultar. La besó allí mismo, entre los omóplatos que sobresalían como alas.

No había palabras que pudiesen contener la enormidad de aquella pérdida anticipada.

Siguiendo las recomendaciones de Kasztner, dieron con un hotel de confianza en el que se registraron como un joven matrimonio. Su documentación, que apenas miraron por encima, no hizo saltar alarma alguna, como tampoco su presencia en la capital. A aquellas alturas de la guerra, cuando el racionamiento hacía mella en los estómagos y tantas familias se habían visto obligadas a desplazarse a causa de las bombas, que una pareja joven buscase alojamiento en Budapest por un periodo indefinido no resultaba nada fuera de lo común.

Dinah salió temprano. Para evitar dejar el maletín con la radio en el hotel más tiempo del necesario, Jonatán la esperaría allí mismo. Daría recado a la empleada para que no limpiase la habitación, pues debía trabajar y no quería ser molestado.

—Cuatro horas —indicó Dinah, a modo de promesa y despedida—. Si no he vuelto entonces, informa al DOE sobre la situación y solicita nuevas instrucciones.

Atrás quedaba el tiempo de las discusiones. Su decisión, tan firme que podría haber estado tallada en piedra, era inamovible. Con un último apretón de manos, de igual a igual, Jonatán la dejó ir.

Para no pensar, las primeras dos horas las pasó en la cafetería del hotel. Las ventanas, que ofrecían una visión estratégica de la calle, le permitirían saber si ella volvía y también identificar la presencia de sujetos extraños que pudiesen estar vigilándolos. Tomó el desayuno, menos copioso de lo que él recordaba pero suficiente para aniquilar el hambre, mientras leía en el periódico las noticias de Eslovaquia que, por vagas e inexactas, no lo satisficieron. Completó el crucigrama. Fumó un cigarrillo tras otro. Cuando los restos de

achicoria se enfriaron y ya no le quedaban excusas para permanecer allí, dejó la propina sobre la mesa y subió a la habitación.

Dos horas. Dos horas de cuatro.

Escribió de memoria los versos que lo acompañaban desde los años del internado y las poesías en inglés que había recitado en el Mandato, hasta que la garganta y la lengua se habían habituado a la armonía exacta de aquel idioma extranjero, que debía adoptar como suyo. Shakespeare, también. *Now is the Winter of our discontent…*

A los húngaros, como a los alemanes, se los identificaba enseguida en aquel idioma cantarín que tanto abusaba del sonido con el que ellos tropezaban: la uve doble, que ellos pronunciaban como uve simple.

Vinter*,* vinter*,* vinter*. The* Vinter *of our discontent.*

Güinter*,* güinter*,* güinter*. The* Güinter *of our discontent.*

En el cine de sus tíos pasaban la adaptación de *Drácula* casi cada semana. Béla Lugosi, húngaro como ellos, había emigrado a Estados Unidos tras el fin violento de la breve república socialista; allí había alcanzado la fama. Socialista como los jóvenes judíos del kibutz, había fundado el primer sindicato de actores en América y, con el estallido de la guerra, era un invitado habitual en los programas de radio de los aliados, desde los que denunciaba la ocupación alemana de su patria y la indiferencia del propio gobierno húngaro.

«I never drink… vine», aseveraba el conde en la película, con su acento espeso como la melaza. Si querían pasar desapercibidos como agentes británicos, les repetían en la instrucción, debían evitar sonar como él.

>I never drink vine

>I never drink vine

>I never drink wine

>Wine, wine, wine

Tres horas. Cuatro. Cuatro horas de cuatro.

—Mierda, Dinah —masculló.

Le había asegurado que lloraría por ella, pero no hasta que llegase la paz. Había mentido. El sueño, ligero e intermitente, no le había permitido descansar el tiempo suficiente para deshacerse de la fatiga que arrastraba desde Liptovský Svätý Mikuláš. Por humanidad y ternura, porque incluso entonces era más hombre que soldado, se tiró boca abajo en la cama, de modo que la almohada que deberían haber compartido por la noche ahogase su llanto.

Un instante de debilidad. Cuatro minutos tan solo, contados por el reloj, uno por cada hora que había aguardado aunque, en su fuero interno, ya conocía el final. No podía haber otro.

Tras secarse la cara, abrió el armario en el que habían escondido la radio y envió el mensaje más grotesco. La agente Irene había desaparecido en Budapest. Resultaba arriesgado volver a recurrir al contacto de la resistencia. El agente James solicitaba instrucciones.

Mientras esperaba una respuesta, se salpicó con agua fría para reducir la hinchazón de los ojos y la boca. Estaba solo. Sin nuevas esperanzadoras de Eslovaquia, Bloomsbury, Rudi Vrba y Mirosław podían llevar días muertos. Dinah, que llevaba consigo la cápsula de cianuro, con toda seguridad había desaparecido también. Kasztner, tanto si era un traidor como un idiota, no podría garantizarle protección alguna.

Debía encontrar otro camino para infiltrarse en la resistencia. Si no lo hacía, su presencia en Budapest resultaría inútil, y el sacrificio de Dinah, irrelevante para las páginas de la historia.

Levantó el teléfono de la mesita.

VII

Pasaba la hora de comer y Ádám, encerrado en el despacho de la fábrica, se obligaba a despertar el apetito dormido al picotear el sándwich que la secretaria le había llevado a la mesa hacía media hora larga. Más que las facturas que debía firmar y los albaranes que esperaban a ser comprobados, lo angustiaban las noticias de Eslovaquia. Su mera presencia en los diarios indicaba una situación que, cuando menos, no resultaba del todo desfavorable a los alemanes. La ausencia de detalles daba cierta esperanza a la que, sin embargo, él no quería abandonarse. Había chupado bastante trinchera para saber que no había nada más peligroso que eso.

Las reuniones con los camaradas, que aún no tenían otro objetivo que la simple transferencia de información, tampoco lograban arrancarlo de la apatía. Richárd Friedl y el resto de los *jalutzim*, mientras tanto, se arriesgaban más que nunca. La imprenta clandestina estaba en funcionamiento perpetuo y, a él, el único consuelo que le quedaba era la constancia de que el pasaporte de la señora Rozenfeld resultara genuino. Si bien no podía sacarla de Hungría, le garantizaría, al menos, la protección de pertenecer al privilegiado grupo de judíos españoles.

Dos golpes a la puerta. La voz de la secretaria le llegó, clarísima, antes de que él pudiese responder.

—Señor, preguntan por usted del Ministerio de Comercio. Solicitan una reunión urgente. ¿Le paso la llamada?

Ádám dejó a un lado el número del *Pester Lloyd* que releía por terquedad, dispuesto a encontrar significados ocultos entre las líneas que ya casi se sabía de memoria.

—¿Del Ministerio de Comercio, dice? Sí, por supuesto. Muchas gracias por avisarme, señorita Molnár. Ya puede retirarse.

Descolgó el aparato. El estómago, que aún no había recuperado su habitual interés por la comida, burbujeaba ante la expectativa de una nueva misión y la vergüenza que le producía no haber auxiliado a los *jalutzim* tanto como habría podido. Excepto el capital que les suministraba, ¿qué había hecho por ellos? Solo el Informe de Auschwitz, del que se hacían eco las embajadas neutrales, se alzaba como una suerte de triunfo compartido.

—Ádám Farkas de Batthyány al aparato. Mi secretaria me ha pasado el recado. ¿Tengo entendido que se requiere mi presencia con urgencia?

Puesto que no sabían quién podía estar escuchando, resultaba imprescindible mantener el engaño. Salirse del papel pautado podía ponerlos en peligro a todos, a él y a los *jalutzim*.

No respondieron de inmediato. Del otro lado de la línea llegó una respiración agitada, casi ronca, que erizó los pelillos de la nuca de Ádám.

—Aquí el señor Tóth, del Ministerio de Comercio —dijo. Al oír aquella voz tan familiar como la suya propia, Ádám contuvo el aliento—. ¿Tendría usted disponibilidad para reunirnos de inmediato? Se trata de un tema de extrema urgencia y altamente confidencial.

—S-sí, por supuesto. Señor Tóth, ¿dispone usted de los permisos necesarios para visitar nuestras oficinas en Csepel?

—Me temo que no. Si… si me permite una sugerencia poco ortodoxa, ¿podría usted desplazarse al hotel en el que me alojo? Puedo asegurarle que la cafetería es un lugar idóneo para los negocios.

Ádám se mordió el labio inferior. Ignoraba los motivos que habían llevado a Jonatán, a quien hacía al otro lado de la frontera, a Budapest; también cuánto sabía él de la disposición de su ciudad, de los lugares seguros y de aquellos que frecuentaban los espías y los oficiales de la Gestapo disfrazados.

Tragó saliva.

—¿Qué le parece mi residencia particular? El número dos de la plaza Szabadság, primer piso. Dígale al *házmester* que viene a reunirse conmigo; yo daré aviso a la criada. —Aguardó a recibir respuesta. Como no se producía, agregó—: Se trata de una persona de total confianza.

Un instante de duda marcado por los silbidos de aquellas inspiraciones conocidas.

—De acuerdo, voy para allá. Muchas… muchas gracias, señor Farkas de Batthyány.

—No hay por qué darlas. Ahora mismo voy a su encuentro. Señor Tóth…

Quiso decir algo más, no sabía bien qué, pero no le dio tiempo. Jonatán ya había colgado y del recibidor ya solo le llegaba un silencio monstruoso.

En el hotel, Jonatán se había excusado enseguida, había alegado la enfermedad de un ser querido que les impedía continuar alojándose allí como habrían preferido. El trayecto hasta la plaza, de veinte minutos, se le antojó mucho más largo. Con la mayor cautela, a fin de no levantar sospechas, comprobaba su reflejo en los escaparates y se aseguraba así, también, de que nadie lo seguía. Cada par de ojos le parecía hostil: la gente con la que se cruzaba, los viandantes que apuraban el paso para no perder el tranvía, el *házmester* al que le entregó una propina generosa, aunque no lo suficiente para hacerle creer que compraba su silencio.

Al llegar al primer piso, según lo indicado, supo que su disfraz era lo suficientemente bueno. La criada, anciana, que había servido durante décadas en Villa Batthyány, le hizo pasar sin mayor percance. En otra vida, lo había visto crecer; desde el primer año del internado, aún preadolescente, se había dejado caer en la residencia de Ádám en las colinas como si de la suya propia se tratase. Por las tardes, les llevaba la merienda a la sala en la que estudiaban y, con mucha más frecuencia, bromeaban entre discos de Benny Goodman y Django Reinhardt; ya mayores, su sonrisa cómplice los excusaba ante la señora al convertir las resacas en jaquecas y las borracheras en virus estomacales. En esos momentos, no lo observaba con la preocupación de reconocer en su rostro a aquel muchacho que hacía a salvo en el Mandato, sino con el nerviosismo de tener que atender a una visita con tan poca antelación.

—¿Desea que le prepare algo de beber? Hay café café.

—Tan solo un vaso de agua, gracias. Prefiero esperar a que llegue el señor Farkas de Batthyány.

—Como usted quiera. Si me permite que lo acompañe al despacho…, acabo de arreglarlo para su reunión con el señor, quien me ha pedido que lo excuse por la tardanza…

La habitación a la que lo condujo la criada lo azotó con sus recuerdos. Aunque la disposición era distinta, los muebles y los objetos personales habían sido trasladados desde el pisito de la plaza Batthyány con tanto mimo que a Jonatán le daba la impresión de haberse desplazado allí, de habitar de nuevo su yo de veintidós años.

El mapa en la pared marcaba el avance de las tropas rusas con alfileres rojos y, en verde, las posiciones partisanas en Eslovaquia. Ese detalle, prueba indiscutible de que Ádám pensaba en él, y con congoja, lo atravesó por su ternura. Si hubiese podido, le habría susurrado al oído que su misión no estaba publicada en los diarios, que no iba a leer su muerte entre líneas en los artículos sobre el alzamiento.

Y las estanterías estaban abarrotadas de sus libros. Las fotografías, tan claras en los marcos relucientes, le hacían evocar imágenes de unos tiempos que no volverían: los martes en el palacio Andrássy, las noches en el Arizona y en el Ka-Ku, los cigarrillos compartidos en la isla Margarita, los veranos de lavanda y los inviernos con sabor a café.

Al oír el clic de la puerta que se abría de nuevo, tomó asiento frente al escritorio y fingió leer el número del *Pester Lloyd* del día anterior que Ádám había dejado a medias.

—Está atrasado —le advirtió la mujer mientras posaba el vaso de agua a su lado—. Pero, claro, yo las cosas del señor no las toco sin permiso, no vaya a ser que aún le puedan ser de utilidad…

Mientras hablaba, colocó junto a la bebida otro espectro olvidado del pasado: una tostada de manteca de cerdo decorada con finas rodajas de cebolla y espolvoreada de pimentón rojo. La merienda de las sesiones de estudio primero y la mano de santo que espantaba hasta las peores resacas después.

Jonatán se volvió hacia la criada, alertado. Ella se limitó a empujar el plato más hacia él; en el rostro, más arrugado y amarillo que en 1941, se dibujaba la dulce sonrisa con la que les había salvado el pellejo en más de una ocasión.

—Pensé que, quizá, al señor le gustaría picar algo mientras espera —se explicó—. Puede que el amo tarde un poco en llegar desde Csepel.

Jonatán le sostuvo la mirada. Se veía reflejado en aquellos ojos oscuros, oleosos, que tan bien conocía. Rózsa era como una tía o como una tercera abuela para él, ¿cómo no iba a reconocerlo? Quizá la voz, que los años no habían agriado, lo había delatado. O quizá ella, al observarlo más de cerca, percibió los rasgos que ni siquiera el disfraz lograba ocultar: los iris grises, sin mezcla alguna de verde ni azul; la nariz y sus pecas, más evidentes aún con el sol del verano; los labios que la barba enmascaraba sin llegar a transformarlos por completo.

—Gracias, Rózsa.

La mujer no dijo nada. Lo estudió un instante más, sin moverse ni cambiar de postura, como si temiese que él fuese a esfumarse al interrumpir el contacto visual. Eran dos seres humanos, uno frente al otro, plenamente conscientes de la precariedad de su situación.

VIII

Llegó a casa temprano y como en un sueño. Le preguntó al *házmester*, entre risas, si había llegado ya el hombre de negocios con quien debía reunirse. Qué cabeza la suya, le dijo, que había olvidado una cita tan importante. Más adelante, en el recibidor, la mirada de Rózsa, todo temor y preguntas, le confirmó que ella, al menos, había desvelado la identidad de su visita.

No dijo nada. Le quitó la gabardina, como acostumbraba, y, sin dejar de volcar los ojos en él, le tendió las zapatillas.

—Le he preparado el despacho, señor, su invitado ya lleva un buen rato esperándole. ¿Hago café para los dos?

—No se angustie, Rózsa —le indicó mientras le entregaba los mocasines que se acababa de quitar—. ¿Por qué no se toma el resto de la tarde libre? Hace un día espléndido y mucho me temo que mi reunión se va a alargar.

Al pasar por su lado, le apretó el hombro descarnado. Le dirigió la misma sonrisa de antes de la guerra, la del muchacho que le pedía con su descaro que ocultase, una vez más, las pruebas de su travesura.

—No le diga ni a mi madre ni a nadie más que estoy empezando a celebrar reuniones de trabajo en casa, ¿eh? Se preocuparía mucho, sin motivo.

La criada, pálida, ojerosa, con la frente perlada de un sudor añejo, asintió.

—Sí, señor. Ya sabe usted que lo que pase en esta casa yo me lo guardo muy escondidito. ¿Seguro que no quiere que le deje la cafetera al fuego antes de irme?

—Seguro. Váyase tranquila.

Avanzó por el pasillo a la carrera, en la medida en que las lesiones del Don se lo permitían, pero abrió la puerta del despacho despacio, con la cautela y la congoja que inspiran los lugares sagrados. Jonatán, su Jonatán, estaba allí, sentado frente a la mesa (¡su mesa!), hojeando uno de los libros que él no había podido devolverle.

Hacía suyas todas las cosas. Su presencia llenaba la estancia entera, desde el marco de la puerta hasta el balcón, cerrado, que daba a la plaza, como si le hubiese pertenecido siempre a él.

Se levantó al oír el ruido y caminó hacia Ádám con las pupilas fijas en él. No reparó en el maletín que sujetaba entre los pies con el que a punto estuvo de tropezarse, ni en la alfombra que pisaba, ni en las estanterías que los rodeaban; no apartó la vista del dueño de la casa, al que abrazó con fuerza.

—Lo siento mucho…, no sabía a quién acudir…, no me ha seguido nadie, estoy seguro… —Con el mentón apoyado en el hombro de Ádám, sollozaba.

Por un momento brevísimo volvía a ser el amigo que se emborrachaba el primero en las fiestas y al que el resto debía cuidar. Como entonces, Ádám le pasó un brazo por la espalda, crispada por unos nervios que solo afloraban en la intimidad que los bañaba, y se aferró más a él.

—Cabronazo, te hacía aún en Eslovaquia —balbuceó—. Leía las noticias y escuchaba los partes de Radio Kossuth y…, Dios, pensaba que estabas muerto.

Jonatán, que no se apartaba de él, negó contra su mejilla.

—Cruzamos la frontera una semana antes de que estallase el alzamiento.

A Ádám la persona del verbo, la primera del plural, no le pasó desapercibida. Con cariño, con tremendísima ternura, se deshizo del abrazo para reanudar el contacto visual. El aspecto de su amigo era muy distinto del de junio y más aún del de 1941, pero aquellos ojos no habían cambiado en lo más mínimo.

—¿Estás solo? —inquirió.

Jonatán asintió débilmente.

—Fuimos tres los que saltamos sobre los montes Tatras en febrero de este año: Bloomsbury, cuyo destino quizá haya sido el que tú temías para mí, Dinah, la mujer que conociste en Liptovský Svätý Mikuláš, y yo.

Tras ayudar a Ádám a sentarse, arrastró la silla contigua para quedar más cerca de él y llenó con palabras el hueco que los meses de separación habían creado. Le habló de la preparación del alzamiento. De la misión de alcanzar Budapest justo antes de esa brecha crítica en la historia e infiltrarse en la resistencia interna del país. Del viaje, largo y no exento de peligros. De Kasztner. De las negociaciones con Eichmann. De la trampa.

La respiración de Ádám, agitada al escuchar la historia, aminoró con el monstruoso punto y final. Extendió la mano, también despacio, la posó en la rodilla de Jonatán y la acarició.

—¿Por qué no vinisteis a mí primero? Todavía estoy involucrado con los *jalutzim*, os habría puesto en contacto con ellos.

Jonatán, que había bajado la cabeza, asqueado por su fracaso o por su supervivencia, se volvió de nuevo hacia él. Lo observó con ojos enormes, mansos, de perro enfermo que pide perdón a su dueño.

—Me aterraba ponerte en peligro —musitó.

El peso de su propia confesión hizo que se levantara. Húmedo de sudor, tiritando, entre bocanadas de un aire que no quería llegarle a los pulmones, se llevó las manos a la cabeza.

—No debería seguir aquí. Si… —No se atrevió a verbalizar el miedo que lo agarrotaba—. ¿Qué he hecho, Dios mío, qué he hecho? Dame las señas para llegar a los *jalutzim* y no te arriesgues más.

En sus lamentaciones, cada vez más desesperadas, Ádám percibió el eco de la culpa que durante semanas lo había postrado en la cama. Aunque Jonatán era más alto que él y estaba más fuerte, aunque se quejaba y se defendía, fue capaz de llevarlo a la otomana, en la que lo depositó como a un niño.

—Me arriesgaré por ti mil veces —le decía, una letanía que no tenía fin—. Mil y una, si hace falta, pero deja que te ayude. Deja que te ayude, por favor, que no merezco que te pongas tú en peligro por mí.

En los pasos que habían dado del escritorio a la otomana se habían intercambiado los papeles. En ese momento era él el que gemía y prometía, el que estiraba los dedos para acariciar a Jonatán con el fervor con el que las beatas tocaban el manto de los santos.

Se conocían íntimamente. Hasta los huesos, hasta la médula, hasta el alma en la que solo uno de ellos creía. Las pupilas de

Jonatán se agitaron al posarse en las de Ádám.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —susurró con la voz rota —. ¿Mi hermano? ¿Sándor?

El nombre como embrujo, como invocación.

Ádám se estremeció. Tocaba a Jonatán con la misma reverencia que había adoptado al abrir la puerta del despacho, con la devoción asombrada que lo sagrado despierta en los hombres.

—No pude protegerlo —dijo, sin apenas voz; fue un silbido más que una afirmación—. Ocurrió… ocurrió mientras volvía de Eslovaquia. Un gendarme lo detuvo en Csepel. Lo deportaron.

Los músculos de Jonatán se contrajeron. La respiración, rápida y superficial, amordazaba unas palabras que no lograban hilar frases, que no eran más que sonidos incoherentes que brotaban de un dolor que se le clavaba en las entrañas como un puñal.

—Es mi culpa —insistía Ádám—. Si no hubiese intentado librarlo del batallón disciplinario con el contrato de trabajo… ¡Dios, si pudiese, si pudiese…! Lo intenté todo. Llamé a todas las puertas. Tiré de todos los contactos. Lo siento muchísimo. No me lo perdonaré mientras viva.

Jonatán ya no lo escuchaba. Se desplomó sobre él, sobre su pecho, temblando, gimiendo; la piel, empapada, cada vez más cálida, parecía arder entre los brazos de Ádám. Los pies golpeaban las tablillas del suelo, víctimas de las sacudidas de un llanto que había llegado sin pedir permiso, loco, infantil, primario.

Ádám no lo dejaba, le repetía cuánto lo sentía, hasta que los balbuceos de las secuelas, que regresaban con la emoción, convirtieron sus disculpas en una masa pastosa e inescrutable. Le pasaba la mano por la espalda, por los hombros, que se crispaban,

buscando el efecto analgésico del cariño ajeno, de la presión de otra carne humana sobre la propia. No le repitió lo que él llevaba meses obligándose a creer: Sándor estaba fuerte, sano, era un atleta en perfecta forma física y podía afrontar cualquier trabajo; sabía sobre los *lager* más que la mayoría, y ese conocimiento le ayudaría a sobrevivir. No habría servido de nada, no habría traído consuelo alguno.

Se limitó a estrecharlo, a acunarlo, a besarle las mejillas y los pómulos y la mandíbula, todos los lugares que mojaban sus lágrimas, como si el amor pudiese secarlas. Lo arrulló y lo acarició hasta que cayó dormido, o desmayado, y tampoco entonces se movió de su lado.

IX

Jonatán se despertó con las primeras luces del amanecer, el aliento de Ádám en la frente y los latidos del corazón, también suyos, contra la oreja. Su amigo aún dormía. Iluminado por aquella franja que entraba desde el balcón, rosa como un pomelo, con el rostro relajado y sereno, parecía más joven de lo que era, un cadete de nuevo. Solo las cicatrices de la metralla en la piel morena delataban los años transcurridos y las batallas libradas.

«No caerás en ninguna de las batallas en las que combatas». La profecía de la gitana en Tihany, que había relegado a un rincón cada vez más olvidado de su memoria, reverberó dentro de él. Se levantó, impulsado por el pánico que tomaba las riendas de su cuerpo, y las manos de Ádám, que aún lo rodeaban, aunque ya sin fuerza, cayeron a ambos lados de la otomana.

Con el movimiento repentino, el joven se desperezó. Abrió un ojo, que clavó en Jonatán. Sonrió.

—Eh, amigo, ¿has logrado descansar algo?

Jonatán asintió con un gesto. Miraba a su alrededor, confundido; el maletín en el que guardaba la radio, que todavía no había montado, estaba apoyado en la pata del escritorio, exactamente donde lo había dejado.

—Sí… —musitó mientras se agachaba—. Dios, ¿qué hora es? ¿Cuánto tiempo he dormido?

—No lo sé, por lo menos doce horas. —Se sentó y fijó las pupilas en los dedos de Jonatán que retiraban las piezas del aparato—. Te despertabas y volvías a caer.

—No me acuerdo de nada.

—Estabas muy alterado. Coño, que es normal, que…, ojalá no hubiese tenido que darte ese disgusto, ojalá no hubiese pasado, ojalá… Joder, es que tenía que haber escondido a tu hermano en cuanto oímos los rumores de las deportaciones del campo. Si es que soy un miserable; con lo que me enfadaba que nadie me escuchase cuando advertía de lo que pasaba en los batallones disciplinarios y luego voy y me creo que a Budapest no iban a llegar los transportes. Lo siento muchísimo, Jonatán.

—No.

Una negativa sin dueño ni significado porque ni él mismo sabía qué rechazaba, solo que no toleraba escuchar las disculpas de Ádám. Porque no tenía derecho, porque le había salvado la vida una vez y, después, arriesgado el propio pellejo para cruzar la frontera y entregar el Informe de Auschwitz, porque lo había hecho todo bien y, aun así, había perdido. Porque las llagas que los penetraban eran gemelas: la culpa corrosiva que no se iba, la impotencia, la certeza de que, si hubiesen dado otros pasos, nada habría cambiado.

Tragó saliva y se encogió con el dolor que le bajaba por la garganta, herencia del llanto del día anterior. La radio no transmitía ningún mensaje nuevo; el último, recibido minutos después de colgar el teléfono, lo instaba a contactar con la resistencia por otros

medios y a recordar las órdenes de ingerir el cianuro en caso de captura.

—Mitya —lo llamó Ádám—. Mitya, mírame.

No se atrevió. Agazapado aún frente a la radio, musitó:

—¿Cómo fue? Cuando Tibor murió. ¿Cómo fue?

Ádám dio un suspiro acartonado.

—No lo sé. Estaba…, estaba preparándome para que me enviasen al frente y tenía a mi cargo a un puñado de chavales que nunca se habían despegado de las faldas de sus madres y que apenas sabían coger un fusil. Y también me preocupaba Erika, porque ya sabes cómo es, más dura que fuerte, y cabezota, y Tibor y ella estaban muy unidos. No lo sé, no lo procesé. Después me mandaron a Vorónezh, así que me obligué a no pensar en él, y después vinieron la retirada y el balazo y la rehabilitación… —Chascó la lengua—. Pobre Tibor. Tan bueno y tan humilde que era y su hermano todavía no ha podido llorarlo en condiciones.

La revelación sobrecogió a Jonatán. Cerró el maletín que ocultaba la radio y, sin moverse, aún acuclillado en posición orante, musitó:

—En tu carta te lamentabas de no conocer de verdad a Tibor. Yo tampoco me esforcé por conocer a Sándor, y ahora ya no podré hacerlo. Es demasiado noble para sobrevivir al *lager*, el sufrimiento ajeno lo perturba.

—¿Me perdonas?

—¿Qué pecado? No tengo nada que perdonarte.

¿No eran iguales, acaso? En 1941, no podían saber nada de unas deportaciones que todavía no se habían producido, que no eran más que una idea en la mente de sus opresores. Y, en un naufragio, si Tibor luchase por mantener la cabeza a flote y a Ádám el agua solo

le cubriese hasta las rodillas, Jonatán seguiría extendiendo la mano para salvar a su amigo.

Sí, sus manos eran el problema. Tenían el sello de Caín clavado, porque aún se asemejaba a su camarada en algo más: el cianuro que le había entregado le había quitado el sueño más que el destino de su propio hermano. Y, si en el naufragio, hubiese tenido que elegir entre Sándor y Ádám, por instinto no habría dudado. Los antiguos árabes tenían razón: había alianzas que enredaban las almas de los hombres mejor que la leche materna compartida.

—¿A qué hora viene Rózsa? —inquirió, incapaz de seguir torturándose con el remordimiento.

—Sobre el mediodía, para hacer las tareas de la casa. Por lo general, bajo a desayunar al Kis-Gerbeaud o me tomo algo al llegar a la oficina.

—Entonces no deberías cambiar tu rutina —dijo Jonatán mientras se ponía en pie—. Bajaré contigo, le diremos al *házmester* que tomamos unas copas después de la reunión y que no estaba en condiciones de volver a casa por mi propio pie. Dime cómo dar con los *jalutzim* y dejaré de comprometerte.

Caminaba entre temblores, aferrado al maletín, buscando el espejo de pared para comprobar que nada en su aspecto físico pudiese llamar la atención de un oficial en la calle o de un agente de paisano. Ádám, que lo observaba, ceñudo, lo detuvo cuando pasó por su lado para alcanzar las gafas.

—Te has llevado un golpe muy grande. No estás en condiciones ni de pensar con claridad ni de ir a ninguna parte. Quédate aquí y descansa, que del *házmester* ya me encargo yo. Iré poniendo a Richárd Friedl al tanto de tu situación, mientras tanto. Es el *jalutz* del

que más me fío; puede conseguirte un piso franco, contactos, lo que necesites para cumplir tu misión.

Jonatán negó con vehemencia. Si no hubiese sido Ádám quien lo agarraba del antebrazo (aquella piel atravesada de cicatrices que quería borrar junto a todo lo que significaban), se habría apartado con brusquedad y hasta a la violencia habría recurrido.

—¡¿Es que no te das cuenta de que no debería haberme quedado aquí tanto tiempo?! —exhaló. Con la mano que tenía libre se atusaba el cabello—. Nadie es inmune a la tortura. Por muy leal y brava que sea, si sigue con vida, Dinah ya habrá cantado sobre mí y sobre ti.

—No sabe dónde vivo. Esta dirección es nueva.

—¡Pero conoce tu nombre! —bramó y, con el ímpetu, cayó junto a Ádám en la otomana—. No podía recibir noticias tuyas, así que empecé a buscarte en los periódicos. Guardaba recortes de todas las apariciones en sociedad de tu hermana. Dinah, convencida de que sufría mal de amores, me guardó una de tu fiesta de bienvenida. Te reconoció de inmediato.

Ádám bajó la cabeza. Con el pulgar se acariciaba el labio inferior como si pudiese recoger las palabras que todavía no había pronunciado.

—En ese caso, nada importa —tanteó—. Si sigue con vida y la interrogan, vendrán a por mí tanto si te quedas como si te vas. —Posó la palma sobre la rodilla de Jonatán y la apretó—. Seamos inteligentes. Si sales ahora sin un plan, estás expuesto a que te detengan, sobre todo si Dinah ha cantado o si ese abogado os ha traicionado y los alemanes saben que hay otro emisario británico en

Budapest. Quédate aquí escondido y recobra las fuerzas mientras Richárd y yo lo disponemos todo.

—No puedo. Si tengo que comunicarme con los británicos, nos arriesgamos a que los alemanes den con la señal de la radio. En Eslovaquia jamás transmitíamos desde el mismo lugar; no habría sido seguro.

—Solo te pido un par de horas. Volveré por la tarde y te llevaré con Richárd. Los *jalutzim* operan desde una fábrica de cristal no lejos de aquí; me conocen y confían en mí, así que hazlo tú también. Descansa unas horas. Precipitarse cuando uno no está al cien por cien de sus capacidades es un suicidio. —Gesticuló en torno al cráneo—. Tengo pruebas de ello.

Jonatán preparó café y asó las salchichas (todavía podían encontrarse, si se sabía a quién recurrir y se pagaba lo que pedían en el mercado negro) como en el kibutz, directamente sobre el fuego de la cocina. El pelo, aún mojado después de la ducha, goteaba sobre sus pies desnudos. Olía a Ádám, que lo estudiaba desde la mesa, no ya por haber tenido sus manos en su piel, sino debido a sus productos de aseo, de los que había hecho uso. La misma marca de jabón que utilizaba en el internado. El perfume Essence Imperiale, de cuyo nombre Jonatán tanto se había reído cuando, a los diecisiete años, los rechazaron a los dos en el partido comunista por burguesitos.

—A ver si es verdad que en el Mandato te convirtieron en todo un pionero socialista. —Ádám rio al aceptar la taza que Jonatán le tendía.

—Si la montaña no va a Mahoma… —canturreó, y se sentó frente a él—. Lo que no tienes son naranjas para hacer zumo.

—Es que eso ya…, hasta en el estraperlo se encuentra poco y mal.

—Pues mejor. A ver si así dejas de estropear una taza de café espléndida para crear esa mezcolanza del diablo.

Ádám irrumpió en una carcajada. Miraba en derredor como buscando algo que no lograba encontrar. Con el movimiento, los nudillos rozaban la muñeca de su amigo.

—Esa taza de café espléndida… ¿anda muy lejos?, porque esta no es.

Jonatán soltó una risa atragantada, aguda, que llevaba años reservando. Inmerso en aquella intimidad, en la camaradería que los envolvía, ajena al tiempo y a la distancia que los había separado. Le habría gustado quedarse a vivir allí, cuidar de Ádám y dejar que Ádám lo cuidase a él, escuchar los mismos discos y leer los mismos libros, esperar a que llegase el fin de la guerra sin arriesgarse más allá de las pequeñas resistencias de los ciudadanos de a pie que no habían perdido la cordura. Aquel sueño se le antojaba tan improbable como los planes de adolescencia: viajar juntos por Italia y la península Ibérica, escribir en cafeterías, retirarse al campo como un personaje de Tolstói.

Quizá Ádám, ya serio, había llegado a la misma conclusión, porque acarició la mano con la que Jonatán sujetaba la taza.

—¿Me perdonas? —preguntó de nuevo.

—Ya te lo he dicho, no tengo nada que perdonarte. ¿Qué poder tenías tú sobre las deportaciones y los transportes? Si no hubieses ayudado a Sándor en su momento, habría terminado en el frente como nuestro padre.

El rostro de Ádám se crispó por la incertidumbre.

—Mitya, ¿me perdonas? —insistió.

—¡Sí! ¡Tres veces sí! Te lo perdonaría todo, cualquier cosa, ¡todo! Que eres mi mejor amigo y te quiero más que a nadie en el mundo. ¿Y tú? ¿Me perdonas a mí por haber rechazado la seguridad del Mandato que me conseguiste? ¿Por haberte implicado en esto?

Con la otra mano (la buena, la izquierda), Ádám le apretó la rodilla como había hecho antes, en la otomana. Aquella era la pierna que se había lastimado al saltar del avión, que aún le molestaba cuando hacía frío o con la lluvia y con el ejercicio, o tras haber permanecido en pie apoyado sobre ella demasiado tiempo. No podía saber nada al respecto porque Jonatán no se lo había contado.

—Todo —le aseguró Ádám, sin dejar de mirarlo—. Te lo perdonaría todo y después te ofrecería mi abrigo y mis botas y lo que te hiciese falta. Que también eres mi mejor amigo y ni a una mujer la querría más que a ti.

Ádám se marchó sobre las ocho, casi cuatro horas antes de la vuelta de Rózsa. En la soledad del piso, bastante amplio para una persona, a Jonatán la presencia de aquellos muebles y aquellos recuerdos trasplantados le resultaba intolerable. La conversación, ante las tazas de café, entre caricias mudas, había tenido el efecto de una confesión religiosa.

Su madre estaba bien. Ádám se las había ingeniado para conseguirle un pasaporte español y rio cuando Jonatán, escéptico, rezongó que la legación española debía de ser un nido de fascistas.

—Eso mismo le dije yo a mi hermana cuando me comentó los desvelos de los diplomáticos españoles por proteger a los judíos.

—¿Cómo puedes fiarte de esos hombres? El gobierno al que representan ganó su guerra gracias a los alemanes. ¡Sus tropas voluntarias combatieron en el frente oriental!

—Sí, como yo.

—No es lo mismo. Tú no fuiste por ideología.

—¿Y todos ellos sí? Viven en una dictadura que encarcela y fusila a todo el que le huela a rojo, sabe Dios si no aceptaron la trinchera para salvar el pellejo.

—Me estás dando la razón: la embajada representa a esa dictadura. Mira, en el kibutz conocí a algunos brigadistas del grupo Rákosi. ¡Tú mismo leíste los artículos que escribió Klára sobre las cárceles de la zona nacional! Ya sabes cómo fue su guerra.

—Sí, y si hubiese sido lo suficientemente viejo para ir con las brigadas habría combatido en el otro bando, como tú. Pero ahora estamos aquí y lo que importa es que esos diplomáticos, por mucho que representen a la España de Franco, rechazan de pleno a los nazis y sus políticas. Se están jugando el puesto y la vida; a uno de ellos, de hecho, ya lo devolvieron al remitente porque no dejaba de protestar y de hacer presión. No te pido que te fíes de ellos, sino de mí.

Su voz todavía retumbaba en las paredes, y Jonatán tenía su tacto clavado en la carne. Claro que se fiaba de él; hasta a los infiernos habría bajado si se lo hubiese pedido. Tanto que lo adoraba y lo había puesto en peligro. En el fondo, no había acudido a él para dar con los *jalutzim*, sino como el perro malherido que regresa a tumbos a su hogar.

Tras vaciar la cafetera, cuyo contenido, ya templado, bebió de un trago, se sentó a la mesa y le escribió una nota. De algo tenía una certeza absoluta: si Dinah estaba viva y bajo tortura los delataba, a Ádám sus medallas y su apellido quizá podrían exculparlo de haber cruzado la frontera, pero jamás de haber escondido en su casa a un espía británico.

> Camarada, el tiempo se nos ha quedado corto otra vez. Los años que nos han tocado vivir son interesantísimos y parece que nos dan caza de nuevo.
>
> Acabo de recibir mensaje de mis jefes con todo lo relativo al nuevo negocio del que debo ocuparme (objetivos de ventas, contactos comerciales, etcétera). Te agradezco en lo más profundo tu hospitalidad. Si de mí dependiera, no me iría nunca de tu lado. Te encontraría naranjas, aunque tuviese que ir a buscarlas al centro de la Tierra, y te prepararía zumo solo para verte mezclarlo con el café y reírme de ti.
>
> Que ya te echo de menos y estas horas juntos las atesoro como a lo más sagrado. Que de bueno que eres a veces no me atrevo ni a mirarte y te quiero más que a mí mismo.
>
> «Entonces Jonatán le dijo a David: "Vete tranquilo. Recuerda que ante el Señor nos hemos jurado amistad. El Señor es nuestro testigo, y lo será de nuestros descendientes, para siempre"».[39]
>
> Hasta que volvamos a encontrarnos.
>
> Con inmenso cariño,
>
> Tu Mitya Karamázov

Cifró el mensaje por si era verdad que tenían los minutos contados y entraba la policía a hacer un registro. Se fue sin llevarse nada que no le perteneciese y sin dejar más pruebas de su presencia que un par de gafas que podrían haber sido de Ádám. Se había afeitado, también, por si alguien se había fijado en él el día anterior o por si Kasztner lo traicionaba y describía su aspecto físico. El cabello, que

se había peinado hacia atrás con la brillantina de su amigo, era el último elemento de su nuevo disfraz.

Jonatán, el de los mil nombres y las mil caras, esperó a que el *házmester* se ausentase para ir al baño y le dejó los quince fillér de propina (algo más generosa que los diez habituales) y una nota en la que le pedía que le agradeciese al señor Farkas de Batthyány la hospitalidad y a su criada la cataplasma que lo había reconstituido.

Aunque las indicaciones de Ádám habían sido vagas, Budapest seguía siendo su ciudad y no tardó en encontrar la fábrica de cristal en la que se reunían los *jalutzim*. Se aproximó a ella despacio mientras se encendía un cigarrillo para justificar la lentitud en un varón de su edad y condición física.

No se aventuró a entrar. Notó el ambiente caldeado, y de los hombres que se paseaban por la otra acera no se acababa de fiar, de modo que consideró más prudente dar un rodeo hasta el cine, comprar una entrada para la sesión matutina y aprovechar la oscuridad de la sala para sopesar sus opciones.

X

En el día más largo de Budapest, los ataques aéreos comenzaron a las once y veinticinco de la mañana. El cielo de aquel domingo de mediados de septiembre se abrió como un melocotón maduro y lanzó más de mil toneladas de bombas. Por una vez, los supervivientes de aquel infierno dantesco no pudieron culpar al escaso tino de los pilotos estadounidenses; en aquella ocasión, habían acertado y su objetivo no fueron solo las refinerías de la isla de Csepel, sino también las estaciones de tren del centro de Pest: la del Este, en pleno barrio judío, y la del Oeste, a pocos minutos andando de la embajada española.

A Sanz Briz, la elección del día del Señor le trajo recuerdos de aquel sombrío 19 de marzo. Entonces le pareció casi una ofensa a lo sagrado; en este caso, para él, una mano divina que lo libraba del peligro. Agazapado en el refugio de la nunciatura en la plaza Dísz, a apenas un par de metros del majestuoso Bastión de los Pescadores en el que tanto le gustaba pasear junto a Adela, las detonaciones resonaban en la distancia y no sobre él. *Monsignore* Rotta, con quien se había reunido antes de la misa de doce que ya no se celebraría, intentaba distraerlo con conversaciones banales.

—Su esposa debe de estar a punto de salir de cuentas.

—Sí, cualquier día de estos recibiré noticias suyas. No sé con qué nos bendecirá el Señor. A veces deseo un varoncito y, otras, recuerdo que los hombres somos una calamidad y que no hay criatura en el mundo más linda que mi Adelita… —Apretó los párpados al oír el zumbido sordo de los aviones—. Y, en momentos como este, me imagino el viaje de esa carta mientras nosotros esperamos a que cesen las alarmas…

Rotta le colocó la mano sobre el hombro y se lo apretó.

—No se desanime, Ángel, que esta tormenta también amainará. La misma fiereza de estos ataques lo prueba. Las deportaciones han cesado y, si bien la situación de los judíos sigue siendo deleznable, quizá eso indique que el regente está despertando ante esta barbarie.

—Dios lo oiga, *monsignore*. Con los soviéticos cada vez más cerca…, los rumores que corren en nuestros círculos son desalentadores. Se teme, precisamente, que el gobierno no sea lo suficiente fuerte para soportar los desafíos de las fuerzas de ocupación y que se produzca un golpe.

—También han llegado a mis oídos esas preocupaciones. Tendremos que mantenernos firmes pase lo que pase. Claro que me doy perfecta cuenta de que usted, como español, se encontrará en una posición muy vulnerable si entra el Ejército Rojo.

—Cuando, *monsignore*, cuando —precisó—. Pero no se equivoca. Los soviéticos no nos perdonarán jamás el despliegue de tropas voluntarias en el frente oriental; nos consideran aún un país beligerante. Confidencialmente, nuestros colegas de la legación sueca se han ofrecido, con toda amabilidad, a hacerse cargo de los intereses españoles una vez que entren los rusos en la capital.

Una hora y treinta y tres minutos. Para los vecinos que soportaban las sirenas, las detonaciones, el zumbido de los aviones, los edificios que se sacudían y los minutos que no transcurrían, fueron necesarios varios instantes más de calma para aventurarse a salir a la calle.

Cuando abandonaron el refugio, la capital se había convertido en una amalgama de hierros torcidos, escombros y ceniza. Los edificios, reducidos a esqueletos resquebrajados; los cuerpos de los muertos y los heridos, una comparsa triste de pieles blanqueadas por el polvo y ennegrecidas por las quemaduras.

Aunque algunas bombas habían caído en Buda, para Sanz Briz el verdadero gehena se hallaba al otro lado del río. Desde la plaza Batthyány, a la que se aproximó, el Danubio parecía el Aqueronte de la mitología griega; al otro lado, Pest era el infierno.

Aquel día tan largo, el fin del ataque aéreo no permitió a nadie detenerse para recobrar el aliento. Los estadounidenses, cansados de aquel amigo del Eje que se mantenía en pie y no se rebelaba contra la ocupación, habían arrojado explosivos con un dispositivo cronometrado para estallar a intervalos de entre catorce y dieciocho horas. Durante la tarde, durante la noche, aquellos que creían haber salvado la vida se retorcían de dolor o agonizaban, a causa de esa traición. Los judíos, que tras el cese de las deportaciones habían comenzado a ser reclutados para llevar a cabo tareas de limpieza de escombros, caían por decenas. Debido a su disposición en los barrios industriales, las casas con estrella, en las que por ley se los hacinaba, se convertían también en objetivo de la furia aliada.

Dos días atrás, en su último despacho, ya obsoleto, Sanz Briz había informado a Madrid sobre el nuevo estado laboral de los judíos

casi con optimismo. Tras los horrores que se sucedían en lugares como Auschwitz, incluso los trabajos manuales forzados de aquellas personas que ya recibían unas raciones más paupérrimas que las de los cristianos, le parecían halagüeños. Obligado a reconsiderar su posición, se consolaba sabiendo que no había aguardado a una autorización que todavía no había recibido: los sefardíes que lo habían solicitado ya estaban en posesión de documentos españoles; si el panorama no mejoraba, se apoyaría en su camaradería con el resto de las embajadas para extender más pasaportes salvavidas. Mientras durase la guerra, hasta que los soviéticos, que devoraban territorio a su paso, estuviesen a las puertas y su presencia en Budapest ya no pudiese justificarse.

A la mañana siguiente, a modo de recordatorio, los aviones estadounidenses cuartearon de nuevo los cielos de Hungría. Un ataque temprano, poco después de las diez y media, que sorprendió a los empleados de la legación cuando aún no habían tenido ocasión de lidiar con los destrozos de la carnicería del día anterior.

De vuelta el castañetear de los dientes, el inicio de conversaciones absurdas, que no interesaban a nadie, con tal de no pensar en los aviones que los sobrevolaban, en que bastaba un mínimo error de cálculo para tener que lamentar bastante más que los cristales de las ventanas rotos.

—Esto no puede seguir así —repetía madame Tournée, abrazada a sus rodillas—. Si es que esto no puede seguir así…, más de un centenar de muertos ayer, las bombas detonando toda la noche.

¿Pero qué quieren de nosotros? ¿Qué culpa tendrá la gente decente…?

No se permitió continuar. Sentada como estaba en el refugio de la legación, acalló su raro arranque de debilidad al apoyar la barbilla en las rodillas. Sanz Briz, junto a ella, ya se volvía hacia el abogado con la esperanza de hablar, de charlar de cualquier cosa, de no pensar más en su esposa y sus hijos en Madrid.

—¿Y su familia? ¿Están todos bien?

Farkas, que balanceaba entre los dedos un cigarrillo que no se animaba a prender, ladeó la cabeza en un gesto incierto.

—Pues tirando, que con los tiempos que corren uno no puede quejarse mucho… Estaba pensando en si no sería mejor que Mária Terézia y el niño se fuesen al campo, lo más lejos posible del avance ruso… y de estos ataques cada vez más feroces, que el susto que nos llevamos ayer…, y a Dios gracias que no era un día laborable, que imagínese si hubiésemos estado trabajando cuando esa bomba alcanzó la embajada. Y además…, a mí no me gusta quejarme, don Ángel, pero me siento como una carga. Para los alemanes y para mi gobierno soy judío, le rece a quien le rece, y eso, hoy en día, es la peor condena de todas.

Sanz Briz asintió, quedo. De unirlo un lazo más profundo con el abogado, habría ignorado la etiqueta silenciosa y lo habría reconfortado con un abrazo o una palmada en la espalda. Entre caballeros, se limitó a sacarse del bolsillo el encendedor de plata para, al menos, poder refugiarse en el acto comunitario de fumar.

—Yo contra las bombas no puedo hacer nada, que ojalá —dijo, mientras aceptaba el pitillo que Farkas le ofrecía—, pero, sobre lo otro…, tiene las puertas de este edificio abiertas si se siente aquí

más seguro, sobre todo tras la detención del pasado mes. Su esposa y su hijo también, si es que a ellos les molestan, injustamente, por su causa.

El hombre dio una calada.

—Pues me lo pensaré, no se lo voy a negar. A Mária Terézia, la pobre, solo le afectan las habladurías y las vejaciones de los exaltados por haberse casado con un hombre como yo…, y fíjese que, siendo de la misma clase, en su momento a nadie le sorprendió, sobre todo después de que yo me convirtiese al catolicismo… Pero lo que me preocupa ahora es que, al niño, que lo bautizamos antes de cumplir el mes, a efectos legales lo consideran judío. Es demasiado pequeño para que lo marquen con la estrella amarilla, pero sus papeles no podrían ser más claros.

—Es una canallada —terció Sanz Briz con los ojos fijos en el humo que se rizaba, y no en su empleado—. Nadie se merece los atropellos que están sufriendo los judíos, ¡pero los niños! Una cosa le voy a decir y tal vez tenga que hacer penitencia por ello cuando me confiese: aunque Dios lo perdone todo, pecados como este no hay hombre que los pueda absolver. Reitero lo dicho: si considera que los documentos de protección españoles no son suficientes, quédese aquí con su mujer y su hijo. De los ataques aéreos no podrán huir, pero al menos gozarán de inmunidad diplomática.

—¿A usted le parece mejor idea que la de mandarlos al campo?

—No sabría decirle. Su esposa, que es cristiana, correría menos riesgo lejos de las bombas y del avance del Ejército Rojo, pero el pequeño… es judío ante la ley. Confío en que ningún húngaro ni alemán cometa la insensatez de ignorar un documento de protección de un país soberano, pero lo que seguro que no van a hacer nunca

es violar la inmunidad de este edificio. Hacerlo tendría el mismo significado que atacar directamente a España.

Ángel Sanz Briz,
encargado de negocios en Budapest
Al ministro de Asuntos Exteriores Lequerica

Budapest, 19 de septiembre de 1944

Anteayer, Budapest sufrió un ataque aéreo muy violento que se cobró un gran número de víctimas y destrozos materiales. Varias bombas explotaron en las inmediaciones de esta embajada, que solo tuvo que lamentar la rotura de los cristales de algunas ventanas.

Solicito instrucciones urgentes en caso de evacuación debido al avance ruso. De ser así, ruego autoricen la quema de documentación.

Mientras tanto, quisiera pedir también permiso de nuevo para albergar en la embajada a la canciller madame Tournée y su hijo y al abogado Zoltán Farkas, en este caso a pesar de su situación laboral irregular.

La respuesta de Madrid, por una vez, llegó temprana.

Es desaconsejable dar la impresión de una precipitación excesiva y de una falta de serenidad al abandonar el país mientras se mantengan aún las comunicaciones con Austria y sin que haya ocurrido lo que usted teme. En caso de que las tropas rusas se aproximen a las afueras de Budapest, quedaría usted autorizado para confiarle la legación al representante sueco. A madame Tournée se le permitiría, asimismo, refugiarse en la embajada, pero no al señor Farkas, ya que no se trata de un empleado regular y cuya nacionalidad, en todo caso, lo exime de recibir dicha protección. Usted podría, por otro lado, recomendarlo al representante sueco que quede al cargo de los asuntos españoles.

Reitero, pues, que se le autoriza a usted abandonar Budapest en cuanto el avance del Ejército Rojo suponga una amenaza. El archivo de la legación habría de trasladarse a Viena con la excepción de cualquier documento carente de valor, cuya destrucción le encomiendo.

XI

Con cada ataque aéreo que amainaba, los mismos guardias que horas atrás corrían al refugio, dejando a los prisioneros en sus celdas, abrían la de Jonatán para llevarlo a interrogar. Su libertad, tras abandonar el piso de Ádám, había durado exactamente lo mismo que la sesión matutina de cine. La policía secreta húngara, que le mordía los talones desde el momento en el que pisó la plaza Szabadság, lo detuvo a la salida y le pidió su identificación.

La entregó. ¿Qué otra opción tenía? Eran más hombres que él; si sacaba el arma, en una calle abarrotada, pondría en peligro vidas inocentes. Sabía que, si sospechaban de él, estaría más seguro como agente británico que como húngaro. A un espía extranjero lo protegían los Convenios de Ginebra; a un compatriota lo juzgarían y colgarían por alta traición.

—¡Eres tú! —bramó el oficial, tras comparar su aspecto con el de la fotografía—. ¿Dónde está la barba? ¿Y las gafas?

Jonatán trató de alcanzar la cajetilla en la que guardaba el cianuro. Los otros dos policías, más ágiles que él, lo redujeron de un golpe a la mandíbula. Aprovechando la confusión, el primero lo esposó y le arrebató la píldora mortífera de las manos. Agitó la caja frente a él.

—¿Qué? ¿Querías fumarte uno rápido igual que tu amiguita quería pintarse los labios? —Otro puñetazo, este en el estómago—. ¡Pensabas que podías escapar, rata! ¡Pues tú no te mueres hasta que te lo diga yo! ¡Tú no te mueres hasta que nos lo cuentes todo!

Entre golpes y amenazas lo arrastraron al final de la avenida, donde ya los esperaban tres coches, y de un empujón lo metieron en uno de ellos. Atravesaron la ciudad, más allá del río, hasta alcanzar un edificio de dos plantas. Todavía no había pronunciado palabra, primero quería tener claro cuánto sabían de él.

Lo interrogaron durante horas. Cada vez que le hacían una pregunta, y él no contestaba, respondían con toda la violencia a su alcance. Había muchas maneras de provocar dolor a un hombre sin matarlo y ellos las conocían todas.

Nadie era inmune a la tortura, excepto por un pequeño detalle: existían tormentos mayores que el daño físico y temores contra los que la muerte carecía de poder. Sus captores sabían que llevaba encima una cápsula de cianuro, el método con el que Dinah se había quitado de en medio antes de traicionar a un camarada. De ello deducía que estaban al tanto de su conexión, de que había otro paracaidista suelto en Budapest, cuya descripción física habían obtenido. Kasztner debía de haberlos denunciado. Sus crímenes, de momento, no salpicaban a Ádám y ese era el motivo por el que aguantaba los golpes y los insultos sin perder la compostura. Tenía, de nuevo, la vida de su mejor amigo en las manos.

Según lo instruido, dio su identidad británica, el número de registro de su avión y detalles vagos de su misión (auxiliar a pilotos aliados derribados). A cuentagotas, con los dientes apretados, para que los policías que lo interrogaban creyesen que le habían

arrancado esa información a la fuerza. Y en inglés, claro, porque su supervivencia dependía de ser el alférez James Redford de Maida Vale, en Londres.

—¡Y una mierda! ¡Sabemos que hablas húngaro! ¡Dinos tu nombre!

—James Redford de Maida Vale, en Londres, hijo de Nicholas y Martha Redford, Buchan de soltera. ¿Quieren también las identidades de mis abuelos?

Por su descaro, lo tumbaron al suelo de una patada. Para obligarlo a mirarlos, le tiraron del pelo, despeinado, rojo de nuevo por la sangre seca.

—¡Dinos tu nombre!

Sonrió, casi. En un húngaro espeso, deformado por el acento de sus instructores británicos en El Cairo, repuso:

—He tenido muchos nombres. ¿Cuál de ellos les interesa?

Otro golpe. Entre dos lo desnudaron y, al encontrar lo que buscaban, le hicieron levantar para que el resto pudiese contemplar las pruebas inequívocas de su crimen.

—¡Mirad lo que tenemos aquí! ¡Un puto judío!

Insistió, como muchos otros, en que lo que observaban era resultado de una fimosis en la adolescencia, que era católico de cuna y que lo podía demostrar. Recitó el credo y el padrenuestro en latín, tal y como había aprendido en el internado. También el avemaría. Su nombre, James, era la traducción inglesa de Santiago el Mayor, hijo de Zebedeo, primero entre los apóstoles en recibir martirio. ¿Qué más querían saber?

Cantó el «God Save the King» sin balbucear y enumeró, sin problemas, a los miembros más importantes de la familia real. ¿El

código de la radio? Imposible, ni aunque le arrancasen la piel a tiras o le hiciesen beber fuego lo obtendrían. No lo sabía. La única persona con acceso a él se había suicidado antes de confesarlo.

No le creyeron. Ese era uno de los dos clavos que sujetaba su existencia, uno de los dos motivos por los que lo mantenían con vida dos semanas después. Era un oficial británico y, por lo tanto, estaba amparado por el derecho internacional humanitario. Más importante aún: tenía acceso privilegiado a la inteligencia aliada, y los muertos, como bien sabían, no hablaban.

De la celda lo sacaban para interrogarlo cuando y como les venía en gana. A veces, lo tiraban de los tobillos en mitad de la noche para arrancarlo de las sábanas a la fuerza. Otras, pasaban días antes de que se acordasen de él y lo torturasen de nuevo. En ocasiones lo lastimaban hasta que perdía el conocimiento, que le obligaban a recobrar rociándolo con el agua gélida de la manguera antes de reanudar las preguntas. Con menos frecuencia, lo conducían a un despacho común y corriente, le ofrecían cigarrillos y lo trataban como algo parecido a un ser humano.

—Salta a la vista que es usted un hombre bien educado —le decían, y con toda ternura le ayudaban a prender el tabaco—. Comprenderá, entonces, que ha perdido la partida. No tiene sentido que siga ocultándonos información, podemos hacer hablar hasta a una esfinge. Sus esfuerzos solo pueden perjudicarlos a usted y a las personas a las que, tarde o temprano, implicará. Denos los códigos de la radio y los nombres de sus contactos en Budapest de manera voluntaria o tendremos que sonsacárselos a la fuerza. Ya ve que tenemos tiempo.

—Yo también. Los soviéticos están a las puertas. Puedo esperar hasta que estén ustedes sentados en esta misma silla y entonces hablaré.

Por esas palabras lo devolvieron a la sala de interrogatorios, a la que regresaba sin lógica alguna en circunstancias normales y siempre que sucedía un ataque aéreo. El castigo, entonces, era siempre el mismo: reparar con las manos desnudas cualquier destrozo que la aviación aliada hubiese podido causar a la cárcel. Si un bombardeo diurno lo sorprendía, él, que no tenía derecho a utilizar el refugio, debía continuar con aquella tarea sisífica.

Los reproches de sus captores, dueños de su tiempo y de su existencia, eran los de siempre.

—¡Cabrón! ¡Tú diriges los aviones que nos atacan! ¡Por tu culpa, mi hija ha muerto!

Lo golpeaban por justicia de revancha, por una venganza que los embriagaba sin llegar a calmar su sed. Por distracción, incluso. Los motivos no importaban mientras lo mantuviesen, contra todo pronóstico, con vida.

En Csákánydoroszló, a un preso italiano llamado Giorgio Perlasca se le agotaban los meses extraños en los que había gozado, casi por sorpresa, de algo parecido a la calma. Le faltaba la libertad, pero esa ausencia la había sabido llenar con la amabilidad de las gentes del campo, con la belleza de las mujeres, con la alegría sencilla de estar vivo un día más, de pertenecer aún al mundo.

Csákánydoroszló era una cárcel sin serlo. En la villa, que conservaba la elegancia señorial de los tiempos de los Habsburgo,

retenían sin necesidad de celdas ni barrotes a aquellos ciudadanos extranjeros cuya situación legal era ambigua, como la de él. Giorgio Perlasca tenía papeles, o, mejor dicho, los *tendría*, y españoles, por un motivo muy sencillo: a la tercera habría de ir la vencida.

El primer intento se remontaba justo a después del armisticio entre Roma y los aliados el 8 de septiembre del año anterior. En una división salomónica, el pueblo italiano se había partido en dos: aquellos que apoyaban al general Pietro Badoglio y los que, fieles a Mussolini, habían celebrado la formación de la fascista República de Saló. En su juventud, a Perlasca los ideales del fascismo lo habían embaucado con sus promesas. Por ellos había combatido en la invasión de Etiopía primero y, después, participado en la Guerra Civil española con el Corpo Truppe Volontarie. Tras la alianza de su patria con Hitler y las leyes raciales implementadas en 1938, sin embargo, aquel fervor inicial se templó hasta mutar en un rechazo a Mussolini y al Reich que lo llevó a renegar también, en 1943, de la República de Saló.

A Giorgio Perlasca le perdía el ímpetu, pero de tonto no tenía un pelo. Por haber traicionado a Mussolini, su vida en Budapest peligraba; por haberle sido fiel una vez, sin embargo, quizá podría cambiar el destino que le tenían reservado. Con ese aplomo se dirigió a la legación de España y no desistió hasta encontrarse con el entonces encargado de negocios, don Miguel Ángel de Muguiro, a quien le exigió que le extendiese «un pasaporte español bajo una identidad falsa».

El veterano diplomático, regio, puntilloso, arqueó una ceja ante aquella petición tan poco ortodoxa, pero Perlasca no se amedrentó.

—Se lo pido porque temo por mi vida, don Miguel Ángel —explicó —. Mire, yo soy antifascista y enemigo de los alemanes, que me tienen fichado por nuestras diferencias políticas, pero también excombatiente de la guerra de liberación de su país. Por eso sé que, durante el periodo rojo en Madrid, se daban pasaportes extranjeros a súbditos españoles. ¿No podría hacer usted lo mismo por mí, que luché en el bando del general Franco?

De Muguiro no puso la mano en el fuego por él. Aunque empatizaba con su precaria situación, existían unos procedimientos que debía seguir, una serie de pasos que dar y normas que acatar antes de extender un pasaporte español. Le aseguró que lo consultaría a sus superiores en Madrid, quienes, un mes más tarde, rechazaron la solicitud al no encontrar pruebas del servicio de Perlasca durante la Guerra Civil.

El segundo intento, tras la ocupación de Hungría, transcurrió por derroteros similares. Insistió en que su adhesión al gobierno del rey Víctor Manuel III, «único reconocido oficialmente por el generalísimo Franco», hacía peligrar su vida sobremanera.

—A los legionarios italianos que combatimos contra el comunismo a las órdenes del caudillo nos prodigaron promesas —le recordó a De Muguiro—. Cuando embarcamos en el puerto de Cádiz, el 30 de mayo de 1939, para regresar a nuestros hogares, las autoridades españolas nos garantizaron amparo y protección una vez que se hubiesen restablecido en su país el orden y la justicia.

Le entregó entonces un documento, mecanografiado la noche anterior, en el que narraba con gran lujo de detalles las unidades a las que había pertenecido y las batallas en las que había combatido.

Sus esfuerzos, sin embargo, resultaron en vano: desde Madrid, habían vuelto a rechazar su solicitud.

Más de medio año después, había llegado a sus oídos la noticia de la partida de De Muguiro. El nombre de la nueva persona al cargo, Ángel Sanz Briz, no le resultaba extraño. En sus idas y venidas a la embajada, había tenido ocasión de tratar con el entonces secretario de segunda, al que había reconocido como a un igual. Ambos habían nacido el mismo año (Sanz Briz en Zaragoza, en septiembre; él, en Como, en enero). Compartían clase social, ideas políticas y, aunque Ángel era más reservado, ese carácter dicharachero y abierto de los pueblos mediterráneos que tanto se echaba de menos en Hungría.

Ahí empezaron los telegramas, de Csákánydoroszló a Budapest y de Budapest a Csákánydoroszló; mensajes que nunca llegaban a la hora, respuestas que se entremezclaban con nuevas preguntas. El 13 de octubre, tras semanas de gestiones, de tira y afloja, de una tensión tan palpable que podía cortarse como un cuchillo, la espera cristalizó en el coche diplomático que Perlasca aguardaba.

Los ojos azules, que lagrimeaban por la claridad y por el cansancio, buscaban el rojo y el blanco de una bandera extranjera. Rojo y blanco, y no rojo y amarillo, porque los vehículos a los que tenía acceso la legación española eran limitados y Sanz Briz, tras mucho pelear, le había conseguido el transporte con sus amigos de la embajada suiza.

Perlasca aguzó la mirada. Cruces blancas en la lejanía como puntos en un mapa. Sonrió. En la maleta, muy liviana, apenas llevaba mudas para un par de días; en el bolsillo de la chaqueta, la dirección de una pensión y el permiso de residencia de dos semanas que le había tramitado don Ángel. Quince días en la capital, menos

daba una piedra. Cuando los agotase, ya se las ingeniaría para demostrar que sí, que a la tercera iba la vencida.

XII

El domingo 15 de octubre, poco antes de la una y media de la tarde, el regente Miklós Horthy anunció por radio el armisticio de Hungría con las potencias aliadas:

> Resulta hoy obvio para cualquier persona sensata que el Reich ha perdido la guerra. Todos los gobiernos responsables del destino de sus países deben tomar, pues, las decisiones apropiadas. En palabras del propio Bismarck: «Ninguna nación debería sacrificarse en el altar de una alianza».
>
> He decidido salvaguardar el honor de Hungría incluso ante su antiguo aliado, un aliado que, en lugar de proveerla del auxilio militar prometido, le robó su gran tesoro: su libertad y su independencia. He informado a un representante del Reich de nuestra resolución de firmar el armisticio con nuestros viejos enemigos.

La alegría ante aquel broche esperanzador, precioso, tras la tensión acumulada durante la semana anterior, se extendió por la legación como una gota de tinta sobre un folio en blanco. Aquella desazón era el motivo por el cual se encontraban en sus puestos de trabajo aquel día dedicado al Señor. Los rumores constantes que se hacían eco de esa posibilidad desde principios de mes, de los que Sanz Briz había informado a Madrid, habían cristalizado en una lluvia de panfletos pronazis que habían enardecido a una población hambrienta, cansada y asustada.

El comunicado radiofónico, aunque le parecía improbable, no logró imbuir a Ángel de una cautela a la que quizá, bajo otras circunstancias, se habría abandonado. Dejó a un lado el plato que la canciller le había llevado al despacho un cuarto de hora antes, que apenas había picoteado, y salió a unos pasillos que ya se habían empapado de las promesas que la voz del regente transmitía.

—¡Que es cierto! —repetía madame Tournée, en un raro arranque de fogosidad—. ¡Que se va a firmar la paz!

—Eso parece —rio Sanz Briz mientras se volvía hacia Gaston—. ¿Por qué no baja al almacén y trae una botella de vino? Ahora brindaremos por el fin de la contienda.

«Ahora» como espada y como herida. Bajo las capas y capas de felicidad, del alivio que le producía el fin de los bombardeos y de la persecución a los judíos, reptaba una constancia a la que ni siquiera aquel júbilo podía hacer frente: los aliados con los que se pactaría la paz eran también los soviéticos, sus enemigos, que ni olvidaban ni perdonaban.

En la cárcel de la calle Margit, por una vez, los guardias no arrancaron a Jonatán y a sus compañeros de celda del sopor de la tarde con gritos y amenazas, sino con el puño levantado de los que, hasta entonces, habían sido sus oponentes ideológicos.

—¡Libertad, camaradas! —saludaron—. ¡Horthy ha declarado el armisticio!

Recorrieron el pasillo coreando idéntica consigna. Por lo chaplinesco, en otras circunstancias, a Jonatán, aún dolorido de las palizas del día anterior, la escena le habría causado cierta diversión.

Sus captores, que llevaban un mes torturándolo para obtener información, sumergiéndole la cabeza en cubos de agua fría hasta el borde del desmayo, insultándolo y amenazándolo en todas las lenguas que conocían, en ese momento celebraban el armisticio con los bolcheviques. A su paso, un hurra colectivo, clamoroso, se atragantó en las gargantas de aquellos hombres rechazados que aguardaban la muerte en los peores momentos y la conmutación de sus penas en los mejores.

—¡Que antes de que anochezca nos vamos a casa, inglés! —bramó uno de sus compañeros, un socialdemócrata no mucho mayor que él, con el que, por su clase y edad, podría haberse codeado en otra vida—. Bueno, tú a la mía hasta que puedas volverte a tu país, cabronazo. Ya verás, a los baños Gellért vamos a ir tú y yo hoy, a quitarnos la mugre de la cárcel, y después a cenar al Gundel o, qué coño, al Ritz, a ponernos las botas.

—¡Pero qué dices, Marcell!

—Que sí, inglés, que sí. Que vamos a ponernos morados de pollo asado, panecillos blancos, café, vino… ¡Bueno, un sangre de toro de Eger que vas a salir de ahí cantando el «Himnusz», no el «God Save the King»!

—Y habanos y champán, ¿no?

—¡Hombre, pues claro! Que te voy a enseñar yo a ti a comer bien, para que te olvides de esta bazofia con la que nos están matando de hambre.

Crédulos o no, los presos se aferraban a la felicidad de aquellos planes, de aquellos sueños con los que llevaban fantaseando meses y que hasta entonces no se habían atrevido a creer. Las bellísimas mujeres de Budapest, cuyos tacones ya casi podían oír; las madres

que los abrazarían, las esposas a las que tomarían; los platos hogareños cuyo recuerdo amordazaba el hambre y tan solo con la expectativa ya salivaban. La libertad, en definitiva, la libertad con todas las letras, que tanto habían añorado y que al fin les entregaban en bandeja.

A los pocos que, sombríos, no se dejaban llevar por las celebraciones les hacían reproches.

—¿Qué pasa? ¿Que estáis tan amargados que solo creéis en las fugas? ¿Es humillaros, para vosotros, aceptar la libertad?

—Caballeros, conténganse —les pedía el sargento al cargo, los ojos también humedecidos por la emoción—. La orden de liberarlos llegará de un momento a otro. Tengan paciencia y no abandonen sus celdas.

La solicitud pronto adoptó un segundo significado: se quería evitar, a toda costa, mezclar a los presos antiguos, los aristócratas y los pocos opositores de izquierda que aún quedaban en pie, con los nuevos, los fascistas a los que se había empezado a dar caza.

Marcell, el veterano, que llevaba desde marzo contando los días y las noches, se tiró al cuello de Jonatán para contemplar aquella procesión macabra, patética, que se desplegaba ante sus ojos.

—¿Lo ves o no lo ves, inglés? ¡Que al fin ha llegado el momento del que tanto hablabas! ¡Que esos hijos de puta van a ser los que estén aquí, en lugar de nosotros!

Y a Jonatán, que se había obligado a no tener esperanza hasta saborear las primeras gotas de champán, no le quedó otro remedio que apoyar la frente en el hombro de Marcell para contener un llanto que se negaba a exteriorizar. No pensaba en el agua cálida de las termas ni en las *crêpes* del Gundel, que no probaba desde antes de

la guerra, sino en los padres de Dinah. Iría a buscarlos enseguida, si seguían con vida y en Budapest, y les contaría todo sobre su hija, sobre su misión, sobre su amistad, sobre cómo la había salvado en más de una ocasión, todo. Después se reuniría con su propia madre, le pediría perdón de rodillas, la abrazaría aun sabiendo que esa dulzura no sanaría los años de separación ni la ausencia de Sándor. Regresaría a casa de Ádám… ¿Podría reconocerlo, siquiera, en aquella carne machacada y amoratada, con la nariz y el pómulo derecho rotos como los tenía?

Los minutos se convirtieron en horas. El cielo, recortado en la ventana de la celda, pasó del azul a un rosa avioletado, como si él mismo hubiese sido víctima de un golpe a traición. Después, la oscuridad. Anochecía sin que hubiesen catado aún el pollo asado, los panecillos blancos ni el buen vino de Eger.

El guardia les entregó la cena (la de siempre, más que escasa, que en lugar de engañar al hambre lo animaba) sin pronunciar palabra. Por mucho que ellos golpeasen las puertas y los barrotes, nada cambiaba. Sumidos en un silencio incierto, cada vez más espeso, no les daban otra opción que esperar.

—Total, el Gundel está siempre de bote en bote… —musitaba Marcell mientras masticaba el mendrugo que debían compartir—. Y el Ritz, de tanto servir a los alemanes, ya no sabrá ni lo que es la comida de verdad. Tú no te preocupes, inglés, que mañana sí que volvemos a casa, tú a la mía, y mi mujer nos va a preparar un *goulash*… ¡Madre mía, qué *goulash*! Para chuparse los dedos va a estar. Y después…

Continuó hablando, con cada vez menos excitación, hasta que su voz enmudeció entre el sorber de la sopa, los pasos de los captores

y el ulular del viento en la calle que, una jornada más, no pisarían.

En la noche fatal, los prisioneros se despertaron, uno por uno, con una comparsa de ruidos sospechosos: explosiones, disparos, metralletas que rugían cada vez más cerca. Jonatán se levantó del catre como un resorte. Nadie hablaba, no se atrevían. Todos contenían la respiración en busca de un indicio, por pequeño que fuese, que les permitiese comprender qué ocurría.

Como un embrujo, les llegaron retazos de las conversaciones de los guardias con sus reemplazos, palabras aisladas que, más que apaciguarlos, alimentaban su pánico: «Han tomado los puentes…».

—¿Pero quiénes? —siseó Marcell—. ¿Los alemanes, los húngaros, los rusos…?

Jonatán le chistó, atento a la sinfonía de sonidos infernales. Un motor zumbaba en el patio. En los pasillos, negros a causa de la penumbra, reverberaban las suelas de unas botas que apuraban el ritmo. Con un chirrido, la puerta de una celda se abrió. Una cascada de frases fragmentadas, incomprensibles, que bien podrían pertenecer al arameo, al griego antiguo o a alguna lengua perdida en la inmensidad de la historia.

¿Habían comenzado a liberar a los presos? ¿Llegaría ya su turno?

Más disparos. Antes de que Jonatán pudiese identificar el tipo de arma al que pertenecían, otro ruido se alzó sobre todos los demás: el redoble de los tanques sobre la calzada. Una jauría.

—¿Habrán llegado ya los rusos? —se aventuró a susurrar el tercer compañero, un viejo profesor de Filosofía que llevaba en la prisión de la calle Margit desde agosto.

Nadie le respondió de inmediato. Los tanques tomaban la ciudad sin que los recibiera ataque alguno; el resto de los sonidos de guerra

habían muerto con su presencia.

—Si fuesen rusos, los habrían atacado y ellos se habrían defendido… —susurró Jonatán.

El silencio les curvó la espalda. Aguardaron mientras roían las sobras de pan duro y la precariedad de una condena que no llegaba a su fin. En su agonía, les parecía que les habían aflojado la soga que llevaban al cuello solo para apretársela una vez más.

—Han liberado al capitán de la treinta y dos —le indicó un guardia al otro.

Los prisioneros, derrotados y avasallados, regresaron a sus literas. Porque el capitán de la treinta y dos era uno de los hombres que habían llevado aquella misma tarde, un fascista al que habían arrestado en plena calle tras anunciarse el armisticio. Aquella era la confirmación: los tanques no pertenecían al Ejército Rojo, sino a los alemanes o al partido nazi húngaro, la Cruz Flechada. Nadie iría a por ellos excepto para llevarlos a rastras al interrogatorio. Estaban solos, acuchillados por su propia esperanza.

Asomada a las ventanas de Villa Batthyány, Erika veía los tanques desfilar en dirección al barrio del castillo por segunda vez aquel año. Bajo el firmamento azul cobalto, las milicias de la Cruz Flechada que avanzaban, orgullosas, junto a los Tiger II, parecían espectros de un futuro que se les echaba encima y contra el que, por miedo o terquedad, no habían hecho nada.

—Sal de la ventana, bonita —le pidió su madre.

No obedeció. Con la frente apoyada en el cristal, observaba aquella procesión que no tenía fin, que humillaba a cada paso.

Habían firmado una alianza con el Eje y sacrificado a sus jóvenes en su guerra; se habían dejado ocupar sin tomar las armas y aquella era la recompensa: su gobierno estaba siendo derrocado y reemplazado por fanáticos de la peor categoría.

—Viejo irresponsable —musitó—. Esto es lo que ha conseguido Horthy con su galantería. Anunció a los ocupantes su plan de armisticio y ahora…

No continuó. Las manos de su hermano, gélidas, la abrazaron por detrás y la apartaron de la ventana. Con un movimiento preciso, y mientras Ádám la sentaba en el sofá, el padre corrió las cortinas de terciopelo esmeralda.

—Mañana mismo dejo el hospital —insistía ella. Su voz sonaba hueca, como si proviniese del interior de una piscina muy profunda —. Tarde o temprano vendrán los rusos y antes me cortaría una mano que salvar la vida a uno de estos traidores.

—Me parece apropiado —dijo Ádám mientras le colocaba una copa de coñac entre los dedos.

La muchacha frunció el cejo.

—¿Acaso tenemos algo que celebrar?

—Nada que celebrar y mucho por lo que emborracharnos. Nadie debería observar la caída de su propia civilización sobrio. Yo, desde luego, no te lo voy a permitir.

Tras los bombardeos de septiembre, él mismo había accedido, tras un gran esfuerzo por parte de su madre, a regresar a Buda hasta que la situación se calmase. En ese momento le parecía una broma cruel del destino; de creer en un dios, este lo habría colocado justo allí, en primera fila, para ser testigo privilegiado de la última estocada a su país.

Conocía muy bien la Cruz Flechada. En el frente, sus miembros se ofrecían voluntarios a custodiar a los judíos y los opositores políticos del batallón disciplinario; eran ellos los torturadores, los maniacos que no ahogaban la ingratitud de su propia patria en el Unicum[40] como todos los demás, sino en la constante vejación y anulación del otro. Les habían abierto la puerta de par en par. ¿Qué había hecho él para detener aquel desenlace obvio? Sus victorias con los *jalutzim* se agriaban, pírricas, en el paladar; el grupito de resistencia que le ocultaban a Erika no había abandonado aún el territorio de lo ideológico y lo intelectual. Estaba cosechando los frutos que con su inactividad había plantado y ningún tipo de estupor se lo haría olvidar.

—Mañana iré a visitar a la señora Rozenfeld —dijo, en cuanto el matrimonio abandonó la sala—. Los Cruces Flechadas no solo son fanáticos, son unos antisemitas redomados y no quiero ni imaginar de lo que son capaces ahora que tienen el poder en las manos. Si se enteran de que es judía… —Chascó la lengua—. Si vuelvo al piso de la plaza Szabadság, podría hacerla pasar por un miembro del servicio.

—Madre no lo va a entender, cree que no estás lo suficientemente sano para vivir tú solo en Pest. —Bebió la copa de un trago. Antes de que pudiese posarla sobre la mesa, su hermano ya le estaba sirviendo otra—. Deja que vaya contigo. Así también tengo una excusa para abandonar el hospital, puedo decir que me quedo a cuidar de ti.

Ádám le sonrió.

—Es un trabajo a tiempo completo, ¿eh? Muy bien, como quieras. De todos modos, ante el avance soviético todos estaremos más

seguros en Pest.

—¿Por qué?

—El terreno. Pest es plano, y Buda, una sucesión de colinas escarpadas. Si asedian la ciudad, lo más probable es que revienten los puentes para cortar la comunicación de un lado con otro. En Buda, debido a su orografía, la ofensiva se alargará. Si no me equivoco, este será el último bastión de resistencia de la capital.

Dio un sorbo. En sus labios, el alcohol tenía ecos amargos de los que no lograba deshacerse. La plaza Szabadság era el último lugar en el que había visto a Jonatán y quería creerse la nota que había quemado tras leerla, pero en noches como aquella se le atenazaban los músculos a causa de la incertidumbre.

XIII

Ángel Sanz Briz,
encargado de negocios en Budapest
Al ministro de Asuntos Exteriores Lequerica

Budapest, 16 de octubre de 1944

La semana anterior al 15 de octubre puede describirse como un periodo muy especial y trascendental en la vida política de Hungría. El regente, de común acuerdo con los miembros de su gobierno, llegó a la conclusión de que Alemania había perdido la guerra, hasta tal punto que cualquier esfuerzo adicional podía considerarse inútil y no serviría para otro propósito que derramar sangre innecesariamente. En estas circunstancias, decidió abandonar la lucha. Como resultado, Alemania, de acuerdo con la Cruz Flechada, inició una enérgica campaña contra el gobierno en funciones. Un gran número de aviones sobrevolaron la capital y en varias ocasiones se lanzaron millones de panfletos, lo que agitó a las masas.

Por ese motivo, el gobierno se vio obligado a entablar negociaciones con la Unión Soviética y solicitar un armisticio. Horthy explicó esta situación en un discurso radiofónico transmitido el 15 de octubre. Para impedir que este armisticio entrase en vigor, la tarde del mismo día de ayer, un grupo armado y preparado de Cruces Flechadas, apoyado por las fuerzas alemanas en Budapest, rodeó el palacio real, capturó al propio regente y tomó el poder.

Hoy, 16 de octubre, Ferenc Szálasi, líder de las Cruces Flechadas, ha dirigido un llamamiento a la nación en armas. En él, ha declarado que el regente había roto su juramento a la nación y él mismo, Szálasi, se había visto obligado a tomar el poder. Szálasi ha continuado agradeciendo a Hitler la ayuda que había prestado a Hungría en los momentos más difíciles, prueba, para él, del objetivo único del Führer: que todos los pueblos de Europa disfruten de los beneficios de

la comunidad nacionalsocialista.

Al mismo tiempo, se ha publicado un documento en el que el regente anunciaba su dimisión, renunciando a su cargo y a todos sus derechos, y encomendando a Szálasi la tarea de formar gobierno. Tengo la impresión de que esta declaración de Horthy es falsa o, en todo caso, ha sido obtenida bajo coacción o presión.

Se ha formado el gobierno con tres miembros del anterior, y el resto de los cargos han sido ocupados por militantes de la Cruz Flechada. El nuevo ministro de Religión y Educación, Ferenc Rajniss, ha sido el primero en pronunciarse: «Es deber fundamental de la nación apoyar al gobierno y luchar, junto a sus aliados, en una guerra total. El Reich garantizará que Hungría pueda continuar la guerra».

Luego, el gobierno se ha dirigido a la nación con la siguiente proclama: «El estado de emergencia en que se encuentra la nación húngara, la triste situación de la clase trabajadora, la imposibilidad de resolver los problemas sociales y la incapacidad de los anteriores líderes del país para luchar de manera eficaz por la victoria han hecho necesarios los cambios que ahora se han producido. Hemos decidido movilizar totalmente las fuerzas de la nación, eliminar de raíz el antiguo sistema y establecer un orden político, social y económico nacionalsocialista húngaro».

Su base en política interna son los principios del movimiento hungarista: solidaridad nacional y justicia social. En política exterior, se posiciona a favor del Acuerdo Tripartito. En el mencionado plan, se añade que su deber más importante es implicar al país en la guerra total y hacer todo lo posible en los ámbitos político, económico y social para lograr la victoria del bando tripartito.

El ministro de Justicia será responsable de emitir leyes y reglamentos apropiados en las circunstancias actuales, además de resolver la cuestión judía. El ministro sin cartera para la Economía Nacional se encargará de poner a los campesinos, obreros, mujeres, jóvenes e intelectuales al servicio de la guerra.

Estos son, a grandes rasgos, los nuevos principios en los que el gobierno de Szálasi fundamenta su existencia.

Sanz Briz tomó aire tras redactar ese despacho, uno de los más urgentes de cuantos había escrito en toda su carrera diplomática. Sin releerlo, lo dejó sobre la mesa para que la canciller lo enviase a

su regreso. Tras la breve felicidad del día anterior, aquella mujer resuelta, valiente en su serenidad, no había permitido que le temblasen las rodillas ante la amenaza que el golpe de estado suponía para su pueblo. Antes incluso de que Ángel pudiese dar órdenes al respecto, se ofreció voluntaria a trasladar los archivos de la legación a Viena, según las instrucciones de Madrid, en previsión de lo que pudiese pasar con la Cruz Flechada en el poder.

—A mí, que soy mujer y francesa, no creo que me molesten en la frontera, sobre todo si voy en el coche diplomático y llevo encima los documentos de protección que me expidió, don Ángel —había explicado, y solo su voz, al romperse, permitía adivinar el temor que la devoraba—. Si me piden los papeles y presento mi pasaporte francés, es posible que ni siquiera se den cuenta de que soy judía.

La estrella amarilla que llevaba al pecho no dejaba dudas al respecto. Si quería llegar a Austria sin contratiempos, aun con la inmunidad diplomática española, le convenía ignorar las leyes y quitársela. ¿Qué otra opción tenían? Sanz Briz era la única representación diplomática en el país, ¿cómo iba a abandonarlo, aunque fuese por una noche, en aquel momento de caos? El resto de los empleados, tan judíos como ella, habrían corrido un riesgo mayor; siendo varones, pendía aún sobre ellos la amenaza de los transportes y de los trabajos forzados.

—Muy bien —accedió Sanz Briz, tras una pausa sombría—, pero llévese consigo las instrucciones que hemos recibido del ministro Lequerica y un documento, firmado por mí mismo, que le prepararé enseguida.

Mientras lo disponía todo y la canciller tomaba las cajas de papeleo que debían salvaguardar, recibieron un telegrama de

España. Las palabras, alejadas por completo de la situación política que embarraba lo demás, se enquistaron en el corazón de Sanz Briz. Mientras los tanques tomaban Budapest, en Madrid Adela daba a luz a una niña a la que quería bautizar con el nombre de Paloma.

Paloma, que traía la paz que su padre no cataría. Paloma, luna de su firmamento, faro de sus días, un rostro que aún no conocía y una piel que permanecería hambrienta de las caricias del progenitor. Si estuviese en su mano, atravesaría todas las fronteras y sus frentes solo para besarla y decirle que era suya, que la quería aunque no pudiese acunarla ni dormirla entre sus brazos.

Al día siguiente, mientras aguardaba a madame Tournée y observaba los cambios que se sucedían en la calle, aún pensaba en ella. Al no haber recibido fotografía alguna, se la imaginaba como Adelita al nacer, pequeña y delicada.

—Don Ángel, el señor Komoly ha venido y le gustaría hablar con usted. ¿Le hago pasar?

Desde el umbral, el rostro del abogado Farkas, cuyo aspecto daba testimonio de las horas de sueño robado, lo arrancó de cuajo de sus turbaciones. Asintió.

—No dispongo de mucho tiempo, pero sí, por favor. Con la que está cayendo, no quisiera mandarlo a casa con las manos vacías.

El representante del Consejo Judío no había cambiado mucho desde la última vez que Sanz Briz lo había tenido frente a él allí mismo. Su enjuto cuerpo se veía más delgado, quizá; el otoño y las preocupaciones robaban el color a la tez antaño bronceada, y en torno a sus ojos oscuros se evidenciaban unas arrugas que ya todos exhibían. Al tomar asiento, su disposición fue firme, decidida, la de

un hombre que se asoma al borde de un barranco sin tener ya fuerzas ni para el temor.

—Muchas gracias por recibirme en el que promete ser un día muy intenso, don Ángel.

—No podía dejar de hacerlo, señor Komoly. Lamento no poder dedicarle mucho tiempo; en cosa de media hora tengo que partir. Me he citado con *monsignore* Rotta en la nunciatura y no me gustaría llegar tarde. Me imagino que sus motivos para visitarme no son otros que los sucesos del día de ayer.

El hombre movió la cabeza de manera afirmativa. Las manos, que no lograba mantener inertes sobre las rodillas, traicionaban los nervios que iban ganando terreno temblor a temblor.

—De eso mismo, sí. Como se imaginará, el nuevo gobierno supone para mi comunidad una amenaza tan grande como las deportaciones. Los que más y los que menos hemos sido víctimas o testigos de los crímenes de carácter antisemita de miembros individuales de la Cruz Flechada. Que ostenten ahora el poder…, tememos las redadas que sus milicias puedan organizar, sobre todo cuando tanto nuestras residencias como nosotros mismos estamos marcados y pueden encontrarnos fácilmente.

—Han llegado a mis oídos también noticias de esos ataques y comparto su temor de que a partir de este momento puedan convertirse en la orden del día. Como le he dicho, esta misma tarde me reuniré con el nuncio; desde hace un par de meses, la situación inhumana por la que está pasando su pueblo es un tema recurrente en nuestras conversaciones.

Mientras hablaba, sacó del primer cajón del escritorio el pasaporte que le habían extendido a un sefardí que, por la arbitrariedad más

cruel, no había tenido ocasión de recogerlo antes de ser deportado. Con el cuidado y el mimo que un coleccionista de volúmenes antiguos desplegaría al mostrarle a un colega de profesión su bien más preciado, lo puso sobre la mesa, abierto.

—Este documento otorga la protección de España, un país cuyo reconocimiento desea el nuevo gobierno. A la luz de los nuevos avances, y del riesgo real al que se enfrenta su comunidad, me gustaría proveer al mayor número posible de personas de papeles como este. Sé que usted, a través de la Cruz Roja Internacional, está en contacto con el representante de la embajada de Suiza…

Komoly apenas levantó la vista. Con el índice, extendido, recorría el contorno de aquel documento, tan pequeño que podía esconderse entre dos manos cerradas, pero capaz de salvar una vida.

—El señor Carl Lutz, sí…, toda la comunidad judía de Budapest le está muy agradecida. Sus esfuerzos por velar por nosotros…, bueno, me figuro que usted está al corriente.

—Lo estoy —le aseguró Sanz Briz—, tanto que me gustaría replicar el trabajo tan importante que está llevando a cabo.

—Eso lo honra, pero mucho me temo que los sefardíes de Budapest… o ya no existen o ya se han beneficiado de pasaportes como el que tengo entre las manos.

Ángel afiló los labios. Al verbalizarla, aquella idea que llevaba tomando forma en su cabeza adoptaba las proporciones de un gólem que lo engullía todo a su paso y no se saciaba, pues su hambre era antiquísima. Ya consentía que Farkas, a espaldas de Madrid, se refugiase en el interior de la embajada. ¿Qué importancia tenía entonces otro engaño más, otro pedir perdón antes que

permiso, cuando eran miles las vidas las que se agolpaban contra el paredón?

—Tiene usted razón en que un pasaporte, que identifica a quien lo porte como español, yo solo podría extendérselo a un sefardí —tanteó—. Siguiendo los pasos de mi compañero Lutz, sin embargo, me gustaría extender un *Schutz-Pass*, un documento que lleve mi firma y el sello de esta legación, y que garantice inmunidad diplomática. Confío en usted para hacer correr la voz. Exceptuando a mis propios empleados, no tengo apenas contactos en la comunidad judía de la capital. Haga un llamamiento general, que se presente quien lo necesite con su identificación y con su libro de familia; si tienen algo que los ligue con España, mejor, si no… —Inspiró—. Esa será una batalla que tengamos que librar más tarde. Lo importante ahora es salvar vidas humanas.

XIV

El teléfono del piso de la plaza Szabadság sonaba a todas horas. Jenő Nagy a Ádám Farkas, János Kiss a Ádám Farkas. Pál Széchenyi y János Messik estaban organizando una merienda en el apartamento del primero y querían invitarlo.

—Una reunión de caballeros, por supuesto.

—Faltaría más.

Para evitar discusiones, se evadió durante uno de los turnos de Erika en el hospital de la Cruz Roja, porque ella podía hacer muchas cosas, pero quedarse mano sobre mano no. Su determinación la había empujado a abandonar el centro militar en el que se había formado y que le había servido de tapadera durante tantos meses, pero había bastado una sola semana en casa para arrojarla de lleno a un nuevo cometido. Ádám casi agradecía aquella nueva actividad; en el hospital, en el que los judíos y los proletarios se hacinaban noche tras noche, había tanto por hacer que a su hermana no le quedaba tiempo ni de sospechar de sus reuniones.

Poseía menos recursos para luchar contra la mirada de la señora Rozenfeld, que tanto se parecía a la de Jonatán. A ella se limitaba a sonreírle y pedirle que confiase en él, que sabía lo que se hacía y que, de todas maneras, dónde iba a estar él más seguro que al lado de viejos compañeros de armas.

En la residencia de Pál Széchenyi, no muy lejos de la suya, el gran dios al que rezaban era la radio a pilas, marca Crown, que el aristócrata se había traído directamente de un viaje a Inglaterra. Sintonizaban a todas horas Radio Kossuth y la emisión húngara de Radio Moscú; la BBC solo cuando, en un arranque de sobriedad, no querían abandonarse del todo al optimismo.

La importancia de cada reunión se adivinaba enseguida al conocer la lista de asistentes. Si Iván Boldizsár (siempre clandestino, siempre disfrazado, siempre mirando a un lado y a otro como si temiese una delación) estaba sentado a la mesa, se trataba de una velada de importancia máxima. Por ningún otro motivo se atrevería el resto de los camaradas a hacerlo llamar, a sacarlo del escondite en el que contaba los días para la paz, para la victoria roja, para volver a pasear por las calles de Budapest de la mano de su esposa y de su hijo sin temer por su vida. Y Ádám siempre lo abrazaba como la primera vez, con ahínco, hasta contarle todas las costillas y todas las vértebras, como se demuestran el cariño y el respeto aquellos que miraron la muerte juntos y no se pusieron de rodillas.

—¡Pero qué flaco te veo, Iván, amigo mío!

El compañero le dio dos sonoras palmadas en la espalda mientras los demás, que ya habían cerrado puertas y ventanas, desplegaban un mapa de la ciudad sobre la mesa.

—Anda que tú, condesito…, quién te ha visto y quién te ve, que como adelgaces más te vas a quedar como el papel de fumar.

—Es que últimamente tengo una indigestión…, la misma que sufrimos todos, me imagino, que es peor que un cáncer terminal.

—Tan malo no va a ser, si se trata a tiempo —terció Vilmos Tartsay, el viejo húsar, que ya se inclinaba ante aquella

representación a pequeña escala de la capital—. Para eso mismo os hemos convocado, para arrancar de raíz el tumor que ha enfermado a nuestro país y que, por desatenderlo, ha creado una metástasis ponzoñosa.

Atragantados por la emoción, atropellándose unos a otros, expusieron la naturaleza de aquella asamblea, el verdadero quid de la cuestión: había llegado el momento de pasar de la resistencia intelectual a la verdadera lucha armada. Los soviéticos estaban a menos de ciento cincuenta kilómetros de las fronteras administrativas de Budapest; cuando sitiasen la ciudad, que lo harían, se hallarían en un estado de clara desventaja, como les había ocurrido a sus enemigos en Leningrado: no conocían los entresijos de la disposición urbana tan bien como los defensores. Las milicias de la Cruz Flechada eran conscientes de cada punto estratégico, de cada escondite; en aquellos momentos, sin duda, se estaban preparando para un combate urbano que no beneficiaría al Ejército Rojo.

—Nuestro objetivo es derrocar a la Cruz Flechada y limpiar el país de alemanes de una vez —explicó Messik. El rostro juvenil, casi de duendecillo, se iluminaba con cada sonido que pronunciaba—. Para eso, la colaboración con el Ejército Soviético es crucial; de ellos dependerá una victoria que, como aquí Boldizsár y el conde pueden atestiguar, han ido ganando metro a metro. Nuestro deber es auxiliarlos mediante un alzamiento en armas, un esfuerzo conjunto de unidades militares insurgentes y grupos de obreros armados.

El grueso coronel Jenő Nagy, el más viejo de los asistentes, se levantó para colocarse junto a Messik. De papada pronunciada, ojos hundidos y calva incipiente, daba más la impresión de ser un

virtuoso de la ópera que un militar de su categoría; solo la postura, rectísima, y la bravura con la que observaba el mapa revelaban su pasado castrense.

—Tenemos experiencia, contactos y acceso a las armas. El tiempo es lo que se nos agota, pero si nos organizamos bien podemos formar un nuevo ejército con soldados insurgentes, partisanos y grupos obreros. Continuaremos la lucha contra los alemanes al lado de la Unión Soviética.

—Que quizá tenga a algunos húngaros entre sus filas —siseó Ádám.

—¿Prisioneros de guerra? —inquirió Boldizsár—. Durante el repliegue hubo muchos desertores, pero, entre nosotros, no creo que debamos guardar esperanzas de que hayan recibido un tratamiento ejemplar y mucho menos que les hayan permitido integrarse a las filas del Ejército Rojo.

—Sí, y no se lo reprocho. Nosotros tampoco nos habríamos fiado de un bolche que quisiese cambiar de bando. No pensaba en ellos, sino en los batallones disciplinarios. Judíos, opositores políticos…, sé que muchos, hartos de sufrir torturas a manos de sus sargentos, se aventuraron a desertar y entregarse a los rojos. —Torció el gesto—. Los judíos tienen un idioma en común y algunos de los políticos, por su militancia o por haber sido brigadistas en España, chapurreaban el ruso. Eso tiene que contar.

Los compañeros intercambiaron una mirada. Vilmos Tartsay, de semblante afable, rostro alargado y bigote oscuro y frondoso, accedió a darle la razón. Lo primordial, de momento, era movilizarse y conseguir todos los apoyos posibles. Con una tiza, el anfitrión dividió el mapa de la ciudad en cuatro partes, una anatomía casi

perfecta que debían repartirse. Reclutarían a sus contactos de izquierda, a los conocidos que hubiesen expresado sentimientos antigermanos, a los viejos camaradas que hubiesen colgado los uniformes ante el viraje del país o que hubiesen regresado del frente odiando más a los alemanes, que los habían arrastrado a la guerra, que a los soviéticos contra los que combatían.

Barajaron el nombre de Endre Bajcsy-Zsilinszky, fundador del Partido Nacional Radical y editor del antiguo diario antinazi *Szabad Szó*. Por su ideología, que lo había llevado a organizar la protesta antigermana del 15 de marzo, lo habían arrestado tras la ocupación y, según se rumoreaba, no pensaba desaprovechar su recién adquirida libertad.

—¿Todavía estás en contacto con alguien del grupo de los martes en casa de tu prima Klára? —le preguntó Pál Széchenyi a Ádám.

—Casi nadie excepto tú y mi hermana, a la que prefiero no implicar en nada, pero todavía tengo algunos amigos que volvieron del Don con el mismo hartazgo que yo. Messik y tú habréis hecho contactos en el cuartel…

—Por los medios habituales: comentarios un poco subidos de tono y a ver quién pica el anzuelo. ¿Iván…?

—Estoy en contacto con algunos de los líderes sindicales que organizaron huelgas durante el verano. Puedo tantear el terreno.

Comunistas, socialistas, socialdemócratas o legitimistas, la ideología no importaba ante la magnitud de la operación que comenzaban a visualizar. Una Hungría suya, libre, del pueblo y para el pueblo; una Hungría que olvidase el yugo fascista, que renaciese de aquellas cenizas yermas. Vigilarían fábricas, vías férreas y zonas

que pudieran bloquearse de ser necesario, cada uno en su zona asignada.

En la euforia del plan compartido, entre los chinchín del vino Tokaj que Széchenyi había descorchado, casi podían saborear aquella victoria imposible, aquel triunfo con el que habían soñado sin llegar a creérselo.

XV

Ottó Komoly había hecho correr la voz, vaya si había corrido. En pocos días, no quedaba baldosa de la calle Eötvös que no pisasen aquellas personas que esperaban, todas ellas vestidas de punta en blanco, los hombres con sus mejores trajes (los que reservaban para bodas y funerales) y las mujeres con sus dos piezas y unos sombreros que no se ponían casi nunca, tan elegantes y tan dignas que la estrella amarilla que llevaban en el pecho parecía de lejos un broche coqueto más. Esa era la cuestión, la elegancia y la dignidad, porque los Cruces Flechadas podían escupirles por la calle, detenerlos sin motivo (ya no hacían falta los motivos) o sacarlos de su casa a la fuerza por pura diversión, pero la dignidad no la perdían aunque fuesen a aquella embajada a rogar por sus propias vidas.

Dentro, el caos era absoluto. Madame Tournée recibía las solicitudes y les recordaba a aquellas personas (tan parecidas a ella pero con mucha peor suerte) que no, que no podían reunirse con don Ángel, que si todo el mundo entrase al despacho a intercambiar un par de palabras el proceso se eternizaría y ni una décima parte recibiría aquellos papeles salvavidas. Paciencia, la paciencia como bálsamo que curaba hasta lo incurable. Mientras tanto, en el propio despacho, el abogado Farkas le traducía a Sanz Briz los libros de familia y los documentos de identidad para ayudarlo a decidir.

A un lado del escritorio, en una montaña pequeñita, casi imperceptible entre un desorden que antaño habría resultado inconcebible, las de los sefardíes; en la otra mitad, varias torres mucho más altas representaban de manera visual el resto de las solicitudes que habían recibido.

—Dios me perdone, Ángel, pero estamos perdiendo el tiempo —mascullaba mientras añadía otro documento a una de las pilas mayores—. Aquí apenas quedan sefardíes.

—Ganando tiempo —precisó Sanz Briz—. Extenderemos pasaportes españoles a los sefardíes y, al resto, *Schutz-Passes* que sigan el modelo suizo.

—Aunque los selle y los firme, esos documentos carecerán de valor legal, a no ser que el gobierno húngaro los reconozca, que todavía no lo ha hecho. Fuera de estas paredes, una entrada de cine o un recorte de periódico tendrá el mismo valor.

—Estamos ganando tiempo —insistió Sanz Briz—. He solicitado una reunión con el nuevo *gauleiter* de Budapest y no pienso salir de ella sin su autorización. España todavía no ha reconocido como legítimo el golpe de estado de Szálasi. Entre nosotros, dudo mucho que vaya a hacerlo, aunque nos conviene que el nuevo gobierno opine lo contrario. Tenga un poco de fe, hombre.

—Si fe no me falta, don Ángel, pero miedo tampoco. Mire cuántas personas se presentan aquí cada mañana, algunas de ellas tan desesperadas que si madame les da unas rebanadas de pan o un tarro de mermelada lo celebran como si de un pasaporte se tratase. Porque lo que tienen no es solo temor por sus vidas, sino también un hambre negra. ¿Y cómo no la van a tener, si apenas se les

permiten un par de horas al día para ir a la compra y sus cartillas no les dan ni para engañar al estómago?

Sanz Briz no respondió de inmediato. Se detuvo, sostenía un libro de familia entre dos dedos antes de depositarlo en la montaña más pequeña, tan inequívoco era el origen del apellido.

—Entonces, además de papel, tendremos que asegurarnos de que no bajen nuestras reservas de mermelada y de pan.

De Madrid todavía no había recibido autorización. Para extender los pasaportes se escudaba en el estado de emergencia nacional, en la dificultad de las comunicaciones con España, en el eterno pedir perdón antes que permiso y en que, una vez finalizada la guerra, a nadie le interesasen los detalles de sus actividades diplomáticas en Budapest. Pero Farkas no se equivocaba: para producir los *Schutz-Passes* necesitaba el beneplácito expreso del gobierno húngaro; de no ser así, estaría arriesgando mucho más que la carrera o la reputación.

—De momento, señor Farkas, la prioridad es expedir cuantos pasaportes españoles podamos, que ahí el gobierno húngaro no tiene nada que decir. Mientras, avanzaremos el trabajo de los *Schutz-Passes*, que expediremos pero no entregaremos a nadie hasta que el *gauleiter* dé su permiso, ¿lo comprende?

—Pues claro que lo comprendo, don Ángel…

Trabajaban día y noche, sin mirar el reloj más que para no acudir con demora a las citas, reconocían las horas por el color del cielo al otro lado de la ventana. Con el ajetreo, Sanz Briz se saltaba el toque de queda a la torera, consciente de que el vehículo de la embajada y su propia documentación conformaban el escudo más poderoso. Cuando el descaro resultaba mayúsculo, incluso para él, pernoctaba

en la misma legación en la que se refugiaban también los Farkas, los Tournée y algunos de los sefardíes a los que protegían, quienes pagaban su generosidad ayudando a tramitar las solicitudes de sus compatriotas. Un atrevimiento más, ¿qué importaba en la inmensidad de la guerra, en la retahíla de normas que ya se había saltado o que había interpretado según su propio parecer?

Cuando, a finales de octubre, le llegó un telegrama urgente en el que el ministro de Asuntos Exteriores Lequerica le ordenaba salvar a cuantos judíos pudiese en Budapest, tras tantos meses ignorando los despachos en los que él mismo le pedía autorización para hacerlo, a Sanz Briz casi le entraron las ganas de reír. Con todos los sefardíes de Budapest habían hablado ya; habían buscado hasta debajo de las piedras y aceptado como prueba de sangre cualquier lazo, por tenue que fuera, que uniese a aquellos infelices con España. ¡Y le daba el permiso en ese momento! Cuando se habían paralizado las deportaciones porque ya no hacían falta, ya que las propias milicias de la Cruz Flechada sacaban a los hebreos de sus casas y les asestaban un tiro por la espalda alegando una suerte de ley de fugas, cuando Szálasi se había hecho con el poder, cuando las personas por las que debía velar morían en el gueto de hambre y enfermedades que se podían prevenir, ¡justo en ese momento le daba permiso!

> El representante de Washington solicita, en nombre de un delegado del World Jewish Congress, que extendamos nuestra protección al mayor número posible de judíos perseguidos. Por favor, infórmeme de cómo podemos atender esta petición con la máxima benevolencia y humanidad, esforzándonos por encontrar soluciones prácticas para que esta legación sea lo más eficaz posible y se encargue, en primer lugar, de los sefardíes con nacionalidad española; en segundo lugar, de los de origen español y, por último, del mayor número posible

de otros israelitas.

Lequerica, que en Francia no había ocultado su antisemitismo, sino que se había regodeado en él, no actuaba iluminado por un arranque repentino de humanidad, sino por pragmatismo. Porque él, como Franco, sabía lo que solo los fanáticos de la Cruz Flechada se obligaban a ignorar: Alemania había perdido la guerra, no había vuelta de hoja, y, cuando se firmase la paz, aquel que no tuviese un asiento en la mesa de los aliados o se moriría de inanición o lo estrangularían hasta desaparecer.

A finales de 1944, el caudillo era muchas cosas, estratega la primera. Había comprendido, como Horthy, la máxima de Bismarck: «No sacrificarse en el altar de una alianza». Al contrario que el regente, ni su país aportaba ya utilidad geográfica alguna ni él iba a caer en la trampa noble de anunciar sus intenciones al Reich. Cada paso se daría entre bambalinas, con la mayor sutileza, porque de la Guerra Civil había aprendido algo: tan importante como conseguir la victoria es administrar después la paz.

Sanz Briz era consciente de todo aquello. Tras el enfado inicial, que consumió con el cigarrillo y la taza de café (café café, aún les quedaba), respondió al comunicado como habría hecho con cualquier otro. Porque en su profesión era indispensable saber aguantar el tipo, sí, pero ante todo porque también entendía que, para salvar una vida, en ocasiones no eran necesarias ni la simpatía ni la misericordia. El resultado sería el mismo y, en la marea de los años, ¿a quién iba a importarle?

A Lequerica, por tanto, le dio una lista de las solicitudes de sefardíes recibidas, dejando entender que procedía a aprobarlas y tramitarlas como si los pasaportes no llevasen ya semanas en manos

de sus dueños. Le recordó su reunión con el *gauleiter*, al que le presentaría un plan inspirado en los esfuerzos de salvación de *monsignore* Rotta y del embajador de Suiza, Carl Lutz: la preparación de *Schutz-Passes* que dotasen a quienes los portasen de inmunidad diplomática, aunque no de nacionalidad, y que permitiesen proteger a todos los miembros de una familia con un solo documento. De esa manera, explicó, el número de personas amparadas crecería de manera exponencial.

XVI

Giorgio Perlasca había regresado a Budapest en el peor o en el mejor momento posibles, según se mirase. Meses atrás, cuando la había abandonado, aunque herida de muerte, la ciudad todavía se mostraba orgullosa, incapaz de asumir la magnitud del golpe recibido; los vecinos aún llenaban los cabarets y las cafeterías, había que comprar las entradas de la ópera con semanas de antelación y en las calles se respiraba la atmósfera insurrecta, casi altiva, de los que se ríen con gusto de sus desgracias. Las bombas habían cambiado por completo la disposición de la capital; en los restaurantes y en los destartalados bares se colgaban los carteles de cerrado por el motivo más simple de todos: no había género suficiente para alimentar a la clientela.

Pest era un campo de estrellas amarillas. Estrellas en los pechos, en las puertas de los edificios, estrellas que apartaban y condenaban. Eran los judíos los que trabajaban la tierra, los que levantaban los escombros, los que reparaban las carreteras. Y eran los judíos los que recibían las palizas de las milicias de la Cruz Flechada mientras los demás, por miedo o por vergüenza, bajaban la cabeza para no mirar.

De la Cruz Flechada, Perlasca sabía lo suficiente. A su regreso a la capital, apenas pasó dos noches en la pensión antes de caer

fulminado por una gastroenteritis galopante. Mientras los tanques tomaban el barrio del castillo, mientras la resistencia pasaba de celebrar el armisticio en las plazas a volver a sus escondites, mientras las gentes aguardaban noticias con los oídos pegados a la radio, él creía delirar de fiebre desde su cama en el sanatorio Pajor. Porque no podía ser verdad, no podía tener tan mala suerte de estar tan cerca de recibir documentación española y acabar en el ojo del huracán con un permiso de quince días como única garantía.

A la mañana siguiente, hidratado y con las fuerzas renovadas, no tuvo otro remedio que admitir la precariedad de su situación: la Cruz Flechada había tomado el poder y eso a él, un italiano que había roto con su antigua ideología y rechazado a Mussolini, no le convenía. Alargó la convalecencia cuanto pudo, alegando uno y mil achaques, recurriendo a trucos infantiles como había hecho en sus años mozos para faltar a la escuela. Hasta el termómetro llegó a introducir en la infusión, aprovechando un despiste de las enfermeras, para falsear una fiebre que echaba de menos porque fuera, en la calle, la Cruz Flechada estaba cancelando permisos y arrestando a cualquier ciudadano extranjero sin un pasaporte en regla.

Se quedó en el sanatorio hasta exprimir del todo esas dos semanas de libertad que Sanz Briz le había conseguido. Al término, y temiendo que le diesen el alta para mandarlo directo a comisaría, deambuló hasta alcanzar la embajada española.

En los últimos meses, también la legación había cambiado. Para acceder a ella tuvo que serpentear entre la hilera de personas que esperaban (todas con el distintivo color canario). Una vez dentro,

hubo de insistir a la canciller, que todavía se acordaba de él, para que lo llevase ante Sanz Briz.

—Es un asunto muy delicado, se lo aseguro. Don Ángel está al tanto.

De haberse visto en la tesitura de tener que dibujar de memoria a un italiano estereotípico, el garabato de Sanz Briz no habría distado mucho del aspecto real de Giorgio Perlasca. Alto, delgado, moreno y algo desgarbado, con el pelo castaño untado con brillantina y peinado hacia atrás, muy a la moda. Los ojos, azules y tan brillantes que parecían reflejar la luz, se curvaban ligeramente hacia abajo, una característica que hacían resaltar las cejas, frondosas y algo bajas. El rostro bronceado de Perlasca, sin embargo, solo habría podido describirse como triste o melancólico en los raros momentos de quietud. Los movimientos del italiano eran grandes, casi calculados, como los de un actor, capaces de contagiar a su interlocutor de una alegría improbable incluso en situaciones peliagudas como aquella.

Al entrar, extendió los brazos hacia Ángel (quien no pudo evitar pensar que el traje estaba arrugado y caía de cualquier manera sobre los hombros de su invitado). Con voz grave, animada, exclamó:

—¡Don Ángel, amigo mío, benditos los ojos!

Sanz Briz se levantó para estrecharle la mano. Con una sonrisa, repuso:

—Veo que logró regresar a Budapest según lo previsto, aunque me temo que la situación política no sea la idónea.

—¡Tutéeme, por favor! Yo haré lo mismo, si me lo permite.

—¡Faltaría más! —Con el dorso de la mano, señaló la butaca frente al escritorio para que Perlasca tomase asiento—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me imagino que recuerdas el motivo que me trajo a esta misma legación en dos ocasiones, cuando don Miguel Ángel se sentaba en este mismo despacho.

La sonrisa tembló en el rostro de Sanz Briz.

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Pues aquí me tienes otra vez, solicitando un pasaporte español en deferencia a las promesas que se me hicieron en su momento tras la victoria del generalísimo Franco. Mira, yo sé que estas cosas tienen sus normas y que tú no puedes darme un pasaporte español por las buenas, como si yo en lugar de en Como hubiese nacido en, no sé, Sevilla o Valladolid, pero es que temo por mi vida. Ya ves cómo son esos canallas, que detienen a uno tan alegremente en la calle por mucho menos, y yo, con mi aspecto, y dado que el húngaro apenas lo chapurreo…

Sanz Briz parpadeó mientras procesaba aquella retahíla de palabras en la que no habría podido meter baza, ni queriendo, pues las frases de Perlasca, desconcertantes, se amontonaban unas sobre otras como un castillo de naipes que, por su propio peso, se derrumbaba. Tomó aire para responderle, pero el italiano, cada vez más nervioso, se le adelantó.

—¡Que me dan matarile, hombre! Si nuestros países son primos, como quien dice, te lo pido de mediterráneo a mediterráneo. Entiendo que tu gobierno habrá tenido sus motivos para denegar mis dos solicitudes anteriores, pero estarás de acuerdo conmigo en que la situación es ahora incluso más peliaguda que entonces. Yo, a

cambio…, estaré en deuda eterna contigo. Cualquier cosa que me pidas, la haré.

Habría continuado, entre jadeos, envuelto en unos sudores que ya poco o nada tenían que ver con la fiebre, si el propio Sanz Briz no se lo hubiese impedido al colocar las manos sobre él para apaciguarlo.

—Calma, hombre, calma. Comprendo…, comprendo muy bien los riesgos a los que te enfrentas y no me olvido del sacrificio que tú hiciste por mi país. De todos modos es cierto que, para extenderte un pasaporte ordinario, debería seguir ciertos trámites que…

—Es cuestión de vida o muerte, Ángel, por favor.

—Me hago cargo. Encontraré una solución, ¿de acuerdo? Espera aquí un momento mientras yo lo gestiono y respira hondo, por favor.

Se ausentó como dijo, y debió de advertir a madame Tournée del estado del italiano, pues ella enseguida le llevó una taza de café (del de verdad) para que recobrara fuerzas. En total, la espera no duró más de quince minutos, aunque a Perlasca, dado su estado de ansiedad, le parecieron muchos más. Mientras bebía y aguardaba, estaba atento a la sinfonía de sonidos que le llegaban desde el pasillo. Un coro de voces, muchas de ellas en húngaro, que por contexto y tras leer la desesperación que goteaba de cada palabra interpretó como gritos de auxilio. Y carteras que se abrían y hojas que se pasaban y una comparsa de *köszönöm*[41] que no tenía fin.

Cuando Sanz Briz regresó, con un pasaporte a nombre de «Jorge Perlasca, empleado de la embajada de España en Budapest», casi se arrodilló para besarle los pies.

—Esto debería ser suficiente —dijo Ángel, mientras le entregaba el documento—. ¿Tienes algún lugar en el que pasar la noche? En mi casa hay espacio suficiente para un invitado, de no ser así.

—Te lo agradezco, Ángel, pero no quiero abusar de tu generosidad, que ya me has salvado el pellejo. De momento, me hospedo en una buena pensión, pero tendré en cuenta tu oferta si mi suerte cambia a peor. —Bajó la voz—. Escucha, en confianza, y no me digas nada si no quieres, pero ¿qué está pasando aquí? ¿Quiénes son todas esas personas?

—Desesperados que buscan una mano amiga, nada más y nada menos.

Le contó la historia desde el principio. La insostenible situación de los judíos y sus quejas constantes a Madrid al respecto, la marcha de De Muguiro, los niños destinados a Tánger que aún aguardaban en el hospicio, el Informe de Auschwitz, los pasaportes para sefardíes, la autorización de Lequerica bajo presiones de Washington, su reunión con Veesenmayer el día siguiente. Toda la verdad, grotesca, perturbadora.

Para Perlasca, aquel horror transmitido de segunda mano constituía la continuación, terrible, de los crímenes que él ya había presenciado en su propia patria y que le habían hecho renegar de la ideología que un día había abrazado.

—Ahora ya sé cómo pagarte este favor tan grande que me has hecho —dijo, con el pasaporte en mano como un juramento.

Sanz Briz trató de despacharlo con un gesto.

—No te he ayudado pensando en una recompensa. No sientas que tienes ninguna deuda pendiente conmigo.

—No te lo tomes tú como una deuda, entonces, sino como una alianza. Cuando consigas la autorización de Veesenmayer, que sé que lo harás, necesitaréis toda la ayuda disponible para tramitar el aluvión de solicitudes que ya estáis recibiendo. Mira que con la Cruz

Flechada ya no cuentan los días, sino las horas; un golpe de mala suerte, un encontronazo inoportuno en la calle o una cogorza de las milicias que patrullan tu barrio y es el fin.

—Ya, si eso es precisamente lo que me preocupa, que vamos contrarreloj. Y como no consiga el visto bueno del Veesenmayer…

—Pues buscaremos otra manera. Lo importante es actuar y cuanto antes.

XVII

Algo grueso y no muy alto, con el pelo negro peinado hacia atrás y los ojos hundidos y penetrantes, Veesenmayer daba la impresión de haber llegado al despacho que en ese momento le pertenecía casi por casualidad. Desdeñoso por educación más que por ideología, no se entretuvo en ocultar el hartazgo que sentía al tener frente a él a otro diplomático neutral. Mejor ese joven español que el entusiasta Raoul Wallenberg, el banquero que representaba a Suecia y que había llegado a la capital magiar con tan solo una mochila de montañero encima; infinitamente mejor, también, que el *judenfreund* de Carl Lutz y el pomposo *monsignore* Rotta, que parecía olvidar que su misión era más espiritual que terrenal. Aun así, la guerra se le estaba haciendo muy larga, y de los judíos, el único tema que interesaba a las embajadas, no quería saber nada excepto que habían abandonado la ciudad.

—¿Qué estás haciendo aquí? —profirió, a modo de saludo.

No se molestó con unas fórmulas de cortesía que le parecían obsoletas, absurdas, que pertenecían a unos tiempos pasados que debían enterrar. La brusquedad ni asombró ni ofendió a Sanz Briz. Sin mutar su expresión (serena, afable), tomó asiento frente a él y, con exquisita tranquilidad, explicó:

—Una simple visita de cortesía. Puesto que yo soy la única representación de España en su país y usted es la máxima autoridad de Budapest, creí conveniente venir a rendirle mis respetos en persona y a asegurarle que estoy a su disposición para cualquier asunto que pueda gestionar en nombre de mi gobierno.

Veesenmayer se azoró. Más que de su tosquedad, se avergonzaba de su falta de tino, de su incapacidad de juzgar de manera correcta al hombre que clavaba los ojos grisáceos sobre él.

—Lamento haber sido un tanto abrupto, señor Sanz Briz, pero comprenda —había pasado del *du* al *Sie*; él mismo se había dado cuenta— que, hasta la fecha, todos los diplomáticos extranjeros que se han presentado ante mí lo han hecho para quejarse del trato que están recibiendo los judíos. ¡Los judíos! A ninguno se le ha pasado por la cabeza el sufrimiento de los húngaros de Transilvania y Besarabia tras la invasión soviética. Ni una palabra sobre esas personas a las que les han quitado todo, hasta lo puesto, y que ahora malviven en la más absoluta miseria. Pero de los judíos hay mucho que decir, faltaría más, porque hasta el papa de Roma se desvive más por ese pueblo impío que por las mujeres católicas a quienes los bolcheviques violan a su paso.

Tras un leve temblor como muestra de que lo estaba escuchando, el español, que no había interrumpido el contacto visual, aseveró:

—No ignoro el sufrimiento del pueblo magiar. Mi país, como usted sabe, conoce bien el miedo a los bolcheviques. No en vano, enviamos tropas voluntarias a combatir en el frente oriental junto a la Wehrmacht, por no mencionar el terror a las checas rojas que muchos sufrimos durante nuestra guerra. Le aseguro que, en este aspecto, tiene en España a una nación amiga y que la legación hará

cuanto esté en su mano para auxiliar de manera económica a los refugiados de las zonas ocupadas por los soviéticos.

Veesenmayer sonrió. Un cambio tenue, casi imperceptible para miradas ajenas, que suavizó la mueca que le tensaba el rostro.

—Celebro que todavía haya decencia en Europa y que su caudillo continúe siendo un bastión de la cruzada contra el bolchevismo.

—Y yo celebro el mutuo entendimiento. En deferencia a la simpatía que une a nuestras naciones, sin embargo, me veo obligado a tocar el tema de los judíos. Como usted bien sabe, una importante comunidad hebraica, la sefardí, es de origen español. Más aún, desde los tiempos de Primo de Rivera se los considera españoles de pleno derecho y, por tanto, también represento sus intereses…

De esa reunión, Sanz Briz había salido con las cuentas bancarias bastante más vacías, un estratégico aunque peligroso aliado y la autorización para proteger a cien judíos húngaros, bajo dos condiciones muy importantes: que partiesen hacia la península antes del día 15 y que España reconociese de manera oficial al nuevo gobierno húngaro.

—¿Cómo vamos a elegir a cien personas, que es una décima parte de las solicitudes que hemos recibido ya? —gimió Zoltán Farkas mientras se atusaba el cabello, ya despeinado.

Aquel era su pueblo aunque no rezasen al mismo dios. La lengua, aunque habituada al latín, todavía podía contorsionarse para pronunciar en hebreo las oraciones que recitaba en su juventud y las canciones en yidis que tarareaban sus abuelos. Incapaz de tomar

una decisión salomónica, fumaba un cigarrillo tras otro, sin esperar a que el primero se hubiese consumido. Sanz Briz, mientras tanto, lo observaba impertérrito.

—Pues sin elegir —le respondió—. Mira, para empezar, vamos a extender *Schutz-Passes* colectivos a familias enteras, siguiendo el modelo de la embajada suiza. Y por familias no entenderemos unidades domésticas, sino cualquier relación de sangre que podamos amparar bajo el mismo documento. Con eso ya estaríamos protegiendo a más de un centenar de personas.

Farkas negó con la cabeza. Adelantándose a aquel método que ambos conocían, ya había ordenado las copias de los documentos de identidad por familias y, aun así, superaban en mucho el límite de cien *Schutz-Passes*.

—Qué va, nos quedamos cortos. ¿Cómo vamos a decidir, sabiendo lo que supone para los que excluyamos? De manera lógica, hasta legal, podría delimitar unas pautas, pero con el corazón en la mano, por humanidad…

Ángel no le respondió. Había tomado uno de los libros de familia y lo observaba página a página. Estudiaba aquellos detalles asépticos, puramente biográficos, que ilustraban toda una vida humana, con el infinito irrepetible que guardaba en su interior. Lo hizo varias veces, libro de familia en libro de familia, hasta que dejó el último sobre la mesa e insistió:

—No vamos a decidir. Sobre la vida y la muerte, Dios es el único que tiene esa potestad. —Se humedeció los labios. Con dos dedos hizo una señal a Farkas para que se acercase más a él—. Quizá la solución sea más sencilla de lo que parece, se trata de una mera fórmula matemática.

—¿Matemática?

—Sí. Mira, nosotros ya hemos tomado esa cifra, los cien *Schutz-Passes*, y la hemos aplicado a familias enteras y no a personas individuales, ¿no es así?

—Sí, pero aun preparando documentos para cien familias tendríamos que dejar a otras tantas fuera, eso por no mencionar a los solteros, los viudos…

—Nadie va a quedarse fuera —reiteró Sanz Briz, y con el índice señaló el número asignado a uno de los libros de familia—. Si la policía o la Cruz Flechada detiene a un judío en la calle y este le presenta un *Schutz-Pass* español, lo único en lo que van a fijarse es en el número de expedición. Han recibido órdenes de respetar esos cien documentos que nos han autorizado extender, por lo que la cifra jamás será superior a esta. Ahora bien, no podemos repetir ningún número, ya que ese engaño pronto se descubriría…

—¿Entonces?

Sanz Briz le sonrió. Una sonrisa jovial, efervescente, loca, que contrastaba con las ojeras que se evidenciaban cada vez más a medida que transcurría la noche.

—Solo tenemos que añadir una letra al lado de cada número. Así, tendríamos cien documentos de la serie A, cien de la serie B, cien de la serie C…, como he dicho, una simple fórmula matemática.

Farkas irrumpió en una risotada improbable, hija del cansancio, de la preocupación y del alivio que le destensaba los músculos.

—¡Dios mío, don Ángel, una solución fácil que teníamos justo debajo de la nariz! Ahora que…, ahora que a ver cómo se las arregla para sacar del país a miles de personas, que ahí sí que no va a haber ni trampa ni cartón…

—No, eso es imposible. Vamos, ni con un caballo de Troya…, y España tampoco va a reconocer al gobierno de Szálasi, lo tengo muy claro. —Chascó la lengua—. Nada, será cuestión de hilar muy fino y presentarle mis respetos y mi cartera a Veesenmayer con tanta frecuencia como sea necesario. Eso, y convencerlo de que tenemos intención de hacer tanto lo uno como lo otro y que solo nos retrasa la delicada situación política…

Budapest, a las 23.20 horas del 2 de noviembre de 1944

Ha sido aceptada por el gobierno húngaro la protección del gobierno español en favor de 100 judíos, cifra que quizá pueda aumentarse. Protección condicionada, primero: dichos judíos deberán salir de Hungría para España antes del 15 de noviembre. Segundo: gobierno español deberá reconocer al gobierno húngaro y apoyar a su representante en Madrid. Si V. E. lo estima oportuno puede informar a nuestro representante en Washington de que esta legación ha tomado bajo su protección a los 500 niños a quienes el gobierno español autorizó visado de entrada a Tánger.

SANZ BRIZ

XVIII

Para haber nacido en una cuna tan buena, Erika Farkas de Batthyány había tenido una suerte espantosa. Desde la muerte de su prima Klára, en abril de 1941, le habían arrebatado a dentelladas todo cuanto la ilusionaba: los Juegos Olímpicos en los que debía competir y que se habían cancelado (los de 1940 primero y los de ese año de 1944 después); el tutor de esgrima al que, por judío, habían enviado a realizar trabajos forzados en el frente oriental; el hermano que había perdido y el que había regresado pero, como todos los que se arrastran desde el infierno, tras haber sufrido cambios irreversibles.

Al principio ella odió a los nazis por ladrones; por ideología, solo después. Sobre la Cruz Flechada poseía conocimientos heredados, transmitidos a través de Ádám, Pál, Sándor y Messik, pues individuos de esa calaña abundaban tanto en los rangos inferiores del ejército como en los movimientos obreristas de la capital. Si los repudiaba con mayor ahínco era por traidores a su país y a su clase, por ser perros que, no contentos con quitarle el alimento a otro más hambriento, le mordían también las patas para que ya no pudiese valerse por sí mismo ni defenderse.

Por eso, cuando vio pasar a dos de ellos por los pasillos del hospicio de la Cruz Roja Internacional, se alegró de tener las manos ocupadas con la montaña de sábanas limpias que sujetaba. Ellos,

más jóvenes que ella, henchidos de orgullo en sus uniformes nuevos, ya levantaban el brazo para declamar:

—¡Perseverancia! ¡Larga vida a Szálasi!

Las compañeras bajaron la barbilla para no tener que mirarlos a la cara, mucho menos cuando, obedientes, alzaron el brazo, lo suficientemente alto para no sufrir represalias, no para demostrar que estaban de acuerdo con ellos y con lo que representaban. Erika fue la única que no se movió, que permaneció donde estaba, con las manos llenas y los ojos clavados en aquel par de adolescentes con bastante más poder que madurez.

El más alto, en cuyas mejillas hundidas se apreciaban las marcas del acné, sonrió. Dio un paso hacia ella al tiempo que le propinaba un codazo a su camarada.

—Qué mala educación la nuestra —siseó—. Mira que no tener la consideración de ayudar a esta señorita con sus quehaceres…

Con un gesto, le indicó al otro que recogiese la colada que ella sostenía.

—Ahora ya puedes demostrar tu lealtad como tus compañeras. A ver, yo digo «¡Perseverancia!» y tú me contestas…

Erika apretó los labios. Los iris, bajo la ceja arqueada, refulgían con una llama que no pudo exteriorizar. ¿Qué valor tenía cuanto pudiese ganar con ese pequeño acto de resistencia sobre todo lo que perdería si no obedecía? Tenía a una judía viviendo en su casa, había convencido a su hermano de que hablase con la embajada de España para proteger también a su antiguo tutor de esgrima y, si la fichaban, comprometería a Ádám, a Pál y a Messik.

Alzó el brazo derecho. Los milicianos de la Cruz Flechada, no conformes o tal vez no queriendo desaprovechar la oportunidad de

humillarla, se lo levantaron más mientras ella siseaba:

—Larga vida a Szálasi.

—¿Cómo, cómo dices, que no te he oído bien?

—¡Larga vida a Szálasi! —repitió, con dientes apretados.

La sonrisa del muchacho, venenosa, creció en el rostro delgado y alargado.

—¿Ves cómo no era tan difícil? —Le pellizcó la mejilla—. Si además de guapa va a resultar que eres muy lista. ¡A ver si nos vamos a acostumbrar a venir por aquí, a admirar el género!

Tiraron las sábanas al suelo y, sin aliciente para permanecer allí más tiempo, se marcharon entre risas y vapuleos, teniendo buen cuidado de pisar la colada limpia a su paso, no fuese a darse el caso de que quedase alguien sin enterarse de quiénes eran los nuevos amos y señores.

—Malditas bestias —masculló Erika en alemán, consciente de que ellos desconocían el idioma de la mano que les daba de comer.

Se negó a recibir ayuda de las demás. Por prudencia había respondido al saludo fascista, por orgullo aceptaba la digna penitencia. Así que bajó a la lavandería y, para no alertar a las trabajadoras, se echó la culpa a sí misma, que con las prisas ya no sabía ni adónde iba. Al regresar a la sala larga y amplia en la que acostaban a los niños, cargando con una montaña nueva de ropa de cama limpia, se sorprendió al encontrar en ella un rostro conocido.

—¡Pero hombre, don Ángel! ¿Usted por aquí?

El diplomático, que corrió a quitarle las sábanas de las manos, no escondió tampoco su sorpresa.

—Nada, venía a interesarme por la salud de unos muchachos que están bajo la protección de la legación, pero ya he visto que los

tiene muy bien cuidados —le dijo, tras el beso habitual—. ¿Y usted? No sabía que trabajaba ahora aquí.

—Bueno, tampoco se crea, solo vengo a ayudar cuando dispongo de algo de tiempo, que ya sabe cómo soy, un culo de mal asiento. Pero sí he cambiado de hospital. Ahora estoy aquí al lado, en el de la Cruz Roja, a tan solo un par de calles. Como me mudé con mi hermano a la plaza Szabadság, me queda más a mano.

—Y su hermano, ¿cómo está? Me lo he cruzado un par de veces por el barrio, pero con el trabajo que tengo…, aunque parezca descortés, no he podido invitarlo aún a tomar un café.

Erika le sonrió.

—Pues bastante más animado. Ha retomado el contacto con unos viejos compañeros de armas y, entre el trabajo y sus reuniones, casi no nos vemos el pelo. Pero, bueno, como en verano estuvo tan mal y, con su lesión, un susto puede costarle caro…, mis padres se quedan más tranquilos si cuenta con una enfermera en casa, aunque sea su hermana, y yo tan contenta de que me aten menos en corto. ¡Anda que a usted, que tiene otras costumbres, le parecerá un escándalo, una joven soltera viviendo sola con un hermano que pasa más tiempo fuera de casa que dentro!

Sanz Briz le devolvió la sonrisa.

—En la variedad está la belleza. No quiero robarle más tiempo, señorita de Batthyány, pero me viene usted que ni caída del cielo. Quería hablarle de ese trámite con el que la ayudé hace un par de meses, ¿lo recuerda?

—Sí, por supuesto.

—Cuando pueda, acérquese a la legación, la invito a un café y hablamos de ello.

—Pues…, a no ser que usted tenga otro compromiso, ¿por qué no ahora mismo? Ya le he dicho que yo aquí vengo por altruismo, no por obligación, y…, bueno, sé que se trata de un trámite delicado que no conviene desatender.

En la intimidad del despacho, ante las tazas de café café, Sanz Briz le resumió las operaciones que había llevado a cabo la legación con respecto a los judíos, que iban más allá de los dos pasaportes españoles que su familia había solicitado en su momento (uno para Ilona Rozenfeld y otro para Imre de Hevesy, el tutor de esgrima, que, por suerte para él, era propietario de un negocio de cerveza con sucursal en Madrid).

—El caso —prosiguió Ángel— es que nos hemos dado cuenta de que, en ocasiones, con los pasaportes y los documentos de protección no basta. No me malinterprete, las autoridades están obligadas a respetarlos, pero eso no impide que algunos milicianos de la Cruz Flechada un tanto extremistas recurran a la violencia al ver una estrella amarilla en un abrigo o en una gabardina. Estos atropellos, de los que ya he informado a las autoridades, no nos los dedican a nosotros en exclusiva, por desgracia, también los sufren los judíos protegidos por otras embajadas neutrales. Por eso hemos procedido a alquilar algunos edificios en la zona del parque de Szent István que señalizaremos con nuestras banderas para garantizar la total protección de sus inquilinos. Me gustaría ponerme en contacto con la señora Rozenfeld para preguntarle si le interesaría alojarse en uno de estos pisos. No tendría que asumir ningún tipo de cargo, por supuesto, ya que de todos los costes se encargaría la legación.

Erika abrazó la taza, todavía cálida. No le había pasado por alto que, pese al tiempo transcurrido y a la larga cola de personas que aguardaba en la calle Eötvös, Sanz Briz había tenido el detalle de acordarse de la señora Rozenfeld. De llamarla por su nombre incluso, ajeno al paso de los meses y a los cambios que se habían sucedido desde entonces.

—La verdad es que el comportamiento de la Cruz Flechada ya nos tenía bastante asustados y, desde que Szálasi subió al poder, la señora está viviendo en casa como si formase parte del servicio, pero si, por algún motivo, la policía se presentase…

—Estarían en un buen aprieto los tres. No se hable más, entonces. Me encargaré personalmente de encontrarle una habitación. Tendrá que compartir residencia con otras familias, claro…

—Pues con lo sola que se ha quedado la pobre…, a lo mejor hasta lo agradece. Eso sí, por favor, deje que corra mi hermano con los gastos. —Sanz Briz separó los labios para protestar, pero ella se le adelantó—. Por favor se lo pido, que a los Rozenfeld los apreciamos mucho. Después de lo que le pasó a su hijo Sándor… —Se mordió el labio inferior—. Pues nos sentimos muy culpables, sobre todo Ádám, porque, aunque no lo hubiésemos podido evitar, el caso es que lo detuvieron de camino al trabajo en nuestra fábrica. Y Jonatán, el mayor, el que está en Palestina…, mi hermano tiene una amistad muy profunda con él; no puedo comparar el lazo que los une ni con el que tenía yo con Tibor, que era mi mellizo.

Sanz Briz, cuya expresión se había dulcificado, asintió.

—De ser así, en el nombre de las buenas amistades, acepto su oferta, pero a regañadientes. —Suspiró—. Guardando las distancias, entiendo a su hermano. A mí, a veces también me da por pensar

que quizá podría haber actuado antes o que podría habérmelas ingeniado para salvar a más personas o para conseguir que esos muchachos del hospicio llegasen a Tánger…, pero, si acepta un consejo, torturándose uno mismo no cambiará lo que pasó. Lo único que nos pertenece es el futuro. Han hecho bien en ocultar a la señora Rozenfeld en su casa. Ahora, por suerte, parece que hemos encontrado una solución para que ella y los que son como ella estén más seguros.

—Sí, porque tal y como están las cosas…, no sé qué rumores les han llegado a ustedes, pero en el hospital hemos tenido que tratar varias palizas que ya se imaginará quién las propinó. Y eso es lo de menos. A juzgar por los crímenes que Ádám los vio cometer en el frente…

Sanz Briz sacudió la cabeza.

—Son un grupo de exaltados que se han visto muy rápido con demasiado poder, y eso, independientemente de la inclinación política de cada quien, nunca es bueno.

XIX

No había vida como la de la resistencia, eso Ádám lo tenía muy claro, porque era una vida dulcísima, de sueños aderezados de algunas duras realidades: la provisión de armas, las rutas de suministros, los contactos en los que se podía confiar y en los que no. Tras semanas peinando la capital, tirando de todos los hilos posibles, llamando a cada puerta y haciendo acopio de armas y munición, el Comité de Liberación del Alzamiento Nacional Húngaro se formó el jueves 9 de noviembre de 1944 en la residencia de Vilmos Tartsay, a apenas un par de calles del piso de Ádám.

Aunque no les faltaba coraje, ante un enemigo más grande y voraz que ellos, las consignas políticas específicas palidecían frente a la urgencia del objetivo común. A aquella reunión decisiva, por tanto, asistieron representantes de todos los movimientos políticos de oposición.

Dada su pluralidad, funcionarían como un organismo humano sano y a punto. Endre Bajcsy-Zsilinszky, veterano de la política y de la resistencia, que había aprendido más en siete meses en la cárcel que en cincuenta y ocho años de libertad, asumió la presidencia como figura reconocible que daría la cara por los demás y ejercería la autoridad cuando no se llegase a un acuerdo. Para organizar y dirigir la lucha armada, se estableció una suerte de cuartel general

clandestino bajo la comandancia del teniente general János Kiss y con el coronel Jenő Nagy como jefe del estado mayor. Ese cuartel general estaría subordinado siempre al comité, cuyas ideas políticas debía implementar por la vía militar.

—Resulta crucial actuar en el momento oportuno —indicó Bajcsy-Zsilinszky, por cuyo porte, aún razonablemente atlético, parecía más joven—. Tomemos como ejemplo el Alzamiento de Varsovia, que acabó convirtiéndose en un baño de sangre antes de haber conseguido los objetivos principales.

Para que su historia no tuviese un final tan malo, designaron a László Rajk, brigadista de la guerra de España que sabía mucho de derrotas y más aún de clandestinidad, «experto en conspiraciones». Sobre él, cuyo nombre inspiraba un respeto y una devoción instantáneos entre las juventudes comunistas, recaía la responsabilidad de movilizar las milicias obreras y de organizar ejércitos partisanos.

En la efervescencia de aquel futuro por el que luchaban, el anglófilo Bajcsy-Zsilinszky, que había huido del terror rojo durante la breve república socialista húngara de 1919, estrechaba con fuerza la mano de László Rajk, el mismísimo secretario del Partido Comunista. Miembros de grupúsculos aún fieles, contra todo pronóstico, al regente Horthy, asumían su lugar en la historia y llamaban camaradas a los mismos socialistas que se habían visto empujados a la clandestinidad para eludir la represión. Ádám Farkas de Batthyány, a quien el partido había rechazado, se sentaba a la misma mesa que aquellos obreros que de fusiles sabían muy poco pero de fabricar bombas con ecrasita lo suficiente para instruir a todos los demás.

Lo que separaba la clase, la edad, la experiencia y la ideología lo unía el antifascismo. El plan común de pasarse al bando soviético y liberar Budapest lo encapsularon en cinco principios básicos:

1. La expulsión de los mercenarios alemanes y fascistas del país y la organización de un alzamiento nacional en cooperación con el glorioso Ejército Rojo.
2. La creación de una Hungría libre, independiente y democrática.
3. La preparación de cambios sociales fundamentales.
4. La estrecha cooperación con todos los estados vecinos.
5. La cooperación amistosa más estrecha aún con su poderoso vecino, la Unión Soviética.

A esos cinco puntos los acompañó un panfleto que mecanografiaron allí mismo, entre el humo de los cigarrillos y el chinchín de las copas, y que firmaron con el nombre con el que se acababan de bautizar: «Comité de Liberación del Alzamiento Nacional». Uno de los enlaces sindicales, periodista en posesión de un ciclostil, sería el encargado de imprimir varias copias para distribuir entre los nuevos miembros de su hermandad.

> La base política del alzamiento nacional recae en el Frente Húngaro,[42] que representa a la mayoría.
>
> Debemos desempeñar el papel más decisivo en la lucha antigermana en plena concordancia con los objetivos de guerra de los Aliados y, sobre todo, con el victorioso Ejército Soviético. Solo entonces podremos reclamar como nuestra la Hungría por la que lucharemos y pagaremos hasta con el precio de nuestra propia sangre.

Brindaron con el buen vino francés que el comandante Tartsay guardaba para la victoria. Porque habían pasado doscientos treinta y cinco días (con sus horas, sus minutos y sus segundos) desde que los primeros tanques alemanes desfilaron por Budapest; desde aquel momento habían vivido muchas jornadas relevantes, muchos cambios que habían alterado el curso de la Historia con mayúsculas, pero ninguno tan crucial como ese.

Ádám, que aun sin militar en ningún partido cojeaba de la pierna izquierda, jamás habría votado en unas elecciones por el centrista de Bajcsy-Zsilinszky, al que en ese momento aprobaba como máxima autoridad. Y Bajcsy-Zsilinszky, que nunca habría confiado a László Rajk ni un reloj estropeado, le confiaba en ese momento la supervivencia de la organización. Y aquellos obreros que por convicción desdeñaban al ejército se cuadraban por propia voluntad ante el teniente general János Kiss.

Todos comprendían, aunque no lo supiesen verbalizar, que eran seres mortales suspendidos en una Historia inmortal. Su existencia no suponía más que una mota de polvo en la inmensidad del universo; sus memorias y sus nombres se perderían con el paso de las generaciones, pero, si aquella operación salía bien, sus efímeras vidas allanarían el camino y la lucha a las que viniesen después.

Ádám, que aunque no había bebido aún nada estaba borracho de la felicidad que compartían, aproximó su copa a la del individuo que estaba sentado a su derecha.

—Salud, camarada —le dijo mientras le sonreía—. Tibor, ¿verdad?

El hombre, de su misma altura y algo mayor que él, parpadeó con la sorpresa.

—Sí, Mikulich. ¿Cómo te has acordado de mí?

—Pues muy fácil: primero, porque cualquier amigo de Jenő Nagy es también amigo mío y, segundo, porque mi hermano se llamaba como tú.

Mikulich se llevó el vino a los labios.

—Se llamaba —susurró.

Además de compartir nombre con él, se parecería a Tibor Farkas si a este le hubiesen dado la oportunidad de llegar a la veintena. Delgado, de facciones suaves, elegantes y alargadas, como él, hasta la nariz, de perfil, evocaba al hermano añorado.

—Lo mataron el verano del cuarenta y uno, en Nikolayev.

Mikulich bajó los párpados. Incluso las cejas, finas, poco pobladas, recordaban al húsar adolescente.

—Hay que ver cómo cambian las cosas: el mismo ejército que hoy abrazamos y que mañana nos liberará es contra el que luchábamos ayer.

—Es que una cosa es la mano que aprieta el gatillo y otra muy distinta la que firma la orden que da inicio a la guerra. Eso, nosotros, que vestimos uniforme, lo sabemos muy bien.

Mikulich asintió.

—Y tan bien, camarada. Brindemos por el victorioso Ejército Rojo entonces, y por la memoria eterna de Tibor Farkas de Batthyány.

Ádám lo señaló entre risas.

—Veo que tú también te acordabas de mi nombre.

—Con ese apellido y habiendo vuelto como volviste de entre los muertos del Don, ¿cómo no hacerlo?

Mientras se soñaba y se forjaba la libertad de todo un pueblo en un apartamento de la plaza Szabadság, en la embajada española, Ángel Sanz Briz agradecía la clarividencia que había tenido al alquilar los pisos protegidos. Desde hacía días la legación no daba abasto. Cada mañana hacían cola más y más personas en busca de documentos salvavidas; a algunas de ellas, era fácil relacionarlas con España, mientras que para salvar a otras debían echar mano de la inventiva.

Los días ya no tenían horas, eran una pluma alargada con el sueño como única separación entre una jornada y la anterior. Madame Tournée atendía a aquellas personas desesperadas, que en tan poco tiempo habían pasado de presentarse engalanadas a hacerlo vestidas con su propio miedo; en el despacho, Sanz Briz y el abogado Farkas repasaban los libros de familia, no para decidir, sino para urdir la ficción que enlazase a sus dueños con aquel país antes no beligerante y en ese momento neutral; en el resto de las salas, el equipo de voluntarios mecanografiaba los *Schutz-Passes* para que Sanz Briz los firmase y acuñase.

En los momentos de angustia, el diplomático se veía heredero de Job, atrapado en medio de un juego de dados entre Dios y Satanás. Cada paso que daba se convertía en una tierra de nadie que la Cruz Flechada devoraba con gran ansia, y ni siquiera los favores del *gauleiter* lograban detener aquella hemorragia terminal. Abría su propia cartera a menudo para tener a ese incierto aliado contento y para alquilar más pisos, porque el número de personas protegidas crecía y ya no sabía dónde meterlas. Pese a sus esfuerzos, con frecuencia se daba el caso de que los israelitas no pasaban a recoger los *Schutz-Passes*, pues durante la brevísima espera ya habían caído víctimas de una redada de la Cruz Flechada.

Así mismo lo informó Briz a Madrid, consciente de que sus superiores, aunque solo fuese para garantizar la supervivencia de España tras el armisticio, querían evitar muertes humanas tanto como él.

El terror antisemita se ha vuelto más pronunciado. Se ha decidido deportar a Alemania a todos los judíos que permanezcan en Hungría. Los varones aptos para el trabajo se trasladarán a pie y las mujeres, los ancianos y los niños, en tren. Se teme por sus vidas. A pesar de las reiteradas promesas del gobierno húngaro, las milicias de la Cruz Flechada no respetan a los judíos en posesión de documentos españoles ni tampoco a los protegidos por otros países neutrales. Los actos de crueldad son innumerables.

XX

En noviembre de 1944, tras dos meses de cautiverio en la cárcel de la calle Margit, Jonatán tenía algo muy claro: si los guardias no lo mataban, lo haría él mismo. Cada vez soportaba peor las torturas y los interrogatorios. Vivía con el pánico a cometer un desliz que le indujese a revelar su identidad, no por la pena capital a la que se enfrentaría sin el escudo de la nacionalidad británica, sino por lo que pudiera pasarles a Ádám y a su madre.

Aguantaba las palizas con dignidad y humildad, consciente de que aquel dolor palidecía ante el que sentiría si su amigo acababa en la misma celda que él, pero con peores perspectivas, debido a una confesión arrancada a la fuerza. La carne, por una vez, resultaba más fuerte que el espíritu, y el miedo que lo atenazaba era que pudiera hablar en sueños, que exclamara algo en húngaro sin darse cuenta, que reaccionara físicamente a las conversaciones entre funcionarios que él no debía comprender pero comprendía.

Ya había intentado quitarse de en medio una vez, la noche en que fusilaron a Marcell, el socialdemócrata que soñaba con las *crêpes* del Gundel y con los excesos del Ritz. Había aprovechado el caos reinante y que se habían llevado al Filósofo al interrogatorio para colocar los catres de modo que, al anudarse la sábana al cuello, ejerciese la suficiente presión para estrangularse. Pero había

calculado mal el tiempo, o tardado demasiado en ahuyentar el sentimiento de culpa y reunir el suficiente coraje, y lo detuvieron antes de que ocurriese lo inevitable.

Desde entonces, buscaba sin cesar bordes afilados: un espejito que pudiese romper, un cepillo de dientes o un cubierto que pudiese tallar o una cuchilla de afeitar abandonada por su dueño, pero el Filósofo no se lo permitió.

—Tú no puedes vivir menos que estos cabrones, ¿te enteras? —le espetaba—. Porque los soviéticos están a nuestras puertas y les van a hacer a ellos lo que ellos a ti, por ser inglés, no pueden. Y tú vas a estar ahí para verlo, en primera fila, y a través de tus ojos van a ser testigos también Marcell y todos los demás que pasaron por esta celda y salieron con los pies por delante.

Incapaz de rebatírselo, había optado por la forma de suicidio más indirecta: el hambre. Si se empeñaba en ello, el Filósofo era capaz de abrirle la boca y obligarlo a beber, pero estaba demasiado débil para forzarlo también a masticar y tragar los alimentos que tres veces al día le llevaban a la celda y tres veces al día rechazaba.

Así que dejó de comer y, después, cansado de repetir las mismas respuestas, dejó también de hablar en los interrogatorios. Esa negativa infinita, esa muerte tan lenta, le anestesiaba los sentidos hasta tal punto que, al final, ya ni siquiera le importaba estar preso o no.

En aquel otoño mortal, los trenes eran un organismo vivo, consciente, el mismo sistema vascular del terror nazi. Las vías como medio de transporte de los suministros y la munición que mantenían

encendidas las ascuas de la guerra, y de los seres humanos a los que aniquilaban lejos del frente de manera sistemática, mecánica, con la precisión de una maquinaria bien engrasada.

Desde que Ángel había leído el Informe de Auschwitz, aquellas imágenes que no había visto pero que se imaginaba lo acechaban por las noches. Sus miedos, un lobo paciente en el umbral de la puerta, quedaban reducidos a espejismos frente a la magnitud de la crueldad que se desplegaba ante sus ojos. Lo que sucedía no tenía cabida ni en el vocabulario ni en la historia ni en la comprensión humana.

El frío que envolvía en rizos de plata a aquellas personas en cuyos pechos las estrellas amarillas destacaban como heridas abiertas. El hedor, imposible, dulzón, envolvente, que empujaba a otros diplomáticos a taparse la cara con los pañuelos rociados de perfume. La sinfonía infernal de ruidos: los gritos de los guardias, los alaridos de los detenidos, las señas que se repetían sin que nadie respondiese a ellas, los niños que lloraban sin que nadie los consolase.

Perlasca y Sanz Briz se abrían paso entre aquella maraña de cuerpos. Con una mano sujetaban los documentos que habían expedido y que nadie había ido a buscar a la embajada; con la otra, hacían bocina para llamar a aquellas personas por su nombre.

—¡Hainalka Fenyves! ¡Hainalka Fenyves!

—¡Magdolna Bán! ¡Magdolna Bán!

—¡Ferencz Radnai!

Sus voces se confundían con los sollozos de miedo, los pitos de los silbatos, las pisadas de las botas, el frufrú de unos abrigos que brazos desnudos apartaban para alcanzar a los representantes de

España. En aquella marea de multitudes, solo el distintivo color canario los diferenciaba a ellos, tan mediterráneos, tan morenos, de los que corrían a su encuentro. De un vistazo, en la corporeidad objetiva, los unía mucho más a aquellos destinados a la deportación que a los guardias que forcejeaban para devolverlos a la fila.

Los judíos repetían sus propios nombres como oraciones.

—¡Soy Magdolna Bán!

—¡Soy Hainalka Fenyves!

—¡Atrás, atrás! ¡Id con los demás!

Mientras, Sanz Briz se acercaba a los guardias enarbolando los *Schutz-Passes* cual estandarte.

—¡Permiso! ¡Embajada de España! ¡Estas personas están bajo nuestra protección!

Para ilustrar su afirmación, Ángel le mostró también al guardia la confirmación escrita que autorizaba a su país a extender cien pasaportes españoles. Los documentos, que él ya entregaba a sus respectivos dueños, llevaban su firma y su sello y no superaban, en número, la cifra pactada.

—Se nos ha otorgado el derecho de aportar documentación española a estas personas —explicó—. Estamos aquí para entregarles aquello que, por motivos evidentes, no pudieron recoger en persona. ¡Déjelas marchar!

El guardia no interrumpió la lectura de la nota del gobierno húngaro pero Sanz Briz supo, por cómo curvaba la boca, que lo había oído a la perfección.

Tras ellos, Perlasca aprovechaba la distracción para golpear los vagones con las palmas mientras repetía, a voz en grito, en *italiañol*

y en sus macarrónicas nociones de la lengua magiar, si había alguien ahí dentro que tuviese algo que ver con España.

—Si no libera a estos judíos —insistió Sanz Briz, con los dientes apretados—, estará atentando directamente contra los intereses de mi país y sesgando los lazos de simpatía que unen a nuestras naciones. Déjelos marchar o no me quedará otra alternativa que poner esta situación en conocimiento de mis superiores de Madrid.

Los ojos del hombre, gélidos como el acero, centellearon al devolverle la misiva. Con dos dedos, le hizo gestos a su camarada para que se acercase.

—Suelte a esa mujer —ordenó y, sin dejar de observar a Sanz Briz, agregó—: Y usted llévese a sus judíos cuanto antes y desaparezca de mi vista. Cualquiera que esté en el andén y cuyo nombre aparezca en su lista le pertenece, pero ya le adelanto que los transportes están cerrados y que los vagones no se abrirán hasta llegar a su destino.

—Eso, señor, me temo que no puedo permitirlo. Según la autorización del gobierno húngaro, y siguiendo instrucciones expresas de Madrid, todas las personas que figuran en la lista que usted menciona son, *de facto*, españolas. Tenga claro que denunciaré de inmediato la desaparición de cada una de las que se encuentren ya en el tren y cuyo documento tenga yo en la mano. De los presentes, respondo yo; de los que falten, me temo, responderá usted y no ante mí, sino ante las máximas autoridades.

Hubo un silencio prolongado. En las alteraciones mínimas en la expresión de su interlocutor, Sanz Briz analizaba cuán profunda era la herida que acababa de abrir. ¿En qué número caería el dado, era la mano de Dios o la del diablo la que lo había arrojado? Si se lo

sacaban de en medio como a De Muguiro, ¿quién defendería a aquellos parias? Y, si por temeridad había pronunciado una palabra más alta que la otra, ¿sería su cuello al que le atarían la soga?

—El tren partirá en quince minutos —aseveró el guardia—. Tienen cinco para sacar de él a cualquier judío que les pertenezca. Cuando cerremos las puertas de nuevo, será su responsabilidad, y no la nuestra.

Aún no había terminado de hablar cuando Sanz Briz se volvió hacia uno de los conductores de la embajada.

—Acompañe a estas personas al coche —le pidió—. Perlasca y yo regresaremos enseguida con el resto de los judíos.

No esperó a recibir una respuesta, física o verbal. Apuró sus pasos en dirección al tren varado y a su camarada, que todavía se desgañitaba repitiendo nombres, exigiendo que se abriesen las puertas, reiterando el derecho que tenían de estar allí.

—¡Embajada de España! —bramaba Sanz Briz en su idioma, en alemán y en francés—. ¡Embajada de España! ¿Hay alguien aquí que tenga algo que ver con España?

Lo reiteró en un húngaro que no hablaba ni comprendía, según le había enseñado el conductor y según él había memorizado fonéticamente.

—¿Hay alguien aquí que tenga algo que ver con España, por favor?

Más movimiento en las filas, que se desmembraban con cada individuo que salía a su encuentro, que también lo llamaba por su nombre como si este fuese sagrado. Los trabajadores de la estación, que habían recibido órdenes muy distintas, los repasaban uno a uno. Para hacerles perder un tiempo del que no disponían, y mientras

Perlasca entraba y salía de los vagones atestados, comprobaban que la identidad de cada judío correspondiese con uno de los documentos que Sanz Briz custodiaba.

En el transcurso de tan ridículo ejercicio, otro guardia llevó ante Ángel a una jovencita escuálida, no muy alta, que apretaba en el puño un documento idéntico a los que él sostenía.

—Esta mujer dice estar bajo la protección de su país —afirmó el oficial—. ¿Puede usted confirmar la veracidad de este *Schutz-Pass*?

Lo arrancó de los dedos de la muchacha para entregárselo. Pese a las claras similitudes en el texto y en la disposición de la fotografía, un ojo entrenado reparaba, de inmediato, en las imperfecciones del sello y en la rúbrica que poco se parecía a la original.

Ella lo escudriñaba sin decir nada, sin temblar siquiera, resignada a cualquier bandazo que pudiese dar ya su vida, a cualquier destino que le deparasen un «sí» o un «no» ajenos. Ángel sabía que corrían todo tipo de falsificaciones por la ciudad. Lo sabía y nunca había querido dirigir un dedo acusador a ninguno de los voluntarios, que tanto podían mecanografiar copias de más como esconder un *Schutz-Pass* sin dueño en la ropa para que un contacto en posesión de un ciclostil imprimiese reproducciones engañosas a toda prisa. El quid de la cuestión, como siempre, era el tiempo. Si los húngaros o los alemanes se daban cuenta de la farsa, peligraría el acuerdo al que habían llegado con Sanz Briz, pero mientras no lo hiciesen… ¿Cómo negar ese subterfugio que podía valer lo que una vida humana?

Ahondó en la mirada de la joven, pero no fue capaz de leer nada en aquellos ojos verduscos y cansados. No había en ellos una chispa

de esperanza ni de pánico ni de nervios ni de agradecimiento, solo la pura aceptación del lugar al que la había empujado la historia.

—Sí, es un documento auténtico. Está firmado de mi puño y letra y lleva el sello de nuestra legación. Esta mujer está con nosotros.

La agarró con el brazo, por si acaso, y tuvo cuidado de devolverle el *Schutz-Pass* sin dejar a la vista los demás, no fuese a desvelar el engaño cuando la victoria estaba tan cerca.

Más tarde, en el despacho, Perlasca se le encaró.

—Mentiste a aquel oficial para defender a la mujer. Cualquiera que hubiese podido comparar los documentos se habría dado cuenta de que el suyo era falso.

Había presenciado la escena de lejos mientras sacaba a toda prisa de los vagones a los judíos que respondían a su llamada. Al salir de la estación y ayudar al conductor a subir a sus protegidos a los vehículos diplomáticos, había reparado en el *Schutz-Pass* trucado. Tan mala era la copia que le había bastado con aquel vistazo mal dado.

—Si te hubiesen descubierto —persistió, ante el mutismo de su amigo—, habría sido tu pellejo lo que hubiese peligrado.

Sanz Briz lo miró.

—¿Acaso soy Dios, para decidir quién vive y quién muere?

El italiano no respondió. Le habían ganado el pulso al dueño del tiempo, habían recuperado a la fuerza a todos los judíos que habían perdido y nada importaba. Cuando cerrasen los ojos al acostarse, no se les aparecerían sus rostros, sino los de los otros: los que se habían quedado en el vagón al cerrarse las puertas y los que esperaban sentencia en el andén.

Al final de sus días, cuando hiciesen balance de lo bueno y lo malo, no pensarían en los trescientos pasaportes y los dos mil *Schutz-Passes* que ya habían tramitado, sino en los centenares de miles de almas cuyos nombres se perderían en la inmensidad de la historia porque nadie los había pronunciado.

XXI

A los miembros del Comité de Liberación los unía el antifascismo y los separaba todo lo demás. Por eso, no tardaron en surgir tensiones entre el Partido Comunista y la dirección militar encabezada por János Kiss, Jenő Nagy y Vilmos Tartsay. Los segundos instaban a la paciencia y les pedían a los primeros que redujesen las acciones de sabotaje para unir fuerzas y programar con precisión las acciones militares.

—Si actuamos demasiado pronto —repetía el teniente general Kiss —, inscribiremos nuestros nombres en las páginas de la historia, sí, pero en las mismas en las que figuran el Alzamiento de Varsovia y la insurrección eslovaca.

Ádám había chupado suficiente trinchera para estar de acuerdo con la dirección militar en la teoría y con el partido en la práctica. No podía evitar contagiarse del entusiasmo de los políticos, el mismo que había percibido antes en los *jalutzim* y que era el motivo por el cual no los había iniciado en el movimiento. Los resistentes judíos eran jóvenes y carecían de futuro en la Hungría ocupada; eran muertos en vida, cualquier segundo que ganaban lo arrancaban directamente de las manos de sus opresores y corrían riesgos innecesarios. Cuando uno caía, el resto lloraba su muerte y

celebraba que hubiese fallecido luchando y no en un vagón de ganado o en una cámara de gas.

El comité bailaba en el filo de dos navajas excepcionalmente afiladas: si esperaba demasiado o si se perdía en discusiones internas, desaprovecharía el momento preciso; si actuaba demasiado pronto, en cambio, caerían en la trampa de sus enemigos y todo el plan se descalabraría.

László Rajk, que tan canutas las había pasado en la guerra de España, conocía a la perfección los peligros del primer punto. Sabía por la experiencia que las rencillas de un grupo heterogéneo pero con un objetivo común actuaban como termitas que lo devoraban todo desde los cimientos. Por eso, con una mano apaciguaba a los comunistas mientras, con la otra, señalaba al teniente general Kiss para recordarle que le había prometido una milicia obrera y que una milicia obrera le iba a dar.

—Ya tenemos una unidad partisana en Kőbánya. En el almacén de la calle Dráva, que estamos vigilando las veinticuatro horas del día, acabamos de recibir un suministro de mil quinientas granadas de mano. Ya ves que hemos entregado nuestros cuerpos al movimiento, no desperdicies este sacrificio esperando sin motivo.

—Solo os pido que actuéis con cautela y paciencia —recalcó Kiss.

—No nos falta ni lo uno ni lo otro. Estamos armados y hemos organizado pequeños grupos de combate; si nos centramos en pequeñas acciones exitosas, podemos desarrollarlas hasta convertirlas en un alzamiento general.

Ádám, que fumaba un poco más apartado, se inclinó delante del teniente general y aseveró:

—Desde mi punto de vista, Rajk no está tan desencaminado. Nos sobran coraje y estrategia, pero carecemos de tropas propiamente dichas. Las milicias partisanas, por otro lado, están preparadas y, como ya ha mencionado el camarada, aprovisionadas. Solo en mi zona hemos conseguido dos vagones enteros de armas y munición.

Kiss no dio su brazo a torcer.

—No es el plan lo que me preocupa, sino el tiempo. La alternativa que propone Rajk, aunque sensata en otras circunstancias, tardaría demasiado en desarrollarse con éxito. Los soviéticos están a las puertas. Cuando lleguen, debemos estar preparados para levantarnos en armas; es preferible reclutar unidades militares de nuestra confianza que, tras recibir nuestra señal, puedan actuar a gran escala y tomar el poder.

Se sometió a votación y se valoraron los pros y los contras hasta dar con un plan de guerra consensuado.

> Tan pronto como el Ejército Rojo llegue a la frontera de Budapest, las tropas organizadas, bajo el mando de sus oficiales y con la ayuda de obreros y ciudadanos armados, asaltarán, a una señal determinada, el cuartel general del Ejército de ocupación alemán, el Astoria, el Royal, el Ritz, el Hotel Wien, el nido de la Gestapo en Svábhegy, la embajada alemana, los ministerios de la Cruz Flechada y la «Casa de la Lealtad». Otras formaciones de asalto ocuparán la oficina de correos, la dirección de la compañía de ferrocarril, las estaciones de tren y los nudos ferroviarios. Otras más tomarán posesión de los puentes del Danubio, de vital importancia para el futuro del país, neutralizarán a los guardias y desactivarán los explosivos. Según el plan, los grupos que combatan simultáneamente en estas acciones establecerán una conexión en la parte sur de Budapest con las tropas rusas y permanecerán allí hasta que las unidades del Ejército Rojo lleguen a la capital.

El mapa de la pared, tan fundamental para ellos como las retransmisiones de Radio Kossuth y Radio Moscú, señalaba con alfileres los avances soviéticos. Del mismo modo que las cíngaras leían la fortuna en la palma de la mano, ellos veían en aquellos puntos no el presente en el que estaban suspendidos, sino el futuro hacia el que se precipitaban.

János Kiss, en calidad de líder militar, fijó el alzamiento para diciembre. Antes, tendrían que ponerse en contacto con los rusos para presentarles el proyecto acordado.

En noviembre, la diferencia entre vivir o morir la marcaba una cuartilla de papel incompleta. Sanz Briz, que no era Dios para decidir sobre la existencia de los hombres, iba casi todos los días a la estación de tren con un fajo de *Schutz-Passes* en blanco, con su firma y el sello de la embajada, pero con espacios vacíos ahí donde los datos desnudos debían encapsular toda una vida.

Tras abastecer a los protegidos con víveres del mercado negro que pagaba de su bolsillo o gracias a las generosas sumas que donaban sus amigos aristócratas, Perlasca y él iban a la estación del Oeste. En el juego de dados infernal en el que se había convertido Budapest, no eran ellos los únicos diplomáticos que pronunciaban nombres hasta que se les quebraba la voz o los que arrancaban a personas al azar de las garras de su destino. Puede que Sanz Briz no fuera Dios para decidir sobre la existencia de los hombres, pero sí padre, y veía a sus hijas en las caritas de los niños que se aferraban a las faldas de su madre en el andén.

—¡Esta familia está bajo la protección de España! —bramó mientras se acercaba a una mujer joven, de la edad aproximada de Adela, que estrechaba a sus dos hijas contra el pecho.

Hablaba francés a la perfección; el alemán, debido a sus viajes y a su misión diplomática, mucho peor, aunque lo iba entendiendo; del húngaro apenas conocía un par de palabras de cortesía. Aun así, le tendió el papel y la estilográfica y, en aquella mezcla de idiomas, teñida por el miedo y la urgencia, le indicó que rellenase sus datos personales.

—Tu nombre…, *nom*… *név*…

A su espalda, el alarido de Perlasca como signo de exclamación.

—¡A estos muchachos los protege el gobierno de España!

Un par de mellizos que aún no abrazaban la adolescencia. Flacos, como lo estaban todos, de rizos trigueños y unos ojos enormes, negrísimos, que se volcaban sobre el mundo sin mirarlo con detenimiento, víctimas de la misma resignación que Sanz Briz había visto tantas veces.

—¡El gobierno de España los protege! —insistió Perlasca.

Ignoró los gritos del comandante alemán que daba zancadas hacia ellos, dispuesto a devolverlos a la fila. Con ayuda del conductor, los arrojó al interior del coche diplomático, cuya puerta cubrió con la espalda para impedir que otras manos tocasen a los menores.

—¡Este vehículo es territorio español! —repitió mientras le cortaba el paso al oficial—. ¡Usted no tiene jurisdicción alguna sobre él! ¡Ya le he dicho que los niños están bajo nuestra protección!

Un movimiento rápido, cortante. Bajo la luz tenue del atardecer, la pistola brilló plateada contra la sien del italiano.

—Déjeme hacer mi trabajo, ¿entendido?

Perlasca separó los labios, pero de ellos no salió más que un vaho grisáceo, casi fantasmagórico. La voz que se alzó sobre las demás, firme a pesar del temblor que recorría los dedos con los que aferraba el brazo del comandante, pertenecía a Sanz Briz.

—¿No se da cuenta de lo que está haciendo? —vociferó—. Este hombre es un trabajador acreditado de la embajada de España. Si le hace daño, estará atentando contra un país neutral. ¡Baje el arma!

—Hemos recibido órdenes precisas —explicó el oficial, no solo a Sanz Briz, sino también al coronel que se aproximaba a ellos, alertado por el ruido—. Los vagones han de llenarse de un número específico de personas según una lista acordada. Una lista, señores, en la que figuran los nombres de esos individuos que intentan llevarse.

Perlasca no se acobardó. Bajo la presión que ejercía su camarada, la pistola descendía por su rostro, una extraña caricia del metal a la piel.

—¡Esos niños…, esos individuos que usted dice…, figuran también en nuestra lista!

—Mi compañero tiene razón —aclaró Ángel, que también se volvía hacia el recién llegado—. Tengo su documentación en la mano. Si quieren, puedo enseñarles también las órdenes que nosotros hemos recibido de Madrid y la autorización del gobierno húngaro, pero de esos niños respondemos nosotros.

El comandante bajó la pistola, aunque no la guardó hasta que el coronel, con un gesto levísimo de la mano, se lo indicó. Pese a que sonreía, la calidez propia de aquel gesto no se reflejaba en los ojos, tan pálidos que, a la luz, el iris casi se confundía con la esclera. De

nariz larga, delgada, y rostro anguloso, recordaba a un ave de rapiña que no lograra saciarse jamás.

—Pueden quedárselos —siseó mientras apartaba a Sanz Briz—. Ya les llegará su hora.

Perlasca apoyó la cabeza en el coche para recobrar el aliento. Oía como un eco los pasos de aquellas botas que se alejaban y apenas sintió el tacto de su compañero cuando este, que tampoco lograba controlar la respiración, lo ayudó a sentarse junto a los muchachos. Hasta que estuvo a su lado, apretado contra los judíos que habían rescatado, hasta que el conductor arrancó y dejaron atrás la estación, no pudo susurrar:

—Era Eichmann.

Perlasca torció el gesto.

—¿Cómo dices?

—Ese coronel alemán era Eichmann.

Eichmann. Ocho letras como preámbulo del terror. Eichmann, que había dibujado los croquis, puesto los cimientos y colocado la primera piedra de la destrucción de los judíos de Budapest. El máximo arquitecto de la barbarie que querían evitar, Eichmann.

—¿Dijo que a los niños ya les llegaría su hora? —musitó Giorgio, más para sí que para el resto de los pasajeros del vehículo—. A él también, y más pronto que tarde. Ya clamará a Dios cuando los soviéticos entren en Budapest.

Ángel asintió. Aprovechando aquel espacio tan reducido, se inclinó más hacia él para susurrarle al oído:

—De eso quería hablarte. He vuelto a recibir permiso de Madrid para trasladar a Suiza al personal de la embajada. Yo…, tal y como

están las cosas, no pienso marcharme hasta que sea absolutamente necesario, pero si tú quieres…

Perlasca no le dejó seguir.

—No, yo me quedo. No podría irme con la conciencia tranquila, pero tú piénsatelo mejor, tienes dos niñas pequeñas y sabes tan bien como yo que los soviéticos no serán amables contigo. No te arriesgues más de la cuenta.

Sanz Briz le sonrió.

—Gracias, amigo. No seré yo quien te lo impida si de verdad quieres permanecer en Budapest. Ya sabes que confío en ti. Por eso me gustaría que vinieses a la reunión de embajadores neutrales que ha convocado el nuncio esta noche. Si tú te quedas, serás mis ojos y mis oídos cuando yo me vaya.

—Y tus manos y tu cerebro y tu corazón, todo. Con lo que están haciendo esos canallas y con lo que yo te debo…

La mañana siguiente a la reunión, en la que firmaron una nota conjunta que responsabilizaba al gobierno húngaro de los crímenes perpetrados contra los judíos, Sanz Briz visitó al ministro de Asuntos Exteriores para denunciar en persona los ataques constantes a sus protegidos. Por escrito, en el comunicado que remitió después a Madrid, las palabras escuetas disipaban la rabia que se extendía por su organismo como una enfermedad.

> El ministro de Asuntos Exteriores me comunicó que lamentaba los incidentes, de los que culpó a las milicias de la Cruz Flechada, a las que, según dijo, lleva semanas instando a respetar los documentos extranjeros. A modo de excusa, advirtió además de que estos ataques se suceden también en los edificios

protegidos por otras legaciones. En mi presencia, telefoneó a la persona responsable de las deportaciones y le ordenó que designase a un oficial que, acompañado de un representante de esta embajada, rescatará a los judíos españoles de las marchas de la muerte.

Este gobierno está absolutamente sobrepasado y es incapaz de cumplir la más mínima orden. Me temo que la inmensa mayoría de la población de Budapest espera ansiosa la llegada de las tropas soviéticas, cuya actitud no puede ser peor que la del régimen actual.

Dudó un instante sobre la última frase, consciente de su significado literal y del que extraería el ministro en Madrid, pero la mantuvo. Él había visto a los bolcheviques en su propia guerra y su opinión sobre ellos se mantenía inamovible. Aunque estuviesen en las antípodas políticas, aunque en aquel conflicto fraterno él hubiese temido las checas tanto como cualquier otro, aunque no podía esperar de ellos un trato civilizado si seguía en la ciudad cuando la asaltasen, se negaba a considerar una crueldad peor que la de la Cruz Flechada.

Con una mano rezaban el rosario y, con la otra, disponían las balas con las que asesinaban a sus propios compatriotas a las orillas del Danubio. Para mantener la cordura, podía obligarse a descartar esa afirmación como un rumor, pero él veía las manchas de las hemorragias como fantasmas rosados en el adoquinado cada día que visitaba a los refugiados del parque Szent István. Aquellas personas, que bastantes horrores vivían entre cuatro paredes para inventarse otros, también lo habían presenciado desde las ventanas, temblando de miedo por si aquellas milicias se envalentonaban e iban a por ellos sin consideración alguna por la bandera española que pendía del muro.

Asesinos y criminales. Herido por un grupo de ellos, el representante danés había abandonado el país tras dos semanas de convalecencia en el hospital. El suizo, aterrado, también había regresado a su país de origen. A él mismo se le agotaba el tiempo, pero no se atrevía a enviar el último despacho que sellase su suerte. ¿Cómo hacerlo, cuando tantas almas aún clamaban por él?

XXII

Budapest, 19 de noviembre de 1944

En el edificio Nikótremia de la calle Nádor, la dirección y los representantes de los partidos que componían el Comité de Liberación se reunieron para poner por escrito, por un lado, una carta al mariscal Malinovsky y, por otro, un memorándum dirigido al Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores Mólotov, cuyas tropas se dirigían a Budapest. Redactaron los borradores en húngaro y en francés, puesto que nadie, ni siquiera Rajk, que había combatido mano a mano con ellos en España, hablaba el ruso con fluidez.

Señor Mariscal:

En nombre del Frente Húngaro, que representa a la mayoría democrática de nuestra nación, y del Comité de Liberación del Movimiento Nacional organizado contra los subyugadores alemanes, se ha enviado una delegación a Moscú para preparar la comunicación y la cooperación política y militar con la Unión Soviética. Le ruego, Excelentísimo Señor, que informe sobre nuestras intenciones y que ayude a establecer contacto directo entre el Comité de Liberación y el Segundo Ejército Ucraniano.

Se lo agradece sinceramente,

ENDRE BAJCSY-ZSILINSZKY

1. Aquellas tropas húngaras que abran el frente a los soviéticos no deberán ser tomadas como prisioneros de guerra, sino que se les permitirá participar en el combate como un cuerpo de pleno derecho y bajo mando húngaro.

2. Los soldados húngaros que hayan sido tomados prisioneros por los soviéticos desde 1941 deberán ser reintegrados a estas tropas.

3. Los cuerpos húngaros deberán ser auxiliados por partisanos y grupos de trabajadores que luchen en áreas aún no liberadas, creando así un ejército de liberación al que deben suministrar con urgencia equipo y armas modernas.

4. La administración civil húngara debe permanecer en la Hungría liberada.

5. Debe establecerse una coordinación y cooperación práctica entre las partes.

Ádám leyó la traducción al francés del documento en la casa de Iván Boldizsár, que tanto le gustaba no porque fuese grande (que no lo era) ni cómoda (tampoco), sino porque olía a escritor. El aroma a tinta húmeda impregnaba las paredes; del tendedero colgaban páginas mecanografiadas que la señora había puesto a secar porque Iván, que se había quedado trabajando hasta tarde, había vertido té sobre ellas. A los ruidos habituales de una residencia pequeña y obrera se le añadían el tecleo constante de la máquina, los resoplidos airados y el crujido de una bolita de celulosa antes de ser arrojada a la basura.

Si se concentraba solo en la carta que tenía delante y dejaba que lo demás se desdibujase, a Ádám le parecía estar en presencia de Jonatán, que garabateaba en el cuaderno cuando él, invariablemente, llegaba tarde al café en el que habían quedado; que le dejaba notitas en el margen de los libros que le prestaba; que trasnochaba para pasar a limpio un trabajo que había descuidado porque por nada del mundo habría rechazado la invitación a una fiesta. En la nieve que se acumulaba en la ventana, en ese invierno

que aún no había llegado pero que ya los asolaba, veía los meses muertos en Vorónezh. La casa de Boldizsár suponía para él una suerte de viaje en el tiempo, y ninguno de los recuerdos en los que se sumergía le parecían menos probables que la delegación que habían enviado a Rusia.

—¿Qué? ¿Intentando sacarle fallos a la traducción de mi Josette? Porque tú el francés también lo hablabas, ¿no?

Ádám le sonrió. Se había vuelto al notar la sombra que su cuerpo proyectaba sobre la misiva, antes aún de oír a Iván. Mientras se la devolvía y este le entregaba, a cambio, una taza humeante, dijo:

—*Comme si, comme ça*. No tengo la fluidez del alemán, pero claro, no sé si eso nos iba a ayudar mucho con los soviéticos.

—No, no creo yo que la lengua de nuestros enemigos los fuese a convencer.

Se sentó al otro lado de la mesa. Ádám, tras acercarse la taza a los labios, estalló en una carcajada floja, seca, innecesaria en un momento como aquel, que, sin embargo, daba testimonio de la amistad que los unía.

—Hombre, no me digas que te has aficionado al sucedáneo, con la de botes de café café que te traje el otro día.

Iván ladeó la cabeza.

—Bueno, ya sabes que el que menos tiene es siempre el que más guarda. Anda, que tú tampoco estarás como para echar cohetes, que ya sé de dónde salió buena parte de los cuatrocientos mil pengős que han costeado el viaje de la delegación.

—Total, para lo que hacían en el banco…

Lo cierto era que, entre semejante desembolso, el dinero que entregaba religiosamente a Richárd para que lo repartiese entre los

jalutzim y el que su padre donaba a la legación de España, sus cuentas bancarias se hallaban en un estado desastroso. ¿Y qué importaba? Con aquel dinero por el que no había tenido que mover un dedo, que procedía de herencias familiares y de rentas de propiedades que rara vez pisaba, en 1944 podía comprar muchas cosas, entre ellas, la supervivencia.

Boldizsár, sin embargo, lo miró fijamente. En sus ojos, Ádám vio también reflejos de aquella última conversación en el Don, cuando ambos se consideraban muertos en vida. El escritor debió de percibir algo similar en él, pues sentenció:

—¿Te acuerdas de lo que te dije en aquel momento en que me intentaste ofrecer la única cajetilla de tabaco que te quedaba?

—Sí, sí, claro que lo recuerdo.

—Me preocupa que estés actuando como entonces.

Ádám chascó la lengua. El *családi kávépótló*[43] sabía mustio en el paladar.

—Mira, Iván, esta operación nos queda muy grande. Para que salga bien, de lo que no estoy seguro, nos hacen falta dinero y armas. De lo segundo ya se están encargando Tibor Mikulich por un lado y los comunistas por otro; en lo primero, gracias a Dios, puedo ayudar yo.

—Sé que esto —dijo alzando la carta de Bajcsy-Zsilinszky antes de colocarla sobre el frutero vacío— no es lo único que te angustia. ¿Qué te pasa? Llevas semanas con una sombra de preocupación que no puede deberse solo a la misión.

Ádám se humedeció los labios. En aquel instante, ante el sucedáneo y los cigarrillos compartidos, fantaseó con contárselo todo, desoyendo las normas más esenciales de la clandestinidad en

las que László Rajk los había instruido. Jonatán llevaba meses en Europa y le tenía la pista perdida desde septiembre. Los *jalutzim* tampoco sabían nada, pues mantenía una colaboración estrecha con ellos y la incorporación de un emisario extranjero a sus filas difícilmente se la podrían ocultar. Y la deportación de Sándor todavía lo quemaba por dentro y, sí, estaba apostando todo su dinero en una sola mano porque era lo único que le quedaba.

—Tú te acuerdas de mi amigo Jonatán Rozenfeld, ¿verdad?

—Coño, pues claro, el lingüista. El que emigró al Mandato cuando estalló la guerra, ¿no?

Ádám bajó la cabeza.

—¿Puedo contarte un secreto?

El semblante de Boldizsár se tornó serio.

—No. No, condesito, me cago en la leche, que ya sabes cómo van las cosas por aquí. Si algo nos sale mal y me detienen…, mira, no quiero tener nada tuyo que pueda cantar bajo tortura. Ni tuyo ni de nadie más. Me acuerdo de tu amigo y lleva muchos años en el Mandato y es natural que lo eches de menos.

Soltó cada palabra como un puñal. Al terminar, exhausto y trémulo, apoyó la frente sobre la palma de la mano. Los iris de Ádám, clavados en él, estaban anegados en lágrimas.

—Mira que al final has cantado, pero sobre ti mismo —susurró—. Tú tampoco te acabas de creer que esto nos vaya a salir bien, ¿eh?

—Es que… coño, condesito, es que si sale bien sería demasiado bonito y nosotros ya estamos acostumbrados a llevarnos palos.

—Demasiado bonito para creérselo y demasiado bonito para no luchar por ello —resumió Ádám—. Que esto lo pienso cuando estamos así, los dos solos, pero cuando nos reunimos todos… me da

por soñar otra vez e imagino que sí, que por una vez nos van a salir las cosas bien. Vamos, lo que dice Rajk, que no podemos perder siempre. Alguna vez tendremos que ganar, ¿no?

—Y Vilmos Tartsay, que es un buenazo. Te cuenta cualquier cosa y te la crees, porque no hay persona más afable en el mundo. Y János Kiss, que se porta con todos como un padre… —Le apretó el hombro —. Que sí, que es demasiado bonito para no luchar por ello. En la reunión del miércoles, cuando entregue estas traducciones, tendremos las cosas más claras.

—Sí, claro que sí. Si es que lo que nos pasa a ti y a mí es que tenemos la enfermedad del Don clavada, y no hay quien nos quite de encima esta apatía…

Cuando se abrazaron al despedirse, ambos alargaron ese momento de contacto humano un instante más de lo debido. Ahí estaban, dos camaradas de distinta edad, rutina y clase social, atravesados por las mismas heridas y agarrotados por los mismos miedos.

Quien salva una vida
Noviembre de 1944 — junio de 1945

La sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra.
Génesis 4,10

I

Budapest, 22 de noviembre de 1944

Pasaban las once cuando Ádám Farkas, Pál Széchenyi y János Messik aparcaron el coche frente a la casa de Vilmos Tartsay en la calle Andrássy. Una noche de finales de otoño, sin una sola luz, pues hacía meses que se les ordenaba a los vecinos que taparan las ventanas con placas para protegerse en caso de ataques aéreos. Al salir, envueltos por su propio vaho, la nieve amortiguó el sonido de sus pisadas y el timbre de sus risas.

—Condesitos, cómo se nota que sois la flor y la nata de Budapest —comentó Messik mientras cerraba la puerta del automóvil—. Llegáis tarde a las reuniones como a las fiestas de sociedad…

Ádám le propinó un golpe en la espinilla con el bastón.

—Pero si has sido tú quien ha insistido (¡insistido!) en acompañar a mi hermana al hospital, cabroncete.

—Es que algunos todavía somos caballeros.

Széchenyi, que se había adelantado, contuvo la respiración al reparar en el autobús azul estacionado frente al edificio. Se volvió hacia los otros dos.

—Mirad eso —susurró, y lo señaló con la cabeza—. No me gusta un pelo.

La sonrisa de Messik murió en los labios.

—A mí este silencio también me resulta sospechoso. ¡Deberíamos haber traído una metralleta!

Ádám no quiso oírlo. Ya acariciaba la pistola que guardaba en el antebrazo, oculta por las gruesas capas de ropa, a la que podía acceder sin contratiempos. Tras comprobar que sus camaradas lo imitaban, les hizo una señal con los dedos. En voz muy baja, entre dientes, masculló:

—Vamos a entrar como si nada. Si vemos algo sospechoso en el portal, sacaremos las armas, ¿de acuerdo?

Messik asintió. Trató de adelantarse, pero Ádám le apretó el hombro con fuerza y se lo impidió.

—Voy yo delante.

—No, hombre, que tú…

—Yo estoy lisiado. Si está la policía ahí dentro, me reducirán a mí primero sin problemas. Eso los distraerá y tendréis oportunidad de contraatacar. —Les guiñó el ojo—. Anda que, de los tres, yo soy el único que tiene experiencia con el plomo…

Tocó el timbre antes de que sus camaradas pudiesen hacerlo. Era una gélida noche de noviembre. En el cielo, despejado, sin una nube, hasta la luna creciente parecía dirigirles la más delgada de sus sonrisas.

La *házmester*, corpulenta, ya entrada en años, les abrió. Apenas los observó por encima de las cejas, muy poco pobladas, casi sin pelo, con aquellos ojos tan claros que se asemejaban a los de los ciegos.

—¿A quién vienen a visitar los señores?

—Vilmos Tartsay.

La anciana boqueó. Un instante de duda.

—Ah, sí. Creo que llegan tarde, pero sí, están arriba…

—Gracias. Y disculpe las molestias por la hora.

Le entregaron treinta fillér, una propina más elevada de lo habitual, por haberla hecho trasnochar y, una vez que quedaron fuera de su vista, sacaron las armas. En la calma que alimentaba la sospecha, las escaleras parecían no terminar nunca; subir los escalones requería un esfuerzo hercúleo del que solo podrían haber echado mano en sueños.

«Imagina que no pasa nada. La cara que pondrán cuando nos vean llegar con las pistolas en alto», pensó Ádám y llamó, esta vez con el puño. El clic del pestillo que giraba les indicó que, quien esperaba al otro lado, se hallaba ya detrás de la puerta. Le quitó el seguro al arma mientras esta se abría, con exquisita parsimonia, emitiendo un crujido muy agudo.

Hegyeshalom

El pueblo de Hegyeshalom se asentaba cerca de la frontera con Austria, a más de dos horas en automóvil desde Budapest, pero los judíos detenidos habían tenido que hacer el camino a pie sobre la nieve, sin ropa adecuada para las bajas temperaturas y sin apenas recibir alimento. En húngaro, Hegyeshalom proviene de la fusión de dos términos, *hegyes*, «montañoso», y *halom*, «colina». Si se dividiese el nombre una letra antes, se obtendría un significado nuevo, originado por el matrimonio entre dos lenguas muy distintas:

el húngaro *hegye*, «monte», y el hebreo *shalom*, «paz». El monte de la paz.

El páramo que atravesaron Sanz Briz, el abogado Zoltán Farkas y el policía designado por el gobierno húngaro en el coche diplomático era escarpado, blanco en la lejanía, pero de pacífico solo tenía la ironía fortuita de ese *shalom* que se atragantaba en la garganta al pronunciarlo.

La legación había recibido información muy precisa acerca del paradero de los judíos que faltaban. Poseían una lista, que habían contrastado con los testimonios de los testigos visuales que habían visto cómo se los llevaban. A algunos los habían pescado en la misma calle, en un momento de insensatez en el que habían salido en busca de alimento o, sencillamente, para huir durante un instante al menos de la atmósfera cargada de los pisos protegidos, del olor de cuarenta o cincuenta personas en una estancia pensada para diez a lo sumo, de las discusiones por acceder al servicio y de la epidemia de piojos. A otros, ignorando la rojigualda que colgaba del muro del edificio, los habían ido a buscar a las casas y los habían llamado por su nombre.

Viendo aquella caravana de hombres harapientos, descarnados, que manchaban la nieve con los restos de sus botas al romperse y la sangre de las heridas causadas por las palizas, a Sanz Briz le habría gustado poder prescindir del policía. Con él en el coche, solo se le autorizaría a llevarse a los judíos que le perteneciesen según la lista aportada. Si el gendarme no estuviese allí, sin embargo, se habría atrevido a realizar una estratagema similar a la de la estación de tren; habría entregado documentos en blanco a los varones en peor

estado, que difícilmente pudiesen continuar la marcha forzada hasta Alemania, hasta que sus manos quedasen vacías.

—Esta persona está bajo la protección de España —decía cada vez que identificaba a uno de los hombres que se tambaleaba en aquella fila monstruosa, sin fin, que llevaban minutos siguiendo con el coche.

Debido al deterioro físico a duras penas los reconocían por las fotografías que figuraban en los documentos de protección. Otras veces, Farkas o el propio Sanz Briz veían en aquellas miradas vacías, en las narices y en los labios que se amorataban por la gangrena y los golpes, algo que les recordaba a los individuos con los que habían tratado en la embajada y en los apartamentos del parque Szent István.

Budapest

La tabla de la puerta se retiró solo un poco, lo suficiente para que Ádám observase el vestíbulo desierto al otro lado. Elegante, burgués, decorado en tonos ocres y granate; no faltaba nada en él, excepto la presencia de seres humanos. Con un gesto sutil de la mano, instó a Pál y a Messik a que se mantuviesen alerta tras él.

Con la rodilla, hizo fuerza para abrir del todo y se adentró en el apartamento. Un gran salto de fe o de resignación. De inmediato percibió los cinco cañones que los apuntaban. Sintió las manos del detective de paisano que había aguardado contra la pared y que en ese momento, ayudado por un compañero, lo agarraba de los brazos y lo arrastraba por el suelo.

—¡Ríndase!

Al alarido de los guardias le respondió la sinfonía rota de los balazos. Pál Széchenyi, desde el umbral, disparaba a ciegas, incapaz de identificar más que figuras negruzcas a través de las gafas empañadas por el cambio de temperatura.

A uno de los hombres que tiraba de Ádám le alcanzó una bala en el estómago. Al desplomarse, de espaldas, el omóplato presionó el interruptor de la luz. Sumidos en la oscuridad, los destellos de la munición iluminaban la escalera.

Desprovistos de las sombras, como recibiendo una llamada ancestral, los investigadores de la Cruz Flechada que se escondían en el portal respondieron al ataque. Széchenyi, ciego por el vapor del calor humano, cayó de rodillas, derribado por un único disparo en la yugular, mientras Messik bajaba los escalones de tres en tres.

Hegyeshalom

El proceso era lento y a menudo frustrante. El policía que los acompañaba y los guardias que escoltaban aquella procesión patética verificaban, una a una, las identidades de los judíos antes de separarlos de la fila y entregárselos al cuerpo diplomático. Los hombres, que en varios días de ejercicio físico intenso apenas se habían llevado a la boca más que dos o tres cuencos de sopa aguada y templada, con frecuencia se desplomaban sobre Sanz Briz o sobre Farkas. Perdiendo todo decoro, lloraban sobre sus hombros para luego disculparse por haberles manchado las bufandas o los abrigos con su sangre y con sus lágrimas. Otros no decían nada. Se

incorporaban al nuevo lugar que les asignaban y miraban a sus salvadores sin fijar los ojos en ellos. No reaccionaban cuando les echaban mantas encima para que entrasen en calor ni tampoco al recibir un mendrugo de pan para que llenasen el estómago.

Ángel tachaba nombres de la lista, uno a uno. Pasadas varias horas, cuando ya era noche más que cerrada y apenas podía leer aquella hoja mecanografiada, tras haber peinado la zona sin descanso, tuvo que admitir la gravedad de la situación: no todos habían soportado la marcha.

—Falta este —indicó a los guardias, señalando el nombre con el dedo—. Artúr Leitman. Lo conozco bien. Su mujer, Katalin, se encuentra en un estado avanzado de gestación. Sus suegros viven en Madrid, tienen un restaurante húngaro en la calle Jardín. Es español de pleno derecho.

Con sus explicaciones intentaba hacer entender la importancia de una vida humana, que Artúr Leitman era más que un conjunto de letras sobre el papel, más que un número que no cuadraba en una lista. Había hablado con él, había escuchado la historia que le había contado su esposa Kati, había tocado con sus manos las fotografías y el libro de familia.

—Artúr cayó cuando nos aproximábamos a Komárom —aclaró un compañero en un susurro.

No dio más explicaciones delante de sus captores y asesinos. Aquel dato, desnudo, objetivo, también formaba parte de la historia familiar.

Budapest

Acostaron a Pál Széchenyi sobre el diván del vestíbulo de Vilmos Tartsay. Tirado, con la piel cerosa, amarillenta, parecía pertenecer más al mundo de los muertos que al de los vivos. Ádám se arrodilló frente a él. Con las manos entrelazadas, ejercía presión sobre la herida del cuello, pero no era capaz de detener la hemorragia; la sangre espesa, oscura y pegajosa se infiltraba en los huecos entre los dedos y no desistía hasta hallar una salida.

Széchenyi separó los labios, que ya palidecían. El vaho que cubría las gafas se había disipado y los ojos, vidriosos, se volcaban sobre su camarada como si pudiesen atravesarlo. Tomó aire.

—No hables —le pidió Ádám—. Van a llevarte al hospital, ¿de acuerdo? Guárdate las fuerzas.

—Messik… —jadeó Pál, con dificultad—. A Messik también…

No terminó la frase. Su propia sangre, acumulada en la garganta, le impidió continuar. Se pasó la lengua por los labios, con el rostro ya carente de color, y Ádám apartó las manos de la hemorragia. Conocía el final. Había estado en esa misma situación antes, en idéntica postura, sosteniendo la cabeza a un soldado más inexperto que él, viendo cómo la muerte llegaba despacio en las extremidades que se enfriaban, en la piel que se acartonaba y en las miradas que se perdían.

—Tranquilo —le susurró—. Tranquilo, amigo…

Le acarició el brazo, ya rígido; luego subió al pecho, que ascendía y descendía, entre gemidos, con mayor lentitud. Széchenyi alzó el índice, helado como el de una estatua, para rozarle la frente. Al separarlo del cuerpo, lo sostuvo frente a él como si quisiese

estudiarlo, detenerse un instante más largo a observar el reguerito rojo que bajaba hasta la muñeca.

—No es nada, hombre —musitó Ádám—. Me golpeé la cabeza contra la mesita cuando me tiraron al suelo, pero ya sabes que la tengo muy dura. —Forzó una sonrisa—. A mí sí que no van a tener que llevarme al hospital.

Como a sus tropas en Vorónezh, no le dijo que lo evacuarían pronto y que se recuperaría. Lo respetaba y lo quería demasiado para mentirle, de modo que se limitó a tocarlo, consciente del efecto analgésico de otra piel, del calor humano mientras sus propios sentidos se disipaban. Se quedó con él hasta el final, acariciándolo, hablándole en voz baja, hasta que se puso muy blanco y muy quieto, como tallado en mármol.

La muerte había sido amable con Pál y no había tardado en llegar. Ádám lo abrazó, en vano. Los inspectores, que habían permitido ese momento de ternura mientras ellos se ocupaban de sus propios heridos, tiraban de él hacia atrás.

—Ya ves que la resistencia es inútil —le decían, hasta que lograron apartarlo del cadáver—. ¡Vamos! ¡O te vienes con nosotros o te mandamos con él!

János Messik apoyó la cara en la pared. Su rostro, cubierto por una delgada pantalla de sudor centelleante a la luz de la luna, se pegaba a los azulejos. Tambaleándose, mientras se apretaba la herida del vientre, había huido escaleras abajo hasta encerrarse en el baño del apartamento de la *házmester.*

En el sopor de la inconsciencia que iba y venía, veía imágenes de su casa, de su familia, entremezcladas con viñetas de las reuniones del comité y de los largos meses en el cuartel. Agarrotado por el dolor, regresaba siempre al momento presente, a la madrugada teñida de ecos de sangre, con una gran bocanada de aire, porque su cuerpo luchaba por seguir con vida aun cuando su mente comprendía que ya no podía ganar.

Ni apreciaba ni ambicionaba la vida militar. Licenciado en Derecho, había adquirido cierta fama como abogado corporativo cuando recibió, como una trampa, la citación del ejército. No había tenido cuidado, ni durante la instrucción ni tras haber recibido destino. Entre bromas y comentarios agudos, obvió la máxima que la generación de sus padres repetía como un padrenuestro: aquel que empieza pronto, acaba muy alto y con una soga al cuello. Se había negado a ocultar sus inclinaciones antigermanas y, tras tanto tiempo ignorando al lobo en el umbral, ahí estaba, le habían dado caza.

Un golpe en la puerta ahogó con su estruendo los ruidos que descendían de los pisos superiores, y que a él, entre sueños, le llegaban amortiguados.

—¡Sal! ¡Sal ahora mismo de ahí!

La luna en el cielo, a través del ventanuco, como un niño que reía. La luna en el cielo como un ancla a la que aferrarse. Cerró los ojos.

—¡No! ¡Lucharé contra la Cruz Flechada hasta el último aliento!

—No tienes escapatoria, ¿no te das cuenta? Si sales, te llevaremos al hospital. Si te quedas ahí dentro, morirás desangrado como un perro. Mira, como tu compañero. ¿Eso es lo que quieres?

Messik apretó los párpados.

—¿Qué compañero?

No obtuvo respuesta. Repitió la pregunta con idéntico éxito. Los músculos, que se le encogían por la debilidad y el duelo, lo hacían retorcerse en el suelo. Mientras bailaba en ese estado entre la sobriedad y el desmayo, llamó asesinos a sus captores, una y mil veces, hasta que los sonidos específicos se fundieron con uno solo, incomprensible, como una piscina de ruido que no podía desgranarse en unidades más pequeñas.

Oyó un pestillo que cedía y sintió la fuerza de un par de manos que lo agarraban de las axilas y tiraban de él hacia arriba. Su carne, que quería seguir viva, había aprovechado la debilidad del espíritu para renegar del escondite.

II

Cuando el paciente llegó al hospital escoltado por la policía, lo primero que Erika pensó fue que habían retrasado de manera consciente su evacuación, quizá para sonsacarle en el interrogatorio información que no habría compartido de haber estado en posesión de sus plenas facultades. Después, identificó los rasgos personalísimos en aquel rostro que ya se afinaba con la muerte que llegaba y se dio cuenta de que conocía al hombre en la camilla.

—¡Jancsi! —exclamó mientras lo acompañaba.

En el susto, la lengua la había traicionado al pronunciar el diminutivo cariñoso, reservado para los amigos y los compañeros de armas, que sonaba sacrílego en el recogimiento severo del hospital. Le tomó la mano, que había sostenido la noche anterior, en el coche; rígida y helada, acariciarla no se diferenciaba mucho del roce fervoroso con el que los creyentes tocan las estatuas de los santos. Los ojos de Messik, musgosos, entreabiertos, vagaron hasta fijarse en ella.

—Pál Szé… —contrajo los músculos, incapaz de reunir la fuerza suficiente para pronunciar el nombre— está… m-muerto.

Erika le apretó los dedos, de modo que pudiese sentir el calorcito que emanaba de los suyos, mientras los médicos retiraban las capas de ropa, anegadas de aquel líquido bermellón, en un intento

desesperado por contener una hemorragia que no cesaba. El tiempo, una vez más, era el peor de los enemigos.

—No digas nada —musitó ella, procurando que ni la postura ni la voz delatasen su miedo y el luto incipiente—. Van a llevarte al quirófano. Te harán una transfusión…

Repitió, paso a paso, y sin dejar de tocarlo, el proceso que seguirían por juramento hipocrático y no porque confiasen en que, en su estado, pudiese resultar salvador. Messik tomó aire, con un gran esfuerzo.

—Tu… tu hermano…

Las cejas de Erika temblaron.

—¿Mi hermano? ¿Qué le pasa?

—Tu…

No oyó la respuesta. El personal médico se lo estaba llevando, y él, que giró la cara contra la almohada, se quedó al fin dormido.

Budapest, 23 de noviembre de 1944

El ministro de Asuntos Exteriores ha reunido a representantes de países neutrales para explicar la manera en que el gobierno va a resolver el problema judío. Los judíos protegidos de los países neutrales serán concentrados en un gueto especial hasta el momento de su traslado a los países protectores. Se les permitirá pasear por la calle del gueto de ocho a nueve de la mañana. Los no protegidos y hábiles para el trabajo serán «prestados» a Alemania. Su suerte definitiva será resuelta al final de la guerra. Los demás quedarán concentrados en un gueto. Se señalan algunas excepciones para los judíos que han prestado servicios especiales a la patria y para los sacerdotes cristianos de origen judío.

SANZ BRIZ

A finales de noviembre, sin apenas haber pegado ojo tras la operación del día anterior, y con demasiada experiencia a sus espaldas, las esperanzas de Ángel en las promesas de los húngaros eran relativas. Tras la reunión, concertada a primerísima hora de la mañana, se había dirigido a pie al parque Szent István. Puesto que los edificios que tanto él como el resto de las legaciones habían alquilado se encontraban en la misma zona, por pura conveniencia se erigiría allí mismo el llamado gueto internacional, aparentemente más seguro que el del distrito VII, núcleo habitual de la violencia de la Cruz Flechada.

Una vez allí, explicó la nueva disposición. Al cuerpo diplomático le habían asegurado que se designarían oficiales que resguardasen las casas protegidas de las milicias, pero él, que ya no se fiaba, recomendó que no abandonaran los pisos salvo emergencia y no abrieran la puerta a nadie que no perteneciese a la embajada.

—Ya queda muy poco —les dijo, y con sus gestos trataba de apaciguarlos—. Aguanten unas semanas más.

En silencio, se repitió a sí mismo idéntica directriz. Su rutina comenzaba siempre de la misma manera, moviendo los alfileres en el mapa a gran escala de Hungría que colgaba de la pared de su despacho en Villa Széchenyi. Las tropas soviéticas se hallaban inmersas en un periodo estático, de reagrupación, a apenas veinte kilómetros del centro de la ciudad. Su propia ventana para salir a salvo del país se estrechaba. Sabía que, ante un nuevo avance del Ejército Rojo, sus posibilidades se reducirían de manera exponencial.

Dejó la nota que acababa de redactar a un lado y se sacó la cartera del bolsillo interno de la chaqueta. Observó la instantánea de fotomatón que se había tomado con Adela en la primavera del año

anterior, como una pareja de novios enamorados más que como un matrimonio joven con un proyecto familiar ilusionante. En las fotografías, Adelita crecía más de lo que él había sido capaz de percibir en persona. Y Paloma, su Palomita a la que todavía no había podido abrazar ni besar, vivía para él en aquella única imagen que había recibido.

—Volveré con vosotras —murmuró, y acarició aquellos rostros en blanco y negro una vez más, antes de ocultarlos de nuevo.

La espera, se prometió, se alargaría un par de días más, los suficientes para dejar todos los asuntos en orden: instruir al personal que permaneciese en Budapest, preparar suficientes documentos en blanco para proteger a más judíos en su ausencia y designar entre ellos a alguien que continuase de manera directa su labor, al igual que él había tomado las riendas del asunto tras la destitución de De Muguiro.

Amanecía cuando János Messik exhaló su último aliento sobre la mesa de operaciones. A pesar de su disposición, las heridas de bala no habían dañado ni arterias ni órganos vitales esenciales. De haber recibido tratamiento médico de urgencia, el pronóstico de aquel paciente joven, de veintinueve años y en perfecta forma física, habría resultado favorable.

El tiempo le había puesto la zancadilla. Debido a la profusa hemorragia, sostenida durante tantas horas, el cuerpo debilitado colapsó a pesar de las transfusiones de sangre y de los esfuerzos de los médicos.

Erika, que conocía el final desde el principio, no se movió de su lado. Cuando los médicos desistieron y certificaron la muerte, pidió ser ella la encargada de preparar el cadáver antes de entregárselo a su familia. ¿No era acaso ese un trabajo de mujeres? Desde tiempos inmemoriales, los hombres mandaban a sus hijos a la guerra y eran las hermanas, las esposas, las madres y las abuelas las que atendían y velaban a los difuntos. La violencia podía pertenecer a los varones, pero la muerte era asunto de ellas, cuya anatomía engendraba también la vida.

Debido a las circunstancias en que había tenido lugar el tiroteo, que a la mañana siguiente se camuflaría en la prensa como un accidente de trabajo en el cuartel, no se lo permitieron. Por la amistad que la unía con Messik, quien ya no existía, la relegaron de sus obligaciones y le dieron el resto del día libre, pero ella, incapaz de volver a casa para descubrir que Ádám no estaba, se quedó en la sala de descanso de las enfermeras.

Permaneció allí horas, quieta, callada, sin lograr conciliar el sueño, levantándose únicamente para acercarse al lavabo y frotarse las manos hasta hacerse llagas en los nudillos y en las falanges. Solo salió cuando fueron a buscarla para comunicarle que la policía, que ya había comenzado las investigaciones pertinentes, se encontraba fuera y deseaba hablar con ella.

Estaba en una sala austera, espartana, de la cárcel de la calle Margit. Desnuda de decoración y mobiliario, a excepción de la mesa y las dos sillas (una para ella y otra para el interrogador), no habían tratado de esconder las manchas de sangre seca del último

detenido, quizá para intimidarla. Sin reloj ni ventanas, calcular el paso del tiempo resultaba una tarea imposible. Los gritos de los presos, a los que torturaban en las habitaciones contiguas, sumergían la estancia en un bucle interminable cuya salida no se podía concebir.

Le ofrecieron cigarrillos, que rechazó alegando la verdad, que no fumaba ni lo había hecho nunca. Su hermano estaba ahí mismo, le dijeron, en la sala de al lado, ¿no lo oía? De ella, y de la sinceridad con la que respondiese a sus preguntas, dependía que se alargase o no su sufrimiento.

Erika estiró la espalda. Para forzarse a mantener la serenidad, y a que nada en su postura o en su expresión revelase el pavor que hacía mella en ella, puso las manos sobre la mesa, donde pudiese verlas. Así evitaría que los temblores confesasen mucho más que las meras palabras.

—Lo lamento, señor, pero todavía no se me ha informado del crimen del que acusan a mi hermano.

El interrogador arqueó una ceja fina. Era húngaro, como ella. Joven, como ella. Proveniente de una familia privilegiada con acceso a las mejores escuelas de la capital, como ella. Entre aquellas cuatro paredes, sin embargo, el asiento que ocupaba cada uno borraba todo lo demás. Eso le comunicaba él con una sonrisa despiadada que curvó sus labios bien definidos para aseverar:

—Usted vive con su hermano, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y es, o era, digamos…, íntima amiga de los finados Pál Széchenyi y János Messik, ¿me equivoco?

Erika se mordió las mejillas, consciente de la omisión voluntaria de los rangos de ambos y del título nobiliario de Pál.

—No, no se equivoca. Al alférez Pál Széchenyi lo conocía desde niña y fue precisamente él quien me presentó hace un par de años al teniente primero János Messik.

Aquella sonrisa nauseabunda, afilada, creció.

—¿Espera que me crea, entonces, que no sabía usted nada de sus actividades, viviendo con su hermano como lo hace y manteniendo una relación tan estrecha con Széchenyi y Messik? Teniendo en cuenta, además, que el personal del hospital la vio llegar anoche en el coche que Messik conducía y que sigue aparcado en la calle Andrássy, donde detuvieron a los organizadores y a los miembros de la célula subversiva. ¿Espera que me lo crea?

Erika tragó saliva. Clavó la mirada en aquel hombre de rostro alargado, delgado, para no caer en la tentación de ocupar las manos y delatar los nervios que la atenazaban.

—Le aseguro que no sabía nada. Ellos nunca hablaban de política conmigo.

El oficial rio.

—¡Ah, no, porque en la guerra de lo que se habla es del tiempo!

—Entre caballeros, me imagino que sí se habla de política, pero a mí me han educado de otra manera. —Dirigió un vistazo furtivo a los dedos de su interlocutor y, en concreto, a la alianza que le rodeaba el anular—. ¿Habla usted de política con su mujer?

Los ojos del interrogador, oscuros y estrechos, centellearon.

—Claro que eso, la política, no es un tema que se trate con las esposas. —Se inclinó ante ella, triunfal, como un ajedrecista experimentado que gana una vez más la partida—. Eso se reserva

para la cama, con las amantes, que eso era usted para János Messik, ¿no? ¿O para Pál Széchenyi? Siendo ambos aristócratas, me imagino que los unía un lazo más familiar que la mera amistad, pero, mire, al no ser primos carnales, hasta habrían podido ustedes casarse sin dispensa papal.

Erika contuvo la respiración. No dijo nada, ni para excusarse ni para confirmar o desmentir los detalles de su relación con los caídos. Aguardó una pregunta que no llegaba, un nuevo golpe como una trampa mortal. Para ignorar los alaridos de los presos, que no cesaban, repasó en su mente la lista de los huesos de una mano humana, las lunas de Júpiter, las declinaciones del latín y las vidas de los santos.

—Lo oye, ¿verdad? —insistió el hombre frente a ella—. Su hermano está gritando. ¿Podría recordarme usted las lesiones que sufrió en el Don?

—Un disparo en la cabeza, entre otras heridas menores.

—Un disparo en la cabeza. Una lesión, me imagino, mortal en la mayoría de los pacientes. Usted, que es enfermera, ¿podría explicarme el proceso por el cual salvó la vida?

Erika se humedeció los labios. De haber estado sola, se habría tapado los oídos con las palmas para escapar de aquellos aullidos que iban *in crescendo* y le impedían pensar con claridad.

—En primer lugar, la nieve. En enero de 1943, las temperaturas en Vorónezh descendieron a treinta o cuarenta grados bajo cero. Al caer de espaldas, la nieve fría contra la cabeza impidió la inflamación del cerebro, que habría resultado fatal. En… en la cirugía se busca algo parecido. Se trepana el cráneo para evitar que cualquier hinchazón cause daños irreversibles; una vez que el órgano regresa

a su estado habitual se… se coloca una placa de metal para tapar el agujero.

—La placa de metal, me figuro, protege el cerebro de cualquier golpe posterior que pueda recibir el paciente, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Pese a ello, me imagino que esa será siempre una zona sensible y que un impacto contundente en ella tendría efectos devastadores, ¿no es así?

Erika no respondió. No había interrumpido el contacto visual; para que el dolor la distrajese, seguía mordiéndose el interior de los labios hasta notar el sabor metálico de la sangre en los dientes.

—¿No me responde? —insistió él—. La tenía por una alumna aplicada. ¿Se trata o no se trata de una zona vulnerable, a pesar de la placa?

—Sí.

El hombre asintió.

—¿Va a empezar a contarme la verdad, entonces, o vamos a tener que sonsacársela a su hermano a la fuerza? ¡Quiero nombres, quiero datos, quiero direcciones! Si colabora, le prometo que ordenaré que devuelvan a su hermano a la celda y que no lo golpeen más.

Erika apretó los párpados. Los músculos, que se le contraían a pesar de su férrea voluntad, hacían que las manos temblasen y las muñecas chocasen contra la mesa.

—Yo ya le he dicho todo lo que sé —murmuró—. Para que dejen tranquilo a mi hermano yo podría darles nombres al azar. Los nombres de sus amigos, de sus viejos compañeros de armas…, pero no ganarían nada porque yo no estoy al tanto de ninguna célula ni

de ninguna… ¡Ni siquiera sé de qué actividades específicas se le acusa!

El interrogador clavó los codos sobre la mesa en la que ella estaba apoyada. Le alzó la barbilla con dos dedos, para obligarla a mirarlo de nuevo.

—¿No lo sabe aún? Mire, se lo diré: a su santo hermano se le acusa de alta traición durante emergencia nacional y de conspirar para suministrar tropas y armamento al ejército bolchevique.

—¡Pero eso es absurdo! Mi hermano es un héroe de Hungría. El plomo que todavía tiene en el cerebro pertenece precisamente al Ejército Rojo. ¿En qué cabeza cabe que quiera entregarse a él?

Una bofetada fuerte, imprevista, como única respuesta. Erika notó primero el cosquilleo del reguerito que le bajaba por la nariz y, luego, el olor envolvente, también metálico, del que no se podía desprender.

—¡No me tome por imbécil! Si al menos hubiese tenido la humildad de decirme, como hizo su criada, que lo que le pasa a su hermano es que está mal de la cabeza y no sabe lo que hace… Pero, mire, al menos ese vejestorio tuvo la decencia cívica de darme más información que usted. —Chascó los dedos hacia ella—. ¡Levántese y venga conmigo!

III

Tras sobrevivir al Don, al quirófano y a la larga recuperación, Ádám creía saber lo suficiente sobre el dolor. Su relación con él era íntima, la de dos viejos conocidos que, aunque no congenien, por cortesía se saludan cuando se ven por la calle. Las torturas a las que lo sometían sus captores, sin embargo, eran variadas e imaginativas. Entre pregunta y pregunta, le aplicaban electricidad en las manos. Si no contestaba, o si las respuestas que daba no resultaban satisfactorias para ellos, le insertaban los conductores de corriente directamente en los oídos hasta que era muy consciente de cada centímetro de su cuerpo; le habían roto un dedo y le habían arrancado las uñas, y tenía el torso amoratado y la nariz le latía como un órgano vivo. Un latigazo le bajaba por la columna hasta las rodillas y le causaba convulsiones en las piernas incluso cuando las descargas se detenían.

De la cabeza, esa parte de su organismo que en ocasiones había llegado a detestar, no podía librarse. El dolor que emanaba de ella, superior incluso al de los primeros días tras la intervención, lo paralizaba. Le impedía hablar, pensar e incluso sentir nada más que los tormentos. Mareado, se doblaba en dos con unas arcadas incontenibles que le llenaban la boca de ácido estomacal.

—¿Vas a hablar o tenemos que sacarle la información a tu hermana a golpes? Está aquí mismo, en la sala de al lado. Una chica muy guapa, por cierto, ya ves tú. Como suele decirse, una mujer de bandera.

Una sacudida recorrió la espalda de Ádám. El aire era demasiado cálido, asfixiante, y se pegaba a su cuerpo como una membrana molesta que le impedía respirar.

—Mi hermana no está metida en esto —susurró, y su propia voz le sonó muy lejana—. Es una niña. ¡Dejadla en paz, joder, que ella no sabe nada!

—¡El hermano amantísimo! ¿Te preocupabas tanto por ella cuando desviabas fondos para armar a partisanos que se uniesen a los soviéticos? Porque ya sabes qué les hacen esos canallas a las niñas bonitas como tu hermana, ¿verdad? —Le puso los conectores en la entrepierna—. A ver si la próxima vez que la veas va a tener un bombo. Eso si no la matan después, claro, que es lo que pasa cuando se estropean los bienes preciados: ya no sirven para nada y es mejor tirarlos.

Las palabras caían unas sobre otras, como naipes. Se estiraban y se despedazaban, y Ádám no habría podido decir si el motivo eran sus nervios o las secuelas de la lesión, exacerbadas por las torturas. Todo a su alrededor era blanco, borroso, y solo el esfuerzo de fijar la vista en su interrogador le impedía perder la consciencia.

—¡Ya he confesado! —chilló—. ¿Qué más quiere de mí?

—Que me des la información que necesito.

—Ya le he dicho todo lo que sé. Estábamos organizados en pequeños grupos precisamente para delatar al menor número de compañeros posible en caso de captura. Un enlace anónimo nos citó

a Pál Széchenyi, a János Messik y a mí en la dirección de la calle Andrássy en la que nos detuvieron. Se suponía que allí recibiríamos instrucciones para nuestra próxima misión, cuyas características no puedo describirle porque cuando llegamos nos recibió la policía.

El hombre afiló los labios en una mueca atroz. Descontento con la respuesta, que había escuchado tantas veces de distintas bocas, le aplicó otra descarga eléctrica. Ádám se desplomó, dio con la cara contra la mesa y gritó sin querer. De idéntica manera, le desobedecieron los procesos fisiológicos del cuerpo; un reguero cálido descendió por los muslos sin pedir permiso, hasta gotear por la pata de la silla.

—¡Vale! —chilló—. ¡Vale! ¡Hablaré!

—¿Me darás toda la información que solicite?

—¡Toda! ¡Toda! ¡Por favor!

—¿Ves? Si ya sabía yo que, en el fondo, íbamos a entendernos.

La descarga se detuvo. Ádám, con la mejilla aplastada contra aquella superficie fría, se concedió un par de segundos para recobrar el aliento. De manera gradual, entre temblores, se reincorporó. Con un movimiento torpe, impreciso, se palpó la camisa.

—¿Puedo… puedo fumar un cigarrillo?

El oficial no accedió directamente. En su lugar, se levantó e indicó al guardia que esperaba en la puerta que sujetase a Ádám de las muñecas mientras él mismo le introducía la mano en el bolsillo para sacar de él la cajetilla de tabaco. Con ella en las manos, emitió una carcajada floja, como de un profesor que se burla de las chiquillerías de un alumno.

—Parece que es verdad que te vas a portar muy bien, ¿eh, señor conde? —Le hizo gestos a su subordinado para que lo soltase—. Lo

que no puedo permitirte es que utilices las cerillas, pero mira. —Prendió una y se la acercó a los ojos—. ¿Ves? Yo me porto bien contigo y tú, a cambio, me ayudas a hacer bien mi trabajo. ¿Trato hecho?

Ádám asintió y abrió la caja de cartón. Con cuidado, extrajo uno de sus Nikotex, con el pulgar, ocultó la cápsula diminuta, que conservaba desde que Jonatán se la había entregado, y la presionó contra la punta del pitillo, luego se lo acercó a los labios.

El hombre que Erika tenía delante estaba encorvado, a modo de signo de interrogación humano, ante una mesa idéntica a la de la sala que ella había abandonado. La piel, roja y púrpura y abultada, como la pulpa de una fruta muy madura, desdibujaba los rasgos que quedaron a la vista cuando el guardia le tiró del pelo para que se irguiese. Debido a la altura y a los ojos, mucho más claros, tuvo la constancia de que no se trataba de su hermano.

—¿Reconoce a este hombre?

Las características personales, deformadas por las magulladuras y la hinchazón, le impedían poner nombre a aquel rostro que, pese a todo, le resultaba familiar. Sabía a ciencia cierta que la única persona que se le venía a la mente estaba en Haifa desde hacía años.

Se estremeció.

—Me temo que no.

El oficial no quedó satisfecho. Ejerciendo presión sobre sus hombros con ambas manos, la obligó a tomar asiento frente al preso y, no contento con ello, instó a su compañero a que lo inclinase de modo que la cara quedase más cerca de ella.

—¿Está segura? Crispó la espalda cuando lo vio.

—Es que… está muy malherido y me ha impresionado.

El interrogador torció el gesto.

—¿A usted, una enfermera? ¿No tratan en el hospital a pacientes en peor estado? Según tengo entendido, la formaron en un centro militar. Habrá visto, pues, heridas peores.

—Así es —confirmó con los dientes apretados—, pero es que eso, en un hospital, resulta natural. No… no esperaba…, no sabía qué me iban a enseñar.

El interrogador se arrodilló ante ella para clavarle la mirada.

—Voy a preguntárselo de nuevo, así que fíjese bien antes de contestar, ¿reconoce a este hombre, sí o no?

—No, no lo he visto nunca. Si forma parte de esa célula, yo ya le he dicho que no estaba al tanto de nada y que en nuestra casa no se celebraban reuniones nunca.

—Es curioso, porque su criada, a la que le hemos tomado declaración, sí ha mencionado una ocasión en la que su hermano recibió una visita muy sospechosa. Ya sabe que el servicio es como los perros: si se les cría desde pequeños, profesan una lealtad incondicional a su amo. En cuanto le dijimos a esa vieja que no torturaríamos más a su señor si ella colaboraba, empezó a cantar como un canario. Mencionó que, hará cosa de dos meses, recibieron la visita de un supuesto contacto comercial que ella reconoció como un tal Jonatán Rozenfeld. A usted ese nombre sí le suena, ¿no?

Erika forzó una sonrisa. El preso, que oscilaba entre la vigilia y la inconsciencia, posaba los ojos en ella sin llegar a clavarle la mirada.

—Eso es imposible, Jonatán Rozenfeld lleva muchos años en el Mandato. Aunque las fronteras estuviesen abiertas, no volvería; es

judío, sería un disparate. Precisamente emigró para no recibir una citación a trabajos forzados.

—No me ha dejado terminar. —Se irguió—. Resulta que al hombre que tiene delante lo detuvieron en posesión de una radio más o menos por las mismas fechas y en el barrio en el que viven ustedes. Dice ser un alférez británico e incluso ha proporcionado de manera voluntaria una serie de datos que dan credibilidad a su historia. Claro que, sin el código que utilizaba para comunicarse con sus superiores, es imposible verificar su identidad. ¿No cree usted que un hombre como Jonatán Rozenfeld, húngaro de nacimiento pero residente en el Mandato, podría ser útil a la inteligencia británica?

Erika sacudió la cabeza. Los labios del preso temblaban y ella no sabía si para tomar aliento, pues tenía la nariz taponada, o para decir algo, solo que lo segundo no iba a permitírselo. Si era de verdad quien creía, aquel sería otro nudo más en la soga que le habían puesto a Ádám en el cuello.

—Yo solo sé que este hombre no se parece a Jonatán y que Rózsa… —Tragó saliva—. Rózsa a Ádám y a mí nos quiere mucho porque nos conoce desde que nacimos y es casi como una abuela y…, no sé, la preocupación le hizo ver cosas donde no las hay.

En esa ocasión, fue el guardia quien la tomó a ella de la cabeza para aproximarla más al prisionero, de modo que las frentes de ambos casi se rozaron.

—Medite bien su respuesta. Piense en los estragos que los años y una mala vida pueden hacer en el aspecto físico de un individuo. ¿Está usted absolutamente segura de que este hombre no es Jonatán Rozenfeld?

Los iris, grises, parecían más oscuros en contraste con la esclera enrojecida. Anegados en lágrimas, le comunicaban una súplica que no supo identificar. ¿Qué condena era peor, para él, si sabía que Ádám corría su misma suerte? También ella, de poder dar marcha atrás en el tiempo y librar a Tibor de la muerte, habría sido capaz de cualquier cosa y ni el miedo ni el dolor la habrían perturbado. Habría hundido las manos en lava, tragado el propio fuego o saltado a la fosa de los leones, con tal de tener, a cambio, una sola conversación más con su mellizo.

—Ya le he dicho que no se parece a él, pero está… está muy magullado y tiene la cara llena de sangre. Si… si al menos pudiesen limpiársela…

Por una vez, cumplieron sus deseos. El guardia abandonó la sala durante unos instantes, dejándolos bajo la supervisión del hombre que aún sujetaba a Jonatán por el pelo y del que custodiaba la puerta. Al regresar, depositó sobre la mesa una palangana de agua con hielo y una esponja, que presionó contra su palma.

Sin esperar a recibir una orden verbal, Erika la mojó y procedió a limpiar las heridas de aquel joven, casi cuatro años mayor que ella, que hasta su marcha no se había perdido ni los cumpleaños ni los combates de esgrima; el mismo que se había sentado a la mesa del desayuno casi cada fin de semana y cuyas cartas Ádám había releído tantas veces que, de tanto doblarlas y desdoblarlas, las frases centrales se habían emborronado.

Ante el líquido helado, los músculos de la cara se le contraían. Las pupilas, en cambio, seguían fijas en ella y el labio inferior, trémulo, era la antesala de una confesión que Erika no iba a permitirle.

Porque no quería que a su hermano le hiciesen más daño y, si Jonatán caía por su culpa, aquella sería la peor tortura de todas.

—Si este hombre ha estado en nuestra casa, que no lo sé, entiendo que la criada se haya podido confundir, pero no es Jonatán Rozenfeld.

A modo de réplica, el guardia la tomó de las manos, que sumergió en el agua helada.

—¿Está usted segura? —preguntó él, que ejercía presión sobre ella de modo que no pudiese moverse—. Siendo enfermera y dedicándose además a la esgrima, no le conviene perder la sensibilidad en los dedos. Cuanto antes coopere con nosotros, antes le retiraré las manos de la palangana.

—¡Estoy segura! ¡Estoy segura! Estoy…

Desvió la mirada antes de pasar al alemán. Tenía la convicción de que el guardia, debido a su educación, conocía aquella lengua que ella deseaba que Jonatán no dominase.

—Estoy tan segura como lo estaría cualquier otra mujer que tiene el rostro del hombre que la violó grabado. ¿Cree que podría olvidarme? Jonatán Rozenfeld abusó de mí a los dieciocho años y, si duda, tengo en la muñeca la cicatriz que me hizo cuando se abalanzó sobre mí. ¡Por eso mi familia le pagó el visado a Palestina! —Inspiró. La cara, ardiente a causa de las lágrimas, contrastaba con las manos, que se encogían de dolor—. A este hombre podrán acusarlo de muchas cosas, pero es inocente del crimen de ser Jonatán Rozenfeld.

—¿Y por qué ha cambiado usted de idioma?

Erika, atravesada por espasmos, meneó la cabeza.

—Porque espero que este hombre no me entienda y porque me da vergüenza que un judío me haya mancillado en lo más sagrado. ¿Qué perspectivas de futuro cree que podría tener yo si esto saliese a la luz? —Contrajo la expresión—. Si quiere que le diga que tengo ante mí a Jonatán Rozenfeld, lo haré y este preso pagará por sus pecados, pero no será verdad y eso lo sabemos tanto usted como yo.

El guardia no dijo nada y tampoco la soltó. Se recreó en ella, en su sufrimiento, en las pequeñas convulsiones que revelaban la agonía física que trataba de ocultar. Le olía el pelo como el depredador a su presa y al acercar su boca a la oreja de ella, sonreía.

Jonatán, con los pómulos húmedos y brillantes por la limpieza y el llanto, se sacudió para librarse de la presencia del oficial que lo inmovilizaba.

—¡Basta! ¡Basta! —bramó, en inglés—. ¡Les daré los códigos! ¡Les daré los códigos de la radio, pero dejen en paz a esta mujer!

De un bofetón, el oficial que custodiaba a Ádám volcó la silla y lo tiró al suelo antes de que pudiese llevarse el cigarrillo mortal a los labios. Por si acaso, le pisó la mano, en carne viva, en la que aún sostenía la píldora de cianuro.

—¿Crees que no me sé todos vuestros trucos, desgraciado? —inquirió, y le tiró del cabello para obligarlo a mirarlo—. ¿Así es como agradeces tú la amabilidad?

Lo soltó y la patada certera que le propinó en el diafragma le cortó la respiración.

—Aquí nadie se muere si no lo digo yo, ¿te enteras? Pero no te preocupes que, si eso es lo que quieres, en ocho días vas a juicio, y en dos horas más, al paredón.

IV

Arañaba la madrugada cuando al señor György Farkas lo llamaron de la cárcel de la calle Margit y le permitieron, tras tantas gestiones, llevarse a su hija a casa.

—Y a su criada, si le interesa —agregaron.

Como pie de página, como última línea casi a modo de cortesía en un albarán. Porque allí una persona entraba entera, con su nombre y sus apellidos, y la sacaban pisoteada, desnuda de dignidad y de orgullo.

A Erika Farkas de Batthyány la devolvieron con solo el abrigo sobre los hombros (nada más y nada menos), la nariz partida y una marca roja y abultada en el pómulo que pronto se tornaría morada. A pesar de la cólera de su padre ante los funcionarios de la prisión primero, y de las preguntas incesantes en el coche después, no dijo nada de lo que le habían hecho; se limitó a repetir cuanto sabía: que habían arrestado a Ádám por su pertenencia a un grupo político que conspiraba para pactar con los soviéticos y que tanto Pál Széchenyi como János Messik estaban muertos.

—¿Cuánto ha tenido que pagar para traerme de vuelta a casa, padre? —le preguntó mientras apoyaba la carne herida contra el cristal frío de la ventanilla.

Él no le respondió directamente. Sin separar los ojos de la carretera que los conducía a la colina, dijo:

—Ya he buscado al mejor abogado para que lleve el caso de tu hermano. Lo más probable, y lo más lógico, es que intente que le reduzcan la pena por motivos médicos. El tipo de lesión que tiene… podría, al menos, justificar la locura que ha cometido.

—Padre, Ádám no ha perdido el juicio y usted lo sabe.

—Pues le conviene que así sea, porque, si no…, yo, por mi parte, voy a pedir a sus antiguos compañeros de armas y a los oficiales de su compañía que atestigüen eso mismo en su declaración. Así no se hacen las cosas, hija. Mira en qué lío se ha metido y el problema que os ha causado a la pobre Rózsa y a ti. Y da gracias porque no tenemos que ir a un funeral, porque la madre de Pál ya no vuelve a levantar cabeza. Pensar que el cabecilla de todo esto es Bajcsy-Zsilinszky, a quien siempre he tenido por un hombre cabal… ¡Un miembro del Parlamento!

—Al menos alguien ha hecho algo.

—Y muy caro lo van a pagar.

El hombro de Iván Boldizsár era un lugar tan bueno como cualquier otro para descansar. Los presos de la celda número 6, tan atestada como las demás a pesar de pertenecer al llamado «corredor de los aristócratas» porque era donde se retenía a los reclusos importantes, se lamían las heridas sin perder la compostura. Erguidos o sentados sobre jergones de paja, la firmeza de la postura revelaba su pasado castrense; las caras hinchadas, y la piel hecha

un cuadro en tonos azules y rojos, indicaban que ni bajo tortura habían traicionado a un camarada.

Porque por eso estaban ahí, por traición. Porque un hilo se había salido del tapiz que habían tejido y los había vendido, por treinta monedas o por el precio, mucho más bajo, de salvar la propia vida.

—Dicen que fue Tibor Mikulich —murmuraba Vilmos Tartsay, el húsar de bigote frondoso, el buenazo—. Él, que para mí era como un hijo. ¿Cómo ha podido?

—Pues será verdad —terció Iván mientras limpiaba la sangre que aún salía a borbotones de la nariz de Ádám—, porque estaba invitado a la reunión y ni se presentó ni lo he visto por aquí.

Él, que había llegado a su hora, pudo ingeniárselas para meterse la traducción de la carta a Mólotov en la boca, masticarla hasta convertirla en una pasta gris e ilegible y escupirla debajo de la cama del matrimonio Tartsay, donde se había escondido hasta que los detectives le dieron caza.

Nadie le respondió. Bajcsy-Zsilinszky, con sus aires de estrella de cine; János Kiss, que cojeaba de una pierna, rígida desde su paso por la anterior guerra…, todos callaban y miraban la pared porque podían humillarlos y escupirles, pero ellos nunca bajarían la cabeza. Solo Vilmos Tartsay, a quien no se le iba la pena, apoyó la frente sobre las palmas de las manos.

—Confiaba en que a ti, con tus lesiones, no te lastimasen, condesito. Los muy canallas…

Ádám entreabrió los ojos para mirarlo. Le sonrió, de modo que quedase a la vista el hueco que había dejado uno de los dientes frontales, que le habían arrancado con el bofetón que lo tiró de la silla.

—Anda que mira de qué guisa me voy a presentar yo a los bailes de sociedad a partir de ahora…

—Y yo que te veo mucho más guapo… —bromeó Boldizsár, entre unas carcajadas que no sentía pero que soltaba por terquedad, y le secó el sudor de la frente con la manga de su propia camisa—. Anda, amigo, duerme un poco, que Vilmos tiene razón, son unos canallas de categoría. Y yo no voy a dejar que enfermes, ¿eh? Así que no me pongas las cosas difíciles y descansa.

Se sumieron en el silencio durante unos momentos agónicos. Pensaban en sus mujeres, en sus novias, en sus madres y en sus hermanas; en que estaban en esa misma cárcel por su culpa, según les habían contado los guardias, y en la oscuridad de la noche ellos empezaban a creerse esas amenazas. Y pensaban en los camaradas, en cuántos irían cayendo, en si Messik se recuperaría de sus heridas, en si ellos serían capaces de soportar más interrogatorios como aquellos.

El pánico compartido, que por caballerosidad y para no hundir el dedo más en la llaga no verbalizaban, se interrumpió de pronto ante la repentina actividad en el «corredor de los aristócratas». Una concatenación de gritos en la celda de
al lado, con la que estaban comunicados mediante la estufa. La puerta vecina que se abría con un chirrido. Un «¿Pero qué has hecho, hombre?» seguido del ruido de un cuerpo que arrastraban, de unas sábanas que se arrancaban de la cama con energía, de una serie de «Aquí no se muere nadie sin permiso».

Con la misma velocidad con que surgió el caos, desapareció. Alguien dio la orden de poner un torniquete, alguien más separó la puerta de nuevo antes de cerrarla. Tras un conjunto de pasos

rápidos, el pasillo de presos prominentes se sumergió en una quietud más profunda que antes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Boldizsár.

Vilmos Tartsay se acercó a la estufa. Como la compartían con la celda vecina, una rendija entre el aparato y el muro le permitía observar lo que ocurría al otro lado. Torció la boca.

—Creo que un suicidio.

Y de aquellas otras cuatro paredes surgió una nueva voz, más vieja, amortiguada por la distancia y el pesar.

—¡El inglés, que ha encontrado la chapa de identificación de otro preso debajo del colchón y se ha cortado las venas!

Ante las dos primeras palabras, Ádám, que ya casi dormitaba, se reincorporó.

—¿El inglés?

—Un espía aliado, de Londres, al que pescaron en septiembre con una radio y desde entonces intentan sonsacarle los códigos a palos.

La respiración de Ádám se agitó.

—¿En septiembre, dices?

—Sí, en septiembre, me acuerdo perfectamente porque fue un par de semanas después de que me pescasen a mí. Y porque, bueno, los extranjeros siempre llaman la atención. Espero que este no haya llegado hasta el final, porque… mira que se lo repetía yo veces, que tenemos que vivir más que estos cabrones, que a él su nacionalidad le protegía… ¡Malditas cárceles y malditos carceleros!

Ádám ya no lo escuchaba. Se sacudía, envuelto en sudores cada vez más espesos, atravesado por las mismas arcadas que había sufrido en el interrogatorio y que en ese momento, al atar cabos, volvían a él.

—Eh, amigo, ¿estás bien? —le preguntó Iván Boldizsár, que le acariciaba la espalda—. Te has puesto pálido. ¡Eh!

Ádám cayó de espaldas, sobre él, con los ojos en blanco y entre convulsiones. Mientras Iván lo recostaba de lado y le introducía un pañuelo en la boca para que no se mordiese la lengua, János Kiss, que ya se había levantado, golpeaba la puerta metálica con toda su fuerza.

—¡Eh, ayuda! ¡Ayuda! ¡Que venga alguien rápido, que este hombre está sufriendo un ataque epiléptico!

Mientras la sangre descendía por la mano, en volantes granate y carmesí, a Jonatán lo invadió el mismo frío que experimentaba cuando saltaba del avión. Una nube helada que lo envolvía, como acunándolo, y que se quedaba a vivir en sus huesos. Flotaba ligero en un salto infinito. Bajo sus pies, se extendían los campos purpúreos de Tihany; sobre su cabeza, el cielo más que negro, cuajado de constelaciones blancas que no podían observarse desde Budapest.

Y él era el pétalo violeta y la luz de la estrella y el agua del lago, que actuaba de espejo y se rompía en galaxias. Y la voz de su amigo y las risas que estallaban como una copa contra el suelo y el regusto del último vino atrapado en los dientes.

«Tú piensa que, allá arriba, quizá hay centenares de chicos como nosotros apurando los últimos pitillos mientras nos ven a nosotros fumar. También nosotros estamos fumando y observando el vacío, y a lo mejor allá abajo hay otra civilización, invisible a nuestros ojos, de muchachos que fuman y conversan».

Y el sonido del agua. Y las discusiones ajenas. Y una ola que lo devoraba, en Haifa.

Abrió los ojos. Las baldosas verdes. La ropa mojada, que se le pegaba a la piel. El charco rosado que se tragaba el desagüe. La cara colorada del funcionario de prisiones, coronada por la cabellera nívea, como el halo de un santo o la melena de un loco.

—¿Qué te tengo dicho? —Le tiró de la camiseta interior para erguirlo—. ¡Aquí mando yo y tú no tienes permiso para morirte, cojones!

Con una bocanada ansiosa, Jonatán se llenó los pulmones de aire. El brazo izquierdo, cuya arteria había seccionado con la placa metálica, yacía sobre la rodilla, medio dormido, seco debido al torniquete y la venda que cubría la herida.

El Talmud de Babilonia decía que aquel que salvaba una vida salvaba al mundo entero. Ellos no habían salvado la suya, la habían *conservado* en su propio beneficio. Para seguir maltratándola, para obtener de ella el precio que pedían, para cortarla de raíz cuando les viniese en gana, porque les pertenecía.

—A qué coño estabas jugando, ¿eh? —prosiguió el funcionario—. ¡Tengo mujer e hijos! Si te matas, tendré que responder por ti. No hagas ninguna tontería más o te degollaré yo mismo como a un perro, ¿entendido?

Ante el silencio de Jonatán, desenfundó la pistola y se la apretó en la frente perlada.

—¡Júrame que no lo vas a intentar otra vez! ¡Júramelo o te reviento la tapa de los sesos aquí mismo!

Bajo otras circunstancias, Jonatán casi habría podido sonreír, divertido, ante la precaria ironía en la que se hallaba: lo estaban

amenazando con la muerte para que no se suicidase.

—¿Quieres los códigos de la radio? —preguntó, en un murmullo bajo—. Ahora sí que te los daré y entonces podrás dispararme.

El funcionario le asestó en la cabeza con la culata del arma.

—No me busques, desgraciado, no me busques que en mala hora me vas a encontrar.

—¡Los códigos! —exclamó Jonatán y, aún debilitado por la pérdida de sangre, tuvo que detenerse para recobrar el aliento—. Los códigos están en la maleta que llevaba cuando me detuvieron.

Otro golpe, esta vez en el estómago, con la rodilla.

—¡No mientas! Esa maleta ya la inspeccionamos de arriba abajo.

—Pues los códigos estaban ahí. Si los habéis perdido, es problema vuestro. ¡Mátame! ¿Por qué no me matas? ¡Dispara!

Como su vida no le pertenecía, no cumplieron sus deseos. Lo escoltaron a la celda, donde le obligaron a compartir catre con el Filósofo, pues el suyo todavía estaba empapado de sangre. Para que no se quitase el torniquete ni las vendas, dos guardias se quedaron con él, vigilándolo, mientras esperaban al médico.

No se fiaban de él lo suficiente para llevarlo a la enfermería. Allí podría aprovechar la crisis de otro paciente para tomar el material médico y quitarse los puntos. Como última humillación, le coserían la herida allí mismo, frente a sus compañeros; también frente a ellos retirarían las sábanas rojas y la paja inutilizable. Porque la vida que habían conservado era suya y podían denigrarla cuanto quisieran.

V

Muy pocas personas en el sepelio de Pál Széchenyi sabían el motivo de su muerte. Publicado en los diarios como un accidente laboral para salvaguardar el honor de una de las familias más antiguas e influyentes del país, aquella mentira le servía a Sanz Briz de excusa para rendir sus respetos a sus seres queridos. Aunque solo conocía al muchacho de vista por haber asistido a los mismos eventos sociales, los Széchenyi eran dueños de la lujosa villa en la que residía y en cuyos sótanos y habitaciones cobijaba a decenas de judíos protegidos. Valoraba la oportunidad de poder dar el pésame en persona, tal y como le dictaba su honor, sin preocuparse por dañar las ya frágiles relaciones que mantenía con el gobierno de Szálasi.

Era muy consciente de que España todavía no reconocía la legitimidad del golpe de estado. Esa carta, la más poderosa de su baraja, podía tornarse inútil ante el avance soviético. El Ejército Rojo mantenía sus posiciones, como llevaba haciendo desde las últimas semanas; aquel espacio que les ofrecían para respirar se convertiría también en el mayor de sus peligros. Cuando entrasen, al fin, en Budapest, su azote sería de proporciones titánicas, una furia como no se había descrito jamás ni en la épica grecorromana ni en los mitos bíblicos. Hitler, que había declarado la capital magiar como

fortaleza, no se rendiría hasta agotar el último hombre y la última bala.

Se acercó para abrazar a Erika Farkas de Batthyány. Vestida de riguroso luto, no se había molestado en ocultar el moretón del pómulo, que se vislumbraba con claridad a través de la rejilla de la boina. Los ojos, enrojecidos por las lágrimas silenciosas que los anegaban, refulgían de un verde esmeralda.

—La acompaño en el sentimiento —le susurró—. Sé cuánto quería al conde Széchenyi y a su compañero finado. Nadie debería morir antes de cumplir los treinta años.

En el recogimiento y en las atenciones que todos prodigaban a la madre del difunto, se permitió hablar, en voz muy baja, del secreto que guardaban y que él conocía por su amistad con György Farkas.

—¿Saben algo más de su hermano?

—Muy poco —musitó, y Sanz Briz la ayudó a sentarse en uno de los bancos de la capilla familiar—. Sé que se está recuperando del ataque epiléptico y que pronto lo devolverán a la celda. Solo le permiten recibir visitas del abogado, del cura y, tras mucho insistir, del neurólogo que lo trata desde Vorónezh. Estamos intentando posponer la fecha del juicio, que dicen que eso les da mejores posibilidades a los presos, pero si no lo conseguimos…, lo someterán a consejo de guerra como al resto de sus compañeros.

Sanz Briz sacudió la cabeza. Unos temblores poco propios de él atravesaban las manos, que apoyaba en sus rodillas. Presenciaba, impotente, el gradual descenso a la locura de aquel país que lo había acogido y cuyo terror, en los momentos más sacrílegos, le recordaba a la guerra fraterna que había dividido su patria en dos, quizá para siempre.

Se humedeció los labios como queriendo decir algo, pero Erika se lo impidió.

—Sea lo que sea, lo sé —siseó muy rápido—. No se signifique por mi hermano. Ya… espero que no le comprometa, haber venido aquí.

—Dar el pésame no es una consigna política.

—Desde hace tiempo, en este país, hasta para velar a los muertos hay que pedirle permiso primero a la ideología —balbuceó ella en una confesión apurada, nerviosa, que camufló al santiguarse.

Incapaz de consolarla con las palabras, vacías ante la seriedad de la situación, Sanz Briz depositó la mano sobre su crispado hombro.

—Entonces me limitaré a decir que rezaré por su hermano, que Dios es señor a su vez de las ideologías y a él también lo apresaron. Confío en que logren aplazar el juicio y que el poder que aún tiene su apellido le ayude…, estoy seguro de que el avance soviético también lo hará. —Afiló los labios—. En la más estricta confidencia, usted sabe, como yo, quién ganará esta guerra y qué crímenes no van a perdonar.

—Eso pensamos nosotros también. Usted…

—Me temo que mi tiempo en Budapest se agota y en cierto modo lo lamento. Yo aquí, a pesar de todo, he sido muy feliz y he conocido a gente estupenda. Aún no he decidido el día pero, si no volvemos a coincidir… —La abrazó de nuevo—. Le deseo lo mejor, señorita. A usted y a toda su familia.

No prolongó más de lo debido ese contacto que llevaba a cuestas el peso de sus tres años en la capital. Al separarse, permaneció un instante más con ella y ya se excusaba para dejarla a solas con su dolor cuando ella lo llamó.

—Espere, don Ángel.

—¿Sí, señorita?

—¿Cómo… cómo está la señora Rozenfeld? ¿La ha visto últimamente?

—Sí, intento visitar las casas protegidas con tanta frecuencia como me es posible. No se angustie, está todo lo bien que podría, dadas las circunstancias. Ahora que se ha oficializado el gueto internacional parece, también, que las cosas estarán más tranquilas. De todas maneras, tenemos contactos que nos avisan si ocurre alguna emergencia. —Sonrió—. No me marcharé sin dejarlo todo atado. Esas personas no se quedarán en la estacada.

Erika lo apaciguó con un movimiento vago de la mano.

—Nunca he dudado de usted, don Ángel. Es que, con todo lo que ha pasado…, bueno, que me he acordado de ella, que siempre ha sido tan buena con nuestra familia. Si la ve otra vez, ¿podría darle recuerdos de mi parte? Dígale…, dígale eso, que la tengo muy presente y que… que espero que la guerra termine pronto para que sus hijos vuelvan con ella.

—Le daré el recado, señorita.

En la prisión de la calle Margit, a los hombres ya no les pertenecían sus destinos. Sus vidas, que el universo, sus padres y Dios les habían entregado sin pedir nada a cambio, tenían un dueño que llevaba cuenta de cada herida, de cada llaga y de cada discapacidad no por amor, sino por poder. Porque ellos, los del corredor de los aristócratas, habían sido privilegiados y en ese momento no valían nada; hasta las colillas de los cigarrillos que fumaban, por distracción

y para llenar el estómago de algo, aunque fuese humo, resultaban más preciadas que ellos.

Por ese motivo y ningún otro trasladaron a Ádám a la enfermería. Por ese motivo y ningún otro llamaron por teléfono a su neurólogo y no al médico de la cárcel, no fuese a morirse él por cuenta propia antes de que ellos pudiesen firmar sentencia. Y por ese motivo y ningún otro le permitieron las cuarenta y ocho horas de observación en aquella camilla tan limpia, mucho más cómoda que los jergones de paja, pues con sus lesiones un solo ataque epiléptico aumentaba las probabilidades de sufrir un segundo, y un condenado no tiene derecho a morirse sin permiso.

Lo primero que Ádám hizo al regresar a la celda número seis fue contar a los camaradas, uno a uno, asegurarse de que no faltase ninguno. Por su abogado (militar, viejo compañero de su padre) sabía que el consejo de guerra se había fijado para el 5 de diciembre; que intentaría que a él lo juzgasen aparte, en una fecha posterior, alegando enajenación mental causada por las secuelas del Don. Ni siquiera un proceso sumarísimo de papel cartón justificaría llevar a un hombre al paredón sin al menos una farsa que sustentase la sentencia; pese a ello, cada vez que oía tiros en el patio le daba la impresión de que los habían precedido unos pasos desacompasados, de cojera, como los de János Kiss.

Pero no, ahí estaban, aún hieráticos, con las caras más azules a causa de las torturas, tumbados y sin apoyar los codos al sentarse. Bajcsy-Zsilinszky, más delgado de lo que lo había dejado, lo saludó con un gesto; sin la corbata, el cuello le colgaba flácido, enrojecido por los golpes, y revelaba al fin la edad que el porte y el atractivo ocultaban. Jenő Nagy le mostró la mano a modo de bienvenida y de

reconocimiento: le habían pegado tanto que permanecía inmóvil, inerte e inútil. Vilmos Tartsay, que en dos días parecía que hubiera envejecido una generación, se pasaba una pelotita de papel a modo de balón de fútbol con Iván Boldizsár. Fue él, su amigo, quien se detuvo y se despojó de la dureza impasible de la condena para abrazarlo.

—Cabrón, creía que no lo contabas —dijo sin soltarlo. No importó que Ádám, a quien le habían quitado el bastón, perdiese el equilibrio, porque Iván lo sostenía con los brazos—. No te habrán torturado, después de cómo te dejaron, ¿no?

—No, pero no por falta de ganas. No les convenía que me muriese antes de ponerme ellos la soga al cuello. ¿Y vosotros?

—Pues igual —murmuró y no lo soltó, sino que lo depositó con cuidado en el catre—. A mí me las hacen pasar bastante canutas, pero no es nada comparado con lo que les hacen a Kiss, a Tartsay y a Bajcsy-Zsilinszky. Claro, aquí también hay rangos…

No había bajado la voz para hablar de sus tormentos. Ellos, ya fantasmas en vida, estatuas de sal que no esperaban la absolución, no reaccionaron ni ante la mención de los nombres propios.

—Hijos de puta. Menos mal que a todo cerdo le llega su San Martín, y bien gorditos que se están poniendo para recibir a los bolches. Menudo festín que van a darse los soviéticos con ellos.

Boldizsár se sentó a su lado. Atravesado por escalofríos, evitaba mirarlo a la cara. La mención de los bolcheviques, con cuyas tropas habían querido contactar, lo asustó por su significado. Al contrario que el abogado, ellos veían su muerte en ese avance que pronto se reanudaría. De todos los pecados de sus captores, su detención sería el más fácil de ocultar: bastaban un paredón, unas balas y una

fosa común. Aunque no lo verbalizaban, todos tenían la constancia de que la Cruz Flechada solo entregaría la cárcel de una manera: vacía de presos políticos.

Como una espada, a Ádám lo traspasaron imágenes de la tarde en la que, en la mayor confidencia, compartió una copia del Informe de Auschwitz (por prudencia, siempre guardaba una) con Boldizsár y con Bajcsy-Zsilinszky. Era una tarde de otoño, algo fría, pero clarísima. Paseaban por el jardín botánico, idóneo para los clandestinos por dos motivos esenciales: la vegetación frondosa y las multitudes que se congregaban en él. Mientras Bajcsy-Zsilinszky leía, con el pelo plateado iluminado por el sol más pálido, la expresión se le agriaba. Cuando le devolvió el documento, ya era otro, transformado para siempre por el horror, la conmoción, la indignación y la rabia. «Que nunca me pidan clemencia», había mascullado con voz abotagada por la emoción.

Un mes más tarde observaba la nada desde su celda del corredor de los aristócratas y no consentía que sus camaradas se acercasen a él, porque no quería hacerlos partícipes de su sufrimiento.

—Oye, Iván… —comenzó Ádám—. ¿Y de ese inglés? ¿Se sabe algo?

Ante la imposibilidad de controlar su fisionomía, las tripas le rugían de miedo a la respuesta que aún no había oído. Boldizsár, ensimismado, tardó un par de segundos en contestar, en comprender lo que le pedían. Cuarenta y ocho horas allí equivalían a cuarenta y ocho años en cualquier otro lugar.

—Ah, pues sí, lo devolvieron de madrugada. Me imagino que tampoco convenía que se muriese por su propia mano…

Las palabras fueron disminuyendo en volumen, hasta camuflarse bajo la orquesta de gritos y golpes de la cárcel, a medida que Ádám se alejaba. Se había levantado, sin contemplación alguna por sus lesiones, y se tambaleó hasta arrodillarse frente a la estufa que conectaba ambas estancias. Trémulo, se asomó a la rendija. Un puñado de luz en la oscuridad. Una pantalla blanquecina como una sábana cubrió la sala gemela hasta que sus ojos se acostumbraron al cambio. Aquello, se figuró, tenía mucho de nacimiento.

Cuatro paredes como las suyas. Una hilera de catres como los suyos. Una comparsa de hombres anulados, pieles amoratadas y huesos salientes, para los que la guerra ya era ajena, pues no verían su final. En una esquina, agazapado, un preso apartaba con dos dedos la bandeja de comida, intacta.

Lo reconoció de inmediato por los gestos, por la postura, por la curva exacta que dibujaba su puño al cerrarse. Las raíces del pelo ya le crecían rojizas, un calendario físico de los días que los separaban. Su rostro había cambiado, como el de todos, y la carne se había consumido hasta dejar adivinar el esqueleto, pero era él, Jonatán, su Jonatán. Ádám todavía tenía el alma enredada a la suya.

A falta de un término capaz de contener la triste felicidad que lo invadía, silbó.

—Oye, inglés, ¿le pasa algo a la sopa? —inquirió, tras rebuscar en el cerebro hasta encontrar las nociones de la lengua sajona que conservaba de su adolescencia y de las reuniones en el Palacio Andrássy.

Jonatán, que había ignorado el silbido como el resto de los muertos vivientes, crispó la espalda con la primera letra

pronunciada. Ádám aún no había terminado de formular la pregunta cuando él ya se asomaba a la rendija con ojos enormes.

—No… no tengo mucha hambre —respondió en aquel idioma ajeno que Ádám solo había oído de sus labios en las clases.

—Es una lástima, porque se rumorea que a veces hasta se encuentran sospechas de carne flotando por ahí. Oye, inglés, tú el húngaro no lo hablas, ¿no?

Aquellos iris que él conocía tan bien, en los que había buceado tantas veces, brillaron con una emoción profunda, inquieta, que ni las lágrimas que contenía lograban conjurar.

—No, muy poco.

—Qué mala pata, porque yo en inglés me expreso…

Jonatán sonrió.

—Como una bestia.

—Bueno, siempre he dicho que es un idioma primitivo. Sin ofender.

—No ofendes. ¿Por qué…, por qué estás aquí?

—En resumidas cuentas, por conspirar contra el gobierno.

Una sombra nerviosa, fugaz, recorrió el rostro consumido de Jonatán.

—¿Solo…, solo por eso?

Ádám irrumpió en una carcajada sonora. Sus camaradas, absortos en su propia tragedia, apenas le echaron un vistazo efímero, desnudo de curiosidad, un mero acto reflejo ante el ruido.

—¿Te parece poco, inglés? Supongo que habrás oído hablar de Bajcsy-Zsilinszky y de la célula de resistencia contra el gobierno y la ocupación.

—Algo se comenta en los pasillos.

Ádám gesticuló en torno a su persona, como diciendo: «Heme aquí». Suspendido en aquella intimidad tan fina, en los cuatro centímetros de espacio vacío que le permitían ver, como en un sueño, a su amigo más querido, pronunció su nombre.

—Alférez James Redford —susurró Jonatán, a su vez.

Ante la imposibilidad de estrecharse la mano o, mejor aún, de abrazarse y no soltar al otro, juntaron las yemas hasta sentir la chispa del amor que se profesaban. Si se lo hubiesen preguntado, en el momento en que abrió la puerta del piso de Vilmos Tartsay y se encontró con cinco cañones apuntándole a la cara, Ádám hubiese preferido vivir su vida al revés. Empezaría por ese instante mortal e iría dando pasos atrás, a través de la formación del comité, de los dos breves encuentros con Jonatán, de las misiones para los *jalutzim*, de las conversaciones con los diplomáticos españoles, de la nieve de Rusia…, a través de cada punto en el mapa de su existencia hasta llegar a aquella primera tarde en el internado.

Al presentarse de nuevo, piel con piel, habitando otros destinos y otras identidades, pensó, por primera vez desde su captura, que no iba a morir. Él, que ni siquiera en las trincheras había logrado creer en ningún dios, se arrojaba en ese momento a la posibilidad de ese milagro. Jonatán, al que tanto quería, sí albergaba algo de fe: decía a menudo, sobre todo cuando estaba borracho, que había una deidad que los gobernaba y eran las palabras. «¡La Torre de Babel! —exclamaba, descamisado, con la corbata extraviada en algún lugar del local—. ¿No habéis oído hablar del mito de la Torre de Babel?». Y el resto de los comensales reía, lo despachaban con gestos cada vez más groseros, hasta que solo Ádám, que le apartaba hábilmente la copa para su propia degustación, quedaba ahí para escucharlo.

En esos momentos, el Dios de las palabras los abrigaba.

—Ádám Farkas de Batthyány —repetía Jonatán, teniendo cuidado de pronunciar de manera incorrecta ese nombre que tantas veces había goteado de su lengua—. Suena importante. ¿Eres una persona importante?

—Mi familia, sí. Yo, más o menos. Por combatir en Rusia me dieron un par de trozos de tela y unas chapitas…, pero no creo que valgan ya mucho.

Otra sonrisa, toda belleza y brutalidad.

—Más que las mías, seguro. Me imagino…, me imagino que tu familia, entonces, estará moviendo Roma con Santiago para sacarte de aquí, ¿no? ¿Te han dejado verlos?

—Ya te he dicho que los recuerdos que me traje de Rusia valen más bien poco. Solo me permiten visitas del médico, del abogado y del cura. Mi hermana, a través del párroco ese, me hizo llegar una Biblia, que es lo único que te dejan leer aquí.

La expresión de Jonatán, crispada por un terror pasajero, se enterneció.

—Por lo menos, tienes lectura para rato.

—Rato y medio. Como soy un descreído, mi hermana tuvo la consideración de subrayarme algunos pasajes. Las tres negaciones de Pedro…, la resurrección de Lázaro…, la historia de Ester…

Cuando se lo proponía, Erika Farkas era terrible. Heredera de los vicios y las virtudes de Klára, había aprendido en tres años de guerra y ocho meses de ocupación más que muchos hombres en toda una vida. Ádám, que no creía ni lo había hecho nunca, fue capaz, sin embargo, de tejer aquellos mitos de su infancia en una narrativa coherente que Jonatán también supo descifrar.

La habían interrogado y no había condenado a nadie. Como Ester ante el rey Asuero, se había valido de su belleza e inteligencia para edificar un engaño capaz de salvar vidas humanas.

—Deberías comerte al menos el mendrugo de pan —prosiguió Ádám—. Me figuro que, igual que yo tengo una hermana que me espera, tú tendrás una madre que no duda de que volverás y que se alegrará mucho cuando te vea otra vez. Me la imagino…, no sé, a salvo en una casa a orillas del Támesis…, bueno, no sé si eres de Londres.

—Sí, de un sitio que se llama Maida Vale. ¿Qué más te imaginas? Hace mucho que no me atrevo a pensar en mi madre.

—Pues…, la veo rodeada de gente, de vecinos. Pasándolo un poco mal por el racionamiento y las bombas, pero llena de esperanza porque sabe que la guerra terminará pronto. Y, cuando las guerras terminan, los hijos vuelven a casa.

Jonatán se estremeció. El índice no se movía; presionaba el de Ádám con la confianza de que los átomos se reorganizasen, que aquellas dos pieles se volviesen una materia indivisible.

—Ya… ya lo veo yo también. Gracias. Eres un buen hombre y… y no te mereces estar aquí.

—Ni yo ni nadie. Oye, ¿a ti cuándo te permiten ir al patio?

—De tres a tres y media.

—Bien, muy bien. Búscame mañana y te buscaré yo también a ti. Ya sabes lo que dicen: «Quien tiene un amigo tiene un tesoro». De hecho… —Sin apartar la mano de la rendija, se volvió a sus camaradas—. ¡Iván! ¡Eh, Iván! Ven aquí, que creo que este inglés te va a caer muy bien.

VI

Ángel Sanz Briz,
encargado de negocios en Budapest
Al ministro de Asuntos Exteriores Lequerica

Budapest, 29 de noviembre de 1944

Pese a los esfuerzos del ministro de Asuntos Exteriores, los ataques contra los judíos protegidos por parte de milicianos de la Cruz Flechada se han convertido en un suceso habitual. Protestas constantes al respecto por parte de esta legación, hasta el momento sin éxito y a pesar de las promesas del ministro.

Budapest ha sido declarada zona de guerra. Por tanto, cruzar las fronteras administrativas sin un permiso especial del Ministerio de Defensa queda prohibido incluso para los cuerpos diplomáticos. Se han instalado alambradas de espino y defensas antitanque junto a los puentes. El rugido de los cañones es ineludible. El ministro de Asuntos Exteriores me dice que, si las legaciones no abandonan Budapest, el gobierno húngaro no se responsabilizará de cualquier incidente que pudiera ocurrir una vez que este se traslade a Sopron.

A finales de mes, la línea Atila, el sistema de fortificaciones construido a toda prisa para frenar el avance soviético, constituía ya un débil vendaje que a duras penas lograba contener la hemorragia terminal. A aquella resistencia fútil y a las nevadas que imposibilitaban el viaje en tren se les unía una nueva amenaza que dinamitaba la seguridad de Sanz Briz en Budapest: bajo órdenes veladas, el gobierno húngaro instaba a las embajadas neutrales a

trasladarse a la nueva sede en Sopron. Ese cambio, lejos de suponer una promesa de seguridad, solo significaba una cosa: el reconocimiento *de jure* del golpe de estado de Szálasi.

A la baraja del encargado de negocios español ya le quedaban muy pocas cartas y una única salida. Abandonar la capital de inmediato. Salir al abrigo de la madrugada, a ser posible, y en coche diplomático.

El mapa se erigía atroz en la pared del despacho. La mirada de Sanz Briz, enrojecida por las horas robadas al sueño, vagaba siempre por las orillas del Danubio, por el entresijo de calles en el que se situaban los seis edificios que protegían a miles de personas desamparadas. Veinticinco más en las amplias estancias de Villa Széchenyi. Sesenta en la propia legación. Treinta en la casa de Podmanski, el anejo situado en la acera de enfrente.

«Una semana más —rezó para sus adentros—. Una semana más para dejarlo todo atado».

En la prisión de la calle Margit, todas las metamorfosis eran silenciosas. De madrugada, los funcionarios borrachos de pálinka golpeaban las puertas de las celdas para culparlos de los bombardeos, para insultarlos, para robarles la dignidad que aún conservaban. En ocasiones, sacaban a uno para interrogarlo y el resto aguardaba con los ojos fijos en el techo, hasta que el camarada regresaba. Lo recibían de la manera habitual: con el apretón de manos que les recordaba que estaban ahí, otros seres humanos que lo reconocían como tal.

El rostro rústico y tosco de János Kiss estaba desfigurado por los golpes, pero en los ojos, pequeños y oscuros, aún se vislumbraba una sonrisa añeja, perteneciente a tiempos pasados. Jenő Nagy, de baja estatura, con aires de violinista o de gran señor, se había pasado las reuniones del comité tomando notas con su delgada y delicada mano; apenas unos días en la prisión y aquel miembro, antaño bello, se retorcía como una rama, rojo y abultado por una herida que no dejaba de supurar. De la misma manera, su boca no se hallaba ya en el centro de la cara, sino torcida hacia un lado, también encarnada, alargada en una franja sangrienta. Por los rasgos elegantes de Vilmos Tartsay, por otro lado, habían pasado décadas. Incapaz de reponerse de la culpa, ya no guardaba ni las apariencias; el cabello, desaliñado, le caía a chorretones por la frente y por no levantar los brazos ya ni se afeitaba. Cuando un camarada trataba de ayudarlo, él no se dejaba; se limitaba a observarlo, sumido en una pena infinita; lloraba a menudo, algo inaudito en un hombre de su clase y experiencia militar, pero en el corredor de los aristócratas se le permitía y hasta se comprendía. Obligados a mirar de frente el día de su juicio (y, quizá, de su ejecución), ya todos se abandonaban al llanto nocturno, conscientes de que los demás, como amigos y caballeros, por respeto los ignorarían.

Ádám, que tan buena cuenta llevaba del deterioro físico de los miembros del comité y de su propio cuerpo, no reparó en lo que había cambiado en la fisicidad de Jonatán, sino en lo que permanecía igual, suyo, hermoso pese a la brutalidad de las circunstancias. El sol se reflejaba en los iris como tiempo atrás y los hacía estallar en esquirlas de plata y acero. Cuando hablaba, las

pecas de la nariz se movían como dándole la razón. Las manos, aunque amoratadas por las palizas, irrumpían en idénticos gestos.

Para no revelar el lazo que los unía, en el primer paseo, Ádám, desprovisto de su bastón, fingió tropezar para que él, al extender los brazos, impidiese su caída. Aquello tampoco había mutado; aunque más rugosa, aunque atravesada por llagas y cicatrices, su piel, al acariciarlo en aquel brevísimo encuentro, era tal como la recordaba.

Aquellos paseos, apenas media hora bajo estricta vigilancia, resultaban una comparsa patética más. Ateridos de frío, portando las mismas ropas sucias de las torturas, a menudo inadecuadas para el clima, los prisioneros marchaban en círculos silenciosos, pues las conversaciones se castigaban con palizas. Hablar con otro preso, sostenían los guardias, suponía pasarse información, una teoría difícil de mantener cuando las celdas, abarrotadas, constituían un enjambre de palabras entrecruzadas.

Los guardias castigaban por hastío, por aburrimiento, por hacer uso de un poder que pronto les quitarían. Mientras, los hombres caminaban en una hilera perfecta y, en un instante de distracción, le propinaban una patada en el tobillo al compañero de delante para que este entrase en calor.

Los paseos pertenecían a los cuerpos que, después de tanto tiempo, se encontraban en el mismo espacio reducido; las celdas, a ese dios de la lengua al que le rezaban. Porque ya no quedaba espacio y había que compartir catre, porque se les había echado encima un otoño gélido, Ádám y Jonatán se acurrucaban contra la estufa cada noche cuando se apagaban las luces. En la penumbra, los cuatro centímetros del otro, visibles a través de la rendija, llenaban los espacios vacíos del idioma y del engaño.

—¿Qué te ha dicho el abogado? ¿Ha logrado que te aplacen el juicio?

—Aún no y ya estamos a día uno. A ti, me imagino que no…

—No. Como soy extranjero, no tienen derecho a llevarme a juicio. Además, se rumorea…, se rumorea que a los aliados nos quieren vivos para intercambiarnos por prisioneros de guerra alemanes y húngaros.

Hablaban en susurros para no molestar a los demás, aunque el sueño en la calle Margit era ligero, y siempre buscando la mirada del otro. En aquella franja tan pequeña, si se concentraban lo suficiente, casi podían transportarse a la juventud arrebatada.

—Yo también he oído esos rumores —confirmó Ádám—. Lo más seguro es que intenten evacuar la cárcel antes de que lleguen los bolches. A los extranjeros os tendrán a buen recaudo y a los presos menos significativos los trasladarán a algún penal en la frontera. A los demás… —Se llevó un puño a los labios, trémulos por la rasca y el miedo—. Dios, a veces…, a veces temo que ya tengan las sentencias de muerte firmadas y que el consejo de guerra sea solo una farsa.

—¡No vas a morir! —masculló Jonatán, y con los dedos buscó su mano hasta que la encontró.

Eran las palabras de Ádám, con las que se había atragantado durante su despedida en Liptovský Svätý Mikuláš, cuando la misión pendía sobre ambos como una espada. De la boca de Jonatán, pasadas por el filtro de aquel idioma ajeno, reverberaban como una orden o una oración.

—No van a hacerte nada —insistió, con la cara pegada a la pared para quedar lo más cerca posible de él—. Mira, yo llevo mucho

tiempo aquí y me he fijado…, me he fijado en cómo tratan a los hombres que condenan a muerte. Por lo general, la severidad de las torturas es equitativa a la severidad de la pena. Esto no es un paseo para nadie, pero, dentro de lo que cabe, a ti y a Iván no os llevan a interrogar tanto como a los demás, ni regresáis…, bueno, como esos capullos dejan a los demás.

Ádám sacudió la cabeza.

—No sigas. No puedo alegrarme de una suerte que supone una desgracia para los demás. —Suspiró—. Y en mi caso eso no significa nada. La primera noche…, la primera noche sufrí un ataque epiléptico. Se habían cebado conmigo de lo lindo y… —Desvió la mirada—. Y creí que un amigo muy querido había muerto. No sé. Creo que tienen miedo de que me vuelva a pasar y de que no llegue vivo al juicio.

Jonatán lo observaba presa de una congoja pálida, cetrina, que no concebía escapatoria alguna.

—No vas a morir —siseó, y sus ojos ardían como si quisiese retar a algún dios—. Tu amigo volvió de entre los muertos, ¿no?

—Sí. —Soltó una carcajada seca y floja—. Mira, como Lázaro.

—No puede haber sido en vano, entonces. No van a hacerte nada. Incluso si vas a juicio te conmutarán la pena, ya lo verás. A lo mejor…, a lo mejor a tu amigo lo arrancaron de la muerte porque primero tenía que bajar al inframundo y dar recado de que no te hiciesen sitio en él, que tú te quedabas aquí, con los vivos.

Ádám forzó una sonrisa.

—Creo que ese viaje de ida ya lo gasté en el Don.

—Pues lo gastas otra vez. No vas a morir.

Se quedó dormido con la voz de Jonatán cosida a su oído y el tacto de sus yemas en las suyas. El despertar temprano típico de la prisión llegó con el ruido de las horcas que se montaban en el patio para las ejecuciones de la tarde. Un enorme reloj auditivo, testamento del tiempo que se les agotaba.

VII

Ángel Sanz Briz,
encargado de negocios en Budapest
Al ministro de Asuntos Exteriores Lequerica

Budapest, 3 de diciembre de 1944

Se ha empezado a minar, a varios metros de profundidad, toda la zona de Budapest situada en la margen oriental del Danubio. Todo indica que los alemanes pretenden destruir la ciudad antes de que la ocupen los rusos. Ante el rápido avance de las fuerzas rusas desde el sur de Hungría hacia Budapest, por el lado occidental del Danubio, considero que ha llegado el momento de abandonar el país. Ruego a Su Excelencia que suspenda el envío de telegramas cifrados a esta legación. Según parece, madame Tournée y el abogado Farkas seguirán trabajando aquí bajo las órdenes del representante sueco.

Al fin, el mapa de la pared le había dado caza. Derrotado y capturado Miskolc, núcleo industrial esencial de Hungría, el flanco norte del Eje quedaba comprometido, y Budapest, más aislada y vulnerable que nunca. Al sur, la eterna amenaza de las tropas, que no tardarían en despertar y darles caza, pendía sobre Sanz Briz como la peor de las amenazas.

Se iba. Aturdido por el ansia y la indecisión, tras una ardua lucha consigo mismo, pero se iba. Cuando entró en su despacho para comunicarle la noticia, Farkas lo recibió con la postura regia que Ángel había admirado en él la primera vez que lo vio. Estaba

examinando, puntilloso, la lista de pasaportes expedidos por última vez y apenas permitió que la mano que sujetaba la pluma temblase.

—Esta embajada ya le prestó auxilio en otra ocasión —le recordó Sanz Briz—. Sobre usted no pesa la nacionalidad española que los soviéticos, a mí, no van a perdonarme. Los documentos de protección que le salvan ahora puede destruirlos cuando los bolcheviques tomen la capital, pero si considera que estará más seguro fuera de las fronteras…

Farkas no le permitió seguir.

—Se lo agradezco, don Ángel, pero yo no puedo marcharme, sobre todo pensando en el niño. Además, esta ciudad también es mía. En mi caso…, marcharme sería algo así como desertar.

Sanz Briz asintió.

—De acuerdo. Madame Tournée y usted son mis mayores aliados. Sé que dejo esta legación en las mejores manos y que, aunque sobre el papel el encargado de los intereses españoles sea el representante sueco, a efectos prácticos serán ustedes quienes mantengan la maquinaria engrasada. No sabría ni por dónde empezar a agradecerles la lealtad que han mostrado hacia mi país ni la amistad sincera que me han ofrecido.

El abogado le sonrió.

—No continúe por ahí, don Ángel, que eso suena mucho a un adiós que no le voy a permitir.

—Bien, porque no era mi intención despedirme aún. Todavía he de poner al representante sueco al día de nuestros asuntos… De todos modos, no me demorará más de dos o tres días, cuatro a lo sumo.

—Tampoco entonces le permitiré un adiós, don Ángel, porque usted y yo, aunque nuestros caminos no vuelvan a convergir, nos

mantendremos en contacto después de la guerra.

Aquel punto en el tiempo difuso, irreal, para ellos, entonces, habría podido equipararse a la futura destrucción del universo o a una profecía muy antigua, olvidada en la marea de la Historia.

—Por supuesto —confirmó Sanz Briz, tras un instante de prematura nostalgia—. A nosotros ahora nos une la camaradería surgida de haber arriesgado el pellejo por una causa mayor. —Suspiró—. En lo que respecta a eso… he sellado y firmado documentos suficientes, espero, para continuar con nuestra labor hasta que caiga Budapest. A madame le he entregado una suma considerable de dinero para que nunca falte de nada; me niego a que esas pobres personas mueran de hambre o de enfermedades después de haber superado riesgos mayores. Si, mientras sea seguro, Perlasca y usted pudiesen seguir visitando las casas protegidas…

—No tiene ni que pedírmelo. Nos encargaremos de que no sufran ningún ataque. Puede irse tranquilo, don Ángel. Lo que ha hecho aquí…

Sanz Briz lo calló con un gesto nervioso, impaciente.

—No era más que mi obligación como ser humano. —Lo miró a los ojos—. No le diré adiós, pero sí que lo echaré de menos y que le deseo lo mejor.

Le estrechó la mano, ademán que se convirtió en un abrazo efímero, cortés, que logró capturar, pese a todo, la esperanza ansiosa de aquel año vestido de paños mortuorios.

Cárcel de la calle Margit,

4 de diciembre de 1944

Por amor y camaradería, cuando a un hombre se lo llevaban para interrogarlo, los demás lo esperaban. A su regreso, no decían nada ni hacían nada más que dar apretones de manos cariñosos. Dejaban que llorase si lo necesitaba, que se escondiese (en la medida en la que era posible en una celda atestada) si lo prefería y que charlase solo cuando eso era un bálsamo para el alma herida.

La noche del 4 de diciembre, a dos días del comienzo de los procesos sumarios a los miembros del Comité de Liberación, Jonatán se acurrucó contra la estufa, que por desabastecimiento de combustible ya casi nunca se encendía, hasta que oyó el sonido de unos pasos discordantes, de cojera, y el frufrú de la ropa de Ádám al deslizarse contra la pared para sentarse. Por el volumen de su respiración, agitada, ronca, pensó que su amigo se hallaba mucho más cerca; cuando este al fin tomó su lugar habitual junto a la rendija que conectaba con la celda vecina, la desesperación de sus jadeos lo asustó, pero no dijo nada. Se quedó callado, como todos, obligado por ese código no escrito que preservaba la dignidad que la Cruz Flechada quería robarles a patadas e insultos.

—Se ha muerto en el hospital uno de los policías que nos arrestaron —dijo Ádám, tras una pausa pronunciada, y Jonatán no supo si hablaba con él, consigo mismo o con los compañeros en general—. Esa bala también me ha matado a mí.

—*Nem* —susurró Jonatán en húngaro.

Un no muy bajito, casi aspirado, que no iba a condenarlo porque incluso un espía inglés, después de meses encerrado entre cuatro

paredes, era capaz de hilar una sola sílaba en un idioma prestado, pero que delataba la debilidad de la carne y del espíritu.

Nadie se unió a su negativa. Quedaron absortos, abofeteados por la crueldad del destino. Sobre Ádám, que no figuraba entre los organizadores del movimiento, que contaba con un abogado militar que lo defendía por amistad con su padre y no por obligación, recaería la culpa de una muerte cuyo autor llevaba ya días bajo tierra. Los únicos testigos del arresto eran los compañeros del finado, pues el resto de los miembros del comité, que habían sido puntuales, se hallaban ya en la cárcel cuando Pál Széchenyi, János Messik y Ádám Farkas llegaron a la casa de Vilmos Tartsay. Aunque alguno de ellos, poseído por un breve instante de clemencia, confesase que el acusado estaba armado, sí, pero no había tenido ocasión de disparar una sola bala, porque lo habían reducido sin problemas, no habría importado. Según la aritmética del diablo que los juzgaría, él era asesino por su mera pertenencia a un grupo terrorista, puesto que su mano había empuñado una pistola que habría utilizado, sin duda, si no lo hubiesen tirado al suelo de inmediato.

Jonatán se levantó como guiado por unos hilos invisibles, y no fue consciente de lo que hacía cuando abrazó la estufa, que movió lentamente, con cuidado, hasta que el espacio vacío entre una celda y la otra permitió el paso de un cuerpo delgado como el suyo tras semanas de rechazar el alimento. Había fantaseado a menudo con hacerlo, con estar en el mismo habitáculo que su amigo y tocarlo y susurrarle al oído, sin tener las miradas nauseabundas de los guardias sobre ellos. Nunca se había atrevido por las posibles repercusiones que hubiera tenido el hecho de meterse en una celda

que no era la suya, pero ¿qué más podían hacerle? No temía nada de los hombres y a Dios ya no podía perdonarlo.

Se sentó a su lado, en silencio, porque no existían las palabras salvadoras, y le acarició la espalda. En su propia piel sentía aún la ternura del abrazo de Ádám en el piso de la plaza Szabadság; la calma extraña, en mitad del luto, al cerrar los ojos y quedarse dormido con el ritmo de sus pulsaciones en el oído. Quería ofrecerle aquello. Desesperado, como un niño, aterrado, a falta de poder librarlo del juicio y de la sentencia, deseaba, al menos, que disfrutase de aquella paz pasajera.

—No te van a hacer nada —le prometió, y se lo repitió a sí mismo hasta que los sonidos perdieron su significado—. Cuando acabe todo esto quiero presentarte a un amigo que dejé en casa. Es socarrón sin perder la amabilidad, y testarudo. Si cree que tiene la razón, cosa que ocurre a menudo, te dice lo que piensa a la cara sin importarle nada. Baila como nadie el swing cuando vais de jarana y los bailes tradicionales cuando os conocéis mejor. Es como uno de esos príncipes de los libros de Tolstói y tengo muy claro que, cuando siente cabeza (si algún día lo hace), se retirará a una de sus casas de campo, frente al lago, cerca de un pueblo que se viste de lavanda cada verano.

Los labios de Ádám, tan pálidos como la piel, se curvaron en una sonrisa.

—¿Tienes un amigo que te recuerda a un personaje de Tolstói? Yo tengo uno que es igualito a ese tipejo de *Los hermanos Karamázov*, ese Mitya, que se pone muy cariñoso cuando se emborracha. Y le da vergüenza llevar tan mal el alcohol, a su edad, pero lo cierto es que daría la mano izquierda, la buena, por pasar otra noche así con él. Y

no disfruto tanto de nada como de escucharlo cuando habla de cualquier cosa. En el internado, la primera noche que compartimos habitación, ni siquiera dormimos porque nos pusimos a charlar y a contar chistes, y a planear bromas que gastarles a los profesores y a nuestros compañeros. Y eso que era el primer día; cuando nos despertamos por la mañana no nos conocíamos y antes de que amaneciese el siguiente ya éramos íntimos.

—Yo también tenía un amigo así en el internado —musitó Jonatán, sin dejar de acariciar aquella espalda que, con el roce humano, se relajaba—. La noche que nos graduamos estaba de un humor de perros porque temía que ya no fuese a ser igual, yo en la universidad y mi amigo en el ejército, pero la academia de oficiales quedaba a media hora andando de mi casa y, al final, aunque fuese de bar en bar, nos veíamos otra vez a diario. Después, cuando estalló la guerra, aunque parecía imposible, coincidimos en un par de ocasiones más. ¿Sabes? A veces pienso…, a veces pienso que a nosotros nos formaron de la misma materia prima que dio origen al universo y que por eso estamos destinados a encontrarnos a lo largo de la eternidad.

Ádám rio.

—Eres un filósofo.

—Y tú un escéptico.

—Anda, háblame un poquito más, que tengo miedo. A lo mejor eres como uno de esos profetas y, antes de que amanezca, ya estoy rendido a tus pies y diciéndote que veo a Dios.

—Es que no crees en nada.

—En ti sí. Háblame un poquito más, por favor.

Obedeció. ¿Cómo iba a negarse? Aunque tuviese que utilizar aquella lengua que no era suya, que debía desgranar con mesura para no tropezar en la pronunciación y delatar su identidad verdadera, le habló. Le contó, en clave, todo lo que se había perdido y que no podía condenarlo. En la ficción, las playas de Haifa se convertían en el embarcadero de Brighton, ciudad que solo conocía por los folletos turísticos que Dinah y él estudiaban para forjar las historias falsas que los protegerían en Europa. La oscuridad del cine de los tíos. La base británica de Italia, con su aroma a limón. Cómo el sabor del vino, cuando pensaba que era fúnebre, explotaba en su interior con ecos de todo cuanto se había llevado a la boca en su vida. El último salto en paracaídas, soñado, y el agua de los servicios que lo devolvió a la vida.

—¿Sabes? Cuando estaba en la universidad, una gitana me leyó la fortuna. Me dijo que no me casaría nunca y que no caería en ninguna de las batallas en las que combatiese.

Ádám, medio dormido contra su pecho, esbozó una sonrisa.

—A mí una vez me leyeron una fortuna parecida…

—¿Ves? Entonces no vas a morir. No van a tocarte un solo pelo de la cabeza.

Se quedó con él la madrugada entera, mucho más tiempo del que habría resultado prudente, pues ya no podían hacerle ningún daño. No se fue hasta que oyó de lejos los sonidos habituales de la cárcel y vio, a través de los barrotes, cómo el sol brillaba más rosa en un horizonte sin color. Después puso la estufa donde estaba, en su sitio, para esconder las pruebas de su falta.

Era el último día antes del juicio.

VIII

Budapest, 6 de diciembre de 1944

En aquellos días que ya no tenían horas ni minutos, que no contemplaban el sueño ni el descanso, Sanz Briz pudo despedirse de György Farkas y de su hija. Amanecía un sol pálido, chato, que hacía refulgir el polvo de nieve que, como un manto, cubría las flores marchitas del jardín. En la víspera de su partida, él se dirigía a la embajada como cualquier otra mañana, para guardar las apariencias y, sobre todo, para no abandonarse a la desesperanza. Perlasca, a quien había confiado la protección de los judíos de Villa Széchenyi, ya había trasladado sus pocos efectos personales a su nueva morada y visitaba, como cada jornada, las casas protegidas del gueto internacional.

Los Farkas de Batthyány, consumidos por la relevancia de una fecha muy distinta, apenas lo saludaron con un gesto mientras se encaminaban al vehículo. Al llegar a ellos, Sanz Briz musitó:

—Hoy comienzan los procesos penales por el caso de su hijo, ¿no es así?

El señor Farkas, avejentado, con su tez morena ya grisácea, asintió con un gesto.

—Les deseo de corazón lo mejor. Estos días he rezado mucho por su hijo, lo que para un creyente como yo significa algo incluso en los tiempos que corren, y tengo constancia de que *monsignore* Rotta, que quizá está más cerca de Dios que nosotros, también lo hace.

El temor perturbó la expresión aséptica, siempre serena y valiente, de Erika.

—Muchas gracias, don Ángel. No hemos conseguido que le aplacen el juicio, pero el abogado tiene la esperanza de que, aunque le pidan la pena capital, a los miembros menos relevantes del comité se la conmuten por una sentencia más amable. Puesto que Ádám no era uno de los organizadores…

—No desistan. Dentro de lo que cabe, esa es una carta muy valiosa en su baraja. —Se volvió hacia György—. ¿Cómo se encuentra su mujer?

—Con los nervios quemados, para qué le voy a engañar. Ella sí que no quiere tener esperanza y no la culpo. Aunque no nos permitan asistir al juicio, a mi hija y a mí nos consuela, en cierto modo, estar cerca de él y poder hablar con el abogado en cuanto se cierre la vista. Ella está convencida de que las noticias no nos serán favorables y prefiere postergar ese momento doloroso todo lo posible.

Sanz Briz afiló los labios.

—No logro ni imaginar lo duro que un día como hoy es para una madre.

—¿Y usted? —le preguntó Erika, incapaz de seguir mirando de frente el luto que se abría paso antes de tiempo—. ¿Se marcha ya?

—De madrugada, si no surgen contratiempos —dijo en voz muy baja—. Si lo retraso más, me temo que cruzar la frontera resultará

imposible.

—No se arriesgue sin motivo, don Ángel —le aconsejó el señor Farkas—. Piense en esas niñas que tiene en casa y salve la vida. Hay ocasiones en las que incluso el más noble de los hombres debe pensar primero en su propio pellejo, y esta, me temo, es una de ellas.

Un último apretón de manos. Aunque conservaba la energía del primero, heredera del pasado castrense y de la severidad de su carácter, a Sanz Briz le dio la sensación de que las pieles no llegaban a tocarse. El destino, caprichoso, había puesto a cada uno en su lugar y se hallaban ya a una distancia insalvable.

A Erika la abrazó con la brevedad casta y cariñosa del día del sepelio de Pál Széchenyi. Al oído, como un secreto, le susurró:

—No creo que duerma en casa esta noche, pero intentaré mantenerme informado del juicio por mis propios medios. Rezaré.

—Gracias, don Ángel. Lo más seguro, de todos modos, es que incluso tratándose de un consejo de guerra el proceso se alargue un par de días, teniendo en cuenta el número de acusados, la prominencia de algunos miembros y la gravedad de los cargos…

—Ese tiempo será dador de vida —le aseguró Sanz Briz mientras los veía subir al vehículo—. Los tendré muy presentes.

Aquella noche, ninguno de los hombres de la celda número 6 logró conciliar el sueño. Enfrentados a su propia mortalidad, no existían diferencias significativas entre los ateos y los devotos, los jóvenes y los que se hallaban más cerca ya de la tercera edad que de los años mozos que en silencio revivían. Todos intentaban, en vano, hacer

balance de la propia vida, de ese tiempo que ante el paredón se queda siempre corto. Nadie debería morir.

Boldizsár, que aún encontraba cierto consuelo en las palabras, garabateaba algo en un trozo de periódico viejo. Cartas no. Memorias, tampoco. Convencido, de manera irracional, de que la muerte no iría a por él con una novela a medias, comenzaba historias ficticias que, con los nervios a flor de piel en espera del juicio, no llegaba a terminar.

Ádám, encogido en su lugar de siempre, ya no sentía miedo, tras una víspera tan mala. Miraba a Jonatán a través de los cuatro centímetros entre la estufa y la pared como intentando recordar cada detalle, incluso los golpes y las magulladuras que despertaban en él una cólera febril cada vez que su amigo regresaba de un interrogatorio. Se entrelazaban los dedos, librados ya de las cadenas de la clase, del sexo y de la sociedad. De haber podido hablar en el mismo idioma, de haber habitado Jonatán su verdadera identidad, le habría dicho tantas cosas…

Él, que siempre había sido el más valiente de los dos, agradeció de manera retrospectiva las penurias del Don. El frío que no cesaba, el hambre y la sed, el ruido constante, la certeza de que un nuevo ataque podía producirse a cualquier hora…, allí no había tenido la oportunidad de vivir una noche como aquella y mirar de frente su propia inexistencia.

—Háblame de la noche antes del gran salto —le pidió a Jonatán.

—Nos volvimos medio locos, como animales —le dijo, y por él, solo por él, sonrió—. Bebíamos y comíamos sin poder saciarnos y los hombres y las mujeres…, bueno, ya te imaginas. A la mañana siguiente, en el avión, como unos santos, cada uno con sus

oraciones, por si Dios se apiadaba de nosotros y nos escuchaba. Después, al saltar…, en la fracción de segundo antes de que se abriese el paracaídas, cuando temía convertirme en una vela romana, me dio por pensar en los pájaros que tenía mi hermano. Jilgueros. Los adoraba, el pobre. Les ponía los conciertos de música clásica de la radio para que aprendiesen a cantar y te juro que, cuando él silbaba, los imitaba a la perfección. A mí me regañaba por escuchar jazz y swing…

Una risita. En el mundo de los muertos en vida, incluso aquello tenía un peso inconmensurable.

—*Oh, when the saints go marching in…, oh, when the saints go marching in* —canturreó Ádám de memoria, y Jonatán hundió la cara en el antebrazo para ahogar una carcajada.

—*Yes, I want to be in that number when the saints go marching in*[44] —terminó por él.

Nadie durmió aquella noche. Por la mañana, no reaccionaron al despertador habitual: la horca que se montaba en el patio. Se prometieron que no era la suya, que su proceso penal se alargaría un poquito más, y pese a ello se despidieron unos de otros. Si condenaban a alguno, lo trasladarían enseguida a la celda número 13, apodada «la de las lágrimas», donde aguardaría las dos últimas horas antes de la ejecución.

Ádám apretó los dedos de Jonatán una vez más. Su camarada, que tampoco había podido dormir, le recordó muy bajito:

—Ni te casarás ni caerás en ninguna de las batallas en las que combatas. Nos volveremos a encontrar.

Ádám asintió con un gesto.

—Nos volveremos a encontrar, amigo.

No hubo tiempo ni ganas para un «sí». Los guardias ya entraban a por él.

Jonatán no comió ni bebió en todo el día, no porque quisiese morir, sino porque temía la vida. Su rutina, con todo descaro, continuaba mientras el destino de Ádám se jugaba en una partida de dados trucada. En el paseo, sobre la nieve, los pies le pesaban por el hambre y el cansancio; en las manos, que se metía en los bolsillos para protegerlas del frío, notaba el peso ausente del tacto de su amigo. No sintió las torturas, se quedó dormido mientras le pegaban y no soñó con nada. Hasta que recibiese noticias, buenas o malas, no le interesaba existir ni siquiera en ese mundo imaginado que le pertenecía solo a él.

Los condenados llegaron, uno a uno, cuando ya se había servido la cena. A través de la rendija, iluminados por la luz de la luna de diciembre, fueron pasando mientras Jonatán los contaba. La puerta, metálica, se cerró como una sentencia más. Faltaba uno.

—¿Y Bajcsy-Zsilinszky? —preguntó.

Su propia vileza lo conmocionó. Sin atreverse a verbalizarlo, ansiaba que él, el cabecilla, hubiese pagado, como el Nazareno, por los pecados de todos los demás. Ádám, más pálido y delgado, con las ojeras terrosas y abultadas, negó con la cabeza.

—Solo han tenido tiempo de interrogarlo a él —respondió—. Su abogado insistió en que, como miembro del Parlamento, goza de inmunidad y por eso lo han llevado a una celda de aislamiento. No podrán procesarlo hasta que lo extraditen.

—¿Y el resto?

—No sabemos nada. Nos interrogarán mañana. —Hundió la cara entre las manos—. Dios, no soporto esta incertidumbre. Ojalá me dijesen de una vez qué quieren hacer conmigo.

Aquella noche de noches, Jonatán se coló de nuevo en su celda. Quería disfrutar de la proximidad de aquel cuerpo, aquel conjunto de células y moléculas que, de modo milagroso, habían formado a un hombre.

A falta de vino que compartir, aquellos que al día siguiente quizá morirían cantaban desafiantes, dueños aún de sus gargantas, de sus voces y de su orgullo.

Más luminosa es la
espada que la cadena,
Adorna mejor al brazo,
y aun así seguimos
portando cadenas.
¡Ven a nosotros,
vieja espada!
Al Dios de los húngaros
le juramos
le juramos, que esclavos
¡no seremos más![45]

IX

Embajada de España,
7 de diciembre de 1944

En el invierno aquincense de 1944, el tabaco dejaba un regusto amargo en el paladar. La sinfonía de ruidos de la guerra, acordes mortales a los que se habían acostumbrado desde la ocupación alemana del marzo anterior, no interrumpió la calma serena con la que Ángel Sanz Briz recogía su escritorio de la embajada española. Únicamente el cigarrillo, que sostenía entre dos dedos y que de vez en cuando observaba extrañado, como si se preguntase de qué modo había llegado ahí o si habían sido sus manos las que lo habían encendido, lo traicionaba. El ansia insaciable con la que fumaba abría una ventana a través de la cual se vislumbraba la turbación que lo consumía.

Rayaba el alba (un amanecer rosa y blanco que hacía refulgir la nieve que cubría la calle Eötvös), un coche iría a buscarlo pronto y él pensaba en sus hijas. Adelita, nacida en aquella misma ciudad cuando los ecos del conflicto aún no ensombrecían la dulce ilusión de un matrimonio de recién casados, y Paloma, su Paloma, que había venido al mundo con los fríos madrileños del otoño y cuya piel todavía no había recibido las caricias del padre. De no haber sido por

ellas, quizá en la naturaleza comedida, siempre diplomática, de Ángel habría brotado un deje de temeridad.

Cárcel de la calle Margit

Como en la jornada anterior, se los llevaron al amanecer. Ante la estricta vigilancia de los guardias, aquella comparsa triste pero llena de coraje no pudo entretenerse en las despedidas, en las palabras de ánimo y la solidaridad entre aquellos que no se librarían de la muerte y los que, de momento, aún podían conservar la esperanza.

Jonatán, que se había parapetado contra la estufa de manera que no pudiesen verlo a través de la rendija, buscó la mirada de Ádám hasta encontrarla.

—Hasta que el mundo sea libre —musitó en inglés, con la voz quebrada por el terror.

Como un maleficio, hasta que se volviese real, lo habría repetido en todos los idiomas que conocía: el eslovaco que le había salvado en otra vida, el hebreo que había tenido que desligar del ámbito religioso en el Mandato, el serbocroata que había querido aprender por terquedad y que, debido a la dificultad y a la falta de uso, se le resistía, las vagas nociones de francés y de alemán que recordaba del internado, el latín que lo había apasionado y el griego antiguo con el que no se había ni esforzado.

Si con solo la voluntad bastase, en aquellas horas que los separarían habría adoptado muchos otros: el ruso que ya simbolizaba la esperanza, el italiano y el español de los viajes que no pudieron realizar, el yidis de sus abuelos paternos, el ladino que

goteaba de la lengua de Dinah como la miel. Idiomas perdidos en la infinidad del tiempo y de la Historia, incluso, solo para salvarlo.

Ádám le sonrió desde el umbral de la puerta. Un parpadeo, y ya no estaba.

Embajada española

Se marchaba. El día anterior, las autoridades húngaras habían recomendado a los embajadores extranjeros que abandonasen la ciudad ante el avance inexorable de las tropas soviéticas. Sanz Briz apenas se permitió un instante de duda antes de dejarlo todo dispuesto: las instrucciones al abogado Zoltán Farkas y a la canciller Elisabeth Tournée, que no solo se encargarían del edificio de la legación en su ausencia, sino también de los miles de judíos a los que, sin previa autorización de Madrid, habían provisto de pasaportes y cartas de protección que evitarían su deportación a los campos de exterminio, y de los veinticinco mil pengős con los que sobornarían a la Cruz Flechada para que no registrase los edificios que él había alquilado y cuya bandera española otorgaba inmunidad diplomática a los refugiados escondidos en su interior.

Un acto de humanidad que por momentos hacía flaquear su decisión. Nada importaba. Aunque España había abandonado la no beligerancia en favor de la neutralidad, Sanz Briz sabía que para los soviéticos el suyo era un país fascista, enemigo, que para más inri había desplegado tropas voluntarias que combatieron en la Wehrmacht en el Frente del Este.

El claxon del automóvil disipó sus pesadas ensoñaciones. Tomó el maletín, cuidadosamente preparado la tarde anterior. Sobre la mesa había dejado firmados unos documentos en blanco para que ese trazo personalísimo sobre el papel pudiese seguir protegiendo, en su ausencia, a aquellos judíos que cada mañana hacían cola frente a la embajada. Un paso más, firme. La puerta, que se cerró tras él, lo estremeció.

Cárcel de la calle Margit

Por Jonatán fueron tras el desayuno, que devoró con el ansia desesperada de quienes aguardan el tiro de gracia. En la lógica delirante de la Cruz Flechada, las torturas y los interrogatorios no seguían patrón alguno; de la celda podían arrancarlos en cualquier momento, bajo cualquier excusa, porque lo primero que dinamitaban era la cordura que permitía a los hombres resistir.

Se puso en pie. El guardia le hizo un gesto brusco, imposible de interpretar, y le ordenó:

—Adecéntate y recoge tus cosas. En cinco minutos vendremos a buscarte.

Ambas órdenes eran tan solo un mero trámite, una burla más. En la celda carecían de artículos de aseo; un único cubo para las emergencias fisiológicas impregnaba la sala del olor repugnante y envolvente de los desechos corporales. En cuanto a efectos personales, llevaba encima lo que le habían permitido conservar; el resto, de manera oficial, residía en los almacenes, pero todos sabían que los funcionarios se rifaban los objetos de mayor valor.

—¿Por qué?

—Porque ya no nos perteneces. Ahora eres responsabilidad de la Gestapo, que ha autorizado tu traslado inmediato. ¡Da gracias por estos cinco minutos que te regalo!

Trescientos segundos para tranquilizarse y despedirse de los camaradas, para habituarse a esa nueva piel y ese nuevo destino que clamaban por él. El Filósofo, tras oír la puerta que se cerraba, lo estrechó contra sí.

—Vamos, inglés, que son buenas noticias. Os llevarán a la frontera para huir de los bolcheviques, ¡la derrota de los alemanes es inminente! Los que nos quedamos aquí…, temo que liquiden la cárcel entera con nosotros dentro.

—¡Cállate! —chilló Jonatán, que trataba de zafarse de la presión que, con los brazos, ejercía sobre él—. ¿Cómo te atreves a decir algo así, cuando hay hombres que se están sometiendo a juicio ahora mismo?

Trescientos segundos. Sin aceptar las excusas que el Filósofo le tendía y que él no escuchó, tomó uno de los periódicos que utilizaban para limpiarse cuando la naturaleza resultaba más fuerte que el orgullo. Sobre una página publicitaria, con el mismo lápiz raído que se turnaban, le escribió una carta a Ádám, que apretó contra la palma de su compañero.

—Entrégasela a Farkas de Batthyány, el condesito de la celda de al lado —le susurró al oído.

El hombre asintió con un movimiento leve, casi fúnebre.

—El cojo, ¿no? Ese chavalito con el que trabaste amistad.

—Ese mismo. Dile…, dile que estaré bien.

—Es buena suerte, en el fondo. ¿Ves como tenías que seguir vivo?

Los ojos, oscuros y algo saltones, refulgieron al leer, casi de pasada, una de las frases escritas en letra apretada, temblorosa, y redactadas en perfecto húngaro. No terció palabra, con la mirada le bastaba.

—Vas a salir de esta, inglés —le aseguró mientras se guardaba el papelito a toda prisa—. Podrían levantarse imperios enteros con la mitad de tu ingenio.

X

Embajada española

Sanz Briz ya había abandonado Budapest cuando Perlasca llegó, bastante temprano por la mañana, al edificio de la legación. Madame Tournée y el abogado Farkas le comunicaron de inmediato la noticia que él ya se esperaba, pues su amigo no había pasado la noche en casa. Como las reliquias de un santo, le mostraron los documentos en blanco, firmados y sellados, y el sobre con los veinticinco mil pengős que le había confiado a la canciller y que resultaría más valioso como soborno para la Cruz Flechada que en el mercado negro. A esas alturas, a fin de cuentas, ya se habían acostumbrado a aquella hambre a la que a duras penas engañaban las latas de Vitapric, el concentrado no perecedero de tomate y pimiento verde que era lo único que podía encontrarse sin problemas.

—Sobre el papel, el representante sueco queda a cargo de los asuntos de la embajada —le explicó Farkas, haciéndose eco de las instrucciones de Sanz Briz—. A efectos prácticos…

—Ya, ya. Somos nosotros los que sabemos cómo funciona todo. ¿Se ha pasado alguien ya por las casas protegidas del gueto internacional?

Madame negó con la cabeza. A lo lejos, como llevaba sucediendo en las últimas semanas, se oían los rugidos de los cañones soviéticos.

—No, todavía no. Don Ángel salió de madrugada. Si Dios está con él, confío en que sea siempre así, su vehículo cruzará la frontera en unas horas…

Perlasca la apuró con un movimiento de la mano, irritado por aquella calma, aquella serenidad que los diplomáticos apreciaban, y que a él se le retorcía dentro como un dolor estomacal.

—¿Pero no ha designado a alguien que ocupe su puesto? —jadeó, consciente de la respuesta y de la amenaza que suponía—. Aunque contemos con la protección sueca, a efectos legales ya no hay un embajador español en Hungría.

Miraba a Zoltán Farkas. Este, que también leía esos significados adicionales, ocultos, que la canciller había obviado, bajó la cabeza.

—¿Y quién podría ocupar su despacho? Era el único diplomático de origen español. Designar la supervisión del representante sueco era la única salida…

—Ya. *Porca putana*, ¿eh? Salgo para el parque de Szent
István, a ver cómo están los ánimos… Claro que, para no alarmar a nadie, no mencionaré la partida de Ángel. ¡Que Dios lo acompañe! Ahora, tenemos que mirar por nosotros mismos.

Lo mismo se repitió, en silencio. Era consciente de la responsabilidad silenciosa que recaía sobre él. Aunque italiano de pura cepa, contaba con el pasaporte ordinario que el propio Sanz Briz le había extendido tras el golpe de estado de Szálasi, un par de semanas atrás…, un tiempo que se le antojaba tan lejano como el reinado de Salomón. ¿Y qué diferencias podía notar un húngaro

entre dos razas mediterráneas o en los sonidos romances de dos lenguas que podían considerarse primas hermanas? Madame, Farkas y los demás, a pesar de su pericia y su coraje, no dejaban de ser judíos y, por tanto, vulnerables…

Cárcel de la calle Margit

Antes de que el reloj marcase el mediodía, trescientos prisioneros políticos aguardaban el transporte en el patio. Organizados en grupos de cinco, los subieron a los furgones por orden alfabético. El guardia encargado de supervisar la operación, de cara redonda y nariz chata, los despidió con un gruñido.

—¡Pudríos en el infierno! Menos mal que nos libramos de vosotros. ¡Pronto seréis el problema de Göring!

El trayecto, corto y tortuoso, hasta la estación de tren sentó las bases de una nueva camaradería. No existe, ni en tiempos de paz ni durante un conflicto armado, un lugar más idóneo para la radicalización política que la cárcel. En aquellos veinte minutos, que Jonatán utilizó para acostumbrarse a las caras nuevas y saludar a quienes reconocía de los pasillos y del patio, aquel conjunto heterogéneo de indeseables llegó a una única conclusión: si dependía de ellos, no pisarían jamás tierras germanas.

Parque de Szent István

La impostura de Perlasca comenzó, sin él saberlo, en el momento mismo en el que el vehículo de Sanz Briz arrancó de la calle Eötvös para no volver. Al llegar al número 33 de la calle Légrady Károly comprendió que sus temores no habían sido infundados. En la misma acera, desordenados, los judíos protegidos se apretujaban los unos a los otros para aprovechar, aunque de manera efímera, el calorcito que otro ser humano proporcionaba. Entre lágrimas, los que se atrevían lo llamaban por su nombre a gritos; las madres, mientras tanto, tiraban de sus hijos para impedir que los pequeños, que reconocían en el italiano a uno de los hombres que los proveía de alimentos, se saliesen de la fila que los milicianos de la Cruz Flechada custodiaban.

—¿¡Qué está pasando aquí!? —exclamó Perlasca, en un español que pronto tradujo, como pudo, al poco alemán con el que se defendía.

Los ojos pasaban por cada uno de los oficiales mientras él luchaba por camuflar de enfado el temor que lo invadía. El jefe, que echaba atrás a cualquiera que tratase de abandonar su lugar, le espetó en aquella lengua que compartían:

—Tenemos orden de deportar a toda esta chusma.

—¿¡Orden!? ¿Qué orden?, ¿quién ha dado esa orden? ¡Todas estas personas están bajo la protección de España! ¿No ve la bandera sobre la puerta? ¿Con qué autoridad han entrado en territorio español para sacar a esta gente de sus casas?

Con la exquisita parsimonia de quien disfruta de una mano ganadora, el Cruz Flechada sonrió.

—Esa bandera ya no significa nada. Como le he explicado a esta gentuza, el embajador español, en un acto de cobardía, ha huido

como muchos otros antes que él. Sin representación diplomática, por tanto, ni este es territorio español ni debemos respetar unos documentos que ya han quedado obsoletos.

Una mano fría y húmeda apretó las entrañas de Perlasca.

—¡Patrañas! —bramó—. ¿Quién le ha dado esa información? Don Ángel Sanz Briz ni ha huido ni su marcha es permanente. Simplemente, ha viajado a Berna para trasladar documentos confidenciales antes de que los soviéticos entren en la ciudad. Porque creo que no tengo ni que recordarle la cruzada contra el bolchevismo en la que España lleva inmersa desde mucho antes de que ustedes formasen gobierno.

Mientras escupía palabras, rebuscaba en el bolsillo del abrigo el pasaporte, que entregó al Cruz Flechada.

—Usted está hablando con el representante oficial de España —le espetó—. Sanz Briz, quien le aseguro que volverá, me ha designado cónsul durante su ausencia.

Aquella identificación por la que tanto había peleado pasó de mano en mano. Los guardias, reacios a entregar aquellas presas tan buenas que habían tomado, leían aquella lengua ajena en busca de una trampa, un desliz que les permitiese cumplir las órdenes recibidas.

—Esta casa está protegida por el gobierno de España, del que soy representante —insistió—. Esta protección cuenta con la aprobación de su propio gobierno, y tengan por seguro que no toleraré ningún atropello más. Tan solo cederé ante una orden escrita del Ministerio de Asuntos Exteriores que revoque el *status* de este edificio y de cuantos pertenecen a nuestro país. Mientras eso no ocurra, tendrán

que pasar por encima de mí antes de llevarse a una sola de estas personas.

De mano a mano, el pasaporte llegó de nuevo al jefe de los milicianos. Tras un último repaso, fugaz, lo tiró al suelo para que Perlasca lo recogiese.

—Muy bien, quédese con sus asquerosos judíos. —Se agachó para ponerse a la altura de Giorgio, que volvía a guardar el documento—. Pero ándese con cuidado. Nosotros sabemos a quién rendir cuentas; ustedes, a juzgar por irregularidades como esta, parece que han olvidado la mano que les da de comer.

En algún lugar de Hungría

Los metieron, como mercancía sin importancia, en un tren con destino a Komárom. A Jonatán, la ironía de aquel trayecto, hermano del que había realizado con Dinah, le revolvió el estómago. Sabía cómo era el viaje y cuántas horas, en la mejor de las circunstancias, tomaría y que en ese momento, en la Hungría más agónica, se alargarían.

No pisaría suelo alemán. Tampoco iría, sin oponer resistencia, a aquella ciudad en el corazón de la línea Margit, la barrera defensiva que aún seguía bajo el control del Eje. Dispuesto a huir o a morir por su propia mano, se abrió paso entre la marea de presos hasta alcanzar al grupo de jóvenes comunistas con los que había charlado en susurros en el furgón. Uno de ellos, bajito, de la edad aproximada de Sándor, se había inclinado sobre él para mostrarle el cuchillo de zapatero que había logrado esconder entre la ropa.

—Disponemos de un mínimo de seis horas —les dijo Jonatán, en húngaro. En la confusión de cuerpos y con el escape como único objetivo, el alférez James Redford ya no le resultaría útil—. He estado examinando las paredes del vagón, tienen un grosor de unos cinco centímetros y la madera no parece maciza. No resulta idóneo, pero quizá logremos abrir un agujero lo suficientemente grande para escapar. ¿Confiáis en alguien más que tenga un objeto afilado a bordo?

Los muchachos se miraron unos a otros. Cubiertos por la neblina plateada que se colaba por las rendijas superiores del vagón, casi parecían flotar.

—Espera —dijo el zapatero.

Regresó acompañado de un grupo de prisioneros extranjeros que, por su nacionalidad, habían recibido un trato mucho menos favorable que el de Jonatán. Eran cinco paracaidistas soviéticos, dos de ellos judíos, en posesión de dos navajas y una barra de acero.

—Seis horas para llegar a Komárom —repitió Jonatán, cuyos labios ya se curvaban en una sonrisa—. Si nos organizamos bien, lograremos nuestro objetivo en tres.

Se estrecharon las manos en señal de solidaridad y camaradería.

—*Smert' fashízmu!* —añadió después, utilizando la fórmula rusa de aquel saludo partisano que no usaba desde hacía tanto.

Si la muerte les daba caza, los encontraría luchando.

Cárcel de la calle Margit

A las nueve de la noche, los ocupantes de la celda número seis regresaron a sus catres. Caminaban erguidos, con la calma curiosa de quienes saben que al día siguiente habrán dejado de existir. En consejo de guerra, en juicio sumarísimo, los habían subido al altar de los sacrificios. Con la muerte, que habían pedido para todos, asustarían a cualquier célula de resistencia que pudiese existir aún en el país. Ellos, el ejemplo mortal. Ellos, la sangre del cordero. Ellos, mártires de una nación que no existía aún.

Solo Boldizsár lloraba. Él, que había andado sereno a lo largo del corredor de los aristócratas, se derrumbó al descubrir cierta belleza en aquellas cuatro paredes inmundas, estrechas, enrarecidas por el olor a sudor y a fluidos corporales. Se encogió contra Vilmos Tartsay que, como un padre, lo abrazaba.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! —gemía.

No lograba encontrar consuelo porque la permanencia de todo cuanto era y había sido dependía de aquella noche, aquellas horas tan breves en las que su abogado tendría que reunir razones suficientes para negociar su perdón.

—Tu hijo estará muy orgulloso de ti, Iván —le decía Tartsay, en voz cada vez más baja—. Pero no te va a llorar hasta dentro de cuarenta o cincuenta años porque mañana, cuando firmen sentencia, a ti te darán el indulto.

Ádám, con ojos enrojecidos como dos rubíes, se agazapó contra la estufa.

—Inglés —masculló—. Oye, inglés…

Al asomarse a la rendija, no lo recibieron los ojos grises de su amigo, sino unos oscuros que reconoció como los del Filósofo.

Tomó aire.

—¿Se lo han llevado a interrogar?

El hombre negó con la cabeza.

—Se lo han llevado y punto. Están evacuando ya a los extranjeros y a los políticos prominentes. —Al observar que el rostro ceroso de Ádám se crispaba, agregó—: ¡Son buenas noticias, chaval! Ese inglés es más listo que el hambre, lo sabes tú bien. Y aquí…, no quiero ser cenizo, pero sé que tú piensas como yo: quedarse aquí es mal asunto.

—No sabes cuánta razón tienes y cómo deseo que te incluyan en los siguientes transportes.

—No, chaval, que los trapos viejos solo sirven para tirarlos. ¿Y vosotros? ¿No tenéis buenas noticias?

—Han pedido la pena de muerte para todos. Mañana a primera hora nos comunicarán si indultan a alguien, pero yo, camarada, tengo la muerte a mi espalda… Yo no estaré en esa lista. —Forzó una sonrisa—. Mañana a estas horas ya no existiré.

El Filósofo golpeó la pared con el puño.

—Me cago en la puta, si es que os matan por buenos, por valientes, por no agachar la cabeza ante estos canallas, como todos los demás. Ahora, te digo una cosa: ellos que tanto inflan el pecho como gallitos no saben que se lo están poniendo fácil a sus ejecutores, que ya habrán venido a por ellos antes de que acabe el año.

—Y las generaciones que vengan recordarán ese día.

Por inercia, por una nostalgia que no sabía dónde depositar, se dispuso a acurrucarse en el mismo sitio de siempre, pero el Filósofo lo llamó.

—Espera, chico, espera. El inglés…, el inglés antes de irse me pidió que te entregase esta nota. Destrúyela cuando acabes de leerla, por favor. No quiero que comprometa a nadie.

La introdujo doblada en la rendija. Al tomarla, a Ádám lo invadió una pena extraña, latente, al reconocer la caligrafía apretada y las letras diminutas de su amigo. Aún respiraba, pero ya lloraba por la vida que estaba a punto de perder.

Querido compañero:

Te escribo esta carta en mis últimos minutos en Budapest porque nada me parece tan importante ahora mismo, tan urgente y necesario, como esto. No sé qué sentencia penderá sobre tu cabeza ni a qué profetas he de buscar en el desierto para obligarlos a tomarte de la mano y librarte del destino más atroz. Te quiero y te quiero. No crees en nada porque yo tengo fe suficiente por los dos y, tanto si es tu tiempo el que se agota como si es el mío, te buscaré en cada vida hasta encontrarte y no me separaré más de tu lado.

Pienso en nuestros últimos encuentros constantemente, casi obsesivamente. Sé que vas a reírte de mí, pero voy en serio cuando te digo que tengo la convicción infinita de que fueron un regalo de Dios. Estas últimas noches contigo, estas últimas conversaciones, son las que me imbuyen la valentía necesaria para no arrodillarme jamás.

Quiero que sepas que, si se extingue tan rápido la vida que tú salvaste, es por lo que creo que es una buena causa. Me pediste y me rogaste tantas veces que fuese contigo a tus reuniones políticas y siempre te dije que no, que me parecían una manera muy poco estimulante de pasar nuestros ratos libres, que yo tanto codiciaba. Quién te habría dicho que tu acto de salvación iba a convertirme en un partisano, un espía y un miembro de la resistencia.

Te he admirado más que a nadie y te he querido hasta lo irracional. He bebido tus lecciones como si me hubiese pasado la vida sediento, así que te dejo una a ti: si ese Dios en el que creo a regañadientes te aparta de la muerte una vez más, no vuelvas a darlo todo por la lucha. Eres una persona

valiosa e irreemplazable, y tienes que hacerme el favor de vivir muchos años con tu sentido del humor seco y tu pésimo gusto por los cigarrillos y tus libros destrozados de tanto leerlos.

Solo siento no haber pasado más tiempo juntos, no haber hecho más cosas con estos años milagrosos que me regalaste. El mundo se nos hizo pequeño y hostil. Todas las aventuras que vivimos ardieron tan rápido que, claro, no les quedó otro remedio que consumirse enseguida.

Con cariño, y siempre tuyo,

MITYA KARAMÁZOV

Finalizada la lectura, Ádám se llevó el trocito de papel a los labios y lo besó. Después, dispuesto a no dejar ni una sola prueba, se lo colocó en la lengua, lo masticó y se lo tragó.

Ádám había vivido como si su alma fuese carne; Jonatán, como si su cuerpo fuese espíritu. De todos los pequeños lutos de los que hacía acopio, el dolor de esa separación agónica era el que más le quemaba.

XI

En algún lugar de Hungría,
7 de diciembre de 1944

El grupo de hombres se organizó rápido. Con ayuda de unos cuantos partisanos yugoslavos que gozaban de la plena confianza de los paracaidistas, serraron por turnos. Cantaban. Cantaban con todas sus fuerzas, a pleno pulmón, con la esperanza de que sus voces y el traqueteo del tren ahogasen el ruido de los cuchillos royendo la madera.

—*Madarka, madarka, csácsogó madárka…*

A la nostalgia de Jonatán, el filo más afilado que poseía, se le unió el himno brigadista que los comunistas entonaban a coro mientras las manos, enrojecidas por el esfuerzo, porfiaban en su cometido.

—*Madrid határán állunk a vártán… Állunk tűzözönben minden poklon át… Őrködünk a vártán, Madrid népe álmán… Álljuk vad hadaknak minden ostromát!*[46]

El tren avanzaba despacio pues la artillería soviética, que teñía los cielos de negro y granate, lo obligaba a detenerse cada pocos kilómetros. Aquellos aviones, que los paracaidistas celebraban como si sus pilotos pudiesen verlos, eran de una suerte de deidad pagana que velaba por ellos. Si lograban abrir el agujero a tiempo, el plan

era saltar en las inmediaciones de Tata, ese pueblo minero, de firme tradición antifascista, al que pertenecían varios de los comunistas, y que suponía la mejor carta en su baraja.

Continuaron trabajando y cantando, descansaban únicamente cuando el transporte se paraba y los guardias aprovechaban para comprobar que los presos seguían ahí, obedientes y con la esperanza dinamitada. En cuanto se ponían en marcha de nuevo, proseguían con energía.

—Tyomnaya noch′, tol′ko puli svistyat po stepi, tol′ko veter gudit v provodakh, tusklo zvyozdy mertsayut… V tyomnuyu noch′ ty, lyubimaya, znayu, ne spish′…[47]

—Uz maršala Tita, junačkoga sina nas neće ni pakao smest′. Mi dižemo čelo, mi kročimo smjelo i čvrsto stiskamo pest…[48]

Las gargantas ya estaban en carne viva por los gritos cuando oyeron, como la música más deliciosa, el crujido de la madera que vencía. ¡La libertad! La libertad olía a la tierra húmeda por las nevadas, al fresco de la noche y al combustible de la aviación roja. Tensos, se congregaron en torno a aquella tosca puerta que se abría solo para ellos, conscientes de que pronto descubrirían su crimen y de que, a partir de ese momento, cada uno debía luchar por su propia vida.

El joven más alto, de gafas redondas y rostro pecoso, que estaba montando guardia hizo un gesto afirmativo a los demás.

—Tata no queda lejos de aquí. Mejor aprovechar esta oportunidad que arriesgarnos a no volver a tener otra.

Como agradecimiento, le dejaron salir el primero. Después, uno por uno, saltaron a la inmensidad negra de la madrugada, que los recibía.

Cárcel de la calle Margit,
8 de diciembre de 1944

A las diez de la mañana del viernes 8 de diciembre, sentenciaron a muerte en la horca por alta traición al general János Kiss, al coronel Jenő Nagy y a los capitanes Vilmos Tartsay y Ádám Farkas de Batthyány. Al resto de los miembros del comité —a excepción de Bajcsy-Zsilinszky, que aún no había sido extraditado— se les conmutó la pena capital por la cadena perpetua o penas de entre diez a quince años de cárcel.

Aún no se había pronunciado el veredicto y ya se estaba montando la horca en el patio. El abogado militar, que no consiguió ni posponer el juicio ni el indulto, ni siquiera que el condenado se enfrentase al pelotón de fusilamiento y no a la soga como un criminal, logró, sin embargo, que la visita de la familia se alargase más de los tres minutos habituales.

La vida en dos horas. Tras redactar unas últimas misivas y recibir al párroco de la cárcel (no tenía nada que confesar ni tiempo para que le trajesen a un religioso de su confianza), lo condujeron a una celda más pequeña, en la que ya lo esperaban sus seres queridos.

Erika miraba la hora en el reloj de pulsera. Escrutaba el reloj y rezaba. Eso le mantenía la mente ocupada, tanto que ni siquiera se dio cuenta de que habían llevado a su hermano. Su mente estaba fija en la oración y en el reloj, y no se percató de ese cambio más que significativo hasta que oyó el frufrú de la falda de su madre y los besos que le daba a Ádám en la mejilla.

—Ay, cariño, cariño, si pudieses volver a mis entrañas —le decía mientras lo acariciaba, con la voz rota por un luto que ya había comenzado—. ¿Por qué tuvisteis que salir de ahí con lo bien que estabais?, ¿es que este mundo no os ha sabido querer bien?

Ádám le devolvió el beso.

—Qué mala suerte ha tenido con este hijo, madre. —Se zafó de su abrazo y sin llegar a separarse del todo de ella, sonrió—. Usted siempre ha sabido que mi vida iba a terminar mal, ¿verdad? Y nosotros no supimos hacerle caso.

No aguardó a recibir respuesta. Ya caminaba, como flotando en una congoja infinita, hasta llegar a la esquina de la habitación en la que Erika esperaba de pie. A ella no le habían permitido ver a su hermano en dos semanas. En aquel lapso, efímero en tiempos de paz y capaz de contener años enteros durante el conflicto armado, había perdido peso; la piel, cerosa y tirante, estaba teñida del ocre avioletado de unas ojeras que daban testimonio de la turbación de la última noche. A menos de dos horas de enfrentarse a su ejecutor, estaba tranquilo. Se detuvo frente a ella, quieto, esbozando una sonrisa como si ambos fuesen partícipes de una broma que los demás desconocían.

Como el primer día en el hospital, Erika permanecía inmóvil, muy rígida, le clavaba la mirada pero no se atrevía a tocarlo. Al ir hacia él y sentir los brazos que la rodeaban, se estremeció. Aunque tenían casi la misma altura, apoyó la mejilla en su hombro; quería guardar, conservar para la posteridad el olor específico de su piel, el tacto de su carne en las yemas de los dedos y el de la ropa de la cárcel, que se convertiría en su mortaja, también.

—*Monsignore* Rotta está al tanto del veredicto y ya ha informado a Su Santidad —le dijo, trémula—. Hay muchas personas que están protestando ahora mismo y pidiendo el indulto para vosotros.

Ádám la apretó más fuerte.

—Ya nos hemos quedado sin soluciones, Generala. —La besó—. Mira, te voy a pedir una cosa muy egoísta.

Erika asintió con un gesto. No se movía, quería quedarse con él hasta que se lo quitaran.

—Sí, lo que sea. Haré lo que tú quieras.

Ádám sonrió. Con dos dedos, le alzó la barbilla para que lo mirase de nuevo.

—A mí me vas a tener que llorar mucho. Siempre te lo guardas todo para ti. Estás tan preocupada buscando una salida e intentando cuidar a los demás que te olvidas de ti y eso se acabó. Quiero que me llores, que des un portazo a la habitación al llegar a casa, que te vistas de luto si te apetece…, y después de unos meses, cuando el dolor no sea tan fuerte y todo esto haya acabado, tendrás una vida estupenda. —La estrechó de nuevo—. Eso es lo que te mereces, porque a ti te han quitado cuanto podían quitarte y más, y jamás te has acobardado.

No la soltó. Simplemente deshizo el abrazo despacio y, sin admitir ayuda, la depositó con cuidado en la silla antes de volverse hacia su padre. Le ofreció la mano para estrechársela en un obsoleto código de comportamiento del que no lograba renegar ni siquiera entonces. El hombre, anonadado por la magnitud de aquella estocada mortal, tardó un par de segundos en reaccionar, rechazar el apretón y abrazar a su hijo.

—Aunque no se lo merecen, vais a enseñarles a esos verdugos lo que es de verdad un hombre. En casi cien años no se ha ejecutado a un oficial en este país.

—No se preocupe, padre, que la historia nos reivindicará.

—La historia y, mientras yo viva, el presente también. No habrá soldado en Hungría que no conozca vuestro nombre. El de vuestros asesinos será pisoteado; abusan del poder porque saben que no tienen el coraje ni la pericia de obtenerlo por méritos propios, solo por la fuerza bruta.

Atragantado por unas lágrimas que, por orgullo, no quiso derramar, se separó de su primogénito.

La vida en menos de una hora. Hablaron y hablaron; tejieron palabras, como quien dice. Se olvidaron de mirar el reloj, mucho menos de rezar, hasta que el dueño del tiempo fue por ellos. Todavía no era mediodía cuando el guardia abrió la puerta de la celda.

—Lo siento, chico —le dijo a Ádám, como si su presencia fuese un mero trámite al que dar cumplimiento enseguida.

Erika se puso en pie.

—Todavía no han pasado dos horas.

Pero Ádám ya se estaba levantando para ir hacia ella y darle uno de esos abrazos que no podía describir porque no eran tan solo físicos. Llevaban consigo ecos de aquella Nochevieja en que tuvo la sensación de nadar en champán y recordó aquella fiesta en la que, borrachos como cubas, tiraron un jarrón al patio de la villa de Balatonfüred, y también el primer cigarrillo que fumó, y que no le gustó, mientras sus hermanos y ella oían doblar las campanas de la iglesia de Santa Ana en la plaza Batthyány.

—Ojalá te hubiera conocido mejor —musitó Ádám—. Puedes quedarte con mis libros y mis discos, y con cualquier cosa mía que alguna vez hayas ambicionado. Y tu Biblia…, tu Biblia se la entregué al párroco para que te la devolviese, yo también he marcado en ella algunas cosas.

Sus brazos estaban vacíos de nuevo. Su hermano se había vuelto para abrazar al padre, a quien le pidió perdón.

Este, sin cambiar el gesto regio, le apretó el hombro por última vez.

—Vas a dar una lección de honor —dijo y, tras bajar la voz, añadió —: Es más fácil matar a un hombre que afrontar la verdad y admitir la derrota. A mí hoy me matan a un hijo, pero también al hombre que en el último año se convirtió en mi mejor amigo y en mi mano derecha.

Ádám, que asentía, consciente de los segundos que le robaban como criminales en la noche, se volvió hacia su madre.

—Nunca he sabido comprenderla y fui injusto con usted. —Se apartó un poco de ella para acariciarle la nuca—. Ya no va a tener que preocuparse por mí, ¿eh? La he hecho sufrir más que ninguno de sus hijos.

El funcionario de prisiones tiraba de él para llevárselo mientras la mujer extendía los brazos como queriendo recuperar lo que era suyo, lo había engendrado en su vientre y traído al mundo con dolor, y, con dolor, se lo quitaban.

El cura, que había permanecido en pie en el pasillo, exigía acompañar al reo al patio y caminar junto a él «hasta el final».

—Es un hijo de Dios antes que un ciudadano ante la ley —protestó.

Ádám se limitó a mirarlo con una dulzura extrema.

—No se preocupe, padre —le dijo—. Me voy tranquilo.

A las once y cuarto de la mañana, llevaron a los cuatro oficiales sentenciados a la horca. Un día fresco, clarísimo, de diciembre. El sol bañaba la nieve del patio, que todavía no se había derretido y refulgía dorada como un mar de luz que los recibía. El fuego de artillería del Ejército Rojo que avanzaba rugía cada vez más cerca, amenazante e imparable, y se convertiría en su marcha fúnebre.

Firmes, los presos rechazaron la venda que les cubriría los ojos.

—Van a tener que mirarnos a la cara —siseó Ádám—. Donde estamos nosotros hoy, mañana estarán ustedes.

Le colocaron la soga al cuello. Y él era esa soga, los filamentos que sobresalían y le molestaban porque la piel, ante la proximidad de la muerte, se había vuelto sensible a cualquier tipo de tacto. Y era el polvo de nieve que le impregnaba los zapatos y el corto abrazo que les dio a los camaradas en el pasillo y el carboncillo de la carta que aún tenía en el estómago. Y era los campos de lavanda y el tren que se dirigía a la frontera y las conversaciones susurradas mientras el otro se dormía.

Inspiró. Sobre ellos, el cielo, atravesado por las estelas de los aviones soviéticos, se extendía como una pista de hielo. Los pájaros cantaban sobre el zumbido de los motores. Él, que había vivido como si su alma fuese carne, estaba a punto de abrazar el espíritu.

XII

Los guardias de la prisión permitieron que madre e hija preparasen el cadáver. En el pasillo, al bajar al depósito, les habían preguntado si tenían ya un nicho.

—Si no, tendrá que ir a la fosa común.

La madre, que llevaba toda la guerra de luto por los niños que había engendrado, fue la que le respondió. Tan alta como Erika, carecía sin embargo de la delicadeza de la hija, y se erigía poderosa, como una estatua griega o la representación de la patria en los cuadros antiguos.

—Vosotros lo matáis, vosotros lo enterráis —masculló entre dientes—. Pero como no tenéis corazón ni agallas, a mi hijo le he preparado yo un sitio; no un nicho, sino un mausoleo entero.

La fiereza de los ojos verdes, que los mellizos habían heredado, desarmó a aquellos hombres que deseaban humillarlas cuando ya les habían arrebatado todo. No le dijeron nada.

En la sala mortuoria, acariciaba la piel de su hijo, aún templada, antes de que la rigidez mutase aquellos rasgos que leía en braille.

—Vamos, madre, que cuanto más tardemos, más difícil será.

Ejecutado por alta traición, no se le autorizaba a portar el uniforme, ni siquiera sin los galones ni las medallas que había recibido en el Don. Erika, que no toleraba la idea de que fuese al

féretro con las ropas de la cárcel, tampoco con las que llevaba en el momento de su detención —se las habían entregado, todavía manchadas de la sangre de Pál Széchenyi—, había escogido su traje favorito del armario, que la señora Rozenfeld le había confeccionado, con una corbata a juego. La camisa no había tenido la ocasión de estrenarla.

Había oído decir a las enfermeras más veteranas que los muertos relajan los músculos cuando les hablas, como si quisiesen hacerte el favor de facilitar el trabajo. Nunca lo había creído, porque ella podía rezar el rosario a diario y guardarse una estampita de la Virgen de Loreto en el bolsillo antes de emprender un viaje, pero en el hospital solo contemplaba las leyes estrictas, inamovibles, de la física y la razón. Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Sin embargo, ahí estaba: cuando le decían a Ádám un par de palabras, el *rigor mortis* cesaba.

—Tanto que me cuidabais y qué sola me habéis dejado los tres —musitaba mientras con un paño húmedo le lavaba el cuello, la piel agrietada y quemada por la fricción de la soga, antes de vestirlo—. A ver quién me va a descarriar, ahora.

Lo perfumaron y lo besaron antes de que la carne, ya blanca, se convirtiese en duro y frío mármol. La madre le colocó el rosario en la mano derecha aunque él ni creía ni rezaba.

—Anda, para que te metas con tu madre una última vez —le dijo —. Y para que te vayas protestando, que mira que te gustaba refunfuñar. Si hasta pienso que te ponías nervioso cuando no tenías nada de qué quejarte. Y qué gracia tenías, porque lo decías sin malicia, para hacernos reír —le acarició el pelo—. Ojalá os hubiese

parido más tarde. Qué prisa tuvisteis Tibor y tú en venir al mundo y qué años más malos os han tocado vivir.

Erika le besó la frente. Con cuidado, sacó de la cartera una instantánea de fotomatón de Jonatán y de él, que le puso en el bolsillo interno de la chaqueta para que nadie pudiese encontrarla.

XIII

Berna, 14 de diciembre de 1944

ASUNTO: Sobre la protección de judíos realizada por la legación de España en Budapest

Excmo. señor:

Con referencia a los telegramas relativos a la protección de israelitas húngaros, paso a informar de la manera en que dicha protección se ha llevado a la práctica.

Al iniciarse la gestión por esta legación de España para obtener el derecho a la protección de judíos, las autoridades húngaras, refractarias en principio a autorizar protecciones realizadas después del 15 de octubre, fecha del golpe de Estado, accedieron a conceder a esta representación un cupo de 100 personas. Este cupo reducido fue ampliado con posterioridad, tras laboriosas gestiones, hasta 300 israelitas. A estos se les proveyó de un pasaporte provisional, redactado en francés y de un formato totalmente distinto del de los pasaportes ordinarios. En muchos de los pasaportes provisionales se incluyeron diversas personas de la misma familia, de lo que resulta que con un total de unos 235 pasaportes (de dicha clase) expedidos, quedaron protegidas 352 personas, cifra algo superior a la autorizada por este Ministerio de Asuntos Exteriores.

La protección realizada por esta legación no se ha limitado al número de israelitas señalado. Aprovechando la confusión y anarquía reinantes en el país, esta representación, creyendo obrar en el sentido de las instrucciones recibidas, procedió a la expedición de un documento llamado «Carta de protección», en el que se hace constar que su titular tiene parientes en España y que se encuentra bajo nuestro amparo. Dicho documento era, en principio, suficiente para evitar la deportación o internamiento de su titular. Los beneficiarios de estas cartas de

protección fueron 1.898 israelitas, la mayor parte de los cuales se han salvado.

Existe en Budapest un número reducido de sefardíes, emigrados del antiguo Imperio otomano que han conservado su lengua española. A estos, cuyo número asciende a 45 personas, les fueron expedidos pasaportes ordinarios.

La razón de haber expedido dos clases distintas de pasaportes es la siguiente:

El gobierno húngaro decretó que todos los judíos protegidos por las legaciones debían ser internados en un gueto especial. A estos efectos se acotó una zona de Budapest, situada en las proximidades del puente de Santa Margarita. En ella se asignó un número determinado de inmuebles a las respectivas legaciones que tenían protegidos, en proporción a la cuota de judíos reconocida por las autoridades. Como el número de judíos protegidos era en todos los casos notoriamente superior al permitido, resultó que las casas designadas para albergarlos eran insuficientes, con lo que se produjo un verdadero hacinamiento, origen de enfermedades e incomodidades, pero en todo caso preferible a la deportación o al campo de concentración. Por otra parte, era del todo imposible conseguir que las autoridades húngaras reconociesen a los judíos protegidos como verdaderos españoles. En estas condiciones y teniendo en cuenta la política tradicional de las autoridades españolas hacia los sefardíes, opté por proveerles de pasaportes ordinarios, salvándolos así del gueto.

La gran desproporción entre el número de judíos cuya protección había sido permitida y los que en la práctica se han salvado no pasó desapercibida a las autoridades, que en repetidas ocasiones me señalaron su intención de evacuar las casas españolas. Para evitarlo, envié una nota al Ministerio de Asuntos Exteriores en la que expuse la tradicional política española con respecto a los sefardíes, que ha sido siempre respetada por los países europeos. Por último, añadí que el propio gobierno alemán, en su calidad de potencia ocupante, a petición de las autoridades españolas, había respetado a los sefardíes, bajo la condición de que fueran transportados a territorio español. Hice, además, notar la injusticia que supondría hacer una diferenciación de tipo cuantitativo, al permitirnos proteger a un número de personas y dejar indefensas a otras con idéntico derecho e iguales lazos con España.

Tengo la impresión de que esta argumentación ha producido una cierta impresión en el ministro de Asuntos Exteriores. En todo caso, conseguí ganar tiempo y evitar, como ha ocurrido con un número significativo de judíos protegidos por Suecia y por Suiza, que los sacasen de las casas asignadas en el gueto y fuesen deportados.

Adjunto tengo la honra de elevar a manos de V. E. listas duplicadas de los judíos protegidos por la legación de España en Budapest, clasificados con arreglo a las categorías mencionadas.

Dios guarde a V. E. muchos años,

el encargado de negocios
ÁNGEL SANZ BRIZ

No releyó la nota antes de remitirla. A salvo en Suiza, seguía consultando el mapa que colgaba de la pared y cambiando la posición de los alfileres para reflejar los avances soviéticos. Pensaba en los que había dejado atrás (madame Tournée, el abogado Farkas, Perlasca, todos) y, sobre todo, en los judíos del parque Szent István, de Villa Széchenyi y de los dos edificios de la legación. Cuando caía la noche y se quedaba a solas con sus pensamientos, temía por ellos, ante el asedio que se les echaba encima y ansiaba, con todas sus fuerzas, haber hecho cuanto estaba en su mano para garantizar su protección.

Si dependía de él, enviado ya el informe, no volvería a hablar del tema con nadie más que con Adela, una sola vez y a modo de confidencia. Esas cosas se hacían con el corazón y no se contaban a nadie.

XIV

Tras varios días en Tata, en el refugio de los mineros que lo alimentaron y lo bañaron, contra toda recomendación, Jonatán regresó a la ciudad que había abandonado. Por lealtad a la amistad que veneraba, su primera parada fue el lugar al que debía haberse dirigido el día de su detención: la fábrica de cristal que los *jalutzim* utilizaban como refugio.

En esa ocasión, acompañado por el rugido de la artillería soviética aún lo suficientemente alejada, llegó a su destino sin problemas, como si una mano le allanase el camino y hasta el polvo de las botas le limpiase. Había buscado en vano alguna nota sobre la sentencia a los miembros del comité en los periódicos; sabía que a Bajcsy-Zsilinszky y otros políticos los habían trasladado a otro penal, en Sopronkőhida, y ese era el clavo ardiendo al que se aferraba sin que el dolor le importase.

En la ya llamada «Casa de Cristal», su nombre auténtico, el verdadero, supuso por una vez su salvación. Los camaradas del Hashomer Hatzair recordaban a Sándor, claro que sí, y hasta similitudes físicas veían en ellos, en la forma de la cara y en el perfil. Lo aceptaron como a un hermano aunque sitio no les sobraba, más bien todo lo contrario. De noche, solo podían dormir de lado, hombres y mujeres apiñados. Pese a todos los esfuerzos, en las

estancias atestadas el olor dulzón y nauseabundo de la propia corporeidad y de sus necesidades fisiológicas enrarecían el aire.

—Es horrible y, con todo, preferible a la deportación —le explicaron, y Jonatán tuvo que asentir.

—A mí, que me he escapado de la cárcel, esto casi me parece un lujo. Al menos aquí nadie me despertará por la noche para torturarme.

—Mientras no salgas, estarás seguro. Tienes suerte de que tu aspecto no te delate; la Cruz Flechada está deteniendo en la calle a todo aquel que les huela a judío, porte estrella o no. Si no tienen orden de deportación, se los llevan al río y los matan de un tiro. Ni en balas quieren gastar, porque los atan de pies y manos para ejecutar a varios de ellos de un solo disparo.

Tras permitirle descansar y llevarse algo a la boca, lo condujeron junto a Richárd Friedl, a quien Jonatán conocía tan solo de oídas a través de Ádám. Rubio, de ojos azules y facciones nórdicas, Richárd poseía el mismo privilegio escurridizo que él: el no llevar en la cara los rasgos típicos de su etnia. En cuanto lo tuvo ante sí en el patio interior, único lugar con cierta intimidad, lo abrazó como a un viejo amigo al que no veía en años.

—Yo quiero mucho a tu hermano —le dijo.

Utilizó el presente porque él, que había perdido a tantos camaradas, se negaba a añadir uno más a la lista, si no tenía ante sí un cadáver que pudiese reconocer. Para calentarse las manos, y como antiquísima señal de camaradería, sacó dos de los últimos cigarrillos que le quedaban para compartirlos con Jonatán.

—Es un chaval avispado, valiente y muy noble. En otras palabras, las mejores cualidades que se pueden tener hoy en día. —Peleó con

la cerilla hasta prenderla—. Mira, después de todo lo que has pasado, yo no quiero darte malas noticias, pero no sé si te has enterado…

—¿De que lo deportaron? —dio una calada—. Sí, sí que me he enterado.

—Lo siento. Lo lamenté mucho, de veras. He leído el Informe de Auschwitz igual que tú y sé lo que implica la deportación, pero también conozco a tu hermano. Esas cualidades de las que te hablo son las que le permitirán sobrevivir. Ya ves cómo está el mundo. La derrota del Reich es cuestión de semanas o meses, y Sándor, que está en plena condición física, los soportará. —Suspiró—. Ojalá hubiese sabido que estabas en Europa, en su momento.

—¿Para qué? ¿Para que la preocupación aumentase su sufrimiento?

Las cejas de Richárd, tan bajas y claras que solo se percibían por la sombra que se cernía sobre los iris, temblaron.

—Para darle esperanza. El Mandato no significa nada tangible para nosotros, ni siquiera para los que creemos en el sionismo. La lucha está aquí, en Europa, y creo que Sándor se hubiese sentido muy orgulloso del sacrificio tan grande que tú hiciste.

—No fue un sacrificio —le aseguró Jonatán—. A mí el sionismo nunca me embaucó. Emigré para salvar el pellejo, nada más y nada menos, y porque sin merecerlo tuve más suerte que otros que lo intentaron y se quedaron sin visado. No albergaba ilusión alguna por crear una nueva patria en una tierra ajena que ni me pertenece ni tiene nada que ver conmigo…, la culpa me estaba envenenando. No podía tolerar quedarme allí, a salvo, mientras vosotros teníais que resolver esta papeleta de mierda.

Richárd enterneció la mirada.

—No deja de ser un sacrificio. Desde luego, si hubiese sabido que uno de los agentes de los que nos hablaron nuestros camaradas eslovacos eras tú…

—Nada habría ocurrido de la misma manera —lo interrumpió Jonatán—. Para empezar, os habríais quedado sin mensajero. Sabiendo de mi amistad con Ádám Farkas, no se os habría ocurrido seleccionarlo para la misión. Aunque salió bien, desde un punto de vista táctico suponía un riesgo enorme. La verdad es que yo casi me echo atrás, aún a sabiendas de la importancia de distribuir el informe. Tuvo que obligarme él a que le entregase el cianuro porque yo no me atrevía.

—Un tipazo, de la mejor categoría de hombre que se puede conocer. Quizá tuvo que ocurrir de esa manera para que lo pudieses ver y él estuviese al tanto de tu situación.

Una calada larga. Acostumbrado al tabaco de prisión, de pésima calidad, ese a Jonatán se le atragantaba.

—Eso creo yo también. Coincidimos después en la cárcel. De no haber sido por él, estoy seguro de que habría encontrado la manera de matarme porque ya no podía más.

—Tenía que ocurrir —repitió Richárd—. Piensa que, al menos, estuviste con él los últimos días.

—Sí —accedió.

Se detuvo en mitad de un movimiento, de una exhalación, herido por aquella particularidad semántica, por la vaguedad de una palabra que no había percibido de inmediato.

—Mis últimos días —corrigió—. Mis últimos días en la cárcel, quieres decir.

Richárd, encogido contra el muro para que el viento no le apagase la colilla, se volvió hacia él. Las pupilas, diminutas, se sacudían en el centro de aquellos iris tan claros.

—Friedl —dijo Jonatán con la voz rota.

—Creí…, creía que lo sabías. Como dijiste que estuvisteis juntos en la cárcel, me figuré que…

Se interrumpió a sí mismo. Con los brazos extendidos, sostenía a Jonatán para que no cayese. La respiración, agitada y muy fuerte, le recordó a la de un animal agonizante; temblaba contra él, contra su pecho, y Richárd no lo soltaba.

—Lo siento. De verdad que creí que lo sabías. Lo… lo publicaron en el periódico de la Cruz Flechada y después…, después el diario clandestino del Partido Comunista se hizo también eco de la noticia, para reivindicar sus nombres y…

Jonatán ya no lo escuchaba. Se retorcía entre sus brazos, tratando de zafarse de la presión que ejercían sobre él. A pesar del hambre y las penurias, todavía conservaba la fuerza o era tal vez ese dolor atroz, traicionero, el que lo liberó. A trompicones avanzó sobre la nieve en dirección al portón que comunicaba con la calle.

—¡¿Estás loco?! —chilló Richárd mientras corría hacia él.

Entre dos compañeros que habían salido con el alboroto lo redujeron y empujaron contra la pared.

—Los milicianos de la Cruz Flechada patrullan esta calle día sí y día también —le explicaban—. Aquí dentro nos protege la bandera suiza, pero si te ven salir sabrán que eres judío porque con esos harapos que llevas encima y esa cara de no haber comido caliente en años no das el pego como diplomático. Te pegarían un tiro, ¿lo entiendes? ¿Eso es lo que quieres?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Dejadme!

Jonatán, cuyo rostro rojo y húmedo todavía se contraía, les golpeaba con los puños. Trataba de huir de nuevo, pero entre los tres se lo impedían.

—¡Que acaben lo que empezaron de una vez! ¡Dejadme!

Tras tirar el cigarrillo, Richárd le asestó una bofetada con todas sus fuerzas. Después le tomó la cara con las manos y lo obligó a mirarlo.

—Tu madre está viva —le informó con delicadeza, casi con ternura —. Tiene un pasaporte español y se encuentra a salvo en una casa del parque Szent István, y yo no quiero tener que decirle que a su hijo, el que pensaba que estaba en el Mandato, lo cosieron a tiros unos milicianos cuando nuestros libertadores estaban a las puertas de la ciudad. Y a tu hermano, cuando vuelva del campo de concentración, tampoco.

Jonatán no le respondió. Al impacto inicial del golpe le siguió una nueva oleada de jadeos y espasmos que aumentaron en frecuencia e intensidad cuando Richárd comenzó a acariciarlo.

—Le harías un flaco favor a Ádám, con tu muerte. Estás vivo aunque no quieras y eso es más de lo que muchos, incluido él, pueden decir.

Jonatán se acurrucó, herido por ese cuchillo invisible que le desgarraba las entrañas. Deseaba quedarse dormido y despertar en el suelo de la cárcel, habitar en aquellos cuatro centímetros entre la celda de Ádám y la suya. Y deseaba ser mujer para crearlo de cero y parirlo. O convertirse en el dueño del tiempo para deshacer ese luto, deshilar los segundos para llegar hasta él y salvarlo.

XV

En aquellos días, Radio Budapest estaba siempre encendida. Los habitantes de la ciudad, hambrientos de noticias, tuvieron que conformarse con el ayuno; durante la jornada del día 24 de diciembre solo pudieron escuchar un órgano que tocaba villancicos navideños. Como si nada pasara. Como si pasara todo y no se le pudiera poner remedio. A diez pengős vendían los árboles, que ese año decoraron con tiras del aluminio antirradar que desprendían los aviones aliados, pues los rusos, decían, estaban ya en Budakeszi. En 1944, la misa del gallo se celebró a las tres de la tarde.

Szálasi, desde el trono que le habían entregado en bandeja de plata, cual cabeza de san Juan Bautista, declaró que sin Viernes Santo no hay resurrección y que ese, sin duda, era el Viernes Santo de aquella ciudad que Hitler había declarado fortaleza.

Mientras la Gestapo huía a Esztergom, en Sopronkőhida ahorcaban, como un último trámite, a Endre Bajcsy-Zsilinszky, líder confeso del Comité de Liberación. El asedio de Budapest, que durante semanas y meses habían temido y anhelado, era ya una realidad tangible.

Al día siguiente, los alemanes volaron los puentes que conectaban Buda y Pest, en un intento desesperado por frenar el inexorable avance del Ejército Rojo. A Giorgio Perlasca por los pelos le dio

tiempo de visitar a los judíos refugiados en Villa Széchenyi, a quienes despidió con un consejo antes de regresar a la embajada: que mantuviesen a buen recaudo sus armas.

El Frente Húngaro, aunque desmembrado tras la ola de detenciones que había dado caza, entre otros, al líder comunista László Rajk, se alzó en pequeños grupos de partisanos contra sus opresores. Ellos, junto a los desertores del Ejército Real, que señalaban su condición con trozos de tela roja de paracaídas, eran chicos de Buda y de Pest, sabían cómo pasar de un edificio a otro, qué túneles subterráneos utilizar, qué posiciones ventajosas tomar. Para burlarse de la Cruz Flechada, cantaban, amplificados por megáfonos, la famosa canción de Katalin Karády «Corres en vano».

Corres en vano, corres en vano…
No puedes huir de tu destino

El 29 de diciembre, las tropas soviéticas ya habían capturado el aeródromo Ferihegy y un miliciano de la Cruz Flechada llamaba a la puerta de Ádám Farkas en la plaza Szabadság. Era joven, como todos, y, como la mayoría en aquellos días convulsos, inmediatamente anteriores al asedio, actuaba por cuenta propia. Por su uniforme, el *házmester* le permitió subir sin pedirle explicaciones. Arriba, la criada palideció. Entre temblores, encogida contra el marco de la puerta, le dijo que en la casa solo estaban la niña y ella, y que, por favor, no les hiciese daño.

—Nada más lejos de mi intención —le aseguró él mientras cerraba la puerta tras de sí—. Tranquila, no se asuste. Si me lleva con sus

señores…

—Yo… yo ya le he dicho que aquí solo estamos la niña y yo, y ella… ella no se encuentra bien, señor, y yo no quiero molestarla.

El joven separó los labios para añadir algo más. Desde el pasillo, una nueva voz, femenina y serena, se le adelantó.

—Llévese los objetos de valor que le venga en gana y márchese de la casa de mi hermano antes de que llegue mi padre. Él no le va a avisar antes de apretar el gatillo.

Desde su posición, el muchacho no podía ver a la persona que le hablaba, pero sí el cañón de una pistola pequeña que sujetaba una mano de mujer.

—Erika Farkas, ¿verdad? Yo era amigo de tu hermano. —Oyó el clic del seguro que se retiraba y, entre dientes, agregó—: ¡Soy judío! ¡Judío! No soy un Cruz Flechada de verdad. Me llamo Richárd Friedl y conocía a Ádám muy bien.

El arma descendió y de la penumbra del pasillo emergió la figura esbelta y muy pálida de Erika.

—He oído hablar de ti —musitó ella y, despacio, se dirigió hacia él —. Tienes suerte de que no esté mi padre. No iba de farol cuando te dije que, con ese uniforme que llevas, te habría disparado.

—Y, si yo hubiese sido un verdadero miliciano, esa habría sido su muerte. —Señaló la pistola con la cabeza—. Y la tuya.

Erika Farkas no se estremeció. Los ojos, enrojecidos por el llanto, hacían refulgir el iris verdísimo.

—Estabas solo y eres muy joven. Todos los que entran así, sin compañía, están borrachos como cubas. Habría sido un accidente.

Lo condujo a la cocina. Ante dos tazas de achicoria (café ya no les quedaba) le preguntó qué había ido a buscar y en qué podían

ayudarle.

—Tenemos suficientes reservas de comida porque hemos hecho acopio, y mi madre, que lo está pasando muy mal, evacuó la ciudad y se fue al campo con unos familiares. Podemos compartirlas con vosotros, si os hace falta.

Richárd le sonrió.

—A todos nos hace falta, pero no es eso lo que me trae aquí. Vengo por Jonatán Rozenfeld.

Erika tardó un par de segundos en responder. Evitaba mirarlo y sus dedos, abrazados a la taza, se sacudían hasta casi hacer verter el líquido.

—Jonatán Rozenfeld está en el Mandato —musitó.

—Ya no. Es una historia muy larga, pero el caso es que se encuentra con nosotros, escondido en uno de los edificios suizos. Está muy mal.

Erika se volvió hacia él.

—¿Lo hirieron?

—No, no es eso, es… —Hizo un gesto con la cabeza—. La muerte de tu hermano le ha afectado mucho. Está… como catatónico. Tengo que obligarlo a comer, a beber… —Chascó la lengua—. No es dueño de sí ni para… ni para controlar las necesidades fisiológicas.

—¿Sabe que su madre está viva? Y muy bien, además. La embajada de España no queda lejos y cuando puedo pregunto por ella.

Richárd asintió con un gesto.

—Sí, pero también está al corriente de la deportación de su hermano y… se pasó tres meses en la cárcel, lo torturaron. No sé si se las hicieron allí o cuando lo capturaron, pero tiene unas cicatrices

en las muñecas que hablan por sí mismas y la muerte de Ádám ha sido para él la última estocada. Yo no puedo hacer que un hombre quiera vivir.

El rostro ovalado, elegante, de Erika se crispó.

—¿Y yo sí?

—No lo sé. Estoy desesperado y soy muy consciente del duelo tan reciente por el que estás pasando, pero a los Rozenfeld los quiero mucho y…, si se te ocurre alguna manera de ayudar a Jonatán…

Erika no dijo nada. Se giró hacia la ventana, que reflejaba la luz violeta del ocaso, y aún se abrazaba a la taza cuyo interior no había catado.

Richárd se levantó.

—Lamento haberte molestado en un momento tan duro y haber tenido que presentarme con este uniforme. Ya lo sabes, pero tu hermano era una de las personas más valientes que he conocido y no merecía morir, mucho menos así.

Se dio media vuelta. Ya tenía en las manos el pomo de la puerta que daba al pasillo cuando ella habló.

—Espera.

Se ausentó a la habitación, de la que regresó con una Biblia de bolsillo que le entregó en mano.

—Dentro, en el libro de Samuel, hay una carta que Ádám escribió. No la he leído porque no… no era para mí.

—El libro de Samuel…

—La historia de David y Jonatán.

Richárd esbozó una sonrisa triste.

—La conozco. Jonatán, primogénito del rey Saúl, salva a David de la muerte. Cuando, más adelante, él mismo cae en batalla contra los

filisteos, David, que ya ha sido coronado rey de Israel, lo llora como si hubiese perdido una parte de sí mismo.

—Sí, eso es. Parece que mi hermano, que siempre tenía que salirse con la suya, cambió el destino de los personajes. —Se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Llévate algunas latas de comida, por favor. En el mercado negro todavía se pueden conseguir algunas cosas y nosotros…, nosotros, por suerte, nos lo podemos permitir. Y dile a Jonatán…, dile que vi a Ádám antes de la ejecución y que estaba tranquilo y… y que lo quería más que a nadie en el mundo.

—Le daré el recado. Si tú me permites un consejo, además de no volver a apuntar a un uniforme como este con una pistola…, destruid o esconded bien las pruebas del servicio militar de tus hermanos antes de que vengan los soviéticos. Serán nuestros libertadores y por ideología los considero camaradas, pero también son muchachos que llevan a la espalda una guerra muy larga. No te olvides de que Hungría combatió junto a Alemania y de que los soviéticos sufrieron en sus carnes más de un año de asedio. Lo mismo te digo de cualquier joya que lleve el escudo de armas de tu familia.

Erika asintió, queda. Después le tendió la mano no para que la besara, sino para estrechársela.

—Te deseo lo mejor, si no volvemos a vernos.

—Yo también, señorita.

Caía la noche cuando Richárd Friedl regresó a la Casa de Cristal y, tras comprobar que las mantas estaban secas, se sentó en el catre

de Jonatán. Le había conseguido un lugar privilegiado, más cómodo y algo apartado, cosa casi imposible en aquel edificio que, aunque amplio, albergaba ya a miles de judíos.

—Eh, amigo, hemos hecho una fogata en el patio y dentro de poco podré traerte comida caliente.

No recibió señal alguna, física ni verbal, de que su mensaje había llegado al destinatario. Por los ojos, que se volcaban sobre la ventana sin llegar a fijar la mirada en ella, supo que Jonatán estaba despierto.

—Me he encontrado con Erika Farkas, que trabaja en la Cruz Roja Internacional —prosiguió, ocultando las verdaderas circunstancias de aquella conversación—. Estuvo con Ádám justo antes…, justo antes de su ejecución. Me aseguró que estaba muy tranquilo, sereno, y que no tenía miedo. Me dio esto para ti.

Tras mostrársela, para que reconociese la caligrafía y el papel de la cárcel, le puso la carta en la palma de la mano. Esperó a que los dedos se cerrasen para tomarla por propia voluntad y que se alzasen después para desdoblarla y acercarla a la luz para leerla.

—Vuelvo en un rato, amigo —le dijo, y lo dejó tan solo como podía estar alguien en la Casa de Cristal.

Querido Jonatán:

Te escribo esta carta sabiendo que será la última y con el corazón encogido por el dolor que te pueda causar la noticia de mi muerte. Eres el mejor amigo que he tenido en la vida y te quiero más que a nadie. El único arrepentimiento, el único reproche que me hago y que me quema por dentro, es no haber podido mantener todas las promesas que te hice. Es una flecha que me atraviesa el pecho y quiero que sepas que lo siento muchísimo, que

aunque las cosas fuesen distintas y viviese hasta cumplir los cien años seguiría lamentándome por ello hasta el final de mis días.

Por lo demás, me voy tranquilo. Todo lo que he hecho, lo he hecho honradamente y siguiendo mis ideales, que ante todo han buscado siempre la justicia y la libertad.

Sé que sobrevivirás a esto. No soy un hombre de fe, pero sí tengo esta convicción absoluta: sobrevivirás. Siempre has sido el mejor de los dos. Y si me sorprendo al ver que hay algo al otro lado, espero encontrar una ventana a través de la cual pueda observar todas las cosas que vas a hacer con tu vida. Tu pequeña gran vida que tantas alegrías me ha causado y que he tenido el privilegio de compartir durante más de la mitad de mis casi veinticinco años (ya ves, me matan una semana antes del día de mi cumpleaños y a un mes de alcanzar tú los veintiséis).

Algún día vas a conocer a alguien que te haga muy feliz, y no me refiero a enamorarte y a casarte y a todo lo que viene después. Me refiero a que tu vida sigue, y volverás a tener un amigo como yo, que te comprenda a la perfección, que te acompañe en las borracheras, que escriba en los márgenes de tus libros y que se siente a la mesa de tu familia como un miembro más, como si hasta la propia silla guardase la forma de su cuerpo cuando está vacía. Tendrás un amigo así y le hablarás de mí y de las cosas que hicimos, incluso cuando estos recuerdos sean ya lejanos en tu memoria y te cueste acordarte de las palabras exactas que dijimos o del timbre de mi voz.

Algún día el mundo entero sabrá de ti, porque sí, todavía creo en esa justicia que anhelo, y no habría una más grande que esa, al igual que no hay un corazón tan noble, valiente y hermoso como el tuyo. Que a partir de ahora todos tus atardeceres sean limpios, todos tus libros espléndidos y todos tus vinos dulces. Me voy con tu recuerdo como mortaja y, si tienes razón y hay algo al otro lado, te buscaré incesantemente hasta encontrarte y aunque hayas cambiado, aunque pasen mil años, te reconoceré.

Con cariño y siempre tuyo,

ÁDÁM

Tras besarla, Jonatán dobló la carta de nuevo antes de guardársela en el bolsillo. Lo inundó una soledad absoluta, un dolor mudo por aquella injusticia que no se terminaba nunca, por todas aquellas cosas que debieron haber sucedido y no habían ocurrido, por tantas vidas perdidas.

Todas las velas del mundo parecían consumirse.

XVI

Budapest, junio de 1945

En la primavera de 1945, Budapest se despertaba aún con ecos de sangre. Derretida la nieve, asomaban las vigas enredadas, los cimientos calcinados, los esqueletos de los edificios derrumbados por las minas y las granadas de uno y otro bando. Los que se mantenían en pie conservaban como recuerdo las cicatrices de las balas en las fachadas, las tejas rotas y los carteles transcritos al cirílico.

En los teatros, que habían vuelto a abrir y vendían las entradas a precios absurdos, pues el pengő carecía de valor, los cómicos no tenían que hacer más que arremangarse y mostrar los dos antebrazos repletos de relojes para hacer reír a un público cuyas vidas, contra todo pronóstico, continuaban. El auditorio recibía el gag, que hacía referencia a los saqueos de sus libertadores, con la alegría de quienes habían pagado el precio justo por su liberación. De otros pagos mayores, realizados en carne y a la fuerza por las mujeres, como en todas las guerras pasadas y futuras, no se hablaba nunca. Tampoco se mentaban las listas de la Cruz Roja ni la sombra de la estrella de David, aún perceptible en los abrigos de quienes las leían con ansia cada mañana esperando recibir unas noticias que rara vez eran buenas.

Por aquellas fechas, los voluntarios de la comunidad judía que renacía de sus cenizas llamaban puerta por puerta para registrar quién permanecía con vida y quién faltaba. Se trataba de una relación sencilla: calle y número de la casa, los nombres de los miembros de la familia y sus lugares y fechas de nacimiento.

En junio, más o menos por los días en que había comenzado la deportación de los judíos de Budapest el año anterior, los Rozenfeld recibieron el timbrazo esperado. Habían tenido la suerte de poder regresar a su residencia, mientras que muchos vecinos se habían visto abocados a renunciar a sus hogares, ocupados por nuevos inquilinos cristianos que se negaban a devolverlos. Gracias a los Farkas de Batthyány, habían conservado casi todos los objetos personales, y a esa permanencia de los recuerdos físicos se le unía la proximidad a la estación de trenes del Este, a la que la señora se acercaba a diario para consultar las listas de supervivientes de los campos.

Jonatán abrió la puerta. Desde el descansillo, no le devolvía la mirada un voluntario trajeado, sino un muchacho escuálido cuya procedencia revelaban el uniforme a rayas de preso y el abrigo de un ejército extranjero.

Dio un paso atrás al intentar buscar rasgos familiares en aquel rostro que no reconocía, pero, a fin de cuentas, ¿quién no habitaba una piel distinta tras un año entero en un campo de concentración? Casi todos los que volvían eran jóvenes atrapados en cuerpos ancianos y enfermos.

—Estoy buscando a Sándor Rozenfeld —dijo el chico y, al quitarse el gorro, también de un ejército ajeno, mostró un cabello oscuro que apenas comenzaba a crecer.

Jonatán cerró los ojos y aún precisó un par de segundos más antes de contestar. Ádám se había llevado consigo la luz y la alegría. Hasta la garganta se le agarrotaba al hablar, reacia a emplear de nuevo un idioma que habían compartido.

—No… no está en casa —musitó al fin.

Los ojos del muchacho (grises, como los suyos) se volcaron sobre él con la misma expresión vacía, derrotada, que presentaban cuantos regresaban del *lager*.

—¿Sabes a qué hora va a volver?

Jonatán tragó saliva para lubricar esas palabras que se negaban a salir.

—No está desde el año pasado —dijo, y cuando el chico hizo el amago de marcharse añadió—. ¡Espera! ¿Cómo te llamas? ¿Eres… eres de aquí, del barrio, o de la fábrica? ¿Por qué preguntas por mi hermano?

Mientras formulaba las cuestiones, tiraba de la mano del muchacho para conducirlo a la cocina. Le sirvió un vaso de agua y un panecillo dulce, redondo, que era de lo poco que se encontraba con abundancia en los mercados. El chico lo estudiaba con una expresión indescifrable, casi de sospecha, como si perteneciesen a especies distintas y la distancia entre ellos resultase insalvable.

—Estuvimos juntos en Buchenwald. Compartíamos litera en el barracón. Él hablaba mucho de la plaza, del cine… Al salir de la estación y pasar por aquí me he acordado, he leído los nombres de los vecinos en el buzón y he visto que todavía vivís aquí.

—¿Y… y si estabais juntos en Buchenwald, por qué no volvisteis juntos también?

—Nos separaron. Al final, los alemanes evacuaban a los presos de un campo para llevarlos a otro a fin de que no nos liberasen los aliados. Acabamos en listas distintas y también en transportes distintos, claro.

Jonatán se encogió con un escalofrío repentino.

—Entonces… ¿todavía hay húngaros ahí fuera? ¿Todavía están volviendo?

—Sí, muchos. También tienes que considerar, por ejemplo, que los americanos intentaban disuadirnos de volver a Hungría. Decían que, como ahora es roja, no podían garantizarnos que nos tratarían bien. Pero yo no tenía otro sitio al que ir y, además, los rusos que conocí en el campo eran buenos presos; se notaba que se querían mucho y que se protegían entre sí.

—Sí, creo que Sándor…, creo que Sándor habrá razonado como tú. ¿Y tu familia?

—Viven en Lipótváros. Eso, si han sobrevivido, claro. Yo también llevo un año entero fuera de casa.

En un movimiento reflejo, involuntario, Jonatán le apretó la mano de nuevo.

—Ya verás que sí y la alegría tan grande que les vas a dar. ¿Quieres… quieres darte un baño antes de ir a buscarlos? Puedo prepararte algo de ropa; eres más o menos de la misma altura que… que un amigo que se dejó un par de prendas aquí.

El joven lo escudriñó sin decir nada, casi azotado por aquella generosidad repentina a la que no estaba acostumbrado.

—Como tú quieras —insistió Jonatán—. Y… y si no das con los tuyos, puedes volver aquí y quedarte el tiempo que necesites.

El chico bajó la cabeza mientras se guardaba en la bolsa la mitad del panecillo.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo qué?

—Un baño estaría muy bien. Y, bueno, prefiero no presentarme ante mi madre con la ropa del campo.

Jonatán le sonrió.

—Claro. Ven, que te enseño dónde está todo. Lo que no me has dicho aún es cómo te llamas.

El muchacho parpadeó, sorprendido también por el interés que suscitaba su nombre después de tanto tiempo respondiendo con el número que le habían asignado a su llegada al campo.

—Tamás. Tamás Schlecker.

Asedio y olvido
1945 — 1961

¿De qué sirve una trompeta si no puede despertar a los muertos?

MIHÁLY BABITS

Siempre escribo ficción […] Busco describir la realidad y su contraparte celestial. El eje central de mi obra es la narrativa.

IVÁN BOLDIZSÁR

I

San Francisco de California,
4 de diciembre de 1945

Querido amigo Giorgio:

Su informe enviado a Madrid me ha sido cursado a esta ciudad en cuyo Consulado de España presto mis servicios desde finales del pasado mes de abril.

Ante todo, mi más cordial y sincera enhorabuena por haber salido sano y salvo de la colosal aventura que debieron de ser los días inmediatamente anteriores a la rendición de Budapest. Me alegro de que todo haya acabado bien y que se encuentre de nuevo en su patria, rodeado de los suyos.

Acepte mi más sincero agradecimiento por haberse hecho cargo de la legación. No espere nada de nadie; ni su gobierno ni ningún otro reconocerá sus méritos. Confórmese con la satisfacción que da realizar una buena obra y haber podido capear el terrible temporal del que todos fuimos víctimas inocentes.

Mucho lamento el fallecimiento de mi buen amigo Zoltán Farkas. Era un hombre de bien. Le ruego que me escriba y, si le es posible, me envíe esa relación de todos los acontecimientos acaecidos tras mi marcha. No olvide que tomé la decisión de meter gente en los locales de la legación por iniciativa propia, sin previo permiso de Madrid y motivado por el terror que entonces reinaba en la capital húngara.

Dígame usted también qué fue del resto de nuestros conocidos.

Espera impaciente sus noticias su buen amigo que le abraza,

ÁNGEL SANZ BRIZ

II

Milán, 7 de febrero de 1946

Querido amigo:

Con verdadero gusto he recibido su carta desde San Francisco y le agradezco con todo mi corazón las lindas expresiones que usted me ha dedicado.

La aventura de Budapest fue verdaderamente terrible, pero tengo la satisfacción de haber colaborado en el salvamento de muchas personas. A decir verdad, habría podido salir de la ciudad después que usted, pues el encargado de negocios
de Suiza, convencido de que yo era un auténtico diplomático español, me concedió el visado. Preferí, en cambio, quedarme allí para continuar con las labores de rescate hasta la llegada de los rusos.

El abogado Farkas y yo siempre trabajamos juntos. No se angustie usted por su muerte; en el momento de su marcha habría sido imposible prever el desarrollo de los acontecimientos y la mala suerte que hizo caer a nuestro amigo cuando ya nos habían liberado.

En cuanto a Villa Széchenyi, puedo decirle que yo salí de ella por última vez a las 13.00 del 25 de diciembre y que en aquel momento ya había combates cerca de la misma. Me detuve allí unos minutos para dar coraje a los refugiados y hasta el 25 de febrero no recibí más noticias. Todos los refugiados excepto uno han sobrevivido.

Los rusos tomaron su auto. Lo demás se perdió en el incendio que destruyó la vivienda. De mis maletas en las que había trajes, un poco de oro y otros objetos de valor no fui capaz de conservar más que cinco pañuelos.

Tras la liberación, la prensa húngara escribió cosas muy bonitas sobre mí. Si las lee, tenga en cuenta que yo no he hablado jamás con ningún reportero, por mucho que se haga mención de «declaraciones» hechas por mí. Nunca he concedido entrevistas, a pesar de haber recibido incontables solicitudes. Para demostrarle que no miento, basta señalar que todas esas fantasías se publicaron después del 26 de mayo, cuando yo ya no me hallaba en Budapest.

Nunca olvidaré la protección que usted me prestó durante la ocupación alemana.

Les deseo a su familia y a usted todos los bienes posibles y que me considere siempre su buen amigo,

JORGE PERLASCA

III

París, 9 de noviembre de 1960

—La mayor traición que nos hacen los muertos es desviarse del guion. Porque nosotros, seres vivientes, que mutamos de manera irremediable, queremos compartir una fracción de la existencia con ellos. Añadimos un verso más a su poema, perfilamos lo que pasó, arrojamos luz sobre un cuadro ensuciado por el transcurso del tiempo. Ellos, testarudos, insisten en su inmutabilidad, que nos es ajena.

A través de las gafas estilo *cat eye*, los ojos de la autora —verdes, sesgados, enmarcados por finas líneas de expresión— se fijan en el libro. No lee, en el sentido técnico de la palabra, puesto que la novela que sostiene en la mano se la sabe de memoria después de haberla escrito y revisado casi obsesivamente. Para mantener la ficción, sin embargo, no separa la mirada de las páginas impresas más que para darle una calada al cigarrillo mientras el público, sentado frente a ella, contiene la respiración.

—Imaginen esto —prosigue—. Sostienen un pisapapeles de cristal en la palma de la mano. Debido a su peso, inabarcable, lo dejan caer y se rompe en tres fragmentos iguales. En el primero, la horca. Pónganse en situación: la cuerda áspera araña el cuello del reo y le

deja una marca indeleble porque la piel se ha tornado sensible ante la proximidad a la muerte. Él mira hacia arriba, el firmamento está atravesado por las estelas de la aviación soviética, que, desde su perspectiva, le recuerdan a las marcas que dejaban los patinadores en la pista de hielo de Városliget. Ha rechazado que le tapen los ojos. En dos días, el diario clandestino del partido lo rememorará; exaltará su nombre, lo cubrirá de gloria, cual profeta secular; dirá que, lúcido, como si ya perteneciese a la eternidad, se negó a morir ciego y hasta de sus verdugos llegó a burlarse.

»Aquel 8 de diciembre, sin embargo, mira al cielo mientras le anudan la soga porque sigue con vida. En sus últimos minutos de consciencia quiere experimentarlo todo: el ave que sobrevuela el patio, el polvo de nieve que el viento gélido le arroja a la cara, el sabor de la sangre en los dientes, el dolor en las entrañas porque quiere permanecer un ratito más en el mundo y, de súbito, siente miedo de la nada. Y se aferra al pájaro y a la nieve y a la sangre y al terror. Y piensa en el hermano que cayó a los diecinueve años, no bajo el frío de diciembre, sino con los ecos infernales del sol soviético.

»En el segundo fragmento, el húsar. ¿Con qué crueldad matan los días de verano? Imaginen a un adolescente que abraza su caballo por última vez. Los ojos verdes, sin mezcla alguna de marrón, se alzan también al cielo, poco nítido debido al calor; no se sacuden, víctimas del miedo, porque de la guerra no sabe más que lo que ha leído en las novelas y la inexistencia ni siquiera la contempla. O, quizá, porque por joven e inexperto solo ha conocido ese miedo y ya nada, ni siquiera su propia muerte, puede perturbarlo más.

»En el tercer fragmento, una joven enfermera palpa la pistola que sujeta en la mano como si quisiese leerla en braille. Sus movimientos son lentos, poco hábiles, porque los ojos (también verdes, sin mezcla alguna de marrón) están cubiertos por una venda. Una bomba de fósforo extraviada explotó, guiada por la arbitrariedad más cruel, en el sótano del hospital. Las supervivientes oyen pasos en el piso superior. No son capaces de identificar a las tropas por el ruido de sus botas, no saben si son alemanes, húngaros o rusos, y no les importa. En la guerra, todo soldado es varón. Algunas se manchan los rostros con el polvillo de los escombros, buscan, de manera desesperada, afearse, envejecer; otras, anhelan salidas más literales.

»El cañón, gélido contra la sien, crispa la espalda de la muchacha. La facilidad con la que se puede destruir una vida humana la acongoja. Un solo movimiento del dedo y su historia habrá llegado a su fin. En menos de cien años, nadie la recordará. Quizá alguien, en la soledad del futuro, encuentre una fotografía suya en un mercadillo y se pregunte qué infinitos habría escondido en su interior la esgrimista de la instantánea.

»Era sablista antes de la guerra. No ha pensado en ello desde que comenzó el asedio y ahora, segundos antes de apretar el gatillo, lo recuerda. Traga saliva. El índice tiembla. Desde las escaleras, una voz de varón la llama por su nombre y ella baja el arma porque la ha reconocido: pertenece a su primo Pál Odescalchi, al que no ha visto en meses.

La autora se detiene para aplastar el pitillo en el cenicero que descansa en la butaca dispuesta para su comodidad, que ella rechaza porque prefiere pasearse por el espacio de la librería La

Hune que han preparado para ella. Por vez primera, observa con detenimiento al público. Están los que pasan de los treinta y cinco años, como ella, y podrían añadir otro capítulo a la historia, y los veinteañeros, que se creen con derecho de tomar posesión de esos años por el simple hecho de que los han visto nacer. Hay algunos cabellos blancos y, al fondo, un par de ojos grises que reconoce de inmediato.

—Es ficción, por supuesto —continúa—. Nosotros, seres vivientes, que amamos la belleza, ordenamos el pasado de modo que lo que ocurrió cobre sentido. Cambiamos los papeles, matizamos las conversaciones, movemos a los personajes como peones en un tablero de ajedrez o como actores sobre el escenario. Disponemos las piezas del puzle para facilitar casualidades, para asegurarnos de que el principio es el principio, y el final, el final.

»De la muerte de mi hermano Tibor he oído varias versiones. Ante la imposibilidad de escoger solo una y descartar las demás, y puesto que ninguna me satisfacía, moldeé una nueva, amalgama de los datos históricos y el cariño de la imaginación. ¿Qué daño hace otorgar un final romántico, digno de los príncipes de las grandes obras de Tolstói, a un muchacho de diecinueve años?

»¿Y quién estuvo presente durante la ejecución de Ádám que pueda dar testimonio? El patio no se avistaba desde las celdas; los ejecutores, únicos testigos, tuvieron ocasión de catar también la horca tras la victoria roja. A nuestros muertos, que nos derrotan con la incertidumbre, los imaginamos una y otra vez. Volvemos a los últimos momentos con ellos y nos negamos a admitir una versión de la historia que difiera de ese recuerdo. ¿Cambiaría algo, la vehemencia o el pánico? Ádám estaba sereno cuando nos

despedimos, ¿podría reprocharle el miedo, si lo sintió, antes de morir a los veinticuatro años?

»Varias bombas de fósforo explotaron en varios sótanos a uno y otro lado del Danubio. Si me esfuerzo, quizá sea capaz de encontrar un hospital que hubiese sufrido idéntico destino, pero lo cierto es que yo no me encontraba allí. Me topé con Pál Odescalchi en circunstancias mucho más mundanas, carentes de la poesía de los grandes reencuentros. En diciembre de 1944, una parte significativa de los aristócratas nos hallábamos en una precariedad casi irónica: enemigos por ideología de los alemanes que nos ocupaban y por clase de los soviéticos que nos liberarían. Muchos acabamos escondiéndonos juntos en el sótano del edificio Wagons Lits, en la plaza Vörösmarty. Allí (sin honor, sin gloria) aguardamos hasta que entraron las tropas del Ejército Rojo. El resto de la historia ya la conocen. Por nuestras actividades en la resistencia, nos llevaron ante Kádár, actual secretario general del Partido Socialista Obrero Húngaro y entonces cabeza del comité militar comunista. Pál rechazó su oferta de ingreso en el partido. Yo la acepté, por lealtad a los huesos a los que lloraba, por agradecimiento, por el odio que aún sentía hacia los fascistas, sí, pero también porque, pese a todo, anhelaba vivir.

»¿Qué más podría decir del asedio, si lo viví bajo tierra y desconcertada por el luto? ¿Y de la legación? Cuanto sé me ha llegado de segunda mano, tras pasar por el filtro de la memoria.

»El 16 de enero entraron las tropas soviéticas en la calle Eötvös, donde no recibieron resistencia alguna. Perlasca, alertado por una fuente nueva de ruido en la rutina atroz a la que ya se había acostumbrado, se apresuró a retirar la bandera española para

sustituirla por la sueca. Después tomó una de las placas de oscurecimiento que habían utilizado durante los bombardeos y, con pintura, escribió en ruso y en húngaro: REAL LEGACIÓN DE SUECIA — PROTECCIÓN DE INTERESES ESPAÑOLES.

»Un día más tarde, el abogado Zoltán Farkas yacía cubierto de nieve en el patio interior. ¿Qué versión de su muerte escoger como verdadera? Según algunas, cayó de manera fortuita, víctima de una granada que eligió su carne y ninguna otra. Recuerdos alternativos hablan, en cambio, de dos granadas germanas que estallaron en el momento preciso en el que los soldados soviéticos colocaban sus cañones en las inmediaciones de la embajada. Aunque camuflada bajo otro nombre, aquella era la legación de un país afín a, por no decir amigo de, Alemania. A ellos los señaló el dedo y sobre ellos cayeron la sospecha, el crimen y el castigo. Los acusaron de nazismo, de haber informado a los defensores, por radio o por teléfono, de las posiciones soviéticas. Ebrios, jóvenes y cansados de cargar a la espalda sus muertos y los interminables años de lucha (en demasiadas ocasiones solitaria) contra las fuerzas del Eje, arremetieron a golpes contra Perlasca mientras Zoltán Farkas huía al atrio.

»Había sido valiente toda su vida. No se acobardó ante su propia detención ni tampoco durante aquellos días en los que, mientras Sanz Briz hacía gestiones, él y sus compañeros masticaban la posibilidad muy real de la deportación. Había ido a Hegyeshalom por voluntad propia, para salvar de su destino a aquel pueblo que no dejaba de ser el suyo, aunque ya no rezasen al mismo dios. Cuanto don Miguel Ángel, primero, y don Ángel, después, habían requerido, él lo había cumplido sin que le temblasen las rodillas ni se le nublase

el juicio. Más tarde, durante el sitio a la ciudad, Perlasca y él se burlaron de los ataques y continuaron con sus visitas al gueto internacional.

»El 17 de enero, tras días enteros sin dormir, con la garganta árida a causa de la sed y un espacio cada vez más vacío en el estómago, actuó como el soldado que, víctima del *shock* de las trincheras, se enciende un cigarrillo en plena noche y sin querer desvela su posición. Subió al segundo piso, donde se encontraban las cocinas y las habitaciones del servicio. Ante el miedo y la fatiga, cualquier sonido discordante es enemigo. Oyó pasos, o una cadencia similar a las pisadas de unas botas de combate; creyendo que se trataba de los rusos, accedió al tejado a través del tragaluz. Un último gran salto antes de desplomarse al vacío…

»¿Quién tira los dados? Perlasca, falso cónsul español durante el asedio, tras la liberación ofreció varias versiones de su propia historia. En unas, exaltaba su figura en detrimento del abogado Farkas y del propio Sanz Briz. En otras, más humildes, sus acciones no son más que la continuación de una labor anterior, más grande que él. Una ficción, adaptada a las expectativas de su lector objetivo.

Un instante de silencio para llevarse a los labios la taza de café, ya templado. Desde el fondo de la librería, el doctor Jonatán Rozenfeld, a quien no ha visto desde hace años, la observa.

—En 1949, el recién creado Estado de Israel votó en la Asamblea General de las Naciones Unidas en contra de la retirada de las sanciones a la España de Franco —continúa la autora—. A partir de ese mismo año, la prensa española comienza a hacerse eco de las labores de salvamento de judíos de Sanz Briz, cuyo mérito atribuye

al propio dictador. Este relato (esta ficción, si lo desean) difiere de la correspondencia privada del diplomático en los meses inmediatamente posteriores a su partida de Budapest, en la que asegura haber actuado por cuenta propia.

»Los recuerdos son ficciones atravesadas por verdades. Mutan, como nosotros. Buscan la belleza, como nosotros. Se conmueven y se acongojan porque son mortales como nosotros; en el silencio, se olvidan y, al convertirse en historias, mudan de piel.

En la recepción, tras la lectura de la novela y las preguntas de los lectores, entre las copas de champán, busca la silueta de un cuerpo conocido. Alertado por el sonido de los tacones, Jonatán levanta la vista del volumen que estaba hojeando. Separa los labios sin decir nada; en su rostro, de expresión indiferente, lejana, crece una nueva arruga que le divide la frente en dos.

—Has venido —advierte ella.

—Recibí tu invitación —afirma él, y después, insatisfecho, agrega —: Yo tampoco puedo dejar de pensar en aquellos años.

Incapaz de contener en palabras el afecto que pervive pese a la distancia, la abraza. Erika de Thassy, en aquel tiempo Farkas de Batthyány, huele igual que entonces. En la piel, en la que se empieza a apreciar sutilmente el paso de los años, todavía conserva el aroma a perfume de jazmín, el mismo que impregnaba el Chevrolet después de que Ádám la acompañase a alguna fiesta. Por un instante efímero, los muertos que comparten no los traicionan.

IV

Jerusalén, 15 de diciembre de 1961

—Mi hermano nunca volvió a casa —dice Jonatán. Después de tantos años, las palabras todavía se le atascan en la garganta, como atrapadas por un tumor terminal.

La reportera —británica, esbelta, apenas un par de años mayor que él— posa sobre el bloc de notas de tapas rojas la estilográfica; al bolígrafo, invento húngaro, por cierto, no se acostumbra.

—¿Los demás? —inquiere, tras un instante breve de silencio respetuoso—. ¿Bloomsbury, Mirosław…? A Rudolf Vrba lo tengo localizado.

Jonatán le da un sorbo al café antes de responder. Especiado y bastante malo, no es el mayor reclamo del bar en el que se encuentran, cerca del Beit Ha'am. Tras décadas intentando olvidar la guerra y sus verdugos, nadie quiere perderse el juicio a Eichmann, arquitecto del Holocausto magiar.

—Muertos. A Bloomsbury y a Mirosław los encontraron en la misma cabaña en los últimos días del alzamiento, cuando todas las esperanzas estaban ya perdidas. Bloomsbury se había vendado la herida de bala del hombro con su mapa de escape, pero no creo que ningún alemán pudiese anotarse el tanto de su muerte.

—¿Por qué?

—Porque tenía en la mano la cajetilla de tabaco en la que guardaba la píldora de cianuro.

—Píldora que no se encontró nunca, me imagino.

—Exacto.

Sin atender a la ironía, se saca la pitillera, de la que extrae dos cigarrillos: uno para él y otro para la señora St. George. Tras prender sendos pitillos con una cerilla, pregunta:

—¿Con Vrba ha hablado ya?

—Todavía no, y eso que vive en Inglaterra. Tenía la esperanza de que se hubiese desplazado aquí.

—También él la tenía, pero el ministro de Justicia de Israel prefirió ahorrarse los gastos de su viaje. Rudi presentó una declaración firmada por escrito en la que detalló los asesinatos mecanizados de Auschwitz y el papel que tuvo Eichmann en ellos…, declaración que fue desestimada por no estar su autor físicamente presente en el juicio.

La reportera entorna los ojos.

—¿Fue esa también su experiencia?

Jonatán tuerce la boca.

—A grandes rasgos.

—Pero usted sí asumió el gasto de su propio desplazamiento desde Canadá.

—Sí.

—¿Confiaba en que le extendiesen una invitación para prestar declaración en el juicio? Como veterano…

Jonatán no le permite seguir.

—Exceptuando este viaje, solo volví al Mandato (todavía era el Mandato) en una ocasión, para solicitar la baja del DOE y de la Haganá alegando incapacidad psiquiátrica y enuresis traumática. A partir de entonces rechacé todas las invitaciones a todos los actos en conmemoración de los paracaidistas del Yishuv. A trece de los cuarenta que enviaron a la Europa ocupada nos tomaron prisioneros y a nueve o los ejecutaron o fallecieron en cumplimiento de su misión. Al parecer, desde el punto de vista táctico, la misión se consideró un fracaso, puesto que, cito, no salvamos a un solo judío.

La mujer da una calada larga y apoya el codo, pálido y fino, en la mesa.

—¿Está usted de acuerdo con esa apreciación?

—No.

—¿Cree que su rechazo a participar en los actos conmemorativos ha influido en la negativa a que prestase declaración en el juicio?

—No me corresponde a mí llegar a esa conclusión. Si me permite ser cínico, considero que prefirieron que Rudi y yo no participásemos porque temían que hablásemos de Kasztner y del trueque de sangre que hizo con Eichmann, para salvar a un número limitado de judíos escogidos a dedo debido a su excelencia en una serie de campos tecnológicos, artísticos, intelectuales… En otras palabras, la base idónea sobre la que construir un nuevo estado. Todo mientras millones de húngaros, mi hermano entre ellos, eran deportados a la muerte. Jamás sabremos qué habría ocurrido si el Informe de Auschwitz, que Kasztner tuvo en su poder antes que yo, se hubiese difundido con antelación. Mire cómo reaccionaron las embajadas neutrales cuando llegó a su poder…

La señora St. George se lleva la taza de café, ya templado, a los labios y eleva las cejas.

—Cínico en el sentido filosófico, desde luego.

—¿Sabe usted cómo se llamaba por aquí a los supervivientes de los campos hasta hace un par de años? *Sabon*. Significa lo mismo que *savon* en francés: «jabón». Por los rumores que corrieron de que los nazis fabricaban jabón con los cuerpos de sus víctimas.

—Eso, más que cínico, es cruel —precisa, señalándolo con la punta de la estilográfica—. Y, sin embargo, a Kasztner lo mataron aquí hace cuatro años.

—En un acto terrorista, no en la horca. Quizá él, de estar vivo, habría testificado a favor de Eichmann. A fin de cuentas, defendió al oficial de las SS Kurt Brecher en los juicios de Núremberg.

—Lo recuerdo. Estuve presente, también como periodista. ¿Se alegró usted de la muerte de Kasztner?

—No. Tampoco me apenó. De igual modo, no sabría decirle, hoy en día, si a Dinah y a mí nos traicionó o si de verdad confiaba en Eichmann.

La mujer asiente. Mientras escribe, casi a vuelapluma, le da otra calada al pitillo, que luego deja reposar en el cenicero.

—Tiene usted un gusto pésimo para el tabaco, si me permite la grosería.

Jonatán ríe. Su reflejo en la superficie reflectante del servilletero no difiere de manera significativa del de su veintena. En el rostro, más redondeado, se aprecian algunas arrugas finas en la misma proporción que se pueden encontrar cabellos plateados en su cabellera rojiza, aún abundante, pero eso, la sonrisa, permanece exactamente igual.

—Yo no —la corrige—. Hoy mi mejor amigo habría cumplido cuarenta y dos años. Los fumo más que nada por nostalgia. ¿Conoce usted la etimología de esa palabra? Proviene del griego *nóstos*, «regreso a casa», y *álgos*, «dolor»: «dolor por el deseo de regresar».

La señora St. George le devuelve el gesto.

—¿Permanece usted en contacto con los Farkas de Batthyány?

Jonatán sacude la cabeza.

—No. Los tres sobrevivieron, pero con los años perdimos el trato. Durante el asedio, Erika se reencontró con el hijo de Klára, que formaba parte de la resistencia. Se refugió con él y sus camaradas (entre ellos, su futuro marido) en el sótano de un edificio de oficinas en la plaza Vörösmarty. Tras la liberación, los invitaron a la sede del Partido Comunista, donde conocieron a Kádár en persona. En reconocimiento de sus actividades, les ofrecieron el honor de recibir una cartilla de afiliación al partido con numeración baja, que Erika aceptó.

—Pragmática.

—Sí. Ganó el oro olímpico en los juegos de Londres, como imagino que usted sabe, y poco después tuvo la clarividencia de mudarse a Francia con su prima Katinka Andrássy. Eso la libró de la depuración interna que acabó con muchos, entre ellos László Rajk, en la horca. Tras la Revolución del cincuenta y seis, ocupa su tiempo entre París y Budapest. La última vez que la vi fue allí, el año pasado, en la presentación del primer número del *New Hungarian Quarterly,* que edita mi amigo Boldizsár y en el que ella contribuye.

—Lo he leído —afirma la periodista y, ante la expresión de sorpresa de Jonatán, agrega—: Me gusta traer los deberes hechos.

Hoy, además de ser el cumpleaños de Ádám, han firmado la sentencia de muerte de Eichmann.

Jonatán responde con un asentimiento quedo, muy leve.

—¿Cambia algo, saber que el responsable de la muerte de su hermano va a ser ejecutado?

—No. Creo que se ha cometido un gran acto de justicia hoy, pero no, no cambia nada. Tampoco cambió nada, presenciar, como hice, el ahorcamiento público de los líderes de la Cruz Flechada.

Tras humedecerse los labios, suspira. Reacio a navegar en el silencio sus propios pensamientos, prosigue:

—En 1942, en la conferencia de Wannsee en la que se perfilaron los planes para el exterminio sistemático de los judíos europeos, Eichmann se describió a sí mismo como un Poncio Pilato que se lavaba las manos ante el derramamiento de sangre que se iba a producir. En este juicio ha alegado, como muchos hicieron en Núremberg, que se había limitado a dar y a seguir órdenes, y que, por tanto, según su lógica, no se le puede culpar de muerte alguna. Eso me hizo pensar en Sanz Briz. En Budapest, fue la antítesis de Pilato. Representaba a un país que, aunque ya neutral, concordaba ideológicamente con el Eje, al que había apoyado. Sanz Briz no tenía por qué haberse preocupado por mi pueblo; no tenía más motivos que su humanidad para actuar a espaldas de sus superiores hasta recibir la autorización. No tenía por qué haber ayudado a nadie aparte de la comunidad sefardí, no tenía por qué haber pagado las casas protegidas de su propio bolsillo…

—Pura humanidad.

—Exacto. Para mí, eso, reaccionar al dolor ajeno como si fuese propio, sí tiene un significado, e importante. Como Kasztner, Sanz

Briz tenía una lista, pero no una en la que se clasificaba quién viviría y quién no, según sus aptitudes. La suya era una lista llena de mentiras, de hecho, empezando por mi madre. Mi bisabuela sostenía que el apellido Czitrom proviene de la península Ibérica, pero nunca he encontrado prueba alguna que lo confirme. En casa nunca se habló ladino. Después de la guerra vi las cartas que probaban nuestros lazos con España y saltaba a la vista que eran falsas. Sanz Briz, diplomático de profesión, tuvo que darse cuenta enseguida e hizo la vista gorda como en tantas otras ocasiones. También eso, pelear por los que nadie tiene en consideración, significa mucho. Por ese motivo estoy aquí, además de por el juicio.

La señora St. George aplasta el cigarrillo en el cenicero. Lo mira, ceñuda, y cuando él se calla, asevera:

—Según mis pesquisas, Sanz Briz se encuentra en misión diplomática en Guatemala.

—Eso mismo ha llegado a mis oídos, como también que el Estado de Israel está organizando un programa destinado a honrar a aquellos gentiles que de manera altruista salvaron a judíos durante la Shoah. Me gustaría poner su nombre sobre la mesa, en reconocimiento por sus acciones en favor de mi familia y también por lo que le acabo de comentar.

Ella vuelca toda la atención en el bloc de notas, en el que apunta un par de detalles más. Sin levantar los ojos de la página, pregunta:

—¿Llegó a saber alguna vez cómo murió su hermano?

Jonatán se vuelve hacia la ventana. Queda bañado por la luz del ocaso, de ardiente naranja, hasta que las nubes cubren el sol que se aplasta en el horizonte de Jerusalén.

—Lo cierto es que sí —confiesa tras un instante de duda—. Me pasé años hablando con supervivientes y consultando los archivos del International Tracing Service…, hasta que un día di con un documento en el que se describían los cuerpos hallados en una fosa común en Alemania. Las víctimas pertenecían a las marchas de la muerte que se organizaron entre el sistema de *lagers* ante la proximidad de los aliados. —Se lleva un puño a la boca—. Reconocí la descripción física de uno de ellos y, después, el número de preso que llevaba en la ropa confirmó mis sospechas. —Toma aire—. Tampoco cambió nada. No hizo el luto más llevadero, solo mató la incertidumbre. En el judaísmo, cuando pierdes a un ser querido, se guarda el *shivá*. Durante siete días tras el entierro los familiares directos del difunto no salen de casa, cubren los espejos, rezan el *kaddish*… De un modo u otro, yo llevaba años guardando *shivá* por mis muertos.

La reportera cierra el bloc de notas y lo mete en el bolso. Tras apoyar los antebrazos en la mesa, se inclina ante Jonatán y lo observa en silencio hasta que él reanuda el contacto visual. Ante la ausencia de una pregunta más, él agrega:

—¿Conoce usted la leyenda del *chol*?

—Me temo que no.

—Era un pájaro que vivía en el Jardín del Edén. De entre todos los animales, él fue el único que se negó a catar la fruta prohibida. Como recompensa por su obediencia, fue merecedor de una especie de inmortalidad. Cada mil años, el *chol* se sienta en su nido, que de inmediato es devorado por las llamas. El *chol*, sin embargo, no desaparece por completo, pues deja tras de sí un huevo del que nacerá un ave exactamente igual que él. Las llamas que consumen

al *chol* representan los sacrificios que los judíos ofrecían a Dios. Estos sacrificios se conocen como *olah*, que en griego se designa…

—*Holokauston* —termina ella por él—. Holocausto.

—No creo que la muerte de mi hermano fuese un sacrificio. Tampoco las muertes de Bloomsbury o de Dinah ni las de aquellos, como Ádám, que resistieron contra el nazismo. En hebreo, el término que se utiliza es *Shoah*, «catástrofe», pero yo, como muchos, prefiero referirme a ello de la manera más literal: exterminio. —Suspira—. La historia de Sanz Briz no habla de las cinco mil vidas que salvó, sino de los millones que perecieron por el silencio de los demás. Por eso, cuando pienso en Sanz Briz, pienso en el *chol*. El *chol* no como víctima ni como sacrificio, sino como justo que, aun pudiendo lavarse las manos, elige sumergirse en las llamas.

Nota de la autora

Adolf Eichmann, arquitecto del Holocausto húngaro, fue ejecutado en la horca de la prisión de Ramla la madrugada del 1 de junio de 1962. Cuatro años más tarde, el 18 de octubre de 1966, el Yad Vashem reconocía a Ángel Sanz Briz como Justo entre las Naciones, honor que se le impidió aceptar en persona debido a la ausencia de relaciones diplomáticas entre el Estado de Israel y la España de Franco. Falleció de cáncer, a la edad de 69 años, el 11 de junio de 1980, mientras ejercía de embajador ante la Santa Sede. En agosto de 1989, se hizo entrega a su viuda, Adela Quijano, de la Medalla de los Justos entre las Naciones que le habían otorgado, más de dos décadas atrás, por las labores humanitarias que salvaron la vida de, se estima, 5.000 judíos.

En muchos sentidos, esta novela se suspende en dos ejes centrales: el destino, por un lado, y la intersección entre memoria y ficción, por otro. Esta obra es el trabajo de casi una década: desde el relato corto que escribí para mi clase de escritura creativa del máster hasta los dos manuscritos (el de 2022, del que apenas he salvado unas pinceladas, y este). Pasando por incansables entrevistas a supervivientes del Holocausto y a sus familias (uno de ellos me dijo que cada historia de supervivencia constituía un milagro en sí mismo. ¿Cómo olvidarlo?), incontables horas en los

archivos históricos y las librerías de viejo, las labores de voluntariado en los Archivos Arolsen, la especialización en Holocausto y genocidio, la adquisición de una lengua nueva.

En cuanto me dispuse a escribir sobre el Budapest de la guerra (sobre la figura, a menudo incomprendida, de Ángel Sanz Briz; sobre el casi olvidado Miguel Ángel de Muguiro; sobre los paracaidistas del Mandato y sobre la olvidada resistencia magiar), me topé de inmediato con una piedra en el camino que se acabó convirtiendo en la angular de la obra: la incapacidad de hilar una historia verídica. Como puntualiza el personaje de Erika Farkas, la distorsión de la memoria y la creación de una ficción comenzó tan pronto como el régimen de Franco decidió que le interesaba colgarse los méritos de las labores de salvación de la legación de España en Budapest. De ahí surge la ficción, que se ha mantenido en el tiempo a pesar de contradecir la correspondencia privada de Sanz Briz y el material de archivo diplomático, de que la acción humanitaria fue mérito de la dictadura y no de la conciencia individual de dos diplomáticos brillantes. Perlasca dio también varias versiones de la historia que se contradicen entre sí. Intentar concordarlas con los recuerdos de los testigos visuales también resulta un ejercicio frustrante.

Reproducir los otros dos hilos que entretejen la trama (los paracaidistas y la resistencia) también presentó idénticos problemas. La memoria y la verdad, a fin de cuentas, habitan esferas distintas de la existencia. Sin comprender esto es imposible concebir una novela como esta. De manera metatextual, los propios personajes son desconocedores también de la verdad: Sándor muere sin que Jonatán conozca jamás los cambios que experimentó en su

ausencia; el hermano por el que está de luto dista y mucho del que desapareció en Buchenwald.

La decisión consciente de terminar la obra con la lectura de una novela inspirada en los hechos narrados y una entrevista a Jonatán Rozenfeld creará en el lector una serie de interrogantes similares. ¿Qué es cierto y qué es ficción? ¿En qué circunstancias se moldean los recuerdos a favor de la trama y qué episodios, en contra de todo pronóstico, son verificables?

Aunque en la incógnita reside la magia de la novela, no juzgo la curiosidad. He aquí la respuesta, pues:

Las cartas de los diplomáticos y los informes y telegramas de la legación han sido reproducidos con ediciones menores de estilo y recortando tan solo la información irrelevante para la trama. Muchos de ellos pueden consultarse en línea en los archivos PARES. Asimismo, la cronología de los hechos que acaecen en la legación se corresponde con la realidad y coincide tanto con el material de archivo como con el diario personal de Ottó Komoly. Tan solo señalo un par de episodios que no pueden probarse y de los cuales existen varias versiones: aunque se sabe que el abogado Zoltán Farkas asistió al rescate de las marchas de la muerte en Hegyeshalom, tan solo algunos de los testimonios sitúan en él también a Sanz Briz; de la misma manera, no se sabe a ciencia cierta si el diplomático español se presentó en persona a sacar de los trenes a los judíos protegidos. Algunos recuerdos confirman su participación en estas labores de salvación; otros apuntan que era Perlasca el encargado de llevar a cabo tal cometido, mientras que el trabajo de Sanz Briz empezaba y terminaba en el despacho; otros más afirman que ni Sanz Briz ni Perlasca acudieron jamás a las estaciones de tren. El

encontronazo con Eichmann, pese a todo, está basado en las memorias de Perlasca, de las que existen también varias versiones. La frase «¿Acaso soy Dios para decidir quién vive y quién muere?» se le atribuye al suizo Carl Lutz y no a Sanz Briz; «Las cosas se hacen con el corazón y no se cuentan a nadie», sin embargo, sí es una declaración del diplomático español.

Los únicos personajes ficticios son los siguientes: los Farkas de Batthyány, los Rozenfeld, Dinah y Bloomsbury. Tanto Klára Andrássy (mujer adelantada a su tiempo que cubrió de manera exquisita la Guerra Civil) como Rudi Vrba y los miembros del Comité de Liberación existieron realmente y sus retratos en la novela coinciden con sus personalidades en la vida real. En el caso de Rudi e Iván Boldizsár, tuve la oportunidad inestimable de basarme en los escritos que dejaron detrás. Para recrear a Klára y a los miembros del Comité, me basé en incontables artículos de la hemeroteca húngara, mientras que la misión de Jonatán, Bloomsbury y Dinah está inspirada en aquella que recibieron los paracaidistas palestinos Hannah Szenes y Yoel Palgi.

Hannah y Yoel no aparecen en la obra, cuando otros tantos personajes históricos sí, por un motivo muy sencillo: la misión en Eslovaquia no tuvo lugar hasta las semanas inmediatamente anteriores al alzamiento. Para contar la historia de Budapest, de la aniquilación de millones y del salvamento de miles, precisaba narrar el momento en el que el Informe de Auschwitz llega a las embajadas neutrales. Las acciones de Kasztner en la novela se corresponden a la realidad histórica, por otro lado, y su traición a Dinah y a Jonatán es reflejo de la traición a Yoel Palgi tal y como él la narra en sus memorias *Into the Inferno*.

El silencio de los justos es un ejercicio de humanidad, de reconocimiento del dolor ajeno. De reproducir, mediante ese hermanamiento entre memoria y ficción, el dolor de una vida aniquilada; una sola vida entre millones. La historia de Sanz Briz no es una de victoria de la humanidad porque no puede desligarse del contexto histórico del Holocausto; no trata, en esencia, sobre las 5000 vidas salvadas, sino sobre la cantidad mucho mayor de vidas aniquiladas, olvidadas para siempre en la inmensidad de la historia. El silencio y la indiferencia de los que no obraron como Sanz Briz es la eterna herida abierta de Europa.

Agradecimientos

¿Quién tira los dados? Esta novela, que en tantos sentidos considero mi *magnum opus*, sin la cual el resto de mi producción literaria carecería de sentido, resultaría imposible sin las manos tendidas que he recibido.

A Marianna Czitrom, en primer lugar, por abrirme su corazón y su historia familiar. Gracias por permitirme dar testimonio y por compartir conmigo el sombrío Budapest de aquellos años. Gracias, también, a todas las personas anónimas que, tanto en Hungría como en Londres, se sentaron conmigo para hablar de esa década convulsa de 1940.

A András, voluntario brillante de la «Casa de Cristal», por ser la primera persona a la que le confesé mi intención de escribir una novela sobre Ángel Sanz Briz y por proporcionarme esa pieza del puzle que me faltaba.

A Katalin, por su ayuda en las labores de documentación sobre los batallones de trabajadores forzados y sobre la realidad de los húngaros en los *lagers*.

Al personal extraordinario del Holokauszt Emlékközpont, de los Archivos Húngaros, de los Archivos de la Ciudad de Budapest, de los Archivos Arolsen y del Imperial War Museum. Sin esas horas (que se

convirtieron en días, semanas, años) de consulta, *El silencio de los justos* jamás habría existido.

A los excelentes libreros de Dani's English Bookshop, Honterus Antikvárium, Múzeum Antikvárium y Bestsellers. Vuestra ayuda, directa o indirecta, en mis labores de investigación ha resultado inestimable.

A modo de suerte de sesión de espiritismo, los pilares de esta novela no se sustentarían de no ser por la lectura de las siguientes obras: *Don-Buda-Párizs* de Iván Boldizsár, *Sopronkőhidai napló* de Pál Almásy, *I Cannot Forgive* de Rudolf Vrba e *Into the Inferno* de Yoel Palgi. La lectura de los artículos de Klára Andrássy sobre la Guerra Civil española, recogidos en varios diarios húngaros, también supuso un faro en la oscuridad de esta novela, así como la consulta de las cartas de trabajadores forzados y de los testimonios de los judíos protegidos por Sanz Briz.

No podría, asimismo, no mencionar los siguientes volúmenes de referencia: *The Politics of Genocide: The Holocaust in Hungary* de Randolph L. Braham, *Hungary in World War II* de Deborah S. Cornelius, *Hungary at War* de Cecil D. Eby, *Battle for Budapest* de Krisztián Ungváry, *The Last Days of Budapest* de Adam LeBor, *Conscripted Slaves* de Robert Rozett, *Zionism During the Holocaust* de Tony Greenstein, *Holocaust Hero* de Alan Twigg, *El ángel de Budapest* de Julio Martín Alarcón y *Más allá del deber* de José Antonio Lisbona. Apenas una fracción de la bibliografía consultada, estas obras me parecen clave para ahondar más en este periodo histórico.

En un terreno personal, a mi familia, por acompañarme (algo esencial en la vida del escritor) durante tantos años de trabajo.

Gracias en especial a mi madre, por interesarse siempre por mi novela de Sanz Briz, y a mis abuelos y tía abuela Carmen, que ya no están, por ser los primeros en compartir conmigo historias del pasado.

A los amigos que también, incansablemente, han estado a mi lado en el camino. Tanto a los compañeros de profesión como a aquellos que, ajenos, permitieron que les compartiese los detalles de mi investigación con la misma pasión con la que Jonatán Rozenfeld irrumpiría en una perorata sobre Lingüística.

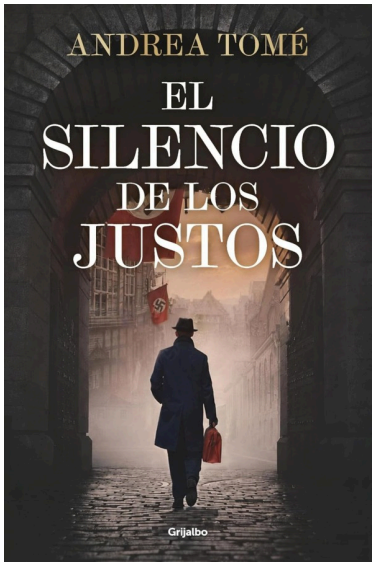
A mi agente Isabel Martí, por ser la primera en creer en esta historia, y a Jordi Ribolleda, por escuchar mis actualizaciones sobre el proceso de escritura. Al magnífico equipo de Grijalbo (Toni, Marta, Laura y Anna) por cuidar con tanto mimo mis novelas una vez más.

A los lectores, en particular a los que habéis atesorado *Tinta y ceniza* y *Las vidas robadas* y que tal vez habéis sonreído al reencontraros aquí con un par de viejos amigos. Gracias por hacer realidad mi sueño más grande.

Con cariño y trepidación…

A. T.

Cuando la historia exigía héroes, algunos decidieron simplemente ser humanos.



BUDAPEST, 1944

Tras la ocupación alemana, Hungría se convierte en una trampa mortal para cientos de miles de judíos. Sus destinos dependen de una carrera contrarreloj y de tres caminos que convergen en un único objetivo: salvar vidas.

UNA AMISTAD TRUNCADA

Al estallar la guerra, Ádám Farkas, oficial del ejército húngaro, ayudó a su mejor amigo, Jonatán, a emigrar a Palestina. Tres años más tarde, Jonatán se forma como paracaidista, dispuesto a regresar a una Europa en llamas.

UN DOCUMENTO TRASCENDENTE

Sus caminos se reencontrarán en una misión a vida o muerte: difundir el Informe de Auschwitz, prueba definitiva del exterminio en los campos nazis.

EL ÁNGEL DE BUDAPEST

Ángel Sanz Briz, un joven diplomático español recién llegado a la ciudad, comprende que su papel no es tomar las armas, sino usar los instrumentos que tiene a su alcance para combatir el horror y liberar a más de cinco mil judíos de una sentencia de muerte.

Con veracidad y talento narrativo, Andrea Tomé reconstruye magistralmente una historia de lealtad y coraje en uno de los periodos históricos más despiadados del siglo xx.

Andrea Tomé (Ferrol, 1994) es autora, filóloga y profesional de la edición. Actualmente reside en Londres, donde trabaja en el sector editorial.

Formada en Holocausto y genocidio por la Universidad de Nottingham y el Yad Vashem, el Centro Mundial de Conmemoración de la Shoá, es también voluntaria en los Archivos Arolsen sobre la persecución nazi. En 2024 publicó en Grijalbo *Tinta y ceniza*, una fascinante novela ambientada en el Londres de la Segunda Guerra Mundial, y, en 2025, *Las vidas robadas*, una emocionante historia familiar en la posguerra española. En esta ocasión nos presenta *El silencio de los justos*, una obra ambiciosa y detallada en la que ha volcado una década de documentación sobre el horror nazi y quienes se atrevieron a enfrentarse a él.

Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Andrea Tomé
Autora representada por IMC Agencia Literaria
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Lidia Vilamajó
Imágenes de portada: composición fotográfica a partir de las imágenes de © Mark Owen / Trevillion y Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7534-7

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

Notas

[1] La antigua moneda de Hungría, en curso desde 1927 hasta el 31 de julio de 1946.

[2] Diminutivo de Klára, pronunciado *Kaia*.

[3] Pastel húngaro en forma de chimenea, originalmente de Transilvania. Se vende en pastelerías, panaderías y puestos callejeros.

[4] Del húngaro «No, no, ¡jamás!». Eslogan que se popularizó tras el Tratado de Trianon. Utilizado por los movimientos nacionalistas que consideraban la pérdida de partes de su territorio el gran trauma al que se enfrentó Hungría tras la derrota en la Gran Guerra.

[5] Esztergom o Estergonia, como también es conocida en español, es una ciudad del condado de Komárom-Esztergom, a cincuenta kilómetros de Budapest.

[6] Burguesa.

[7] Sucedáneo de café a base de achicoria. Literalmente, «sustituto de café para la familia».

[8] Gamberro o pícaro.

[9] La incursión de Novi Sad fue una masacre llevada a cabo por el Ejército Real Húngaro en enero de 1942, tras la ocupación húngara de Yugoslavia y la anexión del Reino de Yugoslavia. Resultó en las muertes de entre 3.000 y 4.000 civiles (la mayoría, serbios y judíos), ejecutados de manera sumaria por soldados húngaros con la excusa de sospecha de afiliación a grupos partisanos. Los encargados de la masacre nunca recibieron un castigo por sus crímenes de guerra.

[10] El ladino, o judeoespañol, es la lengua de las comunidades sefardíes. Aunque su base lingüística es el español, ha incorporado elementos léxicos, fonológicos y gramaticales de otras lenguas peninsulares y de los idiomas en cuyas regiones se asentaron los sefardíes tras su expulsión de España y Portugal.

[11] Extracto de la cantiga sefardí «Una hija tiene el rey».

[12] Baile tradicional húngaro popularizado por las bandas de música romaní. Se caracteriza por una variación en el *tempo*: arranca de manera parsimoniosa (*lassú*) y termina en un *tempo* rapidísimo (*friss*).

[13] Comunidades judías asentadas en Palestina antes de 1948.

[14] Organización paramilitar de autodefensa judía creada en 1920, durante la época del Mandato. En los años de la Segunda Guerra Mundial, sus integrantes organizaban la inmigración de los judíos europeos y, en ocasiones, metían en Palestina a refugiados del nazismo de manera ilegal.

[15] Reich de los mil años.

[16] El Señor es un guerrero. Adonai Yah es Su nombre. Ha arrojado al mar los carruajes del faraón y a sus ejércitos. Los mejores soldados del faraón se han ahogado en el Mar Rojo.

[17] Tu mano derecha, Señor, es majestuosa en su poder. Tu mano derecha, Señor, destruye al enemigo.

[18] Isaías 6,8.

[19] Condes.

[20] En hebreo, «hijo de puta».

[21] Traducción literal del hebreo, «el Nombre», título con el que se designa a Dios en el judaísmo.

[22] Camaradas.

[23] ¿Camaradas rusos?

[24] Rusos no, ingleses.

[25] Galés.

[26] ¡Muerte al fascismo!

[27] ¡Libertad para el pueblo!

[28] Servicio de inteligencia del Tercer Reich.

[29] Pajarillo, pajarillo, pajarillo cantor…, lleva esta carta, lleva esta carta… a mi hermosa patria Hungría.

[30] Cena ritual judía celebrada las dos primeras noches de Pascua, en la cual se narra la liberación de la esclavitud de Egipto.

[31] ¡Hurra, he vuelto!

[32] Judío nacido en el Mandato. El término hace referencia al cactus opuntia, y simboliza la tenacidad y el carácter espinoso de esta planta del desierto.

[33] Alimento dulce y pastoso que forma parte del plato del *seder* servido las dos primeras noches de la Pascua judía. Por su textura y su color oscuro simboliza los ladrillos que elaboraban los hebreos cuando eran esclavos en Egipto.

[34] Literalmente, «excursión». Nombre en clave para las rutas de escape de los refugiados judíos.

[35] ¡Retiren el cordón de centinelas!

[36] *Eltűnt, mint Petőfi a ködben*. Refrán húngaro que hace referencia al poeta nacional Sándor Petőfi, que desapareció de manera misteriosa (se cree que cayó en combate en la batalla de Segesvár en 1849).

[37] Grupo paramilitar similar a los *boy scouts*. En la Hungría de la época, la inscripción era obligatoria para los varones judíos demasiado jóvenes para ser llamados a trabajos forzados. Con frecuencia, a los miembros del *levente* se los contrataba como mano de obra en las industrias de Csepel a cambio de sueldos paupérrimos.

[38] Diminutivo de János.

[39] Samuel 20,42.

[40] Licor de hierbas muy popular en la cocina húngara y una de las bebidas nacionales del país magiar. Se incluyó en las raciones de las tropas en el frente oriental tras protestas de los soldados ante las provisiones alemanas.

[41] «Gracias» en húngaro.

[42] Alianza antinazi formada por varios partidos (en su mayoría, obreristas y de izquierda), organizaciones religiosas y organizaciones sociales húngaras que se vieron obligadas a operar en la ilegalidad durante la ocupación alemana.

[43] Sucedáneo de café en la Hungría de la época.

[44] «Oh, cuando los santos van en procesión. Sí, quiero contarme entre ellos, cuando los santos van en procesión». Canción popular afroamericana inmortalizada por Louis Armstrong y su banda de jazz.

[45] Fragmento de la «Tonada nacional», de Sándor Petőfi, detonante de la revolución húngara de 1848 contra el absolutismo de los Habsburgo.

[46] «En las fronteras de Madrid permanecemos en vela, firmes bajo el fuego y el rigor del infierno. Hacemos guardia para proteger el sueño del pueblo

madrileño, resistiendo el asedio de las hordas enemigas». Primera estrofa del himno brigadista «Defensores de Madrid», escrito por Aladár Komját en 1936, cuando las fuerzas golpistas de Franco sitiaban la capital de la República.

[47] «Oscura noche, tan solo las balas silban en la estepa, tan solo el viento ulula sobre las redes telefónicas, las estrellas parpadean con suavidad… en la noche oscura, amor mío, sé que no duermes». Extracto de la canción soviética «Noche oscura», popularizada por la película *Dos soldados* (1943).

[48] «Junto al mariscal Tito, hijo heroico de la nación, ni los mismísimos infiernos nos detendrán. Levantamos la frente, marchamos valientes y apretamos con fuerza el puño». Versos iniciales de «Junto al mariscal Tito», himno de los partisanos yugoslavos compuesto en 1943.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El silencio de los justos

Budapest, 1941-1944

Prólogo

Los magiares. Abril de 1941 - enero de 1943

- Capítulo I
- Capítulo II
- Primera carta de Jonatán a Ádám
- Primera carta de Ádám a Jonatán
- Segunda carta de Jonatán a Ádám
- Segunda carta de Ádám a Jonatán
- Tercera carta de Ádám a Jonatán
- Cuarta carta de Jonatán a Ádám
- Undécima carta de Jonatán a Ádám
- Séptima carta de Ádám a Jonatán
- Capítulo III

Ejercicios de desaparición. Enero – abril de 1944

- Capítulo I
- Capítulo II
- Capítulo III
- Capítulo IV

Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Dos ángeles. Mayo – julio de 1944
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X

Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI

Los salvados y los condenados. Agosto – noviembre de 1944

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII

Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII

Quien salva una vida. Noviembre de 1944 – junio de 1945

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV

Capítulo XVI

Asedio y olvido. 1945 – 1961

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Andrea Tomé

Créditos

Notas